



## **Instituciones oratorias**

**Marco Fabio Quintiliano**

### Prólogo

O hemos de negar la necesidad del estudio de las buenas letras, desterrando de la humana sociedad los conocimientos que más nos adornan, o es preciso confesar que a todo hombre de buen gusto es punto menos que indispensable el de las Instituciones Oratorias de Marco Fabio Quintiliano. En todos tiempos los hombres sabios, no como quiera las han leído, sino que, mirándolas como una mina rica e inagotable de los conocimientos más sólidos que contribuyen a formar el juicio del hombre, les hicieron el debido honor de colocarlas en la clase de aquellos libros que no bastando leerlos una sola vez y de galope, es necesario estudiarlos con la más profunda meditación y de continuo. Quintiliano trató con tanto acierto de la oratoria, que su autoridad en este punto es decisiva y corre pareja con la del mismo Cicerón: y con tanta dignidad, y tan de propósito (en lo que tal vez le saca alguna ventaja), que de los preceptos que prescribe para formar un orador perfecto, claramente se colige que el que aspire a serlo debe estar abastecido del conocimiento de todas las ciencias. Las Instituciones de Quintiliano son como un lienzo, donde con los colores más vivos retrata al orador, no como vulgarmente se le concibe, sino con toda la perfección -VI- de que es capaz. Desvaneciendo la idea común de que el oficio del orador sólo se reduce a hablar en público, ayudado de ciertas reglas pueriles, nos le pinta tan recomendable por su ciencia y conducta, que no menos triunfe del corazón humano por la persuasiva de las costumbres, que por el nervio de las razones. Miradas por este lado, hallamos en ellas

una cosa que, cierto, arrebató la admiración de cualquiera; al ver que un hombre nacido en el seno del paganismo prescriba reglas tan acertadas, que no menos cuadran al que ha de ocupar dignamente la cátedra del Espíritu Santo, que al que ha de manejar con loa la elocuencia en las causas forenses. Los primeros hallarán en Quintiliano unos preceptos tan ajustados para el desempeño de tan alto ministerio, como si para ellos solos se enderezasen: lo que no tendrá reparo en conceder el que vaya careando la doctrina de nuestro paisano con la del padre de la elocuencia española fray Luis de Granada en su Retórica eclesiástica. Por lo que hace a los abogados, ocioso parece el decirles que no pueden ejercer la oratoria forense sin la doctrina de tan sabio maestro: puesto caso que para ellos principalmente encaminó sus preceptos.

Quintiliano, como que tenía bastante práctica en las contiendas del foro, hace ver cuánto se distingue el abogado perfecto del mediano; el que posee una elocuencia nerviosa y varonil del que va fiado en una retórica pueril, y que no pasa de la corteza de las palabras; el que defiende al reo con cierta no mal fundada esperanza de enseñorearse del corazón del juez, del que fría y secamente hace su oficio, granjeándole su misma ineptitud el desprecio y la risa; finalmente, el que sabe valerse -VII- de las riquezas del arte para vencer con una fuerza irresistible la repugnancia de la humana voluntad, del que por falta de caudal no puede sacar a salvo al reo, si ya no empeora la causa. Y como en estos choques de los tribunales es donde más campa y luce la destreza del abogado (tratándose, no ya de un asunto político, no del mejor acierto en una deliberación, sino de los intereses, honor y vida de un hombre), por tanto Quintiliano adiestra y provee, digamos así, de todo género de armas defensivas y ofensivas a su orador, no para un lance solo, sino para cuantos son imaginables; y a la manera que un astuto general, desviándose tal vez de la especulativa de la táctica militar, ordena su gente según las circunstancias que le rodean para salir con la victoria, así nuestro insigne maestro advierte al abogado los lances en que, con alabanza suya y utilidad del reo, debe apartarse de los preceptos del arte, disimular el artificio y caminar con cierta sencillez, que teniendo tanto más de astucia cuanto menos lo aparenta, le conduce al vencimiento por los mismos pasos que al parecer le apartan del fin principal.

Para esto no solamente se vale de las observaciones y práctica de los más hábiles oradores y abogados griegos y romanos acomodadas a todos los géneros de elocuencia, sino de innumerables lances y ejemplos particulares: haciendo ver cómo se manejaron para vencer dificultades insuperables; cuándo negaban el hecho sobre que se litigaba; cuándo lo confesaban llanamente, pero con mayor ventaja; cuándo convenían con el contrario en ciertas menudencias, para merecer el crédito del juez en el punto cardinal de la causa; cuándo combatían -VIII- abiertamente al adversario, y cuándo con estratagemas y medios disimulados; cuándo manifestaban cierta flaqueza y falta de fuerzas para hacer más odiosa la prepotencia y presunción de la parte contraria, y cuándo asestaban contra ella toda la artillería de la oratoria; finalmente, cuándo convenía usar de cierto disimulo con aquélla, y cuándo manifestar que calaban sus más secretas intenciones.

Esto se llama elocuencia: en esto la pone Quintiliano, y en todo aquello que en cualquier asunto que trate el orador, contribuye para persuadir sin resistencia; no en los preceptillos de escuela y de las retóricas vulgares, tolerables solamente en los jovencitos, cuyos estómagos no pueden llevar tan grueso manjar ni digerir tan sólida doctrina como los robustos y varoniles. Esto le movió a Quintiliano a escribir sus Instituciones, fruto de veinte años de enseñanza y muchos de práctica: el ver que la elocuencia, habiendo degenerado no poco de su antiguo vigor y brío, iba tomando un aire de puerilidad, afeminación y locuacidad impertinente. Pensaban muchos que el buen decir consistía en ciertos conceptillos, agudezas, retruécanos, juguetes de palabras

y flores del lenguaje; veían que semejantes pueriles adornos y pensamientos, que no pasaban de la corteza, no sólo caían en gracia a muchos destituidos del buen paladar para discernir entre el mucho hablar y bien decir, sino que merecían los aplausos en tanto grado que ya se tenían por bellezas del arte lo que en tiempo de Augusto ni aun en los principiantes hubiera sido tolerable. Porque cuando llega a corromperse el gusto en una facultad (cualquiera que sea), sucede poco menos -IX- que con los estómagos estragados, que para nada tienen más despierto el apetito que para lo que les daña. Animó a muchos este buen suceso para llevar adelante su corrompido sistema. Formose en poco tiempo una como secta de corrompedores de la verdadera elocuencia, mancomunándose, al parecer, para destruirla del todo.

Lo hubieran logrado muy a su placer, según el séquito que tenían, y según esta facultad se hallaba ya debilitada y sin fuerzas; pero prevaleció la razón contra el error, como es justo que así suceda. Y si bien Séneca, español, fue, como quiere Rollin, el corifeo de esta corrompida escuela, tenemos la gloria de que otro español (disputen lo que quieran en este punto los extranjeros), manteniendo los fueros de la elocuencia, no sólo la libró de su total ruina, sino que resarcó muy cumplidamente los daños que había recibido. Así fue: levantó la cabeza por los esfuerzos de Quintiliano, respiró y logró por fin, valiéndose de sus armas naturales, enseñorearse de sus mismos enemigos.

Ésta fue la utilidad que por el pronto resultó a la elocuencia romana de las Instituciones Oratorias del español Quintiliano. Digo por el pronto, porque las que resultaron en lo sucesivo a las bellas letras de este precioso monumento de la antigüedad, no hay para qué decirlo, constando por el unánime consentimiento de todos los siglos el aprecio que de él hicieron todos los sabios. Solamente digo que aun cuando no nos ofreciera más que unos preceptos sólidos de la oratoria, eran muy dignos de recomendación; pero como para ser perfecto orador se necesitan otros muchos agregados de educación y conocimientos de -X- todas facultades, se propuso Quintiliano señalar el camino para conseguir todo esto.

Mirados por este lado sus escritos, son el método de estudios más completo que pueden desear los que se ocupan en enseñar a la juventud; y aun me atrevo a decir que encierran las máximas de la más cristiana educación de la primera edad. En prueba de ello, adviértase que Quintiliano toma la instrucción de su orador nada menos que desde la cuna. Y para conseguirlo, ¿qué medios no practica de los que conducen al fin deseado, ya tocante al conocimiento de las ciencias, ya a las buenas costumbres? ¿Qué defecto, ya natural, ya adquirido, puede impedir el ser orador consumado, a que no aplique los remedios más oportunos? ¿Qué cosa hay, por menuda que nos parezca, en que no prescriba las reglas más acertadas? ¿Qué padre se muestra tan vigilante en la educación de su hijo como él lo es en la de todos? ¿Qué edad hay tan tierna que él no conserve de todo contagio? ¿Por ventura se olvida de ella aun en los juegos más inocentes? Aun en los mismos entretenimientos quiere que sin perjuicio del desahogo que es natural, encuentre el niño instrucción y pasto del ánimo. Y si no, ¿no le aparta cien leguas de las truhanerías y dichos pegadizos de los criados? ¿No le pone al lado un ayo (no de aquellos que acompañan al niño como la sombra al cuerpo, sino un ayo instruido, virtuoso, diligente e industrioso), para indagar el ingenio de los años más tiernos? En el juntarse con sus iguales, ¿no usa de las mayores precauciones? Ello es evidente, que en materia de educación, ni a los padres ni a los maestros les queda más que desear si se proponen el método de Quintiliano.

-XI-

Pasemos más adelante, cuando la edad comienza a ser capaz de mayor instrucción. Aquí es donde Quintiliano se interesa tanto en el aprovechamiento de unos años tan capaces de todo, como él mismo demuestra, que no quiere que se pierda instante.

Porque, si bien dirigida esta edad es indecible cuántos conocimientos útiles puede aprender, por tener entonces las potencias (digamos así) nuevas y desembarazadas de cualquier otra idea; así malograda, adquiere resabios que duran toda la vida. Por tanto, encarga a los padres y maestros que los primeros conocimientos sean útiles, sólidos y relativos al fin adonde aspiran; y para lograrlo, les dice qué libros han de leer y con qué orden; qué distribuciones han de hacer de ejercicios y tareas; cómo los han de acostumbrar desde el principio a una pronunciación fina y delicada, evitando aquellos resabios que a poca costa se corrigen; y dejándolos tomar cuerpo van a decir no poco para impedir el fin de la oratoria. En todo esto y en otras cosas a este tenor Quintiliano es nimio y prolijo; si puede haber nimiedad cuando se trata de guiar sin torcimiento ni vicio estas plantas racionales: las cuales, cuanto más tiernas, tanta mayor delicadeza requieren en los que las manejan. Por tanto, desterrando Quintiliano de la educación todo terror y encogimiento que los haga apocados y rastreros en el modo de pensar, encarga el mayor cuidado en inspirarles la emulación, el honor, el deseo de la verdadera alabanza y la hidalguía en los pensamientos.

Por este camino ameno, y sembrado de conocimientos útiles, va conduciendo como por la mano al niño al estudio de la gramática, de la geometría, de la música, de la historia, de los autores -XII- más clásicos, y de todas las bellas artes. Aquí le dice cómo ha de entender al poeta; allí, cómo ha de leer al historiador. Por una parte le muestra las bellezas que ofrece la gustosa lección; por otra los tropiezos de que debe apartarle la luz de la crítica. Con esta gustosa enseñanza y útil recreo le pone en estado de poder ya caminar sin andadores, aunque acompañado del sabio maestro: quiero decir, capaz de componer por sí alguna pieza, pero mirando el modelo, que tendrá delante. Aquí encarga mucho Quintiliano la conducta que debe observarse con el discípulo. Como es forzoso que al principio sean más los yerros que los aciertos, la prudencia del que le guía, dice él, debe disimular mucho y alabar aquellas primeras producciones, aunque defectuosas, de sus ingenios tiernecitos, para animarlos a cosas mayores.

Nunca desampara Quintiliano a su orador, por más adelantamientos que haya hecho; antes esto le mueve a enseñarle siempre cosas nuevas, y por mucho camino que haya andado, le muestra ser más lo que queda. Aun cuando ya está ejerciendo la oratoria, o en los razonamientos hechos al pueblo, o en los tribunales, le corrige los defectos, ya naturales, ya adquiridos; le anima cuando va derecho; si se desmanda, le trae suavemente al camino recto; le inspira pensamientos sublimes, y sentencias que hagan mella en los ánimos; le comunica cuántos medios hay para enseñorearse de la voluntad ajena; le reviste de todos los afectos de la naturaleza con tanta viveza y propiedad que pueda a su arbitrio despertarlos en el ánimo de los jueces u oyentes sin que puedan resistirse. Tanta es la fuerza y valentía de la elocuencia -XIII- para excitarlos. Le comunica sobre lo dicho energía en el decir, y estilo agraciado para ser oído con gusto; le arregla la voz y se la entona; le compone el ademán y todos los movimientos de cabeza, ojos, manos, pies; y para decirlo de una vez, no puede imaginarse hombre tan bronco y poco favorecido de la naturaleza para la oratoria, que ayudado de las reglas de Quintiliano no se civilice y corrija.

He aquí una idea muy por encima de las Instituciones de Quintiliano, y una centésima parte de los infinitos conocimientos que nos ofrecen; de las cuales se han tomado todas las reglas de que están llenos los innumerables artes de retórica y métodos de estudios que andan impresos. Pero cualquiera que vaya cotejando estas reglas con la doctrina de éste, conocerá que, contentándose sus autores con aquellos preceptos que miran a dar a la juventud alguna idea del artificio retórico, escasean lo principal, que son los medios para convencer al entendimiento y mover la voluntad: en lo que consiste la verdadera elocuencia de griegos y romanos. Las demás artes, tratando por lo común de tropos y

figuras, que, en sentir de todos, es la parte más débil de esta facultad, tocan muy por encima la invención, que es el alma, y la que da valor a todo lo demás; haciendo por otra parte poco caudal de otros requisitos, en que Quintiliano hace tanto hincapié.

No permiten los reducidos límites de un prólogo dilatarnos más, para declarar lo mucho que ofrecen las Instituciones de Marco Fabio Quintiliano; pero no podemos menos de condolernos con todos los sabios, de que habiendo tenido nuestra nación la gloria, que nos envidian, de haber sido -XIV- este español el primero que a expensas del erario enseñó en Roma la elocuencia, y después a los sobrinos de un emperador, haya sido más conocido y apreciado de los extraños que de los nuestros. Así es que habiéndose hecho traducción de él en varias lenguas, sola su patria (y con bastante sentimiento de los amantes de las letras), por no sé qué mala estrella, ha carecido de este bien, sin atrevernos a determinar el motivo de esta omisión, cuando apenas hay autor griego y latino que no haya merecido esta honra, no en una, sino en repetidas traducciones. Quien más ha dado a conocer a nuestro español, ha sido M. Rollin en la edición que publicó para el uso de la universidad de París, adoptada por las universidades y seminarios de Francia, Italia y Portugal; la misma que nosotros hemos seguido, por las razones que insinuaremos.

Cuando este sabio extranjero pensó entablar en aquella universidad las Instituciones de Quintiliano, advirtió que entre las útiles materias que trata, había algunas de ninguna manera adaptables a nuestros tiempos, y que sería impertinencia digna de risa el tratarlas, por más que en tiempo de Quintiliano trajese alguna ventaja su conocimiento. Porque como entonces se enseñaba la elocuencia al estilo de escuela, como ahora la filosofía, se introdujeron (porque así lo pedían las circunstancias que entonces reinaban) no pocas cuestiones sobre cosas frívolas, que el reproducirlas al presente, el menos mirado lo graduaría, y no sin razón, de afectada antigüedad o extravagancia. Otras cosas de las que omitió, miran precisamente a la ortografía antigua del idioma latino, y que no tienen la menor relación o parentesco -XV- con un tratado de elocuencia. Otras, finalmente las escribió Quintiliano por acomodarse a la práctica de sus tribunales, de sus leyes y jueces. Y ¿qué diremos de aquéllas que miran precisamente a la manera y forma de los panegíricos de los héroes y dioses del paganismo y a otras necesidades que constituían una gran parte de su teología? Cualquiera se reiría del que en circunstancias tan contrarias se pusiese a escribir semejantes cavilaciones en una obra seria; porque es regla de prudencia el acomodarse al uso presente, como lo haría Quintiliano si ahora escribiese. Todo esto cercenó juiciosamente Rollin en su edición, que hemos seguido: de forma, que suprimiendo todo lo que servía para abultar, escogió la nata de este precioso monumento. Y este mismo pensamiento tenía proyectado una persona de las más ilustres y eruditas de nuestra nación, empleada por nuestro católico monarca en su servicio en una de las repúblicas extranjeras. Con esto quedó la obra más cómoda para todos (si es que no nos engaña la pasión), sin echarse menos en ella cuanto puede contribuir al perfecto y cabal conocimiento de la verdadera elocuencia.

### Marco Fabio Quintiliano al librero Trifón

Me andabas importunando todos los días, para que diese principio a la publicación de mis libros sobre la instrucción del orador, que había dirigido a mi amigo Marcelo. Por lo que a mí toca, no pensaba estar la obra en sazón, habiendo empleado en trabajarla como eres buen testigo, poco más de dos años, pero embarazado en varias ocupaciones; tiempo que por la mayor parte he gastado en discurrir sobre esta materia casi infinita, y

en la lectura de innumerables autores, más que en escribir. Siguiendo por otra parte el precepto de Horacio en su Arte Poética, que aconseja no apresuremos la publicación de nuestro trabajo, sino que le tengamos reservado por el discurso de nueve años, dejaba descansar la obra, para que, calmando aquel amor que tenemos a lo que es parto de nuestro entendimiento, la pudiese yo examinar con menos pasión, leyéndola como si no fuese cosa mía. Pero si es tan deseada su publicación como me aseguras, salga enhorabuena al público, y deseemos que tenga buena ventura, pues confío que por tu cuidado y diligencia llegue a sus manos muy enmendada.

-1-

Libro primero

Proemio

I. El motivo de haber escrito estas Instituciones oratorias y dedicarlas a Marcelo Victorio.-II. Pretende en ellas formar un orador consumado ya en las costumbres, ya en la ciencia, haciendo ver que los antiguos no distinguieron ésta de la sabiduría.-III. División de toda la obra.-IV. Estilo que observa en estos preceptos y a quiénes podrán aprovechar.

I. Conseguido que hube el descanso de mis tareas literarias, empleadas por el espacio de veinte años en instruir la juventud, pidiéndome algunos amistosamente que trabajase algo sobre la oratoria, por largo tiempo lo rehusé, por saber que autores de grande reputación en ambas lenguas<sup>3</sup> dejaron a la posteridad mucho trabajado a este propósito, y con el mayor esmero. Pero lo que me movía a mí más para desenredarme de este encargo, eso mismo los empeñaba a ellos más en su demanda; y era, que entre tanta variedad de opiniones de los antiguos, y a veces encontradas unas con otras, era difícil la elección; porque -2- (a lo que yo llegué a entender) me pedían, no que escribiese algo de nuevo, sino que a lo menos diese mi voto sobre lo que escribieron los antiguos. Y aunque no tanto me movía la dificultad de la empresa, cuanto tenía reparo en excusarme a sus ruegos, descubriendo después más campo del que presentaba la materia, voluntariamente me tomé más trabajo del que me encomendaban: ya para ganarme más a mis amigos con este nuevo obsequio, ya por no seguir ajenas huellas en camino trillado. Porque cuantos escribieron en materia de elocuencia, trataron de ella con tanto primor, como si escribiesen para gente instruida a fondo en todas las demás ciencias: ya porque despreciaban, como cosa de poco valor, los primeros estudios del hombre; ya porque no tenían por obligación suya tratar de esto, siendo distintos, y diversos entre sí, los objetos de las artes; ya fuese (y esto es lo más verosímil) porque no esperaban ninguna reputación de un trabajo que, aunque necesario, está muy apartado de la alabanza y lucimiento; sucediendo aquí lo que en los edificios, que sepultados los cimientos, únicamente luce lo que descuella sobre la tierra. Mas yo, que ninguna cosa tengo por ajena de la oratoria (sin lo que es preciso confesar que no puede darse orador), y que estoy en la persuasión de que en ninguna materia puede aspirarse a la perfección, sino pasando por los principios, no me desdeñaré de descender a estas menudencias, sin las que no se pueden conseguir otras cosas de mayor importancia. Comenzaré, pues, por los estudios que deben formar un orador desde la infancia, no de otra manera que si se me hubiese encomendado su educación.

El cual trabajo te lo dedico, Marcelo Victorio, por juzgarte digno de este don y prenda de nuestra amistad recíproca, no sólo en atención a la estrecha que hay entre los dos y al encendido amor que tienes a las letras (motivos que por sí solos bastaban), sino porque estos libros me parecen -3- muy del caso para la instrucción de tu hijo, cuyos primeros años dan claro indicio de que ha de lucir su ingenio<sup>4</sup>, a los cuales tenía intención de dar principio por los primeros rudimentos de la oratoria, continuando por aquellas artes, que pueden contribuir algo al que ha de seguir esta carrera hasta llegar a la perfección y complemento de esta obra.

Me he determinado a tomar este trabajo con tanta más razón, por ver que andaban ya en mi nombre dos libros de retórica, los que ni yo di a luz ni los trabajé con este fin; porque el primero contenía aquellas instrucciones privadas que di a mis discípulos en dos días que ellos escribieron; y habiendo copiado el segundo en muchos más a fuerza de cifras<sup>5</sup>, otros jóvenes aficionados míos inconsideradamente les hicieron el honor de publicarlos. Por donde en estos libros habrá muchas cosas de aquéllos repetidas, otras muchas mudadas, muchísimas añadidas, pero todas mejoradas y dispuestas en el mejor orden posible.

-4-

II. Formamos en ellos un orador perfecto<sup>6</sup>, el que no puede serlo no acompañándole las buenas costumbres: por donde no sólo quiero que en el decir sea aventajado, sino en todas las prendas del alma; porque nunca concederé que eso de vivir bien y honestamente se ha de dejar, como algunos pretenden, para los filósofos; como sea cosa cierta que el hombre verdaderamente político, acomodado para el gobierno público y particular, capaz de gobernar con sus consejos las ciudades, fundarlas con leyes y enmendarlas con los juicios, no es otro que el orador<sup>7</sup>. Y así, aunque confieso que me valdré de algunas sentencias que se encuentran en los libros de los filósofos, resueltamente digo que éstas son obras nuestras y que pertenecen a la oratoria: porque ocurriendo muchas veces hablar de la justicia, fortaleza, templanza y otras virtudes semejantes, y tanto que apenas habrá causa alguna en que no se ofrezca alguna cuestión de éstas; debiéndose explicar todo esto en la invención y elocución, ¿dudará alguno que los oficios del orador consisten en todo aquello para lo que se requiere la fuerza del ingenio y la facundia en el decir?

Y así como estas cosas se hallan juntas en la naturaleza, así también se hallan en las obligaciones del orador, como lo colige muy claramente Cicerón<sup>8</sup>: de forma que los -5- que fuesen tenidos por sabios igualmente fuesen reputados por elocuentes. Dividióse después esta facultad, haciendo la pereza que apareciese no una, sino muchas: porque luego que se hizo comercio del arte de hablar y se comenzó a abusar de los bienes de la elocuencia, los que eran tenidos por elocuentes abandonaron el cuidado de las costumbres; y abandonado éste, fue como presa de los malos ingenios. De aquí resultó que éstos, despreciando el trabajo de bien decir, y aplicándose a formar los corazones y dar leyes para vivir, conservaron la mejor parte (si es que esta facultad admitía división), y se apropiaron un título lleno de arrogancia; de forma que ellos solos vinieron a llamarse amantes de la sabiduría, título que jamás tuvieron la osadía de atribuirse ni los emperadores más grandes, ni los que con el mayor lucimiento se emplearon en la consulta de asuntos de la mayor importancia y en el gobierno de toda la república, pues antes quisieron hacer cosas muy buenas que prometerlas. Y vengo bien en que entre los que antiguamente hicieron profesión de sabios, muchos no solamente dieron buenos preceptos, sino que vivieron conforme a lo que enseñaron; mas en nuestros días, bajo la capa de este nombre de sabios, se encubrieron vicios muy enormes en la mayor parte de los profesores; porque no procuraban ser tenidos por filósofos por

la virtud y letras, sino que con el velo de un semblante tétrico y vestido diferente de los demás<sup>9</sup>, encubrían sus costumbres muy estragadas<sup>10</sup>.

-6-

Mas al presente todos los días nos ponemos a tratar de aquellas materias que son peculiares de la filosofía. Porque ¿quién, por malo que sea, no habla ahora de lo bueno y justo? ¿Quién, aun de los hombres del campo, no disputa sobre las causas naturales? La propiedad y diferencia de los términos debe sin duda ser común a todos los que cuidan del lenguaje; pero el orador las debe saber y hablar con mucha perfección; el cual, si en algún tiempo hubiera sido consumado, nunca se mendigarían de las escuelas de los filósofos los preceptos de la virtud. Ahora se hace preciso recurrir alguna vez a aquellos autores que se apropiaron, como llevo dicho, una parte de la oratoria, y la mejor, que estaba abandonada, y pedirles lo que en cierto modo es nuestro: esto no para valernos de lo que inventaron, sino para hacer ver que se aprovecharon de invenciones ajenas<sup>11</sup>.

Sea, pues, tal el orador que pueda con verdad llamarse sabio; y no solamente consumado en las costumbres (porque esto no basta, según mi alcance, aunque hay quien sienta lo contrario), sino en la ciencia y facultad de decir, cual quizá no ha habido ninguno hasta el día de hoy<sup>12</sup>. Mas no por eso hemos de trabajar menos por llegar a la -7- perfección, como muchos de los antiguos lo practicaron, los cuales, dado caso que creían no haberse encontrado ningún hombre perfectamente sabio, no obstante dieron preceptos de sabiduría; porque la elocuencia consumada es ciertamente una cosa real, a que puede arribar el ingenio del hombre; y dado caso que no lo consiga, con todo, los que se esfuerzan para llegar a lo sumo se remontarán mucho más que aquéllos, que, desesperanzados de llegar donde pretenden, no se levantan un palmo sobre la tierra.

III. Por donde con mayor razón se me disimulará, si no paso en silencio ni aun las cosas más menudas, pero necesarias a la obra que hemos emprendido. Atento que el primer libro contendrá lo que antecede al oficio del orador. En el segundo trataremos de los primeros elementos y cuestiones de lo sustancial de la retórica. Después emplearemos cinco libros en la Invención, a la que sigue la Disposición: cuatro en la Elocución, donde entra la Pronunciación y Memoria. A éstos se añadirá uno, en el que formaremos el orador; tratando, en cuanto lo permitan nuestras cortas fuerzas, qué tales han de ser sus costumbres, qué regla debe guardar en encargarse de las causas, en aprenderlas y defenderlas, qué género de elocuencia debe seguir, y qué fin sea el de la oratoria y cuáles sus estudios.

IV. A todo lo dicho se juntará, como lo pidiere la ocasión, la manera de perorar, que no solamente instruya a los aficionados en el conocimiento de aquellas cosas, a las que únicamente dieron algunos el nombre de arte, e interprete el derecho<sup>13</sup> de la retórica (para explicarme en estos -8- términos), sino que asimismo pueda fomentar la facundia y aumentar las fuerzas de la oratoria. Porque de ordinario los preceptos por sí solos, afectando demasiada sutileza, destruyen y despedazan cuanto hay de más noble en el discurso, se llevan todo el jugo del ingenio y lo dejan en los huesos: los cuales, así como debe haberlos y estar sujetos con los nervios, así deben estar cubiertos con la carne. Por tanto en estos doce libros no hemos formado un compendio<sup>14</sup>, como han hecho los más, sino cuanto puede servir para instruir al orador, haciendo una breve demostración de todo; porque si hubiéramos de decir cuanto se ofrece en cada cosa, sería nunca acabar.

Pero una cosa se debe afirmar sobre todo, y es que de nada aprovecha el arte y los preceptos cuando no ayuda la naturaleza<sup>15</sup>. Por donde el que no tiene ingenio entienda, que de tanto le aprovechará lo que hemos escrito cuanto a los campos naturalmente estériles el cultivo y la labranza. Hay también algunas cosas con que ayuda la naturaleza, como la voz, el pecho de aguante, robustez, firmeza de cuerpo y gracia: en todo lo cual si la naturaleza -9- nos fue escasa, la razón lo puede aumentar<sup>16</sup>; pero la

falta de esto a veces viene a destruir las prendas del ingenio y del estudio; así como aun teniendo estas cosas, por sí nada aprovechan sin un sabio maestro, sin estudio emprendido con tesón y sin el ejercicio continuo de escribir, leer y declamar.

-[10]- -11-

Capítulo I. De la educación del que ha de ser orador

I. A la mayor parte de los niños no les falta ingenio, sino aplicación.-II. Qué tales deben ser las nodrizas, padres, ayos y compañeros que han de tener los niños.-III. Se debe comenzar por el estudio de la lengua griega.-IV. Los niños antes de los siete años son capaces de instrucción... Ésta no se debe anticipar mucho... Por qué desciende a estas menudencias.- V. Del leer y escribir.

I. Nacido el hijo, conciba el padre las mayores esperanzas de él, pues así pondrá mayor esmero desde el principio. Porque es falsa la queja de que son muy raros los que pueden aprender lo que se les enseña y que la mayor parte por su rudeza pierden tiempo y trabajo; pues hallaremos por el contrario en los más facilidad para discurrir y aprender de memoria, como que estas dos cosas le son al hombre naturales. A la manera que la naturaleza crió para volar a las aves, a los caballos para la carrera y para embravecerse a las fieras, no de otra suerte nos es peculiar a los hombres el ejercicio y perspicacia del entendimiento, por donde tenemos al origen del alma por celestial. El nacer algunos rudos e incapaces de enseñanza, tan contra lo natural es como lo son los cuerpos gigantescos -12- y monstruosos, que son muy raros. Prueba es que en los niños asoman esperanzas de muchísimas cosas; las que si se apagan con la edad, es claro que faltó el cuidado, no el ingenio. Vengo bien en que uno aventaje en el ingenio a otro; pero esto será para hacer más o menos; mas no se encontrará ni uno solo en quien no se consiga algo a fuerza de estudio. El padre que reflexione esto muy bien, ya desde el principio aplicará el mayor cuidado para lograr las esperanzas del que se va proporcionando para la oratoria.

II. Ante todo<sup>17</sup>, no sea viciosa la conversación de las ayas, las que quiere Crisipo que sean sabias, si ser puede; pero a lo menos que se escojan las mejores. En ellas sin duda alguna debe cuidarse sobre todo de las buenas costumbres y de que hablen bien: pues ellas son las primeras a quienes oirán los niños, y cuyas palabras se esforzarán a expresar por la imitación. Porque naturalmente conservamos lo que aprendimos en los primeros años, como las vasijas nuevas<sup>18</sup> el primer olor del licor que recibieron, y a la manera que no se puede desteñir el primer color de las lanas. Y cuanto estos resabios son peores, tanto más fuertemente se nos imprimen. Lo bueno fácil cosa es que se mude en vicio, pero el vicio ¿cuándo lo mudarás en virtud? No se acostumbre, pues, ni aun en la infancia a un lenguaje que haya que desenseñarle.

Los padres quisiera yo que tuvieran muchísima erudición, aunque no trato solamente de ellos. Sabemos que para la elocuencia de los Gracos contribuyó no poco su madre Cornelia<sup>19</sup>, cuya doctísima conversación llegó a -13- la posteridad por sus cartas. De la hija de Lelio se dice que imitaba en el lenguaje la elocuencia del padre; y del razonamiento que hizo a los triunviros la de Q. Hortensio leemos que aun en boca de un hombre le haría honor<sup>20</sup>. Ni deben tener menor empeño en la educación de los hijos aquellos que no tuvieron la dicha de aprender, antes mayor por lo mismo en todo lo demás.

Lo mismo que de las ayas decimos de los niños, entre quienes se ha de criar el que está destinado a este fin. De los ayos con tanta más razón se debe cuidar que, o sean sabios, en lo que se debe poner el mayor empeño, o que no presuman que lo son: pues

no hay cosa más perjudicial que aquellos que, no habiendo pasado de las primeras letras, están persuadidos que son sabios. Los tales llevan a mal el ceder a los que lo son, y con un cierto derecho de autoridad que hace hinchada a esta clase de hombres, por lo común imperiosos, y a veces crueles, enseñan a los alumnos sus necedades. Sus errores perjudican no menos a las costumbres. De Leonides, ayo de Alejandro, cuenta Diógenes Babilonio haberle enseñado ciertos vicios, que le fueron acompañando siendo adulto, y hasta el trono, desde la educación en su niñez.

Si a alguno le parece que pido mucho, atienda a que el formar un orador es ardua empresa; y que aun cuando nada se omita para esto, es mucho más y lo más dificultoso lo que queda por hacer. Porque se necesita de un estudio sin intermisión, de maestros los más excelentes y de muchas ciencias. Por donde se ha de enseñar lo mejor, lo cual si alguno rehusare el hacerlo, el defecto estará en el hombre, no en el talento.

Pero si no se lograsen las ayas, ayos, y compañías cuales yo quiero, a lo menos haya un maestro continuo, que sea de buena pronunciación, y corrija al punto lo que en -14- presencia del discípulo pronunciaron viciosamente aquéllos, no permitiendo que haga vicio; pero con tal que se llegue a entender que el consejo que primero di es lo acertado y esto un remedio.

III. Me inclino más a que el niño comience por la lengua griega<sup>21</sup>; pues la latina, que está más en uso, la aprendemos aunque no queramos: y también porque primeramente debe ser instruido en las letras y ciencias griegas, de donde tuvo origen nuestra lengua. Mas no quiero que en esto se proceda tan escrupulosamente, que hable y aprenda por mucho tiempo sola la lengua griega, como algunos lo practican; pues de aquí dimanar muchos defectos, ya en la pronunciación extraña, ya en el lenguaje, los cuales, pegándoseles por la larga costumbre del idioma griego, vienen también a endurecerse en un modo de hablar diverso de los demás. Y así a la lengua griega debe seguir la latina, para aprenderlas a un mismo tiempo. Así sucederá, que conservando con igual cuidado el estudio de ambas, ninguna dañará a la otra.

IV. Pensaron algunos que no debían aprender letras los niños antes de siete años, por no ser aquella edad capaz de instrucción ni apta para el trabajo, la cual opinión siguió Hesíodo, según dicen muchísimos anteriores al gramático Aristófanes, pues éste fue el primero que negó ser de este poeta el libro de los Preceptos, donde esto se encuentra. Pero otros, y entre ellos Eratóstenes, enseñaron lo mismo. Mejor fundados van los que quieren que ninguna -15- edad esté ociosa, como Crisipo: pues aunque concede tres años para el cuidado de las ayas, pero para eso dice que éstas deben ir formando el entendimiento del niño con los mejores conocimientos. ¿Y por qué no ha de ser capaz de instrucción una edad que lo es para irse formando en las costumbres? Bien me hago cargo que en todo el tiempo de que hablamos apenas se podrá adelantar tanto, como más adelante en un solo año; pero con todo eso me parece que los que así sintieron, atendieron en esta parte más a los maestros que a los discípulos. Por otra parte ¿qué otra cosa mejor podrán hacer luego que sepan hablar? Porque es preciso que en algo se empleen. O ¿por qué hemos de despreciar hasta los siete años esto poquillo que se puede adelantar? Pues dado caso que sea poco, se va a lograr el que aprenda cosas de mayor entidad en aquel mismo año, en que tendría que aprender estas menudencias. Esto que se va dilatando todos los años, al fin de la cuenta va a decir mucho; y todo el tiempo que se ganó en la infancia, aprovecha para la juventud. Lo mismo debe entenderse de los años adelante, para que lo que se ha de aprender, no se aprenda tarde. No perdamos, pues, el tiempo al principio, y con tanta más razón, cuanto los primeros rudimentos dependen de la memoria, la que no solamente se encuentra en los niños, sino que la tienen muy firme.

Ni estoy tan ignorante de lo que son las edades, que juzgue que se debe apremiar y pedir un trabajo formal en los primeros años. De esto debemos guardarnos mucho, para que no aborrezca el estudio el que aún no puede tenerle afición, y le tenga después el odio que una vez le llegó a cobrar. Esto ha de ser como cosa de juego: ruéguesele al niño, alábesele, y a las veces alégrese de lo que sabe. Enséñese a veces a otro, aunque él lo repugne, para que tenga emulación; otras vaya a competencia con él, y hágasele creer las más veces que él lleva la victoria: estimúlesele -16- también con aquellos premios que son propios de la edad<sup>22</sup>.

Menudas son las cosas que enseñas (dirá alguno) habiendo prometido formar un orador; pero entienda que aun en las letras hay su infancia, y a la manera que la formación de los cuerpos que han de ser muy robustos comienza en la leche y la cuna, así el que ha de ser con el tiempo un orador elocuentísimo, hizo, para explicarme en estos términos, sus pucheritos, fue balbuciente e hizo garabatos en la formación de las letras. Y no, porque no baste el saber una cosa, diremos que no es necesaria. Y si ninguno reprende a un padre que tiene por preciso enseñar esto a su hijo, ¿por qué se condenará el hacer común lo que uno practicaría en su casa? Tanto más cuanta es la facilidad con que los niños aprenden las cosas pequeñas; y así como hay ciertos movimientos, a los que sólo puede hacerse el cuerpo tierno, así también sucede con los ánimos, que endurecidos se inhabilitan para la enseñanza. ¿Hubiera querido por ventura Filipo que su hijo Alejandro fuese instruido por Aristóteles, el filósofo más consumado de aquellos tiempos, o éste hubiera tomado este cargo, a no entender que convenía que los principios los enseñase también un maestro el más diestro? Hagámonos, pues, cuenta que se nos confía un Alejandro desde su infancia para que le enseñemos, empeño que merece tanto cuidado (aunque para cualquier padre la enseñanza de su hijo es de igual aprecio); en este caso ¿me avergonzaría yo de -17- darle el más breve camino para instruirle aun en la cartilla?

V. Por lo menos a mí no me agrada lo que veo practicar con muchísimos, y es el aprender el nombre y orden de las letras antes de aprender su figura. Embaraza esto el conocimiento de ellas, pues siguiendo después el sonido que de ellas tienen, no aplican la atención a su forma. Ésta es la causa de que los maestros, cuando pensaban haberlas fijado en la memoria de los niños, siguiendo el orden que tienen en el alfabeto, vuelvan atrás, y ordenándolas de otra manera, les hagan conocer las letras por su figura, no por su orden natural. Por tanto, se les enseñará a conocer su figura y nombre como conocen las personas. Pero lo que daña en el conocimiento de las letras no dañará en el de las sílabas.

Para estimular a la infancia a aprender no desapruébo aquel método sabido de formar un juego con las figuras de las letras hechas de marfil, o algún otro medio a que se aficionen más la edad, y por el cual hallen gusto en manejarlas, mirarlas y señalarlas por su nombre.

Pero cuando comience a escribir no será malo grabar las letras muy bien en una tabla, para que lleve la pluma por los trazos o surcos que hacen. De este modo ni errará como en la cera (porque por una y otra parte le contendrán los márgenes), ni podrá salirse de la forma que le ponen; y por otra parte, siguiendo con velocidad y continuación huellas fijas, afirmará los dedos, no necesitando de poner una mano sobre otra para afianzarla<sup>23</sup>. El escribir -18- bien y con velocidad es cosa digna de atención, aunque comúnmente olvidada de la gente de conveniencias<sup>24</sup>; porque siendo el principal ejercicio en gente de letras<sup>25</sup> el escribir, con lo sólo se consiguen los progresos verdaderos y sólidos, si la pluma anda lerda sirve de rémora a la imaginación, y si la letra es imperfecta y de mala formación no se entiende después, y de aquí resulta el trabajo de dictarlo cuando se haya de trasladar. Por lo cual siempre y en todas partes nos

dará gusto el no habernos olvidado de esto, pero especialmente cuando escribamos una carta de cosas que no conviene que otro sepa o bien a algún amigo.

En las sílabas no cabe compendio, sino que todas se deben aprender, y no se debe dilatar el conocimiento de las más dificultosas, como hacen comúnmente, para que cuando las escriban, las puedan distinguir<sup>26</sup>. Además de lo dicho, no se ha de fiar mucho de lo que aprendieron los niños la primera vez; antes será más útil repetirlo muchas veces, y no apresurarlos, para que al principio lean de corrido, -19- sino sólo cuando junten ya las letras sin tropezar, sin detenerse, ni pensarlo mucho; y entonces, uniendo las sílabas, tomarán toda la palabra, y después comenzarán con ellas a formar oración<sup>27</sup>; porque es increíble cuánta detención en el leer ocasiona este apresuramiento. De aquí nace el titubear, el pararse, y repetir los vocablos, cuando se atreven a más de lo que pueden, desconfiando aun de lo mismo que saben, si en algo llegaron a errar. Lean correctamente y sin interrupción; Ante todo pero por mucho tiempo con despacio, hasta que con el ejercicio adquieran leer con enmienda y velocidad. Porque el mirar adelante, y echar la vista a la palabra que sigue (regla que dan todos los maestros) no solamente lo enseña el método, sino la práctica, porque al tiempo de mirar lo que sigue, se ha de pronunciar lo primero, y se ha de dividir la atención del alma, cosa muy dificultosa, de modo que una cosa hagan los ojos y otra la voz.

En una cosa no nos ha de pesar el cuidado que pongamos, cuando el niño comience, como es de costumbre, a escribir los vocablos, y es que no pierda el trabajo en aquéllos que son vulgares, y que ocurren todos los días. Puede al punto ir aprendiendo, mientras se ocupa en otra cosa, la interpretación de las palabras más recónditas de la lengua, que llaman los griegos glossas, y conseguir en -20- estos primeros elementos lo que después les ha de llevar algún tiempo. Y supuesto que me paro en menudencias, desearía que los versos que se les ponen por muestra de escribir, no contengan inútiles sentencias, sino algún buen aviso<sup>28</sup>, porque la memoria de esto dura hasta la vejez. Y fijándose en un ánimo desocupado de otras ideas, aprovecha para formar las costumbres. Pueden también por este género de diversión aprender las sentencias de hombres ilustres, y lugares escogidos principalmente de los poetas, cosas que agradan a la edad pequeña. Porque, como diré en su lugar, la memoria es muy conducente al orador, y ésta se cultiva y afirma con el ejercicio. Y en las edades de que vamos hablando, en que el niño no puede inventar nada, es la única manera de ingenio que puede sacar algún provecho del cuidado del maestro.

No será inútil, para que logren una pronunciación clara y expedita, el hacerlos repetir palabras dificultosas buscadas para este intento, y versos compuestos de sílabas ásperas y que tropiecen<sup>29</sup> entre sí (que los griegos llaman enredosos), obligándolos a que los pronuncien muy de prisa. Esto es cosa pequeña a primera vista; pero omitido, cobrarán malos resabios en la pronunciación, vicios que, a no enmendarlos en los primeros años, durarán siempre.

-21-

Capítulo II. Si es más útil la instrucción doméstica que la pública

I. Refuta las objeciones que se ponen contra las escuelas públicas, y hace ver: 1.º Que éstas nada dañan a las costumbres... dando al mismo tiempo contra la perniciosa indulgencia de los padres. 2.º Que no dañan al aprovechamiento en las letras.-II. Alega varias razones de las ventajas de las escuelas públicas.

Vaya nuestro niño poco a poco creciendo, salga del regazo de la madre, y comience a aprender con seriedad. Lo que principalmente debemos tratar en este lugar, es: si es más útil tenerle dentro de casa, o enviarle a la escuela pública, y encomendar su enseñanza a

los maestros; lo que hallo haber sido de la aprobación de los que reformaron las costumbres de las ciudades más grandes y de los autores más consumados.

I. Debo decir que hubo algunos que estuvieron contra la pública enseñanza, a los que les mueven dos razones. La primera, el atender más a las costumbres, evitando el que se junten los niños con aquella multitud de otros sus iguales, que son más propensos al vicio; ¡y ojalá que fuese vana la queja, de que éste fue muchas veces el origen de ruines procedimientos! La segunda es, que cualquiera que sea el maestro, éste ha de emplear más tiempo con uno solo que con muchos. La primera razón es más bien fundada; porque en el caso de aprovechar las escuelas para el adelantamiento y dañar a las costumbres, tendría por mejor el vivir bien que el salir muy consumado orador. Estas dos cosas, según mi juicio, andan unidas y son inseparables la una de la otra. Porque ni yo tengo por -22- buen orador al que no sea hombre de buena vida, ni lo aprobaría aun cuando pudiese lograrse lo contrario. Tratemos, pues, primeramente sobre esto.

1.º Piensan que las costumbres se vician en las escuelas públicas, porque algunas veces sucede; pero lo mismo sucede en sus casas; y hay mil ejemplares, tanto de haberse perdido la fama, como de haberse conservado con la mayor pureza en una y otra enseñanza. Toda la diferencia está en la índole de cada uno, y en el cuidado. Dame un niño inclinado a lo peor y un padre omiso en inspirar y conservar la vergüenza en los primeros años, y aunque esté solo tendrá ocasión de ser malo. Porque no sólo puede suceder que el maestro privado sea vicioso, sino que no es menos arriesgado el trato con criados y esclavos malos que con gente de noble condición, pero de poco recato. Pero si es de buena índole, y el padre es vigilante y no se duerme en su obligación, se puede elegir para maestro el de mejores costumbres (en lo que la prudencia debe poner el mayor empeño) y la mejor escuela, y poner además de lo dicho por ayo del niño un hombre amigo y de gravedad, o un liberto fiel, cuya inseparable compañía haga mejores a los que temíamos se perdiesen.

Fácil cosa era el remedio de esto; pero ¡ojalá no corrompiéramos nosotros las costumbres de nuestros hijos! Desde el principio hacemos muelle la infancia con regalos. Aquella educación afeminada, que llamamos condescendencia, debilita el alma y el cuerpo. ¿Qué mal deseo no tendrá cuando grande, el que no sabe aún andar y se ve ya vestido de púrpura? Aún no comienza a hablar, y ya entiende lo que es gala y pide vestido de grana. Les enseñamos el buen gusto del paladar antes de enseñarlos a hablar. Crecen en sillas de manos, y si tocan en tierra, por ambos lados hay criados que los levanten en los brazos. Si prorrumpen en alguna desenvoltura mostramos contento de ello. Aprobamos con nuestra risa, y aun besándolos<sup>30</sup>, -23- varias expresiones que se les sueltan, que aun en medio de la licencia de Alejandría serían intolerables<sup>31</sup>. No es extraño: nosotros se las enseñamos y a nosotros nos las oyeron. Resuenan en los convites cantares obscenos, y se ve lo que no se puede mentar. Hácese costumbre de esto, y después naturaleza. Aprenden esto los infelices antes de saber que es malo. Así es, que siendo ya disolutos y viciosos, no aprenden el vicio en las escuelas, sino que lo llevan de sus casas.

2.º Pero en el estudio, dicen los contrarios, hará más un maestro con un solo discípulo. Ante todo nada impide que este niño (sea quien sea) aprenda también en la escuela pública. Pero aun cuando ambas cosas no se pudiesen lograr, siempre antepondría la luz de una junta de niños buenos y honrados a la obscuridad de una enseñanza clandestina y doméstica. Porque el maestro, cuanto más excelente, gusta de muchos discípulos, y tiene su trabajo por digno de lucir en mayor teatro. Si el maestro es limitado, no lleva a mal emplear su trabajo con un solo discípulo, haciendo oficio de ayo, porque conoce su insuficiencia<sup>32</sup>. Pero demos que alguno por favor, por amistad, -24- o porque tiene posibles para ello, tome para maestro peculiar de su hijo al hombre más sabio del

mundo; ¿por ventura ha de emplear con él todo el día? ¿o puede ser tanta la atención del discípulo, que no se canse, como sucede con la vista, de mirar a un solo objeto? Mucho más cuando el estudio requiere mayor retiro. Y no siempre que el discípulo aprende de memoria, escribe o compone, está presente el preceptor, antes suele impedir estas tareas la presencia de otro. Y no todas las tareas del discípulo necesitan de la explicación y guía del maestro, pues de este modo ¿cuándo lograrían el conocimiento de tantos autores? Y así hay ocasiones en que se les echa tarea para todo el día, en lo que se gasta poco tiempo; pues lo que se enseña a cada uno, aprovecha también a muchos. La mayor parte son de tal naturaleza, que todos las aprenden a una vez. Paso en silencio la distribución de la materia para las composiciones y las declamaciones de los que estudian retórica, en las que el fruto que todos sacan es igual, por muchos que sean los discípulos. Porque no sucede con la voz del maestro lo que en un convite, que cuantos más son los convidados tocan a menos; sino como el sol, que siendo uno solo, a todos alumbraba y calienta igualmente. De la misma manera cuando un maestro de gramática haga una disertación sobre la manera de hablar, cuando trata una cuestión, expone un historiador, o explica algún poeta, aprenderán tantos cuantos oigan.

Pero a lo menos, dirán, el mucho número impedirá corregir las composiciones y la explicación del maestro. Haya -25- enhorabuena en esto algún inconveniente (porque ¿dónde no lo habrá?) pero este daño se recompensa con otras ventajas que luego diremos: porque no quiero yo que se envíe al niño donde esté abandonado. Ni tampoco el maestro, si quiere cumplir con su obligación, se cargará de más discípulos que los que puede enseñar, y lo primero que se deberá cuidar es el tener amistad y trato con él, y que no tome la enseñanza por oficio, sino por afición. De este modo nunca habrá confusión. Ni dejará el maestro, si tiene alguna instrucción, de fomentar por honor suyo a quien ve que es estudioso y de talento. Pero así como se han de evitar las escuelas muy numerosas (a lo que no me inclino, si hay razón para que acudan tantos a ella), así tampoco prueba esto que deba huirse de la enseñanza pública, porque una cosa es huir de ellas y otra hacer elección de la mejor.

II. Ya que hemos refutado las opiniones contrarias, pongamos la nuestra. Lo primero de todo, el que ha de seguir la elocuencia, y ha de vivir en medio de grandes concurrencias, y a la vista de la república, acostúmbrese desde pequeño a no asustarse de ver a los hombres, y a no ser encogido con una vida oculta y retirada. Ha de explayar y levantar el ánimo, el cual con el retiro, o se debilita y se amohece (para decirlo así), o se hincha y engríe por una falsa persuasión. Preciso es que se tenga por muy grande hombre el que no se compara con nadie. Además de esto, cuando se ha de manifestar lo que se sabe, se ofusca la vista con tanta luz, y todo se le hace nuevo; como que aprendió solo y retirado lo que ha de hacer entre muchos.

Dejo a un lado las amistades, que trabadas como con lazos de religión, duran hasta la vejez; porque el tener unos mismos estudios no es menos estrecho vínculo que profesar una misma religión.

Pues si se le aparta de la sociedad, que es natural no solamente a los hombres, sino a las mismas bestias mudas, -26- ¿dónde ha de aprender aquel conocimiento que se llama común<sup>33</sup>?

Juntemos a lo dicho, que en sus casas sólo aprenderán lo que se les enseñe a ellos; pero en las escuelas lo que a otros. Todos los días oír aprobar unas cosas, y corregir otras. Aprovechará con ver reprender la pereza de unos, y alabar la aplicación de otros: con las alabanzas cobrará emulación; tendrá por cosa vergonzosa quedar atrás de los iguales, y por honra exceder a los mayores. Todo esto sirve de espuela a los ánimos, y aunque nunca es buena la ambición, ordinariamente es origen de cosas buenas. Hallo que mis maestros no en vano observaban una costumbre, cuando repartían los discípulos

en varias clases<sup>34</sup>; y era el mandar decir a cada uno por su orden, y según la graduación de sus talentos, declamando cada cual en puesto más honroso, según la ventaja que llevaba a los demás. Se daban sobre esto sus sentencias, y cada uno se empeñaba por lograr la palma; pero el ser la cabeza de una clase era la mayor honra. Ni este juicio está irrevocable, sino que en el último día del mes los vencidos tenían facultad de aspirar al mismo puesto. De este modo el superior no aflojaba en el cuidado con la victoria, y el sentimiento estimulaba al vencido a librarse de la afrenta. Y en cuanto yo -27- puedo acordarme, digo que todo esto nos sirvió de mayor espuela para el estudio de la oratoria que las exhortaciones de los maestros, el cuidado de los ayos y deseos de los padres.

Pero así como la emulación causa progresos mayores en el estudio, así a los principiantes y tiernos les es más gustoso, por lo mismo que es más fácil, imitar a los condiscípulos que a los maestros. Pues los que están en los primeros rudimentos apenas tendrán valor para aspirar a una elocuencia, que ellos consideran muy superior a sus fuerzas; abrazando más fácilmente lo que está cerca de sí, como acaece a las vides, que enlazándose con las primeras ramas de los árboles, suben hasta la copa. Lo cual es tan cierto, que aun el mismo maestro, si es que prefiere la utilidad a la ambición, debe cuidar, cuando maneja talentos principiantes, de no agobiar con tareas la debilidad de los discípulos, sino tener consideración a sus fuerzas y acomodarse a su capacidad. Porque a la manera que los vasos de boca angosta no reciben nada del licor que se les envía de golpe, pero se llenan cuando se les echa poco a poco y gota a gota, así se ha de tener cuenta con lo que puede el talento de los niños. Porque si son cosas que exceden su capacidad, no aprenderán nada, como que no alcanzan a tanto. Será útil, pues, tener algunos discípulos a quienes los otros imiten al principio, y después los excedan. Así se irán poco a poco concibiendo esperanzas de cosas mayores.

Añado a lo dicho, que los maestros no pueden hablar con el mismo espíritu y eficacia, cuando oye uno solo, que cuando les anima la concurrencia de discípulos<sup>35</sup>: pues -28- la elocuencia por la mayor parte consiste en el fuego del ánimo. Éste es preciso se impresione, y conciba las imágenes de las cosas, y se transforme en cierto modo en la naturaleza de lo que tratamos. Finalmente, cuanto éste es más generoso y grande, mayores son, digamos así, los órganos<sup>36</sup> que le mueven. Por donde crece con la alabanza, se aumenta con el esfuerzo, y gusta emplearse en cosas grandes; se desdeña en cierto modo de bajar el estilo del decir, que tanto le ha costado el formar, para acomodarse a un solo discípulo; y por otra parte, levantar el estilo familiar le causa rubor. Y ciertamente, imagínese cualquiera que está viendo a un maestro declamar o perorar delante de un solo discípulo; figúrese aquella disposición, la voz, el modo de andar, la pronunciación, y por último aquel ardor y movimiento de cuerpo y alma, y (para no recorrerlo todo) aquel sudar y afanarse cuando habla, ¿no diríamos que padecía algún ramo de locura? Si el hombre no tuviera sino otro hombre con quien comunicar, no habría elocuencia en el mundo<sup>37</sup>.

-29-

### Capítulo III

I. Señales para conocer el talento.-II. Cómo se ha de manejar el ingenio del discípulo.-III. De las diversiones.-IV. No se les debe azotar.

I. El maestro diestro encargado ya del niño, lo primero de todo tantee sus talentos e índole. La principal señal de talento en los niños es la memoria<sup>38</sup>; la que tiene dos oficios que son: aprender con facilidad y retener fielmente lo que aprendió. La segunda señal es la habilidad en imitar, por ser señal de docilidad; pero de manera que esta

imitación sea de lo que aprende, y no para remedar el aire y modo de andar de las personas, o algún otro defecto que llame la atención. Pues el que así pretende hacer reír, para mi modo de pensar, no indica buena índole. Sobre todo, el niño bueno será verdaderamente ingenioso: porque no tengo por tan malo el ser de poco talento, como el ser de índole perversa. El niño bueno estará muy distante de ser perezoso y dejado como otros: oirá sin repugnancia lo que se le enseñe; hará algunas preguntas; seguirá por donde se le lleve, pero no se adelantará<sup>39</sup>. Aquella -30- especie de ingenios, que a manera de frutas se anticipan, nunca llegan a sazón. Éstos hacen con facilidad cosas pequeñas, e impelidos de su mismo ímpetu, al punto manifiestan lo que pueden en ellas; pero finalmente no pueden sino lo que no tiene dificultad: hablan mucho, y sin cortarse; no hacen mucho, sino pronto; cuanto dicen, es cosa sin solidez y muy superficial; son muy semejantes a las semillas que quedaron encima de la tierra, que al punto nacen; y como la hierba que, echando la espiga, se agosta antes de granar<sup>40</sup>. Causa gusto, es cierto, el ver estos adelantamientos en años tan cortos, pero paran después, y cesa la admiración.

II. Cuando esto se note, véase cómo se han de manejar en lo sucesivo los talentos del discípulo. Hay algunos flojos, si no los aprietan: algunos enójense de que los manden. A unos el miedo los contiene, a otros los hace encogidos. Hay talentos que si algo aprovechan, es a fuerza de machacar en algunas cosas; otros hay que dan el fruto de pronto. A mí denme un niño, a quien mueva la alabanza, la gloria le estimule, y que llore cuando es vencido. A éste la emulación le servirá de fomento, la reprensión le hará mella, el honor le servirá de espuela, y nunca temeremos que dé en la pereza.

III. Pero a todos se les debe conceder algún desahogo, no solamente porque no hay cosa ninguna que pueda sufrir un continuo trabajo (pues aun las mismas cosas insensibles o inanimadas aflojan alguna vez, para no perder su fuerza) sino porque el deseo de aprender depende de la -31- voluntad, donde no cabe violencia. Y así vuelven después a la tarea con mayor empeño, después de tomar ánimo con la diversión, y aun con más gusto; lo que no sucede en lo que hacemos por necesidad. No llevo a mal el juego en los niños, porque esto es también señal de viveza; ni puedo esperar que estando siempre tristes y melancólicos, puedan levantar el espíritu para el estudio, cuando lo tiene caído en cosa tan natural a aquellos años. Haya sin embargo tasa en la diversión; de manera que ni el negarles este desahogo engendre en ellos fastidio en el estudio, ni siendo demasiado los habitúe al ocio. Hay también algunos juegos, que sirven para aguzar el ingenio de los niños, poniéndose unos a otros para emulación suya algunas dudas sobre cualquier materia. Descubren también ellos sencillamente en el juego sus inclinaciones, para que sepamos que no hay edad tan tierna que no aprenda al punto lo que es bueno y malo; y que entonces se le ha de ir formando, cuando no sabiendo fingir, muestra docilidad para aprender. Lo que llegó a endurecerse con algún torcimiento más fácil es romperlo que enderezarlo. Desde el principio se le ha de enseñar al niño a no obrar con pasión, con torcimiento o desenfreno, teniendo siempre presente aquello de Virgilio, *Geórgicas*, 2.272:  
Tanto vale en los niños la costumbre.

IV. El azotar a los discípulos, aunque está recibido por las costumbres, y Crisipo no lo desapruueba, de ninguna manera lo tengo por conveniente. Primeramente porque es cosa fea y de esclavos, y ciertamente injuriosa si fuera en otra edad, en lo que convienen todos. En segundo lugar, porque si hay alguno de tan ruin modo de pensar que no se corrija con la reprensión, éste también hará callo con los azotes, como los más infames esclavos. Últimamente, porque no se necesitará de este castigo, si hay quien les tome

cuenta estrecha de sus tareas. Mas ahora -32- parece que de tal suerte se corrigen las faltas de los niños cometidas por el descuido de sus ayos, que no se les obliga a hacer su deber, sino que se les castiga por no haberlo hecho. En conclusión, si a un niño pequeñito se le castiga con azotes, ¿qué harás con un joven, a quien ni se le puede aterrar de este modo, y tiene que aprender cosas mayores? Añadamos a esto, que el acto de azotar trae consigo muchas veces a causa del dolor y miedo cosas feas de decirse, que después causan rubor: la cual vergüenza quebranta y abate al alma, inspirándole hastío y tedio a la misma luz. Además de lo dicho si se cuida poco de escoger ayos y maestros de buenas costumbres, no se puede decir sin vergüenza, para qué infamias abusan del derecho y facultad de castigar en esta forma los hombres mal inclinados: y cuán ocasionado es a veces a otros este miedo de los miserables discípulos. No me detendré mucho en esto: demasiado es lo que se deja entender. Por lo que baste el haber dicho que a ninguno se le debe permitir demasiado contra una edad débil y expuesta a la injuria.

Ahora comenzaré a tratar de las artes en que se le debe instruir al que se le va formando de este modo para la oratoria, y por dónde se debe comenzar en cada edad.

-33-

#### Capítulo IV. De la gramática

I. Alabanzas de la gramática.-II. Tres propiedades del lenguaje: corrección, claridad y elegancia.-III. Para el lenguaje se atiende a la razón, a la autoridad, a la antigüedad y a la costumbre.-IV. De la ortografía.

El niño que aprendió ya a leer y escribir, lo primero que debe aprender es la gramática, bien entendamos la griega o la latina, aunque yo gustaría que primero se estudiase la griega. El mismo método hay para la una que para la otra. Reduciéndose, pues, este estudio a dos cosas tan solas, que son: saber hablar y explicar los poetas, más es lo que encierra en el fondo, que lo que manifiesta. Porque el escribir va incluido en el hablar, y la explicación de los poetas supone ya el leer correctamente, en lo cual se incluye la crítica. De ella usaron los gramáticos antiguos con tanto rigor, que no solamente censuraban los versos y libros de títulos supuestos, tomándose la licencia de quitarles el nombre del autor que, a su parecer, falsamente llevaban, sino que a otros autores los redujeron a ciertas clases, quitando a otros de este número<sup>41</sup>. Ni basta el haber leído los poetas. Se han de revolver todos los escritores, no solamente por las historias que contienen, sino también por las palabras que reciben autoridad de aquellos que las usaron. Ni puede ser uno perfecto gramático sin la música, pues ha de tratar del metro y ritmo<sup>42</sup>. -34- Ni podrá entender los poetas sin algún conocimiento de la esfera celeste, los cuales para la explicación de los tiempos (dejando a un lado otras materias) hacen tanto uso del nacimiento y ocaso de los astros. No debe tampoco ignorar la filosofía, ya para entender muchísimos pasajes de los poetas, tomados de lo más recóndito de las cuestiones naturales, ya para interpretar a Empédocles entre los griegos, a Varrón y Lucrecio entre los latinos, que dejaron escrita en verso la filosofía. Se necesita también de más que mediana elocuencia para hablar con propiedad y afluencia en cada una de las cosas que llevamos dichas. Por donde no se puede sufrir a los que neciamente dicen ser esta arte de poco momento y cosa excusada. En la que si no echare firmes cimientos el que ha de ser orador, cuanto sobre ello edifique irá en falso. Ésta es aquella arte necesaria a los niños, gustosa a los ancianos, dulce compañera en la soledad, y ella sola entre todos los estudios tiene más de trabajo que de lucimiento.

II. Ahora bien, siendo tres las propiedades del lenguaje, corrección, claridad y elegancia (porque el hablar a propósito, que es la principal, los más la ponen en el ornato), examinaremos con las reglas de hablar bien, qué es lo más esencial de la gramática, otros tantos vicios opuestos a las virtudes dichas.

III. Hay reglas para hablar y para escribir. En las palabras atendemos a la razón, antigüedad, autoridad y uso. La razón nace principalmente de la analogía, y a veces de la etimología. La antigüedad concilia majestad y (por decirlo así) cierta veneración a las voces. La autoridad tórnase de los oradores e historiadores; porque los poetas se excusan con el metro; sino tal cual vez, en que pudiendo -35- por razón del metro usar de dos expresiones, usan más ésta que aquélla, como: Imo de stirpe recisum. Eneida, 12, 208. Aëriae, quo conguessere palumbes. Églogas 3, 69. Silice in nuda. Églogas 1, 15, y otros semejantes modos de hablar, en los que el juicio de los oradores más consumados sirve de regla, y a veces se tiene por bueno el error, por seguir a los hombres de grande autoridad. La costumbre es la maestra más segura de hablar, y hemos de usar de las voces como de la moneda, que sólo es corriente la que tiene el cuño del día.

Las palabras antiguas no solamente tienen grandes patronos, sino que concilian cierta majestad y gusto a la oración; porque por una parte tienen la autoridad de antiguas, y por otra, habiéndose dejado su uso por algún tiempo parecen como nuevas. Pero se necesita de moderación, de modo que ni sea frecuente su uso, ni manifiesto; porque no hay cosa más odiosa que la afectación, ni las voces sean tomadas de tiempo inmemorial y desconocido, como topper, antigerio, exantlare, prosapia<sup>43</sup>, y los versos de los Salios, entendidos apenas de sus sacerdotes. Pero a éstos los mantiene en uso la religión y debemos mirarlos como sagrados. ¡Cuán viciosa será la oración, cuya principal virtud es la claridad, si necesita de intérprete! Conque así como entre las palabras nuevas las mejores serán las más antiguas, así entre las antiguas las más nuevas.

Lo mismo decimos de la autoridad. Porque si puede haber alguna razón para creer que no falta a ninguna regla el que usa de estas voces, que se hallan en autores muy -36- autorizados, pero importa mucho saber qué dijeron y qué persuadieron. Porque ninguno podrá sufrir aquellas voces de tuburcinabundum y lurcabundum, aunque las usa Catón; ni el decir hos lodices, aunque lo usa Polión; ni la voz gladiola, aunque la usó Mesala; ni la de parricidatum, que aun en Celio apenas es tolerable; ni Calvo me persuadirá a decir collos; palabras que no usarían al presente sus autores.

Resta que hablemos de la costumbre, porque sería ridiculez anteponer el lenguaje que se usó antes al que ahora usamos. ¿Pues qué otra cosa es el lenguaje antiguo que la antigua costumbre de hablar? Aunque para esto se necesita de discernimiento, y examinar qué es lo que entendemos por costumbre. Porque, si toma el nombre de lo que siguen los más, sacaremos una regla muy peligrosa, no digo para la oración, sino, lo que es más, para vivir. ¿Pues de dónde nace este tan grande bien, de que nos agrada lo que los más tienen por bueno? Porque, así como el arrancarse el vello, el enrizar el cabello, y el beber con exceso en los baños, no hará costumbre, por más que se introduzca en un país, porque todo es vituperable, y con todo eso nos bañamos, nos esquilamos y banqueteamos por costumbre; así en el hablar no se ha de tener por uso una cosa porque la sigan muchos. Porque, dejando a un lado el lenguaje que usa el vulgo ignorante, vemos que aun los teatros y el circo resuenan con un lenguaje bárbaro<sup>44</sup>. Según lo dicho, llamaré costumbre y uso del lenguaje al consentimiento de los sabios, a la manera que -37- llamamos costumbre de vivir al consentimiento de los buenos.

IV. Ya que queda dicho cuál es la regla de hablar, digamos qué reglas hay para escribir. Lo que en griego se llama ortografía llamemos nosotros ciencia de escribir bien. Yo juzgo que se debe escribir cada palabra como suena, si no lo repugna la costumbre. Porque el oficio de las letras parece ser éste, conservar las voces, y restituir,

digamos así, al que lee lo que se les encomendó; y así deben declarar lo que nosotros hemos de decir.

Éstas son las reglas comunes de hablar y escribir bien. Las otras dos, que son el hablar con palabras propias y elegantes, no se las quito a los gramáticos, sino que las guardo para mejor ocasión, cuando hablemos de los oficios del orador.

Me ocurre ahora que tendrá alguno por menudencias cuanto hemos dicho, y por embarazo de cosas mayores. Digo que no pretendo yo que se gaste el tiempo en cosas demasiado mecánicas, y en necias disputas con las que se arruine y gaste el talento. Pero en la gramática nada daña sino lo superfluo. ¿Es por ventura menor Cicerón en la oratoria por haber sido muy exacto en esta arte, y muy riguroso en la enseñanza de su hijo, como consta de sus cartas? ¿O disminuye un punto el mérito de César el haber escrito de analogía? ¿O fue menos puro Mesala por haber hecho libros enteros, no digo de cada una de las palabras, sino de las letras? Que no embarazan estas artes a los que pasan por ellas, sino a los que no pasan de ahí.

-38-

Capítulo V. Qué libros deben leer primeramente los niños, y de qué manera

Réstanos hablar del modo de leer; en lo cual no se le puede enseñar al niño menos que con la práctica, dónde ha de suspender el aliento, dónde distinguir el verso, dónde hacer sentido, y dónde comienza éste; cuándo debe levantar la voz, cuándo bajarla; qué tono debe dar a cada cosa; dónde debe leer con pausa, dónde con ligereza; qué pasajes se han de leer con vehemencia, y cuáles con dulzura. Una cosa encargaré en esto, y es, que entienda lo que lee, para lograr todo esto. Sea ante todo el modo de leer varonil, acompañado de suavidad y gravedad, y lo que es verso no se lea en el mismo tono que la prosa; pues aun los mismos poetas dicen que cantan. No se ha de entender por esto un canto material, ni adelgazando la voz, como muchos, afeminadamente<sup>45</sup>. De este modo de leer dicen habló César, siendo aún niño, cuando dijo: Si cantas, cantas mal; si lees, cantas. Ni quiero que las prosopopeyas se pronuncien, como quieren algunos, con aire cómico; pero háganse sus inflexiones, para distinguirlas de lo que el poeta dice por sí.

En todo lo demás es necesario advertir muy mucho que los entendimientos tiernos, y que han de llevar adelante los conocimientos que se les imprimieron al principio, cuando estaban vacíos de toda idea, no sólo aprendan lo que les instruye, sino mucho más lo bueno. Por donde está bien entablado que se comience a leer por Homero y Virgilio; -39- bien que para entender sus bellezas era menester mayor discernimiento; pero para esto tiempo les queda, puesto que no los han de leer una sola vez. Entretanto vayan levantando el espíritu con la grandeza del verso heroico, y ensanchando el alma con la de las materias y bebiendo ideas nobles.

Las tragedias son útiles. Los líricos también fomentan el espíritu, si se hace elección, no solamente de los autores, sino también de sus partes. Los griegos escribieron con desenvoltura, y Horacio tiene lugares que no quisiera explicarlos a los niños. Las elegías amorias y los endecasílabos, que tienen algunos incisos de versos sotadeos<sup>46</sup> (porque estos versos ni mentarlos), destiérrense, si es posible; o a lo menos resérvense para cuando los niños sean mayores. En su lugar diremos qué uso pueden hacer de la comedia, que contribuye mucho para la elocuencia por emplearse toda ella en personas y afectos; porque ésta será la principal lección, cuando no se siga daño a las costumbres. Hablo de Menandro, aunque no excluyo a otros; pues los latinos podrán también ser útiles. Pero los niños deben leer sobre todo lo que les fomente el ingenio y aumente las ideas; para lo demás que sirve a la erudición, les queda mucho tiempo.

Los poetas latinos son útiles (aunque en los más de ellos más brilla el ingenio que el arte) por la abundancia de palabras, en cuyas tragedias puede encontrarse mucha gravedad, en las comedias mucha elegancia y cierto aticismo. La economía en éstos es más exacta que en la mayor parte de los modernos, los que pusieron la única perfección de sus obras en los pensamientos. De éstos hemos de aprender la pureza y el carácter (por decirlo así) varonil, -40- ya que en el modo de decir hemos caído en todo género de delicadeza y vicio. Finalmente, creamos a los oradores consumados, los que se valen de los poetas antiguos, o para lograr el fin de las causas, o para adorno de la oratoria. Porque veo que sobre todos Cicerón, y con alguna frecuencia Asinio y los demás cercanos a nuestros tiempos, citan versos enteros de Ennio, Acio, Pacuvio, Lucilio, Terencio, Cecilio y otros, no sólo con muchísima gracia y erudición, sino también causando deleite; recreándose con el deleite poético los oídos cansados con el ruido del foro<sup>47</sup>. Los cuales acarrear no poca utilidad cuando se prueba el asunto con sentencias tuyas, como con ciertos testimonios. Aunque aquello primero toca más a los niños y lo segundo a los adultos; como quiera que deban tener afición a la gramática y a la lectura, no sólo mientras están en las escuelas, sino por toda la vida.

En la explicación de los poetas, el maestro de gramática deberá cuidar que el discípulo, desenlazando el verso, le dé cuenta de las partes de la oración y de las propiedades de los pies: cosa muy importante en el verso, de que deben carecer las composiciones en prosa. Dele a conocer las palabras bárbaras, las impropias, y las palabras compuestas contra las leyes del lenguaje; todo esto no para vituperar a los poetas (con los cuales se disimula tanto por razón del metro, que aun los mismos vicios que cometen en el verso se bautizan con el nombre de metaplasmo y figuras; dando el nombre de gala a lo que ellos hicieron por necesidad), sino para advertirles las licencias poéticas y ejercitarles la memoria.

No dañará enseñarlos en los primeros rudimentos las diversas significaciones de las voces, y el maestro de esta clase no cuidará menos de aquellas que son menos usadas. - 41- Pero pongamos todo su esmero en enseñar todos los tropos que sirven de especial adorno, no sólo en el verso, sino también en un discurso; las dos maneras de figuras, de palabra y de sentencia, cuyo tratado y el de los tropos reservo para cuando hable del adorno.

Hágales conocer sobre todo de cuánto sirve la economía de un discurso; la correspondencia de unas cosas con otras; lo que conviene a cada persona; qué se ha de alabar en los pensamientos, y qué en las palabras; dónde cae bien la afluencia, y dónde la concisión.

Se ha de juntar a todo esto la explicación de las historias, que debe hacerse con esmero, pero no tanto que se ocupe en explicar bagatelas. Basta el exponer las que están recibidas, o a lo menos están referidas por célebres autores. Porque el referir lo que dicen los autores más despreciables, o es demasiada pobreza o una gloria vana, lo cual detiene y agobia los ingenios que se pueden emplear en otra cosa mejor. El que se pone a examinar los escritos que ni aun merecen leerse, no tendrá reparo en dar oídos a cuentos de viejas. De todos estos embarazos están llenos los comentarios de los gramáticos, apenas entendidos de sus mismos autores. Sabida cosa es lo que sucedió a Dídimo, que escribió más que nadie; lo cual, como no diese crédito a una historia como fabulosa, se la mostraron en un libro suyo. Esto acaece principalmente en las fábulas, en que se cuentan ridiculeces y aun cosas vergonzosas. De donde nace, que cualquier hombre ruin se toma la licencia de fingir a su antojo en materia de libros y autores cuanto le ocurre; y con tanta más seguridad, cuanto no se pueden encontrar los que jamás existieron. Porque en cosas conocidas es más fácil descubrir la mentira. Por donde una de las calidades del buen gramático es el ignorar algunas cosas.

## Capítulo VI. De los primeros ejercicios de escribir, en que deberá emplearse el gramático

Ya hemos concluido las dos partes de la gramática, que se reducen a enseñar a hablar y a la explicación de los autores: la primera llaman metódica, la segunda histórica. Con todo eso, añadamos ciertos principios del estilo para instrucción de las edades que aún no son capaces de la retórica. Aprendan, pues, primero a explicar en un lenguaje puro y sencillo las fabulitas de Esopo, que suceden a los cuentos de las amas de leche: en segundo lugar a escribirlas con la misma sencillez de estilo; primeramente desatando el verso, y después traduciéndolo con otras palabras. Después aprendan a traducirlo con libertad parafrástica, por la que se permite ya reducir, ya amplificar lo que traducimos, conservando el sentido del poeta. El cual ejercicio, que aun para maestros consumados tiene dificultad, al que lo llegue a hacer con tino, le ayudará para vencer mayores dificultades. Compongan también los gramáticos sentencias, chrías y etologías, dando las razones de lo que dicen; de donde toman el nombre estas composiciones. Estas composiciones se fundan en una razón común; pero la forma es diversa: porque la sentencia es un dicho universal, la etología consiste en el carácter de las personas. Hay varias especies de chría. La una es semejante a la sentencia, y consiste en algún dicho simple; verbigracia: Dijo, o solía decir, etc. Otra en la respuesta; verbigracia: Habiéndole preguntado, respondió, etc. La tercera es algo semejante a ésta, y consiste, dicen algunos, no en dicho, sino en algún hecho; verbigracia: Habiendo visto Crates un niño ignorante, dio un -43- bofetón a su ayo. Y, por último, otra algo parecida a la dicha, a la que no dan el mismo nombre, sino que la llaman criodes, por ejemplo: Milón llevaba a cuestras un toro, habiéndose acostumbrado a llevarle desde cuando era becerrillo. Todas éstas pueden variarse por los mismos casos, ya sean de algún dicho o hecho. Las narraciones celebradas de los poetas, creo que deben tratarse para instruirse, no para adquirir la elocuencia. Los retóricos latinos, dejando todo lo demás, que pide más trabajo e ingenio, lo hicieron necesario e indispensable a los gramáticos; pero los griegos conocen mejor la dificultad y naturaleza de su deber.

## Capítulo VII. El niño, antes de dar principio a la retórica, debe ser instruido en otras artes, si éstas son necesarias para uno que ha de ejercitar la elocuencia

A esto se reduce lo que me propuse tratar sobre la gramática con la mayor brevedad, tocando lo más necesario, no cuanto había que decir, porque esto era obra larga: ahora trataré, estrechándome, de aquellas artes que deben aprender los niños antes de comenzar la retórica, para ir siguiendo aquella carrera de estudios que llaman enciclopedia. Porque en esta primera edad se ha de dar principio al estudio de otras ciencias; las cuales, siendo también artes, y no pudiendo haber elocuencia perfecta sin ellas (aunque por sí solas no bastan para construir a un orador), preguntan algunos, si son absolutamente necesarias para el fin que decimos. Porque ¿de qué aprovecha, dicen los tales, el saber levantar un triángulo equilátero sobre una línea dada, para defender un pleito, o para declarar los sentimientos de nuestra alma? ¿O por qué defenderá mejor a un reo, o dará un consejo más acertado quien sabe distinguir, ya por el tono, ya en el nombre y tiempos el sonido de las cuerdas? Y aun quizá podrán citar a no pocos hábiles oradores, que ni el nombre siquiera de geometría oyeron jamás, ni tienen de músicos otra cosa que el que les deleita, como a todos sucede.

A los cuales primeramente respondo, como Cicerón escribe, hablando con Bruto<sup>48</sup>; y se lo repite varias veces, -45- y es, que el orador, que vamos formando, ni lo hay, ni lo ha habido jamás: sino que nos hemos propuesto dar un modelo de orador perfecto, que por ninguna parte tenga tacha. Porque también los que forman a un hombre sabio, de modo que sea en todo consumado, y (como dicen) un Dios en la tierra, no solamente pretenden instruirle en todo lo celestial y humano, sino que le van también guiando por ciertas menudencias (si las miramos en sí mismas), hasta enseñarles ciertos modos de argüir con falacia la más disimulada: no porque estos argumentos falaces, y que llaman de crocodilo<sup>49</sup>, puedan constituir al hombre sabio, sino porque éste debe saber hasta las cosas más menudas. A este modo la música y geometría, cierto es que no constituyen al hombre orador (el cual también debe ser sabio), como tampoco otras cosas que añadiremos, pero les ayudarán para ser consumado. A no ser que nos olvidemos que los remedios y medicinas que curan las dolencias y llagas, se componen de simples a veces contrarios entre sí, resultando una composición que en nada es semejante a cada una de las cosas que entran en ella, sino que de todas juntas toma sus propiedades. Aun las abejas forman de diversas flores y jugos aquel sabor de la miel, que no alcanzan todos los entendimientos humanos. ¿Y nos -46- maravillaremos nosotros de que la oración, obra la más grande de la naturaleza, necesite del conocimiento de muchas artes, que, aunque no se descubren en ella, ni manifiestan su fuerza, influyen secretamente y no deja de traslucirse su influencia? Hubo alguno que sin nada de esto, habló bien; lo confieso: mas yo lo que pretendo es formar un orador. Asimismo vengo bien en que todo esto no es de la mayor utilidad, pero ciertamente que no podremos llamar perfecto a quien falta algo, aunque sea poco, y lo muy bueno de nada debe carecer. Aunque lo que pedimos es cosa ardua, con todo, pediremos mucho, para que a lo menos abarque el orador lo más que pueda. Y ¿por qué hemos de desmayar? La naturaleza a ninguno le impide que sea orador consumado, y es mala vergüenza perder el ánimo en una cosa que se puede conseguir.

-47-

#### Capítulo VIII. Sobre la música y sus alabanzas

En esta parte seguramente debía bastarme el dictamen de los antiguos. Porque ¿quién no sabe que en los primeros tiempos la música (para hablar primeramente de ella) se mereció, no sólo tanto aprecio, sino tanta veneración, que los músicos, poetas y sabios se tenían por una misma cosa? Entre los cuales (para no hablar de otro) fueron Orfeo y Lino. Ambos a dos fueron tenidos por hijos de los dioses; y del uno se dice que llevaba tras sí las fieras, los peñascos y las selvas, porque con su música admirable ablandaba los ánimos de la gente ruda y campesina. Timágenes dice también que entre todos los estudios el más antiguo fue el de la música. Confírmalo los poetas de mayor nombre, en los cuales vemos, que en los convites de los reyes, las alabanzas de los dioses y de los héroes se cantaban al son de la cítara. ¿No vemos en Virgilio cómo Yopas canta el Curso de la luna, y los eclipses del sol, etc.? Eneida, 4.746. Con lo cual claramente da a entender este autor insigne, que la música y el conocimiento de las cosas divinas andaban pareados. Lo cual si se concede, será también necesaria para un orador; siendo cierto, como dije, que esta parte que abandonaron los oradores y se apropiaron los filósofos, fue peculiar nuestra; y sin esta ciencia la oratoria no puede ser consumada.

Por lo que mira a los filósofos, no cabe duda que la cultivaron, habiendo Pitágoras y sus discípulos publicado una opinión, sin duda de tiempo inmemorial; es a saber, que el mundo había sido fabricado al son de la música, el que después imitó la lira. Y no contentos con aquella concordia -48- de cosas desemejantes, que llaman armonía,

vinieron a poner consonancia aun en los movimientos del cielo. El Timeo de Platón (sin contar otras partes de sus obras) no se puede entender sin perfecto conocimiento de esta ciencia. Pero ¿qué digo los filósofos, cuyo corifeo Sócrates en su ancianidad no se avergonzaba de aprender a tañer la lira? Hasta los mayores capitanes, dice la historia que tañeron la cítara y la flauta; y que los ejércitos de los lacedemonios cobraban coraje para pelear, oyendo instrumentos músicos. ¿Qué otra cosa hacen en nuestras legiones las cornetas y trompetas, cuyo concierto, cuanto mayor es, tanto mayor es la gloria romana en las guerras? Y no por otra causa Platón tiene por indispensable la música en el hombre civil, que llaman político. Y los principales de esta escuela, que algunos tienen por muy rigurosa, otros por muy dura, fueron de opinión que algunos sabios debían emplearse en este estudio. Licurgo, autor de la severa legislación de los lacedemonios, aprobó el estudio de la música. Y cierto que parece que la naturaleza nos la concedió como por regalo, para lenitivo de los trabajos, pues hasta los remeros cobran aliento con el canto: y no sólo sucede esto en aquellas fatigas, en que muchos se animan al trabajo con el dulce canto de alguno que los guía, sino en el trabajo de cada uno, entreteniéndole con canciones, aunque sean groseras.

Hasta aquí parece que solamente he ensalzado la música, pero aún no la he aplicado a la oratoria. Pasemos también en silencio cómo en otro tiempo la gramática y la música anduvieron unidas: siendo cierto que Arquitas y Aristogeno la tuvieron por parte de la gramática; y que unos mismos maestros enseñasen estas dos artes, no sólo lo prueba Sofrón, autor de pantomimos, apreciado de Platón, que dicen tenía por almohada sus libros al tiempo de morir, sino también Éupolis, donde vemos que Prodamo enseñaba la música y las letras. Y Maricas, que es el mismo -49- que Hipérbolo, confiesa no saber de la música, sino las letras. Aristófanés también prueba en varios lugares que antiguamente los niños recibían esta instrucción. Y en el Hipobolimeo de Menandro vemos, que dando un viejo la cuenta a un padre de lo que había gastado con su hijo, pone una gran suma por los maestros de música y geometría. Esto prueba la costumbre antigua de pasar la lira entre los convidados, después de la mesa; la cual, diciendo Temístocles, como cuenta Cicerón, que no sabía tocar, le tuvieron por hombre sin letras. Aun entre los antiguos romanos se estilaban en los banquetes instrumentos de cuerdas y flautas. Los versos de los Salios tienen también su canto. Todo lo cual habiendo sido instituido por el rey Numa, es prueba clara que aun aquellos primeros hombres ignorantes y belicosos no se descuidaron de la música, que aquella edad permitía. Finalmente, se hizo proverbio entre los griegos, que los ignorantes eran enemigos de las Musas y de las Gracias<sup>50</sup>.

Pero veamos qué utilidad puede traer la música al orador. Dos especies de números tiene la música; en las voces y en el movimiento del cuerpo: pues en uno y otro se busca cierta proporción. El músico Aristogeno divide la modulación de la voz en número y melodía métrica. Lo cual ¿quién no dirá que es necesario para la oratoria? Pues lo uno mira al ademán, lo otro a la colocación de las palabras, y lo tercero a la inflexión de la voz: la cual tiene mucho uso en la pronunciación. A no ser que imaginemos que sólo para la poesía y el canto se requiere esta disposición y consonancia de voces, y que es ociosa en el que perora; o que este arreglo y sonido de la voz no se necesita en la oración, lo mismo que en la música. Porque con diversas modulaciones canta con voz levantada las -50- cosas grandes; con dulzura, si son de gusto; si indican moderación, con suavidad; y toda la habilidad del músico está en expresar el afecto de lo que canta. En la oratoria va a decir mucho también para el movimiento de los afectos del auditorio el alzar o bajar la voz, y el que tenga su inflexión: y así empleamos distinto tono para mover a los jueces a indignación, del que usamos para implorar su clemencia: pues vemos que aun con los instrumentos, con los que no se puede expresar el lenguaje, el

ánimo se reviste de varios movimientos. El arreglo y decente compostura de los movimientos del cuerpo, que se llama aptitud, es también necesaria, pues en ella estriba gran parte de la pronunciación; y esto sólo con la música se puede aprender. Pero de la pronunciación hacemos tratado aparte. Pues si el orador debe cuidar de la voz, ¿qué cosa hay tan propia de la música? Pero para no anticiparnos a tratar de esta parte de la retórica, contentémonos por ahora con el ejemplo de Graco, orador el más consumado de su siglo, a quien estando perorando asistía por detrás un músico, para apuntarle los tonos de la voz con una flautilla, que llaman tonarión, o norma para arreglar los tonos. Este cuidado tuvo él en medio de las causas muy dificultosas que defendió, cuando, o ponía terror a los principales de Roma, o él los temía.

Quiero bajar el estilo, para hacer ver a los que menos saben, la utilidad de la música. No me podrán negar que la lección de los poetas es indispensable al orador. Y éstos ¿por ventura carecen de la música? Pues si hay alguno de talento tan limitado que lo ponga en duda, no lo podrá negar por lo que mira a los líricos. Esto sería preciso inculcarlo muchas veces, si lo que yo digo fuera cosa nueva. Pero siendo esta opinión admitida desde Quirón y Aquiles hasta nuestros días por todos cuantos han mirado las ciencias sin aversión, no debo ponerla en disputa con el demasiado empeño en defenderla.

-51-

Aunque por los ejemplos puestos se puede bastante conocer qué género de música nos agrada y en que términos, debemos decir que no encomendamos aquí aquella música teatral y afeminada, que ha arruinado en nosotros en gran parte el poco vigor varonil que nos quedaba, con sus modulaciones torpes y delicadas, sino aquella con que se celebraban las alabanzas de hombres esforzados por otros hombres iguales a ellos; ni tampoco aquellos instrumentos delicados, que mueven a cosas torpes, de los que aun las doncellas deben abominar, sino el conocimiento del modo que hay para mover o calmar las pasiones. Sabemos que Pitágoras contuvo la desenvoltura de unos jóvenes, que iban a violentar a una familia honesta, sólo con mandar a una cantora arreglarse la música al pesado tono de los espondeos<sup>51</sup>: y aun Crisipo señala tono determinado para cuando las amas arrullan a los niños. Entre otros asuntos, que se dan para las declamaciones, suele fingirse una causa de un flautista, a quien se le hace reo de muerte porque a uno al tiempo de sacrificar le echó el tono frigio<sup>52</sup>, con el cual se enfureció tanto, que se arrojó por un derrumbadero. Si semejantes asuntos son propios de la elocuencia, y por otra parte no pueden desempeñarse sin la música, ¿cómo no confesarán aun los más contrarios ser muy necesaria?

-52-

#### Capítulo IX. De la geometría

Todos confiesan que la Geometría no deja de ser útil para la edad tierna; pues conceden que con ella se ejercita el ánimo, se aguza el ingenio y se adquiere prontitud para discurrir; pero que aprovecha no como las demás artes, después de aprendidas, sino mientras se aprende. Esta opinión es propia de ignorantes. No sin motivo los hombres más grandes se dieron a este estudio: porque constando la Geometría de números y figuras, el conocimiento de aquéllos no sólo es necesario al orador, sino a cualquiera que aprendió las primeras letras. Su uso es muy frecuente en las causas, en las que se tiene por ignorante al orador, no digo cuando anda titubeando en las sumas, sino si yerra el cómputo con el movimiento incierto y menos apto de los dedos. El uso de las líneas y figuras tiene también algún uso, puesto caso que también hay pleitos sobre medidas y límites. Pero tiene unión y parentesco con la oratoria por otra cierta razón.

Primeramente el orden, de que no puede prescindir la Geometría, ¿no es también preciso en la elocuencia? La Geometría asimismo de las premisas va deduciendo sus consecuencias, y sienta los principios conocidos para probar lo que no sabemos; ¿pues no hacemos esto mismo cuando peroramos? ¿Qué más? Aquella conclusión última de diferentes cuestiones propuestas ¿no consta casi toda ella de silogismos? Motivo por el cual dicen algunos, que esta arte es más parecida a la dialéctica que a la retórica. Pues el orador no deja de probar su asunto algunas veces, aunque raras, en la misma forma que los dialécticos: pues si -53- el caso lo pide, usa de silogismos, y sin duda alguna se vale de entimemas, que son unos silogismos oratorios. En conclusión, entre todas las pruebas las más convincentes son las que llamamos demostraciones geométricas. ¿Y qué otra cosa más precisa en el discurso que las pruebas?

Tiene más la Geometría, que por medio de la demostración descubre la falsedad de una verdad aparente: y puntualmente lo mismo sucede en los números con las que llaman falacias del cálculo<sup>53</sup>, en las que me solía yo divertir cuando niño. Pero hay otras cosas de mayor entidad. ¿Quién no se tragará la verdad de este teorema? Si las extremidades de los lugares tienen una misma medida, ¿ha de ser también igual el espacio que abarcan sus líneas? Pues es falso: porque va a decir mucho la figura, que tiene el ámbito de un lugar, por donde los geómetras reprenden a los historiadores que creen bastar el curso de la navegación para calcular la grandeza de una isla. Cuanto más perfecta es la figura tanto mayor es su capacidad. Por donde si la línea exterior es redonda, que es la figura más perfecta de las planas, abarcará más que siendo cuadrada, aunque de igual extremidad. Asimismo el cuadrado abarca más que el triángulo, y el triángulo equilátero más que el escaleno. Habrá por ventura otros ejemplos más dificultosos de resolver; pero yo pondré uno muy proporcionado aun a los principiantes. No hay quien no sepa que la yugada consta de doscientos cuarenta pies de largo y la mitad de ancho. Cuánto es lo que boja y el campo que -54- ocupa fácil es de saber. Pero si damos a cada lado ciento y ochenta pies, quedando una área cuadrada, con la misma extremidad ocupará mayor espacio<sup>54</sup>. Si alguno no quiere molestarse en hacer la operación, lo entenderá más breve en números menores. Diez pies por cada lado, hacen cuarenta en cuadro, y dentro ciento; pero si damos quince a dos de los lados, y cinco a los otros dos, siendo uno mismo el ámbito, el espacio será una cuarta parte menos. Pero si los lados distan diez y nueve pies uno de otro, no tendrán dentro más pies cuadrados que los que tienen de longitud; más la línea exterior tendrá el mismo ámbito que cuando tenía dentro cien pies cuadrados. Y así cuanto se vaya quitando a la figura cuadrada, otro tanto pierde la capacidad. De aquí resulta que un lugar con circuito mayor abarque menor espacio. Esto en las figuras planas. Porque en montes y valles, aun el más ciego ve que el terreno es mayor que la parte de cielo que le cabe.

No me paro a decir que la geometría se remonta hasta dar razón del mundo; pues, enseñándonos con los números la regularidad y uniformidad del curso de los astros, nos hace ver que nada hay que sea casual y sin providencia, lo que a las veces puede ser conducente en la oratoria. Por ventura cuando Pericles quitó a los atenienses el miedo que les causó un eclipse de sol, haciéndoles ver la causa; cuando Sulpicio Galo habló en presencia del ejército de L. Paulo de otro eclipse de la luna, para que no se atemorizasen los soldados, teniéndolo por milagro, ¿no hicieron oficio de oradores? Lo que si hubiera entendido Nicias en la Sicilia, seguramente no hubiera sacrificado la flor del ejército de los atenienses, despavoridos con este prodigio; así como no se asustó Dión en semejante lance, -55- cuando vino a destruir al tirano Dionisio. Sirvan enhorabuena estos ejemplos para la milicia; y pasemos en silencio, que sólo la pericia de Arquímedes prolongó el asedio de Zaragoza de Sicilia. Lo que más hace a nuestro propósito es que con aquellas demostraciones de la geometría se resuelven no pocas cuestiones, que de otro modo

eran indisolubles, verbigracia: del modo de hacer la división; de la división infinita; de la prontitud en aumentar. De forma que habiendo el orador de hablar de todas materias, no puede pasar sin la geometría.

-56-

## Capítulo X

I. La pronunciación se debe aprender de los cómicos.-II. El arreglo del ademán de los ejercicios de la palestra.

I. También de los cómicos debe hacerse algún aprecio, a lo menos para que el orador aprenda la buena pronunciación; pues no pretendo que el niño, que instruimos para este fin, quiebre la voz afeminadamente, ni tiemble como viejo. Ni remede en ella al que está embriagado, ni la chocarrería de los esclavos, ni el afecto que piden las expresiones de amor, de un avaro, o del miedo; pues de esto no necesita el orador; y por otra parte, daña el ánimo tierno de los niños, que aún carecen de instrucción. El remedar de continuo, para en naturaleza. Ni debemos tomar de los cómicos todo su ademán y pronunciación: pues aunque en uno y otro debe en cierta manera imitarlos, con todo, ha de estar muy lejos de su modo de pronunciar, para no descompasarse en el movimiento del semblante, de las manos, ni en los paseos<sup>55</sup>. Porque la principal parte en la oratoria, es el que se disimule el arte<sup>56</sup>.

-57-

¿Pues qué debe hacer en esto el maestro? Lo primero corregir los vicios de la pronunciación, si los hay, que las palabras se pronuncien con todas sus letras: pues unas no las pronunciamos bastantemente, otras demasiado. Unas no las pronunciamos con el sonido tan lleno como se debe, confundiéndonlas con otras que se les parecen, pero que no son tan llenas. Pues la L nuestra corresponde a la letra que aun Demóstenes no podía pronunciar; y entre nosotros tiene la misma fuerza: y los que no pueden pronunciar con toda su fuerza la C y la T, pronunciarán con debilidad la G y la D. Ni ha de sufrir el maestro la afectada pronunciación de la S; ni que se pronuncie con la garganta; ni achicando la boca; ni que den sonido más llano a la voz, contra lo que pide el habla natural, ahuecándola, lo que llaman los griegos *catapeplasménon*. Así llamamos al sonido de la flauta, cuando por estar cerrados los agujeros, que hacen la voz más clara, va el aire por la boca de ella engruesado.

Cuidará también de que el discípulo no se coma las últimas sílabas, para que el hablar sea uniforme; y que cuando haya de levantar la voz, trabaje el pulmón, pero sin menear la cabeza; que acompañe el ademán a la voz, y el semblante al ademán. Obsérvese también que el que perora tenga recta la cabeza; que no tuerza los labios; no abra la boca mostrando los dientes; el rostro no mire al cielo; ni tenga tampoco los ojos clavados en tierra; y que no mueva a uno y otro lado la cabeza. En la frente se falta más. He visto a no pocos levantar las cejas, cuando esforzaban la voz; a otros que las encogían; a otros que, levantando hasta lo último de la frente la una, con la otra casi cubrían el ojo. Y, como luego diremos, es muchísimo lo -58- que va a decir todo esto: pues lo que no está bien, tampoco puede agradar.

De los cómicos debemos también aprender el ademán para las narraciones, la autoridad en el persuadir; con qué ademán se expresa la ira, y qué inflexión de voz requiere la compasión. En lo que logrará el acierto, si escogiere algunos lugares de las comedias más aptos para esto, y que tengan más proporción con el ademán. Los cuales no sólo serán muy útiles para la pronunciación, sino aun para la elocuencia<sup>57</sup>. Esto se enseñará al discípulo, mientras se hace capaz de mayores cosas. Cuando fuese necesario

que lea oraciones retóricas, y fuese ya capaz de entender sus virtudes, entonces cuídeme de él un sabio maestro; y no sólo le irá dirigiendo en el tono de leer, sino que le hará tomar de memoria y pronunciar de pie y claramente algunos lugares escogidos de ellas, enseñándole cómo ha de arreglar la acción, para que desde luego ejercite con la pronunciación la voz y la memoria.

II. Ni reprendo tampoco a los que hacen algún estudio de la palestra. No hablo de los que emplean toda la vida en la lucha y en el vino, sepultando la razón mientras ejercitan el cuerpo; con los cuales no quiero que tenga el menor trato el niño que voy formando. Bajo el nombre de palestra entiendo también a los que enseñan a reformar el ademán; verbigracia: cuándo han de estar los brazos derechos, -59- cómo se han de mover las manos con arte y no con cierto aire rústico, cómo ha de tener el cuerpo la decente postura, moviendo los pies con destreza, y que el movimiento de cabeza y ojos no desdiga del de todo el cuerpo. Pues ninguno habrá que diga ser esto ajeno de la pronunciación, y ésta de la retórica. Por donde no es cosa ajena de propósito el aprender lo que debemos hacer en esta parte; y más cuando esta ley<sup>58</sup> del ademán tuvo su origen en el tiempo de los héroes, y entre los griegos más insignes mereció la mayor aprobación; uno de los cuales fue Sócrates y Platón, quien la cuenta entre las virtudes civiles; y aun Crisipo en los preceptos sobre la educación de los hijos hace de ella mención. Y los lacedemonios, sabemos que uno de los ejercicios que tenían por útiles a la guerra era la danza. Y que ésta no se tuviese entre los antiguos romanos por cosa indecorosa, lo prueba aquel baile de los sacerdotes, que hasta hoy dura, como ceremonia y rito de religión; y aquello que dice Cicerón en el libro 3.º del Orador, que éste debe mover varonilmente el cuerpo, no como el cómico, sino como el que juega las armas y se ejercita en la lucha. El cual precepto hasta el día de hoy se observa sin que ninguno se atreva a tacharlo. En esto se ejercitará el niño (si vale mi dicho) únicamente los primeros años, y no por más tiempo: porque no pretendo que el ademán del orador sea como los movimientos de un danzarín, sino que de este ejercicio en la niñez nos quede un cierto hábito natural, y decente compostura de cuerpo, que una vez aprendida, dure en adelante, aun sin querer.

-60-

Capítulo XI. En la primera edad pueden apreciarse muchas cosas a un tiempo

I. Porque no es incompatible con la naturaleza del ingenio humano.-II. Porque esta variedad suaviza el trabajo del estudio.-III. Porque entonces hay mucho más tiempo.-Por pereza dejan los oradores de aprender muchas cosas.

Suele preguntarse, si (en suposición de que es preciso aprender todo esto) es posible el enseñarlo y aprenderlo todo a un mismo tiempo. Algunos lo niegan, alegando que es confundir a los niños y cansarlos con la diversidad de estudios, para los cuales ni hay fuerzas en el cuerpo ni en el ánimo, ni el tiempo da de sí para tanto: y aun dado que lo pueda sufrir esta edad robusta, no conviene cargarla tanto.

1.º No advierten los tales, cuánto alcanza la capacidad del hombre; cuyo ingenio es tan ágil, tan veloz, y para decirlo así, tan para todo, que no puede detenerse en una cosa sola, aplicando su fuerza a muchas cosas, no digo en un mismo día, pero aun en un mismo momento. Y si no, el que toca la cítara ¿no atiende a un mismo tiempo a la memoria, al sonido de la voz, a sus diversas inflexiones? Con la mano derecha hiere las cuerdas, con la izquierda las temple, las mantiene en su punto y las afina. Ni aun los pies los tiene ociosos, llevando con ellos el compás; y todo esto a un mismo tiempo. ¿Qué más? Nosotros mismos, cuando la necesidad lo pide ¿no contestamos a un asunto

y atendemos a otro distinto? Y vemos que para esto se requiere discurrir, escoger ciertas expresiones, componer el semblante, la pronunciación, el ademán y movimientos del cuerpo. Si todo esto lo hacemos con una sola aplicación -61- del entendimiento, ¿por qué no podremos repartir en diversas horas muchos estudios? Mucho más, cuando la misma variedad divierte y rehace el ánimo, siendo más dificultoso el aplicarse a una sola cosa. De aquí nace que el trabajo de escribir se alivia con la lección; y al contrario cuando nos cansamos de leer, tomamos por descanso el escribir. Aun cuando nos hayamos aplicado a muchas cosas, tenemos en cierto modo enteras las fuerzas para lo que vamos a aprender. ¿A quién no molestará estar todo un día oyendo a un maestro sobre una misma cosa? La variedad le servirá de recreo, como acaece en las viandas que, siendo diversas, alimentan pero sin fastidio.

Díganme si no los tales, ¿qué otra manera y método hay para aprender? ¿Hemos de atender primeramente a la gramática, y después enseñar la geometría? Pues omitamos por algún tiempo el estudio de lo que hemos aprendido, y empleémonos en la música, y se nos olvidará lo primero. ¿Y no será bueno, mientras se estudia la lengua latina, tomar algún conocimiento de la griega? Y (para concluir) ¿no nos hemos de ocupar en otro estudio que en el que últimamente hemos emprendido? ¿Por qué no decimos a un labrador, que no cultive a un tiempo los sembrados, y las viñas, y los olivares, y los frutales? ¿que no cuide juntamente de los pastos, del rebaño, de huertas y colmenas? ¿Y por qué razón nosotros mismos empleamos el día, parte en el pleito, parte con los amigos, parte en los negocios de casa, parte en cuidar del cuerpo, y parte en el recreo? Cada una de las cuales cosas bastaría para cansarnos, si a ella sola nos aplicásemos y no a otra. Tanto más fácil cosa es hacer muchas cosas a un tiempo, que una sola por mucho tiempo.

2.º Ni hay tampoco que temer que esto se haga intolerable a los niños, pues no hay edad que menos se canse: como que parecerá extraña ciertamente, pero lo acredita la experiencia. El ingenio entonces tiene más docilidad, -62- cuando no se ha endurecido. Prueba de esto es que sin que se les apriete a los niños, en dos años, luego que comienzan a pronunciar bien, hablan de todo; pero los esclavos recién comprados ¿cuántos años gastan, y cuánta repugnancia no les cuesta aprender el latín? Si tomas a tu cargo el enseñar a un adulto, entonces conocerás que aquél sabe bien el arte a que se dedicó, que la aprendió desde niño. Los niños son también más sufridores del trabajo que los jóvenes. Es la causa sin duda, porque así como a los niños ni les hacen mella tantas caídas como dan, ni el andar a gatas, ni el afanarse tanto en el juego en tan breve tiempo, ni el no cesar de correr en todo el día, porque no tienen peso en las carnes; así sucede, según creo, con sus ánimos, que no se cansan tanto como los de los adultos, porque no toman el estudio con empeño y afán, sino solamente reciben la instrucción que les damos. A esto se junta la mayor facilidad de aprender que tienen en aquella edad; siguen a los que los enseñan con cierta simplicidad, y no miran a lo que ya han hecho, porque no pueden discernir lo que es trabajo. Finalmente, como tengo experimentado, menos sensación les hace el trabajar con los sentidos que con el discurso.

3.º Júntase a lo dicho, que en adelante no tendrán más tiempo que en la edad presente; como que todo su aprovechamiento depende del oído; y cuando se dediquen a escribir y componer algo por sí mismos, o no podrán, o no querrán aprender de nuevo estos estudios. Pues no pudiendo, ni aun debiendo emplear un niño todo el día en la gramática (que esto le engendraría fastidio) ¿en qué otra cosa ha de emplear estos ratos perdidos? Y no pretendo tampoco que se tome esto con demasiado ahínco; ni que se emplee con tanta intensión a la música, como si hubiera de ser maestro de capilla; ni que aprenda todas las menudencias de la geometría. No quiero hacerle un cómico en el ademán, ni

un bailarín en el movimiento del cuerpo; -63- bien que, aun cuando pidiese tanto, había tiempo para todo, porque son muchos los años que tienen para aprender, y yo no exijo esto de ingenios rudos. Por último, Platón ¿por qué fue eminente en todo lo que hemos puesto por indispensable para el que ha de ser orador? Porque no contento con lo que podía aprender en Atenas, y de los pitagóricos, a los que fue a buscar a Italia, hizo viaje al Egipto, y de sus sacerdotes aprendió los arcanos de su filosofía<sup>59</sup>.

Pretéxtase para la imposibilidad de lograr todo esto la desidia natural al hombre; pues ni hay amor al trabajo, ni se mira la elocuencia como estudio el más honesto y noble de todos en sí mismo, sino como medio para la torpe ganancia, haciendo de él un uso vil. Haya enhorabuena algunos que ejerzan en el foro, movidos del interés, el oficio de orador, sin conocimiento del arte, con tal que se me conceda que cualquier comercio vil y aun un pregonero puede sacar más ganancia con su oficio. Yo no escribo esto para aquellos que atienden a la ganancia que pueden prometerse de lo que estudian. El que llegare a concebir una idea de la elocuencia tan divina, como es en sí, y se representare delante de la vista esta reina entre todas las artes, como la llama un poeta trágico nada vulgar<sup>60</sup>, y midiere el fruto que acarrea no por este interés y salario que damos a los abogados, sino por el gusto y -64- deleite que el alma recibe con la contemplación de lo que sabe (utilidad que siempre dura, como que no depende de la fortuna), este tal se persuadirá fácilmente cuánto mayor deleite ha de sacar de emplear en la geometría o música el tiempo que otros gastan en espectáculos, en el campo, en jugar a los dados, en conversaciones inútiles (por no decir durmiendo, y en comilonas largas) que el que sacan estos tales de semejantes diversiones necias<sup>61</sup>. Porque la misma naturaleza nos favoreció en inspirarnos mayor amor a lo que es más honroso. Pero pongamos fin a esta materia, en la que me ha hecho alargarme el gusto que tengo en tratarla; pues ya hemos hablado bastante de lo que deberá aprender el niño, antes que sea capaz de mayores cosas. El siguiente libro dará principio como de nuevo, y pasaremos a los oficios del orador.

## Libro segundo

### Capítulo I. Cuándo ha de estudiar el niño la retórica

Ha prevalecido la costumbre (y todos los días va tomando más cuerpo) de entregar al niño más tarde de lo que era razón a los maestros de la elocuencia latina; y lo mismo acaece con los que enseñan la griega. Dos son las causas de esto; conviene a saber, que nuestros retóricos han abandonado su oficio, y le han tomado los gramáticos, no siendo propio suyo. Porque aquéllos tienen por obligación suya el declamar<sup>62</sup> y enseñar a otros esta facultad, pero limitándose a los géneros deliberativo y judicial, teniendo lo demás por inferior a su profesión, y éstos, -66- no contentos con tomar a su cargo lo que los otros dejaron (de lo que debemos estarles agradecidos), se han entrometido también a hacer prosopopeyas y enseñar lo que mira al género deliberativo; lo que es obra del mayor empeño en la oratoria. De donde provino que lo que era principal en un arte, vino a ser lo último de otra; y los que ya debían estudiar ciencias mayores, los vemos sentados entre los gramáticos, para aprender retórica. Y así, según esto, parece que al niño no se le debe entregar al maestro de retórica hasta que sepa declamar, cosa por cierto ridícula.

Demos, pues, a cada facultad lo que le corresponde. Reconozca sus límites la gramática, a la que dieron el nombre de literatura, los que la tradujeron en latín; y mucho más habiendo traspasado los que tuvo en su primer origen, remontándose a tratar de cosas mayores. Pues siendo al principio como un arroyuelo pequeño, ha crecido a manera de río caudaloso, apropiándose la interpretación y exposición de los poetas o

historiadores, atribuyéndose por otra parte, además de enseñar a hablar bien, y con tal cual afluencia de palabras, el conocimiento de casi todas las facultades mayores; y la retórica, que toma el nombre de la fuerza en el decir, no rehúse lo que es oficio propio suyo; ni permita que se le usurpe lo que es de su obligación; pues por rehusar el trabajo, ha venido casi a perder lo que era de su jurisdicción. No negaré que algún profesor de gramática pueda llegar a adquirir tantos conocimientos que sea capaz de enseñar retórica. Pero siempre será cierto que cuando esto enseñe, hará oficio de retórico, no de gramático.

Nuestro intento principal es señalar el tiempo en que estará ya en sazón el niño para aprender la retórica. Para lo cual no hemos de atender a la edad que tiene, sino a lo que ha aprovechado en sus conocimientos. Y para ahorrarnos de palabras, digo que entonces estará en sazón, cuando -67- pudiere estudiarla; aunque esto depende de la cuestión anterior. Porque si la gramática extiende su enseñanza a aquellas oraciones suasorias, que son los rudimentos de la retórica, en este caso se deberá entregar más tarde el niño al maestro de elocuencia. Si éste no rehúsa el enseñar los primeros principios de su facultad, deberá comenzar desde luego por las narraciones y oracioncitas en que se alaba o vitupera alguna cosa. ¿Por ventura ignoramos que los antiguos, para aumentar la elocuencia, se ejercitaron en cuestiones, lugares comunes, y otras declaraciones en que no entra circunstancia de cosas, ni personas, en las que se contienen todas las causas de asuntos, ya verdaderos, ya fingidos? De donde se colige cuán contra razón se abandona aquella parte de la retórica que fue por mucho tiempo la principal y la única. ¿Qué cosa hay de las que dije arriba que no coincida, ya con otras cosas propias de la retórica, ya con el género judicial? ¿Por ventura en el foro no hay sus narraciones? Y aún no sé si en este género son la parte principal. En aquellas contiendas entre el acusador y el abogado ¿no se alaba? ¿no se vitupera? ¿no hay sus lugares oratorios, ya para reprender los vicios, cuales son los que compuso Cicerón, ya para tratar en común cualquier cuestión, cuales son los de Quinto Hortensio; como, por ejemplo, si se ha de estar a ligeras pruebas, convengan o no con el dicho de los testigos? Y estos lugares ¿no son el alma del género judicial? Son como armas dispuestas para usar de ellas cuando lo pida el caso. El que no crea que esto pertenece a la oratoria, negará también que comenzamos a hacer la estatua cuando fundimos el metal. Ni me tache ninguno de que procedo con tanta apresuración (como algunos pensarán) como si quisiera apartar cuanto antes de la gramática al niño, para que comience la retórica, pues también para aquélla se le debe dar el tiempo suficiente, no habiendo ningún inconveniente en que aprenda a un mismo tiempo estas dos facultades. Con esto -68- no se aumentará el trabajo, sino que se repartirá el que tenía un solo maestro, y con más utilidad, cuidando cada cual de su facultad; práctica que dejaron los latinos y la guardan aún los griegos: bien que aquéllos tienen excusa, porque los maestros de gramática se han tomado parte de este trabajo.

-69-

## Capítulo II. De la conducta y obligación del maestro

Luego que el niño llegue a ser capaz de los conocimientos de la retórica, será entregado a los maestros de esta facultad: cuyas costumbres convendrá examinar lo primero de todo. Y la causa de no haber tocado hasta ahora este punto, no es porque no se haya de poner igual cuidado en examinar la conducta de los demás maestros, como dije en el primer libro, sino porque la edad del discípulo nos obliga a hablar de esto. Pues cuando entra el niño en poder de estos maestros, ya es crecído, y persevera en el mismo estudio ya joven: y así debe ponerse mayor esmero, para que la conducta irreprochable del maestro preserve de todo daño a los años tiernos, y su circunspección

le contenga, para que no se haga desenvuelto, si es de genio avieso y bravo. Porque no basta que el maestro sea muy comedido en todo, sino que debe contener a sus discípulos con el rigor de la enseñanza.

Lo primero de todo el maestro revístase de la naturaleza de padre, considerando que les sucede en el oficio de los que le han entregado sus hijos. No tenga vicio ninguno, ni lo consienta en sus discípulos. Sea serio, pero no desapacible; afable, sin chocarrería: para que lo primero no lo haga odioso, y lo segundo despreciable. Hable a menudo de la virtud y honestidad; pues cuantos más documentos dé, tanto más ahorrará el castigo. Ni sea iracundo, ni haga la vista gorda en lo que pide enmienda: sufrido en el trabajo; constante en la tarea, pero no desmesurado. Responda con agrado a las preguntas de los unos, y a otros pregúntelos por sí mismo. En alabar los aciertos de los discípulos -70- no sea escaso ni prolijo; lo uno engendra hastío al trabajo, lo otro confianza para no trabajar. Corrija los defectos sin acrimonia ni palabras afrentosas. Esto hace que muchos abandonen el estudio, el ver que se les reprende, como si se les aborreciese. Dé cada día a sus discípulos alguno o algunos documentos, para que los mediten a sus solas. Pues aunque la lección de los autores les suministrará abundantes ejemplos para la imitación, la viva voz, como dicen, mueve más: principalmente la del maestro, a quien los discípulos bien educados aman y veneran. Pues no se puede ponderar con cuánto más gusto imitamos a aquéllos a quienes estimamos.

De ninguna manera debe permitirse a los niños la licencia, que hay en las más escuelas, de levantarse de su puesto, ni de dar saltos, cuando a alguno se le alaba; antes aun los jóvenes, cuando oyeren las alabanzas, las aprobarán, pero con moderación. De aquí nacerá, que el discípulo estará como pendiente del juicio del maestro, juzgando que ha obrado bien, sólo cuando el maestro diese su aprobación. Pero la costumbre, que algunos llaman humanidad, de aplaudir a alguno por cualquier cosa, es muy reprehensible a la verdad; pues no sólo es ajena de la seriedad de una escuela y propia de los teatros, sino la más contraria de los estudios. Porque tendrán por ocioso el esmerarse en el trabajo, al ver que por cualquier cosa que hagan, han de ser aplaudidos<sup>63</sup>. Tanto los que oyen, como el que declama, deben mirar al maestro, para conocer lo que él aprueba o desaprueba: con lo que adquirirán -71- facilidad con la composición, y discernimiento con el continuo oír. Mas al presente vemos que no solamente al fin de cada cláusula se levantan los discípulos, para aplaudir al que recita, sino que corren y dan palmoteos y voces descompasadas. Esto lo practican los unos con los otros; y en esto consiste el buen suceso de la declamación. De aquí nace el orgullo y vana esperanza que conciben de su saber; en tal forma que, empavonados ya con aquella vocería de sus condiscípulos, si las alabanzas del maestro son moderadas, forman mal juicio de él. Aun cuando los mismos maestros declaman, hagan que los discípulos le oigan con atención y modestia; porque la censura de lo que el maestro compone, no la ha de esperar de los discípulos, sino éstos del maestro. Si es posible, debe observar con toda atención qué cosas alaba cada uno y cómo las alaba; y alégrese de que lo bueno merezca la aprobación, no tanto por respeto suyo, cuanto por señal de discernimiento en los que lo alaban.

No apruebo que los niños estén sentados entre los jóvenes. Porque aunque un hombre tal, cual debe ser el maestro por la suficiencia y costumbres, pueda tener a raya a los jóvenes, con todo eso deben los tiernos separarse de los que son crecidos; y no sólo debe evitar cualquier acción indecorosa, sino aun la sospecha de ella. He tenido por conveniente dar este aviso sólo de paso; porque si el maestro y los discípulos carecen aún de los menores vicios, ocioso es el advertir esto. Y si alguno, cuando toma maestro, no huye de lo que es manifiestamente vicio, entienda, que cuanto vamos a decir para la utilidad de la juventud, es ocioso sin esto.

### Capítulo III. Si conviene tomar desde el principio el mejor maestro

Ni debe pasarse en silencio la opinión de los que dicen que, cuando el niño comience la retórica, no se le debe entregar desde el principio al maestro más excelente, sino que por algún tiempo debe estar con alguno mediano; como quiera que para enseñar las artes es mejor una medianía en el preceptor; ya porque se acomoda más al entendimiento e imitación de los discípulos, ya porque no se desdeña tanto del molesto y trabajoso ejercicio de los rudimentos.

No creo que debo afanarme mucho para evidenciar cuánto vale el que las primeras instrucciones sean las mejores, y cuánto trabajo cuesta el quitar los malos resabios que una vez se tomaron; pues al maestro que después sigue se le junta un doble trabajo, no siendo menor el de hacer olvidar a los discípulos lo que aprendieron mal, que el enseñarlos de nuevo. Por el cual motivo cuentan que Timoteo, excelente maestro de la flauta, pedía mayor salario por enseñar al que hubiese sido enseñado por otro, que si le entregasen uno que nada supiese.

Dos errores hay en esta parte, uno de los que juzgan que basta un mediano maestro: los cuales se contentan con un estómago bueno<sup>64</sup>. La cual opinión aunque reprehensible, -73- al cabo se podía tolerar, si estos maestros enseñasen menos que otros, y no lo peor. Otro error (y aun más común que el primero) es pensar que los que son más consumados en la elocuencia no se abajan a enseñar los rudimentos; siendo la causa de esto en unos el fastidio de descender a estas menudencias, y en otros el no ser para ello. Yo ciertamente no tengo por maestro al que no quiere enseñar estos principios: y digo que el que sea consumado lo podrá hacer seguramente, si no le falta la voluntad. Primeramente, porque el que ha llegado a aventajar a otros en esta facultad, es creíble que sepa los medios para conseguirlo. En segundo lugar, porque el alma de la enseñanza es el método; y éste ninguno lo tendrá mejor que el que es más consumado. Y últimamente, porque ninguno puede sobresalir en lo más, faltándole lo que es menos. A no ser que digamos que, habiendo hecho Fidias una estatua de Júpiter, alguno otro la adornaría mejor que él; o que un orador no ha de saber hablar; o finalmente, que el médico de muchísima habilidad no alcanzará a curar las dolencias pequeñas.

Pero dirá alguno: ¿no hay cierto grado de elocuencia tan remontada que excede la capacidad de un niño? No lo niego: pero el maestro que la tenga, es preciso que sea prudente, y que se achique y acomode a la capacidad del discípulo; a la manera que un grande andarín, si caminase con un niño, le daría la mano, acortaría el paso y no avanzaría más de lo que pudiese el compañero. ¿Y qué diremos de que por lo regular, cuanto más hábil sea el orador, su explicación ha de ser más perceptible y clara? Pues la primera virtud de la elocuencia es la claridad. Vemos también que, cuanto más limitado es cada uno tanto -74- más intenta el empinarse, y ensalzarse: así como los de estatura pequeña se ponen de puntillas, y los de menos fuerzas echan más bravatas. Porque tengo por cierto que los que dan en hinchazón, los que tienen el gusto estragado y los que afectan delicadeza en el lenguaje o pronunciación, y todos los que adolecen de cualquier vicio de afectación, no tanto pecan por falta de esfuerzo, cuanto por falta de fuerzas: así como los cuerpos no se hinchan por la robustez, sino por falta de ella, y los que perdieron el camino derecho, de ordinario se alejan más de él<sup>65</sup>. Y así cuanto más ruin sea el maestro, tanto más oscuro será en la explicación.

No me he olvidado haber dicho en el libro primero (donde hice ver que era mejor la enseñanza pública que la particular) que en los primeros estudios se animan con más gusto y aprovechamiento los niños a imitar a sus condiscípulos, como cosa más fácil. Algunos entenderán que lo que aquí decimos contradice a lo que allí dejamos sentado.

Lo que estoy muy ajeno de sentir. Porque uno de los principales motivos por que conviene entregar el niño al mejor maestro, es porque los discípulos, que están más instruidos, o dirán cosas que puedan servir para la imitación de los demás o, si en algo yerran, podrán ser al punto corregidos. Pero si el maestro es limitado, aprobará los defectos, y con su aprobación hará que los demás los abracen. Sea pues tan consumado en la ciencia como en las costumbres, para enseñar a decir y hacer a ejemplo del fenicio<sup>66</sup> de Homero.

-75-

Capítulo IV. Cuáles deben ser los primeros ejercicios del que estudia retórica

I. Narraciones históricas. (La facundia en los jóvenes es laudable... En corregir los defectos de sus composiciones no se debe usar de mucho rigor... Acostúmbrese a componer con la enmienda posible).-II. Confirmación y refutación de las narraciones.-III. Alabanza y vituperio de las personas.-IV. Lugares comunes y cuestiones o causas particulares... Repréndese a los que trabajan en sus casas estos lugares comunes, para usar de ellos cuando la ocasión lo pida.-V. Alabanza y vituperio de las leyes.

I. Ahora comenzaremos a tratar de la principal obligación de un maestro de retórica, dilatando por un breve tiempo lo que comúnmente se piensa ser el constitutivo de esta arte. Y lo primero de todo me parece debe comenzar el niño por aquellos ejercicios que tienen alguna semejanza con lo que ya aprendió en la gramática. Y supuesto que hay tres maneras de narraciones, fuera de la que usamos en las causas judiciales: a saber, la poética, usada en las tragedias y otros poemas, en la que ni hay verdad, ni aun sombra de verdad; el argumento, que aunque falso, la comedia le hace ser verosímil; y la histórica, que es la exposición de cosa sucedida; dejando para los gramáticos la poética, el retórico debe comenzar por la histórica, que es de tanta fuerza, cuanta es la verdad en que estriba.

Quando tratemos del género judicial, enseñaremos el modo que nos parece mejor de formar la narración. Entre tanto basta advertir que ésta no debe ser seca y sin jugo. Según esto ¿para qué tantos estudios, si bastara el contar -76- las cosas sin aliño ni adornos de palabras? Ni tampoco debe ser de cosas superfluas, ni llena de descripciones traídas violentamente; vicio en que muchos caen, imitando la licencia poética. De estos dos defectos más vale que peque la narración por abundancia que por escasez. La razón es, porque a los niños ni se les debe pedir ni esperar de ellos nada perfecto; y así más vale que manifiesten un esfuerzo generoso, y que a veces discurran y hablen más de lo que se les pide. Ni nos debemos ofender de que en los principiantes haya algo de redundante<sup>67</sup>. Y aun quisiera que los maestros, a la manera de las amas de leche, traten a los entendimientos tiernos con algo más de regalo, digamos así; y no lleven a mal el hartarlos de leche de una enseñanza gustosa. Pues este cuerpo grueso, y lleno, vendrá después con la edad a quedar enjuto: y de aquí proviene el vigor. Por el contrario un niño de miembros delicadamente formados, ya para adelante pronostica flaqueza y debilidad. Atrévase a mucho esta primera edad, invente, y alégrese de lo que haya inventado, aunque sean cosas de poco vigor y sustancia. Para la lozanía hay remedio, mas no para la esterilidad. Pocas esperanzas podremos fundar en un niño, a cuyo ingenio se anticipa el juicio<sup>68</sup>. La materia, en que se ejercite, ante todo -77- ofrezca mucho campo, y aun más de lo justo: pues los años y la razón quitarán mucho de lo superfluo, y aun con la misma experiencia lo irán perdiendo, siempre que haya de donde quitar y desbastar; a la manera que el buril podrá profundizar y tendrá dónde cebarse, si la lámina no es delgada en demasía. Nadie extrañará lo que digo, si ha leído lo que dice

Cicerón: Quiero que en los jóvenes se descubra la afluencia. Por donde debe huirse tanto de un maestro sin palabras y sin explicación, cuanto de un terreno seco y árido para las plantas tiernas. De aquí resulta que los discípulos son de ingenios apocados y rastreros, no atreviéndose a levantar el estilo sobre el lenguaje vulgar. Éstos la flaqueza la tienen por salud, y la debilidad por juicio; dando en el vicio, cuando piensan estar ajenos de él, pues carecen de lo que es virtud. Yo no gusto de frutos muy anticipados, ni del mosto, que ya en el mismo lugar comienza a tomar sabor de vino: todo esto el tiempo lo ha de ir sazonando.

Cosa es también que merece tenerse presente, el que los niños desmayan cuando nada se les disimula: porque se desalientan, sienten el estudio, y por último le cobran aborrecimiento y, lo que es peor, temiéndose de todo, a nada se atreven. Esto aun la gente del campo lo sabe: pues a los arbolitos pequeños no les arriman la podadera, porque en cierto modo tienen horror al hierro, cuya herida no tienen fuerzas para sufrir. Debe pues el maestro ejercer su oficio con agrado, suavizando el trabajo, que por sí mismo es agradable: alabe algunas cosas, pase por alto otras, o enmiéndelas, dando la razón de hacerlo así; y poniendo alguna cosa de su casa, ilústrelas. A veces no dañará que él mismo les dicte lo que ha compuesto él, para que el discípulo lo imite y lo aprecie, como si fuera parto -78- suyo. Pero si éste hiciere una composición tan mala que no admite enmienda, me ha enseñado la experiencia, que es útil el echarles la misma materia y asunto ilustrado por el maestro, para que lo trabajen de nuevo, diciéndoles que pueden hacer otra cosa mejor; porque ninguna cosa alienta más en los estudios que la esperanza. A los adultos trátelos de otra manera; de los que a proporción de la edad y fuerzas exigirá cosas mayores y les corregirá sus obras. Cuando mis discípulos usaban de pensamientos atrevidos o de estilo demasiado brillante, solía decirles, que lo alababa<sup>69</sup> por entonces, pero que vendría tiempo en que no pasaría por ello. De este modo se alegraban de las producciones de su ingenio y no quedaban engañados de su propio juicio.

Pero para volver al propósito, quiero que las narraciones se trabajen con el esmero posible. Porque así como al principio cuando aprenden a hablar, es útil a los niños, para adquirir facilidad en el lenguaje, el referir lo que oyeron y obligarlos a repetir la misma relación, ya retrocediendo desde el medio hasta el principio, ya continuando hasta el fin; pero esto será mientras son niños y van uniendo las palabras, y no pueden más que afirmar la memoria; así cuando ya supieren bien hablar, el charlar de repente de todo, el hablar sin reflexión, sin dar lugar a levantarse, sólo merecerá nombre de charlatanería<sup>70</sup>. De aquí nace el gozo de los padres necios e ignorantes, y en los hijos la aversión al trabajo y el descaro, que adquieren -79- juntamente con la costumbre de hablar mal, el ejercitarse en cosas malas, y por último la arrogancia con que presumen de sí, y que por lo común impide el aprovechar en cosas de importancia. Ya vendrá tiempo en que adquieran facilidad en hablar, y de esto trataremos muy de veras. Entretanto baste el que el discípulo componga con todo cuidado y esmero, en cuanto lo permite su edad, alguna cosa que merezca alabanza, ejercitándose en esto hasta adquirir hábito. Por último podrá de este modo proporcionarse para el fin que intentamos, cuidando más de hablar bien que pronto.

II. No será inútil añadir a las narraciones su comprobación y destrucción, que los griegos llaman confirmación y refutación; y no solamente a las fabulosas y poéticas, sino también a las que contienen algún hecho histórico. Por ejemplo, servirá de grande materia para discurrir, el proponer la duda de si es creíble que estando peleando Valerio, se sentó sobre su cabeza un cuervo que con las alas hería el rostro y los ojos del francés enemigo: del mismo modo sobre la serpiente, que dicen crió a Escipión; sobre la loba de Rómulo y la ninfa de Numa Pompilio. Porque los historiadores griegos fingen casi tanto

como los poetas. Muchas veces se disputa del tiempo y del lugar donde acaeció la cosa; y aun de las mismas personas, como vemos que Tito Livio duda de algunas si existieron; y otros historiadores discuerdan sobre las circunstancias.

III. Después de este ejercicio, irá poco a poco pasando a cosas mayores; como por ejemplo: alabar a los hombres esclarecidos y afear a los malos, lo que acarrea grande utilidad: porque además de ofrecer abundante materia para ejercitar el ingenio, se va formando el ánimo, contemplando la diferencia entre la virtud y el vicio, y se adquieren muchos conocimientos y acopio de ejemplos, que a su tiempo han de servir de mucho; como que son muy eficaces para mover en todos los géneros de causas. -80- Aquí también pertenece el comparar unos sujetos con otros: pues aunque esto se funda en una misma razón, con todo eso ofrece mayor campo, y no sólo se trata de la naturaleza de las virtudes y vicios, sino del modo. Pero ya a su tiempo trataremos del orden de estas alabanzas o vituperios: pues esto toca a la tercera parte de la retórica.

IV. También los lugares comunes (hablo de aquéllos que, sin nombrar sujetos, tienen por objeto afear el vicio, como declamar contra el adúltero, el tahúr, el desvergonzado) pertenecen a la esencia de las causas judiciales: pues si recaen sobre persona determinada, son acusaciones perfectas. Bien es verdad que a veces solemos descender a especies determinadas, como si se finge un adúltero ciego, un tahúr pobre, un desvergonzado anciano. A veces a estas acusaciones se les añade su defensa: pues solemos defender al lujurioso y al entregado al amor; y a veces al rufián y al truhán se le hace su defensa, no defendiendo la persona, sino disculpando el delito.

Las cuestiones tomadas de la comparación de las cosas; por ejemplo: si es mejor vivir en la aldea que en la ciudad; si la profesión del abogado es mejor que la de la milicia, dan abundante y hermoso campo para ejercitar el ingenio, y ayudan mucho para los géneros demostrativo, deliberativo, y judicial. Así vemos que Cicerón en la oración en defensa de Murena trata muy a la larga del último de estos lugares. También miran al género deliberativo las cuestiones: de si el hombre debe casarse; y si deben pretenderse los empleos: y si entra en ellas alguna persona, serán oraciones completas del género deliberativo.

Solían mis maestros ejercitarnos con no poca utilidad y contento nuestro en causas de mera conjetura, mandándonos examinar y tratar: verbigracia: ¿por qué causa los lacedemonios pintaban armada a Venus? y ¿qué motivo pudo haber para pintar a Cupido en figura de niño alado, con saetas, y tea en la mano? y otras cuestiones a este tenor, en las cuales -81- indagábamos la atención de los inventores: de todo lo cual se hace frecuente uso en las causas particulares, y puede llamarse una especie de cría.

Porque aquellos lugares de si siempre se ha de estar al dicho de los testigos, y en las pruebas si las débiles tienen o no fuerza, es cosa tan llana, que miran a las causas forenses, que algunos abogados de buena nota no sólo los trataron y aprendieron con mucho cuidado, sino que, cuando se les ofrecía una causa de pronto, los engastaban e insertaban enteros en sus discursos. Con lo cual ciertamente (pues quiero exponer mi sentir) me parece que daban a entender su pobreza grande de talento. Porque ¿qué podrán los tales inventar de nuevo en las causas donde la una no se parece a la otra? ¿Cómo podrán responder a las objeciones de los contrarios, ocurrir de pronto a las razones que alegan contra nuestra causa, y preguntar a los testigos, cuando en cosas tan trilladas, y que son comunes a todas las causas, no saben tratar un asunto tan cotidiano, sino llevando de antemano estudiado el papel? Los tales preciso es que, o fastidien no menos que las comidas frías y estadizas (pues en causas distintas tendrán que repetir la misma canción), o que ellos mismos se sonrojen al ver que los oyentes siempre les oyen unas mismas ideas, empleadas en diversos usos, como hacen los pobres ambiciosos. Fuera de que por maravilla habrá lugar tan común que cuadre a todas las causas que

ocurren, si por otra parte no tiene parentesco con la cuestión en que se funda; sin que se eche de ver que es una cosa postiza, o porque es de distinto paño que todo lo demás, o porque por lo común no se usa donde conviene<sup>71</sup>. Así vemos que algunos -82- para aumentar los conceptos de su oración, traen como arrastrados varios lugares explicados con mucho rodeo de palabras; siendo así que las sentencias deben nacer de las entrañas de la causa; y solamente cuando nacen de ella son útiles y dan hermosura a la oración. Además de esto, la elocución, cuando no se encamina a triunfar de los oyentes, por más bellezas que tenga, es enteramente inútil, y a veces nociva. Pero basta de digresión.

V. La alabanza y vituperio de las leyes necesita de mayores fuerzas, como que es obra de las más difíciles.

Los antiguos ejercitaron en esto la facultad del decir, pero tomaban de los dialécticos el modo de argumentar, pues sabemos que entre los griegos sólo en tiempo de Demetrio Falereo se introdujo proponer diversos asuntos fingidos a imitación de las causas forenses. Pero no tengo bastante averiguado si éste fue el primero que inventó esta manera de ejercicio, como he dicho en otro libro: pues los que defienden esto con más empeño no se fundan en autoridad de bastante fuerza. Por lo que mira a los latinos, dice Cicerón que los primeros maestros de elocuencia vivieron en los últimos tiempos de Craso, y que entre ellos Plocio rayó más que ninguno.

-83-

Capítulo V. Qué oradores e historiadores se deben leer en las escuelas de retórica

I. El maestro de retórica instruya a sus discípulos en la historia y en la lección de los oradores.-II. Cuide sobre todo de manifestar sus virtudes y aun sus vicios.-III. Alguna vez propóngales alguna oración viciosa.-IV. Hágales frecuentes preguntas.-V. Este último ejercicio aprovechará más que todo.

I. De las declamaciones hablaremos después, pero supuesto que aún no hemos pasado de los primeros rudimentos, parece debo advertir cuánto aprovechará el maestro a sus discípulos si (a la manera que en la gramática se instruyeron en la traducción de los poetas) les impone en la lección de los historiadores, y mucho más de los oradores, como yo lo he practicado con algunos, cuya edad lo exigía y cuyos padres lo tenían por conducente. Pero estando ya en estado de conocer lo mejor, ocurrieron dos cosas que me lo disuadieron: la primera, que la larga costumbre de enseñarles por distinto método se hizo ley y, no necesitando este trabajo cuando ya eran hombres hechos, seguían más los ejemplos que yo les había puesto delante que los de los escritores<sup>72</sup>. Ni yo tampoco tenía reparo en enseñarles mis conocimientos, si es que a fuerza de tiempo había inventado algo de nuevo. Y ahora me -84- acuerdo que aun los griegos practican lo mismo, pero por medio de los pasantes, porque si en todo cuanto lee cada uno de los discípulos les hubiera de guiar el maestro por sí mismo, no le alcanzaba el tiempo.

II. Y ciertamente que la lección de los autores, que no tiene otro fin que el que los discípulos, que acompañan con la vista al maestro que los explica, aprendan distintamente y con facilidad sus escritos, notando aquellos términos que menos ocurren, es mucho menos de lo que pide la obligación de un maestro de elocuencia. Pero es oficio suyo y peculiar de su profesión, el notar las virtudes de los autores, y aun los vicios si ocurre alguno: esto tanto más, cuanto no exijo de ellos el que expliquen precisamente aquellos libros que quiere el discípulo, como si éste fuera tan niño que, tomándole en sus brazos, deba condescender con lo que quiere<sup>73</sup>. Porque a mí me parece más fácil y más útil el método de que, callando todos los discípulos, uno de ellos (pues deberán ir turnando) lea para todos el autor, y de este modo se acostumbre a una

buena pronunciación: esto hecho, y desentrañado el argumento del razonamiento que se ha leído (porque de este modo se entenderá mejor la doctrina del maestro), no se omitirá nada que no se advierta, ya perteneciente a la invención, ya a la elocuencia; cómo se concilia el orador en el exordio la benevolencia de los jueces; la claridad, brevedad y probabilidad de la narración; qué intenta en su oración y los disimulados medios para conseguirlo (pues todo el artificio retórico consiste en disimularlo); además de esto con cuánta prudencia y economía divide -85- su asunto; la sutileza y copia de argumentaciones, y el nervio que tienen; la suavidad en ganarse los ánimos; la aspereza en reprender, y la gracia en los chistes; cómo triunfa de los afectos del auditorio, insinuándose y moviendo en los ánimos de los jueces la pasión que pretende. En el estilo qué palabras y expresiones son propias, adornadas y sublimes; cuándo es loable la amplificación, y qué vicios se le oponen; la belleza en los tropos; las figuras de palabra; la dulzura, rotundidad y vigor en los períodos.

III. Alguna vez también aprovechará leer en presencia de los discípulos algunas oraciones defectuosas y sin arte, que andan escritas y tienen muchos patronos de mal gusto: en ellas se les hará notar su impropiedad, obscuridad, hinchazón, bajeza de pensamientos, y aun otras cosas feas de decirse, lascivas y afeminadas; las cuales, no solamente hay infinitos que las aprueban, sino que (lo que es aún mucho peor) las aprueban por el mismo hecho de ser malas<sup>74</sup>. Les parece a los tales, que lo que está según arte y no tiene nada de extravagante, no tiene nada de ingenioso; y nos admiramos, como de cosa exquisita, de lo que va fuera de lo regular, aunque defectuoso: a la manera que a algunos les parecen mejor los cuerpos contrahechos y notables por su deformidad, que los bien proporcionados: y también hay algunos que, prendados de la apariencia, piensan que el arrancarse el vello de las mejillas, el atusarse y enrizar con el hierro y fuego el cabello reluciente con el color artificial, da más gracia al hombre que una hermosura natural: dando a entender que la belleza del cuerpo nace de modas perniciosas.

-86-

IV. El maestro no solamente deberá enseñar todo lo dicho, sino preguntar a menudo a los discípulos para calar su ingenio. De este modo no se fiarán para no atender, ni lo que se explica les entrará por un oído y les saldrá por otro: con lo que a un mismo tiempo se moverán a inventar algo por sí mismos y a entender, que es el fin que pretendemos. Porque ¿qué intentamos con enseñarlos, sino que no haya que enseñarlos siempre?

V. Este cuidado del maestro me atrevo a decir que aprovecha más que cuantas reglas dan las artes de retórica, aunque éstas ayudan mucho; pero ¿quién podrá comprender cuánto abarcan todos los géneros de causas que se originan casi todos los días? Por ejemplo en la milicia: aunque tiene sus preceptos generales, con todo eso aprovecha mucho más el saber de qué medios se valieron los buenos capitanes en ciertos lances o lugares, porque en todas las cosas por lo común más aprovecha la experiencia que el arte. ¿Por ventura se ha de poner a declamar el maestro para servir de ejemplo a sus discípulos? ¿No les aprovechará mucho más la lección de Cicerón y Demóstenes? Si el discípulo yerra algo en la declamación, ¿se le ha de corregir delante de todos? ¿No será mejor enmendar toda una<sup>75</sup> oración, y cosa menos enojosa? Porque todos queremos más que se corrijan los vicios ajenos que los nuestros. Mucho más tenía que advertir, pero la utilidad de esto es notoria a todos. ¡Ojalá que, así como no desagradará el saberlo, no haya pereza para practicarlo!

-87-

Capítulo VI. Qué escritores se han de leer primero

I. Desde el principio, y siempre han de leer los mejores autores.-II. Se ha de cuidar de que los niños no se entreguen con demasiada a la lección de los muy antiguos o muy modernos.

I. Si se logra lo que llevamos dicho, no habrá dificultad en determinar qué suerte de libros deben leer los principiantes. Porque algunos encomendaron los más llanos y triviales por ser de más fácil inteligencia; otros aquellos de estilo florido, como más acomodados a fomentar el ingenio en la primera edad. Yo soy de opinión que desde el principio y siempre deben leerse los mejores, con tal que sean de la mayor pureza y claridad<sup>76</sup>: y así conviene que los niños lean mejor a Livio que a Salustio, pues su historia es más larga; pero es menester para entenderle estar ya algo adelantado. Cicerón, según entiendo, es bastante llano y gustoso aun para los principiantes; <sup>-88-</sup> y no solamente pueden aprovechar sino aficionarse a él, al paso que (como dice Livio) cada cual sea semejante a él.

II. De dos cosas deben guardarse muchísimo los niños, según mi juicio. La primera es, no sea que alguno, admirándose demasiado de lo antiguo, quiera envejecerse leyendo a los Gracos, a Catón y otros semejantes. Con semejante lección, además de quedarse en ayunas, se harán toscos en el lenguaje. Porque no serán capaces de entenderlos; y contentándose con aquel estilo que en aquel tiempo era el mejor (aunque muy diferente del nuestro) parecerales que ya son semejantes a los hombres grandes. Lo segundo, de que deben guardarse, aunque opuesto a lo primero, es, no sea que prendados por un falso deleite del estilo florido, y retozón de los modernos, se aficionen a él, como cosa lisonjera y conforme a la naturaleza de los niños.

Cuando tengan ya más sentado el juicio y menos expuesto a errar, les aconsejaría yo que leyesen los escritores antiguos, con cuya lección se logra fortificar el ingenio; y purificándolos por otra parte de los vicios de aquel tiempo, brillarán mucho más los adornos y flores de nuestro siglo, y los modernos, que no carecen de belleza. Ni tenemos nosotros menos ingenio que los antiguos, sino distinta manera de estilo; en el cual hemos sido con nosotros más indulgentes de lo que convenía; y así no tanto nos aventajaron en el talento, cuanto en las materias que trataron. Por donde convendrá hacer elección de muchas cosas de sus escritos; pero se deberá cuidar de no mancharlas con otras con que andan mezcladas. Bien veo que hay autores antiguos y modernos a los que conviene imitar en todo; lo que no tengo dificultad en afirmar: pero no todos pueden determinar cuáles sean éstos, y aun es cosa más segura el errar en la imitación de los primeros. Por tanto he dejado para más adelante la lección de los modernos, para que la imitación no preceda al juicio.

-89-

Capítulo VII. Qué asuntos debe el maestro de retórica dar a sus discípulos para la composición

En esta parte fueron también distintos los pensamientos de los maestros. Unos, no contentos con ordenar y dividir las materias que daban a sus discípulos para declamar, las amplificaban, dándoles mayor extensión; llenándolas, no solamente de pruebas, sino de afectos. Otros, después de tiradas las primeras líneas, trataban lo que sus discípulos habían omitido en sus declamaciones, tocando algunos lugares con no menor esmero que cuando ellos mismos se ponían a perorar. Ambas dos cosas tienen su utilidad, y así no quiero separar la una de la otra. Pero en caso de haber de hacer solamente una de las dos, tengo por más útil el manifestarles desde luego el camino verdadero, que apartarlos del torcido que tomaren. Primeramente porque en la corrección sólo hacen uso del oído;

pero en la traza, que les da el maestro, se ejercita el discurso y el estilo. Lo segundo, porque toman con más gusto la enseñanza que la corrección; y si hay algunos de viva penetración, y especialmente según están las costumbres del día, se enojan de que se les amoneste y lo toman a regañadientes. Bien que no por esto se han de corregir los vicios con menos libertad: porque se ha de tener respeto a aquéllos que aprueban y dan por bueno cuanto se escapó de la corrección del maestro. Así que ambas dos cosas se deben unir y trasladar según el caso lo pida. Porque a los principiantes se les ha de dar la cosa trazada, según las fuerzas de cada uno. Pero cuando se viere que imitan ya los modelos que se les dio, entonces se les -90- mostrarán como ciertas huellas, que deberán seguir sin ayuda del maestro. Convendrá a las veces el dejarlos solos, no sea que, habituados siempre a seguir huellas ajenas, no trabajen ni discurran nada por sí solos. Cuando se viere que proceden y discurren con tal cual acierto, el maestro ya nada tiene que hacer. Si en algo yerran, deberá ponerles quien los guíe. A la manera que las aves dan de comer a sus polluelos con los picos, desmenuzándoles la comida, y cuando están crecidos les dejan salir del nido, enseñándoles a volar alrededor de él, yendo las madres delante, hasta que viéndolos robustos y sin miedo les permiten salir por el aire libre.

-91-

Capítulo VIII. Aprendan los niños algunos lugares selectos de los oradores e historiadores; pero raras veces las composiciones que ellos han trabajado

En este punto soy de la opinión de que debe mudarse la costumbre de que los niños aprendan de memoria todo lo que ellos han compuesto, para decirlo, según es estilo, en día señalado. Esto quien más lo exige son los padres, persuadidos que entonces estudian sus hijos, cuando tienen frecuentes declamaciones: siendo así que el aprovechamiento depende del cuidado. Así como quiero que los niños compongan, y que se ejerciten muchísimo en esto, así aconsejo mucho más que aprendan de memoria algunos trozos de los oradores, historiadores, y otros escritos dignos de aprecio. Con esto ejercitarán la memoria, aprendiendo antes lo ajeno que lo suyo; y los que se ejercitaren en este género de trabajo dificultoso, aprenderán después con más facilidad lo que ellos mismos compusieron, se acostumbrarán a lo mejor, y siempre tendrán buenos modelos que imitar; y además de esto beberán sin sentir el estilo de lo que hayan aprendido. Tendrán abundancia de expresiones las más bellas; su estilo y figuras serán naturales, no arrastradas y violentas, sino que voluntariamente se les ofrecerán, habiendo hecho acopio de ellas. A esto se junta el que citarán con gusto en las conversaciones lo bueno que otros han dicho: cosa útil en las causas. Porque siempre da mayor autoridad todo aquello que se alega, cuando no parece mendigado para probar la causa -92- presente, y los testimonios ajenos merecen más alabanza que los nuestros.

A veces convendrá también permitirles a los discípulos el recitar lo que ellos compusieron, para que logren el fruto de su trabajo viendo que se les alaba. Pero convendrá hacer esto, cuando hubieren trabajado alguna cosa curiosa y perfecta, para que consigan este premio de sus afanes, alegrándose de haber merecido el recitarlo en público.

-93-

Capítulo IX. Si en la enseñanza de los discípulos se le debe llevar a cada cual por lo que su ingenio pide

Tienen, y no sin razón, por una de las cualidades de un maestro, el inquirir con todo cuidado el ingenio de sus discípulos y el saber por dónde le llama a cada uno su naturaleza. En lo que hay tanta variedad que no son los semblantes más diversos que lo son los ingenios. Esto aun en los oradores lo podemos ver; de los cuales ninguno se conforma con otro en el estilo, por más que la mayor parte de ellos se haya propuesto imitar a los que merecieron su aprobación. Por tanto pareció útil a los más el enseñar a cada uno conforme a lo que pide su ingenio, ayudándole a aquello mismo adonde principalmente le llama la naturaleza. Así como si un hombre muy práctico en la palestra entrase en la escuela, en que hay un gran número de niños, hecha experiencia de sus fuerzas corporales y de su valor, conocería a qué género de ejercicio se le debía aplicar a cada uno; a esta manera, cuando el maestro de retórica hubiere empleado su sagacidad en discernir el talento de cada discípulo, viendo quién gusta de un estilo conciso y limado, y quién del vehemente, grave, dulce, áspero, florido y agraciado, se acomodará tanto al genio de cada uno, que les vaya llevando por donde cada cual sobresale. Pues la naturaleza ayudada del cuidado puede más; y el que es guiado contra su inclinación, no podrá lograr lo que no frisa con su ingenio, y perderá sus fuerzas por abandonar aquello para lo que parecía haber nacido.

Todo lo cual lo tengo por cierto en parte; pues siguiendo -94- la razón natural, libremente definiendo mi opinión contra las ya admitidas por algunos. Porque ello es que debemos indagar la naturaleza de los talentos; y nadie negará que aún se debe hacer elección de los estudios en que deben emplearse. Unos habrá acomodados para escribir historias, otros para la poesía, otros para la jurisprudencia, y quizá habrá algunos que no sean más que para cavar viñas. Lo mismo pues hará el maestro de retórica que hizo el de la palestra, que va destinando a quién a la carrera, a quién al pugilato, a quién a la lucha, a quién a otra manera de contienda de los juegos sagrados<sup>77</sup>: bien entendido que, el que se aplicare al estudio de la jurisprudencia, no ha de trabajar en una sola cosa de las que miran a este ejercicio, sino en todas universalmente, aunque sienta alguna repugnancia. Porque si sólo bastase la naturaleza, ociosa por cierto era la enseñanza.

Por ventura (dirá alguno) si cae en nuestras manos un niño de gusto estragado y de estilo hinchado, como son los más, ¿hemos de consentir pase adelante? Y si hay algún ingenio árido e infecundo, ¿no le fecundaremos y le adornaremos con ideas? Porque si es necesario a veces cercenar algunos vicios, ¿por qué no se ha de conceder el añadir a alguno lo que le falta? Respondo que yo no voy contra la naturaleza en esto: pues no pretendo el quitar y desarraigar lo bueno que ella tiene, sino aumentarlo y ayudarla en lo que falta. Aquel insigne maestro Sócrates, cuyos libros no acreditan más su oratoria que sus discípulos su buena enseñanza, cuando decía que Éforo necesitaba de freno y Teopompo de espuela, ¿por ventura no creyó que con sus preceptos debía espolear la pereza del uno y contener la viveza (digamos así) desbocada del -95- otro, pensando que debía atemperar el genio de aquél con el de éste?

Debe acomodarse de tal suerte a los ingenios limitados que los guíe únicamente por donde los llama la naturaleza: pues así harán mejor aquello que sólo pueden. Pero si hubiere alguno de ingenio más despejado, del que podamos concebir grandes esperanzas en la oratoria, no se deberá omitir con él ninguna de las bellezas del arte. Pues dado caso que tenga más inclinación a una cosa que a otra, como es forzoso, pero no se mostrará repugnante a lo demás: y su mismo cuidado hará que no sobresalga menos en uno que en otro. A la manera que aquel otro maestro de la palestra en el ejemplo propuesto no enseñará solamente a su discípulo a que hiera al contrario con el puño o con el pie; ni solamente le enseñará a doblar y hurtar el cuerpo de una manera, sino de todos los modos posibles.

Si hay alguno que no tiene ingenio para todo, aplíquese a aquello que puede. Dos cosas se han de tener presentes en esto: la primera, el no ponerse a aquello que no puede lograrse; la segunda, que no se le aparte a ninguno de aquello en que puede ser sobresaliente, para aplicarle a otra cosa a que no se siente inclinado. Pero si el discípulo fuere como otro Nicóstrato<sup>78</sup>, a quien yo siendo joven conocí de edad ya avanzada, empleará con él todas las fuerzas de la enseñanza; y hará que en todo sea sobresaliente, así como aquel otro era invencible en la lucha y en el pugilato, pues en ambas cosas consiguió a un mismo -96- tiempo la corona. Y ¿con cuánto mayor empeño deberá practicar esto un maestro con quien ha de ser orador? Porque no basta el que el estilo sea conciso, agudo o vehemente; así como para ser maestro excelente de música, no es suficiente el sobresalir sólo en la voz de tiple, de tenor, de bajo, o en cualquier parte de estos tonos. En la perfección del razonamiento sucede lo que con la cítara, la que en todas sus cuerdas, desde la primera hasta el bordón, debe estar bien templada.

-97-

#### Capítulo X. De la obligación de los discípulos

Entre los muchos avisos que hemos dado al maestro, quiero dar uno tan sólo a los discípulos; y es, que no tengan a sus maestros menos amor que al estudio; persuadiéndose que son padres no corporales, sino espirituales. De este modo oirán con gusto sus preceptos, les darán crédito y desearán asemejarse a ellos; y, finalmente, concurrirán al aula gustosos y con gana de saber. Si los corrige, no se enojarán; si los alaba, gozaranse con la alabanza; y con la aplicación merecerán su amor. Porque así como la obligación de los unos es el enseñar, así la de los otros es mostrarse dóciles a la enseñanza; y lo uno sin lo otro nada vale. Así como el nacer el hombre depende del padre y de la madre, y en vano se siembra la semilla si no se recibe dentro de una tierra blanda y esponjada, así la elocuencia no puede llegar a colmo si no van a una la doctrina del maestro y la docilidad del discípulo.

-98-

#### Capítulo XI. Conviene que las declamaciones sean muy semejantes a las causas del foro

Luego que el discípulo se halle bien instruido y práctico en aquellos ejercicios de la retórica que no son cosa en sí pequeña, sino antes bien son como parte de otras mayores, deberá ejercitarse en algunas oraciones del género deliberativo y en algunos asuntos del foro: pero antes de mostrar el camino para esto, diré cuatro cosas sobre el estilo declamatorio; pues así como este género de ejercicio es el más moderno en su invención, así es notoria la ventaja que trae. Él solo abraza en sí cuanto hemos dicho, y es el más conforme a la verdad. Por donde ha merecido tantas alabanzas, que los más han creído bastar él solo para formar un orador: pues no hay virtud alguna en un razonamiento<sup>79</sup> seguido, que no convenga a las declamaciones. Bien es verdad, que por culpa de los maestros vinieron a tenerse la licencia e ignorancia de los declamadores por las dos causas principales de la corrupción de la elocuencia. Pero podemos hacer buen uso de lo que por naturaleza es bueno. Los asuntos, aunque fingidos, sean muy conformes a la verdad, y las declamaciones sean de aquellos asuntos forenses para cuyo ejercicio se inventaron. Porque en vano buscaremos en las apuestas<sup>80</sup> e interdictos<sup>81</sup> del foro aquellas cuestiones de encantadores, -99- pestes, respuestas de los oráculos, madrastras más rigurosas, que las que introducen los trágicos en sus dramas, y otras cosas aun más fabulosas<sup>82</sup>.

Pues qué, ¿no permitiremos alguna vez a los jóvenes, que traten estos asuntos, aunque increíbles y fabulosos, para ejercitar el ingenio y tener materiales para formar sus composiciones? Será muy bueno: pero los asuntos sean grandes, no hinchados ni llenos de necedades, y que hagan reír a quien tenga una vista delgada. Y si hemos de ser algo indulgentes en esto, llénese de especies enhorabuena el declamador; pero advierta, que a la manera que cuando las bestias se llenaron de mucho pasto en los prados, se curan con la sangría y tomando aquel alimento preciso para mantener las fuerzas, así cualquiera que tiene ya mucha grosura y está lleno de malos humores, debe echarlos fuera si quiere conservar la salud robusta. De otra manera se le notará aquella vana hinchazón cuando emprenda alguna obra seria.

Los que pretenden que las declamaciones son diversas de las causas forenses, no alcanzan la razón por que se inventó semejante ejercicio. Porque si no sirven de ensayo para el foro, concluiremos que no es otra cosa que una ostentación de farsa o una vocería propia de locos. Porque ¿a qué fin preparar el ánimo del juez, si no hay ninguno? ¿contar una cosa que todos saben ser fabulosa? ¿alegar las pruebas de una causa que nadie ha de sentenciar? Esto por lo menos es ocioso. Pues el revestirse de afectos y llorar para mover a compasión, ¿no sería cosa de burla, si no pretendiéramos ensayarnos con estas armas y peleas aparentes, para pelear después de veras?

Conque ¿no habrá diferencia alguna entre el estilo forense y declamatorio? Si atendemos a la utilidad, ninguna. Y ¡ojalá que fuese costumbre el nombrar personas, y - 100- se introdujesen algunas cuestiones más enredosas y donde se litigase más, y no temiésemos tanto usar de los términos caseros y cotidianos! Ojalá se permitiera también mezclar algunas chanzas: lo que hace que seamos muy bisoños para las causas del foro, aunque en las declamaciones de la escuela tengamos alguna práctica. Mas si la declamación es una mera ostentación, debemos ciertamente deleitar a los oyentes. Porque en aquellas causas que se fundan en la verdad, pero tienen también por objeto el deleitar al pueblo, como los panegíricos, y en todas las oraciones del género demostrativo se permite algún mayor adorno; y no solamente confesar, sino aun hacer delante del auditorio del artificio, el cual en las causas judiciales por lo común se disimula y oculta. Por donde la declamación, que es un remedo de los tribunales y causas forenses, debe contener un asunto verosímil; y supuesto que tiene algo de ostentación, usar de algunas galas y adorno. Puntualmente lo mismo hacen los cómicos, que ni bien hablan como el vulgo sin arte alguna, ni se apartan tanto del lenguaje natural que se destruya la imitación, sino que adornan este nuestro lenguaje común con ciertas bellezas del teatro.

-101-

Capítulo XII. Refútase a los que dicen que la elocuencia no necesita de preceptos

Ya hemos llegado a aquella parte de la retórica por donde dan principio los que omiten lo que llevamos dicho hasta aquí. Aunque veo que aún al principio del camino me saldrán al encuentro para oponérseme los que dicen que la oratoria no necesita de reglas, quienes contentándose con lo que enseña la naturaleza y con el ejercicio común de las escuelas, se burlarán de mi trabajo, a ejemplo de algunos profesores de reputación; a uno de los cuales, habiéndole preguntado qué cosa era figura y sentencia, respondió que no lo sabía, pero que si importaba el saberlo lo encontrarían en sus declamaciones. Otro, preguntándole si era discípulo de Teodoro o de Apolodoro<sup>83</sup>, Yo, dijo, soy gladiador de pequeño broquel. En lo cual ciertamente no pudo ocultar su ignorancia de otra manera más graciosa. A éstos han seguido muchísimos en la incuria,

pero pocos en la naturaleza; porque fueron hombres consumados en el talento y compusieron declamaciones dignas de memoria.

-102-

Se glorían, pues, los tales de que en la oratoria sólo se valen del ímpetu y fuerzas naturales; diciendo que en los asuntos fingidos no son necesarias ni las pruebas ni la disposición, sino sentencias retumbantes, que es lo que atrae a los oyentes, y cuanto más atrevidas son, dicen, tanto mejores. Además de esto, no guardando ninguna regla para pensar, se están mirando días enteros a las vigas, aguardando que voluntariamente les ocurra alguna buena idea, o enardecidos con el incierto murmullo del auditorio, como con clarines que se tocan al entrar en una batalla, acomodan el movimiento violento del cuerpo no sólo a la pronunciación, sino a la invención de las expresiones.

Algunos llevan ya discurridos ciertos preámbulos que les dejen lugar para discurrir algún pensamiento acendrado; pero volteando por mucho tiempo estas ideas, y desconfiando de poder discurrir otras nuevas, recurren por último a aquéllas, que no sólo son trilladas, sino sabidas de todos<sup>84</sup>.

Los que entre estos tales parece tener más discurso, lo aplican no a meditar el asunto, sino a los lugares comunes: en lo que no atienden a que la oración forme un cuerpo, sino que profieren lo que les viene a la imaginación, aunque no tenga enlace lo uno con lo otro. De que resulta una oración, que constando de ideas desunidas, no llega a -103- formar un todo uniforme en sí; antes es muy parecida a aquellas apuntes de los niños, donde van reproduciendo lo que oyeron alabar en las declamaciones de otros. No obstante, no dejan de caérseles algunas sentencias y pensamientos buenos, como ellos se glorían, pero esto aun los bárbaros y esclavos lo hacen; y si esto bastara, ociosas eran las reglas de la oratoria.

-104-

Capítulo XIII. Por qué causa los menos instruidos suelen comúnmente ser tenidos por más ingeniosos

No negaré tampoco una cosa que se deduce de lo dicho; y es que los menos instruidos declaman, al parecer, con más vehemencia. Dimana este error de pensar algunos que lo que se hace sin reglas del arte tiene más fuerza; así como son menester (dicen ellos) mayores para descerrajar una puerta que para abrirla; para romper el nudo que para desatarle; para llevar a uno arrastrando que para guiarle. Los tales tienen por más valeroso al gladiador que entra a pelear sin saber manejar las armas y al luchador que emplea todo el cuerpo en vencer al contrario; siendo así que a éste sus mismas fuerzas le postran en tierra, y todo el ímpetu del otro queda burlado por su competidor, con sólo hurtar el cuerpo<sup>85</sup>.

La aparente razón, que a los necios engaña en esta parte, se funda en que la división del asunto, que es de tanto momento en los discursos, disminuye a primera vista las fuerzas; y en que una cosa tosca abulta más que después -105- de pulida y acepillada; y lo que está esparcido, más que lo que está ordenado.

Hay además de esto ciertos vicios que se equivocan con las virtudes: al maldiciente se le gradúa de libre; al temerario de esforzado; al charlatán de afluente. Y ninguno habla mal de todos más abiertamente, ni más veces, que el necio, aunque sea con daño de la parte que defiende, y a veces con riesgo suyo. Semejantes cosas granjean opinión, porque los hombres oyen con gusto aquello mismo que ellos no hubieran querido decir.

A esto se junta que el necio es más atrevido en la elocución, punto muy delicado en la elocuencia; no desecha ninguna expresión, antes se atreve a todo. De donde nace que

como siempre aspira a lo extravagante y raro suele decir alguna cosa grande. Pero esto, que rara veces sucede, no recompensa los demás vicios.

Ésta es la causa por que los necios, que no tienen reparo en decir cualquier cosa, son tenidos por más afluentes, mientras que los sabios son más recatados en lo que dicen.

Además de esto, huyen cuanto pueden de probar su asunto; y así evitan el meterse en argumentos y cuestiones, que entre los jueces estragados son tenidas por frialdades, y sólo atienden a lisonjear torpemente los oídos del auditorio.

Las sentencias, que son muy de su aprobación, brillan en ellos mucho más que en otros; porque lo demás de la oración, donde están engastadas, es cosa humilde y baja, a la manera (dice Cicerón) que una antorcha resplandece mucho más en las tinieblas que en la sombra. Por tanto, téngaseles enhorabuena por ingeniosos, si así agrada, a tal empero que entendamos que semejante oratoria es vituperable e ignominiosa.

No obstante, hemos de confesar que el arte roba y cercena algo, como lo hace la lima con lo que pule, la piedra de amolar con los instrumentos embotados y sin filo, y -106- como el tiempo con el vino; es cierto, pero quita los vicios, y todo aquello que se limó con las letras, es de tanto menos bulto cuanto está más acendrado.

En lo que más pretenden los tales fama de oradores es en la pronunciación. Porque ellos en todas las partes de sus discursos hablan levantando mucho la voz, alzando las manos, moviéndose de una parte a otra, muy sofocados, con mucha agitación, y con unos ademanes y movimientos que ni un loco<sup>86</sup>. Pues el palmotear, el dar patadas, el golpear los muslos, el pecho y la frente, va a decir no poco para ganar reputación de un auditorio de plaza<sup>87</sup>, cuando vemos que el buen orador, así como a veces baja el estilo y le da diversa disposición y figura, así en la pronunciación acomoda el ademán a la sentencia de las palabras; y sobre todo, siempre quiere parecer y ser modesto, que es lo más digno de observación en la oratoria.

Pero los menos instruidos tienen por espíritu y valentía lo que más propiamente debe llamarse violencia: habiendo no solamente muchos declamadores, sino aun maestros (cosa por cierto vergonzosa) que por tener algún ejercicio -107- en el decir, sin seguir regla alguna, hablan movidos del ímpetu que neciamente los agita; graduando de inútiles, insulsos, aturdidos y cobardes en el decir (según les vienen a la imaginación los nombres más vergonzosos) a los que dieron más honor a las letras. Demos el parabién a aquéllos que sin razón alguna pasan plaza de elocuentes, sin haber trabajado ni estudiado. Y supuesto que hace ya tiempo que dejé el cargo de la enseñanza, y no me veo en la precisión de ejercer la honrosa carrera del foro, divertiré esta mi ociosidad escribiendo y discurriendo lo que me parece ha de aprovechar a los jóvenes de buena intención; lo que a mí me sirve de deleite y entretenimiento.

-108-

Capítulo XIV. En las reglas debe haber tasa y medida

I. El orador no ha de seguir las reglas del arte, como ley inviolable.-II. Atienda a lo que piden las circunstancias.

I. Ninguno aguarde de mí que dé a los aficionados de la elocuencia aquellos preceptos que la mayor parte de los que trataron esta materia miraron como leyes inviolables: poniendo el exordio y las virtudes que debe tener, después la narración y sus leyes; luego la proposición, o como otros quieren, la digresión; y últimamente cierto orden de cuestiones, y todo lo demás que algunos autores siguen al pie de la letra, y con tanta esclavitud como si el traspasarlo fuera delito. Cosa muy fácil por cierto era la oratoria, si estuviera ceñida a unas reglas tan breves y precisas. Pero sucede que el asunto, las

circunstancias y la necesidad hacen variar y mudar estas reglas. Por donde la principal regla es el tino y juicio del orador, el que le dirá cómo y cuándo debe mudarlas.

Si uno mandase a un general, cuando ordena su gente en batalla, que la lleve de frente al enemigo, que adelante las alas y las cubra con la caballería, ¿qué diríamos? Este orden será bueno, cuando buenamente se pueda guardar; pero no se observará cuando lo impide la naturaleza del terreno, los montes, selvas, ríos o collados y asperezas que tiene delante. Esta disposición la mudará la naturaleza de los enemigos y de la batalla que se ha de dar: puesto caso que unas veces peleará de frente, ya poniendo el ejército en forma de cuña, ya con las tropas auxiliares, ya con toda la gente: y ocurrirá lance en que convendrá -109- hacer huida falsa. Del mismo modo, si es o no necesario el exordio; si ha de ser breve o largo; si toda la oración se ha de dirigir a los jueces, o sólo alguna vez por medio de alguna figura; si la narración ha de ser corta o larga, continuada o interrumpida; si se ha de hacer en la forma regular, o si se ha de mudar esta disposición: todo esto lo ha de decir el asunto de que se trata. Lo mismo digo sobre el orden de las cuestiones; pues en una misma causa conviene no pocas veces anteponer unas a otras. Porque no se guardan inviolablemente estas reglas, como si fuera una ley o decreto del pueblo, sino que todo esto, cualquiera que sea, lo dicta la utilidad. No niego que la observancia de estas reglas es útil por lo común; pues de otra manera no las daría: pero digo que si la utilidad pide que las quebrantemos, debe ser ella más atendida que todos los maestros del mundo.

II. Una cosa sí diré como regla fija, y no dejaré de inculcarla: que el orador debe en todas las causas mirar, como a norte, a lo que conviene y está bien según las circunstancias. Conviene pues a veces mudar aquel orden natural de las partes de un discurso que prescribe la retórica; así como vemos que en las pinturas y estatuas no se guarda siempre la misma disposición del traje, postura y aire del cuerpo. Un cuerpo recto tiene poca hermosura, y más si tiene el semblante vuelto a quien mira la figura, si están los brazos caídos y juntos los pies, y todo él está derecho como una estaca. Aquella inflexión de miembros, o movimiento, digamos así, es el que da aptitud y alma a la estatua. Por eso a las manos no les damos la misma postura, y variamos los semblantes de mil maneras. Hay estatuas que están en ademán de echar a correr, y acometer, otras sentadas o recostadas; unas desnudas y otras con ropaje, y algunas de las dos maneras. ¿Qué cosa más torcida, pero más bien ejecutada, que la estatua que hizo Mirón en ademán de arrojar el disco? Si alguno tachase en -110- ella el no estar el cuerpo recto y derecho, ¿no descubriría su ignorancia en el arte, puesto caso que lo que más tiene de maravilloso es aquella nueva y dificultosa postura? Puntualmente el mismo deleite causan las figuras, ya de sentencia, ya de palabras, que es mudar el lenguaje vulgar y cotidiano, sacándole del tono regular y usado.

Es gala de la pintura que se descubra todo el rostro; y con todo eso Apeles pintó a Antígono de perfil, para ocultar la falta de un ojo. ¿Y no tenemos lo mismo en la oración? Cosas hay que deben ocultarse, o a lo menos no deben ponerse a la vista, porque es imposible pintarlas al vivo con toda su valentía. Así lo practicó Timantes de Citna en aquella pintura, en la que aventajó a Colotes de Teo. Pues habiendo pintado en el sacrificio de Ifigenia a Calcante triste, y más triste aún a Ulises, apuró toda su habilidad en pintar la tristeza de Menelao, tío de aquella princesa. Apurados ya los secretos del arte, y no encontrando ya modo de expresar el sentimiento, cual correspondía, en el semblante del padre, le cubrió con un velo, dejando a la consideración de los que lo mirasen, el ponderar en su imaginación el dolor paternal<sup>88</sup>. Ahora bien, ¿no tenemos en Salustio un rasgo -111- semejante, cuando dice: De Cartago mejor es decir nada, que decir poco? In Iugurthino.

Por lo cual yo siempre he tenido por costumbre el no atenerme a semejantes reglas generales y perpetuas; pues rara vez se encontrarán tales reglas que la necesidad no obligue a mudarlas, y aun quebrantarlas del todo. Pero de esto hablaré a su tiempo. Entretanto no quisiera que los jóvenes se tengan por suficientemente instruidos en la retórica, por haber decorado estas artes que corren comúnmente con este nombre, teniéndolas por decretos inviolables. La elocuencia es obra de mucho trabajo, de mucho estudio, ejercicio, experiencia continua, mucho ingenio, y de un tino singular. Es cierto que sirven de mucho las reglas, pero cuando guían por camino derecho: el que no siempre debe ser uno, ni estrecho; y el que piense que el apartarse de él es sacrilegio, caminará en la oratoria con tanto tiento como el que anda por una maroma. Por tanto, muchas veces abandonamos el camino real para buscar el atajo; y cuando algún torrente ha roto los puentes y cortado la senda recta, tenemos que ir por el rodeo; y cuando la puerta está ocupada por las llamas, no hay otro recurso que saltar por las paredes. Esta obra ofrece campo muy ancho, vario, y que presenta cosas siempre nuevas; como que no se puede agotar la materia de que trata. Comenzaré, pues, a tratar, cuál es lo mejor de cuanto se ha escrito; cuándo convendrá mudarlos, añadir algo de nuevo o quitar algunas cosas.

-112-

#### Capítulo XV. División de toda la obra

La mejor división que podemos hacer de la retórica es tratar de sus reglas, del artífice y de la obra que de ahí resulta. El arte o reglas se aprenden con la enseñanza, y se define: ciencia de bien decir. El artífice es el que usa de estas reglas: esto es, el orador, cuya perfección consiste en hablar al intento. La obra que resulta es un razonamiento acabado. Estas cosas se subdividen en sus especies, de ellas trataremos en su lugar; ahora comenzaremos por lo que mira a la primera parte.

-113-

#### Capítulo XVI. Después de refutadas las opiniones de otros, muestra que la retórica es ciencia de bien decir; y que su fin es hablar al intento

Veamos ante todo qué es retórica, la que definen con variedad; pero dos son las cosas de que se puede disputar. Porque, o consideramos la cualidad y esencia de la cosa, o su definición. La primera y principal diferencia entre las opiniones consiste en que algunos pretenden que aun los hombres malos pueden llegar a ser oradores; otros, por el contrario (a cuya opinión me arrimo), dicen que el arte de que tratamos no puede convenir sino a los buenos.

Los que quitan a la elocuencia aquella principal alabanza de la vida, que es la virtud, hacen consistir esta arte en la persuasión, o en decir y hablar a propósito para persuadir, lo cual, dicen, lo puede lograr el hombre aunque no sea virtuoso. El fin de la retórica es el persuadir, opinión que fundó Isócrates, si es suyo un arte que corre con su nombre. El que siguiendo distinto modo de pensar que aquellos que desacreditan el oficio de orador, define, pero mal, la retórica diciendo que es obradora de la persuasión. Lo mismo, poco más o menos, dice el Gorgias de Platón, pero éste la pone por opinión de aquél, no suya<sup>89</sup>. Cicerón dice en varios lugares que la obligación -114- de un orador es únicamente decir y hablar de una manera capaz de persuadir<sup>90</sup>. En los retóricos pone<sup>91</sup> por fin de la retórica el persuadir, libros que él no aprueba.

Lo cierto es que a veces persuade el dinero, el valimiento, la autoridad y dignidad de la persona, y aun su presencia sola sin hablar palabra; moviéndonos a dar la sentencia

por la memoria de los méritos del sujeto por verle miserable y aun por prendarnos de su hermosura. Porque cuando Marco Antonio, defendiendo a Marco Aquilio<sup>92</sup>, rasgó su túnica para mostrar al pueblo las cicatrices de las heridas recibidas por la patria en el pecho, seguramente no confió en su oración, sino que de este modo hizo violencia a los ojos de los romanos, con cuyo espectáculo se movieron a absolverle, como se creyó. Y además de otros monumentos tenemos la oración de Catón, donde se prueba haberse libertado Sergio Galba<sup>93</sup> con la compasión que causó, no sólo presentando a sus hijos pequeñitos a la vista del pueblo, sino llevando en sus manos al hijo de Sulpicio Galo. Créese también comúnmente que si se libró Friné no fue por la admirable defensa que de ella hizo Hipérides, sino porque ella, desabrochando la túnica, descubrió parte de su cuerpo, hermosísimo a la verdad. Conque si semejantes cosas mueven, no es la persuasión el fin de la retórica.

Por donde los que la definieron, a su parecer, con más -115- exactitud, aunque sentían lo mismo de la retórica, dijeron que era una fuerza del persuadir por medio de las palabras. Lo mismo dice Gorgias en el lugar citado, como obligado de Sócrates. La misma opinión sigue Teodectes, si es suyo el libro de retórica que anda con su nombre, y no de Aristóteles, como se tiene comúnmente, donde se dice que el fin de la retórica es mover con razones al hombre a lo que uno quiere. Pero ni aun esto satisface lo bastante: pues aun los que no son retóricos mueven a lo que quieren, como las ramerías, los aduladores y seductores. Por el contrario, el orador no siempre persuade: para que entendamos que éste no es fin peculiar suyo, sino común a otros que no siguen esta profesión.

Algunos, sin mirar al fin, dijeron que la retórica consiste en inventar razones acomodadas para persuadir, como dice Aristóteles, libro I de la Retórica. Pero esta definición da en el vicio que pusimos arriba; y no contiene otra cosa que la invención, a la que, si le falta la elocución, no hay oración retórica. Por lo que dice Gorgias en Platón, se conoce que no tiene a la retórica por arte mala; y que no puede haber retórico verdadero si al mismo tiempo no es de arregladas costumbres. Y aún prueba más claro en el Phedro que no se da retórica perfecta sin una justicia consumada, y a esta opinión nos arrimamos. De otra manera, ¿cómo hubiera escrito la defensa y alabanza de Sócrates y otros que murieron por la patria, lo que es obra que toca a los oradores? Y así dio contra aquellos que abusaron de la oratoria. Por lo cual Sócrates tuvo por indecorosa a su persona la oración que Lisias le compuso<sup>94</sup>, para -116- defender su inocencia: porque entonces era estilo que a los litigantes les escribiesen otros la defensa que debían hacer de sí mismos, eludiendo de este modo la ley que prohibía abogar por nadie. Y a semejantes maestros de elocuencia, que separaban esta arte de la justicia, anteponiendo lo verosímil a lo verdadero, los reprueba Platón. Así lo dice en el Phedro.

Éstos son los fines que se señalan comúnmente a la retórica y sobre los que se disputa, porque referir todo lo que dicen los demás autores ni es del caso, ni me es posible; habiéndose propuesto los escritores de las artes, a lo que entiendo, el no acomodarse en sus definiciones a nada de cuanto dijeron los demás: de la cual ambición estoy muy lejos. Porque no diré cosas inventadas por mí, sino lo que me cuadre, como por ejemplo que la retórica es arte de bien hablar; siendo cierto que el que habiendo encontrado con lo mejor busca otra cosa, seguramente quiere lo peor. Sentada por buena esta definición, ya se deja conocer cuál es el fin de la retórica, o cuál es aquella cosa última y principal adonde se encamina toda arte, que los griegos llaman término. Porque si es arte de bien decir, su fin y último término es esto mismo.

## Capítulo XVII. De la utilidad de la retórica

I. Refuta cuanto se alega contra la retórica.-II. Pone una excelente alabanza de la elocuencia.

I. Síguese la cuestión de si es útil o no la retórica; pues algunos suelen dar contra ella, y (lo que es peor que todo) para desacreditar la oración retórica se valen de las mismas armas que ella suministra. La elocuencia, dicen, libra a los malos del castigo y condena a veces a los buenos, y hace que, desechando los consejos acertados, se eche mano de los que no lo son. Ella no sólo enciende alborotos y sediciones, sino guerras implacables: y entonces se usa más de la elocuencia cuando se combate la verdad, para que la mentira triunfe. Dan en cara los cómicos<sup>95</sup> a Sócrates diciéndole enseñaba el modo de hacer buena la causa que en sí era mala; y Platón dice contra Tisias y Gorgias, que ellos prometían lo mismo<sup>96</sup>. Alegan sobre lo dicho ejemplos de griegos y romanos que, usando de la perniciosa retórica, no sólo alteraron la paz de las ciudades, sino que las arruinaron. Motivo por el cual fue desterrada de Lacedemonia; y aun en Atenas, donde se prohibió a los abogados mover los afectos, se quitó en cierto modo la facultad de arengar.

-118-

Según esto, ni los capitanes son útiles, ni los magistrados, ni la medicina, ni aun la ciencia: pues entre aquéllos se encuentra un Flaminio; entre los magistrados un Saturnino, un Graco y un Glaucia, y en la medicina varios venenos; no faltando tampoco hombres los más corrompidos entre los que tomaron el nombre de filósofos. No comamos, porque la comida es causa de varias dolencias. Salgámonos de las casas, porque éstas sepultaron a sus moradores. No haya espadas para la guerra, pues se valen de ellas los ladrones. Y ¿quién no sabe que el agua, el fuego, sin lo que no se puede vivir, y (subiendo a los cielos) el sol y la luna, los dos astros más principales, dañaron muchas veces?

II. ¿Negará alguno que el ciego Apio deshizo con su elocuencia aquella ignominiosa paz de Pirro? La divina elocuencia de Cicerón contra las leyes agrarias, ¿no fue provechosa al pueblo? ¿no quebrantó el atrevimiento de Catilina? ¿no mereció, aunque no era soldado, la pública acción de gracias a los dioses, que era el mayor honor con que se premiaba a los capitanes vencedores? El orador ¿no quita el miedo y cobardía de los ánimos de los soldados, persuadiéndoles al tiempo de entrar en las mayores batallas que la honra es mejor que la vida? La autoridad de los lacedemonios y atenienses no me mueve más que la de los romanos, que hicieron el mayor aprecio de los oradores. Y creo que los fundadores de las ciudades lograron el reducir a los hombres, que andaban por los campos, a una vida sociable, persuadiéndoles con la elocuencia; y que los legisladores no movieron a los mismos a vivir bajo de ley, sino valiéndose del mismo medio. Aun los preceptos para la vida humana, buenos de suyo, reciben nueva fuerza cuando con los discursos de la retórica se manifiesta más su utilidad. Y así dado caso que la oratoria sirva para lo bueno y lo malo, no debemos condenar una cosa de que podemos hacer buen uso.

-119-

Pero esto sólo lo pondrán en disputa aquellos que hicieron consistir toda la retórica en el persuadir. Pero suponiendo, como supongo, que es arte de bien hablar, se ha de confesar que ella contribuye para que el orador sea hombre bueno. Y cierto que aquel Dios, primera causa de todas las cosas, y autor de todo el mundo, por ninguna otra cosa distinguió más al hombre de los irracionales y mortales brutos que por la facultad de decir: pues vemos que nos exceden en la grandeza de sus cuerpos, en las fuerzas, en la robustez, en el sufrimiento y en la velocidad, y que ellos menos que nosotros necesitan

de ayuda ajena. Porque la velocidad en andar, el alimentarse y el nadar lo aprendieron de la naturaleza sin otro maestro. La mayor parte de ellos se defienden del frío con su misma piel, tienen sus armas naturales y el alimento a la mano: cuando al hombre todo esto le cuesta mucho trabajo. Pero a nosotros ella nos dotó de razón, como cosa la más principal, por la que quiso que nos pareciésemos a los dioses inmortales. Pero aun esta misma razón no nos aprovecharía tanto, ni se manifestaría tanto en nosotros, si no pudiésemos declarar por las palabras nuestros sentimientos interiores; de lo que carecen los irracionales en medio de algún conocimiento que tienen. Porque en la fábrica de las habitaciones, en tejer y formar sus nidos, en sacar sus polluelos y criarlos, y (lo que es más) en saber guardar para el invierno, no podemos llegar a su habilidad: y semejante a esto es el labrar la cera y la miel, lo que parece ser obra que pide algún conocimiento; pero por carecer ellos de lenguaje los llamamos mudos e irracionales. Aun a los hombres a quienes la naturaleza hizo mudos, ¿cuán poco los aprovecha el entendimiento?

Pues si no nos concedieron los dioses cosa más noble que el habla, ¿qué cosa puede haber más digna de nuestro trabajo y diligencia? ¿Y en qué otra cosa procuraremos aventajar los unos a los otros más que en aquello por lo -120- que somos superiores a las bestias? Esto tanto más, cuanto no hay cosa alguna en que más se luzca nuestro trabajo. Esto se podrá mejor entender del mucho auge a que la elocuencia ha llegado, y del aumento de que aún es susceptible. Pues para pasar en silencio cuán útil es defender a los amigos, dirigir las determinaciones del senado, persuadir a un pueblo y a un ejército lo que quiere un hombre ajustado, ¿no es grande alabanza la que se consigue con el entendimiento y con las palabras comunes a todos, de manera que no sólo parezca que hablas, sino que despides truenos y rayos, como le sucedió a Pericles?

-121-

Capítulo XVIII. Si la retórica es arte

Después de refutadas las razones en contrario, sienta que la retórica es arte.

Si hubiera de dejar correr la pluma en este punto cuanto quiero, sería nunca acabar. Pasemos, pues, a tratar ahora de si la retórica es arte; cosa tan sentada para los que han tratado de elocuencia, que aun los libros que sobre esto escribieron los intitularon Del arte retórica, y del mismo modo Cicerón da el nombre de elocuencia artificial a la que otros llaman retórica; lo que no sólo se apropiaron los oradores, para dar a entender que con sus estudios habían adelantado algo, sino que aun la mayor parte de los estoicos y peripatéticos convienen en lo mismo. Por lo que a mí toca, he estado dudando si trataría esta cuestión; porque ¿quién habrá tan ignorante y tan apartado de los conocimientos comunes al hombre que, habiendo arte para fabricar, para tejer, y aun para trabajar el barro, juzgue puede hacerse sin arte la obra de la elocuencia, que es la más grande, la más hermosa y la más remontada, como llevo dicho? Yo ciertamente juzgo que los que contra esto disputaron, no tanto fue porque así lo sintiesen, cuanto por ejercitar el ingenio, defendiendo una cosa de tanta dificultad; así como Polícrates alabó al tirano Busiris y a Clitemnestra, y del mismo tenemos una oración que, según cuentan, se dijo contra Sócrates.

Algunos son de opinión que la retórica es natural, pero que es ayudada con el ejercicio, como dice Antonio en los libros de Cicerón sobre el orador, afirmando que es cierta -122- observación, no arte. Lo cual no se dijo como opinión que deba seguirse, sino como dicho en boca de Antonio, quien siempre disimuló el artificio retórico. La opinión parece ser de Lisias, fundado en que cuando hablan en su defensa los

ignorantes, los bárbaros, y aun los esclavos, en sus discursos hay algo que tiene semejanza con el exordio, narración, confirmación y refutación; poniendo al fin su deprecación, que hace veces de epílogo. Añaden después la cavilación de decir que no pudo existir antes del arte lo que según arte se hace; que los hombres siempre hablaron con arte, ya en defensa suya, ya contra otros; y que los primeros inventores de la oratoria vivieron hacia los tiempos de Tisias y Corax. Luego síguese que la retórica no es arte, pues hubo antes oraciones y discursos. No me afano en averiguar la época de su enseñanza, aunque en Homero y en el preceptor Fenicio ya se encuentran muchos oradores y todo género de oraciones, y varias competencias entre los jóvenes sobre la elocuencia. ¿Qué más? Aun entre las obras cinceladas que contenía el escudo de Aquiles hay pleitos y litigantes.

Basta el advertir que todo lo que se perfecciona con el arte tomó principio de la naturaleza, o neguemos ser arte la medicina, cuya invención se debió a la observación de lo que era saludable y nocivo; y como quieren algunos, toda ella se compone de experimentos. Pues ya antes de haber esta arte hubo quien ataba las heridas y curó la calentura con la quietud y dieta, no porque tuviese para ello razón alguna, sino porque la misma disposición del cuerpo le obligaba a hacerlo así. Digamos que no hay arte de edificar, porque los primeros hombres hicieron sin ella sus cabañas. Digamos que no hay música, porque en todas las naciones hay su canto y danza. De este modo, si cualquier modo de hablar se llama retórica, confesaré que ya la hubo antes de ser arte. Pero si no todo hombre que habla es orador, y si al principio no hablaban los -123- hombres como oradores, se ha de confesar que el arte constituye al orador, y que no hubo alguno antes que hubiese arte.

Con lo cual se desvanece la objeción que hacen, diciendo que no es efecto del arte aquello que puede uno hacer sin haberlo aprendido, y que aun los que no aprendieron la retórica hablan con ella. En prueba de esto alegan que el remero Demades<sup>97</sup> y el farsante Esquines<sup>98</sup> llegaron a ser oradores. Mala razón, porque no puede darse orador sin haber aprendido el arte, ni puede negarse que ellos lo aprendieron, aunque tarde. Por lo que mira a Esquines, desde el principio se ejercitó en las letras que su padre enseñaba. Ni tampoco es cierto que Demades no aprendiese nada, pues llegó a ser lo que fue en fuerza del continuo ejercicio de perorar, que es el mejor maestro. Y si hubiera aprendido mejor, hubiera llegado a ser más consumado. Pues nunca él se atrevió a escribir oraciones por las que creamos que llegó a rayar mucho en la oratoria.

Otra calumnia levantan a la retórica arguyendo así: ningún arte que se funda en preceptos verdaderos da asenso a opiniones falsas. Conque no puede ser arte la retórica cuando ésta da asenso a la falsedad. Confieso que a veces la retórica dice lo falso por lo verdadero, pero no por eso sigue opiniones falsas, porque no es lo mismo creer uno una falsedad que hacérsela tragar a otro. Porque a veces también los generales usan de engaños contra el enemigo, como Aníbal, que hallándose cercado por Fabio, ató varios haces de sarmientos a las astas de una manada de bueyes, -124- y pegándoles fuego los echó a los montes para hacerle creer que huía, en lo cual él no se engañaba, sino que engañó al enemigo. Ni tampoco tenía falsa opinión de sí mismo Teopompo, lacedemonio, cuando, tomando el vestido de su mujer, se salió de la cárcel, sino que engañó a la guardia. A este modo el orador, cuando usa de lo falso en lugar de lo verdadero, ya sabe que es falso y que se vale de ello en lugar de la verdad, y así, aunque engaña a otro, él no tiene opinión falsa. Ni tampoco se hallaba ofuscado el ánimo de Cicerón cuando se gloriaba de haber llenado de tinieblas a los jueces en la causa de Cluencio. Asimismo cuando el pintor en fuerza del arte pinta en el lienzo varias prominencias y otros bultos a lo lejos, no deja de conocer que todo aquello es llano.

Dicen también los contrarios: todas las artes tienen un fin particular, adonde se encaminan; y la retórica unas veces no se propone fin ninguno, otras no lo logra. Es falso. Ya hemos dicho que la retórica tiene su fin y cuál sea éste, y siempre el orador cumplirá con él, porque siempre hablará a propósito. Si esta objeción tiene alguna fuerza, será contra los que sostienen que el persuadir es el fin en la oratoria. Pero ni ésta, según la hemos definido, ni el oficio del orador depende del suceso. Procura, sí, triunfar el orador y persuadir, pero una vez que hable a propósito, aunque no persuada, ya cumplió con lo que promete la retórica. También el piloto pretende conducir la nave salva al puerto, pero si una tempestad la arrebató, no por eso será menos hábil, y podrá decir aquello: Con tal que yo dirija bien la nave, etc. El médico igualmente pretende la cura del enfermo, pero si no logra el fin, o porque prevaleció la enfermedad, o por culpa del enfermo, o por otro accidente, como él no haya omitido cuanto prescribe el arte, ya cumplió con el fin de la medicina. Del mismo modo el fin de la oratoria es hablar a propósito para persuadir: pues, como luego demostraremos más claramente, -125- esta arte no consiste en el efecto, sino en el acto. De este modo se desvanece aquella otra objeción que hacen, de que todas las artes saben, cuando lograron el fin, lo que no tenemos (dicen) en la retórica, pues todos presumen hablar bien.

Acusan también a la retórica de que se vale de los vicios, lo que en ninguna arte sucede; pues ella alega cosas falsas y mueve las pasiones. Nada de esto es indecoroso, pues nace de buen fin, y así nada tiene de vicioso y reprehensible. Porque el decir una mentira, aun al sabio se le concede alguna vez, y el mover las pasiones se hace preciso cuando no hay otro medio de traer el juez a la razón; pues muchas veces hacen este oficio hombres ignorantes, a quienes es preciso engañarlos para que hagan lo justo. Porque si se suponen sabios a los jueces, sabio al auditorio, donde no tenga entrada la envidia, el favor, la preocupación y los testigos falsos, poco tendrá que hacer la retórica, la que sólo servirá para deleitar. Pero si los ánimos de los oyentes son inconstantes, y es combatida con mil calumnias la verdad, entonces se ha de pelear con todas las fuerzas del arte, y echar mano de todas las máquinas. Porque al que va descaminado no se le podrá traer a camino derecho sino por el torcido.

A esto se reduce cuanto se alega contra la retórica. Hacen otras objeciones menores, pero se reducen a lo dicho. Probemos ahora brevemente que<sup>99</sup> es arte. Si el arte, como dice Cleantes, es cierta facultad que sirve de camino y pone orden en las cosas, ninguno negará que en el bien decir hay cierto camino y orden. Si atendiendo al fin, que todos admiten, decimos que el arte consta de reglas y preceptos, que conspiran y se ponen en práctica para lograr un fin útil para la vida, ya hemos hecho ver que todo esto se verifica en la retórica. Y ¿qué diré de que también consta de especulativa y práctica como las demás artes? Y si la dialéctica es arte, lo ha de ser igualmente -126- la retórica, siendo distinta de aquélla<sup>100</sup>, no en el género, sino en la especie. Ni se ha de pasar en silencio que es arte lo que uno hace por reglas y otro sin ellas, y que el primero aventaja al segundo. En la retórica no solamente aventaja el que está instruido en sus reglas al que lo está menos, pues de otro modo no habría tanta variedad de reglas, ni serían tan consumados los que han enseñado esta facultad. Verdad que la deben confesar todos, y yo principalmente, que no separo el oficio del orador de la bondad moral.

-127-

Capítulo XIX. En qué género de artes se comprende la retórica

Hay algunas facultades que consisten en la especulación y conocimiento de las cosas, y que, sin operación alguna, sólo descansan en la averiguación de su objeto, llamadas por eso teóricas, cual es la astrología. Otras, al contrario, en la obra y ejecución de la

cosa, que llaman prácticas, como el arte de danzar. Otras finalmente en la imitación de todo lo que se presenta a la vista, tomando su fin de la perfección de la obra, a las que llaman imitación, como la pintura. Según esto debemos decir que la retórica es arte práctica, pues ella perfecciona la obra en que se emplea, lo que ninguno ha negado hasta ahora.

Aunque yo soy de parecer que toma mucho de las demás artes, pues a veces se contenta únicamente con la especulación, y así habrá retórica en el orador aunque no hable una palabra, porque aunque deje el ejercicio de la oratoria, o porque quiera, o porque se lo impida cualquier otro motivo, no dejará de ser tan orador como médico el que deja de curar. Aun los estudios que no se manifiestan por la obra tienen su utilidad y fruto, y aun no sé si es el principal, que es aquel deleite que el hombre percibe allá a sus solas en la contemplación de la verdad, aunque no se emplee en obra alguna exterior. Este mismo fruto se conseguirá en el efecto escribiendo oraciones o -128- historias, las que no tengo por cosa muy ajena de la oratoria.

Pero si hemos de reducir la retórica a una de las especies dichas, llamémosla práctica o administrativa, pues todo es uno, porque la obra y ejecución es donde principalmente se emplea y donde tiene más uso.

-129-

Capítulo XX. Qué cosa ayuda más para la elocuencia, el arte o la naturaleza

No ignoro que se suele preguntar si la naturaleza contribuye más para la elocuencia que el arte. Lo que ciertamente nada hace a nuestro intento, aunque sin uno y otro no puede darse orador consumado. No obstante, juzgo por muy del caso entender el estado de la presente cuestión. Porque si separamos las dos cosas, la naturaleza ciertamente podrá mucho aun sin el arte, y éste sin aquélla de nada servirá. Pero si ambas cosas se juntan, aunque en mediano grado, siempre diré que la naturaleza es la que más contribuye. Mas si el orador es consumado, esto lo debe antes al arte e instrucción que a la naturaleza: a la manera que a la tierra de suyo estéril nada aprovecha el cultivo, pero si es fecunda por naturaleza podremos esperar algún fruto aun cuando falte la labranza; mas si además de ser fecunda se le junta el cultivo, éste servirá de mucho más que su natural fecundidad. Y si Praxíteles hubiera de hacer una estatua de una piedra de molino, más escogería yo un mármol de la isla de Paros, aunque toscos; pero si pretendiese hacerla de esta misma, recibiría mayor precio de la mano del artífice que de la materia. Finalmente, la materia la da la naturaleza y el arte le da la doctrina. Éste hace la obra, aquélla la recibe. El arte sin materia nada vale, ésta sin aquélla no deja de tener su valor. El arte excelente vale más que la materia más preciosa.

-130-

Capítulo XXI. Si la retórica es virtud

Aún es más célebre la cuestión de si la retórica es de aquellas artes que por su naturaleza ni son malas ni buenas, sino indiferentes, según el uso que de ellas se hace, o si realmente es en sí cosa laudable. Yo ciertamente en muchos que ejercitaron la oratoria y aún al presente la ejercitan, o no encuentro arte alguna, lo que se llama *atechnia*, o, si hay alguna, es perjudicial, que decimos *cacotechnia*, pues veo que la ejercieron sin tener ingenio ni instrucción, y, movidos de su descaro o del hambre, abusaron de ella para ruina de los hombres. Hay también ciertas habilidades ociosas e inútiles que llaman *mataiotechnia*, y no teniendo nada de bueno ni de malo, sólo se reducen a un vano trabajo, cual era la habilidad de aquél que a cierta distancia iba

ensartando sin errar varios garbanzos en una aguja; visto lo cual por Alejandro, mando premiarle con un celemín de ellos: premio a la verdad muy digno de tal trabajo. A esta habilidad comparo yo el trabajo de aquellos que gastan toda su vida en declamaciones sobre asuntos ajenos enteramente de la verdad. Pero el arte que pretendemos formar, y cuyo modelo tenemos en nuestra alma, tal cual conviene al hombre bueno, y que es la verdadera retórica, seguramente es virtud.

Esto lo evidencian los filósofos con muchos y sutiles argumentos, pero a mí me parece cosa clara por la razón manifiesta que hemos dado. Arguyen ellos de este modo: si es virtud el guardar consonancia en lo que hacemos o dejamos de hacer, parte de lo cual es la prudencia, lo mismo sucederá en las cosas que se deben decir o callar. Y asimismo, -131- si son virtudes aquéllas de las que la misma naturaleza sin el arte nos dio ciertas semillas y principios, como se ve en la justicia, de la que aun en los bárbaros se ve cierta imagen; ciertamente se concluye que nosotros de tal suerte hemos sido formados por la naturaleza que, aunque no con toda perfección, a lo menos podemos hablar en nuestro favor con solos los principios que ella nos comunicó de esta facultad. Lo que no sucede con aquellas artes que están apartadas de la virtud. Por donde siendo el lenguaje de dos maneras, el uno continuado, que llamamos elocuencia; el otro conciso y breve, que llaman dialéctica (las cuales ambas dos las hizo una misma Zenón cuando comparó la primera a la mano extendida y la segunda a la mano cerrada); esta última, que disputa de las cosas, será también virtud; y por lo mismo no se dudará de que lo es aquella primera manera de hablar con hermosura y abundancia de palabras.

Pero quiero dar a entender más esto por la misma obra de la retórica. Porque ¿qué logrará un orador con sus alabanzas, si no sabe hacer distinción entre la virtud y el vicio? ¿Qué logrará con el aconsejar si no se propone y conoce la utilidad de la cosa? ¿Y qué en las causas judiciales si ignora el derecho? ¿Qué más? ¿No necesita también de fortaleza para hablar, como muchas veces acaece, contra la amenaza de un pueblo amotinado, contra los resentimientos peligrosos de gente poderosa, y a veces (como en las causas de Milón) entre las armas de los soldados que le rodean? De forma que, si no es virtud, la oración no puede ser perfecta.

Y si aun en los animales hay su virtud, por la que aventajan unos a otros, como la fuerza en el león, la ligereza en el caballo; siendo también cierto que a todos los aventaja el hombre en la razón y en el lenguaje, ¿por qué no llamaremos virtud a la elocuencia, igualmente que a la razón? Y así la define muy bien Craso, introducido por Cicerón: la elocuencia, dice, es una de las principales virtudes. Y -132- aun Cicerón, hablando por sí mismo, la llama virtud, ya en las cartas a Bruto<sup>101</sup>, ya en otros lugares.

Me dirán: también el hombre malo compone un exordio, una narración, y entabla sus argumentos tan diestramente que no hay más que pedir. Y por lo que mira a la fortaleza, aun el ladrón pelea con valentía; y un mal esclavo sufrirá los tormentos sin dar siquiera un gemido; cuyo sufrimiento no carecerá de alabanza. Respondo, que se hacen muchas cosas, que son semejantes, pero de distinto modo. Baste lo dicho, pues de la utilidad ya hablamos arriba.

-133-

Capítulo XXII. De la materia de la retórica, que es todo aquello de que trata

Yo sigo la opinión de muchos autores, de que la materia de la retórica es todo aquello de que se puede hablar. Sócrates, a quien introduce Platón hablando con Gorgias, parece decir que la materia de la retórica no está en las palabras, sino en las cosas. Y en el Fedro abiertamente dice que ella no se muestra solamente en los juicios y tribunales, sino aun en los asuntos caseros y cotidianos, opinión que se conoce ser de Platón.

Cicerón en un lugar dice que la materia de la oratoria es todo cuanto a ella se sujeta, aunque dice que sólo son algunas cosas. Mas en otra parte dice que el orador de todo debe hablar, por las palabras siguientes: Aunque atendida la esencia del orador y su profesión parece exigir y prometer el hablar con adorno y afluencia de palabras de cuanto se le ofrezca la ocasión<sup>102</sup>. Y aun dice más: el orador debe averiguar, oír, leer, disputar, tratar y ventilar cuanto ocurre en la vida humana, pues acerca de ella se versa la profesión de la oratoria y es materia suya<sup>103</sup>.

Ésta que nosotros llamamos materia, esto es, lo que se sujeta a la oratoria, unos dicen que es infinita; otros, que no es peculiar de la retórica: y llámanla arte vaga, porque ella habla de todas materias. Pero sobre esto no peleo; pues ellos confiesan que habla de todo, pero que no tiene materia fija, por ser muy vasta. Pero no porque sea así ha de - 134- ser infinita; pues también es vasta la materia de otras menores artes, como la arquitectura, pues se versa en todo lo que es útil para edificar: y el arte de grabar, pues trabaja ya en oro, ya en plata, ya en bronce, ya en hierro. La escultura, además de lo dicho, abarca también la madera, el marfil, mármol, vidrio y piedras preciosas. Ni deja de tener su materia la retórica, porque lo sea también de otra arte. Porque si pregunto cuál es la materia del estatuario, dirán que el bronce; si la de un fundidor de vasos, dirán lo mismo, que el bronce; y son cosa muy distinta las estatuas de los vasos. Ni la medicina deja de ser arte porque en las unturas y ejercicio corporal conviene con la de los luchadores, y aun con los artes de cocina en la cualidad de los manjares.

Ni tampoco tiene fuerza aquella otra réplica, de que la filosofía trata, como oficio suyo, de lo bueno, útil y justo, pues quien dice filósofo, ya entiende hombre de bien. Pues ¿quién extrañará que trate también de esta materia el orador, a quien no distingo del hombre de bien? Y más, cuando ya tengo demostrado que esta parte de la filosofía, que dejaron los oradores, se la apropiaron los filósofos, siendo peculiar de aquéllos. De manera que ellos han venido a meter la hoz en mies ajena. En conclusión, siendo materia de la dialéctica el disputar de lo que a ella se sujeta, y siendo por otra parte un discurso conciso, ¿por qué la oratoria, que es de estilo difuso, no tendrá la misma materia?

Suelen algunos decir: luego de todas las artes debe entender el orador, si ha de hablar de todas. Pudiera responderles con las palabras de Cicerón, quien dice: A mi parecer, ninguno puede llamarse orador acabado y perfecto, si no tuviere el conocimiento de todas las artes y ciencias. Pero yo me contento con que no ignore absolutamente aquello de lo que tiene que hablar, ya que no puede saberlo todo; y por otra parte debe ponerse en disposición de poder hablar de todas las causas y asuntos. Y ¿de qué asuntos podrá hablar? -135- De aquéllos en que se hubiere impuesto de antemano. Asimismo aprenderá aquellas artes de que puede ocurrir el hablar; y sólo hablará de las que hubiere aprendido.

Pues qué, ¿no hablará por ventura un albañil de la fábrica de una casa, o un músico de la música mejor que un orador, que no entiende la materia que trata? Sin duda hablará mejor; porque un hombre del campo sin letras hablará mejor en causa propia que un orador, que ignora la naturaleza del pleito. Pero si éste se informa del músico, del albañil y del pleiteante, entonces hablará mejor que ellos. Pero cuando el albañil trate de la fábrica de la casa y el músico de su arte, si necesita probar algo, no será orador, pero hablará como si lo fuera: a la manera que cuando uno que no sabe medicina, ata una herida; el cual seguramente no será médico, pero obrará como tal.

Semejantes cosas ¿por ventura no ocurren en el género demostrativo, en el deliberativo, o en el judicial? Según esto, cuando se trató de la construcción del puerto de Ostia<sup>104</sup>, ningún orador debió dar su parecer, porque era obra de arquitectura. ¿No vemos que trata el orador de si los cardenales y tumores del cuerpo son indicio de

indigestión o de veneno? Pues esto pertenece a la medicina. ¿Y no tratará también de números y medidas, aunque sea esto peculiar de la geometría? Creo que no hay arte alguna de que no se le ofrezca tratar al orador; y si nunca ocurriese nunca será materia suya. Por esto dije y no sin fundamento que la materia de la retórica es todo aquello de que trata, como lo prueba el lenguaje común. Pues cuando nos hemos encargado de un asunto, decimos frecuentemente en el exordio haber propuesto la materia.

No falta quien ha preguntado cuáles son los instrumentos -136- de la retórica. Llamo instrumentos a aquellas cosas sin las que ni puede formarse la materia, ni llevarse la obra a debido efecto; pero de esto no necesita el arte, sino el artífice. Porque la ciencia para ser perfectamente tal, no necesita de instrumentos; pues lo será, aunque no haga ninguna obra. Pero necesita el artífice de ellos, como el grabador el buril, y del pincel el pintor. Y así dejemos esto para cuando se trate del orador.

Libro tercero

## Capítulo I

I. Avisa que el presente libro no contiene materias tan gustosas como las demás que siguen.-II. Trata de los retóricos, tanto griegos como romanos.

I. Supuesto hemos ya tratado de la esencia y fin de la retórica, y hemos hecho ver, según nuestras fuerzas, la utilidad y ventajas de esta arte, señalando por materia suya todo aquello de que puede tratar, hablaremos ahora de su origen, de las partes que la componen, de la invención de las cosas y del modo de tratarlas; lo que estuvieron tan lejos de tratar los autores que escribieron de retórica que Apolodoro sólo se ciñó a las causas judiciales.

No ignoro que los aficionados a la oratoria aguardan que trate de la diversidad de opiniones en esta materia: obra tan dificultosa como desagradable a los lectores, según me temo. Porque ésta es una materia, donde no se trata más que de preceptos y reglas. En los demás libros he procurado mezclar alguna cosa que diese brillo a la obra, y esto no por hacer alarde de mi ingenio (pues para esto hubiera escogido materia de más campo), sino para aficionar más por este medio a los jóvenes al conocimiento de lo que pienso interesarles para su estudio; pues engolosinados, -138- y movidos de lo sabroso de la lección, aprenderían con más gusto aquellas cosas, las que tratadas fría y secamente me temía que fastidiarían sus ánimos y oídos delicados. Razón que movió a Lucrecio a tratar en verso de la filosofía, valiéndose de esta semejanza a todos notoria:

Cual madre cariñosa,

Cuando al infante ajenjos dar intenta,

Si la lombriz dañosa

Le roe el intestino siempre hambrienta,

Para que menos sienta

De la fatal bebida la amargura,

Unta el borde del vaso de dulzura, etc.

(Libro 4, II)

Pero lo que yo me temo es que este libro tenga poco de miel y mucho de ajenjos para el paladar de algunos; aunque será más útil para el estudio que sabroso al paladar.

También me temo, que dé menos gusto, porque la mayor parte de lo que trata, no son cosas inventadas por mí, sino enseñadas ya por otros; y porque contiene opiniones de muchos, que sienten entre sí muy distintamente; puesto caso que muchísimos autores, aunque caminen al mismo fin, siguieron caminos distintos, por donde quisieron llevar a otros. Ellos aprueban el camino que siguieron, cualquiera que sea, y no es fácil en los niños hacerles mudar de rumbo, y desimpresionarlos de las opiniones en que los imbuyeron: porque no hay ninguno que quiera antes olvidar lo que aprendió, que aprender de nuevo. Andan muy encontrados los autores, como manifestaré en el discurso de este libro; primeramente, porque los escritores quisieron añadir algo de suyo a aquellos primeros principios imperfectos y toscos; y después mudar aun lo bueno, porque pareciese que ponían algo de su casa.

II. El primero que, después de aquéllos de que hicieron -139- mención los poetas, trató algo de retórica, fue Empédocles, según dicen. Los más antiguos escritores de sus preceptos fueron Corax y Tisias, sicilianos; a quienes siguió Gorgias Leontino, también siciliano, quien dicen fue discípulo de Empédocles. Éste por beneficio de la larga edad de ciento y nueve años que vivió, floreció con otros muchos; fue émulo de los que arriba nombré y vivió más que Sócrates. Juntamente florecieron Trasímaco de Calcedonia, Pródico de Quíos, Protágoras de Abdera, quien dice que enseñó a Evatlo por diez mil denarios el arte que dio a luz, Hipias de Élida y Alcidas de Eleata, llamado por Platón Palamedes. Antifonte fue el que comenzó a escribir oraciones retóricas, y escribió también un arte: de quien se dice que peroró muy bien en defensa de su persona. Juntase a éstos Polícrates, el que compuso, como dije, una oración contra Sócrates; y Teodoro Bizantino, uno de aquéllos a quienes Platón llama Logodaidalous<sup>105</sup>. Los primeros que comenzaron a tratar de los lugares oratorios, fueron Protágoras, Gorgias, Pródico y Trasímaco. Cicerón en el Bruto dice que antes de Pericles no se compuso ninguna oración retórica y que en nombre suyo andaban algunas composiciones. Mas yo no encuentro cosa que corresponda a la fama de tan grande

orador. Por donde no me admiro digan algunos que no escribió una letra y que esas obras fueron compuestas por otros.

A éstos sucedieron otros, pero el más insigne fue Isócrates, discípulo de Gorgias, aunque no concuerdan en esto los autores; pero yo creo a Aristóteles. Aquí comenzaron en cierto modo diversas sectas. Porque los discípulos de Isócrates se distinguieron en todo género de estudios; pero habiendo éste envejecido (pues llegó a noventa y nueve años), comenzó Aristóteles a enseñar retórica por las tardes, -140- repitiendo frecuentemente aquel verso de Filoctetes<sup>106</sup> de Sófocles:

El que Isócrates hable, y nos callemos,

Cosa es, si bien se mira, vergonzosa<sup>107</sup>.

Uno y otro escribieron su arte, pero Aristóteles lo comprendió en más libros. Floreció en el mismo tiempo Teodectes, de quien hablamos arriba. Teofrasto discípulo de Aristóteles, escribió de retórica con bastante esmero. Y después trataron la materia los filósofos con más cuidado que los retóricos, principalmente los corifeos de los peripatéticos y estoicos. Después Hermágoras tomó distinto rumbo, que siguieron muchísimos; de quien parece que Ateneo fue émulo, y aun le igualó. Escribieron en adelante a la larga Apolonio Molón, Areo, Cecilio y Dionisio de Halicarnaso.

Entre todos se llevó la atención Apolodoro de Pérgamo, que enseñó a Augusto en Eriso; Teodoro Gadareo, que quiso ser tenido por natural de Rodas, de quien aprendió, según dicen, Tiberio César, cuando fue a aquella isla. Éstos siguieron opiniones diversas, de donde dimanaron las sectas de apolodorianos y teodorianos al modo de las de los filósofos. Pero los preceptos de Apolodoro se conocen por sus discípulos, de los que los mejores fueron G. Valgio, -141- que enseñó en latín, y Ático, que enseñó en griego, del cual se conoce ser el arte que escribió y dirigió a Macio; porque en la carta a Domicio no reconoce los demás que le atribuyeron. Mucho más escribió Teodoro, a cuyo discípulo Hermágoras conocieron algunos que hoy viven.

El primero de los romanos, que yo sepa, que sobre esta materia compuso alguna cosa, fue Marco Catón el Censor, después del cual comenzó Marco Antonio. Ésta es la única obra que nos quedó de él y está trunca. Siguiéronse otros, pero de menos nombre, de los que hablaremos cuando ocurra. Pero el principal en dar lustre a la elocuencia, ya con sus preceptos, ya con las oraciones retóricas que compuso, fue Marco Tulio Cicerón, singular maestro en la oratoria; después del cual ninguno debería tener la arrogancia de escribir, a no confesar él mismo que sus libros retóricos los compuso de mozo; y si no hubiera omitido de intento, como dice, en los del orador estas menudencias, que echa de menos la mayor parte de los aficionados. De lo mismo escribió a la larga Cornificio, algunas cosas Estertinio y Galión el padre: pero con más cuidado que todos Celso y Lenas, anteriores a Galión, y en nuestros días Virginio, Plinio y Rutilio. Hay también hoy en día excelentes maestros de retórica; los que si no hubieran omitido nada me hubieran ahorrado el trabajo. Pero no hago mención de los que viven al presente; tiempo

vendrá que los alabe, pues la posteridad los apreciará y no tendrá envidia de su mérito<sup>108</sup>.

No me avergonzaré yo de dar mi voto después de tantos y tan consumados autores. Porque no me he propuesto -142- el seguir supersticiosamente ninguna secta: y quise dejar a cada cual la libertad de seguir lo que más les acomode. Pues yo solamente he cuidado de juntar en uno lo que muchos discurrieron; ya que no hubiere lugar de poner algo de mi cosecha, me contentaré con merecer la alabanza de este trabajo.

-143-

## Capítulo II. Origen de la retórica

El principio del decir se debe a la naturaleza. El arte a la observación.

No me detendré mucho en descubrir el origen de la retórica: porque ¿quién duda que el decir que es el principio de ella, se lo inspiró al hombre la naturaleza? ¿que la que la utilidad fue causa de su estudio y aumento? ¿que el ingenio y ejercicio le dieron su complemento? Ni hallo razón para que digan algunos que el hallarse los hombres en peligro de la vida, hizo que procurasen hablar con más esmero para defenderse. Porque dado que este fue un motivo razonable, mas no es el primero; mucho más cuando la acusación precede a la defensa; a no decir que las espadas fueron inventadas primero por los que se defendieron de los insultos de otros, y no por los que invadieron a los demás.

El principio del decir se debe a la naturaleza y los preceptos a la observación. Porque a la manera que los hombres, observando que unas cosas eran provechosas a la salud, otras no, formaron la medicina; así, viendo que había ciertas expresiones y maneras de decir útiles, y otras al contrario, notaron las útiles y desecharon las demás; añadiendo otras después, que hallaron por su ingenio. Éstas se continuaron con el uso, y cada cual enseñó lo que sabía. Cicerón atribuye el principio de perorar a los fundadores de las ciudades y a sus legisladores, los que es preciso que tuviesen energía en el decir: pero no sé por qué -144- causa señala este origen a la retórica; pues al presente hay naciones, que ni tienen domicilio fijo, ni leyes, y con todo eso los que nacieron de este modo, no sólo tienen sus embajadores, sino acusadores y abogados, y finalmente disciernen quién aventaja a otro en explicar sus pensamientos.

-145-

## Capítulo III. Cinco son las partes de la retórica

Toda la oratoria, como dicen muchísimos de los autores más insignes, se reduce a cinco partes: invención, disposición, elocución, memoria y pronunciación, o ademán, pues tiene estos dos nombres. Todo discurso que explica lo que sentimos, consta por necesidad de dos cosas, de materia y palabras. Y si es breve y reducido a una sola oración, no necesita de más; pero cuando el razonamiento es largo, ha de tener mucho más, pues no solamente importa saber expresar los pensamientos y el modo de proponerlos, sino las circunstancias del lugar. Así es que necesitamos de la disposición. Pero no podemos decir cuanto pide el asunto, ni a su tiempo, sino ayudados de la memoria. Por lo que ésta constituye la cuarta parte. Y como todo esto lo echa a perder una pronunciación desarreglada por la voz y por el ademán, se sigue que ella debe entrar en quinto lugar.

-146-

#### Capítulo IV. Tres son los géneros de causas

Dudan algunos si son tres o más los géneros de causas. Casi todos los antiguos de mayor nombre, siguiendo a Aristóteles, se contentaron con esta división, sin más diferencia que llamar conminatorio al deliberativo. Yo tengo por más seguro (porque así lo dicta la razón) el seguir a los más. El género que abraza la alabanza o vituperio de alguna cosa, es uno mismo; aunque por la parte que alaba, le llaman laudativo y otros demostrativo. El segundo es el deliberativo, y el tercero el judicial. Los demás géneros se reducen a los dichos, y entre ellos no hay alguno por el que no alabemos o vituperemos, aconsejemos o disuadamos, abracemos o desechemos alguna cosa.

Ni sigo a los que dicen que lo honesto<sup>109</sup> es materia del laudativo, lo útil del deliberativo, y del judicial las cuestiones sobre lo justo; haciendo una división más pronta y redonda que verdadera: pues todos los géneros mutuamente se ayudan los unos a los otros. Porque en las alabanzas se trata también de la justicia y utilidad; en las deliberaciones de lo honesto; y por maravilla hallaremos alguna causa judicial en la que, o en parte o en todo, no tenga lugar lo que arriba dijimos.

-147-

#### Capítulo V

I. Tres son los oficios del orador.-II. Las cuestiones son finitas o infinitas.

I. Consta toda oración de dos cosas: unas que son significadas, otras que significan; esto es, de pensamientos y de palabras. La perfección de la oratoria depende de la naturaleza, arte y ejercicio. Añaden algunos la imitación, pero nosotros la reducimos al arte. Tres cosas debe hacer el orador: enseñar, dar gusto y mover: aunque no todas tres se verifican en todas las materias que trata. Hay asuntos en que los afectos no tienen lugar: pero así como éstos no siempre tienen entrada, así donde tengan cabida, son el todo en la oratoria.

II. Las cuestiones<sup>110</sup>, o son infinitas o finitas, en lo que todos convienen. Infinitas son las que no se ciñen a ninguna circunstancia de lugar, tiempo o persona; lo que llaman los griegos thesis, y Cicerón pregunta particular. Finitas son aquéllas donde interviene alguna de las circunstancias dichas, llamadas en griego hypothesis, y en latín causas. En todas ellas parece se trata determinadamente de cosas o de personas. La infinita siempre se extiende a más, y la finita a cosas menos universales. Por ejemplo, infinita será esta cuestión: si el hombre debe casarse; y será infinita, cuando se duda: si conviene que Catón se case.

-148-

En toda cuestión finita va incluida la general, como que es primera. Lo que no sé determinar es si será general también cualquier cualidad de las que entran en la cuestión particular. Milón (por ejemplo) mató a Clodio; y le mató justamente, porque conspiraba contra él. No diremos que aquí tácitamente se duda ¿si es lícito matar al agresor?

¿Qué más? Aunque en las causas que miran a una persona, no basta el tratar la cosa en común, es cierto que no podemos llegar a la cuestión particular, sino ventilando primero la general. Porque ¿cómo Catón deliberará si le conviene tomar mujer, a no saber primero que el hombre debe casarse? Y ¿cómo se formará la cuestión de si debe casarse con Marcia, si primero no se da por sentado que Catón debe tomar mujer?

-149-

## Capítulo VI. De tres maneras es el estado de la causa

Estado de la causa llamamos aquello que principalmente intenta el orador, y de lo que, como punto cardinal, el juez debe informarse; pues en esto consiste la causa.

Muchísimos sientan tres estados de causa general, de conjetura, de definición y de cualidad. De éstos se vale Cicerón en su Orador, y dice que a ellos se reduce todo cuanto se pone en cuestión, verbigracia: Si existe la cosa, qué es la cosa y cómo es la cosa<sup>11</sup>.

Yo confieso ser ahora de opinión algo diferente de la que antes seguía. Y quizá era lo más seguro en uno que busca gloria el mantener aquella opinión en que había estado muchos años, y que yo tenía por la mejor. Pero no me parece cordura seguir mi propio juicio lisonjeando mi opinión, y más en una materia en que se interesa el aprovechamiento de la juventud. Pues me parece que aquel célebre médico<sup>12</sup> Hipócrates obró con mucha hidalguía, -150- cuando, para que otros no errasen, él mismo confesó haber cometido algunos errores. Aun el mismo Cicerón no tuvo reparo en escribir algunos libros para corregir otros que antes había publicado, condenando él mismo sus errores. Tales son el Catulo<sup>13</sup> y el Lúculo, y aun aquellos mismos de que acabo de hablar, que tratan de retórica. Pues en vano era afanarnos en estudiar si no pudiéramos adelantar nada sobre nuestros primeros conocimientos. Ni tampoco fue ocioso nada de lo que entonces enseñé, pues cuanto ahora dijere en la materia será en sustancia repetir lo que entonces dije. De este modo a nadie le pese el haberlo aprendido. Sólo pretendo recoger y coordinar con más claridad aquello mismo. Y quiero que todos entiendan para satisfacción suya, que al punto que he conocido mi error he procurado manifestarlo a los demás enseñando la verdad, de que yo mismo estoy persuadido.

Hemos de estar, pues, al dicho de aquéllos a quienes siguió Cicerón, diciendo que a tres cosas tan solas se reduce cuanto entra en disputa: si es la cosa, qué es y cómo es, lo que aun la misma naturaleza nos enseña. Pues ante todo debe haber sujeto en la cuestión; porque no podemos ver lo que es, ni cómo es, si primero no existe. Y así ésta es la primera cuestión. Mas supuesto que no sabemos lo que es la cosa, aunque estemos ciertos de su existencia, por tanto todavía resta el indagar sus cualidades; pero apurada esta cuestión, ya no queda más que averiguar.

Sigamos ahora el orden que hemos sentado de los tres géneros de causas.

-151-

## Capítulo VII. Del género demostrativo

I. Entre los latinos pertenecen a este género los negocios.-II. Alabanza de los dioses.-III. Alabanza y vituperio de los Hombres. Importa mucho para las alabanzas considerar el lugar donde se alaba.-IV. Alabanzas de regiones y ciudades.

I. Daré principio por el género que consiste en alabar y vituperar. El cual parece que Aristóteles excluyó de aquel género que los griegos llaman de negocios, sino que todo lo redujo a recrear a los oyentes, cuya opinión siguió Teofrasto. Este género ciertamente toma su nombre de la ostentación y pompa<sup>14</sup>; pero, según la costumbre de los romanos, tiene también lugar en los negocios; porque las oraciones fúnebres dependen ordinariamente de los cargos que alguno tuvo en la república, y el senado es el que los confiere a los magistrados. Alabar o vituperar a un testigo va a decir no poco para los asuntos forenses, y aun es permitido señalar a los reos sus panegiristas. Por otra parte, los libros publicados contra los competidores -152- en las pretensiones, verbigracia: contra Lucio Pisón, Clodio y Curión, contienen el vituperio de ellos, y en el senado se

tuvieron como sentencias. No niego que hay oraciones en este género que no tienen otro fin que la pompa, cuales son las alabanzas de los dioses y héroes de la antigüedad.

Pero así como en los discursos sobre negocios de importancia la alabanza requiere sus pruebas, así las que sólo sirven para hacer alarde del ingenio tienen a veces alguna manera de confirmación. Así el que quiera tratar de que Rómulo fue hijo de Marte y criado por una loba, alegará en prueba de que su nacimiento fue celestial que, echado en un río, no murió, y que en todo cuanto hizo acreditó ser hijo del dios que preside las guerras; y, por último, que los hombres de su tiempo no tuvieron la menor duda de que fue admitido en el cielo. Algunas de estas alabanzas hay donde entra algún género de defensa si el orador, tratando de Hércules, le excusa de haber trocado de traje con la reina de la Lidia, y de haberse puesto como una mujer a hilar, como cuenta la fábula.

Pero es propio de las alabanzas el adornar y amplificar, cuya materia son los dioses y héroes, aunque también los irracionales e insensibles.

II. En los dioses, generalmente hablando, veneraremos la majestad de su naturaleza y su virtud propia de cada uno, por la que inventaron cosas útiles al género humano. En Júpiter la virtud con que gobierna el mundo, en Marte el poder en la guerra, en Neptuno el imperio del mar. La invención de las artes en Minerva, de las letras en Mercurio, de la medicina en Apolo, de cultivar las mieses en Ceres y del vino en Baco<sup>115</sup>: trayendo también a la memoria -153- las acciones ilustres que de ellos cuenta la antigüedad. Añaden honra a los dioses los padres, de que tuvieron principio, como ser uno hijo de Júpiter. La antigüedad, como el haber tenido principio del caos. Los hijos, como Diana y Apolo, que fueron hijos de Latona. En algunos debe alabarse el haber nacido inmortales, en otros el haber conseguido la inmortalidad a fuerza de brazo, como la consiguió la piedad de nuestro príncipe, honra del siglo presente<sup>116</sup>.

-154-

III. Mucho más varias son las alabanzas de los hombres, porque se dividen en los tiempos que les precedieron y en los que vivieron. En los que murieron, atendemos al tiempo que siguió a su muerte. Antes de la existencia del hombre consideraremos su patria, padres y antepasados, y esto de dos maneras. Porque o manifestaremos que correspondieron a la nobleza heredada o que, habiendo nacido en las malvas, se la ganaron por sus puños. Al tiempo antes de su existencia pertenecen los pronósticos<sup>117</sup> y oráculos que anunciaron su fama venidera. Así dijeron éstos que el hijo de Tetis sería mayor que su padre.

Al hombre se le debe alabar por los bienes del alma, del cuerpo y por los que están fuera de él. Los corporales y de fortuna son de menos monta<sup>118</sup>, y no se han de alabar de una misma manera. La hermosura y fuerzas corporales las alabamos también, como hace Homero con Agamenón y Aquiles. Y sucede a veces que las pocas fuerzas corporales contribuyen no poco a la admiración; como cuando el mismo pinta pequeño de cuerpo a Tideo, -155- pero guerrero. Los bienes de fortuna unas veces dan lustre a las personas, como si son reyes o príncipes (materia la más abundante para manifestar la virtud); otras, cuanto menos hubo de estos socorros, tanto mayor gloria reciben las obras de beneficencia. Pero es de advertir que los bienes de fortuna, que da a los hombres la casualidad, no acarrear gloria a éstos, sino el buen uso de ellos; pues como las riquezas, valor y valimiento ayudan para lo bueno y lo malo, su uso es la regla más segura del mérito o demérito del sujeto, siendo cierto que por este uso somos mejores o peores.

Los bienes del alma siempre son laudables, aunque esta alabanza no se forma de un mismo modo<sup>119</sup>. Ocasiones hay en que es mejor seguir las edades del hombre y el orden de sus hechos, de forma que en la primera alabemos la buena índole, después la enseñanza y educación, y luego la serie de acciones y palabras. Otras dividir el panegírico en varias virtudes, fortaleza, justicia, templanza y las demás,

comprobándolas con hechos particulares. Cuál de estos dos métodos sea mejor, la materia del panegírico lo ha de decir, sabiendo que aquello da más gusto al auditorio que uno hizo solo o primero que otros o con pocos, y más si es cosa que no se esperaba, -156- principalmente cuando esto se hizo más por el interés ajeno que por el propio.

No siempre ocurre el tratar del tiempo que sigue a la muerte del hombre, no solamente porque a veces los panegíricos son de los que aún viven, sino porque rara vez hay honores divinos y decretos del senado sobre erección de estatuas que poder contar. Aquí se reducen los monumentos del ingenio que merecieron aprobación por muchos siglos. Pues a algunos más honor y justicia hizo la posteridad que los de su tiempo, como a Menandro.

Los hijos buenos contribuyen a la alabanza de los padres, las ciudades a la de sus fundadores y legisladores, las artes a la de sus inventores, y cualquier establecimiento a la de su autor, como escriben que Numa Pompilio instituyó el culto de los dioses<sup>120</sup>, y que Publícola fue el primero que comenzó a rendir las insignias consulares al pueblo.

Para vituperar se observará el mismo orden, pero por la parte contraria. Porque el bajo linaje a muchos les sirvió para infamarlos; a otros su claro nacimiento les hizo más visibles por sus vicios y más odiosos; y a veces fue causa de la ruina de algunos, como dicen de París. A unos acarrearón desprecio los defectos corporales y la fealdad, como a Tersites; cuando a otros les hicieron odiosos las prendas del cuerpo afeadas con los vicios; así los poetas nos pintan afeminado a Nireo, y a Plistenes deshonesto. Los vicios del ánimo son tantos como las dotes, y se alaban o vituperan así como los del cuerpo. Algunos hombres fueron deshonorados después de la muerte, como Melio, cuya casa fue arrasada, y como Marco Manlio, cuyo apellido se borró para siempre de toda su familia. Los -157- padres de los malos son odiosos. También resulta infamia a los fundadores de las ciudades de haberlo sido de alguna nación perniciosa a las demás, como sucede con el primer autor de la superstición judaica<sup>121</sup>, y con los Gracos, cuyas leyes son odiosas. Pero en los que viven al presente es argumento de sus costumbres el juicio de los demás hombres, y el honor o ignominia es el fundamento para alabarlos o vituperarlos.

Importa mucho, dice Aristóteles, el lugar donde uno es alabado o vituperado<sup>122</sup>, pues va a decir muchísimo saber las costumbres y modo de pensar del auditorio para persuadirlos que el sujeto a quien alabamos tuvo lo mismo que aprueba, o que estuvo muy distante de lo mismo que aborrece. Y así no se les hará cosa dura el juicio que ya ellos tenían antes de oír al orador. Por lo cual siempre se ha de mezclar alguna alabanza de los oyentes, porque esto los hace benévolos; y así, permitiéndolo la materia de que se trata, no se ha de omitir. Caminemos en el supuesto de que en Lacedemonia merecerán menos aprecio las letras que en Atenas, aunque mucho más el -158- sufrimiento y valor. Pueblos hay donde se vive de lo que roban, otros donde se guardan las leyes. Tratar de frugalidad entre los sibaritas no sería bien admitido, cuando entre los primeros romanos el lujo era pecado capital. La misma diferencia hay en todo lo demás. El juez que oye lo que frisa con su modo de pensar, nunca es contrario.

Enseña el mismo Aristóteles (en lo que se propasó después Cornelio Celso) que, habiendo entre las virtudes y vicios cierta semejanza, que los equivoca, el orador debe valerse de esta equívoca inteligencia de las voces, de modo que llame esforzado al temerario, manirroto al pródigo, frugal al avariento; pero este argumento también puede volverse al revés. De esto nunca se valdrá el buen orador sino cuando le mueva a ello el bien común.

IV. Las ciudades son también materia de alabanza, como las personas, porque a los fundadores se les reconoce por padres, a los cuales la antigüedad les concilia honor, como a aquellos que se dice haber nacido de la tierra<sup>123</sup>. En las hazañas hay sus virtudes y vicios; consideración que conviene a todas las ciudades. Contribuye a la

alabanza particular de los pueblos la situación y murallas, que los hacen fuertes; los ciudadanos, que les dan tanto lustre como los hijos a sus padres. También se alaban los edificios, en los que se atiende al decoro, utilidad, hermosura y al artífice. Al decoro, como en los templos; a la utilidad, como si son murallas; y en todos ellos a la hermosura y artífice. También alabamos a los lugares, como Cicerón alaba a Sicilia; en los que atendemos también a la hermosura y utilidad. A la hermosura, como si son llanos, costas de mar y amenos; y a la utilidad, si son saludables y abundantes en frutos. Los dichos y hechos -159- buenos también se alaban en común; y, por último, cualquier cosa. Hay algunas oraciones en alabanza del sueño y de la muerte; y algunos médicos alabaron ciertas comidas<sup>124</sup>. Y así como no convengo en que sólo se atienda a lo honesto en el género laudativo, así creo que en lo que más se versa es en la cualidad. Bien es verdad que pueden entrar los tres estados que dijimos, como notó Cicerón en la invectiva de César contra Catón. Considerado todo él, tiene algo de semejante a los discursos del deliberativo, pues por lo común lo mismo que en éste aconsejamos alabamos en el primero.

-160-

#### Capítulo VIII. Del género deliberativo

I. Este género no atiende precisamente a lo útil.-II. Del exordio y narración propia de este género.-III. Tres cosas deben atenderse en el aconsejar: 1.<sup>a</sup>, la cosa de que se delibera. Sus partes son tres: lo honesto, lo útil y lo posible: lo necesario no tiene cabida; 2.<sup>a</sup>, las personas que deliberan. Dícese el modo de aconsejar lo bueno a los malos, y a los buenos lo que tiene visos de malo; 3.<sup>a</sup>, quién es el que aconseja.-IV. De las prosopopeyas, o declamaciones del género deliberativo.-V. Del estilo en este género.

I. Me admiro de que algunos pretendan que el deliberativo sólo tiene por fin la utilidad. Si en esto hubiera de seguirse una sola cosa, abrazaría mejor el dictamen de Cicerón, que le hace consistir en la bondad; pues aun los que siguen la primera opinión, creo que (si quieren acertar) no tendrán por útil sino lo bueno. Razón la más segura si suponemos que se habla en presencia de hombres buenos y sabios. Pero entre los ignorantes, que es donde ocurre más veces el hablar, y principalmente delante del pueblo, que por la mayor parte se compone de gente sin letras, es menester hacer diferencia y hablar según las ideas comunes. Porque hay muchos que no porque una cosa sea buena, la tienen por bastante útil; y a veces aprueban, movidos de una aparente utilidad, lo que tienen por malo positivamente, como la alianza numantina y las horcas caudinas<sup>125</sup>.

-161-

II. El género deliberativo, que llaman suasorio, se reduce a persuadir o disuadir alguna cosa. No necesita de exordio como el judicial, pues quien persuade ya se supone tiene ganada la voluntad de aquél a quien aconseja: bien que la oración debe tener su entrada semejante al exordio, porque no debe comenzar repentinamente, ni por donde se le antoje al orador, habiendo naturalmente en todos los asuntos unas cosas que anteceden a otras.

En el senado, y cuando se habla al pueblo, se ha de cuidar ganarse la benevolencia de los oyentes como si fuera delante de los jueces. Ni esto es cosa extraña, puesto caso que se hace lo mismo en los panegíricos, que no tienen más utilidad que el alabar a un sujeto. Aristóteles juzga, y no sin razón, que el exordio de semejantes oraciones debe tomarse por lo común de la persona del orador y de los contrarios, valiéndonos en esta parte de las reglas de las causas judiciales y a veces para exagerar o disminuir la

importancia de la cosa. En los exordios del demostrativo da más ensanche y libertad, pudiéndose tomar ya de cosa muy remota de la materia, como Isócrates en la alabanza de Helena, ya de lo que tenga con ella algún parentesco, como él mismo lo hizo en el panegírico, cuando se queja de que se aprecian más las prendas del cuerpo que las del alma; y Gorgias en el olímpico, cuando alaba a los primeros inventores de semejantes juntas. Siguiendo a los cuales Salustio comenzó sus historias de la guerra catilinaria y jugurtina por una idea muy distinta de semejante asunto. Pero volvamos a las oraciones del deliberativo, en las que pondremos un exordio y entrada pequeña, que sirva como de cabeza y principio.

-162-

Y supuesto que la deliberación sea de cosa particular, en que suponemos instruidos a los oyentes, es superflua la narración, aunque podrán contarse algunas otras que digan relación con ella. Es necesaria en los razonamientos al pueblo, siempre que contribuye a poner en claro la serie del asunto, y deberá ir muy acompañada de afectos. Muchas veces habrá que excitar, o calmar la indignación, mover el miedo, deseo, odio, y aplacar el encono. Algunas veces, convendrá mover la compasión, como cuando se trate de socorrer a los sitiados, o de sentir la destrucción de alguna ciudad amiga.

En las oraciones deliberativas vale mucho la autoridad, porque el que quiera que defieran a su dicho en lo útil y bueno, es preciso sea tenido por muy sensato y de conocida bondad. Porque en los asuntos judiciales se permite y concede algo a la pasión, pero en los consejos ninguno niega que éstos deben ser arreglados a las buenas costumbres.

Muchos de los griegos pensaron que todo este género tiene uso únicamente en las juntas del pueblo y en el gobierno de la república; y aun Cicerón de esto sólo trata por lo común. Por tanto, dice que los que traten de la paz, de la guerra, de las tropas, riquezas y tributos, tengan sobre todo presentes dos cosas, que son las fuerzas y las costumbres de una ciudad; para que todas las razones para persuadir vayan fundadas en la naturaleza de estas mismas cosas y de los oyentes. Pero yo admito más variedad de asuntos, pues el género deliberativo abraza mucho más.

III. Por tanto, para persuadir o disuadir deben tenerse presente tres cosas. La cosa de que se delibera. Quiénes deliberan. Quién es el que persuade la tal cosa.

1.º Lo que se delibera, o es ciertamente posible, o no. Si es dudosa su posibilidad, ésta será la cuestión única o la principal. Porque ocurrirá muchas veces el tratar que -163- no debe hacerse, aunque sea posible; y después que es impracticable. Semejantes asuntos se llaman de conjetura, verbigracia: si un istmo se puede cortar, agotar la laguna Pontina, fabricar el puerto de Ostia, si Alejandro podrá descubrir tierras más allá del Océano. Aun en las cosas que son posibles, cabe a veces la conjetura; verbigracia: si llegará a suceder que los romanos venzan a los cartagineses, si Aníbal dejará la Italia, conduciendo su ejército Escipión contra Cartago; si los samnitas guardarán fidelidad, caso que los romanos dejen las armas. Algunas otras cosas hay que es creíble que puedan suceder, y que sucederán, pero en otras circunstancias.

Cuando no haya lugar de conjetura, considérense otras cosas. Primeramente, o se deliberará por causa de la misma cosa que se ventila, o por otras exteriores que intervienen. Atendida la misma cosa, verbigracia: deliberan los senadores, si se les ha de dar el prest a los soldados. Esta cuestión será simple. A esto se juntan las causas que hay, o para hacer la cosa, como cuando deliberan los padres si han de ser entregados los Fabios a la Francia, que amenaza con guerra, o para omitirla, como cuando el César delibera si ha de llevar adelante su pensamiento de ir a la Alemania, en vista de que los soldados hacen testamento todos los días. Estas causas suasorias son de dos modos, pues en la primera el principal motivo de dudar es el estar amenazando con guerra los

franceses, y además puede dudarse si debían ser entregados los Fabios aunque no amenazase ningún peligro, porque enviados por embajadores hicieron hostilidades y degollaron al rey a quien iban, contra el derecho de gentes. En el otro caso no tiene el César más motivo de dudar que la perturbación de la tropa, aunque se podría dudar también si debía hacer semejante expedición fuera de este caso. Pero siempre conviene tratar primeramente del primer motivo de la consulta y duda.

Algunos juzgan que el fin del género deliberativo es -164- lo honesto, útil y necesario, yo no hallo motivo para poner lo último, pues por más que nos resistamos, hay algunas cosas que tenemos que pasar por ellas, sin quedarnos libertad de hacer lo contrario, y el deliberativo trata de si se ha de hacer una cosa. Y si llaman necesario a lo que el hombre abraza por el miedo de otro mayor mal, entonces la cuestión ya es de la utilidad. Porque así como (tratándose de entregarse al enemigo una ciudad cercada, que no puede resistir y está falta de víveres) dicen ser forzosa la entrega o morir sin remedio, así se infiere de esto mismo que no es cosa forzosa el rendirse, porque podemos morir honrosamente. Por último, tenemos el ejemplo de los saguntinos, y el de los de Oderzo<sup>126</sup>, que sitiados en una nave no se entregaron. Luego en causas semejantes o se delibera sobre lo útil, o la duda estará entre lo útil y honesto. Pero dirán: si el hombre quiere tener sucesión, forzosamente ha de tomar mujer. ¿Quién duda? Conque no dudando el que quiere tener hijos que debe casarse, me parece que ni aun es materia de consulta aquélla en la que nos consta no puede pasarse por otro medio, porque toda consulta es sobre cosa dudosa. Más conformes van a razón los que admitieron por fin tercero lo que los griegos llaman dinatón y nosotros posible, interpretación que parecerá dura, pero no hay otra.

No necesito demostrar, por ser cosa clara, que no siempre entran todos estos fines en las causas del género deliberativo. Algunos ponen más fines, subdividiéndolos en nuevas especies inútiles. Porque lo lícito, lo justo, lo piadoso, lo equitativo, lo humano (que así interpretan la voz emerón) y otro que aún pudiéramos juntar, se reducen a -165- lo honesto. Si la cosa es grande, fácil, gustosa y libre de peligro, pertenece a la cuestión de utilidad: pues estos lugares nacen de la contradicción; esto es, la cosa es útil, pero difícil, pequeña, de poca importancia, desagradable, peligrosa.

Con todo, piensan algunos que algunas veces se delibera de cosas de mero gusto, como de construir un teatro, de celebrar los juegos. Pero a ninguno le tengo por tan entregado al lujo, que no atiende en las consultas sino al deleite. Siempre ha de intervenir forzosamente alguna otra mira: en los juegos el honrar a los dioses; en el construir el teatro el desahogo útil de las fatigas, o el atajar por este medio los alborotos de la plebe. No obstante, podemos hacer entrar aquí la religión, llamando al teatro como un templo, donde se celebra aquella sagrada solemnidad.

Muchas veces decimos que debemos despreciar la utilidad por atender a lo honesto; como cuando aconsejamos a los de Oderzo que mueran antes que rendirse al enemigo. También se prefiere la utilidad a lo honesto, como persuadir que se armen los esclavos en la guerra cartaginesa; aunque no podemos decir abiertamente que esto en sí es cosa mala. Porque puede decirse que todos nacieron libres, que constan de los mismos principios, y aún quizá de linaje antiguo y noble. Y donde amenaza un riesgo evidente, como a los de Oderzo, conviene oponer otros: verbigracia: persuadirles que, si se entregaban al enemigo, quizá padecerían muerte más cruel, o que el César saldría con la victoria, lo que era más verosímil.

Estas dificultades, que chocan entre sí, por lo común se eluden con jugar los términos. Pues aun la misma utilidad es combatida de los que dicen que no sólo es mejor lo honesto que lo útil, pero que no se concibe ser útil no siendo honesto. Al contrario, lo que llamamos nosotros honesto, lo llaman ellos cosa vana, ambiciosa, necia, y buena más en el nombre que en la realidad. Ni solamente comparamos las cosas útiles con las

inútiles, sino estas cosas -166- entre sí; como si de dos cosas útiles escogemos la que es más, y de dos inútiles la menos mala. Pasa aún más adelante. Porque a veces se nos presentan tres extremos, como cuando Pompeyo consultaba si se acogería a los partos, al África o a Egipto. Y así no sólo se averigua si una cosa es mejor que otra, sino cuál es la mejor; o al revés<sup>127</sup>.

Pero nunca ocurrirá deliberar sobre una cosa que nos sea provechosa. Porque donde no hay contradicción ¿qué motivo hay de consultar? Así es que semejantes oraciones suasorias no son más que una comparación. También se ha de considerar la ventaja que hemos de conseguir y por qué medio, para que podamos decidir dónde es la ventaja mayor; o si son mayores los inconvenientes por el medio que lo pretendemos. Hay cuestiones de la utilidad, y del tiempo; verbigracia: conviene la cosa, mas no al presente. Del lugar. No aquí. De la persona. No para nosotros; no contra éstos. En la manera de obrar. No por este camino. Y últimamente, en el modo. No en tanto grado.

2.º Pero muchas veces consideramos la persona que persuade lo bueno, y a quién. Por donde, aunque sirven de mucho los ejemplos en semejantes causas, porque el hombre se mueve muy fácilmente por la experiencia para abrazar alguna cosa, importa mucho el saber la autoridad de quien nos lo aconseja y a quiénes aconsejamos. Porque es diversa la disposición de los ánimos, y de dos especies los que deliberan. Porque o son muchos, o es uno solo; y en uno y otro cabe mucha diferencia. Si son muchos, va a decir no poco el saber si es el senado o el pueblo; si son romanos o de Fidenas; griegos o bárbaros. Si es uno solo, importa el conocer si persuadimos la pretensión de los honores a Catón, o a Mario. Si delibera sobre la guerra, y modo de hacerla Escipión primero que -167- Fabio. Por tanto, debemos atender al sexo, a la edad y dignidad de la persona.

Y no es la menor diferencia la de las costumbres; porque persuadir a los buenos lo honesto es muy fácil; pero si lo persuadimos a los malos, debe cuidarse no parezca les damos en cara con el vicio. Al que delibera no le hemos de mover con la naturaleza de lo bueno, que él no tiene por tal, sino con la alabanza, con las opiniones del vulgo; y cuando no baste esta razón vana, con el bien que de la cosa dimana o, lo que es mejor, con el temor del mal que de no hacerla resulta. Porque además de que estas razones hacen mucha mella en gente inconstante, no sé si a la mayor parte de los hombres naturalmente les mueve más el miedo del mal<sup>128</sup> que la esperanza del bien; así como los tales conocen más fácilmente lo malo que lo bueno.

Algunas veces se persuaden también a los buenos cosas poco honestas y aconsejamos a los que no son muy buenos, atendiendo en esto únicamente al interés de los que consultan. Bien sé que el que esto lea podrá decir: ¿Conque esto me mandas, y tienes esto por lícito? Podía disculparme con lo que escribe Cicerón a Bruto, hablando de muchas cosas que se le podían proponer a César como buenas. ¿Sería, dice, hombre de bien, si yo aconsejara semejantes cosas? No; porque el fin del que aconseja es la utilidad del que pide consejo. Pero son cosas buenas, me dirás. ¿Quién te lo niega? Pero no siempre se debe aconsejar lo bueno. Pero como esto pertenece a otra cuestión más elevada, y no tan sólo a las suasorias, lo hemos reservado para el libro duodécimo, que será el último. Ni yo pretendo que se aconseje -168- cosa mala, pero algunos piensan que esto conviene a veces para el ejercicio de la escuela; puesto que es necesario conocer lo malo para hacer mejor lo bueno.

Pero el que aconseje semejantes cosas no buenas en sí, tenga presente que no aconsejan como tales; como algunos declamadores que persuadían a Sexto Pompeyo se echase a pirata, sólo porque era cosa mala y cruel. Se les ha de dar un buen aspecto aun cuando las aconsejemos a los malos; porque no hay hombre tan malvado que quiera parecerlo. A este modo Catilina en Salustio hace ver a los suyos que no emprendía

como cosa mala en sí la conjuración, sino que le habían movido a ello sentimientos muy justos. Así Vario hace decir a Atreo:

Injusticias cometo

Atroces, sí; pero ya primero

Contra mí las cometen sin respeto.

¿Y cuánto más deberán paliar el mal con color de algún bien los que quieren mirar por su reputación? De este modo si aconsejamos a Cicerón que se baje a pedir perdón a Antonio, o que queme las oraciones que contra él dijo, porque con sola esta condición le perdona la vida, será ocioso que le digamos que ésta es apetecible (pues si esto le ha de mover no es necesario, que nosotros se lo proponamos), sino le exhortaremos a que se conserve para bien de la república; porque ésta es la única razón que le quite la vergüenza de humillarse a Antonio. Y si aconsejamos al César que se alce con el reino, alegaremos que la república no puede conservarse ya sino con una sola cabeza. Porque el que delibera sobre una cosa mala, pretende hacerla por el medio menos malo.

3.º Contribuye también mucho la calidad de quien persuade; porque la vida pasada, si ha sido buena, el linaje, -169- la edad, y el estado hace esperar cosas grandes. Pero cuídese que las palabras no desdigan de la persona. Lo contrario pide un tono y estilo más humilde<sup>129</sup>. Porque lo que en unos es libertad, en otros se llama licencia. Algunos hay en quienes habla la autoridad; otros, aun con la razón, apenas logran persuadir.

IV. Por este motivo tengo por muy dificultosas las prosopopeyas; pues al trabajo que pide la persuasión se junta la dificultad de conservar el carácter de la persona<sup>130</sup>, pues no aconseja de la misma manera César que Catón y que Cicerón. Este ejercicio es muy útil, ya por el nuevo trabajo que pide, ya porque aprovecha para la poesía y para escribir historias; aunque es necesario a los oradores, porque los griegos y latinos escribieron muchas oraciones para que otros las dijese, acomodándolas a su condición.

¿Guardaba Cicerón el mismo estilo cuando<sup>131</sup> componía alguna oración a Pompeyo, que cuando a Apio, o a los demás? ¿No conservaba su naturaleza, su dignidad, su -170- condición, sus hazañas, y aun todos los demás caracteres, dándoles alma con la voz, ya para que hablasen mejor, ya para que se conociese que lo que decían era suyo? No es menos viciosa la oración que desdice de la persona que habla, que la que no conviene con el asunto que tratamos. Y así parece que Lisias conservó admirablemente el carácter de la naturaleza en las oraciones que compuso para gente rústica.

Lo cierto es que los declamadores deben guardar sobre todo el carácter de las personas; pues son pocas las oraciones que dicen como abogados, y por lo común<sup>132</sup> hablan en boca de un hijo, de un padre, de un rico, de un viejo mal acondicionado o indulgente, de un avaro; y por último hacen el papel de un supersticioso, de un cobarde,

de un bufón. De forma que apenas hablan en una comedia más papeles que los que ellos hacen. Semejantes declamaciones son, al parecer, otras tantas prosopopeyas; las que yo he juntado con las suasorias, porque en nada se distinguen de ellas, sino en las personas.

V. La mayor parte de los declamadores no erraron solamente en dar a las causas del género deliberativo un estilo diverso, y enteramente contrario al judicial arrebatado, y un aliño (como ellos quieren) de expresiones redundantes; juzgando también que semejantes razonamientos deben ser más cortos que en materias judiciales.

Yo así como no encuentro motivo de exordios y preámbulos largos en el deliberativo, como arriba dije, así tampoco lo encuentro para comenzar de relámpago e implorar - 171- a voces el favor de los caballeros romanos un hombre de sano juicio en una consulta en que le piden su dictamen, sino que procurará lograr el asenso del que delibera con una entrada comedida, afable y cortés.

Y ¿por qué el estilo de semejantes oraciones ha de ser precipitado e igualmente impetuoso, cuando las consultas requieren más miramiento, sosiego y moderación? No niego que muchas veces también en el judicial calma el ímpetu de decir en el exordio, narración y confirmación; el cual quitado, tenemos el estilo que cuadra al género deliberativo. Aunque aquí ha de ser más igual, no arrebatado ni turbulento.

Los que hablan en el género deliberativo no han de afectar con mucho cuidado la magnificencia del estilo; porque ésta depende de la materia. Pues a los que fingen las personas, les agrada más por lo común las de reyes, príncipes, pueblos y senados y los asuntos rumbones; porque, debiendo corresponder el estilo a la materia, se lucen más cuando ésta es brillante. De otro modo sucede en las verdaderas consultas. Por tanto, quiere Teofrasto que el estilo en el deliberativo esté muy distante de toda afectación, siguiendo la autoridad de su maestro, aunque a veces no teme apartarse de él. Porque Aristóteles tenía al demostrativo por el más acomodado para escribir, y después al judicial, por consistir el primero en la pompa y ostentación, y necesitar el segundo de mucha arte, aun para engañar, cuando lo pide la necesidad; consistiendo el deliberativo en la buena fe y prudencia. En lo que dice del demostrativo, convengo con él; pues lo mismo dicen otros escritores. Pero tocante a los otros dos, digo que el estilo debe conformarse con la materia; porque hallo que en las filípicas de Demóstenes brilla el mismo estilo que en las oraciones del judicial. Y en las oraciones en que Cicerón manifiesta su parecer al senado, no resplandece menos la elocuencia que en aquéllas en que acusa o defiende: -172- y lo mismo observa en los discursos que hizo al pueblo. El mismo Cicerón, hablando de las suasorias, dice: Toda la oración sea sencilla, grave y tenga más adorno de pensamientos que de palabras. En ninguna otra tienen más cabida los ejemplos; en lo que todos convienen; porque parece que lo por venir debe corresponder a lo que pasó, y que la experiencia es un testimonio de la razón.

La concisión o afluencia de estilo no depende de la especie de causa, sino del modo de tratarla. Porque así como en las deliberaciones la cuestión por lo común es más sencilla por el estilo, así en el género judicial es éste más conciso.

Todo lo cual entenderá ser cierto aquél que en lugar de envejecerse en los preceptos de los retóricos, leyere no solamente las oraciones sino las historias, en las que tienen cabida semejantes discursos para aconsejar y disuadir. Hallará, pues, que el principio no es arrebatado, cuando se aconseja; que cuando se acrimina, el estilo es algo más conciso; y que las palabras en una y otra ocasión corresponden a la materia; finalmente, que alguna vez es el modo de decir más breve cuando se agrava la causa de alguno que cuando se da el dictamen sobre alguna cosa.

Ni encontrará aquí aquellos vicios de que adolecen los declamadores, de injuriar sin ningún respeto y prorrumpir en dicerios contra los que siguen opinión distinta, manifestando por lo común que la suya es opuesta a los que deliberan, por donde más

parece reprender que aconsejar. Aquellos escritos deben aprender los jóvenes, y no quieran ejercitarse de distinto modo que con el que han de perorar en adelante, ni detenerse en cosas que tengan después que olvidar. Por lo demás, cuando comencen los amigos a llamarlos a consulta, cuando hayan de exponer su dictamen en el senado o aconsejar a un príncipe, entonces lo que no alcancen con los preceptos la experiencia se lo enseñará.

-173-

#### Capítulo IX. Del género judicial

I. Las oraciones de este género tienen cinco partes: exordio, narración, confirmación, refutación y epílogo.-II. Aunque es fijo el orden de estas partes, no lo es el de los pensamientos.

I. Vamos a tratar del género judicial que aunque es de mucha extensión y variedad, consta siempre de acusación y defensa. Sus partes admitidas por todos los autores se reducen a cinco: exordio, narración, confirmación, refutación y peroración. Algunos añadieron la división, proposición y digresión: de las cuales las dos primeras se comprenden en la confirmación<sup>133</sup>. La digresión, o está fuera de la causa y entonces no debe pertenecer a ella, o está dentro de ella, y en este caso es una como ayuda y adorno de la parte a que toca. Porque si todo lo que hay en la causa se llama parte de ella, ¿por qué no llamaremos partes a las argumentaciones, comparaciones, a los lugares oratorios, a los afectos y ejemplos? Ni convengo con los que quitan la refutación, reduciéndola a la confirmación, como lo hace Aristóteles. Porque la una edifica, la otra destruye. También admite la novedad de poner la proposición después del exordio, y no la narración.

II. Pero así como hay este orden en las partes, no hay el mismo en el modo de discurrirlas. Lo primero de todo debemos pensar qué género de causa es; qué se pretende en ella; qué es lo que nos favorece, o al contrario: en segundo lugar, qué pretendemos probar y qué refutar; en tercero, cómo se ha de hacer la narración (porque ésta es la preparación para la confirmación, y no será útil, si no -174- promete ya lo que hemos de probar): y lo último que hemos de considerar es el modo de conciliarnos al juez. Porque sólo después de consideradas todas las partes, podemos conocer el afecto o pasión que conviene mover en el que oye: si el rigor o mansedumbre; si excitar la ira o calmarla; si hacerlo propicio o contrario al reo.

Ni apruebo lo que algunos dicen, que el exordio es lo último que debe escribirse. Porque así como es útil mirar con un golpe de vista todo el asunto, y ver cómo se ha de disponer, antes de comenzar a hablar o a escribirle así lo es el dar principio por lo primero; ya porque una pintura o estatua no se comienza por los pies, ya porque ninguna arte acaba por donde debe comenzar. Porque, si no hubiere lugar para escribir la oración ¿no nos servirá de confusión este orden invertido? Luego la materia se ha de examinar y meditar con el mismo orden que guardamos para enseñar; y en escribir guardaremos el orden de decir.

Libro cuarto

#### Proemio

Es una pura lisonja de Domiciano, que le había encomendado la instrucción de los sobrinos de una hermana. En seguida pone la materia de los tres libros siguientes.

Acabado, Marcelo Victorio, el libro tercero, que te dediqué, y concluida casi toda la cuarta parte de mi trabajo, se añadió un nuevo motivo para el esmero de la obra y un deseo de merecer la aprobación de los hombres. Hasta ahora sólo los dos conferenciábamos sobre nuestros estudios, y aunque los demás no los aprobasen, con todo eso no buscábamos otra recompensa de ellos que el ir formando un plan y método de la instrucción de tu hijo y el mío. Mas habiéndome encomendado Domiciano Augusto la de los sobrinos de su hermana<sup>134</sup>, me desentendería del honor que me hacían los juicios divinos<sup>135</sup>, si yo no -176- midiese la grandeza e importancia de la comisión por la de la honra. Porque ¿cómo no me esmeraré en la enseñanza de tales discípulos, para merecer la aprobación de un censor el más santo; y para no frustrar las esperanzas que tiene fundadas en ellos un príncipe no menos consumado en la elocuencia que en todo lo demás? Y si nadie extraña que los más grandes poetas invoquen la asistencia de las musas, no solamente al principio de sus obras, sino en medio de ellas, cuando ocurre algún pasaje dificultoso, donde de nuevo se repiten sus invocaciones, también a mí se me podrá disimular ejecutar ahora lo que no hice al principio, invocando la asistencia de todos los dioses, y principalmente la de aquel mismo que es el dios más benigno y que más fomenta las letras, para que me comunique tanto ingenio, cuantas son las esperanzas que de mí concibió; para que me sea propicio y favorable, y sea yo tal, cual es el concepto que formó de mí.

Y de este mi temor no es este solo el motivo, aunque es muy poderoso; añádese otro, y es que, según la serie de esta obra, es mayor cosa y más ardua la que emprendo, que la que llevo hasta aquí. Síguese explicar el orden que debemos guardar en las causas judiciales, donde cabe mayor variedad y extensión; cómo debe formarse el exordio; cómo la narración; cómo convencerán las razones, ya para probar, ya para refutar; cuánto empeño debe ponerse en el epílogo, ya recordando cuanto hemos dicho a la memoria del juez con una capitulación, ya moviendo los afectos, que es lo principal. De cada una de las cuales partes algunos quisieron más tratar separadamente, porque temían la dificultad de tratar de todas, y así muchísimos escribieron libros enteros de cada una de ellas. Todo lo cual, habiéndome atrevido a abarcarlo, veo ser obra de tanto trabajo que aun la memoria de lo que he tomado a mi cargo me abruma. Pero ya es fuerza seguir lo comenzado, y que supla el ánimo lo que no alcanzan las fuerzas.

-177-

## Capítulo I. Del exordio

I. Los griegos con más fundamento lo llaman proemio. Pónese para conciliarse la benevolencia, atención, y docilidad.-II. La benevolencia concíliase de tres modos. Por las personas, que son cinco. 1.<sup>a</sup> El defensor de la causa. 2.<sup>a</sup> El contrario. 3.<sup>a</sup> El litigante. 4.<sup>a</sup> Su contrario. 5.<sup>a</sup> El juez. Por la causa, o por las circunstancias de la causa, o de las personas.-III. De la atención.-IV. De la docilidad.-V. Estas tres cosas se usan con variedad según los cinco géneros de causas.-VI. Cuándo nos valdremos del exordio de insinuación y cómo.-VII. Del modo más fácil de formar los exordios. Puede tomarse de la parte contraria. Conviene que sea modesto. No se ha de hacer alarde del artificio retórico y se ha de huir de las expresiones atrevidas.-VIII. Qué estilo, modo y figuras convienen al exordio. Sus principales vicios.-IX. No siempre tiene cabida, pues las demás partes pueden hacer lo que el exordio.-X. De la transición o paso del exordio a la parte que sigue.

I. Lo que llaman los latinos principio o exordio, llamaron con más propiedad, a nuestro entender, proemio los griegos; porque la palabra latina principio es general;

pero la griega da a entender con bastante claridad que es la entrada del asunto que vamos a tratar. Pues o ya se haya llamado así, porque oime significa canto y los citaristas llamaron proemion a aquello que cantan de antemano antes de entrar en la contienda sobre el canto formal, para ganarse el favor de los que oyen, de donde tomaron el nombre los oradores para conciliarse al auditorio en el principio de su oración; o sea porque oimon significa en griego lo mismo que camino, lo cierto es que se llama -178- proemio todo aquello que se dice para prevenir al juez antes de entrar al conocimiento de la causa.

Porque no hay otro motivo para este principio, sino el preparar los ánimos de los oyentes para lo restante de la oración. Esto se logra haciéndolos atentos, dóciles y benévolos, como dice la mayor parte de los autores. No porque no se haya de cuidar de esto en lo demás del discurso, sino porque al principio se necesita más, para insinuarnos en el ánimo del juez y seguir adelante.

II. Nos ganamos la benevolencia, o por medio de las personas, o por la causa. Las personas no son solamente el litigante, el contrario y el juez, como los más pensaron.

1.<sup>a</sup> Porque a veces el exordio se toma de la persona del orador o defensor de la causa: pues aunque debe ser escaso en hablar de sí mismo, hace mucho al caso que sea tenido por hombre bueno. Con lo cual parecerá que no habla como abogado, sino como testigo abonado. Y así debe dar a entender que le ha movido a tomar aquella causa la obligación de amistad o parentesco y (si es probable) el bien de la república u otro semejante motivo. Con mucha más razón cuidarán de esto los mismos litigantes, haciendo ver que les ha movido a la querrela o defensa algún razonable motivo, y aun la necesidad.

Pero así como la principal razón para conciliarse autoridad el orador es el que esté muy lejos de que se sospeche haber tomado la causa por motivo de interés, odio o ambición, así también tácitamente hará recomendable su persona si dice que es inferior en el talento y poder a los contrarios, en lo que funda Mesala la mayor parte de sus exordios. Pues naturalmente favorecemos al caído y un juez escrupuloso oye con gusto al defensor que confía en su justicia. De aquí nace aquel disimular los antiguos el artificio retórico, tan distinto de la ostentación y arrogancia de nuestros oradores.

Hemos también de procurar el que no parezca que deshonramos, -179- que tenemos mala intención y que injuriamos en nuestro razonamiento a algún hombre o clase de personas, principalmente a los que no podemos ofender sino ofendiendo también a los jueces. Porque el encargar que no se diga cosa alguna que sea directamente contra la persona del juez o que tenga asomos de ello, sería insulsez, pues vemos que todos así lo practican.

2.<sup>a</sup> El defensor del contrario nos dará a veces materia para el exordio, ya honrándole si hiciésemos sospechosa su persona a los jueces, fingiendo que nos tememos de su elocuencia y mucho poder, ya con algún género de desprecio, aunque esto ha de ser muy rara vez. Así vemos que Asinio, que defendía el derecho de los herederos de Urbinia, pone entre los demás argumentos de la mala causa del contrario el tener por abogado a Labieno.

Cornelio Celso niega ser propiamente exordios los que no se toman del fondo de la causa. Mas yo, siguiendo la autoridad de los más consumados autores, digo que todo cuanto pertenece a la persona del que habla pertenece también a la causa; pues es cosa natural que el juez fácilmente crea a los que oye con gusto.

3.<sup>a</sup> De la persona del litigante se hablará también con variedad. Unas veces se alega su dignidad, otras se recomienda su abatimiento y algunas se hace relación de sus méritos; aunque el que cuenta los suyos propios lo hará con más modestia que cuando los ajenos. Mucho va a decir también el alegar las circunstancias del reo, su edad, su condición, si

es mujer, pupilo, anciano o hijo de familia, pues sola la compasión natural mueve a un juez recto. Estas circunstancias se tocarán en el exordio, pero sin detenerse mucho en ellas.

4.<sup>a</sup> Al contrario, le impugnaremos por estos mismos medios, pero volviendo el argumento al revés. Porque si es poderoso, le persigue la envidia; si está en abatimiento, el desprecio; si es infame y está culpado, el odio; las cuales -180- tres cosas son muy poderosas para torcer la voluntad de los jueces. Ni basta el echar mano de aquello que ocurre aun a los ignorantes; es necesario ponderarlo o disminuirlo, como el caso lo pidiere. Porque esto último es propio del orador; lo primero lo lleva consigo la causa.

5.<sup>a</sup> Nos ganaremos la benevolencia del juez no solamente alabándole, lo cual es común a las dos partes y debe hacerse con moderación, sino juntando esta alabanza con la utilidad de nuestra causa; esto es, alegando su valimiento en favor de los buenos; su justicia en favor de los caídos; su misericordia para con los infelices; su severidad para vengar a los ofendidos, y así de lo demás.

Si es posible, conviene también conocer la condición del juez. Porque según fuere, o desabrido o apacible, festivo o grave, riguroso o indulgente, así o nos valdremos de su índole natural conveniente a nuestra causa, o procuraremos mitigarle si fuera contraria.

Acaece también alguna vez que el juez es contrario a nosotros o amigo de la parte contraria; entonces cada cual debe aprovecharse de la persona del juez, y no sé si con particularidad el que le tiene propicio. Pues los malos jueces suelen a veces sentenciar a favor de un enemigo o contra algún amigo, cometiendo injusticia con disimulo para que no aparezca que otras veces han obrado con ella.

Algunas veces los jueces han sentenciado también en propia causa. En alguna semejante a éstas fue juez Cicerón, como dice Septimio en sus observaciones 136; y yo mismo defendí una de la reina Berenice 137, siendo ella -181- misma juez. Aquí debe observarse lo mismo, porque el contrario blasona con cierta confianza de su causa, y el abogado que la defiende teme y tiene contra sí la vergüenza del juez en sentenciar a su favor 138.

Además de lo dicho conviene desimpresionar al juez de la opinión que ya traía de su casa, o confirmarle en ella. A veces es necesario desvanecer el miedo, como lo hizo Cicerón en la causa de Milón, para que no creyese que Pompeyo tenía dispuestas las armas contra él; a veces excitarle y ponerle delante, como lo hizo en la de Verres.

Pero hay un modo común y útil de excitar el miedo; verbigracia: cuando se dice y encarga que no conciba alguna mala opinión el pueblo romano, que no se apele a otro tribunal. Otro modo hay más fuerte y menos usado, como cuando se amenaza a los que han sido sobornados de acusarlos en presencia de una concurrencia más numerosa, como cosa más segura; porque esto sirve de freno a los malos y de consuelo y gozo a los buenos. Pero no aconsejaré yo este último medio cuando hay un solo juez, a no ser que -182- falten otros auxilios. Y si lo pide el caso, no será ya precepto de la oratoria, así como la apelación; aunque esto muchas veces también es útil o también el acusarle del soborno antes de comenzar la defensa; porque el amenazar a alguno o delatarle, cualquiera puede hacerlo sin ser orador.

Cuando la causa diese pie para conciliarnos la benevolencia del juez, convendrá tomar de ella cuanto ofrezca de favorable para el exordio. Qué cosas sean éstas, ocioso es el decirlo, ya porque entendida la causa se presentarán por sí mismas, ya porque el referir cuantas pueden ocurrir en tanta multitud de pleito no tiene guarismos. Pero digo que así como el encontrar y ponderar esto lo enseñará la causa, así también el refutar o disminuir lo que nos daña.

La misma causa algunas veces dará fundamento para mover la compasión, o ya nos haya sucedido alguna calamidad, o ya la temamos. Ni sigo la opinión que muchos de

que el exordio se distingue del epílogo, en que en aquél se cuentan las cosas pasadas y en éste las venideras, sino mucho más en que en aquél se ha de mover la misericordia con más tiento y moderación; pero en el epílogo se han de excitar todos los afectos de compasión; aquí introducir hablando a otras personas; aquí hacer que hablen los mismos muertos; aquí poner delante las prendas más amables del reo<sup>139</sup>, lo que no cuadra tan bien en los exordios. -183- Y no sólo no se han de mover en el exordio semejantes afectos, sino aun apartarlos del todo. Pero así como es útil el hacer creer que nuestra parte se ha de ver oprimida de miseria si el contrario vence, así diremos que nuestro adversario se hará más orgulloso con la victoria.

Suelen también tomarse los exordios de las circunstancias de la causa y de las personas. A las personas pertenecen, no solamente los parientes, como acabamos de decir, sino las amistades, los países, las ciudades y todo cuanto puede contribuir para triunfar en la causa. A la causa pertenece también extrínsecamente el lugar, como el exordio en la oración en defensa de Deyótaro; el tiempo, como en la de Celio; el traje, como en la de Milón. La opinión en el exordio de la oración contra Verres; y para no recorrerlo todo, el honor de los tribunales y la expectación del vulgo. Todo esto está fuera de la causa, pero mira a ella.

Añade también Teofrasto que se toma el exordio de la misma acción o defensa de la causa. Así Demóstenes, defendiendo a Tesifón, pide que se le permita hablar a su arbitrio y a gusto del reo que lo pedía, y no según el método establecido antes por el acusador.

A veces la misma confianza suele pecar de arrogancia<sup>140</sup>. También concilian el favor aquellas cosas comunes a todos, cuales son el manifestar los buenos deseos, el abominar del contrario, el suplicar y portarse en todo como solícito defensor; cosas que no deben omitirse, aunque no sea sino con el fin de que no se aproveche de ellas el contrario.

III. Con esto mismo se gana la atención de los jueces, haciendo ver que la causa es nunca vista, de suma importancia, atroz, y que puede servir de ejemplar: principalmente -184- cuando el juez se halla movido de la calamidad, o porque mira a él o a la república; cuyo ánimo es preciso que el orador se lo gane con la esperanza, miedo, avisos, súplicas, y aun con vanas alabanzas si no hay otro medio. Importa mucho para conciliar la atención el que vean no hemos de ser largos ni salimos fuera del asunto<sup>141</sup>.

IV. Con tener atentos a los oyentes los tendremos también benévolos, así como proponiendo breve y claramente lo que vamos a tratar: lo que practican Homero y Virgilio al principio de sus poemas. Debe cuidar el orador de hacer una simple reseña de su asunto, de modo que más parezca proposición que exposición, diciendo no cómo cada cosa sucedió, sino lo que va a tratar. No encuentro ejemplo mejor que aquél de Cicerón en la defensa de Cluencio: Veo, oh jueces, que el contrario dividió su acusación en dos partes; en una de las cuales me parece que estriba y funda toda su confianza, el odio envejecido del juicio de Junio: en la otra, siguiendo la costumbre, tan solamente toca por encima la cualidad del delito de los hechizos, pero con timidez y desconfianza, por lo cual esta controversia ya está terminada por la ley. Lo cual es más fácil al que responde que al que propone: en lo primero basta insinuar la cosa, cuando en lo último hay que informar al juez.

Ni soy de parecer (aunque grandes autores digan lo contrario) que no siempre conviene llamar la atención y docilidad del juez; no porque ignoro que, como ellos dicen, esto sucede cuando la causa es mala (aunque no sabemos cuál sea ésta), sino porque esto acaece no por descuido del juez, sino por engaño. Por ejemplo: peroró primero nuestro contrario, y acaso logró persuadir al juez. En este caso necesitamos imbuirle en otra opinión distinta; -185- y esto no puede hacerse si no le hiciéremos atento y dócil a lo que vamos a decir. ¿Pues qué remedio? Tenemos que disminuir

algunas cosas, rebajarlas y aun despreciarlas, para hacer que el juez afloje en la opinión que favorece al contrario, como lo practicó Cicerón en la causa de Ligario. Pues ¿qué otra cosa hacía con aquella entrada irónica, sino que el César no hiciese mucho alto en una acusación que nada tenía de nueva? Y ¿qué en la oración en defensa de Celio, sino el que tuviese la cosa por menor de lo que se esperaba?

V. Pero de todo cuanto he dicho, algunas cosas se omiten, según la naturaleza de la causa. Muchísimos cuentan cinco géneros de causas, lo honroso, lo despreciable, lo dudoso, lo admirable y lo oscuro: que llaman los griegos endoxon, adoxon, amphidoxon, paradoxon, dysparacoloutheton. Algunos admiten lo indecoroso; pero otros lo reducen a lo despreciable y otros a lo admirable. Por admirable entienden cuanto está fuera de la opinión de los hombres. En lo dudoso conviene hacer benévolo al juez; en lo oscuro, dócil; en lo despreciable, atento. Porque si la cosa es honrosa y buena, ella por sí basta para conciliarse a los oyentes. En lo extraño e indecoroso es menester valerse de auxilios.

VI. De aquí es que muchos dividen el exordio en dos partes: principio e insinuación. De forma que en el principio captemos la benevolencia y atención. Y como esto no puede hacerse a cara descubierta en los asuntos indecorosos, es menester que por insinuación nos ganemos los ánimos, principalmente cuando la causa no presenta buen aspecto, o porque de suyo es mala, o porque no es de la aprobación del auditorio y cuando alguna circunstancia daña para su defensa; como si tenemos presente al contrario o defensor suyo, o cuando vamos contra nuestro mismo padre, contra un anciano, un ciego, un niño.

Algunos enseñan con un largo rodeo de palabras los -186- modos de salvar este inconveniente, fingiendo diversos casos, y los tratan acomodándose a la costumbre de los tribunales; pero dimanando éstos de las mismas causas, que son innumerables, el referirlos todos sería cosa infinita. Por donde considerada bien la causa, ella misma presentará el camino para allanar los inconvenientes que se nos ofrezcan en ella.

Ahora decimos en común que huyendo de lo que nos perjudica, aleguemos lo que nos favorece. Si la causa es mala, valgámonos de la persona y al revés. Si no tenemos nada de donde asirnos, echemos mano de lo que perjudica al contrario. Porque así como deseamos merecer el mayor aplauso, así también el no merecer tanto odio como el contrario. Si el hecho no se puede negar, probemos a lo menos no ser tanto como lo pintan, que se hizo con otra intención; que no pertenece al asunto presente, que si se cometió algún delito, ya se resarcó con el arrepentimiento esta falta, o que ya queda borrada y satisfecha con el castigo. Todo lo cual cae mejor en boca del abogado que del reo, porque puede alabar sin sospecha de arrogancia y a veces podrá reprender la acción con utilidad. Entretanto podrá fingir que se halla conmovido, como lo hizo Cicerón defendiendo a Rabirio Póstumo, ya para insinuarse en los ánimos, ya para dar a conocer que habla de corazón, ya para que se le crea cuando defiende o niegue la misma cosa.

Se necesita del exordio de insinuación, cuando el contrario tuviere al juez preocupado o estuvieren los oyentes cansados de oír. Lo primero se evitará proponiendo las razones que tenemos en nuestro abono y eludiendo las de nuestro adversario, y lo segundo si prometemos no ser largos y nos valemos de los medios puestos arriba para ganarse la atención del juez. La cortesanía usada a su tiempo recrea los ánimos, y procurando deleitar al juez por todos los medios posibles, se disminuye el fastidio de -187- oír. No será malo el adelantarse a deshacer objeciones que se nos podrán hacer. Así dice Cicerón que algunos se extrañarán que habiendo él empleado su vida en la defensa de tantos sin haber hecho mal a nadie, venga al presente a acusar a Verres; pero después manifiesta que el acusarle a éste es defender a los aliados. A lo que llaman ocupación y los griegos prolepsis.

VII. Pero como no basta decir a los que quieren saber esta materia lo que constituye el exordio, sino mostrar también el camino más llano para formarlo, digo que el orador debe tener presente estas circunstancias. Qué pretende probar, en presencia de quiénes, a quién defiende, contra quién, el tiempo, el lugar donde ha de hablar, el estado presente de las cosas, las opiniones del pueblo y la que tendrá el juez antes de oírnos. Asimismo qué desearemos, qué suplicaremos, y de este modo la naturaleza de la causa le dirá lo que debe decir en primer lugar. Mas ahora llaman proemio a aquello por donde comienza la oración, y exordio si en el principio de ella se encuentra alguna sentencia que lisonjee; pero en él se encuentran muchas cosas que, o son propias de otras partes del discurso, o les pueden convenir igualmente, siendo así que no hay cosa que ocupe mejor su lugar que lo que dicho en otro no quedaría tan bien.

Tienen una gracia particular aquellos exordios que están tomados de la misma defensa del contrario, por lo mismo que no parece cosa estudiada de antemano, sino discurrida allí mismo y como nacida allí, y no sólo prueba ingenio, sino que su misma naturalidad por ser tomados de lo mismo que acabamos de oír, concilian mayor crédito a lo que se dice. De manera que aunque lo restante del discurso sea cosa antes limada y trabajada, el exordio lo hace parecer dicho de repente, viéndose que nada tiene de estudiado.

Lo que más debe brillar en el exordio es la modestia -188- del orador en el semblante, en la voz, en lo que dice y en el modo de proponerlo; de manera, que aunque la justicia de la causa sea de suyo indubitable y merezca la aprobación de todos, no ha de manifestar confianza de salir con la victoria. Pues los jueces se ofenden de tanta confianza en un litigante, y como conocen cuáles son sus fueros, quieren, aunque lo disimulen, que se les trate con respeto.

Y no debe ponerse menos cuidado en que no se sospeche de nosotros por ningún lado, y así al principio no debe hacerse alarde del demasiado artificio, porque el oyente se imagina que es para cazarle; antes el mayor artificio consiste en disimularlo. Éste es precepto que dan todos y el más digno de observarse. Algunas veces las circunstancias obligan a alterarlo, como ha sucedido en algunas causas capitales, en particular defendidas en presencia de los Centunviro, que los mismos jueces exigían de los abogados cierto esmero en la acción, imaginándose que, de lo contrario, se hacía poco aprecio de sus personas, pues los tales no quieren solamente ser instruidos, sino que les lisonjeen el oído. Es difícil el guardar medianía en esto, la que debe ser tal que parezca que hablamos con esmero, pero sin segunda intención.

Nos enseñan los antiguos que en el principio de la oración sobre todo evitemos las palabras arrogantes, las metáforas atrevidas, las expresiones anticuadas y poéticas, porque todavía no nos hemos insinuado en los ánimos, y entonces más que nunca nos escuchan los oyentes con más atención. Pero cuando ya hemos ganado al auditorio y le tenemos más acalorado, se sufre algo más esta libertad, especialmente cuando ya hubiéremos entrado en los lugares oratorios, pues su natural afluencia no permite que entre el resplandor de la oración se noten estos defectillos de las palabras<sup>142</sup>.

-189-

VIII. El estilo del exordio no debe parecerse al de la confirmación, al de los lugares comunes, ni al de la narración, ni siempre limado y trabajado como a compás, sino a veces sencillo y que no parezca cosa estudiada de antemano. Ni el aire del decir sea altisonante, prometiendo mucho las palabras, antes cuando es disimulado y nada artificioso, como dicen los griegos, se insinúa mejor en los ánimos. Pero esto deberá arreglarse a los efectos que haya que inspirar en el ánimo del juez.

Pero entre todas las faltas de un orador la mayor es faltarle la memoria y no poder seguir adelante, pues en este caso el exordio parecerá interrumpido, como un rostro

lleno de cicatrices, y el orador semejante al piloto que estrella la nave en el mismo puerto de donde sale.

El exordio ha de corresponder a todo el asunto de la oración. Una causa y asunto llano pide exordio corto, y más largo si es materia enredosa, sospechosa y que no manifiesta buen aspecto. Pero no merecen aprecio los que redujeron a cuatro pensamientos tan solos todos los exordios. Ni se han de evitar menos los largos, para que ni la cabeza sea mayor que el cuerpo, ni abrume a los oyentes cuando pretendemos ganarles la atención.

Algunos destierran enteramente del exordio aquellas apóstrofes por las que enderezamos el discurso a otras cosas distintas del juez, y no les falta razón para ello. La misma razón enseña que nos dirijamos a aquéllos cuya atención nos procuramos ganar. Además de esto, como el exordio debe contener a veces alguna sentencia, tendrá más viveza si va dirigida a alguna persona. Conque cuando -190- esto ocurre, ¿por qué no daremos valor a la sentencia por esta figura? Porque si algunos retóricos prohíben esto, no es porque no sea lícito, sino porque ellos no lo tienen por útil; conque si lo pide la necesidad, la misma razón que hay para omitirlo, esa misma habrá para hacerlo. Demóstenes en uno de sus exordios se dirige a Esquines; Cicerón en algunos a otras personas; y en la causa de Ligario a Tuberón, porque sería muy lánguido el exordio, si no fuera por esta apóstrofe. Para mayor inteligencia quitemos el aire y tono de estas palabras que dijo Cicerón. Ya, tienes oh Tuberón, lo que más puede apetecer un acusador, etc.; y hablemos con la persona del juez, diciendo: Ya tiene Tuberón una cosa que es la que más puede apetecer el acusador, y quedará la oración lánguida y desmayada; pues del primer modo apretó más al contrario, y del segundo sólo indica la cosa, y lo mismo sucederá en Demóstenes si le quitamos aquel aire de decir. Aun el mismo Salustio cuando peroró contra Cicerón, ¿no dirigió desde luego contra él el exordio? Sentiría y me ofendería de tus palabras injuriosas, oh Marco Tulio, etc. Lo mismo practicó Cicerón contra Catilina: ¿Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestro sufrimiento?

Y para que ninguno piense que siempre ha de ser apóstrofe, el mismo Cicerón, defendiendo a Escauro, reo de soborno, usó de prosopopeya de uno que habla por el reo. Cuando defendió a Rabirio, y otra vez a Escauro, acusado de estafas, se valió de los ejemplos. En la causa de Cluencio usó de partición. Porque no porque pueda hacerse la cosa se ha de hacer siempre, sino cuando mueve a ello la razón más que las reglas. Y a este modo se han de usar los símiles, las metáforas y demás tropos; cosas que aunque algunos retóricos muy escrupulosos lo prohíben, las usaremos algunas veces. A no ser que haya algún paladar tan estragado que no apruebe aquella tan divina ironía de la causa de Ligario, de que acabo de hablar.

-191-

Otros vicios notaron con más fundamento los tales en los exordios. Aquel que puede indiferentemente acomodarse a varios asuntos llaman exordio vulgar, el cual no favorece tanto a la causa, pero alguna vez podremos usarlo, como lo hicieron grandes oradores. El exordio, de que también pudiera valerse el contrario, se llama común. Aquel de que puede valerse el contrario para hacernos tiro, exordio conmutable. El que no cuadra al asunto presente, separado. El que no se toma de la misma causa, trasladado. Ser largo, y contra los preceptos, es otro vicio del exordio. Aunque muchos de estos vicios no sólo convienen al exordio, sino a otras partes.

IX. Éstas son las leyes del exordio cuando tuviere cabida en la oración, pues no siempre la tiene; porque es ocioso cuando no se necesita de preparación o ya tenemos prevenido al juez. Aristóteles no lo tiene por necesario cuando los jueces son buenos. Algunas veces deberemos omitirle como cuando el juez esté de prisa, cuando es corto el tiempo o cuando nos mandan y obligan a entrar desde luego en la causa.

Algunas veces la misma narración hace el oficio del exordio y aun las demás partes; pues en medio de ellas pedimos la atención del juez y su auxilio, que es, decía Pródico, como despertarlos; lo que hizo Cicerón cuando dijo: Entonces Vareno, aquél que fue muerto por los criados de Ancario... Parad, oh jueces por vuestra vida, aquí la reflexión. Cuando tiene varios lances la causa, debemos a cada parte hacerle su entrada de este modo: Oíd cómo prosigue la cosa. Pasemos ahora a tratar. ¿Qué más? Aun en la misma confirmación hacemos nuestras llamadas, como lo practicó Cicerón contra los censores y defendiendo a Cluencio en la de Murena cuando se excusa con Servio. Esto es tan común que no necesitamos poner ejemplos.

X. Cuando usáremos de exordio y pasáremos a la narración o a la confirmación, procuremos acabarlo con la -192- que tenga más unión y enlace con lo que sigue después.

Pero es una frialdad y afectación pueril el hacer este tránsito por medio de alguna sentencia, para ganarse el aplauso con esta engañosa apariencia. Ovidio en sus *Metamorfosis*<sup>143</sup> suele tener esta falta, excusable en él, pues al cabo tenía que formar un solo cuerpo de miembros tan poco uniformes. Pero ¿qué necesidad puede tener un orador de usar furtivamente de semejante transición, cuando tendrá que llamar la atención del juez para que advierta el orden de las cosas? Antes si el juez piensa que no comienza aún la narración, perderá lo primero de ella. Por lo que así como no conviene entrar<sup>144</sup> en ella de relámpago, así también conviene que se sepa cuándo damos principio a ella.

Cuando la narración es larga y enredosa se debe preparar de antemano al juez, como lo hace frecuentemente Cicerón, sobre todo cuando dice: Tomaré el principio de algo más atrás para poner en claro la cosa. Lo que os ruego, oh jueces, que no llevéis a mal: porque entendido bien el principio, es más fácil de entender lo que se sigue. Y casi a esto se reduce lo que he discurrido sobre el exordio.

-193-

## Capítulo II. De la narración

I. No siempre tiene cabida la narración. O es de la misma causa, o de cosas que de ella dependen.-II. Algunas veces no sigue después del exordio.-III. Qué sea narración. Tres son sus especies. 1.<sup>a</sup> Si favorece a nuestra causa, entonces debe ser únicamente breve, clara y verosímil. Cómo se conseguirá esto. 2.<sup>a</sup> Si favorece a los contrarios no la omitamos, valgámonos de algunos remedios. Qué se ha observar en las narraciones falsas. 3.<sup>a</sup> Se compone de las dos.-IV. Refútase a los que destierran de ella la digresión, apóstrofes, prosopopeyas, argumentaciones y afectos.-V. Qué adorno admito.-VI. De la evidencia de la narración y autoridad de quien la hace.

Pide la razón natural (y se practica muy frecuentemente) que estando preparado el juez en el exordio, se declare la cosa sobre que va a sentenciar. Esto es narración.

I. Pensaron algunos que nunca se puede omitir ésta, pero son más los que se contradicen; pues hay asuntos tan sencillos que en ellos mejor cae la proposición que la narración.

Lo cual acaece alguna vez a ambas partes cuando, constandingo el hecho, sólo se duda del derecho; verbigracia: si delante de los Centunvirose se litiga si el hijo o el hermano debe heredar al que murió sin testar. O aunque hubiera lugar a la narración, se omite por estar informado el juez o porque ya está referida de antemano.

Algunas veces acaece esto a sola una de las partes, y comúnmente al abogado: o porque basta hacer una simple insinuación, o porque conviene así. Basta el decir: Pido

la -194- cantidad dada en préstamo y que se me debe por esta obligación. Pido lo que se me dejó en el testamento. Pero el contrario necesita de narración, para hacer ver que no se deben conceder las tales cosas. Asimismo basta que diga el abogado: es notorio que Horacio mató a su hermana; ya porque se supone enterado el juez por la oración del acusador; ya porque, atendido el orden y serie del hecho, está de parte del contrario. Por el contrario, el reo omite la narración cuando el hecho no se puede negar, consistiendo la causa en la razón y motivo con que se hizo: como cuando a uno que hurtó dinero de un lugar sagrado le acusan de sacrilegio. Aquí menos vergüenza cuesta el confesar el hecho, que el hacer una narración. No se niega, dirá, que se robó el dinero que restaba en el templo. Pero se le calumnia a mi parte que es reo de sacrilegio, no siendo el dinero del templo, sino de un particular. Y así debéis sentenciar si esto es sacrilegio.

Pero así como soy de opinión que en estos lances puede omitirse la narración, así no convengo con los que dicen que no la hay cuando el reo niega solamente lo que le imputan. Esto sigue Cornelio Celso, y añade que no hay narración sino cuando comprende una suma del delito.

Mas yo, siguiendo a otros graves autores, juzgo que en los pleitos ocurren dos maneras de narración: una de la causa, otra de cosas que a ella miran. Si uno no hizo la muerte no se necesita narración ninguna, en lo que convienen todos. Pero con todo, deberá hacerse otra y tal vez por extenso de los argumentos que hay de ser así, de la vida pasada del reo, de los motivos que pueden haber influido para ponerle en tal aprieto, y de otras causas y razones que hacen increíble el atentado. Mas el acusador no sólo dice: hizo la muerte, sino que la narración es prueba de ello mismo. Como en las tragedias donde Teucro no sólo acusa a Ulises de haber muerto a Áyax, sino que dice que se le vio junto al cadáver con un cuchillo en un lugar solitario. -195- Mas Ulises no sólo niega el homicidio, sino que dice que nunca tuvo enemistad<sup>145</sup> con él, y que sólo fueron competidores sobre la alabanza; después expone los motivos que le llevaron donde estaba el cadáver y que le obligaron a sacarle el cuchillo que tenía clavado, a lo que sigue la confirmación. Tampoco puede sin narración decir el acusador: te encontraron donde estaba el cadáver de tu enemigo, ni responder el reo: no estuve allí, pues debe decir el lugar donde estuvo.

En las causas de sobornos y estafas podrá del mismo modo haber tantas narraciones cuantos sean los delitos; de qué se acusa. Los cuales se han de negar, y refutar los argumentos del contrario por medio de una narración enteramente contraria: unas veces todos juntos, otras cada uno de por sí. ¿Por ventura el que es acusado de soborno, no podrá contar en abono suyo su linaje y nacimiento, su modo de vivir y su porte y los méritos que le movieron a entablar su pretensión? El que se supone reo de estafas, ¿hará mal en poner la relación de su vida pasada, de los motivos por que se ofendieron los súbditos en su gobierno el acusador y los testigos? Si esto no es narración, tampoco lo será aquella primera que hace Cicerón en la defensa de Cluencio, que comienza: Aulo Cluentio Habito, etc., en la que, sin hacer mención del veneno, sólo habla de los motivos que influyeron en el aborrecimiento que le tenía su madre.

Semejantes narraciones, aunque no son de la causa, miran a ella; verbigracia: cuando dice Cicerón contra Verres, hablando de Lucio Domicio, que éste puso en cruz a un pastor por haber confesado que mató con un venablo a un jabalí que antes le había regalado. O cuando se hacen para rebatir y refutar alguna calumnia, como en la defensa de Rabirio Postumo: Pues luego que llegó al rey Auletes en Alejandría, oh jueces, el medio que propuso el rey a Rabirio para conservar el tesoro real, fue que se encargase del cuidado y mayordomía -196- del real palacio. O cuando se agrava el delito, como cuando se cuenta el viaje de Verres.

Alguna vez suele introducirse alguna narración fingida, o para mover a los jueces, como en la defensa de Roscio contra Crisógono, o para mitigarlos con alguna chistosa relación, como en la de Cluencio contra los hermanos Cepasios, o por mero adorno y digresión, como la de Proserpina contra Verres: En estos mismos lugares dicen que buscó la madre a la hija<sup>146</sup>. Todo lo cual se endereza a dar a entender que no deja de contar el que niega, sino que niega lo mismo que cuenta.

Ni tampoco se ha de entender a la letra lo que dejamos dicho, que cuando está el juez enterado de la cosa se ha de omitir su narración. Debe entenderse cuando no sólo sabe la cosa, sino del modo que nos acomode. Porque no mira únicamente la narración a enterar al juez, sino mucho más a que sienta como queremos. Y así aunque no haya que informarle, sino sólo mover en él algún afecto, contaremos la cosa para prepararle, diciendo que aunque ya tiene una noticia general del caso, no debe llevar a mal el saberla por menor. Alguna vez fingiremos repetir la narración, para que alguna persona que ha entrado de nuevo a ser juez quede enterada; otras veces para que todos conozcan plenamente la mala intención del contrario en pintar la cosa. Pero entonces es necesario variar con diversas figuras la narración, para evitar el fastidio de oír lo que ya se sabe. Ya te acuerdas. Acaso parecerá ocioso detenernos en esto. Pero ¿para qué me detengo en referir lo que ya sabéis? Cuál sea el caso ya lo sabrás, etc. Y si fuese siempre ociosa la narración de lo que ya sabe el juez, tampoco -197- será necesaria siempre la defensa de una cosa cuya justicia conoce.

II. Hay otra cuestión sobre si la narración debe seguir inmediatamente al exordio. Los que dicen que sí, parece no les falta razón para ello. Porque como el exordio hace al juez atento, dócil y benévolo, y no se puede probar una cosa de que aún no tiene noticia, pide el orden natural que se le dé un previo conocimiento de ella.

Pero aun esto se varía según las diversas causas, a no decir que Cicerón no tuvo motivo en dilatar la narración, poniendo primero tres dudas, a las que satisface en la oración en defensa de Milón, que publicó, y son éstas. O hubiera sido mejor el contar el modo con que Clodio armó asechanzas a Milón, si no hubiera sido lícito defender a un reo que confesaba haber hecho un homicidio, o si estuviera condenado Milón por el juicio anterior del senado, o si tuviese por contrario a Pompeyo, que para ganarse a los jueces había acordonado la curia con gente armada. Todas estas tres cuestiones hacían de exordios, pues en ellas se preparaban los ánimos. De otra manera entabló la narración después en la causa de Murena, desvaneciendo las objeciones del contrario. Este medio será útil cuando no sólo hay que refutar y negar el delito, sino también acumulársele al contrario, para que, defendiéndonos primero de él, haya motivo de imputárselo cuando demos principio a la narración. Pues en el orden natural primero es defenderse que ofender.

Causas habrá (y no serán pocas) en las que será fácil el refutar el delito de que se trata; pero por otra parte estarán complicadas con mil delitos de la vida anterior, los que es necesario primeramente negar para preparar el ánimo del juez y hacerle propicio en la causa presente. Por ejemplo, si tenemos que defender a Marco Celio, ¿no desvaneceremos primero las calumnias que le levantaron de que era lujurioso, desvergonzado y poco recatado, antes de -198- entrar en la del veneno, a los cuales solamente se reduce la defensa de Cicerón? ¿No contaremos poco a poco las virtudes que le adornaban, antes de meternos en la defensa de lo que se le atribuía?

III. Veamos ahora las leyes de la narración, la que no es otra cosa que la relación de una cosa sucedida o tenida por tal, útil para la persuasión. O, como la define Apolodoro, es una exposición que informa a los oyentes de la causa.

La mayor parte de los retóricos, en particular los secuaces de Isócrates, quieren que sea clara, breve y verosímil, cuya división me agrada, aunque Aristóteles se burla de la

brevedad que pone Isócrates, como si el ser la narración larga o breve fuese cosa precisa y no admitiese medio. Los discípulos de Teodoro sólo quieren que sea verosímil, porque no siempre conviene ser claro y corto en las narraciones. Así uno y otro necesita de más explicación para ver lo que conviene.

O la narración toda ella nos favorece a nosotros, o a los contrarios, o en parte a nosotros, en parte a ellos.

4.<sup>a</sup> Cuando nos favorece, contentémonos con aquellas virtudes con las que conseguimos el informar al juez, el recordarle la memoria y el que nos crea lo que decimos. Y nadie extrañe que hayamos dicho debe ser verosímil la narración que favorece a nuestra causa cuando ésta es verdadera. Cosas hay que siendo verdaderas se hacen poco creíbles, y otras falsas por todos cuatro costados pero no se hacen increíbles. Por donde no menos debemos trabajar para que el juez crea lo cierto que lo que fingimos serlo.

Las virtudes puestas arriba miran también a las demás partes del discurso. En todas debemos evitar la oscuridad y prolijidad, cuidando de que sea probable cuanto alegamos. De lo que debemos cuidar sobre todo cuando comenzamos a informar a los jueces, porque si entonces, o -199- no nos entienden, o se confunden en la causa, o no nos creen, lo demás del discurso será trabajo perdido.

La narración, pues, será clara si constando de palabras propias y claras, se evitaren las desusadas, indecorosas y extrañas. Si no se confundieren las circunstancias de las cosas, personas, tiempos y lugares y causas, y si todo se dijere con tanta claridad que al juez no le quede la menor duda.

Muchos son los que faltan a esta ley, los cuales, acomodándose a los clamores de una multitud, que ellos mismos juntaron como con reclamo, o que casualmente se juntó para oírlos, no pueden sufrir el silencio con que los oyen, ni les parece que hablan bien, si todo el auditorio no los aplaude con palmas y desentonadas voces. Les parece que el explicar la cosa con lisura y sencillez es propio de gente vulgar y rústica, aunque no distinguirás fácilmente si el despreciar esto, que ellos tienen por cosa fácil, nace de no querer o de no poder conseguirlo. Porque de cuantas cosas hay en la retórica, que nos enseña la experiencia ser dificultosas, no hay otra que lo sea más que lo que cualquiera piensa que él lo diría también, pero después de haberlo oído; pues aunque lo tienen por cosa verdadera, reprueban como mala la narración<sup>147</sup>. Pero nunca habla mejor el orador que cuando parece hablar con verdad. Mas estos tales cuando entran, digamos así, en el campo de la narración, aquí principalmente usan de las modulaciones de la voz, bajan la cabeza, hieren el costado con los brazos, y son desmesurados en todo, en el orden de los pensamientos, de las palabras y en la composición, y (lo que es una monstruosidad) deleitando con la pronunciación, dejan la causa tan oscura como al principio. -200- Pero dejemos este punto, por no granjearme más disfavor reprendiendo vicios que favor enseñando lo que conviene.

La narración será breve, comenzándola desde donde conviene para informar al juez, y no más; si no se saliere del asunto; si carece de toda superfluidad, omitiendo lo que no importa ni para inteligencia ni utilidad de la causa. Porque hay cierta brevedad en las particularidades de la cosa, que viene a hacer larga toda la narración. Llegué al puerto, vi la nave, pregunté cuánto era el flete, nos ajustamos en el precio, me embarqué, levantáronse las áncoras, dejamos la ribera y nos partimos. Claro está que ninguna de estas menudencias se podía decir más brevemente; pero con decir: Salí del puerto, bastaba. Cuando insinuada una cosa, ya se entiende lo demás, contentémonos con esto. Si podemos decir: Tengo un hijo ya joven, ¿a qué cansar al auditorio con decir: Deseoso de tener hijos, me casé; naciome un hijo, que, habiéndole criado, llegó a ser crecido?

No menos debe evitarse la oscuridad que nace de contar la cosa muy por encima; pues más vale pecar por carta de más que el que falte algo a la narración. Porque si el ser superfluo fastidia, el omitir lo necesario es peligroso. Por tanto hemos también de evitar aquella concisión de Salustio, aunque en él tiene gracia, y aquella manera de decir tan cortada, que dado caso al que lo lee con cuidado no se le esconda el sentido, pero al que oye le deja en ayunas; porque el que está oyendo no aguarda que se lo repitan. Y esto tanto más debe observarse, porque el que lee un escrito por lo común es persona instruida; pero los jueces muchas veces vienen de sus granjas<sup>148</sup> a sentenciar -201- los pleitos, y sólo darán la sentencia de lo que hubiesen entendido. De manera que en toda oración, pero especialmente en la narración, debe guardarse esta regla: no decir más ni menos de lo que conviene.

Y esto no quiero que se entienda precisamente de lo que baste para insinuar la cosa; porque esta brevedad no debe ser desaliñada, que entonces sería una rusticidad. A veces engaña el gusto con que se oye, y nos parece menos larga entonces la narración; así como el camino por terreno ameno y llano, aunque largo, cansa menos que otro más corto, pero duro y áspero. Yo no tanto cuidaría de la brevedad, cuanto de no omitir nada de lo que hace verosímil la narración. Porque cuando es muy sucinta y hecha por encima, no tanto se llama narración cuanto confusión.

Hay muchas narraciones largas de su naturaleza; y entonces para su inteligencia debe llamarse, como he dicho, la atención de los jueces en la última parte del exordio, cuidando lo posible el acortarla para no fastidiarlos.

La acortaremos dilatando para otra ocasión lo que podamos, pero haciendo mención de ello; verbigracia: qué causas le movieron al homicidio, de quiénes se valió, cómo lo ejecutó, lo diré en la confirmación. Algunas veces se omiten algunas circunstancias de la serie de la cosa: Muere en fin Fulcino (dice Cicerón), porque omitiré algunas menudencias, que no tienen que ver con la causa. Pro Caecina, número II.

Para disminuir el fastidio contribuye la división, como: Diré lo que precedió al contrato, lo que sucedió en él y lo que pasó después. De este modo estas tres narraciones pequeñas serán más tolerables que una larga, y mucho más si las distinguimos con una advertencia: Oído ya lo que sucedió hasta aquí, ved ahora cómo prosigue la cosa. De este modo se recreará al juez con el fin de lo primero, y se le dispondrá a oír lo segundo.

Cuando aun con estos remedios se hiciera larga la narración, no será malo hacer una breve amonestación, lo -202- que usa Cicerón aun en las cortas: Hasta ahora, oh César, Ligario está inocente. Salió de su casa, no sólo sin intención de hacer la guerra, pero ni aun pasándole por el pensamiento que pudiera ofrecerse, etc.

Será verosímil la narración si primero consultamos nuestro ánimo para no decir cosa que se oponga a la naturaleza, si insinuáremos de antemano los motivos que hubo para suceder las cosas que contamos, no de todas, sino de aquella que se pretende averiguar. Si pintamos las personas con aquellas propiedades que hagan creíble el hecho; verbigracia: Al reo del hurto, codicioso; al adúltero, deshonesto, y temerario al homicida, o al revés si defendemos. Las circunstancias del lugar y tiempo han de cuadrar igualmente.

Hay también cierta serie y enlace de los sucesos que los hace creíbles, como sucede en las comedias y mimos<sup>149</sup>. Pues hay ciertas cosas que naturalmente son consecuencias unas de otras, como, por ejemplo, si hubieres contado lo primero con verisimilitud, el juez esperará lo que sigue después.

Ni será tampoco fuera del caso el hacer alguna reseña de las pruebas mientras se cuenta la cosa, pero sea de manera que no se entienda ser confirmación, sino narración. Alguna vez también insinuaremos brevemente la razón de lo que dijéremos, como si se

trata de haber dado uno veneno. Cuando lo bebió no tenía novedad, cayó al punto muerto en tierra y comenzó a hincharse y amarotarse.

Lo mismo hacemos cuando decimos por vía de preparación que el reo era robusto, forzado, armado, vigilante; y su contrario indefenso, flaco y desprevenido. En una palabra, tocaremos de paso todas aquellas circunstancias de persona, causa, lugar, tiempo, instrumentos y ocasión, que después hemos de tratar por extenso.

-203-

Si no pudiéremos valernos de las circunstancias, diremos que la maldad, aunque cierta, apenas se hace creíble, y que por lo mismo se hace más enorme: que no sabemos el motivo ni el modo como se hizo; que aun a nosotros mismos nos parece cosa extraña, pero que la probaremos a su tiempo.

Las pruebas serán tanto más convincentes cuanto más disimuladas; así Cicerón dice de antemano, y muy a su propósito, los motivos que hay para que se haga más creíble haber armado lazos Clodio a Milón que Milón a Clodio. Tiene mucha fuerza aquella astuta imitación de sencillez y naturalidad con que dice Cicerón: Habiendo estado aquel mismo día Milón en el senado mientras estuvo junto, se retiró a su casa, mudó calzado y vestido, y sólo se detuvo, como es regular, lo que bastó para que su mujer se vistiese para salir a la calle. ¡Qué bien pintado está en esta sencilla narración que Milón no se preparaba ni andaba apresurado! Esto lo da muy bien a entender aquel diestro orador no solamente en la serie de la cosa, sino en la sencillez de los términos tan caseros y comunes y con un arte muy disimulada, que si hubiera usado de lenguaje más remontado al juez y aun al mismo defensor del contrario le hubiera puesto alerta. Y aunque alguno lo tendrá por una frialdad, lo cierto es que con ello embaucó al juez, cuando apenas merece la consideración del que lo lee.

Esto es lo que hace probable la narración; que el que necesite que le digamos que debe carecer de contradicciones, a éste tal inútiles le serán los demás preceptos, aunque no faltan retóricos que lo previenen, como si fuera alguna invención nueva y por ellos discurreda.

Añaden algunos a las virtudes dichas la magnificencia, que llaman megaloprepeia; pero ni ésta tiene lugar en todas las causas (¿pues qué pompa de estilo puede admitir la mayor parte de los asuntos judiciales que se reducen a deudas, alquileres, entredichos y cosas semejantes?), ni -204- tampoco vendría al caso como en el ejemplo puesto de Milón. No nos olvidemos que hay muchas causas en las que conviene negar, confesar y a veces rebajar lo mismo que contamos, en lo cual no ha lugar semejante magnificencia. Y no conviniendo menos a la narración el ser compasiva, grave, suave, cortés y que haga tiro al contrario, que el ser magnífica (todo lo cual cae muy bien a veces en las demás partes de la oración), no se ha de atribuir más a ésta que a las otras.

Quiere también Teodectes que no solamente sea magnífica la narración, sino gustosa, virtud que conviene igualmente a todo lo restante de un discurso.

Algunos quieren que tenga evidencia, que llaman los griegos enargia. Ni quiero engañar a ninguno, ni disimular, que aun Cicerón pone más virtudes en la narración, pues quiere que, además de las dichas, que son claridad, brevedad, y verosimilitud, tenga evidencia, conveniencia con las costumbres y dignidad. Pero en un discurso todas sus partes deben corresponder a las costumbres e ir acompañadas de la dignidad en cuanto sea posible. Evidencia de la narración, a lo que yo entiendo, consiste no sólo en decir la verdad, sino en hacer ver en cierto modo que la cosa es así. Por tanto, puede reducirse a la claridad, la que algunos tienen por inconveniente en algunos casos en que conviene ocultar la verdad, lo que es una ridiculez, porque el que quiere ocultarla cuenta cosas falsas por verdaderas, y el que cuenta una cosa debe procurar que parezca muy evidente.

2.<sup>a</sup> Pero ya que por casualidad hemos venido a parar a la especie más dificultosa de narración, digamos algo de aquélla, en donde la cosa es contra nosotros; en cuyo caso dicen algunos que se omita. Ciertamente que no hay otro mejor medio que dejar la defensa de la causa. Pero puesto uno en la precisión de defenderla, ¿qué habilidad tiene el confesar con el silencio, que tenemos mal pleito? -205- A no suponer tan negado al juez que queramos sentencie a favor de lo mismo que sabe que has callado de intento. No niego que hay lances en que así como es preciso negar, añadir, mudar, así también lo es callar algunas cosas: pero sólo callaremos lo que conviniere y estuviere en nuestra mano. Esto se hace también algunas veces por brevedad; verbigracia: Respondió lo que tuvo por conveniente.

Es preciso distinguir los géneros de causas. Porque cuando no se trata del delito, sino de la calificación del hecho, aunque la cosa no nos favorezca debemos confesarla. Por ejemplo: Es cierto que robó el dinero del templo, pero era dinero de un particular y así no es reo de sacrilegio. Pero aun en medio de esta confesión llana se puede rebajar lo que ponderó la malicia del contrario; así como aun nuestros esclavos confiesan lo malo que hicieron, pero disculpándolo en parte. Otras cosas las disminuiremos como dejando de contarlas; verbigracia: No le llevó al templo el deseo e intención de robar, ni buscó tiempo y ocasión para hacer su hecho como quiere el contrario, sino que hallándole mal custodiado se dejó arrebatarse de la codicia del dinero; pues en arca abierta aun el justo peca. Pero al cabo, ¿qué importa esto? Cometió el hurto. No es del caso defender el delito cuando el reo no rehúsa que se le castigue. A veces haremos como que condenamos la acción.

Alguna vez conviene preparar los ánimos de los jueces con alguna proposición adelantada, que favorezca la causa y luego hacer la narración. Supongamos que todas las circunstancias de la causa condenan a tres hijos, que habiendo intentado el parricidio, entraron por la noche donde dormía su padre cada uno de por sí, y no habiendo podido lograr su hecho, se lo contaron después que despertó. Si en este caso el padre, que después los dejó herederos los defendiese del parricidio<sup>150</sup>, dijese de -206- esta manera: Para cumplimiento de la ley basta el que se acuse de parricidio a unos hijos cuyo padre no sólo vive, sino que los defiende. No hace al caso el contar la serie de la cosa, porque esto nada importa para la ley; pero si pedís de mí la confesión de mi falta, confieso que fui riguroso con ellos y no les permití que manejasen de su patrimonio ni un cuarto, cuando ya eran capaces de administrarlo. Y después dijera: A este atentado los movieron otros que tenían padres más indulgentes; pero siempre caminaron en el supuesto, como se ha visto después, de que nunca podrían salir con ello. Y si hubieran tenido otra intención, no era posible descubrirlo ni por medio del juramento, ni de la suerte, pues cada uno hubiera cuidado muy bien el no descubrirse. Todo esto último, digo, se oiría con menos indignación hecha ya aquella primera salva.

Pero cuando se trata de si hizo la cosa o de qué manera, si la narración es toda contra nosotros, ¿cómo queremos evitarla sin faltar a lo sustancial de la causa? Por ejemplo: hizo ya su narración el acusador, pero no de modo que declarase solamente lo que pasó, sino que hizo la cosa odiosa y nos la puso en mal estado; juntáronse a esto las pruebas y la peroración, que dejó llenos de indignación a los jueces. Es muy natural que el juez espera nuestra relación. Si no la hacemos forzosamente, creerá que es cierto cuanto dijo el contrario y en la forma que lo dijo.

¿Y qué haremos en este caso? ¿hemos de decir lo mismo que el contrario? Si se trata solamente de la cualidad del hecho porque convenimos ya en que se hizo la cosa, entonces contaremos lo mismo que el contrario, pero de otro modo, alegando otros motivos y razones que movieron a hacerla. Asimismo disminuiremos algunas cosas en la narración, disculparemos la lujuria con el nombre de -207- genio alegre, la avaricia

con el de parsimonia y el descuido con el nombre de sencillez. (Nos ganaremos la clemencia del juez con el semblante, voz, ademán y modo de decir, pues a veces la misma confesión del delito suele mover a ternura a los oyentes).

Ahora pregunto yo: o han de defender lo que no relataron o no. Porque si no lo defienden ni lo relatan, perdieron ya el pleito. Pero si lo han de defender, conviene el proponer primero lo que después hemos de probar con razones. ¿Y por qué no apuntaremos también lo que se puede refutar? pues para conseguir esto es necesario insinuarlo. Y si no ¿qué otra diferencia hay entre la confirmación y narración, sino que ésta no es más que una continua proposición de las pruebas y la confirmación una prueba congruente de la narración?

Consideremos, pues, si esta narración conviene que sea algo difusa y si debemos extendernos en ella a causa de la preparación y argumentos; argumentos, digo, no argumentaciones, pues es muy útil el insinuar que después probaremos lo que entonces contamos solamente; añadiendo que en la primera exposición de la cosa no se puede llegar a conocer toda su verdad, que esperen un poco de tiempo y suspendan el juicio por un breve rato sin perder las esperanzas. Últimamente, no se debe omitir nada de aquello que puede contarse de distinto modo que el contrario lo relató. A no decir que en semejante causa son ociosos los exordios, ¿pues qué otra cosa conseguimos con ellos que el preparar el ánimo del juez para lo que ha de oír? Lo cual nunca tiene más uso que cuando los jueces se hallan preocupados contra nuestra causa.

En las de conjetura, donde se averigua el hecho solamente, la narración no ha de ser de la cosa que se busca, sino de las que son indicio de ella. Lo que no referirá de una misma manera el acusador que el reo, pues aquél lo -208- contará haciendo sospechosa la cosa y éste desvaneciendo toda sospecha.

Pero me dirán<sup>151</sup>: hay algunas razones, que amontonadas sirven de algo y por sí solas nada valen. Esta objeción no se encamina a dudar si se ha de usar de narración si no de cómo se ha de hacer. Pues ¿qué impide el acumular en la narración lo que favorece a la causa? ¿el prometer que lo probaremos después? ¿y aun el dividir la narración añadiendo las pruebas de lo primero y pasar luego a lo demás?

Dígolo porque no me cuadra la opinión de que con el mismo orden con que sucedió la cosa con ese mismo se debe contar sino del modo que más acomode; para lo cual hay varias figuras. Algunas veces fingimos que se nos pasó por alto una cosa, que luego decimos en mejor ocasión; otras decimos que volveremos a contar parte de lo que hemos dicho para que la cosa se ponga más en claro, otras; por último, habiendo ya contado la cosa, añadimos los motivos que antecedieron a ella. Lo cierto es que no hay ley ni precepto que prescriba el orden que debe guardarse en la defensa. El mismo asunto y las circunstancias dirán lo que conviene, pues según es la herida así ha de ser su cura, y cuando ésta debe dilatarse basta el atarla.

Tampoco condeno el repetir una misma cosa muchas veces, como lo hizo Cicerón defendiendo a Cluencio; lo cual en las causas de estafas y otras complicadas no solamente se permite, sino que debe hacerse: pues sería una locura -209- dejar lo que pide la causa por observar los preceptillos del arte. Es ya costumbre que la narración anteceda, para que no ignore el juez lo que se trata. ¿Pues por qué no se contará cada cosa de por sí cuando hemos de probarla o refutarla separadamente? Cualquiera que sea el mérito de mis experiencias, de mí sé decir que muchas veces lo he observado en el foro, y merecí la aprobación de los inteligentes y jueces; y no pocas veces me encomendaron algunos el disponer la defensa y orden que debían guardar en sus pleitos. Esto no lo digo por arrogancia, pues vivos están algunos que me darían con la mentira en los ojos si mintiera, porque me acompañaron en el ejercicio del foro. Esto no quita que por lo común sigamos el orden natural, porque hay cosas que el invertirlas es un

yerro enorme: como si dijéramos primero que parió y luego que antes había concebido; que se abrió el testamento, y después que primero se había cerrado. En este caso conviene callar lo segundo.

Hay algunas narraciones falsas, de las que hay dos especies en las causas forenses. Una fundada en los instrumentos, como cuando dice Clodio, confiado en los testigos, que en el tiempo en que le acusaban haber cometido el incesto en Roma estaba él en Ponte Corvo. La otra, que depende de la habilidad del orador.

De cualquiera de las dos que nos valgamos, lo que se finja sea verosímil en primer lugar, y además de eso corresponda a las circunstancias, y guarde tal orden, que se haga creíble: por último, si es posible, tenga trabazón lo que fingimos con alguna cosa verdadera, y se pueda probar con alguno de los argumentos de la causa. Porque si todo lo que decimos no tiene ninguna relación con ella, descubrimos nuestra mentira.

Sobre todo debe evitarse un vicio harto común en los que fingen, y es el que no se les escape alguna contradicción. Porque hay ciertas cosas que oídas en sí lisonjean -210- al oído, pero después no dicen bien con el todo. Además de esto no han de ser repugnantes a lo que conocidamente es verdadero. Debe también el orador no olvidarse en lo restante de la oración de lo que ha fingido, porque fácilmente suele borrarse lo que no se funda en verdad y es muy verdadero el dicho común que el mentir pide memoria.

Ya que finjamos, sea cosa que no pueda contradecir algún testigo: porque hay cosas que podemos fingir a nuestro antojo, como que nosotros sólo lo sabemos; otras de que sólo tuvieron noticia o pudieron tenerla los que ya murieron, y entonces nadie nos desmentirá; o uno a quien favorece igualmente que a nosotros la mentira, el cual no hay miedo que lo niegue: y aun alguna vez podemos fingir cosa que el contrario sabe ser falsa, pero sea cuando estamos seguros que a él no se le ha de dar crédito. Si lo que fingimos tiene visos de sueños y superstición, es cosa muy liviana para que tenga valor.

No basta dar buenos coloridos a la cosa en la narración sino los conserva en toda la causa, mucho más cuando la mayor prueba de una verdad es que siempre aparezca constantemente la misma. Como aquel truhán que dice ser hijo suyo un joven extrañado tres veces y dado por libre por un hombre rico; tendrá algún honroso título para probarlo, diciendo que la pobreza le movió a exponerle, y el tener su hijo en casa de aquél le obligó a mil truhanerías; y que, por lo mismo que no era padre suyo el rico, le había extrañado sin motivo alguno. Porque si no manifestara en todo un ardentísimo amor de padre, el odio de aquel hombre rico y el miedo por un hijo que sabe se halla en tanto peligro por estar en una casa donde tanto le aborrecen; si todo esto, digo, no lo pinta con vivos colores, caerá en sospecha de que es un engañador y que pretende lo que no es suyo.

3.<sup>a</sup> Cuando la narración en parte nos favorece y en -211- parte no, entonces la causa dirá si se ha de dividir o no. Porque cuando lo que nos daña es mucho más, lo que nos favorece quedará confundido y no hará bulto. En este caso convendrá partir la narración, referir y ponderar largamente lo que hace a nuestra causa, y contra lo demás valernos de los medios dichos. Si lo que nos favorece es más que lo que nos daña, haremos seguida la narración, pero confundiendo lo último con lo primero para que tenga menos fuerza. Pero esta narración no ha de ser desnuda, sino que la vestiremos con algunas razones que aseguren lo uno y hagan menos creíble lo otro: pues no haciendo esta distinción, puede temerse que lo bueno se eche a perder con lo malo, a que va junto.

IV. Suelen también decir algunos que no tenga digresiones la narración, que apartando el razonamiento del juez no se dirija a otra cosa, que no introduzcamos hablando a otras personas y que no se muevan cuestiones. Otros añaden que no conste de afectos. Todo

lo cual debe observarse comúnmente; o, por mejor decir, nunca se ha de omitir, si alguna causa no obliga, para que la narración quede clara y breve.

Por lo que hace a la digresión, ninguna cosa puede tener menos entrada que ella: y si hiciéremos alguna, sea muy breve, y tal que manifestemos que nos ha obligado a ello un afecto poderoso. Así Cicerón con las bodas de Sasia: ¡Oh maldad increíble de mujer, y nunca vista sino en esta ocasión! ¡Oh liviandad desenfrenada y sin límites! ¡Oh atrevimiento sin igual! ¡No haber temido, ya que no el rigor de los dioses y lo que diría el mundo, a lo menos aquella noche, aquellas teas nupciales, aquel aposento, donde había de dormir, el lecho de la hija, y las paredes que fueron testigos de las bodas antecedentes! (Pro Cluentio, número 45)

Alguna vez el apartar el razonamiento de la persona del juez, siendo por muy poco tiempo, declara con más brevedad la cosa y sirve para reprender con más viveza. Y -212- así digo lo mismo del exordio y de las prosopopeyas: pues no solamente lo practicó así Servio Sulpicio defendiendo a Aufidia, cuando dice: ¿Diré que estuviste dormido, o poseído de un profundo letargo? sino también el mismo Cicerón, hablando de los capitanes de navío, pues allí hace una exposición de la cosa: Si quieres ver al hijo, has de dar tanto. En la oración de Cluencio, aquel coloquio de Estalento y Bulbo ¿no contribuye muchísimo a hacer verosímil la narración y hacer creíble la cosa? Y para que se vea que no lo hizo sin reflexión (aunque esto de Cicerón no es creíble) dice él mismo en las particiones oratorias (número 31, 32) que la narración tenga dulzura, admiraciones, que ponga en expectativa, que haya en ella terminaciones que no se esperaban y se introduzcan personas hablando entre sí, y aun todos los afectos.

Argumentar nunca conviene en la narración, aunque alguna vez sí insinuar algún argumento. Así Cicerón, en la causa de Ligario, dice que de tal modo gobernó la África, que a él le convenía hubiese paz. Cuando la necesidad obligue a ello, apuntaremos brevemente la razón y causa de los hechos. La narración no se ha de hacer como quien relata, sino como quien defiende. La serie de la causa de Ligario es ésta: Quinto Ligario marchó al África en compañía del cónsul Gayo Considio. ¿Y cómo lo cuenta Cicerón? Quinto Ligario, pues, se marchó al África en compañía del cónsul Considio, y en calidad de lugarteniente, cuando no había la menor sospecha de guerra. Y en otro lugar: No solamente no llevaba pensamiento de ir a hacer guerra, pero ni aun sospechando pudiese haberla. Bastando el decir para informar a los jueces: Quinto Ligario no quiso enredarse en ningún negocio, añadió: cuidando tan solamente de dar vuelta a su casa y ver a los suyos, etc., y de este modo hizo más creíble la cosa y movió los afectos.

Por lo que me admiro tanto más de los que dicen que no se han de mover éstos en la narración. Si dijera que -213- no se han de mover tanto como el epílogo, convengo con ellos, pues en aquella parte no conviene ser molesto ni pesado. Por lo demás, ¿por qué no he de querer mover al juez, a quien estoy informando? ¿Por qué no procuraré lograr al principio de la oración lo que he de hacer al fin de ella, mucho más cuando por medio de las pruebas hallaré los ánimos inclinados a ello, por estar poseídos de ira o misericordia?

¿Por ventura el mismo Cicerón no emplea todo el caudal de los afectos, cuando cuenta el castigo de azotes dado a un ciudadano romano, ya ponderando la circunstancia de la persona, ya la del lugar y del inhumano castigo, y ya últimamente la tolerancia con que los sufrió? (7.<sup>a</sup> Verrina). Ciertamente manifiesta la heroicidad del sujeto, que siendo azotado, ni dio un gemido, ni hizo plegaria alguna, sino decir a voces que era ciudadano romano, valiéndose de sus fueros y moviendo el aborrecimiento del que le azotaba. ¿No movió la indignación de los oyentes, ya cuando exponía la desgracia de Filodamo, ya cuando hizo derramar lágrimas a vista del suplicio? ¿y cuándo no tanto cuenta, cuanto introduce llorando a un padre por la muerte de un hijo, y al hijo por la del padre? (2.<sup>a</sup>

Verrina). ¿Puede haber algún epílogo de más ternura? En este caso aguardaríamos tarde a llamar los afectos en la peroración, pudiéndolo haber hecho en la narración; porque entonces el juez estaba como acalorado, y después ya le cogerá muy frío: y es materia imposible el sacar al ánimo del estado en que una vez se halla.

V. Por lo que a mí toca (porque quiero poner mi opinión, aunque cuanto digo, más quiero confirmarlo con ejemplos que con reglas) soy de parecer que la narración debe trabajarse con tanto esmero y adorno como cualquier otra parte de la oración: aunque debe siempre tenerse presente el asunto de ella.

En los de poca monta, cuales son los particulares, el -214- adorno sea moderado y como pide la cosa: las palabras que en la confirmación, aunque sean más valientes y atrevidas, fácilmente se disimulan entre los períodos y rodeos, aquí deben ser muy comedidas, muy claras, y que tengan particular significación, como quiere Zenón: la composición gustosa y no afectada: las figuras ni poéticas, ni huelan al modo de hablar de los antiguos apartándose del uso común. El estilo debe ser muy puro, que evite el fastidio con la variedad, y agrade con la diversa manera de decir: de forma que ni terminen todas las cláusulas del mismo modo, ni tengan un mismo número de palabras. Pues como la narración de suyo carece de otros adornos, si le falta esta gracia que le es propia estará muy desmayada. En ninguna otra parte de la oración está el juez más atento, y así no pierde palabra. Fuera de que no sé por qué damos más crédito a lo que con gusto oímos, y este mismo gusto nos hace la cosa más verosímil.

Cuando ocurra asunto de más entidad, podremos contar un delito atroz moviendo la ira contra él, y si es cosa triste, la compasión: no de modo que agotemos todos los afectos, sino que echemos ya las líneas de lo que será la cosa. Ni desaprebo el recrear con alguna sentencia los ánimos cansados y más si es breve; verbigracia: Los esclavos de Milón hicieron en este lance aquello mismo que cualquiera quisiera hicieran los suyos. O con una sentencia que dé golpe, como: Casose la suegra con el yerno con ningún agüero bueno, sin que ninguno hubiese concertado las bodas; en una palabra, contra la voluntad de todos los dioses. (Pro Cluentio) Que si esto se permitía cuando más se atendía a la utilidad que a hacer alarde del talento, y cuando el rigor de los tribunales estaba en su punto, ¿cuánto más deberá hacerse ahora, cuando por solo antojo se pone una demanda contra la hacienda y aun contra la vida de cualquiera? Y ya a su tiempo diré hasta dónde se debe permitir esta licencia. Entretanto confieso que debe darse en esto algún ensanche.

-215-

VI. Contribuye mucho para hacer creíble la cosa, el poner alguna imagen que la haga presente a los oyentes.

Ni tampoco callaré cuánto contribuye a hacer creíble la narración la autoridad de quien cuenta; la que debemos procurar conciliarlos, ya con la buena conducta, ya también con el mismo modo de decir. Y cuanto más grave y serio, tanto más peso dará a nuestro razonamiento. Por tanto debe evitarse en esta parte de la oración toda malicia y fingimiento, porque de ninguna cosa se recelan más los jueces que de esto. Hemos de hacer ver que la justicia la lleva consigo la causa, y no que la procuramos con nuestro discurso. Pero somos de tal condición que nos imaginamos que se malogra nuestra habilidad si no hacemos alarde ella; siendo muy al contrario, que entonces se malogra el arte cuando se descubre. Pendemos únicamente de la alabanza, y no nos proponemos otro fin. De aquí nace que, queriendo adelantar en la fama y opinión de los oyentes, perdemos para el concepto de los jueces.

-216-

### Capítulo III. De las digresiones

La digresión no es siempre necesaria después de la narración.-Cuándo tiene cabida en ésta.-Por lo común es útil antes de la confirmación.-Es de varias maneras.-Tiene lugar en cualquier parte de la oración.

La narración, según el orden natural, precede a la confirmación, pues debemos probar lo que primero hemos contado para este fin. Antes de hablar de esto, quiero decir algo de la opinión de algunos.

Acostumbran los más al fin de la narración tratar algún lugar brillante con que conciliarse el aplauso lo más que puedan. Dimanó esta costumbre de la ostentación de los declamadores, y después se introdujo en el foro, cuando comenzaron a defenderse las causas, más por lucirse los abogados que por mirar por el litigante. Hiciéronlo con el fin de que, pasando inmediatamente de la sequedad de la narración (que por lo común es concisa) al choque y pelea de los argumentos en la confirmación, antes de la cual calmaron por algún tiempo las bellezas del discurso, no pareciese esta transición fría y desapacible.

En lo cual hay de malo que siempre lo practican así sin atender a los asuntos, y a que sea útil como si siempre conviniese o fuese necesario. De aquí sucede que, por amontonar en esta parte pensamientos sobre pensamientos, los quitan de otras con peligro de volver a repetir después lo mismo, o de no poder usar de ello cuando conviene por estar dicho donde no caía tan bien.

-217-

Mi opinión es que no solamente en la narración, en cualquier otra parte debe explayarse de este modo el orador si lo pide la necesidad y lo permite el asunto. En todo el discurso puede usar de esta digresión, pero de modo que pegue con todo lo demás y no deje como desunida la oración si la unión es violenta. Y no hay unión más natural que la que tiene la confirmación con la narración, exceptuando aquellas digresiones que son como término de la narración y principio de la confirmación. Las cuales tendrán lugar, verbigracia, cuando acabando de contar un lance demasiado atroz, seguimos con el mismo acaloramiento que dé a entender que nos ha arrebatado la indignación. Esto se entiende cuando lo que objetamos al contrario no admite duda; fuera de esto, primero es hacer creíble la cosa que abultarla, porque antes de probar la culpa, la justicia está de parte del reo y cuanto más enorme es, tanto más cuesta el probarla.

Lo mismo puede hacerse muy bien cuando habiendo contado los beneficios hechos al contrario se culpa su ingratitud, o si después de hecha relación de los varios delitos que cometió, representamos el peligro que de ellos amenaza; pero todo esto conviene tocarlo con brevedad, porque el juez lo primero que aguarda después de la narración es oír las pruebas de lo relatado, y ver las razones de la sentencia que va a dar. Pero cuídese sobre todo de que los ánimos, cansados de oír y distraídos en otra cosa, no se olviden del asunto principal.

Y así como no siempre es necesaria esta digresión después de la narración, así también convendrá hacerla alguna vez para que sirva de preparación a la cuestión, mucho más, cuando a primera vista no nos favorece la causa si pretendemos defender una ley demasiado dura, o se trata de que se castigue a alguno. En este caso esta digresión es como un exordio que nos conciliará al juez en las pruebas que vamos a dar, lo cual haremos con tanta más libertad -218- y empeño, cuanto ya el juez está enterado de la causa. Será como un lenitivo que suavizará la dureza de nuestra pretensión para que el juez reciba con mejores oídos lo que dijéremos y no se nos manifieste contrario. Pues cuando se oye con repugnancia una cosa, imposible es el persuadirla. Conviene también conocer la condición del juez si es adicto a la ley o si es inclinado a la equidad

natural, y, según esta regla, será más o menos necesario el prepararle de antemano. Por lo demás, la misma digresión después de la cuestión tiene lugar de epílogo.

A esta parte llaman los griegos *parecbasis* y los latinos *digresión*. Semejantes digresiones tienen lugar en las demás partes de la oración; tales son las alabanzas de personas y lugares, las descripciones de algunos países y varias narraciones ya falsas, ya verdaderas. Semejante a éstas es aquella alabanza de la Sicilia, y la narración del rapto de Proserpina en las oraciones contra Verres, y en la de Lucio Cornelio aquella reseña que hace de las prendas de Pompeyo para ganarse el favor del pueblo. Para contar lo cual dejó su asunto comenzado aquel divino orador, como si el nombre de un general tan consumado como Pompeyo le detuviera, dice él, la carrera emprendida.

Digresión es también (a lo que yo entiendo) el tratar extraordinariamente de cosa distinta del asunto, pero que tiene con él alguna relación. Y así no entiendo por qué le dan lugar en la narración y no en otra parte, como tampoco sé la causa por qué se da este nombre de digresión a lo que se trata de esta manera fuera del asunto, cuando hay otros mil modos de separarse la oración del principal intento; pues todo aquello que se dice fuera de aquellas cinco partes que pusimos arriba es digresión, como el irritarse, compadecerse, el mover el aborrecimiento del contrario, el echarle algo en cara, el excusarse, el conciliarse el favor del juez y el rebatir lo que imputan. Lo mismo podemos decir de cuanto está fuera de la cuestión, como -219- cuando ponderamos o disminuimos una cosa y el movimiento de afectos; en una palabra, cuanto conduce para adornar la oración, como el tratar del lujo, de la avaricia, de la religión y de las obligaciones del hombre. Pero como esto tiene unión con las pruebas del asunto, no parece digresión.

Hay no obstante algunos lugares que, aunque no tengan unión con los demás, con todo eso se trata en la oración, ya para recrear al juez, ya para amonestarle, aplacarle, suplicarle o alabarle. A este tenor hay mil cosas, unas que llevamos prevenidas de antemano, otras que allí mismo se ofrece ocasión y motivo de decirlas, ya porque interrumpen algunos nuestro razonamiento, ya porque entró alguna persona, ya por algún accidente impensado. Aun el mismo Cicerón hizo por necesidad una digresión en la defensa de Milón en el exordio de ella, como lo manifiesta la oracioncita que dijo<sup>152</sup>. A este tenor podrá hacerla cualquiera cuando antes de la cuestión tiene que hacer alguna advertencia, o después de acabada la confirmación quiere recomendar su causa. Pero si esto sucede en medio de ella, debe ser muy breve y volver luego a su asunto.

-220-

#### Capítulo IV. De la proposición

Dicen algunos que la proposición, como parte de la causa judicial, debe seguir a la narración. A cuya opinión respondo diciendo que por proposición entiendo el principio de toda confirmación. Ésta no solamente se pone antes de las pruebas, sino algunas veces al principio de cada una de ellas<sup>153</sup>, aunque ahora hablamos de la primera.

No siempre es necesaria porque sin ella se sabe el punto principal de la cuestión, como cuando ésta comienza donde concluye la narración. De manera que a veces a esta narración se le añade una breve suma de ella, y que corresponde a lo que en las pruebas llamamos *recapitulación*; verbigracia: Pasó esto, oh jueces, en el modo que llevo dicho; el que ponía las asechanzas fue vencido, y se rechazó la fuerza con la fuerza, o, por mejor decir, el valor superó al atrevimiento.

Algunas veces es muy útil la proposición, como cuando no pudiéndose defender el delito, solamente se trata del fin con que se cometió, como en la causa de aquél que robó del templo el dinero de un particular: Se le hace reo de sacrilegio: el sacrilegio es

de lo que se trata, para advertir al juez que su único oficio por entonces es sentenciar si es el delito tal como se supone. Asimismo cuando la causa es oscura y enredosa.

-221-

Hay proposiciones simples y otras que comprenden dos o más puntos. Esto puede suceder de varios modos. O porque encierra en sí varios delitos, como cuando le acusaban a Sócrates de que corrompía a la juventud y de novedades en punto de religión; o porque contiene muchas cosas, pero que la una depende de la otra, como si a Esquines se le acusa de que desempeñó mal su embajada, de que faltó a la verdad, no hizo nada de lo que se le encargó, que se detuvo más de lo que debía y que se dejó sobornar. Si cada una de estas partes se propone separadamente para probarla, claro es que serán otras tantas proposiciones: si se proponen todas juntas se llamará partición o división<sup>154</sup>.

Otras veces va disimulada la proposición, y no suena como tal como cuando hecha la narración decimos: De esto vamos a tratar, que es como poner alerta al juez para que aplique más la atención a lo que sigue, y advierta con este aviso que ya se terminó la narración y que sigue la confirmación, y para que cuando damos principio a ésta comience a atender como de nuevo.

-222-

## Capítulo V. De la división

I. Cuándo y por qué motivos no usaremos de la división.-II. Qué ventajas trae.-III. Sus propiedades.

División no es más que una enumeración de las proposiciones de nuestro asunto, o del contrario, o de ambos.

I. Opinan algunos que siempre debe hacerse, porque queda más clara la causa y el juez más atento y menos confuso, si decimos lo que tratamos en primero y segundo lugar, etc. Otros lo tienen por cosa arriesgada, ya porque suele olvidarse el orador de alguno de los puntos propuestos, ya porque si la división no se hace bien, lo advertirá el juez o el contrario. Pero esto no sucederá sino al que sea muy lerdo o enteramente negado, y no lleve meditado de antemano lo que va a decir. Porque ¿qué cosa da más claridad a la oración que una división hecha con juicio? Esto es seguir el orden que la naturaleza nos enseña, y no hay mayor auxilio de la memoria que el seguir este orden natural.

Y así no apruebo a los que dicen que no debe comprender más que tres puntos<sup>155</sup>: aunque es verdad que siendo muchos, confunden la memoria del juez y no fijará tan bien la atención. Pero no se ha de poner término fijo, pues habrá causas que requieran más larga división.

-223-

Ocurren también motivos para omitirla, cual es el que da más gusto la oración cuando no tiene visos de estudiada de antemano, sino que parezca se discurre allí mismo lo que se dice. Por eso son tan lindas aquellas figuras: Ya se me olvidaba; se me había pasado el decir; a buen tiempo me avisas, etc. Porque sentadas ya las pruebas, todo lo que así se dice tiene particular gracia.

También conviene engañar en cierto modo al juez y sorprenderle de varios modos, para que entienda que se dirige lo que decimos a otra cosa muy distinta de lo que parece. Porque hay algunas proposiciones tan duras de suyo, que si las oye como son en sí, pondrá tan mal gesto como el enfermo que vio la lanceta antes de la cura. Y si el orador coge al juez desprevenido y sin haber hecho alguna salva para ganarle, no logrará que dé crédito a lo que propuso.

Debe también evitarse el proponer cuestiones muy diversas y mucho más el tratarlas, y cuando ocurra se procurará con los afectos distraer la atención de los oyentes, que no tanto se emplea la elocuencia en enseñar cuanto en la moción de afectos. A lo cual perjudica muchísimo la división demasiado escrupulosa en muchos puntos cuando intentamos y nos interesa el que no se entienda mucho la causa.

Fuera de que hay cosas que de por sí son débiles y flacas, pero juntas valen algo, y en este caso hemos de amontonarlas y presentarlas a un mismo tiempo para hacer guerra al contrario; pero esto no ha de ser muy común, y sólo cuando lo pida la necesidad, cuando la razón nos obliga a ir contra la razón.

Además de esto en toda división hay algún punto muy interesante, y los demás míranse como superfluos. Y así cuando hay que oponer o refutar varios delitos, será útil y gustosa la división, para que se conozca por el orden lo que hemos de decir de cada cosa. Mas si defendemos un -224- solo delito por varios modos, es ociosa, como si hiciéramos esta división: Diré que en este hombre a quien definiendo no se hace creíble un homicidio; que no tuvo motivo para ello; que cuando se hizo la muerte estaba a la otra parte del mar. Todo lo que dijeres antes de probar el último miembro es ocioso, pues esto es lo que el juez quiere oír cuanto antes, y si es sufrido, con su mismo silencio estará diciendo al abogado que lo pruebe y cumpla lo prometido; cuando no lo pretenda con toda autoridad si la tiene y con términos picantes, o por ser de natural rústico, o porque le llaman otras ocupaciones.

Así es que no falta quien reprenda aquella partición de Cicerón en la causa de Cluencio: promete hacer ver que ningún hombre se vio en tribunal alguno más cargado de delitos ni con testigos más abonados que Opiánicos; en segundo lugar: que los jueces que le condenaron, sentenciaron ya antes otras causas de él semejantes; y, por último, que no intentó Cluencio sobornar a los jueces, antes lo intentaron otros contra él. Pues probado esto último, lo demás importa nada. Al contrario, ninguno habrá tan injusto ni tan negado que no diga estar bien hecha aquélla de la causa de Murena: No ignoro, jueces, que son tres las partes de la acusación: una se reduce a poner mácula en la vida del reo, otra a la alteración sobre la dignidad y otra al delito del soborno. Porque aclarando la causa, no contiene ninguna cosa ociosa.

Algunos tampoco aprueban aquel modo de defender: Si le hubiera muerto, motivo tuve para ello; pero no le maté. ¿A qué lo primero, dicen, siendo lo segundo cierto? Esto es perjudicarse a sí mismo, y no merecer el crédito en lo uno por querer probar lo otro. No les falta razón, pues el segundo miembro basta, siendo cierta la cosa. Pero si temiéremos no salir con lo que importa más, probaremos lo uno y lo otro, porque alguno suele moverse con lo que a otro no le hace mella, y el que se persuadió que se cometió - 225- la muerte, quizá creerá que está bien hecha; al contrario, el que no se persuada hubo razón para hacerla, quizá no la creerá. Así como al tirador que es certero bástale una saeta; pero el que no atina, necesita de muchas para ver si con alguna acierta. Excelentemente prueba Cicerón en primer lugar, que Clodio armó lazos a la vida de Milón, y después, para mayor abundamiento, dice que, aun cuando no fuera así, le fue lícito quitar la vida a un ciudadano como éste, con mucha gloria del matador.

No por eso condeno el orden que dije arriba, pues dado caso que haya algunas cosas duras de su naturaleza, contribuyen para modificar lo que sigue después. Porque no carece de fundamento lo que comúnmente se dice: Pedir más de lo justo para que nos den lo justo. Mas no por eso se propase ninguno a más de lo que pide la razón, pues, como dicen los griegos: No debe pretenderse lo que es imposible el salir con ello.

Pero advierto que cuando usemos de estas dos maneras de defensa se ha de procurar que, creído lo primero, debe servir como de cimiento para fundar lo que decimos después. Porque puede parecer que quien confesó a su salvo una cosa no tenía

fundamento para mentir negándola, y cuando sospechemos que guarda el juez otra prueba que la que alegamos, debemos prometer el satisfacer cuanto antes a sus deseos, principalmente en causas que acarrear algún empacho.

Pues ocurren algunas que son de mal aspecto, pero tienen la justicia de su parte; en las que debemos prevenir al juez diciendo que dentro de poco oírás las razones de ser la cosa no sólo lícita, sino honrosa, que oigan con paciencia el orden de la causa, y entretanto fingiremos que tenemos que advertir algunas cosas, aunque les pese a los mismos a quienes defendemos. Así lo practica Cicerón sobre la ley de los tribunales. Algunas veces nos pararemos como si aquéllos nos interrumpieran. Otras nos -226- convertiremos a los mismos diciéndoles que nos dejen obrar con libertad. De este modo sorprendemos el ánimo del juez, y con la expectativa de las pruebas, que hacen la cosa honrosa y buena, oírás sin tanta repugnancia lo que hay en la causa de más duro que, habiendo dado oídos a esto, se mostrará más fácil y propicio para lo que hace buena la causa. De este modo lo uno ayuda a lo otro, y el juez atenderá a nuestra justicia con la esperanza de las pruebas y, sin perder de vista la ley, se nos manifestará más propicio.

II. Pero así como la división no siempre es necesaria, antes es ociosa alguna vez, así hecha a tiempo da mucha claridad y hermosura en la oración. Porque no sólo aclara más las cosas, sacándolas de confusión y presentándolas cada una de por sí a la vista del juez, sino que con sus diversas partes alivia la fatiga de los oyentes; no de otra manera que al caminante la demarcación y división de las leguas que va leyendo en las piedras del camino. Porque sirve de recreo el ver lo que llevamos andado y el saber lo que resta de camino, nos anima a seguir con calor, pues no nos parece largo un camino cuando, aunque lejos, vemos el fin. En esta división fue muy diestro Quinto Hortensio, aunque Cicerón le tacha algún tanto de que por los dedos llevaba la cuenta de los miembros. 1.<sup>a</sup> Verrina, 45.

Porque en hacerla hay su cierto término, debiendo cuidar que sus puntos no sean tan cortos que parezca constar de artejos, como los miembros del cuerpo humano. Esto, fuera de que hace pueril al orador, es causa de que los puntos de la partición no sean ya miembros, sino pedazos, y los que gustan de conseguir gloria de este modo, dividiendo tan menudamente su proposición, vienen a decir muchas cosas superfluas y a dividir lo que en la naturaleza es una sola cosa o, por mejor decir, no hacen muchas cosas, sino que las achican y disminuyen. Fuera de que con esta -227- división en tan menudas partes dan la misma obscuridad, para cuyo remedio se inventó.

III. La proposición, ya conste de uno o más miembros, lo primero de todo debe ser clara (pues ¿qué mayor monstruosidad que ser obscura aquella parte cuyo único fin es dar luz a lo restante de la oración?), y en segundo lugar tan breve que no contenga ni una palabra ociosa, pues en ella sólo insinuamos lo que después hemos de decir por extenso.

Pero cuídese que no le falte ni sobre nada. Es redundante la proposición cuando dividimos en sus especies lo que basta dividirlo por el género, o cuando, puesto el género, añadimos la especie; verbigracia: Hablaré de la virtud, de la justicia y templanza; siendo estas especies de aquel género.

La división propone aquello en que convenimos y aquello de lo que se duda. En lo que convenimos, esto es, qué es lo que confiesa el contrario y qué nosotros. De lo que se duda; esto es, lo que tenemos que decir, a qué se reduce nuestra causa y a qué la del contrario. Pero entiéndase que es un defecto muy feo no seguir la oración el mismo orden de cosas que propuso.

Libro quinto

Proemio

Manifiesta cuán necesario es al orador alegar sus pruebas. Primero tratará de las que convienen a todo género de cosas, y después de las que son peculiares de cada una.

Hubo retóricos, y de bastante nombre, que dijeron que al orador sólo tocaba el enseñar. Porque la emoción de afectos la destierran ellos por dos razones. Primera, porque toda pasión, dicen, es vicio. Segunda, porque no conviene apartar al juez de la verdad con el movimiento de la misericordia, ira y otras tales: y el deleitar (añaden los tales) cuando sólo peroramos para triunfar con la verdad, no sólo es ocioso, sino tal vez indigno del hombre. Pero la mayor parte, dando entrada también a estos dos oficios, dijeron que lo que principalmente debe cuidarse es confirmar nuestro asunto y refutar al contrario.

Sea como quiera (porque no quiero en este lugar proponer mi dictamen), este libro, en opinión de ellos, será de singular utilidad; pues en él sólo tratamos de las pruebas, lo cual también se da la mano con lo que llevamos dicho de las causas judiciales. Porque tanto el exordio como la narración no hacen más que preparar el ánimo del juez para que entienda el estado de la causa; que sin este fin fuera ocioso cuanto hemos hasta aquí prevenido. Finalmente, -230- de las cinco partes que hemos puesto para las oraciones judiciales, habrá ocasión en que alguna no sea precisa; pero no habrá pleito alguno que pueda pasar sin confirmación. Nos parece ahora lo mejor el decir primero lo que sirve para todas las causas, y después lo que cada una tiene de particular.

-231-

#### Capítulo I. De la división de pruebas

Las pruebas unas son tomadas de fuera de la causa, otras de la misma causa. Primero se trata de las primeras.

Aristóteles hizo una división de pruebas, comúnmente admitida casi por todos. Es a saber, unas tomadas de fuera de la causa; otras tomadas de ella misma y sacadas como del fondo de la causa. Por donde a las primeras les dan el nombre de inartificiales y de artificiales a las segundas<sup>156</sup>. A las primeras pertenecen los juicios anteriores, la voz común, tormentos, escrituras públicas, juramento y testigos, a las que por la mayor parte se reducen las pruebas de las causas forenses. Pero así como semejantes pruebas carecen de arte, así debe el orador emplear todas sus fuerzas en ponderarlas y en refutarlas. Y así me parece que se debe desechar la opinión de los que dicen que en ellas no tienen ningún lugar los preceptos: aunque no es mi intención el abarcar en este lugar las opiniones en pro y en contra. Porque no pretendo el tratar por extenso de los lugares oratorios, que ésta sería obra infinita, sino dar alguna idea y noticia de ellos. Los cuales sabidos, debe cada cual hacer lo posible para manejarlos, y a semejanza de ellos discurrir otras pruebas, según lo pida la naturaleza de la causa; porque es imposible el comprender todas las que están ya tratadas, para no hablar de las que pueden ofrecerse.

-232-

#### Capítulo II. De los juicios antecedentes

Los juicios antecedentes son de tres maneras. Unos se fundan en cosa semejante a nuestra causa y sentenciada ya, que llamaremos mejor ejemplo, como sobre un testamento anulado por un padre o confirmado contra los hijos. Otros en los juicios pertenecientes a la misma causa, de donde tomaron el nombre, como los que se tuvieron

contra Opiánico, y los del senado contra Milón. Otros se fundan en sentencia dada ya sobre el mismo asunto; como la causa sobre reos desterrados, o aquélla en que se trata por segunda vez sobre la libertad de alguno, siendo una de ellas por los centunvirov divididos en dos salas<sup>157</sup>.

Los juicios antecedentes reciben su fuerza de la autoridad de los primeros jueces y de la semejanza que tienen con la causa. Deséchanse poniendo tacha en los jueces, aunque esto no es común, sino cuando abiertamente faltaron a la justicia. Porque cada uno quiere que se tenga por válida la sentencia que dio su predecesor, y no quiere sentenciar contra él, por no hacer ejemplar que otros imiten después contra sí mismo. Luego en semejante lance procurará el orador hacer ver que la causa presente no es semejante en un todo a la antecedente, y más cuando apenas hay dos pleitos en los que concurren unas mismas circunstancias. Si la causa fuere en todo semejante a la -233- primera, entonces o culparemos al abogado que no supo defenderla, o el poco valimiento de las personas contra quienes se dio la sentencia, o diremos que entonces intervino algún soborno, mala voluntad o ignorancia; o si no, decir alguna circunstancia o nuevo motivo que obligue a no seguir la primera sentencia. Si no podemos asirnos de nada de esto, diremos en general que concurren varias causas para dar alguna injusta sentencia, alegando la condenación de Rutilio<sup>158</sup> y la absolución de Clodio<sup>159</sup> y Catilina<sup>160</sup>. Se ha de suplicar a los jueces que examinen la cosa y no defieran al dictamen ajeno en un asunto en que les obliga el juramento. Contra las sentencias dadas por el senado o por los príncipes y magistrados no hay efugio ninguno, sino el asirnos de alguna diferencia que haya en nuestra causa, aunque pequeña, o de algún decreto posterior de alguna persona que tenga igual o mayor autoridad y poder y que anule la primera sentencia, y si esto falta no hay por donde pleitear.

-234-

### Capítulo III. Del rumor y de la voz común

Si nos valemos de la voz común, diremos ser ésta el consentimiento de la ciudad y como un público testimonio. Si la queremos refutar, diremos que la fama es una voz vaga sin autor fijo que la apoye; que nace de la malicia y toma cuerpo con la credulidad; que de sus tiros ni el más inocente se ve libre, pues los enemigos (sin los que ninguno vive) siempre extienden y publican estos falsos rumores. Para uno y otro ocurrirán ejemplos a millares.

-235-

### Capítulo IV. De los tormentos

Con la prueba de los tormentos, que es muy común, sucede lo mismo, pues unas veces diremos que es el único medio para saber la verdad, otras que sirve muchas veces para decir lo que no hay. Porque si el reo tiene sufrimiento para aguantar el tormento, fácil le será llevar la mentira adelante; si no lo tiene, esto mismo le obligará a confesar lo que no hizo. Pero ¿para qué más? Llenas están de esta materia las relaciones de antiguos y modernos; aunque según las diferentes causas que ocurran, podremos hacer uso de esta prueba. Porque si se trata de poner a uno a cuestión de tormento, importará el saber quién pide o de quién se busca este género de prueba, a quién y por qué motivo. Si se dio ya el tormento, interesa saber quién lo dio, cómo y a quién; si lo que dijo en él se hace creíble; si siempre dijo lo mismo, o si en fuerza del dolor varió el atormentado en su relación; si esto fue al principio del tormento o en lo más recio de él. Circunstancias que son tan innumerables por una y otra parte, cuanta es la variedad de las cosas.

-236-

#### Capítulo V. De las escrituras públicas

Las públicas escrituras no sólo se han desechado muchas veces, sino que las podemos desechar, pues hay ejemplares de haberlas no solamente refutado. sino delatado y tachado. Cuando la escritura arguye culpa o ignorancia del notario que la hizo, es mucho mejor y más fácil delatarla, porque son menos los que se hacen reos. Pero en este caso el argumento y prueba nace del fondo de la causa, si se hace increíble el hecho que dice la escritura, o (lo que es más común) se puede refutar con otras pruebas y razones naturales, sin acudir a lo escrito: como si se hace ver que le falta alguna circunstancia, o que el notario, de quien se supone, había muerto cuando se otorgó; o que aquél contra quien reza dicha escritura no vivía por entonces. Si los tiempos y fechas no concuerdan; si en ellas no confronta lo primero con lo segundo, pues muchas veces en registrándolas bien, se descubre la falsedad.

-237-

#### Capítulo VI. Del juramento

O los litigantes se ofrecen a jurar o no admiten el juramento aunque el contrario se ofrezca a hacerle o piden al mismo que jure, o rehúsa el hacerle aquél a quien se lo piden.

Ofrecerse uno mismo a jurar sin la condición de que también jure el contrario, nunca es bueno. Pero el que lo hiciere o asegure su conducta de modo que no se haga creíble que jure en falso, o con la fuerza y virtud del juramento; el cual entonces tendrá mayor valor, si no manifiesta deseo de que se le tomen ni lo rehúsa si el juez así lo quiere, o si el interés sobre que se litiga fuese de tan poca monta, que no haya la más mínima sospecha de que alguno se aventure a jurar en falso por cosa tan leve, o si, para mayor abundamiento y prueba de su justicia, no tiene reparo en añadir el juramento.

El que no admita el juramento que su contrario ofrece alegará dos razones para ello: primera, que parece cosa muy dura que la vida del reo dependa del dicho juramentado de otro<sup>161</sup>; segunda, que a veces se encuentran hombres que no temen quebrantar la fe del juramento, siguiendo la impía opinión de los que niegan que los dioses cuidan de las cosas humanas. Dirá que quien se obliga a jurar, sin que le precisen a ello, pretende en cierto modo -238- sentenciar en causa propia y que con esto mismo manifiesta la debilidad de su causa.

El que exige el juramento de su contrario da a entender en cierto modo que obra con comedimiento, pues le constituye por juez de la causa, exonerando de este cargo molesto a aquél a quien incumbe, el cual querrá seguramente deferir el juramento de otro antes que su propio dictamen.

Por lo cual es más dificultoso el rehusar hacer el juramento cuando el contrario lo pide, a no ser tal la cosa, que crean los demás que no la sabe de cierto el mismo contrario. Si no podemos valernos de esta excusa, no queda otro medio que el decir que sus pretensiones se dirigen a hacer odiosa nuestra causa, y que ya que no pueda salir con su pleito, quiere a lo menos buscar motivo de queja. Que solamente quien tenga mal pleito acudirá a este remedio, pero que nosotros queremos más bien probar lo que decimos, que el que los demás queden con algún escozor de si habremos jurado en falso.

## Capítulo VII. De los testigos

Los testigos son la cosa en que más tiene que trabajar la habilidad de un abogado. El testimonio de éstos o se da por escrito o estando ellos presentes en juicio.

Si el testimonio se dio por escrito hay menos que vencer, porque cuando se da delante de pocas personas que firman la deposición, no hay tanto empacho de decir cualquier cosa como en público, y por otra parte el hecho de no comparecer el testigo quita la verdad a lo que dice o da a entender que no se asegura en lo que afirma. En este caso, si el testigo es de toda excepción podremos a lo menos desacreditar a los notarios. Además de esto, semejantes testimonios se pueden disimuladamente desechar, diciendo que no es común el dar semejante testimonio por escrito, sino cuando uno quiere atestiguar contra aquél a quien tiene mala voluntad, puesto caso que nadie le obliga a ello. No obstante, el orador dirá que no hay impedimento en que se encuentre la verdad cuando uno depone a favor de su amigo o contra su enemigo, si por otra parte es hombre de crédito. Pero ésta es una razón común que puede valer en pro y en contra.

Cuando estén presentes los testigos, entonces es cuando más trabaja el orador, hallándose como en dos batallas a un tiempo rebatiendo a los unos y defendiendo a los otros: esto es, preguntando a los suyos y refutando lo que dicen los del contrario. Porque en la defensa de un pleito lo primero de todo solemos hablar en general ya contra los testigos, ya en favor de ellos. Este lugar es común, diciendo los unos que la mayor prueba de cualquier cosa es la -240- que estriba en lo que dicen los hombres, y los contrarios alegan para debilitar la fuerza de semejantes pruebas los motivos que suelen intervenir para atestiguar una cosa falsa. Hay otro modo de hacer esto, como cuando el abogado desecha algún testimonio particular, aunque los testigos sean muchos. Ejemplos tenemos de oradores que rebatieron el testimonio de toda una nación sólo porque eran testigos auriculares, en cuyo caso no eran testigos de la cosa, sino solamente decían lo que afirmaron otros sin juramento. Asimismo sucede en las causas de malversación de caudales, en las cuales los que afirman, aunque sea con juramento, que ellos mismos dieron el dinero al reo, no se reputan por testigos, sino por otros tantos litigantes. Otras veces se dirige la oración contra cada uno de los testigos. La cual manera de invectiva unas veces se halla en algunas oraciones unida con la defensa, otras veces se encuentra separada, como en la oración contra el testigo Vatinio.

Examinemos más este punto, supuesto que nos hemos propuesto el dar una instrucción universal, aunque por otra parte bastaban los dos libros que sobre esta materia compuso Domicio Afro, a quien siendo ya viejo traté mucho en mi juventud. Y no sólo me leyó él mismo la mayor parte de lo que trata, sino que lo aprendí de su misma boca. Éste, pues, encarga (y con razón) que ante todo el orador aprenda a tratar y defender la causa de un modo común y familiar, lo que sin duda es común a todas. Cómo se haya de hacer esto, lo diremos cuando toque hablar de este punto<sup>162</sup>. Esto le suministrará materia para hacer sus preguntas en el discurso, y le pondrá, digamos así, en la mano las armas con que ha de herir al contrario. Esto le dirá para qué cosas principalmente ha de preparar -241- en su discurso el ánimo de los jueces, porque se debe en discurso seguido o afianzar o disminuir el crédito alguna vez a los testigos; y al paso que uno está dispuesto para creer o no creer alguna cosa, se moverá con lo que oye.

Pero supuesto que hay dos clases de testigos, unos voluntarios y otros que son obligados por el juez a comparecer en juicio, de los cuales los unos sirven para las dos partes y los otros se le conceden al acusador, es necesario tratar separadamente del que presenta los testigos y del que los desecha y refuta su testimonio.

El que presenta en juicio a un testigo voluntario, como que puede saber de antemano lo que ha de decir, puede más fácilmente hacerle sus preguntas. Aunque también para esto se necesita maña y destreza; y se debe industrial de antemano al testigo para que no titubee ni responda con miedo o diga lo que no conviene. Porque suelen turbarse y aun ser engañados por los abogados de la parte contraria; y así cazados una vez, es mayor el daño que ocasionan que el provecho que causarían manteniéndose firmes. Por tanto es necesario ensayarlos en casa y amaestrarlos en todas las preguntas que después suele hacerles el contrario. Así se mantendrán firmes en una misma cosa, o si en algo titubearan los podrá, digamos así, enderezar con alguna oportuna pregunta el mismo que los presenta en el tribunal.

Aun cuando los testigos se ratifican en lo que dicen, hay que temer alguna zalagarda; pues no es cosa nueva el citarlos también el abogado contrario, y habiendo prometido primero responder lo que nos acomoda, salir después con cosa distinta; en cuyo caso, en lugar de negar la cosa, la confiesan de plano. Por lo cual se han de examinar los motivos que tienen para atestiguar contra el adversario (pues no basta el que hayan sido enemigos), sino si se hicieron ya amigos y si quieren reconciliarse con ellos, si -242- han sido sobornados y si se arrepentirán después de lo mismo que ahora dicen. Lo que sí se ha de cuidar con aquéllos, que saben de cierto lo que dan a entender que depondrán después, mucho más con los que prometen deponer lo que es manifiestamente falso<sup>163</sup>. En éstos es más de temer el que se arrepientan; y se hace sospechoso lo que nos prometen, y dado caso que se mantengan firmes, es más fácil reprenderlos.

De los testigos que son citados unos quieren deponer contra el reo, otros no. Esto unas veces es notorio al acusador, otras no.

Supongamos que el acusador sabe la intención de los testigos, pues en uno y otro caso se necesita de mucha habilidad para preguntarlos. Si el testigo quiere deponer contra el reo, debe disimular cuanto pueda el acusador que no se conozca la intención con que el otro viene, y no preguntarle derechamente lo que se pretende averiguar, sino usar de algunos rodeos, que den a entender se le sacó como por fuerza al testigo lo que él mismo tenía deseos de decir, ni tampoco hacerle muchas preguntas, para que no se descubra el fin que trae si satisface a todas, sino que preguntándole lo que más nos interesa, preguntaremos a otros los demás puntos.

Pero cuando el testigo ha de decir la verdad, aunque contra su voluntad, la victoria consiste en hacerle confesar lo que no quiere. El mejor modo para lograrlo es preguntarle la cosa una y muchas veces, porque él responderá, sin advertirlo, lo que perjudica al reo, y con estos antecedentes se le pondrá en precisión de no poder negar lo que no quiere confesar. Pues a la manera que en la serie del -243- discurso vamos recogiendo varias circunstancias y menudencias, que por sí solas no perjudican, al parecer, al reo, pero todas juntas le convencen de su delito; a esta manera a un testigo de esta naturaleza le preguntaremos varias cosas sobre lo que antecedió al delito o siguió después; ya del tiempo, ya del lugar y persona y cosas semejantes, para que dando sin pensar alguna respuesta, vengán a caer en lo que no quería o le podamos argüir de contradicción. Si ni aun esto puede lograrse, no hay más remedio que el decir que no quiere descubrir lo que sabe; y así, o se omitirá el preguntarle hasta otra ocasión o se le procurará cazar en otra cosa, aunque distinta de la causa. En fin, se le ha de tener sujeto por mucho tiempo con semejantes preguntas, para que, diciendo en favor del reo tal vez más de lo que conviene, se haga sospechoso en lo que dice; con lo cual seguramente dañará al reo más que si se manifestase contrario.

Pero si el acusador, como dije en segundo lugar, no penetra la intención con que el testigo viene, entonces procurará indagarla, preguntándole poco a poco y con tiento (como dicen), hasta que venga como por grados a dar la respuesta que se pretende. Mas

como a veces los testigos suelen usar de la maña de responder a gusto de quien los pregunta, para después manifestarse contrarios sin ninguna sospecha, debe valerse de sus respuestas el acusador cuando le favorecen y no preguntarle más.

Estas preguntas en parte son más fáciles y en parte más dificultosas al abogado contrario del acusador. Es la razón por que raras veces podrá saber de antemano lo que el testigo dirá después, y entonces le será dificultoso el preguntar con acierto; pero si sabe lo que antes dijo, le será más fácil. Por tanto, cuando no se sabe la intención de los testigos, es necesario indagar con todo cuidado quién de ellos es contrario al reo, qué sujeto es, qué motivos ha tenido para declararse contra él; y todas estas circunstancias - 244- se han de ponderar en el discurso, ya queramos dar a entender que les movió el odio, la envidia, el favor de alguno o que fueron sobornados. Si los testigos son menos en número que los de nuestra parte, se deberá alegar esto mismo en nuestro abono; pero si son más, se dirá que es conspiración. Si son personas de poco valor, se dará en cara al contrario con su vileza; si son personas de cuenta, se dirá que se han valido del poder y valimiento. Será muy del caso exponer los motivos que tienen para declararse contra el reo, los cuales varían según la calidad de los pleiteantes y de las causas. Porque aun contra lo que acabamos de decir en los casos propuestos, se suele responder con lugares comunes, diciendo que el reo puede gloriarse de la llaneza y simplicidad de los testigos, pocos en número y gente humilde, contentándose con buscar los que pudieran saber la cosa con certeza, y no muchos ni poderosos que añadiesen alguna recomendación a su pleito.

Algunas veces se suele elogiar y desacreditar a cada uno de los testigos en el discurso de la oración, ya mandándolos comparecer, ya nombrándolos en ella. Esto era más frecuente y aun más fácil de hacerse cuando, hecha la defensa del reo, se citaban los testigos. Solamente de las personas de éstos se puede tomar lo que hemos de decir contra cada uno de ellos. Todo lo demás pertenece a las preguntas que se le han de hacer. Para lo cual primeramente es necesario conocer la persona del testigo y su carácter. Porque al cobarde se le puede intimidar, al ignorante engañar, al iracundo irritarle. Si es ambicioso se le puede cazar con promesas; pero si es prudente, constante y firme en lo que dice, es menester dejarle como contrario a nuestra causa, o se le refutará no preguntándole sino por medio de un breve diálogo entre él y el abogado. Y si puede ser se le motejará con algún chiste y chanza moderada y aguda, o si se puede poner alguna tacha en su conducta, -245- la mejor refutación será notarle de calumniador. Nunca conviene rebatir con aspereza y descomedimiento a los testigos vergonzosos y de vida conocidamente buena, pues su misma modestia prevalece contra quien los insulta de este modo.

Las preguntas, o miran a la misma causa o a otra cosa fuera de ella.

Si miran a la causa, el abogado, del mismo modo que dijimos hablando del acusador, preguntará con disimulo y de una manera que no sospeche el testigo lo que pretendemos sacar en limpio. De este modo, añadiendo preguntas a preguntas, y combinando las primeras respuestas con las segundas, le obligará a confesar la verdad aunque no quiera<sup>164</sup>. Esta manera de sonsacar la verdad no se aprende con ninguna regla de la escuela, y más que con el arte se ha de aprender con el ingenio o con la experiencia del orador. Y si hay algún ejemplo para hacer la cosa demostrable no hallo otro más acomodado que aquel dialogismo que usaban los discípulos de Sócrates, o por mejor decir, Platón, en el cual las preguntas se hacen con tanta habilidad que, respondiendo bien a las primeras, venimos a obligar a que nos confiesen lo que pretendemos. -246- Con esto se consigue alguna vez que el testigo sea cogido en alguna contradicción o que la relación de uno se oponga a la del otro. Y una pregunta hecha con sutileza, hace que

lo que casualmente responden los testigos sirva como de razón y prueba de nuestro intento.

Suelen también hacerse algunas preguntas que aprovechen fuera de la causa, como cuando se pregunta a los testigos sobre su conducta y de los demás testigos, si están infamados, si son de baja condición, si son amigos del acusador o enemigos del reo, todo esto con el fin de que digan alguna cosa favorable a nuestro intento, o de que se les coja en alguna mentira, o descubran su intención dañada de perseguir al reo. En estas preguntas se requiere mucho tiento, porque a veces suelen los testigos salir con alguna respuesta que es contra el mismo abogado y suele merecer el crédito de los que los oyen; debe usarse de términos muy comunes y vulgares correspondientes a las personas a quien preguntamos (que por un común son rudas) para que no puedan alegar que no entienden la pregunta, cosa que en el que la hace sería una frialdad.

Nunca el abogado se valga del arte pésima de hacer sentar al testigo sobornado por su parte al lado del contrario para que, estimulado de esta misma cercanía, dañe más al reo junto a quien está sentado, o diciendo algo contra él, o con movimientos y ademanes descompuestos hechos de industria, pareciéndole que con esto adelanta mucho. Porque con esto no sólo no será creído en lo que dijo primero, sino que será menos atendido el dicho de los demás que favorecieron su causa. Hago mención de estas malas mañas para que se eviten.

Muchas veces suele contradecir lo escrito al dicho de los testigos, de donde nace un lugar común en pro y en contra, porque la una de las partes se defiende y apoya en el juramento de los testigos y la otra en el testimonio de -247- lo escrito. Y muchas causas ha habido sobre quién merece más crédito. Por los testigos se alega su ciencia y religión, haciendo ver que las pruebas no son sino obra del ingenio. El contrario puede decir que la mala voluntad, la enemiga, el dinero, el miedo, el valimiento, la ambición o la amistad es la que hace a un testigo; pero que los argumentos son pruebas naturales donde no cabe maca; que en éstas el juez se cree a sí mismo, pero en los testigos da crédito a otros. Semejantes lugares son comunes a diferentes causas, y se han tratado varias veces y se tratarán en adelante. Otras veces hay testigos por una y otra parte, y aquí se ofrece la duda de quiénes merecen más crédito, quiénes se arrimaron más a la verdad y quién de los litigantes tenía más valimiento.

Si alguno quiere añadir en este lugar los testimonios que llaman divinos, como oráculos, respuestas celestiales, agüeros, etc., entienda que todo esto puede manejarse de dos modos. El uno general, como la interminable disputa entre estoicos y epicúreos sobre si el mundo se gobierna con providencia. El otro particular contra cualquier especie de divinación, según que cae bajo de cuestión. Porque no de un mismo modo se confirma o refuta un oráculo y un agüero, sea del vuelo de las aves, sea de las entrañas de las víctimas, y el dicho de los adivinos o el pronóstico de los astrólogos, como que en estas cosas es diversa y muy distinta la naturaleza.

Para apoyar o destruir este género de pruebas tiene mucho que trabajar el razonamiento; si fueron voces y dichos de un embriagado, de un loco, u oídas entre sueños, o si fueron pronunciadas por niños inocentes, diciendo una parte que en ellos no cabe ficción, y la otra que los que esto dijeron no sabían lo que se decían.

No solamente (y concluyamos) suele usarse del siguiente lugar oratorio, sino que si falta se echa menos; verbigracia: Me diste dinero: ¿quién lo contó? ¿en dónde? ¿de dónde se tomó? -248- Dices que di veneno: ¿dónde lo compré? ¿de quién? ¿en cuánto? ¿de quién me valí para darle? ¿quién es testigo de ello? Que es de lo que examina Cicerón en la causa de Cluencio, acusado de haber dado veneno. De las pruebas inartificiales o extrínsecas hemos hablado con la brevedad posible.

### Capítulo VIII. De las pruebas artificiales

Son de tres especies: indicios, argumentos, ejemplos. Reprende a los que olvidándose de las pruebas, que son como los nervios de la causa, se extienden en los lugares comunes. Añádase una general división de pruebas.

La otra especie de pruebas, que llamamos artificiales, consiste en todo aquello que sirve para confirmar el asunto, o es enteramente despreciada por muchos o la tocan muy por encima; los cuales, huyendo de la escabrosidad y aridez (como ellos piensan) de los argumentos, tan solamente se dilatan en la amenidad de los lugares oratorios, y no de otra manera que los que gustan la hierba del país de los Lotófagos, que nos dicen los poetas, o los que se dejan encantar de las Sirenas; así estos tales, anteponiendo el agrandar al auditorio a la utilidad, mientras únicamente pretenden el oropel de vanas alabanzas, vienen a perder el pleito que defienden.

Esto no quita que para ayuda y ornato de los argumentos tratemos aquellos lugares donde el razonamiento suele extenderse, y vistamos (para decirlo así) aquellos nervios que mantienen y dan toda su fuerza al discurso con la hermosura de estos adornos, como si ocurre el decir que alguno ha obrado movido de la ira, del odio o del miedo, podremos amplificar este lugar con algún mayor adorno y extensión, según lo permite la naturaleza de la pasión. De los mismos lugares nos valemos también para alabar, acusar, ponderar o rebajar una cosa, para describirla, para quejarnos, para intimidar, animar y consolar a alguna persona. -250- Pero todo esto sirve en las cosas que, o son ciertas, o hablamos de ellas como tales. Ni tampoco niego que consigue algo el orador con deleitar, y mucho más con la moción de afectos. Pero estas cosas entonces aprovechan más cuando el juez está ya bien informado, lo que no se consigue sino con las argumentaciones y lo demás que sirve para probar la cosa.

Antes de hacer esta división de pruebas me parece debo advertir que en todas ellas hay algunas cosas que son comunes. Porque no hay cuestión alguna que no sea o de cosa o de persona, ni los lugares de las pruebas pueden encontrarse fuera de las circunstancias de cosas o de personas. Las pruebas, o se consideran en sí mismas, o con relación a otras cosas, y se fundan o en los antecedentes, o en los consiguientes, o en los repugnantes, y entonces o se toman del tiempo pasado, o del tiempo en que sucedió la cosa, o del que se siguió. Además de esto, probándose las cosas unas con otras, éstas necesariamente han de ser o menores, o mayores, o iguales entre sí.

Las pruebas se sacan o de la misma cuestión, separada de las circunstancias de cosas y personas, o de la misma causa, cuando no conviene en nada con las demás causas, sino que es única en su género.

Estas pruebas unas son necesarias, otras creíbles, otras no tienen más que el no presentar ninguna contradicción. Hay además de esto otras cuatro especies de pruebas, como 1.<sup>a</sup> Existe una cosa, luego se destruye la otra; verbigracia: Es de día, luego no es de noche. 2.<sup>a</sup> Existe esto, luego también aquello; verbigracia: Está el sol sobre la tierra, luego es de día. 3.<sup>a</sup> No existe esto, luego sí lo otro; verbigracia: No es de noche, luego es de día. 4.<sup>a</sup> No existe esto, luego ni lo otro; verbigracia: No es animal racional, luego no es hombre. Dicho esto en común, hablaremos ahora de cada especie de pruebas en particular.

### Capítulo IX. De los indicios o señales

Todas las pruebas artificiales se reducen a los indicios, argumentos y ejemplos. Y aunque los más dicen que los indicios son parte de los argumentos, tengo muchas razones para separarlos. La primera, que en cierto modo pertenecen a las pruebas extrínsecas; porque el vestido ensangrentado, las voces que se oyeron, los cardenales y otras señales a este tenor, son otros tantos instrumentos como las escrituras, la voz común y los testigos; pues no son pruebas que discurre el orador, sino que se las presenta la misma causa. La segunda razón es que los indicios, aunque sean ciertos, no se consideran en la clase de argumentos, porque donde ellos se encuentran no hay motivo de duda; pero para los argumentos sólo hay lugar donde hay cuestión; y si los indicios no son ciertos, tan lejos de probar ellos necesitan de otras nuevas pruebas.

Divídense, pues, estas señales en necesarias y no necesarias, llamadas por los griegos *tecmaria* y *semeia*.

Las primeras son las que no pueden faltar, y, por lo mismo, me parece que no debe hablarse de ellas. Porque cuando el indicio es evidente no hay pleito alguno. Esto sucede cuando, en vista de los indicios, forzosamente o sucede la cosa o ha sucedido, o por el contrario, ni puede ser ni haberse hecho, y entonces no hay otra cuestión sino del hecho.

Otras señales hay dudosas o probables. Y dado caso que por sí solas no hacen argumento, juntas a lo demás confirman la cosa.

-252-

A la señal llaman algunos indicio, otros la llaman rastro o huella; así como por el rastro de la sangre sacamos el homicidio. Pero como ésta pudo salir de las narices y manchar el vestido o haber salpicado de una víctima, no es indicio manifiesto de homicidio, a no ser que concurran otras circunstancias como de enemistad, de amenazas hechas a la persona muerta o de haberse hallado donde se hizo la muerte. Entonces este indicio quita la duda de lo que no sabíamos con certeza. Hay otros indicios que pueden serlo de cosas muy distintas, como el color amoratado y la hinchazón, que pueden indicar veneno o crudeza. La herida del pecho puede ser igualmente indicio de muerte que uno se dio o recibió de otro. Estas cosas en tanto prueban en cuanto son ayudadas de otras circunstancias.

-253-

Capítulo X. De los argumentos o pruebas

I. Qué es argumento.-II. Se pueden tomar de las personas o de las cosas. 1.º Los que miran a las personas se tocan brevemente. 2.º Por cosas entendemos causas, lugares, tiempo, facultades o instrumentos y el modo. Añádense la definición, género, especie, diferencia, propiedades de la cosa, negación de lo que es, semejanza, contrarios, repugnantes, derivados y comparación.-III. La naturaleza de las cosas no permite recorrer todas las especies de argumentos. Considérese lo que pretendemos probar. Pónese ejemplo de una causa de esta naturaleza.-IV. Qué juicio debemos hacer de estos lugares y qué uso.

I. Vamos a los argumentos, bajo cuyo nombre entienden los griegos los *entimemas*, *epiqueremas* y *demonstraciones*; aunque entre éstos admiten alguna diferencia, pero el fin casi es uno mismo. Siendo el argumento una manera de probar la cosa deduciendo unas de otras, como cuando probamos lo dudoso por lo cierto, es forzoso que en la causa haya algo que no admita duda. Porque si no hay ninguna cosa cierta o por donde hacer evidente lo dudoso, no hay medio para probar.

Cosas ciertas llamamos primeramente las que se sujetan a los sentidos, como lo que vemos u oímos, y semejantes a éstas son las señales. En segundo lugar las que admite el consentimiento de todos; verbigracia: que hay Dios, que los padres deben ser amados. En tercer lugar lo que está establecido por las leyes y lo que está recibido por la opinión común del país donde se trata la causa o por la costumbre. -254- Así vemos que muchas de las cosas del derecho se fundan en la costumbre, no en las leyes. Últimamente todo aquello que está ya antes probado, aquello en que convienen las partes y lo que el contrario no niega. Así argumentaremos de este modo: Porque hay providencia que gobierne el mundo, debe haber gobierno en una república. Así como deberá haber gobierno en una república, siendo el mundo gobernado con providencia.

El que ha de manejar los argumentos debe tener bien conocida la naturaleza de las cosas para saber lo que da de sí cada una de ellas. De donde nacen los argumentos llamados verosímiles. De éstos hay tres especies. La primera, que es la más fuerte, es de lo que comúnmente acaece; verbigracia: El amar los padres a sus hijos, porque esto es lo que comúnmente vemos. En segundo lugar, atendido el orden regular; verbigracia: Que llegue a mañana el que hoy está sano y bueno. En tercer lugar, porque no es cosa repugnante; verbigracia: Que el hurto que se hizo en una casa lo cometiese quien estuvo en ella. Por eso Aristóteles, en el libro segundo de la retórica, recorre muy por menor lo que a cada cosa y a cada hombre suele acontecer de ordinario; qué cosas o qué suerte de persona tienen entre sí naturalmente antipatía o simpatía; quiénes codician las riquezas y honras, y quiénes dan en superstición; qué cosas aprueban los buenos; qué pretensiones tienen los malos; cuáles son las pasiones de un soldado y cuáles las de un campesino y los medios para evitar o conseguir cualquier cosa.

Pero yo omito todo esto, porque, además de ser obra larga e imposible, o, por mejor decir, infinita, es cosa que depende del entendimiento común a todos. Si alguno entendiere serle esto de provecho, ya le he mostrado adónde debe acudir. Todas las cosas probablemente ciertas, de donde suelen tomarse la mayor parte de los argumentos, nacen de las siguientes fuentes: Si es probable, que un hijo haya muerto a su mismo padre; que éste haya cometido -255- incesto con su propia hija. Al contrario: Que nada tiene de nuevo el dar veneno una madrastra y el cometer adulterio un lujurioso. Y de estas otras: Si la maldad se cometió públicamente; si dijo una mentira por una corta cantidad de dinero. Porque cada una de estas personas tiene sus costumbres, conforme a las cuales obra ordinariamente, pero no siempre. De otra manera serían pruebas indubitables, no argumentos.

II. Examinemos ahora los lugares de donde se sacan los argumentos, aunque algunos tienen por tales a los que pusimos arriba. Por lugares entiendo no aquéllos que comúnmente entendemos, como cuando tratamos largamente contra la lujuria y adulterio y otros semejantes, sino aquéllos como manantiales de donde debemos sacar las pruebas. Pues a la manera que no en cualquier tierra se crían todas las cosas y no es fácil encontrar un ave o fiera si ignoramos el país que las produce y donde moran, y así como entre los peces unos gustan de lugares llanos, otros de escabrosos, en distintas regiones y playas, y en vano buscarás en nuestro mar el pez elope o escaro; a este modo no cualquier argumento se toma de cualquier cosa, y así no se deben buscar indiferentemente en todo. Por otra parte, el sacar los argumentos si no se sabe dónde se ha de acudir está expuesto a muchos errores, y si no aplicamos la meditación para discurrirlos, después de muchas fatigas no daremos con ellos sino por una rara casualidad. Pero, al contrario, el que sepa las fuentes de cada argumento, cuando se le presente dicho lugar al punto le ocurrirá la prueba.

1.º Primeramente los argumentos se han de tomar de las personas, pues, como ya dijimos, la primera división que hacemos es de personas y de cosas. De forma que la

causa, tiempo, lugar, ocasión, instrumentos y modos, vienen a ser como accidentes de la cosa. Me parece no debo tratar, como muchos lo hicieron, de todos los accidentes -256- de las personas, sino de aquéllos de donde tomaremos los argumentos. Y es como sigue:

La primera circunstancia de persona de donde sacaremos la prueba es el linaje<sup>165</sup>, porque comúnmente los hijos suelen ser parecidos a quienes los engendraron, y aun de aquí suelen tomar, digamos así, las semillas primeras o para la virtud, o para el vicio.

La nación<sup>166</sup>, porque cada nación tiene sus costumbres peculiares, y no son unas mismas en un romano, en un griego y en un bárbaro.

La patria, porque de la misma suerte los estilos y costumbres varían según los pueblos y aun las opiniones.

El sexo<sup>167</sup>; verbigracia: un latrocinio más creíble se hace en el hombre, y en la mujer el dar veneno.

La edad<sup>168</sup>, porque una cosa conviene más a unos años que a otros.

La educación y enseñanza<sup>169</sup>, pues importa mucho el saber los maestros y la crianza que uno ha tenido.

La forma del cuerpo y complexión<sup>170</sup>, por cuanto de la hermosura se saca argumento de liviandad, y de la robustez y firmeza, de desvergüenza del sujeto, o se funda argumento en contrario de la complexión contraria.

La fortuna<sup>171</sup>, siendo cierto que una cosa no se hace -257- igualmente probable en el rico que en el pobre, en uno que tiene amigos, parientes y deudos y en quien nada de esto tiene.

La condición y estado<sup>172</sup>, habiendo mucha diferencia entre el noble y el plebeyo, entre uno que tiene empleo público y entre el particular. Y va a decir mucho que uno sea padre de familia, ciudadano, libre, casado y tenga hijos, o hijo de familia, extranjero, esclavo, soltero y sin hijo alguno.

La índole<sup>173</sup>, porque el ser avaro, iracundo, misericordioso, cruel y riguroso por lo común, o prueban o hacen increíble la cosa. Asimismo el trato en comer y vestir, como si es frugal, parco o rústico.

Los estudios y profesiones<sup>174</sup>, pues vemos que son distintas las pasiones y modo de pensar del labrador, comerciante, abogado, soldado, navegante, médico, etc.

Debe también tenerse muy presente el pie de que cada uno cojea: si se aparenta ser rico y poderoso, si presume de erudito, si afecta el ser justo y llevar las cosas por sus cabales. Asimismo sus procedimientos y dichos de la vida pasada. Porque de lo pasado sacamos argumento para lo presente.

Algunos ponen también por lugar retórico de persona la etimología del nombre que le cupo<sup>175</sup>; pero rara vez -258- podrá sacarse de ahí argumento, y entonces será muy débil, a no concurrir otras causas que acrediten que lo que le atribuimos cuadra bien al nombre que tiene, como el de sabio, grande, prudente y sencillo. Así vemos que en Léntulo<sup>176</sup> el nombre de Cornelio parecía aciago y que le hacía sospechoso de la conjuración, pues según rezaban los pronósticos de las sibilas y las respuestas de los agoreros, la dominación de Roma había de recaer sobre tres de la raza de los Cornelios, y él creía ser el tercero después de Sila y Cina, porque él también era Cornelio. También hallamos en Eurípides que el hermano de Polinices se valió contra él de la etimología del nombre<sup>177</sup>, como de argumento, pero frívolo, de sus malas costumbres. Pero donde éste tiene más frecuente uso es en las chanzas, como lo usó Cicerón repetidas veces contra Verres.

De este o semejante modo son los argumentos que se sacan de las personas. Porque es imposible el recorrer todo cuanto se ofrece que decir en esta y otras materias, y nos contentamos con apuntar y mostrar el camino a los que quieran saber la cosa más a fondo.

2.º Vamos ahora a los adjuntos de las cosas, que, por ir unidas con las personas, son las primeras que debemos -259- tener presentes. En cualquier cosa, pues, lo primero que se considera es por qué se hizo, dónde, en qué tiempo, de qué modo, o por qué medio, esto es, por quiénes.

Los argumentos primeramente pueden tomarse de las causas de un hecho sucedido ya o de una cosa que puede suceder<sup>178</sup>, cuya materia, que unos llaman ylen, otros dynamin, comprende dos géneros y cada uno cuatro especies. Porque comúnmente el motivo de hacer alguna cosa o es por conseguir algún bien, o por aumentarlo, o por conservarlo, o para hacer uso de él, o por huir algún mal, o vernos libres de él, o por aminorarlo, o trocarlo por otro menor<sup>179</sup>. Las cuales cuatro cosas importa mucho el saberlas cuando se delibera. Éstos son los motivos de hacer alguna cosa buena, porque las malas comúnmente nacen de opiniones erróneas, siendo el principio que nos mueve una cosa que, siendo perjudicial, la tenemos por buena. De aquí dimanar las opiniones falsas y las pasiones del hombre, entre las cuales las más ordinarias son: ira, odio, envidia, codicia, esperanza, ambición, atrevimiento, miedo -260- y otras a este tenor. Juntanse a veces a lo dicho otras cosas casuales, como ignorancia y embriaguez. Las cuales, como quiera que a veces excusan la culpa, pero otras sirven para confirmarla, como si uno mató a Antonio pretendiendo matar a Juan.

Otras veces se sacan los argumentos del lugar<sup>180</sup>. Porque para probar alguna cosa va a decir mucho que sea llano o montuoso, que sea marítimo o tierra adentro, erial o sembrado, poblado o desierto, cercano o apartado, ventajoso para lo que se pretende o al contrario. Del cual argumento vemos que Cicerón hace mucho uso en la causa de Milón. Este y otros argumentos semejantes sirven para las del género deliberativo, pero alguna vez para el judicial: como si el lugar es sagrado o profano, público o secreto, nuestro o extraño. En las personas: si es persona pública o un mero particular, padre de familia, extranjero, etc. Porque de aquí nacen los pleitos y causas forenses; verbigracia: el que hurta de un templo, como tú lo hiciste, no cometió simple hurto, sino sacrilegio. El lugar se reduce frecuentemente a la cualidad, porque una misma cosa no está bien ni es lícita en cualquier parte. ¿Qué más? Debemos tener presente el pueblo donde se trata la causa, pues es notable la diferencia de leyes y costumbres de cada país. Sirve esto también para recomendar o vituperar la cosa. Así Áyax (Ovidio, Metamorfosis, libro 13, verso 6):

Delante de las naves pleiteamos,

Y Ulises conmigo se compara.

Y Milón oyó que uno de los cargos que le hacían era el haber muerto a Clodio en el primer lugar, donde estaban enterrados sus mayores. Pro Milone, 17, 18.

También contribuyen estas mismas circunstancias para -261- persuadir alguna verdad, como la del tiempo<sup>181</sup>, a la que atendemos tanto en el género deliberativo como en el demostrativo, aunque tiene más frecuente uso en el judicial. Porque no solamente por ella se averigua la justicia y derecho, sino que hace variar la cosa y aun contribuye para

poderla conjeturar; como que a veces no deja rastro de duda; verbigracia: si, según lo que dijimos arriba, hacemos ver que el escribano que dicen autorizó la escritura, falleció antes de su fecha; o que cuando se supone haber uno cometido el delito, o era aún muy niño o no había aún nacido. Fuera de lo dicho se sacan los argumentos o de lo que antecedió a la cosa, o de lo que fue a un mismo tiempo, o de lo que siguió a ella. De los antecedentes, como tú le habías amenazado quitarle la vida, saliste de noche y le tomaste la delantera cuando iba por su camino. Por los adjuntos; verbigracia: Se oyó ruido; comenzaron a gritar. De los consiguientes; como, hecha la muerte, te ocultaste, huiste y aparecieron señales y cardenales en el cadáver.

Se ha de tener cuenta también con el poder, fuerzas y facultades<sup>182</sup>, principalmente cuando tratamos de la averiguación del autor del delito. Porque se hace más probable que los más hayan muerto a los menos, los fuertes a los cobardes, los que velaban a los que dormían, y los armados a los desprevenidos; y del mismo modo se sacan los argumentos en contrario. Lo mismo tendremos presente en el género deliberativo; pero en el judicial se reduce todo lo dicho a dos preguntas: si tuvo intención de hacer la cosa y si podía, en donde la esperanza de salir con el hecho es indicio de que también tendría deseo. Así conjetura Cicerón: Clodio es quien armó celadas a Milón y no Milón a Clodio. Éste iba acompañado de esclavos forzudos, aquél de mujeres. -262- Éste a caballo, aquél en coche. Éste desembarazado, aquél embarazado con el capote. Los instrumentos se cuentan entre las facultades, porque aumentan el poder para alguna cosa. Pero de los instrumentos a veces quedan señales, como la punta del puñal en la herida.

Júntase después el modo<sup>183</sup> con que se hizo la cosa, el cual mira a la cualidad del hecho o a las cuestiones que dependen de los escritos; como cuando negamos que el adúltero no dio veneno, porque podía o le convenía más el quitarle la vida a cuchillo; o a la conjetura, como el decir que hizo la cosa con buena intención, y por lo tanto no se guardó; o con fin malo y siniestro, y que por lo mismo la hizo de noche y en lugar solitario donde no le viesen.

Cuando se trata de la naturaleza de la misma causa, desnuda de toda circunstancia, consideramos: Si existe, qué es y cómo es. Pero como hay lugares oratorios comunes a estos argumentos, no haremos más divisiones, y así los reduciremos al lugar donde pertenezcan.

También se sacan los argumentos de la definición de la cosa<sup>184</sup>. Esto es de dos maneras, porque o inquirimos llanamente: Si esto es virtud, o supuesta esta noción, sólo preguntaremos: Qué cosa es virtud. Esto, o explicando la cosa en común, como: La retórica es arte de bien hablar, o desmenuzándola en sus partes: La retórica es arte de disponer, inventar y hablar de memoria y con una fina pronunciación. Demás de esto definimos la cosa explicando su naturaleza, como en los ejemplos puestos, o por su etimología, -263- como assiduus de asse dando; locuples de locorum copia; pecuniosus de pecorum copia.

Muy semejantes a la definición son el género, especie, diferencia y propiedad; de todo lo cual se sacan también las pruebas.

Género<sup>185</sup>: contribuye muy poco para probar las especies que están bajo de él y para negarlas muchísimo; verbigracia: No porque sea árbol ha de ser plátano; pero si no es árbol, mucho menos será plátano. Lo que no es virtud muy lejos está de ser justicia. Por lo cual, para probar la cosa, hemos de descender a la última especie, y así no diremos: El hombre es animal, porque animal es el género. Ni es mortal, porque, dado que sea especie, conviene a otras cosas también esta definición. Pero diciendo: es racional, no hay más que pedir para demostrar lo que queremos.

Al contrario, la especie<sup>186</sup> sirve para probar el género y sirve muy poco para negarle. Porque lo que es justicia seguramente es virtud; pero lo que no es justicia puede también ser virtud, como la templanza, constancia, fortaleza; pues nunca el género se niega de la especie, sino negando todas las especies que se encierran dentro de un género, así: Lo que ni es inmortal, ni mortal, no es animal.

A lo dicho se suelen añadir las propiedades y diferencias de la cosa<sup>187</sup>. Con las propiedades se confirma la definición que la explica, y con las diferencias se destruye. Propiedad llamamos lo que conviene solamente a la cosa, -264- como la conversación y risa al hombre; o cuando le conviene una cosa, aunque conviene también a otro, como el calentar al fuego. A este tenor hay diferentes propiedades, como en el mismo fuego el lucir y dar calor. Por donde cualquier propiedad que falte hará defectuosa la definición, y no porque tenga e incluya algunas será perfecta. Es muy común el inquirir las propiedades de una cosa; por lo que si, fundados en la etimología, dijéramos que es propio del tiranicida quitar la vida al tirano, diríamos ser defectuosa esta definición. Porque no podremos llamar tiranicida al verdugo que, siendo mandado, le mata, ni al que inadvertidamente y sin voluntad lo hiciese. Luego si la cosa no le conviene propiamente, tendrá una diferencia accidental; así como no es lo mismo ser esclavo que servir, que es la cuestión de los que por las leyes sirven a otro hasta pagarle la deuda. El esclavo, si su amo le da libertad, queda hecho liberto; pero no sucede lo mismo con el segundo.

Otras veces suele sacarse el argumento de la negación de algunas cosas, por la cual unas veces se falsifica todo, otras queda por verdadera sola una cosa. Se falsifica todo de esta manera: ¿Dices que prestaste este dinero? O lo tenías tú, o lo recibiste de alguno, o lo encontraste, o lo hurtaste. Ni lo tenías, ni te lo dieron, ni lo hallaste, ni tampoco fue hurtado. Luego no lo prestaste. Sacamos una sola cosa verdadera, arguyendo así: El esclavo que dices ser tuyo, o nació en tu casa, o le compraste, o te lo dieron, o le heredaste, o le cautivaste en guerra, o es ajeno. No le adquiriste por ninguno de estos medios. Luego es ajeno.

Es necesario comprender y coger todos los cabos en este argumento, porque uno solo que quede nos lo negarán y se reirán de nosotros. Por eso Cicerón se ató bien el dedo, cuando en la causa de Cecina (número 37) pregunta: Si ésta no fue acción ¿cuál lo será? Pues así negaba ya todo lo demás. O debemos poner dos cosas, la una contraria de la otra, -265- bastándonos que la una sea cierta. Así Cicerón: (Pro Cluentio): Habiendo sido sobornado aquel tribunal, ninguno será tan contrario de Cluencio que no me conceda que le sobornó Hábito u Opiánico. Si digo que Hábito no, sacamos que Opiánico le sobornó. Si digo que Opiánico le sobornó, excuso a Hábito.

Otro lugar de los argumentos es la semejanza<sup>188</sup>; verbigracia: Si la continencia es virtud, también la abstinencia. Si el tutor debe dar caución, también el procurador. Y la desemejanza<sup>189</sup>; verbigracia: No porque la alegría sea cosa buena lo será el deleite. Si esto está bien en una mujer, no lo estará también en el pupilo. Los contrarios<sup>190</sup>; verbigracia: La parsimonia es virtud porque es vicio el lujo. La guerra es causa de mil males, luego nos libraremos de ellos con la paz. Si merece perdón el que dañó inadvertidamente, el que aprovechó del mismo modo no merece premio. Repugnantes<sup>191</sup>: El que es necio no puede ser sabio. Consiguientes<sup>192</sup> o adjuntos: La justicia es virtud, luego se debe sentenciar según ella. La deslealtad y felonía son vicios, luego no debemos usar de mala fe. O volviendo la proposición al contrario.

Tendría por cosa ridícula añadir a los dichos lugares los derivados, a no haberse valido de ellos Cicerón<sup>193</sup>; verbigracia: El que hace una cosa justa obra con justicia. Lo que sirve para el pasto común de todos, debe apacentar el ganado de todos, lo cual no necesita de prueba.

Comparación<sup>194</sup> llamamos cuando probamos las cosas -266- mayores por las menores, la menores por las mayores y las iguales por sus iguales.

En causas conjeturales probaremos una cosa menor por la mayor, diciendo: El que comete un sacrilegio también cometerá un hurto. Por la menor: El que no repara en mentir abiertamente no tendrá inconveniente en jurar falso. Por la igualdad (que llaman a pari): El que se deja sobornar para dar la sentencia, también dirá un falso testimonio por interés.

Por los mismos lugares se prueba el derecho, por la mayor; verbigracia: Es lícito matar al adúltero, luego también azotarle. Por la menor: Si es permitido quitar la vida al ladrón nocturno, ¿qué diremos del ladrón de camino? Por la igualdad: La pena que establecen las leyes contra el parricida, esa misma merecerá quien mata a su madre. Los cuales argumentos se tratan por medio de los silogismos.

Estos otros pertenecen mejor a la definición y cualidad de la cosa: Si la robustez no es buena para el cuerpo, menos será la salud. Si el hurto es delito, mucho más lo será el sacrilegio. Si la abstinencia es virtud, también lo será la continencia. Si el mundo se rige con providencia, debe gobernarse la república. Si en la fábrica de una casa deben observarse sus reglas, ¿qué esmero deberemos poner en la de una armada naval y sus pertrechos?

Finalmente, para hacer una suma de lo dicho, los argumentos se sacan de las personas, causas, lugares, tiempo, facultades (a las que hemos reducido los instrumentos) del modo que con las cosas se hizo, de la definición, género, especie, diferencia, propiedades, negación de lo que no le conviene a la cosa, semejanza, desemejanza, contrarios, repugnantes, consiguientes, derivados y comparación, la que se divide en varias especies.

-267-

III. Éstos son por lo común los lugares de donde se toman las pruebas, los cuales ni basta tratarlos en común, pudiéndose sacar de cada cual de ellos innumerables argumentos, ni tampoco podemos recorrer todas sus especies. Pues los que intentaron hacerlo, dieron en el inconveniente de que, habiendo dicho demasiado, no pudieron apurar la materia.

De donde provino que algunos, enredándose en lo enmarañado de los lugares oratorios, por no quebrantar sus leyes, que ellos tenían por inviolables, no solamente arruinaron su ingenio, sino que, por seguir las reglas de sus maestros, vinieron a desamparar el camino que a todos les inspira la naturaleza. Porque así como no basta el saber que todas las pruebas se sacan de las personas y de las cosas, pues tanto lo uno como lo otro admite muchas especies; así al que sepa que los antecedentes, circunstancias y consiguientes de la causa que trata, bien considerados, le pueden suministrar abundantemente pruebas y razones, no le faltarán argumentos con que apoyar su asunto. Tanto más, cuanto hay innumerables pruebas que las ofrece de suyo la naturaleza de la causa, y que no tienen que ver con otra. Pues no sólo son éstas las más poderosas, sino que los preceptos comunes nos deben servir para discurrir las razones propias del asunto que manejamos. Este género de argumentos diremos que está tomado de las circunstancias que acompañan y rodean a la causa, como dicen los griegos, o de lo que propiamente le conviene sin ser común a otras.

Y no debe ponerse menos cuidado en proponer el asunto que en saber probarlo. Para esto se requiere la invención, la que, si no es la principal, es a lo menos la primera. Porque así como son inútiles las flechas al que no tiene blanco fijo, así son superfluos los argumentos cuando no se considera de antemano para lo que sirven, y esto es lo que no puede aprenderse con reglas. De donde -268- se sigue que los que aprendieron por

unos mismos preceptos usarán de los mismos argumentos; pero los que inventan, discurrirán cuál más, cuál menos.

Propongamos un asunto que nada tenga de común con otros. Cuando Alejandro arrasó a Tebas, se encontró escritura de un préstamo de cien talentos, hecho por los tebanos a los de Tesalia. Esta escritura se la dio graciosamente Alejandro a los tesalios, porque se había también servido de alguna gente suya en la guerra. Después, restituida Tebas por Casandro, los tebanos repiten contra los tesalios. La causa se defiende en el tribunal de los Anfictions<sup>195</sup>. Dicha deuda de cien talentos consta por escritura, y no hay alguna que pruebe la satisfacción de la deuda. Todo el pleito consiste en que, diciendo Alejandro que hizo donación de dicha escritura a los tesalios, no les dio a los tebanos su dinero. Pregúntase, pues, si es lo mismo haberles hecho donación de la escritura que haberles dado dinero. En dicha causa ¿de qué sirven los lugares oratorios, si primero no veo que de nada sirvió el hacerles donación de dicha escritura, que no pudo darla, que no se la dio?

La pretensión de los tebanos a primera vista no puede ser más justa, pues piden lo que les quitaron violentamente; pero por otra parte se nos presenta la dificultad no pequeña del derecho de la guerra, alegando los de Tesalia, que éste es la pauta y regla de todos los pueblos, ciudades y monarquías del mundo. Luego hemos de buscar alguna razón que distinga esta causa de las demás, y por donde se haga ver que esto es una cosa que no está en poder del vencedor. Aquí no está tanto la dificultad en probar el asunto cuanto en saber proponer el caso. Diremos -269- lo primero, que el derecho de la guerra nada tiene que ver con lo que puede ponerse en juicio, y que no hay otro fuero para mantener lo tomado por las armas que las armas. Así donde entran las armas cesan los jueces, y donde éstos entienden, el fuero de las armas fenece. Se deben discurrir razones que prueben esta verdad; verbigracia: Los cautivos que vuelven a su patria, por tanto son libres, por cuanto por el mismo medio que perdieron la libertad la recobraron. Hay también otra cosa propia de la causa presente, y son los jueces que la sentencian. Porque un mismo pleito de distinta manera se ventila delante de los Cien jueces, que de un juez particular.

Diremos lo segundo, que el vencedor nunca pudo dar el derecho: como que éste es de quien está en posesión de la cosa, y que él no tiene derecho sino sobre lo que hace suyo en guerra, que son cosas corporales; pero el derecho y pertenencia de la escritura es cosa que no puede caer en manos del vencedor, y éste es un medio más dificultoso de encontrarle que apoyarle con razones; fundándose en que es muy distinta la condición de poseedor y heredero que del vencedor; al primero pasa el derecho, al segundo la cosa. Encuentro también de particular en esta causa, que el derecho de una cantidad prestada por el común no puede pasar al vencedor, porque a aquélla tienen derecho todos y cada uno de los particulares; de forma que, con un solo particular que quede, en él reside el derecho del empréstito que hizo la comunidad, y los tebanos no todos vinieron en poder de Alejandro. Esto no se prueba con razones tomadas de fuera de la causa, que esto quiere decir argumento, sino que nace de las mismas entrañas de la cosa.

En tercer lugar diremos (y ésta es una razón común) que el derecho no consiste en la escritura, y esto se puede defender con muchas razones. Debe también ponerse en duda la intención de Alejandro, si fue de honrarlos o de -270- engañarlos. Podemos también alegar (y esta razón será propia de la causa presente) que, dado caso que los tebanos perdieron el derecho, ya lo recobraron cuando fueron restituidos en la posesión de su ciudad, y aquí se examinará la intención de Casandro su libertador. Pero lo que principalmente se tendrá a la vista es el tribunal donde el pleito se defiende, el cual diremos que sólo mira a la justicia.

IV. No he puesto este ejemplo para que se tenga por inútil aquella doctrina de los lugares oratorios, pues si esto fuera así la hubiéramos omitido, sino para que ninguno se tenga por consumado orador porque los tenga bien sabidos, olvidándose de lo demás, y para que se entienda que sin lo que vamos después a tratar será muda toda aquella ciencia; pues las artes que se han escrito de retórica no se enderezan a que discurremos las pruebas de nuestro asunto, sino que antes que ellos saliesen a luz ya otros las habían discurredo, y después se redujeron a arte estas observaciones. Prueba de ello es que sus recopiladores, sin inventar nada de nuevo, no hacen más que valerse de los ejemplos de los oradores antiguos, los cuales únicamente fueron los inventores. Esto no quita el que apreciemos el trabajo de los que fueron reduciendo a reglas y preceptos, con lo cual nos allanaron el camino, porque ya no tenemos que fatigarnos en inventar lo que los antiguos supieron hallar en fuerza de su ingenio. Pero todo esto no basta, así como no bastaría el saber los ejercicios de la palestra aquél que no adiestrase y amaestrarse su cuerpo con la abstinencia y parsimonia en el comer, y mucho más si no le ayudase su misma naturaleza, y al contrario todo esto sin arte y reglas no aprovecharía mucho.

Ni imaginen los aficionados a la elocuencia que todo cuanto aquí tratamos es común a todas las causas. Ni les parezca que, cuando se les ofrece algún asunto de que hablar, - 271- deben ir examinando y como llamando de puerta en puerta por todos los lugares oratorios para proveerse de razones, para probar lo que intentan, principalmente cuando todavía están aprendiendo y carecen de la práctica y ejercicio. Porque sería obra de muchísimo trabajo y tiempo el ir tocando por aquí y allí hasta encontrar lo que cuadre a nuestro intento, y aun no sé si esto perjudicaría mucho, a no tener una viveza de ingenio y prontitud natural amaestrada con el mucho estudio, que nos lleve como de la mano a lo que cuadra más con nuestro asunto. Pues así como una buena voz, acompañada de la consonancia de las cuerdas, deleita mucho, pero si la mano está pesada y duda cuándo ha de acompañar con el movimiento de las cuerdas a las diferentes modulaciones de la voz, nos contentamos con lo que puede hacer la voz natural; así a estos preceptos que hemos dado debe acompañar, como cítara acorde, la instrucción y diligente estudio. Esto se consigue con el continuo ejercicio. Porque a la manera que la mano del diestro músico en fuerza de la costumbre hace todas las diferencias de sonidos, ya el grave, ya el agudo, y los que median entre los dos, aunque esté divertido en otra cosa, así tan lejos de embarazarse la buena imaginativa del orador con esta variedad de lugares y argumentos, cada uno de ellos se les presentará voluntariamente sin mucho trabajo, y así como las letras y sílabas no piden reflexión en el que escribe, así las razones suceden unas a otras sin dificultad.

-272-

#### Capítulo XI. De los ejemplos

El tercer género de pruebas extrínsecas es el que llamamos ejemplo y los griegos paradigma, y es traer un hecho sucedido o cómo sucedió, útil para probar lo que queremos. Se ha de considerar si el hecho que traemos es en todo semejante a lo que tratamos o en parte, o para valernos de todo él, o tomar sólo lo que favorece a nuestro intento. Será semejante éste: Justamente se quitó la vida a Saturnino como a los Gracos. Y de semejante: Bruto mató a sus hijos que conspiraban contra la república; Manlio castigó con la muerte el valor de un hijo suyo. Contrario: Marcelo a los siracusanos, nuestros enemigos, les restituyó el ornato de su ciudad y templos; Verres a los mismos, siendo aliados nuestros, se los quitó. El ejemplo tiene los mismos grados, ya en el género demostrativo, ya en el judicial<sup>196</sup>. Aun en el deliberativo, que mira a cosas futuras, conviene el ejemplo de cosas semejantes. Así para probar que la pretensión de

Dionisio de tener guardias de su persona se dirige a hacerse tirano por medio de las armas, diremos que por los mismos medios la consiguió Pisistrato.

Pero así como hay ejemplos que cuadran en un todo, cual es el que hemos puesto, así a veces se toman de menor a mayor y al contrario; verbigracia: Si por la violación del matrimonio se arrasaron ciudades enteras, ¿qué pena merecerá un adúltero? A los flauteros que se retiraron de Roma, -273- los hicieron venir por orden del Senado (Tito Livio 9, capítulo 30), ¿cuánta más razón hay para levantar el destierro a unos hombres del primer orden que, por ceder a la envidia, se salieron de la ciudad? Los ejemplos de cosas desiguales, donde más fuerza tienen es en las exhortaciones; el valor es digno de mayor admiración en la mujer que en un hombre, y así para animar a la fortaleza, no tanto nos valdremos del ejemplo de los Horacios y Torcuatos, cuanto del de aquella hembra que mató a Pirro por su mano; y para exhortar a sufrir la muerte valerosamente, no tanto alegaremos el hecho de Catón y Escipión, como el de Lucrecia, que son de menor a mayor.

Pongamos ejemplos de Cicerón de las tres especies, pues ¿de quién mejor? De semejantes: Porque a mí mismo me sucedió, que, pretendiendo el consulado juntamente con dos patricios, el uno muy atrevido y malvado, el otro muy compuesto y bueno a carta cabal, con todo me alcé con el empleo, venciendo a Catilina por mis méritos, a Galba por el favor. (Por Murena, número 17) De mayor a menor: Dicen que no merece vivir quien confiesa haber quitado a otro la vida. ¿En qué ciudad mueven esta disputa estos hombres ignorantísimos? Por cierto en aquélla, que el primer juicio que celebró fue sobre la vida del esforzadísimo M. Horacio, y aunque todavía por entonces no gozaba de los fueros de libertad, con todo eso el pueblo congregado absolvió al reo, aunque confesaba haber muerto a su hermana por su misma mano. (Pro Milone, número 7) De menor a mayor: Quité, quité la vida, no a Espurio Melio, que por bajar el trigo con menoscabo y pérdida de su hacienda, se hizo sospechoso de que quería coronarse por rey, no más de porque se creía que tenía demasiado amor al pueblo, etc., sino a aquél (y no tendría el mismo reparo en decirlo, habiendo, con peligro de su vida, librado a la patria) cuyo nefando adulterio, cometido en el mismo lecho, etc., con todo lo que se sigue. (Pro Milone, número 72).

El ejemplo de cosa desemejante puede consistir en varias -274- causas, como en el género, en el modo, en el tiempo, en el lugar y otras circunstancias de las que se vale Cicerón para destruir y echar por tierra todas las sentencias que anteriormente parecían haberse dado contra Cluencio. (Pro Cluentio, número 79, 134). Y con el ejemplo de cosa contraria destruye todo el pretendido rigor de los censores, alabando a Escipión el Africano, el cual no quiso castigar a un caballero romano de quien había dicho públicamente que había jurado en falso; y aun convidaba a que alguno le acusase, diciendo que procedería contra el reo en virtud de dicha acusación; pero no saliendo nadie, le permitió continuase en los privilegios de caballero. El cual hecho, por ser largo, no hice más que apuntarlo. En Virgilio tenemos un ejemplo breve de cosa en contrario. (Eneida 2, 540).

Pues no fue tan cruel conmigo Aquiles,

De quien te llamas hijo falsamente.

Algunas veces convendrá el referir todo el hecho de lo que alegamos para ejemplo; verbigracia: Queriendo hacer violencia un tribuno militar del ejército de Gayo Mario, y pariente suyo, a la honestidad de un soldado raso, éste le quitó la vida: queriendo antes este honesto joven cometer un hecho como éste con peligro de su vida que amancillar la castidad<sup>197</sup>. Al cual aquel consumado general le dio por libre. (Pro Milone en la refutación). Otras veces bastará apuntarlo, como lo hizo Cicerón en la misma oración. Porque yo no podría menos de tener por malo y culpable a Ahala Servilio, a Publio Nasica, a Lucio Opimio, y aun al senado, si se prohibiese quitar la vida a los -275- hombres malvados. Lo cual se dirá cuando el hecho es ya sabido o cuando el interés de la causa lo pidiere.

Lo mismo sucede cuando traemos para ejemplo alguna de las fábulas de los poetas, con la diferencia que a éstas no les damos tanto asenso. De las cuales el mismo Cicerón nos enseña que debemos hacer uso, pues en la misma parte (número 8) trae por completo lo siguiente: Y no sin motivo, oh jueces, hombres muy sabios dejaron escrita aquella fábula de uno que había muerto a su misma madre para vengar la de su padre. Pues aunque eran varios los pareceres de los hombres, no obstante se le dio por libre por sentencia de éstos y por el sabio y acertado juicio de la diosa.

Suelen también mover, y no poco, especialmente a gente rústica, aquellas fabulitas que tomaron el nombre de Esopo, aunque parece que su primer inventor fue Hesíodo porque oyen con gusto estas cosas inventadas con tanta sencillez, y por lo mismo que les halaga el oído, dan asenso a lo que proponen. Pues aun Menenio Agripa dicen<sup>198</sup> que para reconciliar a la plebe con el senado se valió de aquella tan celebrada fábula de la discordia de los miembros humanos, por la que todos conspiraron contra el vientre. (Livio, libro 2, número 32). ¿Qué más? El mismo -276- Horacio no tuvo por ajenas de un poema estas fabulitas, pues dice:

Cual allá en otro tiempo

La zorra astuta al león enfermo, etc.

(Libro I, epístola I, verso 73).

Para enseñar y persuadir son muy parecidos a los ejemplos los símiles, principalmente los que sin traslaciones ni metáforas están tomados de cosas muy semejantes al asunto que manejamos<sup>199</sup>; verbigracia: Porque a la manera que los que están hechos a que los

untan la mano para dar el voto en las elecciones y empleos, miran con ceño a aquellos pretendientes que creen no les han de dar nada, así estos jueces venían ya con mal corazón y con intención contraria a la causa del reo. (Pro Cluentio, número 75). Porque cuando la comparación es traída de algo más lejos, se llama parábola. Ésta unas veces se toma de las acciones humanas; así Cicerón por Murena, número 4: «Y si los que toman puerto después de su navegación, advierten a los que de nuevo se hacen a la vela los escollos, tempestades y piratas, encargándoles muy de veras que vayan sobre aviso para precaverse, porque la misma naturaleza nos mueve a favorecer a los -277- que entran en los mismos peligros en que nos hemos visto: yo que después de tantas borrascas estoy, digamos así, para saltar a tierra, ¿qué deberé desear a uno que se ha de ver en los mismos peligros?». Otras veces se toman de los irracionales y aun de los insensibles. Así diremos que el ánimo debe cultivarse con la ciencia, valiéndonos de la semejanza de la tierra, que cultivándola produce fruto, y abandonándola no lleva sino espinas y maleza. Si queremos exhortar a mirar por la república, diremos que hasta las abejas y hormigas, aunque animalejos mudos, trabajan por el bien común. A esta semejanza dice Cicerón: A la manera que nuestro cuerpo no puede pasar sin alma, así una ciudad sin leyes no puede hacer uso de las partes que la componen, que son sus miembros, nervios y sangre. (Pro Cluentio, número 146). En la oración en defensa de Cornelio pone una comparación de los caballos: y aun a los mismos peñascos los trae por vía de comparación en la de Arquias (número 19). Éstas, como dice, son más comunes: Así como los remeros sin piloto son nada, así los soldados sin caudillo.

A veces suelen engañar los símiles, y así es menester tino para usarlos. Porque no sucede, por ejemplo, con las amistades lo que con las naves, que las nuevas son mejores que las viejas: ni es digna de alabanza la mujer que hace participantes a todos de su hermosura, así como la que comunica y reparte a todos su dinero. Si atendemos a lo que suenan las palabras, encontraremos semejanza entre la garbosidad y la hermosura; pero hay una muy notable diferencia entre el dinero y la honestidad. Y así atenderemos a la semejanza en la consecuencia que deducimos. Del mismo modo cuando se nos obliga a responder a muchas preguntas nos miraremos bien en las premisas que vamos concediendo. Así es que Aspasia respondió mal en aquel diálogo de Esquines, que pone Cicerón por estas palabras: (Libro I de la Invención, capítulo I, número 53). «Dime por tu vida, mujer de Jenofonte, ¿si una vecina -278- tuya tuviese oro de más quilates que el tuyo, cuál querrías más, aquél o éste? Por cierto que aquél, respondió. ¿Y si la misma tuviese un corte de vestido o un aderezo de los vuestros más vistoso que el tuyo, cuál escogerías? el suyo, dijo. Ahora bien, dime, si ella tiene marido mejor que el que tú tienes, ¿cuál tomarías antes? Aquí la mujer se sonrojó.» Con razón, ¿pues quién la metía a ella en decir que se prendaba más de lo ajeno, no siendo lícito codiciarlo? Dijera que querría que su oro fuese tan aquilatado como el de la vecina, y entonces sin rubor podía responder que desearía fuese tal su marido: que nadie se las apostase en el mundo.

Pruébese también una cosa extrínsecamente por medio de autoridades. No entiendo por autoridades aquellos juicios anteriores por los que se sentenció ya otra causa semejante a la nuestra; porque esto se reduce a los ejemplos, sino las opiniones y común consentimiento de naciones, pueblos, sabios, poetas y hombres ilustres.

¿Qué más? Aun de las opiniones comunes y costumbres ya recibidas podemos hacer uso. Pues por lo mismo que no son testimonios que se buscaron o inventaron para nuestra causa, sino dichos y sentencias de gente desapasionada, carecen de toda sospecha y convencen más: como que son dichos o hechos que miran a lo mejor y más conforme a la verdad.

Por ejemplo, si hubiera yo de tratar de lo miserable que es esta vida, ¿por qué no me valdré de la costumbre de aquellos pueblos<sup>200</sup> que lloraban el nacimiento de alguno y

celebraban con festines a los que salían del mundo? Si quiero recomendar y realzar la misericordia delante de un juez, ¿quién tachará que alegue la muy derecha opinión de los atenienses, que la tenían no por pasión sino por Dios?

-279-

Y si no, ¿los dichos de aquellos siete sabios no pasan por leyes para bien vivir? Si se ventila en juicio el aborto procurado por una mujer adúltera, ¿no sentenciará contra ella el dicho de Catón de que no hay ninguna adúltera que no sea también hechicera?

Que si hablamos de las autoridades de poetas, sembradas están de ellas las oraciones de los oradores y libros de los filósofos. Los cuales, aunque tienen por inferiores a sus sentencias y doctrinas las opiniones de los demás, con todo no hicieron asco de apoyar sus dichos con los versos de los poetas. Y no es ejemplo despreciable el de los de Mégara, a los cuales persuadieron los atenienses a que juntasen sus naves con su armada, andando en competencias sobre tomar a Salamina con un solo verso de Homero (Ilíada, libro 2, verso 557), que dice que también Áyax juntó las suyas con los atenienses, el cual verso no se encuentra en todas las ediciones.

Aun las opiniones del vulgo y sus dichos, por lo mismo que no tienen autor fijo, pasan por autoridades de todo el mundo<sup>201</sup>. Tales son: Donde hay amigos allí hay riquezas. La conciencia supone por mil testigos. Y en Cicerón: (De senectute, libro 7): Cada oveja, dice el refrán antiguo, con su pareja. Porque a no tenerse por verdades, ya el tiempo los hubiera abolido.

-280-

## Capítulo XII. Del uso de los argumentos y pruebas

Las pruebas deben ser evidentes y no admitir duda, aunque algunas veces las evidenciaremos más.-Cuando las pruebas son muy poderosas se pondrá cada cual de por sí para instar al contrario; si son débiles y flacas, se insinuarán y se pondrán juntas.-No basta el insinuar las pruebas: se han de apoyar con algunas reflexiones.-De las pruebas que se sacan de los afectos.-Qué lugar deben ocupar las pruebas más poderosas.-Repréndese la elocuencia afeminada.

Lo que he dicho hasta aquí pertenece a la doctrina de las pruebas que yo he podido aprender de otros y de la misma experiencia. Ni estoy tan confiado de mí mismo que piense basta esto solo: antes exhorto a todos a discurrir otros nuevos argumentos, pues los hay; aunque todo cuanto puede añadirse a lo dicho no será cosa muy distinta. Digamos ahora cómo usaremos de estas pruebas.

Es doctrina común que las pruebas no han de admitir duda ninguna, porque ¿cómo probaremos una cosa dudosa con otra que lo es también? Aunque alguna vez ocurre el probar la misma prueba; verbigracia: Mataste a tu marido porque eras adúltera. Aquí lo primero que deberemos evidenciar es el adulterio, para que probado sirva de prueba del homicidio. Asimismo: Encontrase tu mismo puñal clavado en el cadáver. Niega el reo ser suyo. Para que aquélla pueda servir de prueba es necesario probarla. Pero debo advertir que no hay prueba más poderosa que cuando lo que estaba en duda se hace evidente. Ejemplo: Tú eres el autor de esta muerte, pues tenías el vestido ensangrentado. Si -281- de esto se le convence al reo, es argumento más grande que si él mismo lo confesase. Porque en caso que él lo confesara, pudiera nacer de muchas causas la sangre del vestido. Si lo niega, el probarlo es el punto cardinal de la causa, porque evidenciado esto, lo demás de suyo quedará probado, pues no se hace creíble que mintiese para negarlo si no desconfiase de poderlo defender si lo confesaba.

Si las pruebas son poderosas, debe el orador instar y apretar al contrario con cada una de por sí; pero si son débiles, debe amontonarlas todas. Porque no conviene el confundir las que son por sí fuertes con las que de suyo son débiles y flacas, y al contrario éstas unidas podrán ayudarse mutuamente y, ya que no sirvan para su solidez servirán por el número, porque todas se enderezan a probar lo mismo. Si decimos que alguno hizo la muerte para heredar, pondremos juntas estas razones: «Esperabas la herencia y una herencia pingüe, eras pobre y entonces te hallabas acosado de los acreedores, habías ofendido a aquél de quien esperabas heredar y sabías que quería revocar el testamento.» Cada una de estas cosas por sí vale poco, pero juntas sirven de mucho, y ya que no ofendan como un rayo, molestan como el granizo.

Pero hay algunas pruebas que no basta el alegarlas, es necesario darles nuevo vigor, como si por codicia se cometió alguna maldad diremos cuánto puede esta pasión; si la ira, explicaremos cuánta sea su fuerza cuando llega a enseñorearse del corazón humano. Entonces moverán más estas razones y tendrán más gracia si ponemos la cosa no descarnada y desnuda, sino revestida de sus circunstancias. Del mismo modo si nos valemos del odio para probar un delito, va a decir mucho si el odio nace de envidia, de alguna injuria recibida o de ambición; si es añejo y antiguo o de muy poco tiempo, si es contra un superior igual o inferior, contra un extraño o contra un pariente. -282- Según sea la pasión así la trataremos, acomodándola a la utilidad de nuestra causa.

Ni tampoco conviene agobiar el ánimo del juez con todas las pruebas que nos ocurran, ya porque esto fastidia, ya también porque el probar demasiado la cosa viene a hacerla sospechosa. Pues no puede persuadirse el juez que son convincentes las primeras, cuando parece que desconfiamos de ellas añadiendo otras pruebas. En cosas por sí evidentes, el probarlas es lo mismo que sacar una luz a la calle en el medio día<sup>202</sup>.

Añaden algunos en este lugar aquellas pruebas que llaman morales, tomadas de los afectos y costumbres de un sujeto. Y ciertamente Aristóteles tiene por muy poderosa prueba el dicho del hombre bueno, a la que sigue el de quien es tenido por tal. Como en aquella famosa defensa de Escauro<sup>203</sup>: Quinto Vario Sucronense dice que Emilio Escauro hizo traición a la república del pueblo romano; Emilio Escauro lo niega. Semejante a esto es aquello de Ifícrates, el cual, siendo acusado por Aristofonte de semejante delito, le preguntó: Dime, ¿si a ti te dieran dinero para que vendieses tu patria, lo harías? No, respondió. Entonces dijo él: ¿Y yo había de haber hecho lo que tú no hicieras?

Preguntan también algunos si se ha de comenzar por las pruebas más fuertes para llamar más la atención, si se han de poner al fin para que se impriman más en los ánimos, o si, siguiendo el ejemplo de Néstor, como dice Homero, con sus tropas, dividiremos los argumentos más poderosos y los más débiles los colocaremos en medio, o si comenzaremos por los más débiles colocando los demás como por grados. En lo cual cada uno comenzará por donde venga mejor para el asunto, pero con la diferencia que -283- nunca comience la oración por las mejores razones y termine en las más débiles.

Por lo que mira a los lugares de donde hemos de sacar las pruebas, ya me parece haber insinuado los principales, aunque no todos. En lo cual procedimos con tanto más cuidado, porque aquellas declamaciones, que eran como unos ensayos en que nos amaestrábamos cuando jóvenes para las contiendas del foro, perdieron ya todo el nervio antiguo, y sólo conservan la pompa y ostentación para deleitar al auditorio.

Por lo cual (para decir mi sentir) aunque semejante elocuencia mereció los aplausos de los auditorios por no sé qué deleite liviano que en ella hallaron, no la tengo en ningún aprecio por no echarse de ver en ella algún vigor y fuerza varonil, mucho menos la gravedad propia de un hombre ajustado. Es bueno que los estatuarios y pintores cuando

nos quieren pintar un lienzo o hacer una estatua de un hombre con toda la propiedad y gallardía que cabe, nunca dieron en el error de tomar por modelo un Bagoas<sup>204</sup> o un Megabizo, sino un Doríforo<sup>205</sup>, tan diestro en la guerra como en la palestra, u otro joven atleta y belicoso de gallarda presencia, y nosotros, que pretendemos dar una idea cabal de la elocuencia, ¿hemos de enseñar, no la fuerza y nervio de ella, sino el sonsonete de las palabras?

El joven, pues, a quien dirigimos las presentes reglas, procure muy desde los principios imitar lo natural y lo -284- verdadero, y supuesto que ha de entrar después en las contiendas del foro, aspire ya desde la escuela a la victoria y a herir al contrario de manera que, tocándole en lo vivo, se pueda defender de sus tajos y reveses. Esto ha de enseñar sobre todo el maestro, y esto ha de alabar en los discípulos si es que tienen buena invención para ello. Porque así como ellos desean la alabanza buscándola aun en lo peor, así gustan de que los alaben lo bueno que discurrieron. Pero por desgracia en las escuelas se pasa por alto lo que es más necesario para la oratoria, y ya no se tiene por prenda del orador el atender a lo que la causa pide. Mas habiendo<sup>206</sup> tratado ya de esto en otra obra, y repitiéndolo en ésta muchas veces, volvamos a nuestro propósito.

-285-

### Capítulo XIII. De la refutación

I. Más dificultoso es defender que acusar.-II. Si lo que el contrario alega contra nuestra causa es cosa que pertenece a ella, o se negará, o se defenderá, o diremos que no se observa la debida formalidad. Si no mira a la causa presente, se refutará por encima.-III. Si conviene refutar muchas cosas juntas o cada una de por sí. Si lo que dice es falso, se negará redondamente. Se procurará hacer ver que lo que se alega es ajeno de la causa o diverso o increíble o superfluo, o que favorece a nuestro intento.-IV. Lugares oratorios de conjetura, de definición y cualidad. A veces conviene despreciar lo que dice el contrario. Contra los semejantes nos valdremos de alguna cosa de semejante.-V. Cuándo convendrá referir las mismas palabras del contrario y cuándo sustituir otras en su lugar, cuándo contar todo entero el delito y cuándo por partes.-VI. De las pruebas que llaman comunes.-De las contradictorias.-De las argumentaciones viciosas.-VII. Cómo refutaremos las contradicciones que nos saca el contrario y cuándo daremos contra el mismo abogado.-Aconseja a los declamadores que no saquen contradicciones que tengan fácil respuesta.-VIII. El orador no debe manifestarse muy solícito en la causa.-Ambas partes cuiden del punto cardinal de la causa.

De dos maneras podemos entender el nombre de refutación. En primer lugar, la defensa en parte no es otra cosa que refutar. Y en segundo lugar, desvanecemos las razones que pone el contrario refutándolas, y a esta parte damos propiamente el cuarto lugar en las causas forenses<sup>207</sup>, aunque tanto para uno como para otro se observan -286- las mismas reglas, porque tanto en la confirmación como en la refutación, son siempre unos mismos los lugares oratorios y unas mismas las figuras, las sentencias y el estilo; con la diferencia que en la refutación es menor el movimiento de afectos.

I. Aunque no sin motivo, se tuvo siempre por más difícil (como Cicerón lo confirma en muchos lugares) el defender que el acusar. Primeramente porque el acusar es cosa más simple, porque la acusación se hace de un solo modo, pero la defensa pide más composición y variedad; al acusador le basta por lo común que sea cierto el delito de que acusa, pero el que defiende ha de negar el hecho, justificarlo, probar que está mal puesta la demanda, excusar la acción, suplicar, suavizar, mitigar el delito, rebatirlo, valerse del desprecio y de la burla. Por lo cual tiene por lo común que hacer la defensa

indirectamente y (para decirlo así) con estrépito y ruido, para lo cual se necesitan mil tretas y rodeos. A esto se junta que el acusador ya trae de su casa medio pensado todo cuanto tendrá que decir, pero el abogado tiene que responder de repente, el acusador presenta testigos, el abogado tiene que refutar lo que éstos digan, al acusador el mismo delito feo por sí mismo, aun cuando sea falso, le da materia de hablar, ya sea parricidio, ya sacrilegio, ya de lesa majestad; pero el abogado sólo puede negarlo. Y así para acusador cualquiera basta por mediano que sea; pero para ser abogado se requiere una elocuencia consumada. Y para explicarme de una vez, tanto mayor habilidad necesita el abogado que el acusador, cuanto más se requiere para sanar la herida que para hacerla.

II. Hace mucho al caso saber lo que dice el contrario y cómo lo dice. Y así lo primero de todo debemos considerar lo que hemos de responder, si lo que se nos opone mira a la causa presente o a cosa muy distinta.

Si es cosa que mira a la causa, o se negará, o se defenderá, -287- o se dirá que no se observa la debida formalidad; porque a estas tres cosas miran las causas del foro. Las plegarias para disculpar al reo cuando no defendemos el delito tienen poco uso, y solamente delante de aquellos jueces que no están obligados a sentenciar contra el reo por atender a la justicia de otro tercero, aunque aquéllas que vemos en las defensas hechas delante del César y los triunviros en favor de algunos, en medio de ser plegarias no dejan de tener algunos visos de defensa. A no decir que Cicerón no defendía con el mayor empeño a Ligario cuando dijo: ¿Qué otra cosa pretendíamos todos, oh Tuberón, sino el quedar vencedores, como quedó el César? Y si alguna vez tuviéremos que hablar, o delante de algún príncipe, o de algún otro juez que puede lícitamente perdonar al reo, diremos que era digno de muerte; pero que, atendidos los méritos de la persona, conviene que haga su oficio la clemencia. Aquí no hablaremos con el acusador sino con el juez, y más trataremos la causa como pide el género deliberativo que en forma judicial, persuadiendo al juez que quiera más alzarse con el renombre de clemente y piadoso que con el de justiciero. Dígolo porque usar de semejantes razones delante de un juez, que por necesidad tiene que hacer su oficio, sería una ridiculez. Pero cuando lo que nos oponen es innegable y no puede alegarse falta de formalidad, forzosamente hay que defenderlo sea como sea o perder el pleito.

Dos maneras hay de negar una cosa: o diciendo que no se cometió el delito, o que no es como dice el contrario. Pero lo que ni puede defenderse ni disimularse redondamente lo negaremos, y esto no solamente cuando la cosa está a nuestro favor, sino cuando no tenemos otro recurso que la simple negativa; verbigracia: ¿Hay testigos? Podemos ponerles mil tachas. ¿Hay contra nosotros alguna escritura? Puede ponerse en duda su autenticidad. Sobre todo, no hay peor cosa que confesar de plano.

-288-

Si la cosa ni puede negarse ni admite defensa, diremos a lo menos por último recurso que no hay la debida formalidad.

Si lo que se nos opone es fuera de la causa, aunque tenga algún parentesco con ella, diría yo que de aquello no se trata al presente, ni nos toca el refutarlo, y aunque sea verdad no es tanto como pondera el contrario, y no culparé yo a ninguno que finja habérsele pasado por alto, porque el buen abogado no debe ofenderse de que le tachen en esta parte de descuido si contribuye para salvar al reo.

III. Veamos ahora si conviene refutar muchas cosas a un tiempo o cada una de por sí. Solamente lo haremos cuando podemos de un golpe destruirlo todo, o cuando son cosas tan odiosas en sí que no conviene refutarlas una por una. Entonces conviene combatir las todas juntas con todo empeño, y pelear, digamos así, de frente. Asimismo si es más dificultoso el ir desmenuzando en sus partes todo lo que el contrario amontonó,

confrontaremos nuestras pruebas con las tuyas si tenemos confianza de que parecerán más poderosas que las que él alegó.

Cuando las pruebas sólo pueden por el número, procuraremos dividir las como dije arriba: Eras su heredero, eras pobre, estabas agobiado de deudas, le tenías ofendido y sabías que quería revocar el testamento. Todo esto unido tiene alguna fuerza, pero separado perderá todo su valor, como la llama que se hace menor dividida la materia que le sirve de pábulo, o como los ríos, que cuando los dividimos en muchos brazos pueden vadearse por todas partes.

Por eso dispondremos la proposición con arreglo a esto: ya manifestando cada cosa separadamente o ya muchas de montón. Porque unas veces convendrá que lo que el contrario dividió en muchas partes lo juntemos nosotros; verbigracia: Si dice y alega los varios motivos que el reo tenía para cometer el delito, no debemos hacer enumeración -289- de todas ellas, sino que diremos que no porque uno tenga algún motivo para una cosa se sigue que la haya hecho. Por lo común al acusador trae cuenta el amontonar las pruebas, pero al reo refutarlas cada una de por sí.

Importa también ver el modo con que refutamos lo que se dice contra nosotros. Si es falso, basta negarlo. Como lo hace Cicerón en la causa de Cluencio (número 168), pues diciendo el acusador que el que tomó el veneno murió al punto que lo bebió, niega él que muriese aquel mismo día. El ponerse a reprender lo que es manifiestamente contrario o superfluo o es una necesidad conocida, tiene poca habilidad, y así para refutarlo no traeremos razón ni ejemplo alguno. Lo que se dice sin haber testigo ni indicio alguno de ello, por sí mismo se destruye. Basta el que no lo pruebe el contrario. Lo mismo digo de lo que no mira a la causa.

Debe también el abogado probar que lo que oponen los contrarios es cosa contraria o diversa de la causa, increíble, superflua o que favorece a nuestro asunto. Por ejemplo: acusaban a Opio de que a los soldados les cercenaba el prest y la ración. Mal pleito es éste por cierto; pero Cicerón saca una contradicción, diciendo que los mismos contrarios le habían acusado de que pretendía sobornar con dinero al ejército. Decía el acusador de Cornelio que presentaría testigos de cómo él leyó el código en calidad de tribuno, y repone Cicerón que esto es superfluo, pues el mismo Cornelio lo confiesa. -Pedía Cecilio que le dejasen acusar a Verres, pues había sido su tesorero, y Cicerón hace ver cómo por esto mismo le pertenecía a él la acusación. (1 Contra Verres, 59, 65).

IV. Todo lo demás sobre este punto ya tiene sus lugares comunes. O se examina la verdad de la cosa por conjeturas, o si son propias de la causa, por la definición o por la cualidad de la misma cosa, si es buena, o mala, o -290- injusta, o inhumana, y todo lo demás que pertenece a este género.

Bien que alguna vez se suele despreciar lo que nos oponen, o porque es una bagatela, o porque nada hace a nuestro asunto, como lo practicó Cicerón en muchas ocasiones. Aunque alguna vez por medio de este disimulo solemos decir que despreciamos como cosa fastidiosa y frívola lo que no encontramos razones para refutarlo.

Y supuesto que la mayor parte de estas cosas depende de la semejanza, es necesario examinar con cuidado en todas ellas si hay alguna desemejanza. Esto en el derecho ya se conoce fácilmente, porque como las leyes son de materias tan diversas, es más clara la diferencia. Las semejanzas tomadas de los irracionales e insensibles cuesta poco el darlas por el pie. Por lo que hace a los ejemplos de las cosas, se manejarán con variedad si es que pueden dañar. Cuando son dudosos, los llamaremos fabulosos; si son verdaderos, diremos que hay muchísima desemejanza, porque no es posible que dos convengan en un todo. Así si se defiende a Nasica por haber muerto a Graco con el ejemplo de Ahala, que quitó la vida a Melio, diremos que Melio pretendía hacerse rey y que Graco sólo dio leyes según el paladar de la plebe; que Ahala fue coronel de

caballería y que Nasica es un mero particular. Cuando no tenemos razón ninguna, examinaremos si se encuentra algún aparente motivo que desaprobe el hecho. Lo mismo que decimos de los ejemplos entiéndase de los juicios o sentencias anteriores<sup>208</sup>.

V. Cuando dije que debemos mirar el modo con que el contrario dijo la cosa, se dirige a que si la propuso con poca eficacia y nervio, repitamos sus mismas expresiones, -291- pero si el modo de decir fue acompañado de fuego y vehemencia, cuando repitamos lo que dijo lo hagamos con palabras que disminuyan la atrocidad de la cosa. Así Cicerón en la defensa de Cornelio tocó el código, y poco después expone la cosa como defendiéndola. Así si se defiende a un lujurioso, diremos: opone el contrario que era algo libre la vida de éste. A esta semejanza diremos parco en lugar de mezquino, y que uno no tiene pelos en la lengua, por no decir maldiciente. Finalmente, nunca tomaremos en boca las mismas pruebas del contrario, ni repetiremos sus mismas expresiones, ayudándole con alguna amplificación sino para refutarlas. Así Cicerón (por Murena, número 1): «Haber estado tú, dice, en el ejército, no haber entrado el pie en el foro, haber estado ausente tanto tiempo, ¿y después de tan larga ausencia ponerte a disputar sobre la preeminencia con los que se criaron en el mismo foro?».

Cuando se contradice al contrario, unas veces se expone el delito todo entero. Así lo practicó Cicerón defendiendo a Escauro contra Bostar, donde parece que habla en boca de la parte contraria. Otras hacinando muchas proposiciones, como en la causa de Vareno: «Caminando Vareno en compañía de Populeno por campos solitarios, dicen que encontraron con la familia de Ancario, y que Populeno fue muerto; que después ataron y aseguraron a Vareno, hasta que éste dijese lo que había de hacer con él.»

Esto se ha de hacer cuando es increíble la serie de la cosa, y se ha de tener por inverosímil si se cuenta con todos los pelos y señales. A veces se refuta el delito por partes, porque todo entero podría dañar y esto es lo más seguro. Otras una sola proposición de su naturaleza encierra contradicciones, lo que no necesita de ejemplos.

VI. De aquellos argumentos que son comunes, nos podemos aprovechar muy bien, no tanto porque aprovechan a las dos partes, cuanto porque sirven aún más al que -292- responde. Y no tendré reparo en repetir lo que he advertido muchas veces, y es: que el que primero echa mano de un argumento común, de común lo hace contrario. Contrario llamo a lo que puede servir a nuestro enemigo; verbigracia: Dirán que no es creíble que un hombre como Marco Cota haya concebido tamaña maldad. Y qué, ¿lo es el que Opio la haya intentado? (Cicerón, Pro Opio).

Al orador le toca coger las contradicciones del contrario o lo que parezca tal, aunque ellas mismas muchas veces saltan a los ojos, como en la causa de Celio: Clodia dice que prestó dinero a Celio, lo que prueba haber tenido con él grande amistad, y que le quería dar veneno, lo que es indicio de un odio descomunal (número 31). Se queja Tuberón de que Ligario estuvo en el África, y se queja al mismo tiempo de que le prohibió a él la entrada en ella. (Pro Ligario, número 9).

Da a veces ocasión a estas contradicciones el poco tino y reflexión del contrario en lo que dice, y es muy común esta dolencia en los que gustan de lucirse con sentencias, porque, arrebatados de este deseo, mientras fijan la atención en lo que dicen y no en la causa, vienen a perder la cuenta de lo que antes dijeron. ¿Qué cosa más contra Cluencio que la nota y castigo de un Censor? ¿y qué cosa más contraria al mismo que haber Egnacio desheredado a su hijo por haberse dejado sobornar en el juicio en que Opiánico fue condenado? Pues Cicerón hace ver cómo estas dos cosas se contradicen. «Pero creo, oh Acio, que reflexionarás qué juicio querrás tú que tenga autoridad y peso: el juicio de los censores o el de Egnacio. Si el de Egnacio, tiene poca fuerza el que los censores formaron de los demás, pues estos mismos degradaron a Egnacio, a quien tú tienes por

hombre de peso. Pero si el de los censores, sabemos que los mismos le conservaron en la dignidad senatoria y degradaron a su padre, que le había desheredado.» (Pro Cluentio, número 135).

Cuando alegan pruebas dudosas como si fueran convincentes, -293- lo que está en disputa como si fuera cosa decidida, lo común a las dos partes, como si a una sola favoreciese, las pruebas vulgares y superfluas e increíbles, o aunque sean verdaderas, se alegan fuera de sazón, esto está tan mal traído que no es menester mucha habilidad para refutarlo. Lo que suelen hacer algunos con poca cautela para más agravar lo que aún no está probado, como disputar del hecho cuando se busca el autor: empeñarse en probar un imposible y dejar como si estuviera suficientemente probado lo que apenas ha comenzado a probarse, el hablar de las personas en lugar de la causa, atribuir a las cosas o empleos los vicios de un particular, como poner tacha en el oficio de los decenviros en vez de acusar a Apio, contradecir a la verdad manifiesta, proferir cosas que pueden tomarse en distinto sentido, no fijar la atención en el punto cardinal de la causa ni responder al intento, lo que únicamente puede disimularse cuando se defiende una mala causa con cualesquiera razones, aunque traídas de fuera, como cuando Verres se defiende valerosamente y con maña de la acusación de que había robado el dinero público, diciendo que echó mano de él para apartar a los piratas de la Sicilia (7, Verrinas, números 1, 4).

VII. Lo mismo debe entenderse de las contradicciones que nos pretende sacar el contrario. Con tanta mayor razón, porque muchos faltan en este punto por dos extremos. Unos omitiendo esto aun en el foro, como cosa molesta, se contentan con lo que traen discurrido de su casa, no contando con las réplicas que después pueden hacerles. Otros, pasándose ya de escrupulosos, llevan hecha su provisión de respuestas para las réplicas más menudas: lo que no solamente es obra de infinito trabajo, sino superflua; porque no se reprende la causa, sino quien la defiende. Pido yo en el abogado tal destreza que, si dice algo que favorezca a la causa, se atribuya a su buena maña, no a aquélla, y si en algo falta se atribuya a la mala causa, no a culpa suya. Y -294- así las reprensiones o ya de la oscuridad, como en la oración contra Rulo, o de impericia en el decir, como contra Pisón, o de ignorancia de las cosas y aun de los términos y a veces de la frialdad, como contra Marco Antonio, contribuyen para las invectivas contra los que justamente aborrecemos, y sirven para conciliar el odio contra los que queremos que se les aborrezca.

Otra manera hay de responder a los abogados, en los cuales no solamente se suele tachar el lenguaje, sino su conducta, semblante, el modo de andar y aun el mismo traje; así Cicerón no solamente reprende a Quincio (oración Pro Cluentio, número 3) todo esto, sino la pretexto caída hasta los talones; porque Quincio había perseguido a Cluencio y dado contra él en varios razonamientos. Otras veces eludimos con una chanza lo que el contrario dijo con aspereza para hacerle más odioso, como lo hace Cicerón con Triario. Habiendo dicho éste que las columnas de Escauro fueron conducidas en carros por medio de la ciudad con mucho coste, dijo: Pues yo que las tengo del monte Albano las traje en angarillas. Esto se permite más contra los acusadores, a quienes la ley de la defensa muchas veces nos obliga a zaherir. Está también recibido y no es crueldad el quejarse en general de todos; como el decir que callaron, disminuyeron, oscurecieron y dilataron con malicia alguna cosa.

Sobre todo parece que se debe dar un aviso a nuestros declamadores, y es que ni hagan objeciones que tengan fácil salida, ni se imaginen muy bobo y lerdo al contrario. Esto lo hacemos porque se nos presentan lugares comunes que dan abundante materia de hablar, y pensamientos acomodados al paladar del vulgo, haciendo entrar en el discurso lo que nos agrada: de modo que no es inútil aquel verso:

No es mala la respuesta,

Supuesto que fue mala la pregunta.

-295-

Esta costumbre nos engañará en el foro, donde no nos respondemos a nosotros, sino al contrario. Preguntándole a Acio por qué no defendía pleitos cuando era tan grande su habilidad en componer tragedias, respondió: Porque en éstas hago hablar a las personas lo que yo quiero; pero en el foro el contrario diría lo que no me acomodase de ningún modo. Por donde es cosa ridícula en semejantes declamaciones, que sirven como de ensayo para el foro, el meditar lo que responderemos y no pensar las réplicas que nos podrán hacer. El buen maestro no menos debe alabar al discípulo que discurre bien por parte del contrario, que al que se defiende a sí mismo.

VIII. Otro vicio es el mostrarse tan solícito el abogado, que se agarre aun de las más frívolas menudencias. Esto hace ya sospechosa la causa al juez; y lo que dicho de pronto quitaría toda duda, diferido, la misma preparación y preámbulos hacen que no se le dé crédito después, dando a entender el mismo abogado que necesita de otros apoyos.

El orador manifieste siempre confianza, y en su modo de decir dé a entender que la causa le ofrece buenas esperanzas. En esto, como en todo, fue aventajado Cicerón. Porque aquel sumo cuidado en manifestar confianza es semejante a la seguridad, y da tanta autoridad a lo que decimos, que es como una nueva prueba, el no dudar que saldremos con nuestro pleito.

Finalmente, el que conociere cuánto hay de poderoso y fuerte, tanto en la causa del contrario como en la suya, este tal sabrá cuándo le ha de salir al encuentro y cuándo le ha de apretar. Por lo que mira al orden, ninguna cosa disminuye más el trabajo. Si defendemos, primero probaremos nuestra causa y después desharemos las objeciones. Si respondemos, lo primero de todo será refutar al contrario. Pero siempre atenderemos en lo uno y en lo otro, donde está el punto principal; porque sucede que en cualquier - 296- causa se dicen muchas cosas, pero se juzga de pocas.

Éste es el modo de probar y refutar; pero ha de acompañar la energía y el adorno, porque aunque hay cosas acomodadas para manifestar lo que pretendemos, con todo perderán toda su fuerza si no las acompaña el nervio y fuerza en el decir.

-297-

#### Capítulo XIV

I. Qué cosa es epiquerema y entimema.-II. Su uso debe ser raro.-III. Qué adorno conviene a los argumentos.

I. El epiquerema tiene tres partes proposición: mayor, menor y conclusión<sup>209</sup>. Tomemos el ejemplo de Cicerón: Mejor se gobierna lo que se hace con consejo que lo

que sin él se hace. Ninguna cosa hay mejor gobernada que el mundo. Luego el mundo se gobierna con consejo. (Libro I de la Invención, números 57, 73). En estas tres partes no se guarda siempre el mismo orden. Por último, el epiquerema en nada se distingue del silogismo, sino en que éste comprende muchas especies y por él se deduce una verdad de otra; pero el epiquerema comúnmente sirve para cosas probables.

Al entimema unos le confunden con el silogismo oratorio, otros le tienen por parte de él: porque el silogismo consta de proposición y conclusión<sup>210</sup>, y en todas sus partes va deduciendo lo que propuso; pero en el entimema -298- va solamente comprendida la consecuencia. Silogismo es el siguiente: Sola la virtud es verdadero bien, porque aquél es el bien verdadero de que no podemos abusar. Ninguno puede abusar de la virtud. Luego es verdadero bien. Entimema de consecuencia: La virtud, de que ninguno puede abusar, es bien. Y al contrario: El dinero no es bien porque no puede serlo aquello de que puede alguno abusar. Del dinero puede hacer alguno mal uso. Luego no es bien. Entimema por los repugnantes: ¿Por ventura es bien el dinero, del que cualquiera puede abusar?

II. Me parece haber descubierto los arcanos de los maestros del arte; pero queda lugar al discernimiento, porque así como no prohíbo usar alguna vez de silogismo, así tampoco quiero que toda la oración conste o esté llena de epiqueremas, silogismos y entimemas. De lo contrario nuestros razonamientos serían muy semejantes a los diálogos y disputas de los dialécticos, siendo tan distintas estas dos cosas. Como los filósofos son doctos, e indagan la verdad entre gente instruida, todo lo examinan menuda y escrupulosamente hasta evidenciar la cosa, señalando dos caminos para encontrarla y hacer juicio de ella; al primero llaman tópico y crítico al segundo. Pero nosotros tenemos que ajustar nuestros discursos al juicio de los oyentes, puesto que no pocas veces son gente ignorante y sin letras. Y si no los ganamos con el deleite, si no los traemos con las fuerzas de la oratoria a lo que intentamos y no excitamos variedad de pasiones en sus ánimos, no podremos salir con la verdad y con la justicia.

La elocuencia es de suyo rica y adornada; pero nada de esto tendrá cuando toda la oración vaya encadenada de silogismos, epiqueremas y entimemas dispuestos de una misma forma y terminación. Si el estilo es humilde merece desprecio, si con esclavitud odio, si es muy pomposo y redundante empalaga, y tan afluente puede ser que cause fastidio. Corra, pues, por campo espacioso y no -299- vaya reducida a sendas estrechas; y no sea como las fuentes acanaladas por caños reducidos, sino como los ríos, que, extendiéndose por llanuras, ellos mismos se abren camino si no le encuentran.

Porque ¿dónde hay mayor esclavitud que la de aquellos que se parecen a los niños, que van siguiendo sin apartarse un ápice las letras mismas que les formó su maestro, y que, como dicen los griegos, guardan con mucho cuidado el primer vestido que su madre les puso? Quiero decir, la proposición y conclusión sacada de los consiguientes y repugnantes, ¿no deberá ir animada, variándose y amplificándose de mil modos, de forma que parezca una cosa natural, sino que seguiremos servilmente las reglas del arte en la formación del entimema<sup>211</sup>?

Porque ¿quién de los oradores habló jamás en forma silogística? En Demóstenes lo vemos alguna vez, pero muy rara. Solamente lo vemos practicado en los griegos modernos (porque en esto sólo son inferiores a nosotros), los que van encadenando semejantes argumentaciones de un modo inexplicable, deduciendo las verdades y probando sus conclusiones. Y aunque les parece que en esto imitan a los antiguos, si les preguntamos a quiénes siguen no nos sabrán responder. Pero de las figuras hablaremos en otro lugar.

III. Debo añadir aquí que no convengo con la opinión de los que dicen que los argumentos deben ponerse en sus términos claros y precisos, y no difusamente y con adorno. Confieso que deben ser distintos y claros, y si las cosas son de poca importancia, basta que el lenguaje sea muy propio y usado; pero cuando ocurra alguna cosa de -300- mayor entidad, juzgo que ningún adorno se debe desechar con tal que no cause obscuridad. Y cuanto más desagradable de suyo sea la materia, otro tanto más conviene sazorarla con el deleite, y cuando la argumentación sea sospechosa, disimular con el adorno su artificio; puesto que lo que con gusto se oye lo abraza mejor el ánimo. A no ser que digamos que no dijo bien Cicerón, valiéndose de esta misma argumentación: Que entre las armas enmudecen las leyes, y que a veces las leyes nos ponen la espada en las manos. Pero de los adornos usemos con tal moderación que hermosteen y no agobien el razonamiento.

#### Libro sexto

Proemio. Quéjase de su mala fortuna por la pérdida de sus hijos y mujer

Tres fueron, oh Marcelo Victorio, las razones que me movieron a emprender esta obra. La primera por darte gusto; la segunda el conocer que podría de ella resultar algún fruto a la juventud; y la tercera el cargo que se me ha encomendado<sup>212</sup>, procurando yo desempeñarlo con todo cuidado. Fuera de estos tres motivos, no dejaba también de atender en ella a la educación de un hijo mío, cuyo agigantado talento requería una cuidadosa instrucción para que, si llegaba el fin de mis días (como era preciso y yo deseaba), pudiese él disfrutar de los preceptos de su padre que le dejaba como en herencia. Pero cuando yo día y noche me apresuraba a concluir este trabajo agitado de los miedos de la mortalidad, la fortuna me dio un tan repentino y recio golpe, que a ninguno otro podía ya resultar menos fruto de estas mis fatigas que a mí mismo. Porque -302- experimentando por segunda vez el duro golpe de la orfandad, me vi privado del hijo que me quedaba<sup>213</sup>, de quien no solamente había concebido las mayores esperanzas, sino que él era la única de mi vejez.

¿Qué haré en tal situación? ¿O de qué puedo yo servir en este mundo teniendo a los dioses contrarios? Y más cuando la fortuna quiso probarme con un golpe de esta naturaleza, cuando emprendí el libro de las Causas de la corrupción de la elocuencia que di a luz. Entonces me pareció lo más acertado en medio de una muerte tan temprana el arrojar esta obra tan aciaga y todas mis infelices tareas, si algo valen, sobre la pira de su funeral para que consumiese también mis entrañas y no fatigar más con nuevos cuidados esta malvada y larga vida. ¿Pues quién que tenga entrañas de padre disculpará mi desatino si continúo en el cebo de las letras, y no detestará antes esta mi naturaleza de bronce si empleo mi voz en otra cosa que no sea culpar a los dioses porque quisieron que yo sobreviviese a todos los míos? ¿O en dar voces por todo el mundo diciendo que no hay providencia que lo gobierne<sup>214</sup>? Y ya que no sea motivo de tan justo dolor mi desgraciada vida (en la que no cabe otra reprensión que el que dura tanto), a lo menos lo será el ver que murieron tan temprano sin merecerlo. Antes de su muerte había yo quedado privado de su madre, que sin haber cumplido aun los diez y nueve años y después de haber dado a luz dos hijos, murió -303- dichosamente, aunque arrebatada de los crueles hados. Este único golpe era muy bastante para que nunca pudiese yo ser dichoso. Porque no solamente causó en mí esta mortal herida por hallarse adornada de todas aquellas buenas partes que caben en una mujer, sino que siendo tan niña, y más con respecto a la edad que yo tenía, su muerte fue para mí como haber perdido un hijo. Pero al cabo me quedaba el consuelo de los hijos, y el que muriendo ella una muerte

temprana se libertó de los dolores de la muerte de sus hijos que no merecía otra cosa. Aunque fue cruel en querer morir dejándome a mí con vida.

Después de este golpe, para que no me faltasen motivos de infelicidad, el hijo pequeñito al cumplir los cinco años, con su muerte me privó de uno de mis ojos. No gusto de aumentar mis males ni redoblar los motivos de mi sentimiento: ¡y ojalá me fuese lícito el disminuirlos! ¿Pero cómo podré yo disimular lo agraciado de su cara, la gracia en el hablar, la viveza de su ingenio, lo excelente de aquella alma cándida, dotada de un entendimiento tan elevado, cual no me persuado pueda darse en la naturaleza? Niño de semejantes prendas, aunque fuera extraño, arrebataría mi amor. Y para más atormentarme después la fortuna, que ya con las gracias del niño me armaba alguna traición, quiso que él con sus halagüeñas niñerías me antepusiese en el amor a su madre de leche, a la abuela que le cuidaba y, en fin, a todos cuantos solicitan los cariños de semejante edad. Por lo cual doy por bien empleado el sentimiento que pocos meses antes me costó la muerte de su madre, superior a toda alabanza: pues mucho menor es el dolor que por mi parte ahora siento, que el que se me acrecentaría de verla a ella y a mí padecer.

Ya no me quedaba más arrimo que la esperanza y vida de mi Quintiliano, y aun era bastante para mi consuelo. No eran solamente flores las que su ingenio manifestaba como en el primero, sino que apuntaban ya los frutos con -304- señales de que serían seguros. Juro por mi desgracia, por el doloroso testimonio de mi conciencia y por aquella muerte causadora de mi sentimiento, que descubría yo en él tales muestras de ingenio, no digo para las ciencias (pues para esto no vi cosa mayor, en lo que hice no pocas experiencias, y en cosas donde no forzaba yo su talento, como lo saben sus maestros), sino de bondad, amor a su padre, afabilidad y cortesanía ahidalgada que de semejantes ingenios seguramente se puede ya pronosticar algún recio golpe de muerte temprana por enseñarnos la repetida experiencia que unos frutos tan anticipados nunca llegan a colmo. Y no sé qué envidia secreta corta el hilo de nuestras esperanzas en semejante caso, sin duda para que el hombre no remonte el vuelo de sus deseos sobre los términos que le fijó naturaleza<sup>215</sup>. Concurrían en él todas las prendas que da la fortuna: dulzura y claridad en la voz, suavidad en la pronunciación, la que era tan fina y propia en ambas lenguas como si cualquiera de ellas le fuera natural. Pero de todo esto no había aún sino la esperanza; sobre todo, lo grande en él era la circunspección, constancia y fortaleza para resistir a los miedos y dolores. ¡Con cuánta firmeza de ánimo, con cuánto pasmo de los médicos sufrió las incomodidades de una enfermedad de ocho meses! ¡Cómo me consoló a mí en su último aliento! ¡Y cómo en medio de sus delirios sólo en las letras no deliraba!

¿Cómo tuve valor para ver yo mismo tus ojos cuando se iban apagando, oh vana esperanza mía<sup>216</sup>, y cuando tu -305- espíritu desamparaba al cuerpo? ¿Cómo pude yo vivir después de haber abrazado tus miembros fríos y sin vida y después de haber recibido tu último aliento? Bien merecidos tengo los tormentos y pensamientos que día y noche me asaltan. ¿Conque te he venido a perder cuando, adoptado por un cónsul, y destinado para ser yerno de un pretorio tuyo, fundabas las esperanzas de un padre no menos con la de tus honores venideros que con las muestras de que aspirabas a la gloria de la elocuencia ática, trocándose todo esto en daño mío? Tome, pues, venganza de un padre que pudo vivir después de perdido un hijo, ya que no el deseo de la vida, a lo menos el sufrimiento e infelicidad con que la paso. Que no hemos de echar toda la culpa a la fortuna. Y si alguno es miserable por mucho tiempo, en él está. Pero vivo, y al cabo se hará preciso buscar algún medio para alargar la vida; pues hemos de dar crédito a los hombres más sabios, que dijeron no haber otro consuelo contra las miserias de la vida que las letras.

Y si alguna vez llega a calmar la fuerza de mi dolor de tal modo que algún otro pensamiento ponga fin a mi llanto, con justa razón pediré se me disculpe esta digresión<sup>217</sup> en la obra emprendida. ¿Quién, pues, se admirará de que haya yo interrumpido el curso de mi estudio, teniendo más justa razón de admirarse si así no lo hubiera practicado? Además de esto, si en lo restante de mi obra alguna cosa no correspondiere a lo primero en la pulidez, atribúyase a mi ignorancia o a mi mala fortuna; pues ya que no -306- se haya apagado del todo aquel primer fuego con que comencé, ¿quién duda que a lo menos se habrá algún tanto amortiguado? Alentémonos, pues, más por esta misma razón, porque así como se me hace difícil llevar este golpe y vida miserable, es fácil por lo mismo el despreciarla. Y por lo mismo que ya me hizo infeliz, me puso en la seguridad cierta de no gustar otra vez este trago tan amargo. Si por algún motivo puedo tener por bueno este mi trabajo, es porque ya no puedo emplearme en otra cosa que pueda servirme de utilidad: que si en esta obra hay alguna, a otros tocará, no a mí. Y así me vendrá a suceder con este mi trabajo puntualmente lo mismo que con los bienes de mi patrimonio, que habiéndolos destinado para unos, entrarán otros a disfrutarlos.

-307-

#### Capítulo I. De la peroración

Tiene dos partes, recapitulación y afectos.-I. Aquélla sea breve y variada por figuras. De este único modo entendieron el epílogo los atenienses y filósofos. Puede usarse también de ella en otras partes de la oración.-II. Del movimiento de afectos: 1.º De parte del acusador. Excitando el odio, aborrecimiento y la ira. Pintando el delito de que acusa como el más atroz o como la cosa más miserable. Debe apartar al juez de la misericordia que implorará el reo. 2.º De parte del que defiende. Qué cosas suelen recomendar y favorecer al que se halla en peligro. La compasión se mueve pintando los males que el reo ha padecido o padece actualmente, o los que le aguardan si es condenado. Entonces vienen bien las prosopopeyas. Nunca debe implorarse por mucho tiempo la compasión.-III. Excítase ya con hechos, ya con palabras. Si con hechos o ademanes conviene revestirse del carácter miserable del reo.-IV. Ninguno se empeñe en mover las lágrimas si no tiene para ello mucha destreza. Cómo se desvanecerá la compasión. De los epílogos más sosegados. En toda la oración se han de mover los afectos.

A todo lo dicho se sigue la peroración, que unos llaman complemento de la oración y otros conclusión. Sus partes son recapitulación y movimiento de afectos.

I. La recapitulación y repetición de todo lo que antes hemos dicho, que los griegos llaman *anacephaleosis*, y algunos de los latinos enumeración, no solamente refresca la memoria del juez poniéndole bajo un golpe de vista todo el discurso, sino que, si antes no se movieron los oyentes con cada cosa de por sí, se moverán con todas ellas juntas. Pero lo que aquí se repita ha de ser muy por encima; -308- porque de lo contrario sería otro nuevo discurso. Debe cuidarse de dar nuevo peso a lo que decimos, variándolo con sentencias y figuras acomodadas; porque no hay cosa más odiosa que la repetición que se hace en los mismos términos, como si desconfiáramos de la memoria del juez. Hay varios modos de hacerla, y es muy lindo aquél de Cicerón contra Verres (7, número 135): Si el padre mismo de Verres fuera el juez, ¿qué diría, viendo estas pruebas? Y de ahí comienza la recapitulación. En la misma oración da principio por la invocación de los dioses a todos los hurtos con que despojó sus templos siendo pretor (número 183).

Esta única manera de epílogo reconocieron algunos de los atenienses y filósofos que escribieron de elocuencia. El fundamento de esta opinión de los atenienses no creo haya sido otro que el estar prohibido en su ciudad el que los oradores moviesen los afectos<sup>218</sup>. De los filósofos no me admiro tanto, porque ellos tienen por mengua del hombre el apasionarse<sup>219</sup>; y el valerse de los afectos para apartar al juez de la justicia lo tienen por ajeno de cualquier hombre de bien. Aunque si no hay otro medio que los efectos para salir con la razón que nos asiste y conseguir el bien común, vendrán por último a admitirlos.

En lo que convienen todos, es en que cuando la causa es varia y contiene muchos argumentos y pruebas, tiene entrada la recapitulación en todas sus partes, así como ninguno -309- duda que en los asuntos sencillos y cortos no es necesaria. Esta parte conviene tanto al acusador como al abogado.

II. Ambos dos usan comúnmente de unos mismos afectos, aunque el acusador menos veces que el abogado, porque éste debe mover al juez, el otro calmar la pasión que en él se haya movido. Aunque alguna vez el acusador llora por compasión del mismo reo contra quien se dirige, y éste explica sus quejas a veces en fuerza de la atroz calumnia y conspiración contra él levantada. Es muy útil separar estos oficios, en los que por lo común se observarán, como he dicho, las leyes de un exordio, aunque aquí con más libertad y vehemencia. En el exordio nos pretendemos ganar a los jueces con más moderación, como que, faltando aún toda la oración, nos contentamos con insinuarnos en su gracia. Pero en el epílogo se trata de excitar en el juez aquella pasión de que nos conviene esté revestido para sentenciar, porque como es la última parte, ya no nos queda otro momento para inclinar su ánimo hacia nosotros. Por donde es común a ambas partes el conciliarse al juez, apartarle del contrario, mover los afectos y calmarlos. Una cosa debo aquí advertir brevemente tanto al acusador como al abogado del reo, y es que pongan a la vista en esta parte todas las fuerzas del discurso, y entre mil cosas y expresiones que puedan contribuir para conciliarle la misericordia o el desprecio, el favor o la indignación de los jueces, eche mano tan solamente de aquellas que a él mismo le moverían si estuviese en su lugar. Pero mejor es tratar cada cosa de por sí.

4.º Ya hablamos arriba cuando señalamos las leyes del exordio de lo que sirve para que el acusador se concilie el favor de los jueces. Pero hay ciertas cosas que, bastando el insinuarlas en el exordio, es necesario esforzarlas en la peroración, como si la acusación es contra algún poderoso aborrecido de todos, y malquisto o perjudicial al común, -310- y si de condenarle resulta gran loa a los jueces o ignominia de absolverle. Así Calvo dijo muy bien a los jueces contra Vatino<sup>220</sup>: Todos sabéis que ha cometido soborno, y todo el mundo sabe que estáis persuadidos de ello. (2, Verrinas 43, etc.) Cicerón dice también contra Verres que se puede reparar la ignominia de los juicios anteriores condenando al reo, que es uno de los modos sobredichos. Si alguna vez conviene reconvenir a los jueces con el temor de lo por venir, como él mismo lo practica, nunca mejor que en el epílogo debe hacerse. Ya dije en otro lugar cuál era mi opinión sobre este punto.

En esta parte suele también moverse la ira, la envidia y el odio con más libertad que en ninguna otra. Moveremos la envidia contra el reo ganándonos el ánimo y gracia del juez, el odio con la infamia del mismo reo; y la ira del juez si hacemos ver que se halla ofendido por aquél, especialmente si es obstinado, arrogante y se cuenta por seguro de la sentencia contraria. Los jueces no solamente suelen moverse por algún dicho o hecho, sino con el gesto, traje y ademán. Me acuerdo que siendo yo mozo dije, y no muy mal, un acusador de Cosuciano Capitón esta sentencia en griego, que vuelta en latín quiere decir: Aun de tener al César se avergüenza.

El mejor modo de mover los afectos un acusador será si hace ver que el delito de que acusa el contrario no solamente es más atroz, sino (si es posible) el más digno de compasión.

La atrocidad nace de las circunstancias: cuál es el delito, quién lo cometió, contra quién, con qué intención, en qué lugar y tiempo y de qué manera. Todas las cuales tienen mil vueltas y revueltas; verbigracia: ¿Nos quejamos de que alguno haya puesto la mano a otro? Primeramente se considerará -311- el delito en sí; en segundo lugar la circunstancia de la persona, si era anciano, niño, magistrado, hombre de bien y benemérito del público. Además de esto, si el delincuente era persona vil y despreciable o, por el contrario, demasiado poderoso; si este desacato lo cometió quien menos convenía; si fue en día festivo o cuando en el tribunal se ventilaba alguna causa de esta naturaleza, o en tiempo que afligía alguna calamidad al Estado; si en el teatro, si en el templo o en alguna pública concurrencia. Auméntase el aborrecimiento si esto lo hizo de pensado y no por equivocación o movido de un arrebató de ira, o si fue movido de la ira por haber sido injusta; como, por ejemplo, por haber el agraviado defendido a su padre, por haber respondido, o porque pretendía los mismos honores que el injuriador. Finalmente, si pretendió pasar aún más adelante de lo que hizo. Contribuye también no poco para aumentar la atrocidad del hecho el proponerlo con gravedad y revestirlo con cierto aire de ignominia. Así Demóstenes excita el aborrecimiento contra Midias, señalando la parte del cuerpo donde hizo la herida, y pintando el mismo rostro y traje del agresor. Si se trata de alguna muerte, consideraremos si fue con puñal, con fuego o veneno; si con una puñalada o con muchas; si fue repentina o a fuerza de tormentos; pues estas cosas agravan el delito.

También el acusador suele valerse de la pasión de la misericordia o quejándose y lamentándose de la situación del mismo enemigo, o del abandono y desamparo en que quedan sus padres o hijos<sup>221</sup>. También se vale para mover al juez a la justicia de los males que resultarán en lo por venir si se disimula el delito. Es a saber: que habrá que -312- desamparar las ciudades y los bienes, so pena de sufrir cuantos insultos se les antoje a nuestros enemigos.

Pero lo común es el apartar el acusador al juez de la conmiseración adonde el reo quiere acogerse, animándole a hacer el oficio de la justicia sin atender a respetos humanos. Y para esto se anticipará a desvanecer todo lo que el reo podrá decir o hacer después. Esto no solamente pone más en alerta al juez para no dejarse doblegar faltando a su obligación, sino que cierra la puerta a las plegarias del reo, no pareciendo ya cosa nueva lo que se diga en su favor por haberse anticipado a deshacerlo el acusador. ¿Qué más? A veces se le advierte al juez la respuesta que podrá dar a las súplicas del reo, que es una especie de capitulación.

2.º Por el contrario, para recomendación de la persona que está en riesgo se alegrará la dignidad del sujeto, sus buenos deseos e intenciones, las heridas recibidas por la patria, la nobleza y servicios de sus abuelos. De uno y otro se valieron como a competencia Cicerón y Asinio, el primero defendiendo al hijo, el segundo al padre. Sirve también la causa de verse en peligro, como el haberse malquistado por alguna acción loable, virtuosa, humana y misericordiosa. En este caso con cierta justicia exigimos del juez los mismos buenos oficios que al reo le hicieron reo, y entonces añadiremos que esto redundará en bien del público, en gloria del mismo juez, sirviendo para ejemplo y memoria de la posteridad.

Sobre todo aprovecha el excitar la conmiseración, la que no sólo mueve a los jueces, sino que los obliga a manifestar con las lágrimas el movimiento interior. Esto se logra pintando los males que ha sufrido el reo, los que actualmente padece o los que le aguardan si se le condena, los cuales en cierto modo se aumentan cotejando el estado de

que cayó con el que le espera. Para lo que va mucho a decir la edad, sexo y sus prendas amadas; digo los -313- hijos, padres y parientes; todo lo cual se tratará con variedad. A veces el mismo abogado se reviste de la persona de los tales: ¡Infeliz y desgraciado de mí! (Cicerón en la de Milón). Pudiste tú, oh Milón, traerme por medio de éstos a la patria, ¿y no he de poder yo conservarte en ella por medio de los mismos? Y mucho más, cuando la súplica no está bien en boca del reo como entonces sucedió. Porque ¿quién hubiera permitido a Milón suplicar en su favor siendo homicida de un hombre noble, cuando él mismo confesaba que justamente le había quitado la vida? Y así el abogado con aquella su resolución se ganó la benevolencia e hizo el oficio del reo con sus lágrimas.

Aquí es donde cuadran muy bien las prosopopeyas o razonamientos en boca de otras personas, cuales son las que convienen al acusador y abogado. Contribuye también para mover el introducir hablando a las cosas inanimadas o el hablar con ellas. Asimismo mueve los afectos el hablar en boca de los mismos que interesan en la causa. De este modo parece que el juez está oyendo los quejidos y lamentos de los miserables, cuya vista le enternecería aun cuando no hablasen palabra, así como le harían compadecerse más si estos lamentos y quejas saliesen de su boca, así son más eficaces para mover cuando el abogado se lamenta en persona de ellos mismos, como vemos en las tablas que la voz y pronunciación de los representantes bien remedada y acompañada con la máscara de quien representan contribuye a mover los afectos. Por donde, aunque Cicerón no introduce suplicando a Milón, antes recomienda su causa por medio de aquélla su vehemencia, con todo en persona del mismo da aquellas quejas y lamentos que no desdicen de un hombre esforzado. ¡Oh afanes y trabajos míos, dice, tomados en vano! ¡Oh engañosas esperanzas! ¡Oh vanos pensamientos míos!

Pero no deben durar por mucho tiempo semejantes quejas, porque no en vano se dijo que ninguna cosa se enjuga más pronto que las lágrimas. (Cicerón, libro I de la Invención). Porque si los sentimientos aun cuando verdaderos tienen fin, mucho menos durarán los que el orador finge, en los que si se detiene mucho se cansa el auditorio con las lágrimas, se aquieta, y perdiendo aquel primer ímpetu, luego se pone en razón. No demos, pues, lugar a que se resfríe aquel primer afecto, y avivado ya lo bastante, suspendámoslo; pues no debemos pretender que los males ajenos se lloren por mucho tiempo. Y si en alguna cosa debe ir en aumento la oración en ésta es, puesto caso que cuando a lo que primero se dijo no se puede dar nuevo aumento, cuanto se le añada sirve para disminuirlo; y los afectos, cuando van a menos, fácil cosa es que desmayen y se agoten.

III. No sólo se hace llorar con palabras, sino con el ademán; y así está puesto en costumbre el poner a la vista en traje miserable a los que están en peligro, a sus hijos y padres, y vemos todos los días presentar el acusador el puñal ensangrentado, los huesos sacados de las heridas, los vestidos salpicados de sangre, las heridas desatadas y el cuerpo lleno de cardenales. Todo esto tiene mucha fuerza, como que pone la cosa a la vista. La pretexta<sup>222</sup> de Julio César, arrojada en la curia, llenó de furor al pueblo romano, y aunque sabía que se había cometido este asesinato, como que allí mismo se puso el cadáver en una camilla con todo el vestido salpicado de sangre, representó tan al vivo el hecho, que no parecía ser cosa pasada, sino que entonces le estaban asesinando.

No por eso apruebo lo que leo haberse practicado, y aun yo mismo he visto, que es poner un lienzo en que estaba pintado el reo sobre la estatua de Júpiter<sup>223</sup> para mover a los jueces. ¿Qué orador habrá tan principiante que piense -315- que semejante pintura podrá hablar con más energía que su mismo razonamiento?

Pero sé que al hacer una viva pintura de la miseria e infeliz situación y aun del traje mismo de los parientes del reo, contribuyó mucho a veces para salvarle. Y así el

suplicar a los jueces por las prendas más amadas del reo, si es que tiene mujer e hijos, o padres, es cosa útil. También el invocar a los dioses puede parecer nacido de que la conciencia de nada remuerde; asimismo el arrodillarse y abrazar las rodillas del juez a no impedirlo la demasiada dignidad de la persona, o la indignidad del reo, o su mala vida pasada. Hay cosas que piden representarse con la misma viveza que sucedieron. Pero de tal suerte ha de confiar el orador en su buena causa, que su misma seguridad no le dañe.

En medio de todo lo dicho, lo que sirvió más para sacar libre a L. Murena de la acusación de los hombres más respetables de Roma fue persuadir Cicerón a los jueces que no había cosa mejor ni más útil, conforme el estado que entonces tenía la república, que comenzar el consulado el día antes de las calendas de Enero. (Por Murena, número 79). Pero ya todo esto casi está abolido, pues como todo el gobierno recae sobre el cuidado y protección de uno sólo, no puede ninguno hallarse en peligro por semejantes disputas.

He juntado los oficios del reo y acusador, porque en los peligros es donde más triunfan y tienen lugar los afectos, pero sépase que toda causa admite estos dos géneros de peroración, esto es, la que depende de la recapitulación de pruebas y ésta de los afectos, si el litigante está en peligro de perder su estado o reputación. Porque el querer usar de semejantes epílogos afectuosos en pleitos de poca monta, es lo mismo que ponerle a un niño la máscara y calzado de gigante.

Me parece digno de advertirse que la mayor dificultad -316- del epílogo, según mi juicio, consiste en el modo de conformarse el semblante del reo con lo que va diciendo el orador. Porque algunas veces la ignorancia, rusticidad, rigidez y deformidad del litigante suele acarrear frialdad, y de esto debe guardarse mucho el orador. He visto alguna vez a los litigantes que manifestaban displicencia de lo que el orador decía, que estaban muy serenos, y aun los he visto reír muy fuera de sazón, y causar también risa al auditorio con algún ademán ridículo, especialmente cuando hacían ciertos movimientos como si fueran cómicos.

Alguna vez he visto que el mismo abogado de la causa pasó a los asientos de enfrente una niña, hermana, según se decía, del contrario, que no quería reconocerla, como para ponerla en los brazos de su hermano; pero éste por aviso mío se apartó a un lado. Entonces el abogado, sin embargo, que era hombre elocuente, a vista de una cosa tan no esperada, enmudeció y con mucha frialdad se volvió con la niña.

Otro pensaba que hacía un gran favor a una mujer reo presentando allí la imagen de su marido difunto, pero hizo mucho reír con esta pasmarota. Porque como aquéllos que se la habían de alargar a su tiempo no sabían el principio del epílogo, siempre que el orador se volvía hacia donde estaban ellos se alargaban a vista de todos, hasta que últimamente mostrándola al auditorio la misma figura horrible de la imagen (que estaba sacada del cadáver de aquel hombre ya anciano) hizo que perdiese el orador todo el fruto de su oración.

Bien sabido es el pasaje de Glicón Espiridión. Preguntando éste a un niño que él mismo llevó al tribunal por qué lloraba: Porque el ayo, respondió, me tira pellizcos. Pera para conocer el inconveniente que hay en semejantes epílogos, no hay cosa mejor que aquel cuento de Cicerón contra los Cepasios.

Todo esto podía pasar, porque al cabo puede remediarse -317- variando el ademán. Pero los que no saben salir del carril y estilo ya usado, o callan en semejantes lances o vienen a decir mil impropiedades. Cuáles son: Postrado está a vuestros pies para suplicaros. Y El miserable está abrazado con sus hijos. Y Mirad cómo me llama. Aunque el reo no haga nada de lo que el abogado dice. Lo mismo digo de aquellos defectos y alharacas que se aprendieron en la escuela, en donde libremente y sin peligro

de que nos reprendan se finge cualquier cosa, porque allí se considera como hecho sucedido lo que se nos antoja. Pero semejantes ficciones no cuadran después con la práctica del foro. Y así Casio respondió con mucha gracia a un abogado principiante, que decía: ¿Por qué, oh Severo, me miras con ese mal ceño? No hacía yo tal cosa por vida mía (respondió el otro), sino que así lo traías escrito en el papel; pero mira. Y entonces le echó una terrible mirada.

IV. Advierto, sobre todo, que ninguno que no tenga habilidad para ello intente mover a lágrimas. Porque así como éste es el afecto más fuerte de todos, así si no se logra excitar se resfría y vale más el no procurarte cuando no se puede lograr, contentándose con el movimiento interior de los jueces; porque en semejantes lances la mudanza del semblante, la voz lastimera y el aspecto del reo conmovido para por lo común en risa de los que no pudimos mover. Mida, pues, con cuidado el abogado hasta dónde puede rayar en estos afectos, y advierta qué obra tan grande es la que emprende; bien entendido que, si no mueve a lágrimas, moverá a risa, porque no hay medio.

No solamente es oficio del epílogo el mover la compasión, sino el desvanecerla, ya en la serie de lo mismo que dice el orador, ya con algunas chanzas y dichos graciosos para contener y atajar los afectos que en los jueces puedan haber movido las lágrimas de los contrarios y hacerlos cumplir con lo que pide la justicia. Como si decimos: -318- Dadle pan al niño para que no llore. Asimismo dijo un abogado a su contrario que era bastante membrudo, defendiendo la causa de un niño, que él mismo arrimó junto a los jueces: ¿Qué haré? yo no puedo llevarte en hombros.

Pero debe cuidarse que en esto no remede a los cómicos, y así no apruebo a aquél que fue el más señalado entre los oradores de su tiempo, el cual habiendo en el epílogo sacado en medio unos niños, comenzaron a coger unos dados que él mismo había arrojado en tierra, porque esta ignorancia del riesgo en que su causa se hallaba pudo ser digna de compasión. Ni tampoco apruebo a aquel otro, el cual, viendo que el contrario sacó una espada desenvainada con que decía haberse hecho la muerte, echó a huir cubriéndose la cabeza, y acercándose a uno de la concurrencia, preguntole como asustado si se había ido el de la espada. Pues aunque hizo reír, pero fue con una ridiculez. Semejantes espantajos los debe desvanecer el orador en su discurso. Cicerón con mucha gracia habló contra el que mostró la imagen de Saturnino en la defensa de Rabirio, y en la de Vareno contra aquel joven que desataba la herida en el tribunal.

Hay otros epílogos no tan turbulentos, en los cuales satisfacemos a los contrarios si son personas de respeto, o les hacemos amigablemente alguna exhortación para la paz y concordia. Así lo hizo con admirable destreza Pasieno en cierto pleito sobre intereses que tenía Domicia con su hermano Enobarbo. Después de haber hablado largamente del parentesco y bienes que tenían de sobra, añadió: De ninguna cosa tenéis menos falta que de lo que es el motivo de vuestro pleito.

Aunque el lugar propio de los afectos es el exordio y epílogo (en donde ciertamente se usan con más frecuencia), con todo no caen mal en cualquier parte de la oración, pero deben ser más moderados, especialmente cuando su mayor fuerza debe reservarse para el fin. Pero en -319- el epílogo conviene emplear todas las riquezas del arte, porque con esto triunfamos de los ánimos si en lo demás de la oración hicimos nuestro deber. Después de haber salvado todas las asperezas y dificultades de la oración, debemos en él extender las velas; y consistiendo la principal amplificación del epílogo en las expresiones y sentencias, podemos aquí echar mano y emplear todos los adornos. Entonces conviene mover el teatro cuando hemos llegado, digamos así, al plaudite. Pero en lo demás de la oración se manejarán los afectos como lo pida la ocasión; porque ninguna cosa atroz o miserable debe contarse sin afectos. En causas sobre la cualidad de una acción se añadirán después de cada prueba. Cuando tratamos una causa, que puede

dividirse en muchas partes, usaremos de varios epílogos; como lo hace Cicerón contra Verres, pues llora y se compadece de los tormentos de Filodamo, de los capitanes de navío, de los ciudadanos romanos y de otros muchísimos.

-320-

## Capítulo II. De los afectos

I. En los afectos es donde más resalta la elocuencia.-II. Qué son pasiones y costumbres.-III. El orador, para mover, debe estar primero movido. Cómo se consigue esto.

I. Aunque esta parte de las causas judiciales sea la principal donde tienen lugar los afectos, y de ellos he hablado ya por necesidad alguna cosa, no he podido hablar cuanto hay que decir en la materia. Por lo que falta aún mucho (y es lo principal), ya para salir con nuestro intento, ya para mover los ánimos de los jueces a lo que queremos, que es lo más dificultoso en la elocuencia. Y es tanto lo que se ofrece que decir, que cuanto he dicho sólo sirve para hacer una reseña de lo que faltaba, mostrando antes qué era lo que debe practicarse que el modo de conseguirlo. Ahora, pues, conviene tomar el principio de más arriba.

No solamente tienen lugar los afectos en cualquier parte de la oración, como llevo dicho, sino que éstos no son de una sola naturaleza ni se han de mover pasajeramente, como que son los que dan mayor fuerza al discurso. Porque para inventar todo lo demás y valerse de ello con utilidad, quizá bastará cualquier ingenio por mediano que sea, y más si le acompaña la instrucción y el ejercicio. Hay, y siempre ha habido, muchos que discurrieron con bastante acierto las pruebas de la oración, y estoy tan lejos de despreciarlos, que los tengo por dignos de alabanza, como que se distinguieron en informar plenamente a los jueces. Y si he de decir mi sentir, en punto de bien hablados, pueden poner cátedra. Pero no son tantos los que saben mover y manejar a su antojo los ánimos de los jueces y las expresiones propias de compasión y de ira.

Esto es lo que más cuesta en las causas forenses, esto -321- es lo que sostiene la elocuencia. Porque pruebas y razones la misma causa por lo común nos las ofrece, las que siempre abundan en la que es mejor. De manera que el que tiene un buen pleito o razones que le asistan, sólo podrá decir que no le faltará abogado; pero hacer, digamos así, violencia al ánimo del juez y apartarle de lo mismo que conoce, esto ha de ser obra del orador. Esto ni se puede lograr con el informe del litigante, ni se aprende en los libros. Las razones consiguen que los jueces conozcan que la justicia está de nuestra parte, los afectos que nos la quieran hacer. Cuando quieren hacerla ya se persuaden que hay razón para ello.

Cuando un juez comienza a enojarse, favorecer, aborrecer y compadecerse, tiene ya por causa suya la nuestra<sup>224</sup>, y así como los amantes no pueden ser jueces de la hermosura que aman, porque el amor sirve de velo a los ojos, así al juez le anublan los afectos para que no conozca la verdad, dejándose arrebatado de su corriente sin poder otra cosa. La sentencia del juez manifiesta lo que lograron las razones y los testigos; pero cuando está movido por el orador sin acabar de oír y aun antes de levantarse de su puesto, confiesa lo que pasa allá en su interior. Y si no, cuando conseguimos excitarle a lágrimas con los afectos del epílogo, ¿no es aquello dar ya la sentencia? Pues a esto deben encaminarse los esfuerzos del orador y en esto ha de trabajar, y sin ello lo demás es una insulsez y sequedad desapacible. Tan cierto es, que los afectos son el alma de la oración.

II. En éstos hay dos especies, como hallo en los antiguos filósofos; a la una llaman los griegos pathos, que a la letra podemos traducir pasión; la segunda ethos, que aunque no tiene nombre correspondiente al griego, podemos llamarla costumbre, de donde tomó el nombre la filosofía moral. Pero si examinamos bien la cosa, la llamaremos mejor cierta propiedad de las costumbres, pues a ella se -322- reducen todos los hábitos del alma. Los autores más circunspectos antes quisieron explicar la significación de estos nombres, que interpretarlos a la letra. Entre estas dos especies de afectos unos son fuertes y vehementes, los otros apacibles; por aquéllos el hombre se mueve arrebataadamente, por éstos con mansedumbre; los unos dominan, los otros persuaden al hombre; los unos sirven para excitar los movimientos del ánimo, los otros para ganarse la benevolencia.

Expliquemos algo más la naturaleza de las costumbres, que por el nombre no se da bastante a conocer. Según mi corto entender, costumbres (que es lo que más encargo a los oradores) consisten en un carácter que se haga distinguir entre todo por la bondad, no solamente dulce y apacible, sino agradable y humano. Para lo cual debe expresar las cosas como pide la naturaleza de cada una de ellas, para que se descubra en el mismo modo de decir la índole del orador. Este carácter tiene lugar entre personas muy unidas, como cuando sufrimos, perdonamos, satisfacemos y aconsejamos sin ira ni desabrimiento. Con todo eso, de distinta manera trata un padre a un hijo, un tutor a su pupilo, un marido a su consorte, porque éstos siempre muestran amor a los mismos que les hacen alguna sinrazón, y si hacen odiosos a los tales, es mostrando que los aman. De distinta manera se pinta la naturaleza y costumbres cuando un anciano sufre la injuria de un joven, o un hombre condecorado es injuriado de palabra por otro inferior en condición. Al segundo debemos pintarle fuertemente indignado, al primero sólo resentido.

Contribuye también para excitar el odio contra nuestro contrario el ceder y rendirnos a su prepotencia, que es darle en cara tácitamente con su desenfrenado poder<sup>225</sup>; -323- pues en el hecho de rendirnos damos a entender que su poder es excesivo. Los que desean maldecir y los que afectan ser libres en hablar, no saben que puede más la envidia y odio que una injuria de palabra, porque aquélla hace odioso al contrario, ésta a nosotros mismos que la decimos.

Todo lo que llevamos dicho pide que el orador sea afable y humano. Las cuales virtudes debiéndolas aprobar el orador (si puede ser) en el litigante, mucho más debe él mismo poseerlas o manifestar que las tiene. De este modo servirá de mucho a su causa, pues su misma bondad hará creer que es buena la que él defiende, porque el que es tenido por malo cuando defiende, seguramente hace mal su oficio, pues no parece defender una causa justa; de lo contrario tendría el carácter de bondad. Por lo cual debe usar de un modo de decir suave y apacible, y desechar toda hinchazón y arrogancia. Basta que hable con propiedad y que dé gusto, usando de un lenguaje natural y del estilo mediano, que es el que más cuadra para esto.

Muy distinto de éste es el lenguaje patético, que yo llamo afectuoso. Para mejor distinguir estos dos modos de decir, digo que el primero es semejante a las comedias, y el segundo a las tragedias. Este último versa acerca de la ira, odio, miedo, envidia y compasión. Ya dijimos hablando del exordio y epílogo, y cada cual por sí mismo sabe cómo se han de mover estas pasiones.

El miedo es de dos maneras, el que tenemos nosotros y el que infundimos a los demás, y del mismo modo se entiende el aborrecimiento, el uno constituye al envidioso o al que lo tiene, el otro al envidiado o aborrecido. Éste lo padecemos nosotros, aquel otro debemos excitarle contra el reo, que es en lo que más trabaja el discurso. Hay cosas - 324- que de suyo son graves, como el parricidio, la muerte y el dar veneno, otras donde

el orador debe trabajar para que lo parezcan. Esto sucede cuando manifestamos que nuestro mal excede y sobrepuja a otros aunque graves, como Andrómaca en Virgilio, Eneida, 3. 321:

Oh tú de Príamo hija afortunada,

Cuando a la vista de los patrios muros,

De Aquiles en el túmulo acabaste,

Dichosa más que todas, etc.

Donde se ve cuán lastimosa era la desgracia de Andrómaca, cuando en su comparación fue dichosa la muerte de Palíxena. O cuando ponderamos tanto nuestro mal que aunque sea ligero lo pintamos como intolerable; verbigracia: Si le hubieras sólo puesto la mano, no merecías disculpa; ¿qué diremos habiéndole herido? Pero de esto trataremos más a la larga en la amplificación.

Baste por ahora decir que los afectos no solamente pintan la compasión y la gravedad que en sí tiene la cosa, sino que hacen parecer intolerable mal lo que suele ser pequeño, como cuando decimos que una injuria de palabra es mayor que una de obra, que es más sensible el castigo de infamia que la muerte. La fuerza de la elocuencia consiste, no precisamente en causar en el juez los afectos que le causaría la misma naturaleza de la cosa, sino en excitar los que no tiene, o si los tiene avivarlos más. De aquí nace la gravedad de un discurso de añadir nuevos colores a la indignidad, dificultad y vileza de las cosas, en lo que Demóstenes aventajó a todos.

III. Si no hubiéramos de decir más de lo que otros enseñaron, lo dicho bastaba, pues de cuanto hemos leído o aprendido nada hemos omitido que nos haya parecido bueno. Pero yo pretendo penetrar hasta lo más recóndito de la materia, y tratar aquí lo que no vi en otros, sino que me lo ha enseñado la misma experiencia y mi cuidado<sup>226</sup>. -325- El principal precepto para mover los afectos, a lo que yo entiendo, es que primero estemos movidos nosotros. Sería por cierto una ridiculez el aparentar llanto, ira e indignación en el semblante, y que no pasase esto de botones adentro. ¿Qué otro motivo hay para que uno que padece una calamidad que le acaba de suceder prorrumpe en exclamaciones las más expresivas, y para que otro, aunque sea hombre sin letras, hable con elocuencia cuando está enojado, sino el que en los tales habla la fuerza del alma y los afectos verdaderos?

Por donde si queremos hablar con verosimilitud, hemos de parecernos en los afectos a los que sienten de veras, y que hablemos con aquella viveza de sentimientos de que

queremos que se revista el juez. ¿Cómo se dolerá éste si ve que yo no me duelo? ¿Cómo se irritará si no se irrita el orador que pretende excitar en él esta pasión? O ¿cómo llorará si le ve a aquél muy sereno? No puede ser; porque ninguno se abrasa sino con el fuego, ni se ablanda sino con las lágrimas, ni alguno puede dar el color que no tiene. Primeramente, pues, nos debemos mover nosotros y sentir compasión si queremos que se mueva el juez.

¿Y cómo nos moveremos nosotros? (porque no están los afectos en nuestra mano). Procuraré satisfacer a esta duda. Lo que los griegos llaman fantasía entre nosotros se llama imaginativa, y por ella se nos representan con tanta viveza las cosas ausentes que parece tenerlas a la vista. Digo, pues, que el que pueda concebir semejantes imágenes, ese tiene muchísimo adelanto para revestirse de los afectos. De aquí es que al que se representa con viveza y como -326- son en sí las cosas, las voces y las acciones de las personas, le llamamos hombre de buena fantasía o imaginativa, lo que lograremos si queremos.

Porque estas representaciones de que hablamos de tal suerte nos siguen en el reposo del alma (como si fueran ciertas esperanzas vanas y, para decirlo así, sueños que tenemos despiertos), que nos parece a veces que vamos de viaje, que estamos en una batalla, que navegamos, y que arengamos al pueblo, y aun alguna vez que disponemos de los bienes que no tenemos, todo esto tan vivamente, que no parece pasar por la imaginación, sino que realmente lo hacemos. Pues ¿por qué no sacaremos utilidad de este defecto de nuestra imaginación? Para lamentarme de un homicidio, ¿no me pondré a la vista cuanto es verosímil que sucediese cuando se cometió? ¿No pintaré al agresor acometiendo violentamente? ¿No me imaginaré al que fue muerto poseído de temor dando voces, haciendo mil plegarias y huyendo? ¿No me representaré al agresor levantando el puñal y al otro cayendo en tierra? ¿No me imaginaré con viveza el correr de la sangre, la palidez, los gemidos y las últimas boqueadas?

A todo lo dicho deberá acompañar lo que llama Cicerón ilustración y evidencia, por la que no tanto parece que referimos cuanto que representamos las cosas a los ojos, a lo que siguen los mismos afectos que si las estuviésemos viendo. Aquí pertenecen aquellas imágenes de Virgilio:

La madre recibió la triste nueva,

Y al punto el natural calor la deja,

Y ella la tela y la labor que tiene

Entre manos con otros instrumentos

De tejer, etc.

(Eneida, libro 9. 476).

Y aquella otra del libro 11. 40:

En aquel blando pecho vio la herida

Abierta.

-327-

La del caballo de Palante en su funeral:

Su brioso caballo allí seguía

El funeral de adorno despojado,

De su señor la pérdida llorando.

(11. 90).

El mismo poeta ¿no pintó con los más vivos colores la muerte dolorosa de Antor?

... El cual muriendo,

Renueva de Argos la memoria dulce.

(10. 782).

Cuando sea preciso mover la compasión, persuadámonos que pasa por nosotros la desgracia de que nos lamentamos poniéndonos en el mismo lance. En una palabra, pongámonos en lugar de aquéllos a quienes ha sucedido la calamidad de que nos quejamos, no tratando la cosa como que pasa por otro, sino revistiéndonos por un instante de aquel dolor. De este modo hablaremos como si nos hallásemos en alguna calamidad. Yo mismo he visto representantes y cómicos que después de algún paso tierno, quitada la máscara salían llorando. Y si sola la pronunciación de lo que otro escribió puede tanto para los afectos, ¿qué haremos nosotros, que debemos imaginarnos la misma cosa, para que parezca nos hallamos movidos por la misma calamidad del que se ve en peligro?

Aun en la misma escuela conviene que nos impresionemos de estos afectos, representándonos la cosa como sucedió: tanto más porque allí hacemos más de litigantes que de abogados. Nos ponemos, digo, en el lugar del huérfano, del naufrago y del que se ve en peligro, ¿y cómo nos revestiremos de estas personas si nos olvidamos de sus pasiones? No debía omitir estas reflexiones, las cuales (cualquiera que sea o haya sido mi habilidad, pues creo que no me han tenido por lerdo), me aprovecharon tanto para moverme a mí mismo, que no solamente me sacaron lágrimas de los ojos, sino que hicieron salir al rostro la palidez y sentimiento con harta verisimilitud.

-328-

### Capítulo III. De la risa

I. Cuánta dificultad hay en mover la risa. Sobre Demóstenes y Cicerón.-II. Cuánto puede la risa.-III. Depende de la naturaleza y de la ocasión.-IV. Nombres varios con que explicamos lo ridículo.-V. Cómo se excita la risa. Qué se ha de evitar en ella y qué moderación se ha de guardar.-VI. Fundamentos de que nos valdremos para moverla. Lo ridículo, o se manifiesta, o se cuenta, o se moteja con algún dicho.-VII. No todas las chanzas caen bien en el orador. Las de palabras son una frialdad.-VIII. Ejemplos de algunas agudezas.

Hay otra virtud contraria al dolor y conmisericordia, y consiste en mover al juez a risa para desvanecer los afectos tristes y apartarle de la atención demasiada en una cosa. Alguna vez contribuye para recrear y quitar el fastidio de los ánimos ya cansados de oír.

I. Cuánta sea la dificultad para excitar la risa, nos lo dan a entender las dos lumbreras de la elocuencia griega y romana, Demóstenes y Cicerón. De los cuales el uno, en sentir de los más, no tenía habilidad para ello, y el segundo no guardó moderación. Ni podemos atribuirlo en Demóstenes a falta de voluntad. Sus palabras medidas y en nada

correspondientes a las demás dotes suyas, manifiestamente dan a entender, no que le desagradaban las chanzas, sino que no tenía talento para ello. Cicerón no solamente fuera de las causas forenses, pero aun en las oraciones, afectó con demasía el hacer reír como quieren algunos.

Aunque a mí me parece (si mi juicio no me engaña o la -329- demasiada pasión hacia este orador consumado) que usó de las chanzas con extraña gracia. Usó de muchas en el estilo familiar, en las altercaciones con el contrario y en examinar a los testigos, usó de más sal y chiste que ninguno y las que usó contra Verres fríamente, las atribuyó a otros refiriéndolas como testimonios: de modo que cuanto más insulsas son, otro tanto manifiestan que no eran invención suya, sino que andaban en boca de todos. ¡Ojalá que Quinto y su liberto Tirón<sup>227</sup>, o quien quiera que fuese el que publicó tres libros sobre este asunto, no hubiera puesto tantas y hubiera tenido más acierto en la elección de ellas que en el número! Entonces no tomarían algunos ocasión de tacharle: los cuales, no obstante lo dicho, encontrarán que en un ingenio tan fecundo como el de Cicerón hay más cosas que cercenar que poder añadir.

La gran dificultad en saber excitar la risa nace primeramente de que las chanzas ordinariamente son una chocarrería y bajeza, y de que a veces nos ponemos de intento a remedar a otros; y además de esto, de que nunca son decorosas en boca del orador. Júntase a lo dicho la diversidad de opiniones sobre la naturaleza de la risa, la cual no se funda en razón cierta, sino en ciertos ademanes que no es fácil de explicar, pues aunque muchos intentaron buscar la causa de la risa, me parece que no dieron con ella; porque ésta no solamente se excita con palabras y acciones, sino con cierto aire del cuerpo. Ni tampoco siempre de una misma manera, porque no solamente nos reímos de lo que se dice con gracia y agudeza, sino a veces de una sandez, de una acción o palabra dicha con ira o timidez. Y no es la menor dificultad si consideramos que la irrisión se confunde con la risa. Su origen, dice -330- Cicerón (2, de Orat. 136, 218), es alguna deformidad y fealdad. Si el objeto de la risa son los defectos ajenos, se llama gracejo; si los nuestros, necedad.

II. Aunque el hacer reír parezca cosa tan liviana como que es propio de chocarreros, graciosos y gente de poco seso, con todo no sabré decir si es la cosa que más influye en los afectos y en la que menos podemos irnos a la mano. Ella es una pasión que se excita a veces en nosotros contra nuestra voluntad y sin que otro la mueva, y no solamente nos obliga a manifestar el interior con el semblante y con la voz, sino que a todo el cuerpo lo pone en movimiento. Ella, como he dicho, tiene virtud para mudar las cosas más serias desvaneciendo no pocas veces el odio y la ira. Sirva de ejemplo el caso de aquellos jóvenes tarentinos, los cuales habiendo hablado libremente en un convite contra el rey Pirro, llamándolos a su presencia y haciéndoles cargo de lo que habían hablado, uno de ellos viendo que ni podían negarlo ni admitía excusa su desacato, libró a sí y a sus compañeros con una chanza muy oportuna, diciendo: Así es, oh rey; y a no habérsenos acabado el vino tan pronto, te hubiéramos quitado la vida con nuestras murmuraciones. Con este chiste desvaneció toda la acusación.

III. Pero sea como quiera, así como no me atrevo a decir que carece de habilidad el excitar a risa, ya porque para esto se requiere observación, ya porque los griegos y latinos dieron sus reglas para ello, así digo resueltamente que depende de la naturaleza y de la ocasión. No solamente la naturaleza hace que éste sea de mayor agudeza e invención que aquél para hacer reír (aunque esto puede aumentarse con el arte), sino que el carácter de algunos y su mismo semblante parece más acomodado para un chiste que dicho por otro no tendría tanta gracia. La ocasión puede tanto aun en las mismas cosas, que ayudados de ella, no digo los ignorantes, pero aun la gente del campo, -331-

corresponde con nueva gracia y chiste a los chistes de otros, porque las gracias mejor caen en el que responde que en el que provoca.

Nace también esta dificultad de que para los chistes ni hay ejercicio ni maestros. Hay muchos que son decisores en las conversaciones y en los convites, pero esto lo aprendieron en el trato diario. El ser tan raros los oradores chistosos nace de que en la oratoria no hay reglas que enseñen a usar del chiste, valiéndose para ello de los que usamos en la conversación familiar.

IV. Para explicar esta graciosidad en el hablar usamos comúnmente de muchos términos, pero cada uno tiene su fuerza particular.

Llámase primeramente cortesanía, por la que entendemos una conversación en la que, ya por las palabras, ya por la pronunciación, ya por la propiedad se echa de ver el aire y gusto de la corte y cierta erudición de la gente culta, a la que se opone lo que llamamos rusticidad.

Hay otro modo de hablar que llamamos gracia en decir, la que se descubre en cierta hermosura y belleza de la conversación.

Ser salado lo entendemos comúnmente de uno que hace reír, aunque esta palabra no signifique esto de suyo, porque a toda expresión que hace reír, debe acompañar cierta sal. Y Cicerón dice que semejantes palabras son propias de los áticos, aunque éstos no son los más diestros para mover a risa. Y cuando dijo Catulo hablando de una mujer corpulenta:

Y en un cuerpo tan grande

Ni aun un grano de sal encontrar puedes,

no quiso decir que nada tenía su cuerpo de ridículo. Según esto, salado llamaremos lo que carece de insulsez, esto es, lo que tiene cierto sainete que se deja percibir del paladar del juicio que le excita para no fastidiarse de la conversación. -332- Pues a la manera que la sal con medida añade un nuevo deleite a la comida, así los dichos salados del que habla ponen al alma en cierta sed y deseo de oírle.

Lo que llamamos donaire no me parece tampoco que se deba entender de lo ridículo; pues no dijera Horacio que la poesía de Virgilio por naturaleza tiene un cierto donaire, y, según mi juicio, quiere decir cierto decoro y elegancia. Y Cicerón en sus cartas repite esta locución de Bruto: Pies donosos y de aire gracioso en andar, y viene a ser lo mismo que lo que dice Horacio de Virgilio. Por chanza entendemos lo que se opone a lo serio, y a veces el fingir, el atemorizar y prometer es una chanza.

Decidor en sí es una palabra genérica de la voz decir; pero la aplicamos a uno que en su modo de hablar excita a otros a risa. Por eso se dice que Demóstenes era bien hablado, pero no era decidor.

V. Pero lo que al presente tratamos propiamente es lo ridículo, y así intitulan los griegos este tratado, lo cual, de la misma manera que todo lo restante de la oración, consiste en cosas y en palabras. Su uso es muy simple, porque, o se toma fundamento

para mover la risa de otros, o de nosotros, o de cosas que son como medio entre estas dos. Si de los defectos ajenos, o los reprendemos, o los refutamos, o los encarecemos, o los echamos en cara, o nos burlamos de ellos. Muchas veces solemos hallar en nosotros mismos motivo para excitar la risa, y como dice Cicerón, decimos o hacemos alguna cosa absurda. Porque aquellos defectos que llamamos necedades o sandeces, si se nos escapan sin conocerlo nosotros, son ciertas gracias y caen bien si los fingimos. El tercer género consiste (como dice él mismo) en salir con una cosa no esperada, en torcer las expresiones a otro sentido, y en todo lo demás que no mira a ninguna persona que llamo por eso género medio.

Además de esto hacemos reír o con acciones o con palabras. -333- Con acciones, acompañándolas con alguna seriedad, como el pretor M. Celio, el cual, habiéndole hecho pedazos el cónsul Isáurico la silla curul, al punto armó otra de correas, con lo cual zahirió al cónsul, de quien se decía que su padre en otro tiempo le había azotado. Otras veces movemos la risa sin atender a la decencia como el lance del vaso de Celio<sup>228</sup>, aunque semejantes chistes ni caen bien en el orador ni en ningún hombre de circunspección. Lo mismo digo cuando se excita la risa con gestos y ademanes ridículos, los cuales tienen mucha gracia, sobre todo cuando se conoce que no pretendemos con ellos hacer reír, que entre todos los chistes es el mayor. Contribuye también muchísimo para esto la seriedad del sujeto, tanto más cuanto el que suelta algún chiste está más serio que una estatua. Da asimismo alguna gracia el semblante, traje y aire gracioso del que habla, pero han de ser con moderación.

De los chistes unos hay libres y alegres, cuales eran por la mayor parte los de Galba; otros picantes, como los de Junio Baso, que murió poco ha; otros groseros, como los de Casio Severo; otros que son graciosos, como los de Domicio Afro. Va también a decir no poco el lugar donde los decimos. En los convites y en las conversaciones los chistes lascivos sólo caen bien en gente humilde; los alegres en cualquiera; pero guardémonos siempre de zaherir y no sigamos aquello de más quise perder un amigo que quedarme con la gracia en el buche. En estas peleas del foro me abstendría yo de las que puedan ofender a alguno; aunque está tolerado el zaherir y ofender al contrario, el acusarle abiertamente y tirarle a degüello si hay razón. Sin embargo de esto, parece una inhumanidad el insultarle en su abatimiento, o ya porque está inocente, o ya porque si está culpado, el que le zahiere puede caer en la misma miseria.

-334-

Lo primero que se debe tener presente es quién habla, de qué asunto, en presencia de quién, contra quién y qué es lo que se dice. Al orador no le está bien el hacer gestos ni ademanes ridículos; cosa que aun en las tablas suele vituperarse. La chocarrería y gracias de los cómicos son muy ajenas de su persona. Los chistes lascivos no digo tomarlos en boca, pero ni aun significarlos con el ademán, pues no porque podamos zaherir al contrario de semejante manera lo hemos de hacer en cualquier lugar. Y así como quiero que el orador hable con gracia y cortesía, así no querría que la afectase. Por donde no siempre que ocurra algún chiste o agudeza la ha de soltar, pues más vale perder el chiste que la autoridad. Ni tampoco habrá quién sufra a un acusador gracioso y decididor en una causa atroz, ni al abogado que lo es, cuando tiene en mal estado la suya.

Júntase a lo dicho que hay algunos jueces tan serios que es imposible el hacerlos reír. Acaece también que lo que decimos contra el contrario le conviene al juez o a nuestro litigante, aunque hay algunos que no se abstienen de decir aquellos chistes que pueden caer sobre ellos mismos. Puntualmente lo mismo acaeció a Longo Sulpicio, el cual, sin embargo que era muy feo, dijo en una causa en que se trataba de la libertad, que su contrario no tenía cara ahidalgada. A lo que respondiendo Domicio Afro, dijo: ¿Hablas, oh Longo, de veras? ¿Conque el que tiene mala cara no es hombre libre?

Cuídese también que en los chistes y agudezas no se descubra algún descaro o arrogancia, y no decir lo que no caiga bien en aquel lugar y ocasión, que no parezca que las traemos estudiadas. Las chanzas contra los miserables son, como llevo dicho, una inhumanidad. Y hay personas de tanta vergüenza y de un crédito tan bien sentado, que el zaherirlos se nos atribuiría a descaro. De las que ofenden a los animales ya hemos hablado.

-335-

Conviene no solamente al orador, sino a todos en común, el no zaherir a personas a quienes es peligroso el ofender, y el no decir chanzas de que puedan originarse graves enemistades y de que tengamos que desdecirnos con ignominia. Nunca es bueno decir chistes que puedan ofender al común, a naciones enteras, a algún cuerpo o condición de personas. Todo cuanto diga un orador de buena conducta ha de ser sin faltar a la dignidad y decoro ni a la vergüenza. Son caras las chanzas que se dicen a costa de la reputación.

VI. La mayor dificultad está en decir de qué nos valdremos para excitar la risa. Si hubiéramos de recorrer todos los medios que hay para ello, no hallaríamos el fin y trabajaríamos en vano. Excitamos la risa ridiculizando los defectos del cuerpo o del ánimo del contrario, esto es, sus dichos y acciones, u otras cosas que están fuera del ánimo y cuerpo. Cuanto vituperamos a esto se reduce; y si esto se hace con gravedad, será una vituperación seria, si con gracia se llama ridiculizar. Los defectos, o se descubren, o se cuentan, o se notan con alguna chanza.

Rara vez sucede que lo que ridiculizamos lo hagamos presente a los ojos, como lo hizo C. Julio. Diciendo éste a Helmio Mancía: Yo te haré ver a quién te pareces, le importunaba que se lo dijese. Julio entonces señalando con el dedo, le mostró la imagen de un francés pintado en un escudo de los que trajo Mario de la guerra contra los cimbras, que estaba de muestra sobre una tienda. Entonces se vio que Mancía no le quitaba pinta<sup>229</sup>.

Contar algún lance chistoso tiene mucha gracia y no desdice del orador, como lo que cuenta Cicerón de Cepasio y Fabricio en la oración Pro Cluentio. En lo cual no -336- solamente tiene gracia lo que cuenta el orador, sino mucha más lo que pone de su casa. Con semejante chiste contó Cicerón aquella fuga de Fabricio: Y así pensando que hablaba con la mayor destreza, y habiendo sacado de lo más interior del artificio retórico aquellas gravísimas expresiones: Mirad, oh jueces, las fortunas de los hombres; mirad los varios y tristes acontecimientos; mirad la vejez de C. Fabricio: habiendo repetido muchas veces, para adornar la oración, aquella palabra mirad, Fabricio con su cabeza baja había desamparado ya los asientos. Y todo lo demás que añade, porque es lugar bien sabido, el cual sólo se reduce a que Fabricio desistió de la demanda.

Cicerón dice que la sal consiste en contar semejantes cosas, y el chiste en ridiculizar y notar los defectos. En esto fue singular Domicio Afro, cuyas oraciones están llenas de semejantes narraciones, de cuyos chistes hay libros enteros.

Las gracias no se reducen precisamente a estos dichos breves y chistosos; consiste también en cierta acción seguida, como la que cuenta Cicerón de Casio contra Bruto en el libro del Orador y en otros lugares. Porque habiendo manifestado Bruto por medio de dos lectores en la acusación de Gneo Planco que L. Craso, abogado de aquél, había aconsejado en la oración sobre la colonia de Narbona todo lo contrario de lo que había dicho sobre la ley servilia, hizo que se levantasen tres lectores, dándoles a leer los diálogos del padre de Bruto; de los cuales conteniendo el uno una conversación que pasó en Piperno, el otro otra tenida en Albano, y el tercero otra, que pasó en Tívoli preguntó: ¿dónde existían aquellas posesiones? porque las había vendido Bruto, infamado por haber enajenado los bienes paternos.

La misma gracia tienen ciertos apólogos e historias que se cuentan con chiste. Cuando a los chistes acompaña la brevedad tienen particular agudeza. Esto puede ser o en -337- decirlos o en responder, aunque en parte hay la misma razón para lo uno que para lo otro, puesto caso que no puede decirse ninguna cosa para provocar a uno, de que no puede valerse el contrario para rebatirlo.

VII. Pero siendo muchas las maneras que hay para ridiculizar a alguno, no todas, vuelvo a decir, le están bien al orador. La primera es la amphibología, no entendiéndose por ella aquella obscuridad de las fábulas atelanas<sup>230</sup>, ni tampoco aquella ambigüedad de expresiones que comúnmente usa la baja plebe para zaherir, ni aun aquellas otras que se le escaparon a Cicerón, aunque no en las oraciones. Pues pidiendo un pretendiente, que se decía ser hijo de un cocinero, a uno de los electores que le favoreciese con el voto, oyéndole Cicerón, dijo: Ego quoque iure tibi favebo<sup>231</sup>. No porque hayamos de desechar enteramente las palabras que tienen dos sentidos, sino porque rara vez se halla alguna agudeza en la correspondencia de las dos significaciones.

Y así tengo yo por una chocarrería lo que dijo él mismo contra Isáurico: *Mirror quid sit, quod pater tuus homo constantissimus te nobis varium*<sup>232</sup> reliquit. Viene muy a cuento aquella anfibología, cuando oponiendo a Milón su acusador, en prueba de haber armado lazos a Clodio, que se había retirado a Bovila antes de las seis de la tarde, aguardando que Clodio saliese de su granja; y preguntándole de cuando en cuando a qué hora fue muerto Clodio, respondió: Tarde. Este solo equívoco basta para prueba de que no debemos -338- desechar del todo este género de burlas. Solemos muchas veces usar algunas expresiones que no significan muchas cosas, sino lo contrario de lo que suenan. Así Nerón, hablando de un esclavo muy malo, dijo: Que de ninguno se había él fiado más, pues para él no había en su palacio cosa oculta ni cerrada<sup>233</sup>.

Las agudezas que consisten en la ficción de un nombre, por añadir, quitar o trasponer algunas letras, más que agudezas son frialdades, como llamar Pacisculo a uno en lugar de Acisculo, porque hizo algún pacto; o a otro que se llama Placido llamarle Acido, porque es de condición brava; y Tolio, en vez de Tulio, a uno que roba lo que encuentra, lo que hallo haber usado algunos. Semejantes agudezas se usan mejor cuando corresponden a las cosas que a los nombres. Así Afro Domicio, hablando de Manlio Sura, el cual en las defensas que hacía andaba de una parte a otra, saltaba y manoteaba, dejando caer la toga y levantándola dijo: *Non agere, sed satagere*. Porque en este caso la palabra *satagere* tiene mucha gracia, aunque no encierra ninguna anfibología. Otras consisten en poner o quitar la aspiración, juntando dos palabras, que aunque son frialdades, alguna vez merecen algún aprecio.

La misma frialdad se nota en aquellas agudezas que se derivan de los nombres. De muchas de esta clase usó Cicerón contra Verres, pero las trae como dichas antes por otros. Unas veces dice que con sólo nombrar a Verres parece que todo se barre; otras que Verres dio más que hacer a Hércules, cuyo templo robó, que el jabalí de Erimanto; y cuando llama mal sacerdote al que dejó un verraco tan malo, pues Verres fue sucesor de sacerdote<sup>234</sup>. La buena oportunidad para usar de semejantes dichos agudos -339- contribuye mucho para que choquen al que los oye. Así Cicerón, defendiendo a Cecina, dijo del testigo Sexto Clodio Formión que no era menos negro y confiado que el Formión de Terencio.

VIII. Pero aún chocan más y tienen más gracia las que se toman de las entrañas de la cosa. Conduciéndose en el triunfo de César las imágenes de los pueblos sujetados<sup>235</sup>, hechas de marfil, y pocos días después las de Fabio Máximo, que eran de madera, dijo Crisipo que las de Máximo podían servir de cajas para guardar las de César. Y Augusto respondió a los de Tarragona, que le lisonjeaban con la noticia de que en un altar consagrado a su memoria había nacido una palma: Se conoce que me ofrecéis incienso

muchas veces en él. Motejaba Filipo a Catulo, diciéndole: ¿Por qué ladras? Porque veo, respondió, al ladrón. Otra manera de agudeza y de las más graciosas, es cuando salimos con una cosa no esperada, o cuando usamos una palabra en distinto sentido. Dicho impensado, que también usamos para provocar, es aquél de Cicerón: ¿Qué otra cosa le falta, sino virtud y hacienda? Y aquel otro de Domicio: Hombre en tratar causas muy bien vestido<sup>236</sup>.

Cuando semejantes agudezas se fundan en algún punto de historia, encierran gracia y erudición. Diciendo Hortensio a Cicerón en la causa de Verres, en que preguntaba éste a uno de los testigos: Yo no entiendo estos enigmas, respondió: Pues debes entenderlos teniendo como tienes en tu casa la Esfinge. Aludiendo a un retrato de ella hecho de bronce y de mucho coste, que había recibido de Verres.

-340-

Pero, según mi juicio, aquél se dirá estilo gracioso y cortesano, en el que no se nota ninguna cosa malsonante, ninguna rusticidad ni cosa que ofenda al oído; finalmente, ninguna cosa extraña, ni en el sentido, ni en las palabras, ni en el gesto y ademán. De modo que este estilo agraciado no tanto depende de cada palabra de por sí, cuanto de todo el contexto de la oración, semejante a aquel aticismo de los griegos que sabía a la delicadeza propia de Atenas.

-341-

#### Capítulo IV. De la altercación

Por qué trata de ella en este lugar y de cuánto provecho sea.-El que alterca ha de tener ingenio pronto y vivo.-No ha de ser iracundo.-Tenga presente lo que ventila.-No lleve las cosas a voces.-Cómo armará lazos al contrario.-Vea por dónde le ha de atacar y lo que ha de omitir.-Ejercítese en esto.

Pedía la razón que tratásemos de la altercación después de haber ya dado todos los preceptos y reglas para un razonamiento seguido, porque, según orden natural, aquélla es lo último de todo. Pero como la altercación sea obra de la invención, en la cual ni cabe disposición ninguna ni se echan menos en ella los adornos de la elocución, ni tampoco depende de la pronunciación y memoria, no me parece ajeno de propósito el tratar de ella antes de la segunda parte de las cinco que tiene la retórica. Y si la omitieron los demás autores, fue sin duda porque creyeron bastaban las reglas de las demás partes para su inteligencia, por consistir la altercación o en instar o en rebatir al contrario; de todo lo cual hemos hablado suficientemente; y cuanto es útil en la defensa de cualquier causa, conduce también para esta pequeña parte. Porque en la altercación no se dicen cosas distintas, sino de distinta manera, esto es, preguntando o respondiendo, para lo cual aprovechan las observaciones que hemos puesto hablando de los testigos. Pero supuesto que me he resuelto a tratar más a la larga esta materia y no puede haber orador perfecto, y si esto falta, me extenderé algo más esta parte, -342- pues en algunas causas o es el todo o sirve mucho para salir triunfante.

Si hay algún lugar de la oración dificultoso y donde el orador tenga que pelear con espada en mano, éste es puntualmente. Porque además de que en ella debemos grabar en la memoria del juez lo que nuestra causa tiene de firme y poderoso, cumpliendo lo que prometimos en la serie de toda ella y refutando las razones falsas del contrario, en ninguna otra parte están más atentos los ánimos de los jueces. No sin razón algunos se alzaron con el dictado de abogados hábiles porque sobresalieron en esto, aunque en lo demás nunca pasaron de medianos. Otros, al contrario, contentándose con haber favorecido a sus litigantes con razonamientos pomposos, se retiran acompañados de la

multitud de los que los alaban, dejando esta parte, que es el todo de la causa, a abogados principiantes o tal vez a agentes y procuradores infelices. Así verás algunos pleitos y juicios particulares en los que la defensa se encomienda a unos y las pruebas a otros. Y si hemos de separar estos dos oficios, este último se lleva la primacía, pero es una mala vergüenza que los más ruines abogados aprovechen más a los litigantes. A lo menos en los juicios públicos vemos citar a voz de pregonero al que defendió la causa entre los demás patronos de ella<sup>237</sup>.

Para la altercación se necesita primeramente de un ingenio pronto, vivo y esforzado y de presencia de ánimo, pues como no se da tiempo de pensar, es necesario tener pronta la respuesta, y apenas el contrario asesta los tiros, estar dispuestos para rebatirlos. Y aunque el oficio de orador -343- requiere no solamente conocer muy bien, sino hacerse familiares todas las causas, en esta parte principalmente debe estar bien enterado de todas las personas, instrumentos, tiempos, lugares, etc.

El que ha de altercar con acierto debe estar libre de la ira, no habiendo pasión que anuble más la razón y haga decir más despropósitos, y no solamente ocasiona el que prorrumpamos en dichos afrentosos o que tengamos que oírlos, sino que a veces esto mismo mueve a los jueces a indignación. Lo contrario se logra con el comedimiento y tal vez con la paciencia. Los argumentos del contrario no siempre los refutaremos, sino que los despreciaremos, disminuirémos o eludiremos por medio de alguna chanza, pues en parte ninguna mejor que aquí cae bien la sal y agudeza. Contra los que se amotinan, hablaremos con atrevimiento y haremos frente al descaro. Porque hay algunos tan desbocados que, interrumpiendo al que les habla todo lo meten a voces y gritos. Así como no hemos de imitar a los tales, así rebatiremos su mal proceder, suplicando a los jueces que presiden que no se lo hable todo el contrario, sino que nos dé lugar para contestarle, porque el dejarle que todo se lo hable el contrario es indicio de ánimo vil y excesivamente respetuoso, y a veces engaña lo que se llama bondad siendo debilidad.

Puede mucho en la altercación la sutileza del ingenio, la que no se consigue con reglas, porque lo que es natural no depende del arte, aunque es ayudado por él. Para esto conviene tener muy presente el punto cardinal de la disputa y el fin que pretendemos. Si esto hacemos, no nos enredaremos en contiendas ni gastaremos en injurias contra el adversario el tiempo que debemos emplear en la defensa de la causa, aunque no nos pesará de que el contrario proceda de este modo. El que lleva meditado cuánto puede objetarle el contrario y cómo le ha de tapar la boca, ese tal va bien prevenido. Solemos también a veces -344- disimular algunas cosas en la defensa de la causa, para después combatir las fuertemente en la altercación, cuando menos se piense el contrario, acometiéndole en cierto modo desde emboscadas. Esto se deberá practicar cuando ocurre alguna cosa a que no podemos dar pronta respuesta, como lo haríamos si hubiese tiempo para ello. Pero cuando nos ocurra una razón poderosa conviene decirla al punto, para que después podamos inculcarla y repetirla.

No parece debemos encargar que la altercación no debe consistir en voces, como lo practica la gente sin letras, porque, aunque esto molesta al contrario, es cosa enfadosa para el juez. Daña también el altercar en lo que no llevamos razón, antes es necesario ceder cuando no podemos vencer. Porque o son muchas las cosas sobre las que altercamos, y en este caso el ceder en alguna de ellas hará que se nos dé la razón en las demás si la tenemos, o una sola es el punto de contienda, y entonces, aunque quedemos vencidos, no nos avergonzaremos tanto de nuestra terquedad, pues querer mantener y defender un desatino es incurrir en otro.

Mientras contendemos con el contrario, es habilidad y prudencia el obligarle a que desbarre y se aparte muy lejos del punto de la cuestión para que confíe vanamente de la victoria, y por esto conviene disimular por entonces las razones con que pudiéramos

convencer su error. Pues de este modo insisten y se empeñan más en la contienda pensando que nos faltan fuerzas, y cuanto más piden justicia dan más valor a nuestras pruebas. A veces convendrá el conceder algo al contrario, como si le favoreciese, para que insistiendo en ello no se agarre de otra cosa que nos pudiera perjudicar; otras proponerle dos cosas por medio de un dilema para cazarle en cualquiera que escoja. Y este medio aprovecha más en la altercación que en el cuerpo de la causa, porque aquí el orador se responde -345- a sí mismo, cuando en aquélla tenemos confeso al contrario por su misma respuesta.

Sobre todo la sagacidad del orador está en saber qué es lo que hace mella en el ánimo del juez y qué es lo que no sienta bien, lo que conocerá muchas veces por el semblante, por las señas o por algunas palabras. Así como se ha de instar con lo que nos favorece, así desistiremos luego al punto y con disimulo de lo que nos perjudica; a la manera que el buen médico echa mano de los remedios útiles dejando los nocivos. Si no es fácil desenredar la cuestión propuesta, moveremos otra, procurando llamar aquí la atención del juez. Porque cuando no podemos dar fácil solución a una cosa, ¿qué otro medio hay que el discurrir otra a que no pueda darle el contrario?

Es muy fácil de ejercitarse en esta materia tomando algunas causas o controversias, ya verdaderas, ya fingidas, en que se ejerciten los que tuvieron los mismos estudios y en ellas hacer el papel de una parte y de otra, lo que también puede practicarse en las cuestiones de género simple.

No querría tampoco que ignorase el abogado con qué orden deben colocarse las pruebas, que es el mismo que deben guardar los argumentos, y consiste en que comience y termine por las más poderosas. Con lo primero se concilia el asenso del juez; con lo segundo, el prepararle cuando va a sentenciar.

-346-

#### Capítulo V. Del juicio y del consejo

Después de cuanto llevo tratado según mis fuerzas, de buena gana pasaría a tratar de la disposición, que es la que sigue por orden natural, si no me recelara que algunos imaginasen haber yo pasado por alto el hablar del juicio, que, según la opinión de muchos, pertenece a la invención; pero, según mi corto entender, es tan inseparable de las demás partes de esta obra, que ni en las palabras ni en las sentencias se distingue de ellas, ni hay tampoco reglas ningunas para el juicio, como no las hay para el gusto ni para el olfato. Y así diré lo que en cualquier cosa debe seguirse y evitarse, de manera que el juicio lo dirija todo. La principal regla es que nunca nos empeñemos en cosas que no podemos salir con ellas, que evitemos las razones que son contra nosotros y las que igualmente pueden servir al contrario, la elocución viciosa y oscura. Todo lo cual depende del buen juicio del orador, que no se aprende con reglas.

Ni creo que el consejo se diferencia mucho del juicio, sino en que el juicio lo formamos de cosas que son manifiestas; pero el consejo es en cosas ocultas, dudosas y no averiguadas. El juicio por lo común es una regla cierta y segura; pero el consejo es una razón más remota, por la que examinamos y comparamos varios extremos e incluye dentro de sí invención y juicio.

Del consejo no pueden darse reglas comunes, porque depende de las circunstancias del asunto y tiene lugar por lo común antes de tratar de él. Así parece que Cicerón con mucho consejo quería más el que se acelerase la causa -347- contra Verres que el tener que perorar contra él cuando Hortensio fuese cónsul. Sirve también muchísimo en la defensa de la causa. El consejo nos dirá lo que debemos decir y lo que callar o dilatar para otra ocasión, si será mejor negar la cosa que defenderla, cuándo usaremos de

exordio y de qué especie, cuándo pondremos narración y cómo la haremos, si nos valdremos del rigor del derecho o de la equidad, qué orden guardaremos en toda la oración y cómo la variaremos, si convendrá hablar con aspereza, con blandura, con sumisión, etc. Todo esto se ha de entender en cuanto lo permitan las circunstancias, y lo mismo haremos en todo lo demás. No obstante lo dicho, pongamos algunos ejemplos para mayor inteligencia de esta materia, para la que no pueden darse reglas fijas.

Alábase el acierto de Demóstenes, el cual, aconsejando a los atenienses una guerra en que habían tenido poca fortuna, les dice que hasta entonces nada se había hecho con prudencia, y que podía enmendarse este descuido; pero que, si no hubieran errado, no tendrían al presente esperanzas de mejor acierto. I, Filípicas. Él mismo, temiéndose ofender los ánimos del pueblo si reprendía su inacción en asegurar la libertad de la república, quiso antes alabar el celo de los antiguos en esta parte. Olínticas. De este modo no solamente fue bien oída su oración, sino que la misma razón natural movió al pueblo a que, aprobando lo mejor, se arrepintiese de lo hecho.

Sirva por muchos ejemplos la oración de Cicerón en defensa de Cluencio. Porque, ¿qué podremos admirar y alabar primeramente en ella? ¿Será aquella primera narración en la que quita desde luego todo el crédito a los dichos de una madre, que se valía de una autoridad de tal para dar contra un hijo? ¿Será el que atribuyó probablemente al contrario el delito de haber sobornado a los jueces, en vez de negar este hecho que constaba, según dice, por la infamia que de ello resultó contra Cluencio? ¿O -348- porque en asunto tan odioso se valió por último del beneficio de la ley? Con el cual género de defensa hubiera ofendido al principio los ánimos de los jueces, que aún no tenía bastante preparados. O finalmente, ¿el protestar que todo esto lo hacía repugnándolo el mismo Cluencio? ¿Y qué diré de la defensa de Milón y del acierto con que omitió la narración, hasta que desvaneció la siniestra opinión que contra él se tenía? ¿conque acumula a Clodio de que fue el primero en armar asechanzas contra Milón, aunque en la realidad fue casual y repentina la pelea de los dos? ¿conque, en medio de que dice que justísimamente había muerto a Clodio, hace ver que el homicidio no fue voluntario? ¿conque suplica a los jueces, no en persona de Milón, sino por sí mismo?

Baste decir por remate que ni en la oratoria ni en todo cuanto hace el hombre hay cosa mejor que el acierto y consejo, y sin él son inútiles los preceptos de todas las artes, porque más aprovecha el buen acierto sin instrucción que la instrucción sin acierto. Ya se deja entender que el acomodar cuanto dice el orador a las circunstancias del tiempo, del lugar y de las personas, depende de ahí. Aunque, como hay tanto que discurrir en esta materia y es parte de la elocuencia, la dilatamos para cuando tratemos de las reglas del bien hablar.

## Libro séptimo

### Proemio. De la utilidad de la disposición

Me parece haber hablado lo bastante de la invención, pues no sólo hemos tratado de todo lo que conviene para enseñar, sino también para mover. Pero así como no basta que el artífice tenga buenos materiales para la fábrica de un edificio, si no sabe darles un buen orden y colocación, así por más afluencia de voces que haya en la oratoria, sólo servirán de abultar y llenar, si no se unen y ordenan entre sí por una competente disposición.

Y no sin razón la pusimos por la segunda de las cinco partes, pues sin ella la primera es inútil, así como no basta que estén vaciados todos los miembros de la estatua, sino que tengan la debida unión, la cual, a la menor alteración y mudanza que padezca,

resultaría un monstruo en el cuerpo animal, aun dado que los tenga todos cabales. Los miembros de nuestro cuerpo a nada que se muevan de su sitio, perdieron el oficio que tenían, y un ejército desordenado él mismo se embaraza. Por donde no van descaminados los que dicen que la naturaleza consiste en el orden, y en el desorden su destrucción. No de otra manera la oración que carece de orden y disposición ha de ser una confusión de ideas, carecerá de timón y de -6- unión en sus partes, tendrá muchas repeticiones y omitirá muchas cosas y será semejante a uno que en tinieblas anda palpando las paredes. Y como ni tenga principio ni fin, el orador más hablará por acaso que con consejo y tino.

Por tanto emplearé todo este libro en la disposición para la cual si hubiera reglas que igualmente cuadraran a todas las materias, no serían tan pocos los que hubieran acertado en ella; pero como son infinitas las causas que ocurren y pueden ocurrir, no habiendo entre tantas una que en un todo se parezca a otra, es preciso que el orador sepa mucho, esté alerta, discurra y discierna lo que conviene decir, aconsejándose consigo mismo, y no niego que hay muchas cosas que pueden hacerse palpables, las que no omitiré.

-7-

## Capítulo I. De la disposición

I. Qué cosa sea disposición. Conviene alterarla alguna vez.-II. Para ser buena conviene tener conocida la materia de la causa.-III. Si convendrá siempre comenzar por las razones más fuertes.-IV. La causa o es simple o compuesta. Qué orden pide una y otra.-V. Qué método solía guardar Quintiliano en algunas de ellas.-VI. Para demostrar cómo se inventarán y colocarán las pruebas en cualquier causa, pone una declamación de las que se usan en la escuela.-VII. El mismo asunto y el ejercicio enseñarán mejor que el arte las leyes de la disposición.

I. División, como llevo dicho en muchos lugares, es la separación que se hace de muchas cosas, poniéndolas cada una de por sí con orden y debida colocación, de manera que puestas unas, deban seguir otras; pero por disposición entendemos una prudente distribución que hacemos de las ideas y partes del discurso, dando a cada cual su lugar. Pero tengamos presente que la disposición suele alterarse por necesidad, y que no maneja de un mismo modo la causa el acusador que el que hace la defensa. Para lo cual, omitiendo otros ejemplos, nos puede servir el de Demóstenes y Esquines en la de Ctesifonte, en la que no guardaron un mismo orden; dando principio el acusador por el derecho, que era lo que más le favorecía, y el abogado se valió primero de todo lo demás, preparando al juez para la cuestión de la ley. Conviene, pues, que se digan unas cosas antes que otras, pues de otra manera hablaríamos siempre a gusto del contrario.

II. Y así diré sin ningún reparo lo que yo he practicado -8- en esta parte; ya porque me movían a ello las reglas de la oratoria, ya porque la razón así me lo dictaba. Procuraba yo en las causas forenses saber lo primero el asunto y sus circunstancias, y ya que estaba bien enterado de él, consideraba lo que me favorecía a mí y a mi contrario.

Hecho esto (que ni es dificultoso de hacerse y lo principal en la materia), reflexionaba el intento principal de ambas partes y los medios para conseguirlo de este modo; pensaba lo que primeramente decía el acusador. O esto era innegable, o estaba en duda. Si era cosa de hecho, ya no había cuestión, y así pasaba a otra cosa. Aquí consideraba lo mismo y a veces conveníamos en la misma cosa por ser innegable. Si en algo no convenía yo con el acusador, ya había cuestión. Pongamos ejemplo. Dice el acusador: Hiciste la muerte, la hice; aquí no hay controversia; pasemos adelante. Deberá el reo dar los motivos por qué la hizo, diciendo: Es permitido matar al adúltero y a la adúltera. La

ley eso dice. Puede aquí ocurrir otra tercera cuestión; verbigracia: No fueron adúlteros, lo fueron. Si se duda del hecho, entonces es causa conjetural. A veces se confiesa también que fueron adúlteros; pero añade el acusador que no era lícito al reo matarlos, porque estaba desterrado e infamado. En este caso se litiga sobre el derecho. Al contrario, si a la acusación Cometiste homicidio, respondiere No cometí tal, ya en el principio tenemos cuestión. Así conviene averiguar dónde comienza la controversia y considerar el punto principal de ella.

III. Por lo que mira al modo de hacer la defensa, no me aparto del todo de la opinión de Celso, fundada en la de Cicerón. Sobre todo pretende con ahínco que debe comenzarse por alguna de las razones fuertes y concluirse por las más poderosas, y en medio de éstas poner las más endebles, porque al principio hay que mover al juez, y en el fin inclinarle hacia nosotros. Pero por lo común debemos -9- en la defensa del reo desvanecer la principal acusación que hay contra él, no sea que dándole crédito el juez, nos sea contrario en todo lo demás.

Alguna vez convendrá dar principio por lo que es manifiestamente falso, aunque menos principal, para que no se le dé después crédito al acusador en el punto cardinal, que no es tan fácil el negarlo, y se tenga por una calumnia. Es este caso convendrá hacer la salva, dando la razón de por qué dilatarnos para adelante el punto principal de la acusación; prometiendo defenderlo en su lugar, para que no se persuadan los jueces que esto nace del temor de la mala causa.

También será bueno desde el principio descargar al reo de la mala nota de la vida pasada, si es que la tiene; y con esto los jueces estarán más aperecidos para oír cuanto dijéremos. Aunque esto lo practicó Cicerón en la causa de Vareno a lo último, siguiendo en ello no el estilo común, sino lo que pedía el caso presente.

IV. Cuando la causa fuere simple<sup>238</sup>, examinamos si podemos responder y deshacer la acusación de un solo modo o de muchos. Si de uno solo, veamos si la cuestión es del hecho o de la ley. Si sobre el hecho, considérese si se ha de negar o defender. Si es sobre la ley, hemos de examinar la especie de cuestión; esto es, si se trata de los términos o de la intención de la misma ley. Esto lo haremos meditando bien la ley que motivó la controversia o pleito. Otras veces la defensa incluye dos partes, como la de Rabirio: Aun cuando hubiera hecho la muerte, no merecía castigo; pero no la hizo.

Cuando podemos responder de varios modos para deshacer la acusación, conviene tenerlos presentes y dar a cada solución el lugar competente. En lo cual no soy de -10- parecer que se observe el orden que puse hablando de las pruebas; esto es, que se comience por las más poderosas. En las controversias debemos ir subiendo de punto; de forma que de lo menos vayamos ascendiendo a lo que es más, sea de una misma o de diversa especie.

V. Solía yo comenzar principalmente por la última especie de cualquier género (pues en ella por lo común estriba toda la cuestión) y retroceder hasta encontrar la primera, o comenzando por el género venía a rematar en su última especie, y esto aun en las causas del género deliberativo. Pongamos ejemplo. Numa Pompilio delibera si recibirá el cetro que los romanos voluntariamente le ofrecen. El primer género de la cuestión es si admitirá el reino, si en ciudad extraña, si en Roma y si los romanos admitirán tal rey.

Además de esto solía yo separar aquello en que convenía con el contrario<sup>239</sup>, si es que me favorecía, y no solamente obligarle a la confesión, sino hacerle que confesase aun mucho más de lo que quería, por medio de alguna división, como en aquella controversia: Un general que consiguió el mando que también pretendía su padre por pluralidad de votos, fue hecho prisionero. Los comisionados para su rescate encontraron al padre que venía del campo enemigo, el cual les dijo: Ya vais tarde. Ellos, sin embargo, habiéndole registrado y encontrándole cierta cantidad de dinero, siguieron su

viaje, encontraron al general puesto en una cruz, pero diciendo: Guardaos del traidor. Aquí el padre es reo sin duda: ¿pero en qué conviene con nosotros el contrario? La traición se nos ha descubierto a nosotros y por el mismo general, y sólo buscamos quién es el traidor. Lo haremos, pues, de este modo. Tú mismo confiesas haber estado en el campo enemigo, haber ido ocultamente, que volviste sin lesión, -11- que trajiste dinero y que lo trajiste oculto. Porque a veces el poner en la proposición lo que confesó el contrario tiene más fuerza; pues fijado una vez en los ánimos, ya no da lugar a la defensa del hecho. Y así el juntar en uno muchos delitos, favorece al acusador; pero para hacer la defensa vale más separarlos.

Solía también en toda causa practicar una cosa que, como dije, se suele observar en las pruebas, y es: que haciendo una completa enumeración de varios puntos, sin omitir ninguno, desechando todas las demás cosas, venía a dejar sola aquella que yo pretendía hacer creíble, verbigracia: Salir absuelto un reo, o nace de estar inocente, o de que media algún poder mayor, o de violencia, o de soborno, o de que no se defendió bastantemente al reo, o de convenio fraudulento. Tú te confiesas reo, y no ha mediado autoridad mayor, ni violencia, ni soborno, ni ha quedado porque se haya hecho con tibieza la defensa, pues de nada de esto te quejas; luego hubo para ello convenio malicioso. Cuando no podía desvanecer y desechar todos los miembros de la división, desechaba los más que podía, verbigracia: Consta que fue muerto: no en lugar solitario, de modo que creamos que fue a manos de ladrones; no por quitarle lo que tenía, pues nada le faltaba; ni porque alguno desease heredar de él, pues era un mendigo; luego la causa de la muerte fue alguna enemistad. ¿Pues quién pudo ser su enemigo?

Lo mismo que conduce para conocer en qué convenimos con el contrario y en qué no, contribuye también para la invención. Conviene, pues, examinar lo que decimos para desechar unas cosas y tomar otras que nos favorecen; verbigracia: Acusan a Milón de que mató a Clodio. O lo hizo o no. El mejor medio era negarlo redondamente. Si esto no se puede, veamos si hubo razón para hacerlo o no. Supongamos que la hubiese, o lo hizo voluntariamente o por necesidad; porque ignorancia no se puede alegar. La voluntad es una cosa equívoca; mas por cuanto el común -12- de la gente estaba en esta idea<sup>240</sup>, debemos decir para defenderle que lo hizo por la utilidad de la república. Si por necesidad, diremos que la quimera fue casual y no de pensado. Pues alguno de los dos puso asechanzas al otro. ¿Y quién las puso? Seguramente fue Clodio. Aquí vemos cómo la misma necesidad nos conduce a hacer la defensa. Sigamos aún más. O tuvo voluntad de matar a Clodio que puso las asechanzas o no. Si no tuvo voluntad de hacerlo, es lo más seguro. Dice, pues, Cicerón (Pro Milone): por lo cual los esclavos de Milón hicieron sin orden ni noticia de su amo. Pero como ésta tan tímida defensa quita toda la autoridad que decíamos tener para matarle, añade: lo que cualquiera hubiera deseado que los suyos hicieran en un lance como éste. Esta razón tiene alguna utilidad, aunque no sea más que porque el abogado no debe quedarse parado sin dar alguna salida. Así es, que examinándolo bien todo, diremos lo que más cuadre o lo que sea menos malo.

VI. Pero ¿cómo inventaremos pruebas en aquellas cuestiones más recónditas? Del mismo con que hallamos las sentencias, figuras, palabras y colores; esto es, con el ingenio, estudio y ejercicio. Porque si, como he dicho, seguimos la naturaleza, nos ocurrirán ellas mismas a la menor diligencia que hagamos. Pero muchos por aparentar que son elocuentes se contentan con los lugares oratorios, brillantes en sí mismos, y que a veces nada conducen para probar el asunto. Otros sin ninguna elección echan mano de lo que primero les ocurre. Para que mejor entendamos lo dicho, pondré un ejemplo en una cuestión de las que se usan en la escuela, que ni es dificultosa ni extraña.

El hijo que no defienda a su padre acusado de traición quede desheredado. El que sea condenado de traición, salga desterrado -13- juntamente con el que se atreva a defenderle<sup>241</sup>. A un padre acusado de traidor le defendió su hijo que era abogado; el otro hijo no le defendió, porque no tenía letras. El padre fue condenado a destierro juntamente con el hijo primero. El otro hijo sin letras, por los buenos servicios que hizo en la guerra, consiguió en premio la libertad del padre y del hermano. El padre, vuelto del destierro, murió sin testamento; el hijo sin letras pide parte de los bienes, y el que defendió al padre dice que todos son suyos.

En este caso aquellos presumidos de su elocuencia, y en cuya opinión somos dignos de desprecio los que por examinar a fondo las causas tomamos muy pocos pleitos, pondrán desde luego los ojos en aquellas circunstancias favorables, cuales son: ser la defensa de un hombre sin letras contra un letrado; de un hombre esforzado contra un cobarde; de un libertador contra un ingrato; de uno que se contenta con una parte de los bienes, contra otro que nada quiere ceder a un hermano de la herencia paterna. Razones que aunque son muy favorables, no por eso nos dan la victoria. En este caso, si pueden buscarán razones pomposas y obscuras, porque sólo tratan de hacer la defensa con ruido, gritería y estruendo.

Otros, aunque proceden con más acierto, solamente miran y atienden en esta causa a lo que se muestra en la superficie; verbigracia: Que el hijo sin letras merece excusa de no haber defendido a un padre a quien no podía favorecer, y que el otro letrado nada puede imputar a su hermano, ni gloriarse de su defensa, habiendo salido condenado el reo: que es digno de toda la herencia el hijo libertador de ambos, y no el ambicioso, impío, ingrato, que no quiere ceder ninguna parte de la herencia a quien es tan acreedor por sus beneficios. Estos tales tendrán también presente aquella primera cuestión de la intención de la ley y -14- de la voluntad del testador; pues si esta dificultad no se desata, quedan en pie todas las demás.

Pero uno que quiere seguir la naturaleza meditará sobre todo lo que puede decir el hijo sin letras. Nuestro padre, dirá, no pudo hacer testamento y dejó dos hijos, a mi hermano y a mí; pido la parte que se me debe según el común derecho. ¿Quién habrá tan rudo e ignorante que no comience por aquí, aunque no tenga idea de lo que es proposición? Propondrá con un moderado adorno este derecho común como cosa justa. Síguese después el considerar lo que nos podrán responder a esta tan justa demanda. La respuesta es manifiesta; verbigracia: La ley dice que el hijo que no defiende a un padre acusado de traición sea desheredado, y tú no le defendiste. A esta proposición naturalmente se sigue el alabar la ley y vituperar al que no la cumplió.

Hasta aquí sólo hemos hablado de aquellos puntos en que todos convienen: veamos lo que puede decir el contrario. Éste, pues, ¿no podrá reponer (a no suponerle muy lerdo) que cuando la ley está en contra no hay pleito ninguno? Por otra parte, no se duda de ella ni de que obró contra lo que ella previene el hijo sin letras. ¿Qué solución daremos? El decir que era un hombre ignorante. Pero como la ley comprende a todos no aprovecha este efugio. Busquemos otra razón para eludir la ley. ¿Pues qué mejor efugio que el examinar la intención de ella cuando sus términos son contrarios? De aquí resulta ya la cuestión general: De si hemos de estar a las palabras o a la intención de la ley. Pero como esto es común en toda ley, y no basta esta cuestión para vencer en nuestro caso, examinaremos aún si en la nuestra se encuentra alguna cosa que contradiga a los términos de ella diciendo: ¿Conque el que no defienda a su padre será desheredado? ¿Todo hijo sin excepción? Aquí naturalmente se nos ofrece una muy buena razón sacando la inconsecuencia de que, según esto, comprendía la ley al hijo que no defendió a su padre porque -15- era aún de mantillas, al hijo enfermo, al que estaba en la guerra o

en alguna embajada y al ausente. Con esta razón ya tenemos mucho adelantado, dándose caso en que un hijo sin haber defendido al padre pueda heredar.

El que así discurrió en favor del hijo sin letras pase ahora a lo que podía decir el letrado. Aunque te concedamos eso, dirá, en ti no ha lugar; pues ni eras niño de teta, ni estabas enfermo, ni ausente, ni en la guerra, ni en embajada. Ya no le queda sino decir: Yo era un pobre ignorante. Pero el otro desvanecerá esta razón si dice: Es verdad que no tenías letras para defenderle, pero podías hacerlo siquiera con haber asistido al tribunal, y no dejar solo a un padre. A esto hay que callar: por lo que no hay otro apeladero que examinar la intención del legislador. Éste, dirá, pretendió castigar la impiedad de los hijos, la que no se verifica en mí. A esto replicará el hermano: No te portaste como hijo cuando has merecido el ser desheredado; aunque después o el arrepentimiento o la ambición te haya movido a pedir tu parte. Fuera de que fuiste la causa de que padre fuese condenado; dando en cierto modo la sentencia con desampararle. A lo que responderá el otro hermano: Quien le condenó fuiste tú, porque tenías ofendidos a muchos y adquiriste a nuestra familia enemigos. Esto último es mera conjetura; como lo que puede alegar el hermano sin letras para colorear su causa; es a saber: que la intención de su padre sería el que no quedase arruinada toda la familia. Todo lo dicho se contiene en la primera cuestión sobre la ley y el fin de ella.

Apuremos aún más el caso, y veamos lo que puede discurrirse en él y cómo. En lo cual sigo los pasos de quien va inventando razones para enseñarle el modo como lo ha de hacer, y dejando la aparente brillantez del estilo me acomodaré en el lenguaje a la capacidad de uno que va aprendiendo.

Todas estas cuestiones miran y se fundan en la persona de los dos pretendientes; ¿pues por qué no consideramos -16- la del padre? Y si dice la ley que no defendiéndole el hijo, sea desheredado, por qué no preguntaremos: ¿por ventura se entiende esto de un padre, cualquiera que sea? A la manera que en las demás causas en las que se castiga y se pide pena de cárcel contra un hijo que no sustenta a los padres preguntamos muchas veces si se debe entender esto de un padre que juró contra su mismo hijo acusado de impiedad, o de otro que le vendió a un rufián. En el padre de nuestro caso, ¿qué se encuentra de particular? Que fue condenado. Pues qué, ¿mira solamente la ley a los padres dados por libres? Esta pregunta no deja de causar a primera vista alguna dificultad; pero no desconfiemos. Es muy creíble que la intención del legislador haya sido que los hijos amparasen a los padres inocentes, aunque esta razón no cae bien en boca del hijo sin letras, pues ya confiesa él que lo estaba su padre. La cuestión da motivo de alegar otra razón cuando dice: El que sea condenado de traición, sea desterrado juntamente con el que hizo su defensa; pues parece algo duro que se castigue del mismo modo al hijo que le defendió y al que no lo hizo. Fuera de que ninguna ley comprende a los desterrados<sup>242</sup>. Luego no es creíble hable la nuestra del que no defendió al reo, y así por una y otra parte se da motivo al hijo sin letras de dudar si a los desterrados les quedan algunos bienes. Al contrario, el hijo letrado se agarrará de las palabras de la ley que son terminantes, y dirá que está puesta con este rigor contra el hijo que no defendiese a su padre para que por ningún miedo omita esta obligación, añadiendo que su hermano faltó a ella estando inocente su padre.

-17-

Adviértase de paso que de una misma cuestión resultan dos cuestiones generales, verbigracia: Si esto se entiende de cualquier hijo y con cualquier padre, las cuales miran a las dos personas. De la tercera, que es el contrario, ninguna cuestión tenemos, porque acerca de ella no hay disputa.

No hay que desmayar en esta causa por lo dicho; pues todo ello tenía lugar, aunque al padre no se le hubiese levantado el destierro. Ni echemos mano de una razón que por sí

se viene a los ojos; esto es, Que el hijo sin letras libertó al padre. El que quiera valerse de esto, ponga las miras más adelante, porque así como al género son consigüentes sus especies, así aquél se concibe antes que éstas. Supongamos que el padre fuese libertado por otro. Resultará de aquí una cuestión de ilación y de racionio: si semejante restitución del padre a la patria puede mirarse como una abolición del juicio formado contra él, como si tal sentencia no se hubiera dado. Aquí el hijo sin letras dirá y sostendrá que nunca les hubieran concedido la libertad a su padre y hermano si no fuera en premio de sus hazañas, ni hubiera vuelto a su antiguo estado si no gozase de los mismos fueros, como si nunca le hubieran acusado. De la manera que se le remitió la pena a su hermano, como si nunca hubiera defendido a su padre. Con lo cual venimos a parar en que el hijo sin letras libertó a ambos. Pudiérase preguntar de nuevo si el libertador se debe tener por abogado del reo, pues consigüió lo mismo que éste pretendía, y no es mucho se le tenga por abogado, cuando hizo aún mucho más. Lo demás de la cuestión mira a la justicia; esto es, cuál de los dos pide cosa más justa. En lo cual cabe alguna división, aun cuando ambos pretendiesen toda la herencia, mucho más ahora, contentándose el uno con la mitad, y el otro excluyendo enteramente al hermano.

Además de lo dicho añadiría mucho peso en el ánimo y consideración de los jueces la intención del padre, y -18- más tratándose de sus bienes. Aquí se ha de inquirir la intención del padre cuando murió sin hacer testamento, aunque esto pertenece a la cualidad, que es causa de otra naturaleza. El tratar de la justicia y equidad viene mejor al fin de la causa, porque esto es lo que oyen los jueces con más gusto; aunque alguna vez convendrá tratar de ella al principio, cuando no confiamos mucho en la justicia de nuestra causa y necesitamos ganarnos el favor de los jueces alabando su justificación. Éstas son las reglas generales que yo he podido discurrir.

VII. Pero la mayor parte de ellas son de tal naturaleza que, para entenderse, deben recaer sobre alguna materia determinada. Porque no sólo se ha de dividir toda la causa en varias cuestiones y lugares, sino que cada cual de éstas tiene su disposición particular. Asimismo en el exordio hay algunas cosas que son como principales, otras secundarias y otras que deben seguir a las primeras. Cada cuestión y cada lugar pide cierto orden, el que se observa aun en las cuestiones particulares, todo lo cual es imposible demostrarlo con reglas si no se determina materia sobre que recaigan. Porque ¿cómo se podrán dar todas éstas en uno o en dos asuntos particulares? Ni son bastantes para esto muchas causas, siendo infinitas las que ocurren.

Al maestro le toca el prescribir el orden y disposición de las diversas causas que diariamente se tratan en la escuela, y cómo se ordenarán los pensamientos para que el discípulo adquiriera manejo y facilidad para discurrir en otras semejantes, porque reducirlo todo a reglas es imposible. Y si no, ¿qué pintor aprendió a representar en el lienzo todas las cosas que hay en la naturaleza? Con que sepa imitar algunas de ellas, hará otro tanto con las demás. Porque ¿qué artífice no hará un vaso de cualquier figura aunque no haya visto otro? Pero hay ciertas cosas que no tanto se enseñan con reglas cuanto se aprenden de la naturaleza. El médico dirá en común que para tal -19- dolencia hay tal remedio, y que tal síntoma requiere tal cosa; pero conocer el pulso, graduar la calentura, conocer el movimiento de los espíritus y distinguir el color propio de cada enfermo, esto se lo ha de enseñar el ingenio.

Por tanto, muchísimas cosas hay que las hemos de buscar por nosotros mismos, y las debemos cotejar con las mismas causas, y no perder de vista que la elocuencia primero fue inventada que enseñada<sup>243</sup>. La principal disposición y economía de un discurso es aquélla que nos enseñan las circunstancias del asunto. Éstas nos dirán cuándo usaremos de exordio y cuándo no, cuándo pondremos la narración seguida y cuándo por partes,

cuándo comenzaremos por el principio y cuándo, siguiendo a Homero, por el medio o fin, y cuándo la omitiremos; si daremos principio por lo que dijo el contrario o por nuestro asunto, si por las pruebas más fuertes o por las flacas, si fundaremos el exordio en alguna cuestión, y qué preparación haremos de los ánimos, qué cosa será bien recibida en el principio del ánimo de los jueces y cuál necesita de insinuarse poco a poco; cuándo se refutarán juntas las razones del contrario y cuándo cada una de por sí, cuándo usaremos de los afectos en toda la oración y cuándo los dejaremos para el epílogo, cuándo convendrá hablar primero de la ley y cuándo de la justicia, si deberemos oponer o defender -20- primero los delitos de la vida pasada o aquéllos de que se trata al presente, cuando ocurren causas complicadas qué orden debe seguirse, qué testimonios y escrituras de cualquier especie alegaremos en la defensa y cuáles omitiremos, etc. Esta prudencia es muy semejante a la que observa un general en la distribución de sus tropas, poniendo unas para pelear, otras para la defensa de las fortalezas y su guarnición, otras para convoyar los víveres, para tomar el paso al enemigo, y en fin, empleando unas por mar y otras por tierra.

Esta prudente disposición se consigue con el ingenio, instrucción y estudio. Por donde ninguno pretenda salir orador con el trabajo de otros, entendiendo que es necesario trabajar, hacer muchos esfuerzos y afanarse de veras. Es necesario no ir atendido a solas reglas, sino a lo que dicta la naturaleza, procurando convertir en sustancia los preceptos del arte para que parezcan en nosotros, no como cosa enseñada, sino natural. El arte, si algo puede, nos muestra el camino y nos ofrece bastantemente las fuerzas de la elocuencia, pero a nosotros toca el hacer buen uso.

Otra disposición hay de los pensamientos, en los cuales no sólo hay algunos que piden el primero, el segundo o tercer lugar, sino que todos deben tener entre sí tal trabazón que no parezca la juntura, quiero decir, que formen un cuerpo, no miembros separados. Esto se conseguirá si se examina qué pensamientos convienen a cada materia, qué expresiones vienen ajustadas con otras, todo esto para no decir inconexiones. De este modo, aunque las cosas que digamos estén tomadas de distintos lugares, nunca se opondrán entre sí, sino que vendrán a hermanarse por la conexión y enlace que tendrá lo primero con lo segundo y el medio con el fin, pareciendo la oración no solamente ordenada, sino un todo continuo. Pero me extendo demasiado, y sin poderlo remediar me voy metiendo en la elocución, materia del libro siguiente.

## Libro octavo

### Proemio

I. A los jóvenes no se les ha de cargar de preceptos.-II. Recapitulación de todo lo dicho desde el capítulo XVI del libro segundo, concerniente a la invención y disposición.-III. La elocución, así como es la más hermosa parte de la retórica, así es la más difícil.-IV. Debe cuidarse más de los pensamientos que de las palabras.

I. A lo dicho hasta aquí en los cinco precedentes libros se reduce cuanto hemos podido recoger tocante a la invención y disposición, cosas que al paso que son muy dignas de saberse se necesita de mucha brevedad y llaneza para enseñárselas a los principiantes. Porque éstos o suelen asustarse con la dificultad de unos preceptos prolijos y enredosos, o arruinan y destruyen el ingenio en estudiar una materia escabrosa cuando más se necesitaba fomentarlos y sobrellevarlos cebando su natural curiosidad, o vienen a

persuadirse que están ya bastante apercebidos porque aprendieron cuatro preceptos de retórica, o atentos a ciertas reglas temen el emprender cosas nuevas. Por donde vienen a creer que los que escribieron con más acierto sobre la elocuencia estuvieron muy lejos de ser oradores.

-22-

Se necesita, pues, de un método muy llano y fácil para los que comienzan; ya para empeñarlos, ya para enseñarles el camino verdadero. Escoja el maestro lo mejor entre todo, enseñando al discípulo lo que más le cuadre por entonces, sin detenerse en refutar las opiniones contrarias, porque éste seguirá por donde le llevaren, y después irá creciendo la instrucción al paso que se vaya empeñando en el estudio. Persuádase él mismo al principio que no hay más camino que andar que por donde va; que de ahí a poco él descubrirá cuál es el mejor. Cuanto escribieron algunos autores a fin de defender pertinazmente sus diversas opiniones, ni es cosa obscura, ni dificultosa de entender. Por lo que en esta materia es más difícil el atinar con lo que se les debe enseñar a los discípulos que el enseñarlo. Y en las dos partes de que hablamos son muy pocas las cosas, las cuales si no encuentran repugnancia en el discípulo, allanan el camino para seguir adelante.

II. Seguramente que no hemos hecho poco hasta aquí en manifestar que la retórica, arte de bien decir, es facultad y virtud, y que su materia son todas las cosas de que se puede hablar; que éstas se reducen a los tres géneros, deliberativo, demostrativo, y judicial; que toda oración consta de pensamientos y de palabras; que para los pensamientos sirve la invención, la elocución para las palabras, y la disposición para uno y otro, y finalmente, que la memoria debe aprender cuanto dice el orador, y que la pronunciación da el alma a las palabras.

Hemos dicho también que los oficios del orador son enseñar, dar gusto y mover. Para lo primero sirve la narración y la argumentación, y para mover los afectos, los que tienen lugar en toda la oración, y principalmente en el epílogo y exordio. El deleitar, aunque se consigue con todo lo demás, pero principalmente con la elocución. Las cuestiones unas son infinitas; otras finitas, esto es, reducidas a las circunstancias de lugar, tiempo, o persona. En -23- cualquier materia se deben averiguar tres cosas: Si es la cosa, qué es y de qué modo.

Dijimos que en el género demostrativo se alaba o vitupera una cosa. Para lo cual debemos considerar las virtudes y vicios del sujeto de quien tratamos y lo que siguió a su muerte. Su fin es lo honesto y útil. Al género deliberativo se añade la cuestión de conjetura: Si lo que deliberamos es cosa posible y si llegará a suceder. Aquí principalmente hemos dicho que se debe atender a la persona que habla, delante de quién habla, y qué es lo que dice. Dije que las causas judiciales unas contienen una sola cuestión, otras son complicadas. Que toda causa judicial comprende cinco partes, el exordio para ganar la benevolencia, la narración cuenta la cosa sucedida, la confirmación prueba el asunto con razones, la refutación deshace las del contrario, la peroración recuerda todo lo dicho a la memoria del juez o mueve su ánimo.

Añadimos a lo dicho aquellos lugares de que nos valdremos para sacar las pruebas, y el modo de excitar o calmar la ira y mover la compasión del juez. La distribución de la causa en varios puntos. Ahora queremos persuadir al discípulo que hay otras muchas cosas en que la misma naturaleza le ha de enseñar el camino, como son aquéllas que pusimos al fin, las que no habiéndose aprendido de los maestros, solamente las enseñó la misma observación y práctica.

III. Mucha más dificultad tiene lo que ahora sigue, que es la elocución; parte la más difícil en la elocuencia, en sentir de todos. Marco Antonio decía (Orator, I, 94) que, habiendo conocido a muchos que fueron bien hablados, no conoció ni uno que fuese

elocuente. Con lo que da bastante a entender que ser bien hablado es propio de uno que dice lo que conviene; pero el hablar con adorno, del muy elocuente. La cual virtud si no se halló en ninguno hasta su tiempo, ni en él mismo ni en Craso, seguramente -24- que el no haberla tenido éstos ni los que les precedieron es porque es muy difícil de conseguir. Cicerón dice que la invención y disposición las puede lograr cualquier hombre sabio; pero que el ser elocuente es constitutivo del orador (Orator, 44), y esta parte es en cuyas reglas más se esmeró. Y que esto no fue sin razón nos lo declara el mismo nombre de la cosa que tratamos. Elocución es la virtud de declarar al que nos oye todos nuestros pensamientos, y sin ella todo lo demás es ocioso y muy semejante a una espada encerrada en su vaina.

Esta parte es la que más depende de los preceptos y la que no puede lograrse sin arte. En ésta debe ponerse todo esmero, y ésta únicamente se consigue con la imitación y ejercicio; en ésta debe emplearse toda la vida, pues por ella más que por ninguna otra un orador aventaja a otro y un estilo a otro estilo. Porque a los que usaron del asiático o de cualquier estilo estragado, seguramente que ni les faltó invención ni disposición, ni aquéllos que hablaron de una manera árida y seca no pecaron por falta de ingenio y conocimiento de las causas, sino que a los primeros les faltó juicio y moderación en el decir, y a los segundos vigor. Para que de aquí entendamos que de ella depende toda el alma de la elocuencia y de su omisión el ser mal orador.

IV. No pretendo con esto que hayamos de cuidar sólo de las palabras, antes quiero responder, o por mejor decir, desvanecer desde el principio la opinión de los que sin cuidarse de los pensamientos (que son como el alma de un discurso) se envejecen en el estudio de una vana algarabía de palabras que usan para dar hermosura a su razonamiento. Las palabras hermean, es cierto, un discurso; pero esto ha de ser con naturalidad, no con afectación. Los cuerpos robustos que tienen la sangre en su vigor y adquirieron la firmeza por el ejercicio de lo mismo que les da el vigor y fuerza, reciben la hermosura, porque tienen -25- color y los miembros firmes y puestos en su lugar; pero si a este mismo cuerpo le quitamos la hermosura natural y le ponemos adornos femeniles y sobrepuestos, el mismo adorno le hace más feo. Un adorno moderado y acompañado de magnificencia, como dice un verso griego<sup>244</sup>, da al hombre autoridad; pero si es afeminado y con demasía, no adorna el cuerpo y descubre el poco seso de la persona. A este modo aquel estilo especioso y relumbrante que muchos usan afemina aquellas ideas y pensamientos que están vestidos de semejantes expresiones. Digo, pues, que en las palabras debe ponerse cuidado, pero en los pensamientos singular esmero.

Porque comúnmente sucede que las mejores expresiones dependen de los pensamientos y su misma luz las da a conocer, pero nosotros andamos en busca de ellas como si fueran la cosa más oculta y escondida. De donde proviene que, no penetrando la materia que tratamos, traemos las locuciones de muy lejos, violentando lo mismo que hemos discurrido. Hemos de procurar ser elocuentes por otro camino; y si la elocuencia tiene su fuerza en todo el cuerpo de la oración, mirará por cosa ajena de su cuidado el componer, digamos así, el cabello y cortar las uñas.

De este demasiado esmero viene muchas veces a perder su fuerza la oración. Primeramente, porque no hay adorno mejor que el natural y conforme a la verdad de las -26- cosas, y si es afectado, no sólo parece cosa fingida y sobrepuesta, sino que perdiendo su decoro hace que no se dé crédito a lo que dice el orador, porque deslumbra los sentidos y ahoga el discurso, como a los sembrados la lozanía de la hierba. Esto sucede cuando pudiendo hablar por el atajo nos andamos en busca de rodeos, cuando volvemos a repetir lo que está ya suficientemente dicho, cuando bastando una voz

atestamos de palabras el período, y cuando tenemos por más acertado el hablar mucho que el decir muchos conceptos<sup>245</sup>.

¿Qué diré de que ya no nos agradan ciertas locuciones propias y naturales? pareciéndonos que tienen poco de elocuentes sólo porque cualquier otro las pudiera también decir. Por donde vamos en busca de las figuras y tropos de los poetas de estilo más estragado, y entonces pensamos hablar ingeniosamente, cuando se necesita de entendimiento milagroso para calar nuestros pensamientos. Bien claramente dice Cicerón que el vicio de que más comúnmente adolecemos, es el apartarnos de los términos usuales y recibidos ya por todos. (Orator, 1, 12). Pero sin duda que él era un rústico y no entendía la materia; y nosotros vamos mejor fundados cuando hacemos asco de hablar un lenguaje natural y buscamos, no el adorno, sino la afeminación. Como si tuvieran alguna virtud y fuerza las palabras que no corresponden a las cosas. Y pensamos que si toda la vida hemos de trabajar para que aquéllas sean propias, claras, y adornadas dándoles al mismo tiempo -27- una apta colocación, perdemos el fruto de nuestros estudios.

Pero veremos a los más oradores detenerse mucho en menudencias, ya cuando inventan, ya cuando ponderan y miden como con un compás lo que inventaron. Y dado que lo hicieran para decir siempre lo mejor, abominaríamos de tal infelicidad que no sólo corta el curso de la oración, sino que con la tardanza y desconfianza en el decir apaga el calor del ánimo. ¡Orador miserable y mendigo (para explicarme así) que no tiene valor para desperdiciar ni una sola palabra! Aunque no la perderá el que primeramente entienda en lo que consiste la verdadera elocución, y en segundo lugar adquiriese abundancia de expresiones dándoles una debida colocación, y por último procurase con el ejercicio adquirir firmeza en todo lo dicho para usar de ello cuando necesite. Al que esto haga le ocurrirán términos y voces juntamente con las mismas cosas.

Para esto debe haber precedido el estudio y haber adquirido facilidad y caudal de materiales. Porque este afán y esmero en inventar, discernir y cotejar las cosas unas con otras lo debemos tener cuando aprendemos, no cuando peroramos. Porque a los oradores que antes no trabajaron viene a sucederles lo que a los que por no haber querido trabajar tienen que mendigar. Si por el contrario tienen el caudal suficiente para decir, no les faltarán palabras, y hablarán, no como quien contesta a lo que le preguntan, sino que acompañarán las palabras a los pensamientos como la sombra sigue al cuerpo.

No obstante, aun en medio de este cuidado y esmero hay cierta cortapisa, porque si las palabras son castizas, significativas, adornadas y colocadas con buen orden, ¿qué más ha de pedir? Con todo, algunos tienen aún que tachar poniéndose a censurar cada sílaba de por sí. Aun cuando las palabras sean las mejores, todavía ellos buscan otras más antiguas, más raras y extrañas, sin considerar que los -28- pensamientos no son de mucho aprecio cuando se alaban las palabras. Cuidemos enhorabuena y mucho de la elocución, pero sepamos que no son las palabras el fin de la oratoria, sino que éstas se inventaron para el adorno, y que aquéllas son las mejores que manifiestan mejor nuestros pensamientos y causan en el ánimo de los jueces el efecto que deseamos. Entonces será cuando hagan admirable y gustosa la oración. Admirable digo, no del modo que las monstruosidades y cosas extrañas nos causan admiración, y gustosa, no porque cause un vil deleite, sino porque tendrá cierta alabanza y majestad.

La elocución se considera en las palabras, ya separadas, ya juntas.-En cada una de las palabras de por sí debe cuidarse que sean castizas, claras, adornadas y acomodadas al asunto.-En las palabras unidas entre sí cuidemos que sean correctas, bien colocadas y acompañadas de figuras.-Añade algunos preceptos a los dichos para hablar con pureza y elegancia.

Llamamos elocución a la que llaman los griegos phrasis. La podemos considerar en las palabras tomadas de por sí o unidas en la oración. En las palabras de por sí hemos de cuidar que sean castizas, claras, adornadas y acomodadas al fin que intentamos. Si consideramos las palabras unidas entre sí, deben ser correctas, bien colocadas y figuradas. Pero acerca de la locución elegante y castiza, ya tratamos en la gramática<sup>246</sup> lo que allí pertenecía.

Aunque habiendo allí dicho solamente que no deben ser viciosas, aquí no parece fuera de propósito el advertir que no deben ser ni bárbaras ni extrañas. Porque encontrarás a muchos afluentes en el hablar que más se precian de decir con curiosidad que con pureza. Así aquella vieja de Atenas llamó huésped y extranjero a Teofrasto, hombre por otra parte afluente no más de por haberle notado una palabra afectada; y preguntada en qué lo había conocido, dijo que en que hablaba con demasiado aticismo. Y en Tito Livio, hombre muy facundo, reconoce Asinio Polión -30- cierto aire paduano en el decir. Por donde todas las palabras y aun la pronunciación si es posible, han de manifestar que el orador es romano y no extranjero<sup>247</sup>.

-31-

## Capítulo II. De la claridad

I. La claridad nace principalmente de la propiedad de las palabras.-II. De dónde nace la obscuridad y modo de evitarla.

I. La claridad nace principalmente de la propiedad en las voces, pero aquí no se toma simplemente esta palabra propiedad.

Primeramente significa el nombre de cada cosa, del que no siempre usamos, porque debemos evitar el nombrar con sus propios términos las cosas obscenas, asquerosas y bajas. Estas últimas, porque no corresponden a la dignidad del asunto de los que nos oyen. Pero muchos por evitar este vicio hacen asco de nombrar aun las cosas que están en uso y pide la necesidad del asunto, como uno que por no nombrar el esparto, dijo hierbas de España; término que él solo hubiera entendido a no haber Casio Severo advertido para burlarse de tal vanidad lo que quería decir. En esta manera de propiedad por la que damos el nombre que pide la cosa no hay virtud ninguna; pero el vicio opuesto se llama impropiedad, y entre los griegos achyron, como aquello de Virgilio (Eneida, IV, 419).

Tantum sperare dolorem<sup>248</sup>.

Aunque no porque un término no sea propio lo hemos de notar de impropiedad, puesto que hay muchas cosas que no lo tienen propio ni en griego ni en latín. Para expresar el tiro de dardo tenemos en latín el término propio -32- *iaculari*, mas no para la pelota o palo. Y así como la voz *apedrear* es bien notoria, así no tenemos con qué declarar la acción de tirar un terrón de tierra o casco de teja, y por eso se hace necesaria la catachresis o abuso. Asimismo el tropo, que de tanto adorno es en la oratoria, no acomoda a las cosas sus términos propios. Por lo cual la propiedad no se refiere a la voz, sino a la fuerza del significado; ni la alcanza el oído, sino el entendimiento.

En segundo lugar, propia llamamos entre muchas cosas de un mismo nombre a aquélla de que otras lo tomaron, *verbigracia*: *remolino* llamamos al agua o a cualquier cosa que gira alrededor de sí; y de aquí tomó el nombre la coronilla de la cabeza, donde se arremolinan los cabellos, y después la cima del monte. Estas cosas se llaman bien *remolinos*; pero con propiedad sola aquélla de donde las otras tomaron el nombre. De aquí viene decir el tordo *pez*, y al *lenguado* llamamos *solea* por la semejanza que tiene con el primer significado de esta palabra.

Otro tercer modo hay de propiedad distinto de los dichos, y es cuando una cosa común a muchas tiene su nombre peculiar; así llamamos propiamente *nenia* al canto fúnebre, y *augustale* a la tienda del general. Asimismo por un nombre común a otras cosas entendemos una particular; como por el de ciudad entendemos a Roma, por *venales* los esclavos recién comprados, y por *bronces* los de Corinto; aunque haya otras muchas ciudades, muchas cosas *venales* y otros muchos metales y bronces fuera del de Corinto. Pero no depende principalmente de esto la alabanza del orador.

La propiedad que más alabanza merece es la que significa las cosas con la mayor expresión, como cuando dijo Catón: *Cæsarem ad evertendam remp. sobrium*<sup>249</sup> *accessisse*, -33- y Virgilio *carmen deductum*, y Horacio *acrem tibiam, Annibalemque dirum*.

Algunas veces lo que es principal en un género tiene lugar de propio, como cuando a Fabio entre las innumerables prendas que tuvo se le da el nombre de *detenido*.

A alguno le parecerá que las palabras que dan a entender más de lo que suenan, pertenecen a la claridad porque ayudan para la inteligencia de la cosa; pero a mí no: parece que estas palabras enfáticas miran más el adorno, como quiera que explican la cosa con más energía.

II. Por lo que mira a la obscuridad, ésta se halla en las palabras que no están en uso; como si alguno anduviere en busca de los términos que se hallan en las Memorias de los pontífices, en las fórmulas de las alianzas antiguas y autores más rancios para hablar de un modo que ninguno le entienda. Algunos afectan tal erudición para manifestar que solos ellos saben ciertas cosas. A otros los deslumbran ciertos términos provinciales y peculiares de las artes, como el decir *ventus Atabulus*<sup>250</sup>, *navis saccaria*<sup>251</sup>; términos que deben omitirse delante de quien no los entiende o necesitan de interpretación. Lo mismo sucede con aquéllos que son equívocos, como la palabra *taurus*, que si no se explica no sabremos si es animal, monte, signo celeste, nombre de persona o raíz de árbol.

Pero la obscuridad principalmente debe evitarse en el contexto del lenguaje y en lo prolongado de él, que es de varias maneras. Por tanto, ni sea tan largo que se nos escape -34- el sentido de la oración, ni tan pesado por el trastorno de las voces que haya *hipérbaton*. Pero lo peor de todo es la mezcla confusa de las palabras, como:

*Saxa vocant itali mediis, quae in fluctibus, aras.*

(Virgilio)

Nace también la obscuridad de la interposición de alguna cosa en el contexto, como lo hacen los historiadores y oradores, porque esto embaraza el sentido, a no ser muy corto lo que se interpone. En la descripción que hace Virgilio del potro (*Geórgicas*, III, 79) después de haber dicho:

Nunca de vano estrépito se espanta.

añadiendo otras cosas de otra figura, acaba la descripción en el quinto verso:

Entonces, si a lo lejos de las armas

Oye el ruido, no sufre estarse quieto.

Debe evitarse la ambigüedad, no sólo aquella que deja incierto el sentido, como *Chremetem audivi percussisse Demeam*, sino aquella que aunque no turbe el sentido viene a resultar la misma ambigüedad, como *visum a se hominem librum scribentem*. Pues aunque es claro que el hombre escribe el libro, no obstante, la oración de *suyo* es ambigua.

Algunos amontonan palabras inútiles; los cuales, mientras huyendo del común modo de decir explican su pensamiento con mucho rodeo y verbosidad, movidos de una aparente elegancia, juntando y mezclando esta serie de palabras con otras semejantes, alargan tanto los períodos que no hay alentada que pueda seguirles. Otros hay que hacen estudio de no ser entendidos.

No es dolencia de ahora el incurrir en semejante vicio, pues hallo en Tito Livio<sup>252</sup> que cierto maestro enseñaba a -35- sus discípulos a explicar con obscuridad lo que decían, valiéndose él de la voz griega *scotison*<sup>253</sup>. De donde tuvo principio aquella grande alabanza: Tanto mejor, ni aun yo lo entiendo.

Otros, por el contrario, son tan amantes de la brevedad, que escasean las palabras; y contentándose con entenderse ellos solos, no se cuidan de que los demás los entiendan. Pero yo tengo por ocioso lo que no puede entender un auditorio que no sea lerdo. Es muy común la opinión de que entonces se habla con elegancia y pulidez cuando la oración necesita de intérprete; y hay oyentes que gustan de esto, deleitándose de haber penetrado el pensamiento del orador y quedando muy pagados de su ingenio, como si ellos hubieran inventado lo que oyeron.

Yo tengo por la principal virtud la claridad, la propiedad de las palabras, el buen orden, el ser medido en las cláusulas y, por último, que ni falte ni sobre nada. De este modo el razonamiento será de la aprobación de los sabios e inteligible para los ignorantes. Éstas son las reglas de la elocución; porque ya tratamos, hablando de la narración, del modo de conseguir la claridad; y lo mismo que allí dijimos, debe entenderse para la claridad en todo lo demás. Si no usaremos de más ni menos palabras que las precisas hablando con orden y distinción, entonces será clara la oración y la entenderán los que nos escuchan, aunque estén algo divertidos; teniendo presente que no siempre están los jueces tan atentos que se pongan a interpretar las expresiones obscuras que decimos, antes bien tendrán otros varios cuidados que les llamen la atención y no les permitan entendernos, a no ser tan claro nuestro razonamiento que sea como la luz del sol, que aunque cerremos -36- los ojos la hemos de percibir. Por lo cual no tanto debemos cuidar que nos entiendan cuanto el que no se queden en ayunas. De aquí nace que muchas veces repetimos lo que nos parece no han entendido bien, diciendo: Lo cual me parece que no he declarado bastantemente. Pero para mayor claridad, lo explicaremos con términos más comunes. Y esto cae muy bien cuando fingimos no haber explicado bien la cosa.

-37-

### Capítulo III. Del ornato

I.-De cuánta fuerza sea el adorno.-Debe ser varonil, no afeminado.-Debe variarse según la materia.-II. El ornato puede hallarse en las palabras, ya separadas, ya unidas.- Elección que debe hacerse de las palabras cuando son sinónimas.-III. Las palabras unas son propias, a las que da valor la antigüedad, o nuevas, y aquí se trata del modo de inventarlas o trasladarlas, de las que se trata en otro lugar.-IV. Antes de tratar del ornato de las palabras unidas, pone varios vicios contrarios al adorno.-V. Para el ornato contribuye principalmente la energía o hipotiposis, las semejanzas, la braquilogía o concisión, la énfasis y la sencillez o afeleía.-VI. Por último, la fuerza del orador consiste en amplificar y ponderar o en disminuir; de lo que trato en el capítulo siguiente.

I. Vengamos a tratar ahora del ornato en el cual puede seguramente el orador desplegar a su gusto las galas de su ingenio. Porque el hablar con pureza y claridad es un premio muy corto de la oratoria, y más puede llamarse carecer de vicio que constituir a orador consumado. La invención puede encontrarse aun en los ignorantes: la disposición requiere pocas reglas: lo que llamamos artificio consiste principalmente en saberlo disimular, y finalmente, todo esto sólo mira a la utilidad de la causa; pero el adorno recomienda al orador, el que, buscando en todo lo demás el juicio de los sabios, en esto último busca también la alabanza del vulgo.

Ni vemos que Cicerón pelease en la causa de Cornelio Balbo solamente con armas de buen temple, sino también resplandecientes, y con sólo instruir al juez y hablar con -38- pureza y claridad no hubiera logrado que el pueblo romano confesase su admiración, no sólo a voz en grito, sino con aplausos. Seguramente que lo que excitó estas

aclamaciones fue la sublimidad, la magnificencia, el brillo y la autoridad; pues no le hubieran aplaudido tanto si su razonamiento en nada se hubiera distinguido de los demás. Y aun me persuado que los que le oyeron, ni ellos sabían lo que se hacían, ni estaba en su mano otra cosa, sino que sin reparar dónde estaban por quedar absortos de admiración, prorrumplieron en tales demostraciones.

Ni contribuye poco el adorno para triunfar de los contrarios, porque los que oyen con gusto están más atentos y se persuaden más pronto, y por lo común se dejan llevar del deleite y aun la admiración los arrebatada. Sucede lo que con una espada desenvainada, que viéndola nos infunde terror, y aun el mismo rayo no nos atolondraría tanto con su fuerza si el resplandor no deslumbrara la vista. Dice bien Cicerón en una carta a Bruto: No tengo por elocuencia a la que no arrebatada la admiración. (De los retóricos, libro III). Lo mismo dice Aristóteles.

Pero vuelvo a decir que este adorno ha de ser varonil, nervioso y que concilie autoridad; no afeminado, liviano y que consista más en ciertos colores que en la fuerza del decir. Esto es tan cierto, que siendo en esta parte muy parecidos los vicios a las virtudes, los que son viciosos en sus adornos les dan el nombre de prendas oratorias. Y así, ninguno de los que usan de este estragado modo de decir imagine que me opongo al adorno verdadero; pues confesando que éste es virtud, sólo a ellos no se la concedo. ¿Por ventura tendré yo por mejor cultivada una tierra donde no se presentan a la vista sino lirios, violetas y manantiales de agua, que otra que está cargada de mies y llena de viñas? ¿Estimaré en más un plátano estéril y los arrayanes de ramas artificiosamente cortadas, que el olmo bien casado con la vid y la oliva que se desgaja por su mismo fruto? Dejemos aquellos árboles para los ricos: aunque ¿cuáles serían sus riquezas si no tuvieran otra cosa?

Pues qué, ¿aun en los frutales no buscamos también el adorno juntamente con el fruto? ¿Quién lo niega? pues también plantamos los árboles a cuerda y con cierto orden. Y si no, ¿qué mejor vista que la de una arboleda que por donde quiera que se mire están todos los árboles en hilera? Pues aun esta disposición contribuye para que igualmente chupen el jugo de la tierra. Asimismo cortaré yo los ramos de la oliva que sobresalen a la copa, para que quedando ésta más redonda, además de hacer buena vista, el fruto sea más copioso en todas sus ramas. El caballo retraído de ijares no solamente es más hermoso, sino más veloz. El atleta que con el ejercicio tiene más bien formados los morcillos, es más apuesto y más apto para la lucha. De modo que la utilidad debe ir junta con la hermosura; pero esto lo discernirá cualquiera de mediano talento.

Lo que merece particular atención es que el adorno, aun el bueno, debe variar según la materia, porque no conviene uno mismo en las causas del género demostrativo, deliberativo y judicial. El demostrativo, como sólo mira a la pompa y ostentación y a deleitar, emplea todas las riquezas y adornos del arte, pues no necesita de valerse de asechanzas y estratagemas para vencer al contrario, sino sólo pretende la alabanza y gloria. Por lo cual a manera de uno que comercia en ricas mercaderías, hará ostentación el orador y usará de todo cuanto haya acomodado al gusto del auditorio; el adorno en las palabras, el deleite en las figuras, la magnificencia en los tropos y el esmero en la composición, porque el suceso no se atribuirá a la bondad de la causa, sino a su habilidad.

Pero cuando se trata de asunto de importancia donde hay que venir a las manos con el contrario, lo último de -40- que debe cuidar es su propia gloria, y así cuando se trata de cosa de grave peso ninguno debe cuidarse mucho de las palabras. No porque entonces deba ser desaliñada la oración, sino porque debe ser el adorno más comedido, más serio, más disimulado y conforme al asunto. Para persuadir a un senado se requiere un modo de decir algo sublime; para el pueblo, vehemente y conciso; para los juicios públicos y

causas capitales, particular esmero y cuidado. En un juicio particular donde ha de sentenciar el voto de pocos, ha de ser puro y sencillo. ¿No se avergonzaría un orador de usar de períodos muy armoniosos para ejecutar al acreedor y pedir lo que debe? ¿De llamar los afectos tratando de las goteras de una casa? ¿De acalorarse en la causa de la defectuosa venta de un esclavo? Pero volvamos al asunto.

II. Y supuesto que tanto el adorno como la claridad de la oración puede hallarse en las palabras unidas o separadas, trataremos ahora qué es lo que pide uno y otro. Aunque he dicho que la claridad necesita de palabras propias y el adorno de las trasladadas, sepamos que cuando las expresiones son impropias no puede haber ornato. Y aunque por lo común son muchas las significaciones de algunas palabras, lo que llamamos sinonimia, también es cierto que hay algunas que son más decentes, sublimes, claras, gustosas, y sonantes; porque así como la claridad de las sílabas depende de ser más sonoras las letras, así hay palabras que son más sonoras por las sílabas de que se componen, y cuanto más llenas y sonantes son las palabras, tanto son más gratas al oído; pues lo mismo que hace la unión de sílabas, eso mismo hace la unión de palabras entre sí para la armonía.

El uso de las palabras es de distintas maneras, porque para explicar una cosa atroz son conducentes palabras de sonido áspero. Y generalmente hablando de las simples, aquéllas son las mejores que sirven para la exclamación -41- y dulzura del oído. Las palabras honestas siempre son mejores que las indecentes, porque semejantes términos nunca tienen lugar en la oración. La claridad y sublimidad de las voces se ha de medir con la materia, porque lo que en una ocasión es sublimidad, en otra será hinchazón, y la palabra que en un asunto grande es bajeza, en otro no tan grande vendrá de molde. Y así como una palabra baja en un razonamiento adornado es un borrón intolerable, así las sublimes desdicen de un estilo sencillo.

Hay algunas palabras que se distinguen más con el oído que con la razón, como:

*Cæsa iungebant fœdera porca.*

(Eneida, VIII, 641).

donde Virgilio mudando el nombre no ofendió tanto al oído como si dijera porco, que es palabra baja. Hay otras que no las sufre la razón, por donde mereció la burla un poeta que dijo no hace mucho:

De Camilo en la cesta

Royeron los ratones la pretexta.

Pero leemos con admiración cuando dice Virgilio (Geórgicas, I, 181).

Sæpe exiguus mus.

porque fuera de la propiedad y conveniencia del epíteto exiguus que explica tanto la pequeñez de la cosa que no deja más que esperar, puso el nominativo y terminó el verso con aquella palabra monosílaba con no poca gracia. Uno y otro lo imitó Horacio diciendo:

Nascetur ridiculus mus.

(Arte poética, verso 139).

Ni se ha de usar siempre de expresiones magníficas, sino a veces también de palabras bajas, porque alguna vez éstas dan mayor fuerza a la cosa. Cuando dijo Cicerón contra Pisón: Siendo conducida toda tu parentela en una carreta, ninguno le tachará de expresión baja aquella palabra, -42- pues cede en mayor desprecio de Pisón contra quien se dijo.

III. Habiendo palabras propias, inventadas y trasladadas, las primeras reciben el valor de su antigüedad, puesto caso que las voces que no se usan para cualquier cosa y todos los días hacen más respetable y maravilloso el discurso. En este género de adorno fue singular Virgilio. Aquellas palabras olli, quianam, mi, y pone, tienen cierto brillo y dan mayor autoridad a las pinturas, que se estiman más cuanto son más antiguas; valor que no puede dar el arte. Bien que en esto es menester moderación y no usar los vocablos de los siglos más remotos. Si la palabra queso huele ya a rancia, ¿por qué la hemos de usar? Así me recelo que puedan sufrir los oídos el adverbio oppido, cuando nuestros abuelos lo usaron con mucho tiento. Á lo menos ninguno que no sea muy amante de la antigüedad usará la palabra antigerio, que significa lo mismo. ¿Por qué hemos de usar de la voz ærumnas, como si explicara poco la palabra labor?254. Reor es voz que pone horror, autumo es tolerable, prolem ducendam expresión funesta, y el decir universam eius prosapiam es insulsez. ¿Qué más? El lenguaje se ha mudado casi en un todo. Pero

de las palabras antiguas, hay unas que tienen cierto lustre por su antigüedad; otras de que echamos mano por necesidad. Bien podemos decir enuncupare, effari con gusto de los que nos oyen, pero no ha de haber afectación.

A los griegos, como dije en mi primer libro, les es más permitido en fingir vocablos<sup>255</sup> que son acomodados a explicar los sonidos y afectos, usando de la misma libertad con que los antiguos aplicaron los términos a la naturaleza de las cosas. A los nuestros apenas se les permite la -43- composición y derivación de algunas voces; porque me acuerdo que siendo yo joven disputaron Pomponio y Séneca sobre si dijo bien Acio en las tragedias: Gradus eliminat. Los antiguos no tuvieron reparo en usar la voz expectorat, semejante a la cual es la palabra exanimat.

Algunas voces hay que son de alguna dureza por su etimología y derivación, como en Cicerón el beatitas, beatitudo, pero ya dice que se van suavizando por el uso. Otras se derivan no sólo de los verbos, sino de los nombres. Cicerón dijo sillaturit, y Asinio fimbriaturit y figulaturit.

Muchos vocablos hay formados de la lengua griega, en lo que se propasó Sergio Flavio, como ens y essentia. De las cuales no hay otro motivo para hacer tanto asco, sino el que contra nosotros mismos somos jueces demasiado escrupulosos, y de aquí nace que somos tan pobres en las palabras<sup>256</sup>.

No obstante lo dicho, hay palabras cuyo uso dura; pues las que ahora son antiguas, en lo antiguo eran nuevas, y tanto, que acababan de nacer. Mesala fue el primero que introdujo la voz reatum y Augusto munerarium. Mis maestros hacían escrúpulo de decir piratica, como decimos música, fábrica. Cicerón tiene por nuevas las palabras: favor y urbanus<sup>257</sup>. Eum (dice en una carta a Bruto) amorem, et eum (ut hoc verbo utar) favorem in consilium advocabo. En otra a Apio Pulcro: Te hominem non solum sapientem, verum -44- etiam (ut nunc loquuntur) urbanum. El mismo es de opinión que Terencio comenzó a usar la palabra obsequium<sup>258</sup>. Cecilio escribiendo a Sisena dijo: albenti cœlo, y Hortensio parece fue el primero que usó la voz cervix, que los antiguos usaban en plural.

Con todo no hemos de ser tan escrupulosos; pues no sigo la opinión de Celso que no concede al orador el inventar palabras. Porque habiendo algunas que nacieron con la misma lengua, esto es, que desde el principio se dieron a las cosas, y otras formadas de las primeras, ya que no nos sea permitido establecer voces nuevas, como lo hicieron aquellos primeros hombres ignorantes, a lo menos ¿por qué no podremos derivar, formar y componer algunas palabras, como sucedió con aquellas que se fueron introduciendo después? Cuando haya peligro de usar algún término nuevo, lo suavizaremos con estas expresiones: Para hablar así. Si es lícito decir así. En cierto modo. Permítaseme la expresión. Y lo mismo haremos en las traslaciones que tuvieren alguna dureza y que no podemos usar con toda seguridad, con la cual cautela daremos a entender que no queremos seguir nuestro dictamen. Para lo cual sirve aquel sabio precepto de los griegos: Que las expresiones hiperbólicas deben suavizarse.

Las traslaciones no pueden pasar sino en el contexto de la oración. Y con esto he hablado bastante de cada una de las palabras que por sí mismas no tienen valor. Éstas no carecerán de adorno sino cuando no corresponden a la dignidad de la cosa, salvo que las cosas torpes no deben explicarse en los propios términos. Cuiden de esto los que imaginan que no hay palabra que sea de suyo indecente<sup>259</sup>, y que así no hay razón para omitirla, porque cuando -45- la cosa es de su naturaleza obscena, sonará mal por más que la expliquemos con otros términos. Yo, satisfecho de la costumbre romana de hablar con recato como he respondido a los tales, conservaré la vergüenza callando algunas cosas.

IV. Pasemos a hablar del contexto de la oración, cuyo adorno consiste en dos cosas principalmente: en el estilo y en el uso de las palabras. A lo primero pertenece el ponderar o disminuir lo que pretendemos, el hablar con vehemencia o con moderación de afectos, con blandura o severidad, con afluencia o con concisión, con aspereza o con dulzura, con magnificencia o con sutileza, con gravedad o con chiste. Además de lo dicho, qué tropos, qué figuras, qué sentencias usaremos; de qué modo y con qué colocación lograremos lo que intentamos.

Y así antes de hablar de los adornos de la oración, pondremos los defectos que le son contrarios, puesto caso que la primera virtud del lenguaje consiste en la pureza. Lo primero de todo entendamos que el razonamiento que no sea de la aprobación del auditorio, no puede ser adornado. Así llama Tulio al discurso que no tiene más ni menos de lo que conviene. No porque no deba ser aliñado (porque en esto consiste parte del ornato), sino porque la demasía en todos géneros es viciosa. Quiere, pues, que las palabras tengan autoridad y peso, y que las sentencias o sean graves o correspondientes a las opiniones y costumbres de los hombres. Guardando esta regla podemos poner en la oración cuanto pueda darle lustre. Entonces sí que dan gusto las traslaciones, énfasis, epítetos, repeticiones y sinonimias, siempre que no desdigan de la naturaleza e imitación de las cosas.

-46-

Y supuesto que nos hemos propuesto señalar todos los vicios, tengo por uno de ellos la cacofonía<sup>260</sup>.

Son vicio de la oración las expresiones humildes, por las que se rebaja mucho de la grandeza o dignidad de la cosa, como el decir: Una berruga de peñascos en la cumbre de un monte. Vicio contrario a éste por naturaleza, aunque igual por la deformidad, es el explicar una cosa humilde con términos que exceden a su pequeñez, a no hacerse con el fin de mover la risa. Así nunca llamarás al parricida hombre malo, ni malvado al que una vez cometió pecado con ramera; porque lo primero no es bastante, lo otro es demasiado. De aquí nace el estilo embotado, desaliñado, seco, austero, desagradable y bajo; vicios que se conocen mejor por las virtudes a que se oponen. Porque el primero es opuesto al estilo agudo, el segundo al adornado, el tercero al afluente, el cuarto al ameno, el quinto al agradable, el sexto al limado.

Se ha de evitar igualmente la miosis, y es cuando falta alguna cosa a la oración para estar llena, aunque esto más es vicio de la oración obscura que de la desaliñada. Pero cuando se hace con juicio, se le da el nombre de figura como la tautología, que es repetir el mismo vocablo o la misma expresión. Porque ésta puede tenerse por vicio, aunque los mejores oradores no procuraron evitarla, como sucedió a Cicerón cuando dijo en favor de Cluencio (número 96): No solamente aquel juicio no tuvo nada de juicio o jueces, etc.

Aún es peor vicio la omoiología, que es cuando la oración va siempre en un mismo tono sin variar; cosa muy fastidiosa, y que nace de carecer la oración de artificio. El cual vicio ya esté en las sentencias, ya en las figuras, ya -47- en la larga composición, es cosa muy desagradable al ánimo y al oído.

Se ha de evitar también la macrología; esto es, un rodeo mayor de lo que conviene. Así dijo Livio: Los embajadores, no habiendo conseguido la paz, dieron la vuelta a su patria, de donde habían salido. Aunque la perífrasis, que es muy parecida a la dicha, se tiene por virtud.

Otro vicio es el pleonasma, que es llenar la oración de palabras que podían omitirse: Yo lo vi con mis mismos ojos; bastando el decir: Lo vi. Corrigió con bastante gracia Cicerón este vicio en Hircio. Porque perorando éste contra Pansa y diciendo cómo su madre le llevó diez meses en el vientre, dijo Cicerón: Pues qué, ¿otras los llevan en el

manto? Algunas veces se pone el pleonasma para más afirmar la cosa. Así (Virgilio, Eneida, IV, 359):

Su voz yo percibí con mis oídos.

Será vicio, cuando se pone por redundancia, no de intento.

Otro vicio es la periergía o cuidado demasiado en afinar la cosa: así como el nimio se distingue del cuidadoso, y el supersticioso del religioso. Y para concluir, siempre que ponemos palabras que ni ayudan para el sentido ni para el adorno, es vicio.

El cacocelón o afectación suele pecar en todos los modos de decir. Aquí se reduce la hinchazón, la afeminación, la demasiada dulzura, la redundancia, lo que está violentamente puesto en la oración y salta a los ojos. Llámase finalmente cacocelón todo lo que no da gracia a la oración, puesto en ella sin discernimiento, bajo la apariencia de bien, que es el vicio peor en la elocuencia; porque los demás se evitan, éste suele buscarse. Estos vicios miran a las palabras. Los de ideas nacen de ser estas necias, comunes, contrarias y superfluas; y los de palabras dependen de la impropiedad, redundancia, obscuridad, desunión -48- y del uso pueril de voces semejantes y ambiguas. Siempre que hay cacocelón hay falsedad, aunque no al contrario: como cuando hablamos de una manera distinta de lo que pide la naturaleza, o de lo que conviene, y más de lo que bastaba. Los vicios de la oración son de tantos modos, cuantos son los que hay para adornarla. Cuando hablemos del ornato, diremos también los vicios que se han de evitar, según se vaya ofreciendo.

V. Ornato llamamos todo aquello que se añade a la oración además de la claridad y probabilidad<sup>261</sup>. En lo cual hay tres grados: Primero, concebir bien la cosa que pretendemos declarar. Segundo, ponerla con claridad. Tercero, hacer el discurso más brillante, que es lo que llamamos adorno.

Pongamos primero entre las virtudes del adorno la energía, la que más es evidencia, o como quieren otros, representación viva de la cosa, que claridad, por cuanto ésta se deja ver, y la otra evidencia la cosa. Es grande virtud el proponer la cosa con unos colores tan vivos como si la estuviéramos viendo. Porque para lograr su efecto la oración, no basta que lo que decimos llegue a los oídos del juez, contando la cosa simplemente, sino que debemos pintársela muy al vivo. Y pudiendo hacerse esto de varios modos, no haré una muy menuda división de esta virtud, como muchos hacen aumentando su número, sino que tocaré sus principales partes.

La primera es cuando con palabras ponemos una viva imagen de la cosa, como Virgilio lo hizo pintando una lucha:

Los dos luego se ponen de puntillas,

Levantando los brazos en el aire.

(Eneida, V, 426).

-49-

con todo lo demás que pinta tan vivamente el aire de los luchadores, que ni aun al tiempo de la lucha pudo verse la cosa con más claridad. En esto, como en todo lo demás, es sobresaliente Cicerón. ¿Habría alguno tan lerdo en representarse las cosas, que leyendo aquello de Cicerón contra Verres: Estaba este pretor del pueblo romano en chinelas con su capa de púrpura y túnica talar, recostado en la playa sobre una mujercilla, no solamente no forme una viva idea del semblante y aire de Verres, sino aun de lo demás que aquí se deja entender? A mí me parece que estoy viendo su rostro, sus ojos, los halagos y torpes caricias de los dos amantes, la repugnancia y vergüenza que interiormente padecerían los que estaban presentes y no se atrevían a manifestar.

A veces de muchas circunstancias resulta la pintura de lo que intentamos representar, como se ve en la descripción que trae el mismo de un convite donde rebosaba el lujo: Me parecía estar viendo a unos que entraban; a otros que salían. A unos que no podían tenerse por lo mucho que habían bebido; a otros que de resultados del vino del día anterior bostezaban. Entre esta gente andaba Galio lleno de perfumes y coronado de guirnaldas. El pavimento parecía un muladar: manchado del vino, cubierto de flores ya casi marchitas y de raspas de los pescados. Uno que entrase, ¿vería más de lo que se da aquí a entender?

Por este medio se pondera la compasión en la toma de una ciudad. El que dice que fue tomada, sin duda alguna comprende cuanto sucede en tal calamidad; pero esta fría narración no penetra hasta lo interior del alma. Pero si se descubre lo que esto encierra dentro de sí, se verán las llamas volar por los templos y casas, el estallido de los edificios arruinados, la confusa gritería y ruido de los lamentos de todos, el huir unos sin saber adónde, el abrazarse otros con los suyos en el último aliento, el llanto de niños y mujeres, los miserables ancianos reservados para -50- ver esta calamidad, el saco de lugares sagrados y profanos. Demás de esto se verá a unos cargados de la presa; a otros que vuelven por lo que ha quedado; a los que van encadenados delante de los saqueadores; a las madres forcejando por no soltar de los brazos a sus hijos, y finalmente la pelea de los mismos vencedores por sacar de cada uno más ganancia. Todo esto, aunque ya va comprendido en el nombre de saqueo, es menos decirlo todo junto que cada cosa de por sí.

Siguiendo la verosimilitud, lograremos el aclarar la cosa; y podremos añadir lo que pasa en semejantes lances, aunque no sucediese. De los accidentes resulta la claridad. (Virgilio, Eneida, III, 29).

Un temblor frío

Mi cuerpo estremecía: y con el miedo

Se me helaba la sangre.

Y en otra parte (Eneida, VII, 518):

Las temerosas madres

A los pechos sus hijos apretaban.

El mejor medio para acertar en esto, según mi juicio, es observar y no perder de vista la naturaleza. La elocuencia se versa acerca de las acciones de la vida; y lo que uno oye lo acomoda a su condición natural. El ánimo recibe fácilmente lo que dentro de sí reconoce.

Son muy del caso los símiles para aclarar la cosa. De los cuales unos sirven para probar; otros para representar más lo que decimos; verbigracia (Virgilio, Eneida, II, 355):

Como rapaces lobos en la niebla

Espesa, etc.

Y en otro lugar (Eneida, IV, 254):

Como la golondrina

Que volando da vuelta a los peñascos,

Nidos de peces, y va rayendo el agua.

-51-

En lo cual hemos de cuidar que lo que traemos para la semejanza no sea cosa oscura o desconocida; antes debe ser más clara que la que pretendemos dar a conocer por medio de ella. Sólo en los poetas puede tolerarse el decir:

Apolo tal se muestra<sup>262</sup>,

Cuando la fría Licia desampara,

O el Yanto a la ínsula de Delos,

Que es patria de su madre, se encamina

(Virgilio, Eneida, IV, 149).

Pero a ningún orador se le permite explicar una cosa clara con otra que no lo es tanto.

Aun cuando la semejanza sirve de argumento o prueba, adorna la oración, la hace sublime, florida, gustosa y admirable. De cuanto más lejos sea traída, causa más novedad, porque es cosa no esperada; aunque las comparaciones caseras y vulgares son acomodadas para comprobar la cosa, como: A la manera que el cultivo hace más fecunda la tierra, así las ciencias el ánimo. Así como los médicos cortan los miembros secos y podridos, así hemos de cortar la comunicación con los hombres perjudiciales y deshonestos aunque estén unidos con nosotros por la sangre. Algo más sublime es aquélla de Arquias: Los peñascos y las soledades corresponden con el eco a la voz, y muchas veces hasta las bestias fieras se amansan y paran con el canto. Algunos,

abusando de la licencia de la declamación, corrompieron los símiles, pues no sólo usaron de símiles falsos, sino que no los aplicaron a cosas con que tienen conexión. Sirva de ejemplo de uno y otro lo que en todas las esquinas cantaban, siendo yo mozo: Los grandes ríos aun en sus principios son navegables. Los árboles y plantas nobles luego al punto dan el fruto.

En toda comparación o precede la semejanza a la cosa, -52- o al contrario. A veces va separada, a veces va incorporada con la cosa de que sirve de símil, explicando la conexión que con ella tiene, y a esta mutua correspondencia llaman antapodosis.

Precede en el ejemplo de arriba:

Como rapaces lobos, etc.

Y sigue en aquel otro del primer libro de las Geórgicas después de largas quejas de las guerras civiles y externas:

Cual ímpetu a los carros acelera,

Que una vez despedidos,

A concluir del circo la carrera,

No son del que los rige contenidos:

No obedecen al látigo; y en vano

Pretende dura mano

Las riendas acortar al veloz paso,

Expuesto va el regente a triste caso.

Pero en éstos no hay antapodosis.

Aunque aquella mutua correspondencia por la que se comparan ambas cosas, las pone a la vista y las manifiesta a un mismo tiempo. En Virgilio son muy frecuentes estos símiles; pero más vale usar de los oratorios. Dice Cicerón en favor de Murena: Así como dicen los músicos griegos que el que no pudo llegar a citarista se quedó en flautero; así vemos entre nosotros que los que no han podido llegar a oradores se echan a juristas. Y en la misma oración, aunque con estilo casi poético, pero con su antapodosis como corresponde para el adorno: Porque así como hay tempestades que las causa una constelación, otras hay que se originan de repente por una causa que no alcanzamos; así en estos alborotos de las juntas del pueblo, unas veces sabemos la causa que los mueve; pero hay otros que parece los movió la casualidad. Hay otras comparaciones más breves, como: Andaban por los montes como fieras. Y Cicerón contra Clodio: Del cual juicio salió desnudo como de un incendio. Semejantes a éstas nos podrán ocurrir muchas de la conversación familiar.

-53-

Contribuye mucho también al adorno, no sólo el poner la cosa a la vista con toda claridad, sino con precisión y prontitud. Con razón es alabada aquella concisión que explica la cosa sin dejar nada; lo que llaman braquilogía, y se contará entre las figuras; pero tiene más gracia cuando en pocas palabras decimos mucho: Mitrídates estaba como armado con su agigantado cuerpo. (Salustio). Muchos imitando esta figura dan en obscuridad.

Muy semejante es a la dicha la énfasis, por la que concebimos más de lo que las palabras suenan; y tiene dos especies. La primera significa más de lo que dice. La segunda aun lo que no se dice.

La primera se encuentra en Homero, cuando dice Menelao que los griegos se acamparon en el caballo troyano; pues con sola una palabra explica su grandeza. Semejante a lo cual es lo de Virgilio:

Por la cuerda que echaron se descuelgan.

(Eneida, II, 261).

pues con esto queda bien significada la altura del caballo. Y cuando el mismo dice que el Cíclope estaba tendido por la cueva espaciosa, midió su prodigiosa corpulencia con el espacio del lugar.

La segunda consiste en suprimir o quitar una voz. Ejemplo de lo primero en Cicerón (Pro Ligario): Si tu blandura no fuera tanta cuanta tienes por naturaleza, por naturaleza digo. Bien sé lo que me hablo. En donde calló, aunque bien se deja conocer que algunos le ponían espuelas para ser cruel. Suprímese alguna cosa por reticencia, de que hablaremos en su lugar, puesto que es figura.

Aun en el lenguaje vulgar hay su énfasis, como cuando decimos: Es menester ser hombre. Y Aquél es hombre de bigote. Y Es menester vivir. Tan conforme con el arte va por lo común la naturaleza.

Ni basta para la elocuencia manifestar la cosa con evidencia, sino que hay varios modos de adorar la oración. -54- Porque hay cierta simplicidad natural y sin afectación que no sirve de menos pureza y adorno que el que se requiere en una mujer. Hay también adornos que sin estudio hermocean la oración por su propiedad y significación.

Unas veces se distinguen por la afluencia de palabras, otras por sus flores. Finalmente, el nervio de la oración no consiste en una sola cosa. Porque lo que es perfecto en su género eso tiene fuerza.

VI. La fuerza de un razonamiento depende, ya de la amplificación, ya de la disminución. Para una y otra hay los mismos modos, de los que tocaremos los principales, y lo mismo se entenderá de los demás. Éstos consisten en cosas y en palabras. Trataremos de la invención de las cosas y de la manera de inventar: ahora diremos cómo exageran las palabras una cosa y cómo la disminuyen o rebajan.

-55-

#### Capítulo IV. De la amplificación

El primer modo de amplificar es por el nombre de la cosa.-Los principales géneros de amplificación son cuatro.-I. Por aumento-II. Por comparación.-III. Por racionación.-IV. Por amontonamiento.-Otras tantas maneras hay de disminuir o rebajar.

La primera manera de amplificar y disminuir es por el nombre que damos a la cosa: como cuando decimos que ha sido muerto el que sólo fue herido; cuando llamamos ladrón al que es simplemente malo; y por el contrario, de uno que puso las manos en otro, decimos que le tocó, y de otro que hirió, sólo decimos que le ofendió. Ejemplo de uno y otro en la oración por Celio: Si una viuda viviese con libertad; una mujer provocativa con poco recato; una rica con profusión, y una mujer liviana se portase con aire de ramera, ¿tendría yo a uno por adúltero, sólo porque la saludase con llaneza? Donde llama mujer pública a la que es liviana; y el tener que ver con ella, lo llama saludarla con llaneza.

Se pondera la cosa y se manifiesta más cuando se van confrontando las palabras de mayor exageración con aquéllas en cuyo lugar las sustituimos, como en Cicerón contra Verres (Verrinas, III, número 9): Porque hemos traído a vuestro tribunal no un ladrón, sino un reo; no un adúltero, sino un enemigo de la honestidad; no un sacrílego, sino un enemigo de todo lo sagrado y religioso; no un salteador, sino un verdugo el más cruel de los ciudadanos y aliados. Con el primer modo se hace grande la cosa, pero mayor con éste. Cuatro son los principales modos de amplificar o engrandecer -56- la cosa: por aumento, comparación, racionación y congeries.

I. El principal es el aumento; cuando pintamos como cosas grandes las cosas de poca consideración. Esto se hace por uno o muchos grados. Así por medio de una gradación subimos, y aun excedemos lo sumo de una cosa. Como cuando dice Cicerón: Es un delito el poner en prisión a un caballero romano; una maldad el azotarle; poco menos que parricidio el matarle; ¿y qué diré de ponerle en una cruz? (Contra Verres, VII). Si solamente hubiera sido azotado, no constaría la oración más que de un solo grado, poniendo también lo primero, que aunque es menos era un delito. Si solamente hubiera sido muerto, subiría por muchos grados. Pero habiendo añadido que es poco menos que parricidio el matarle, que es lo sumo, puso después: ¿y qué diré de ponerle en una cruz? Así, habiendo ya subido a lo sumo de la cosa, era preciso faltasen palabras que declarasen lo que era más.

Hay otro segundo modo de pasar de lo sumo que hay en la cosa, como Virgilio (Eneida, VII, 649):

A quien en hermosura

Nadie excedió: sacando sólo a Turno

Laurente.

donde habiendo llegado a lo más elevado, añadió otra cosa que era aún más.

La tercera manera es, no subiendo por grados a lo sumo, sino poniendo desde luego aquello que es lo mayor de todo: Mataste a tu madre. ¿Qué más diré? Mataste a tu madre. Este modo de aumentar, es poner la cosa en tal grado, que no se pueda decir más.

Pondérase la cosa no tan abiertamente, pero quizá con más fuerza, cuando sin distinción de grados ponemos lo que es más. Así Cicerón, hablando del vómito de Antonio y afeándole: En una junta del pueblo romano, tratando un -57- asunto del público y un comandante de caballería. (Filípicas, III, 66). Aquí no hay cosa que no exagere. El vómito por sí es cosa fea, aunque no sea en ninguna concurrencia; en junta, aunque no fuera del pueblo; de cualquier pueblo, aunque no fuera el romano, y esto aunque ningún negocio tuviese entre manos, ni éste fuese público, ni Antonio fuese comandante de la caballería. Otro dividiría todo esto, deteniéndose como en escalones en cada cosa; pero Cicerón desde luego sube a lo sumo, no por escalones, sino de un vuelo.

II. Pero así como esta amplificación pretende llegar a lo sumo, así la que se hace por comparación, recibe su aumento de las cosas menores; porque exagerando lo que es menos, precisamente se ha de realzar lo que es más. Cicerón dice en el mismo lugar: Aun dado caso que te hubiera acaecido esto comiendo en tu casa, y entre aquéllas tus abominables copas, ¿quién no lo tendría por cosa vergonzosa? Pero en una junta del pueblo romano... Y (contra Catilina, I, número 17): Si mis esclavos me temiesen a mí, como a ti tus conciudadanos, pensaría en abandonar mi casa.

Otras veces por medio de un símil pretendemos exagerar una cosa. Así, en la causa de Cluencio, tratando de cierta mujer de Mileto, a quien habían untado la mano los segundos herederos para que abortase, dice: ¿Cuánto mayor castigo merece Opiánico en la misma injuria? Porque ella, usando consigo de esta violencia, ya sufrió el castigo; pero éste logró el mismo fin por medio del mal y tormento ajeno.

No confunda alguno este símil con aquel otro por el que inferimos una cosa mayor de otra menor (aunque se dan la mano); porque allí intentamos probar, aquí ponderar la cosa. Como en el ejemplo dicho pretendemos probar, no que Opiánico obró mal, sino peor. Estos dos lugares, aunque son de cosas diversas, no son muy desemejantes.

-58-

Por lo que aunque usaré aquí del mismo ejemplo que entonces, pero no para el mismo fin. Aquí pretendo manifestar que para ponderar una cosa, no sólo cotejamos el todo con el todo, sino las partes entre sí, como (Catilinarias, I, 3): Es bueno que Publio Escipión, hombre muy distinguido, pontífice máximo, aunque mero particular, quitó la vida a Tiberio Graco, que perturbaba algún tanto la república; ¿y nosotros, cónsules,

sufriremos a Catilina que desea asolar todo el mundo con muertes e incendios? Donde compara a Catilina con Graco, a la república con todo el mundo, aquel trastorno con la total desolación de muertes e incendios, y a un particular con los cónsules. Todo lo cual si queremos amplificarlo más, cada cosa ofrece mucho campo.

III. Veamos ahora si lo que dije de la amplificación por racionamiento está bien explicado, aunque no me cuido mucho de los términos, con tal que se entienda la cosa. Pero digo que estas amplificaciones unas veces las ponemos en la oración sin fin particular y otras tienen mucha fuerza; pues ya las usamos para llenar, ya para ponderar una cosa, y después se deduce la razón para exagerar lo que queremos; verbigracia: Dando en cara Cicerón a Antonio con su vómito, dice (Filípicas, II, número 69): Tú mismo con esas fauces, con esos lomos, con esa robustez de cuerpo propia de un gladiador. ¿Qué tiene que ver esto con la embriaguez? Mucho, porque fijando la atención en estas circunstancias, ya conocemos que bebió tanto en la boda de Hipia, que toda aquella robustez no bastó para digerir el vino. Conque deduciéndose unas cosas de otras no es impropio ni desusado el decir, amplificar por racionamiento.

Del mismo modo amplifica por los consiguientes, porque fue tanta la fuerza del vino, que la violencia con que salía manifestaba no ser casual o voluntario el vómito, sino forzoso y donde menos convenía, y no vomitaba lo que acababa de comer, como acaece algunas veces, sino que eran rezagos del día anterior.

-59-

Otras veces amplificamos por los antecedentes. Cuando Eolo a ruegos de Juno:

Del monte hirió el costado con la punta

Del cetro, y como en escuadrón formados

Los vientos por la puerta se atropellan, etc.

ya se deja conocer la recia tempestad que amenazaba.

¿Qué más? Cuando queremos excitar el odio en una cosa atroz, la ponderamos de intento más de lo que es, para que parezca más odiosa. Así Cicerón (Verrinas, VII, 116): Pero estos delitos son muy ligeros. El piloto de la ciudad más noble del mundo se libertó a fuerza de dinero de ser azotado: ésta es una acción humana. Otro tuvo que untar la mano para que no le cortasen la cabeza con la segur, pero esto es cosa común. ¿Por ventura no usó aquí de racionamientos para que los oyentes infiriesen cuán enormes eran los demás delitos, cuando a éstos los llama humanos y comunes respecto de los otros?

Así solemos ponderar una cosa con otra, como el valor de Escipión contando las alabanzas militares de Aníbal, y exageramos la fortaleza de los franceses y alemanes para dar a entender la gloria de César.

Otra manera de amplificar es cuando ponemos una cosa no por sí, sino para que de ella se pueda colegir la grandeza de otra. ¿Cuánta sería la hermosura de Helena, cuando los príncipes troyanos no tienen por cosa pesada el sufrir ellos y los griegos tantos males y por tantos años por ella? No lo dice Paris que la robó, ni lo dice algún joven o un cualquiera del vulgo, sino los ancianos, los de más seso y los consejeros de Príamo (Homero, *Iliada*, III, 145). Lo confirma el mismo rey trabajado con una guerra de diez años, a quien perdidos tantos hijos, le amenazaba la última desgracia; el mismo a quien debiera parecer muy odiosa y abominable aquella hermosura, manantial de tantas calamidades. Y no sólo lo oye decir así, sino que dándole -60- el tratamiento de hija la pone a su lado, la excusa, y dice no ser ella la causa de sus males.

Aun de las armas se infiere el valor de los héroes, como el de Áyax por su escudo, y el de Aquiles por su lanza. Así pondera Virgilio lo disforme del Cíclope. Pues ¿qué idea no nos da de su corpulencia quien  
Un pino por bastón lleva en la mano?

(Eneida, III, 659).

¿Cuán forzado sería Demoleo, el que vestido de su doble armadura que apenas dos hombres podrían sustentar,  
Corriendo puso en fuga a los troyanos?

(Eneida, V, 265).

De qué otra manera hubiera podido Cicerón ponderar el lujo de Marco Antonio sino diciendo: Allí verías en los aposentos de los esclavos las camas tendidas sobre las alfombras de grana de Pompeyo. (2. *Filípicas*) No puede decir más que el que las alfombras eran de grana, que eran de Pompeyo y que estaban en los aposentos de los esclavos; porque ¿qué no deberemos suponer en las recámaras del amo?

Es muy semejante esto a la énfasis, aunque ésta consiste en una palabra y aquello en la cosa, y sirve de tanto más, cuanto las palabras son de menos fuerza que la cosa.

IV. Podemos añadir a la amplificación el amontonamiento de palabras y sentencias que significan lo mismo. Y aun cuando no subamos por grados, con todo se engrandece más el asunto con aquel cúmulo de cosas. Así Cicerón: Porque ¿qué pretendía aquella tu espada desenvainada en el campo de Farsalia o Tuberón? ¿Contra quién se dirigía? ¿Cuál era la intención de tus armas? ¿Cuál era la tuya? ¿A quién enderezabas tus ojos? ¿tus manos? ¿Cuánto era el ardor de tu ánimo? ¿Qué deseabas? ¿Qué pretendías? (*Pro Ligario*, número 9).

Es muy parecida esta figura a la que los griegos llaman *sinatroísmos*, aunque por la primera se amontonan muchas cosas, por la segunda se amplifica una sola, creciendo más -61- y más por cada una de las palabras: Estaba presente el carcelero, el verdugo del pretor, la peste y el azote de los aliados y ciudadanos romanos; esto es, el lictor Sextio. (*Contra Verres*, VII, 117).

Las mismas reglas hay para disminuir una cosa, siendo unos mismos los escalones para subir que para bajar. Pondré un solo ejemplo de la oración de Rulo: Algunos que

estaban presentes sospechaban que quería hablar no sé de qué cosa concerniente a la ley agraria. (Agraria, II, 13) Lo cual si se refiere a que Rulo no fue entendido es disminución, si a la obscuridad con que habló es aumento.

No ignoro que algunos cuentan entre las amplificaciones a la hipérbole, que sirve tanto para ponderar como para disminuir; pero diciéndose por ella más de lo que es la cosa, la remitimos a los tropos. De éstos hablaría ahora, si no fuera su uso muy distinto del de las figuras, porque aquéllos estriban en palabras trasladadas, no en las propias. Para satisfacer ahora el común deseo, hablaré brevemente de las sentencias que muchos tienen por el principal y casi único adorno.

-62-

#### Capítulo V. De las sentencias

I. ¿Cuántas maneras hay de sentencias?-Sentencia en común o gnome se divide en entimema y epifonema.-¿Qué es noema o cláusula?-II. Unos siempre hablan por sentencias, otros las reprueban. Unos y otros yerran.

I. Llamaban los antiguos sentencias a los sentimientos del ánimo. Su uso es muy frecuente en los oradores, y en el lenguaje común hay algunos rastros. Porque cuando juramos y hablamos de corazón o damos el parabién, decimos lo que sentimos. Algunos usaron la palabra *sensa* en el mismo sentido, porque *sensus* son los sentidos del cuerpo. La costumbre hizo que llamásemos sentimientos a los conceptos del alma, y sentencias a los dichos que comunican luz a un discurso, principalmente reducidos a cláusulas breves. Estas sentencias, que eran poco frecuentes entre los antiguos, se usan sin medida en nuestro tiempo. Por lo que me parece debo tocar por encima sus especies y el uso que puede hacerse de ellas.

Las más antiguas sentencias son las que los griegos llaman *gnomaa*, aunque éste es nombre genérico. Ambos nombres los tomaron de que son como unos consejos o decretos. Aunque ésta es voz común, ya se ha aplicado a un dicho particular, como: Ninguna cosa hay tan gustosa al pueblo como la bondad. (Cicerón, Pro Ligario, 37). Esta habla de la cosa. Otras se refieren a la persona, como aquella de Afro Domicio: El príncipe que quiere saberlo todo, tiene que disimular mucho.

Hay, como observan algunos, sentencias simples como -63- la puesta arriba, otras incluyen en sí alguna razón como Salustio en la guerra contra Jugurta: Porque en toda contienda el más poderoso aunque sea injuriado, por el hecho de poder más parece ser el injuriador. Otras hay dobles, como en Terencio (Andr., acto I, escena I, verso 42): El complacer adquiere amigos y la verdad enemigos. Algunas son notables por la diversidad que explican; verbigracia: La muerte no es cosa miserable, sino el ir a ella. Sentencia simple es ésta: Al avaro tanto le falta lo que tiene, como lo que no tiene.

Cuando incluyen alguna figura tienen fuerza particular, como.  
¿Tan grave mal la muerte nos parece?

(Virgilio, Eneida, XII, 646).

Tiene mucho más fuego que si dijera: El morir no es mal ninguno. Cuando incluyen traslación del significado común al propio. Este modo de decir simple y común: Cosa

fácil es el dañar, el aprovechar dificultosa, lo expresó Medea en Ovidio con más vehemencia:

La vida pude darle, ¿y me preguntas

Si quitársela puedo?

Cicerón refiere a la persona de César lo que era propio de la cosa: Ninguna cosa más grande, ¡oh César! tiene tu fortuna, que el poder salvar a muchísimos, y ninguna mejor tu condición que el querer. (Pro Ligario, 38). De este modo lo que es propio de la cosa lo aplica a la persona.

Debe cuidarse siempre que las sentencias no sean muy frecuentes ni abiertamente falsas, que no se usen en cualquier parte ni se pongan en boca de cualquiera. Caen siempre mejor en boca de personas de autoridad y que den algún peso a la cosa. Porque ¿quién podrá sufrir que un niño, un joven o una persona vulgar se ponga a hacer de juez o de doctor en lo que dice?

Entimema comúnmente hablando es lo mismo que -64- concepto263, pero propiamente se toma por la sentencia de cosas contrarias y se distingue entre todos los géneros de entimemas, como cuando tomamos el nombre de poeta por Homero, y el de ciudad por Roma. No siempre se usa para probar, sino a veces por adorno: ¿Conque te moverán a ser cruel las palabras de aquéllos a quienes el haber perdonado es el mayor lauro de tu clemencia? (Pro Ligario, 40). Aquí no hay en la sentencia razón distinta de las que había alegado, sino que ya primero había manifestado la sinrazón de la cosa, y así se pone no como prueba, sino como una manera de terminar insultando al contrario. Porque la epifonema es una exclamación puesta al fin de la narración o prueba de la cosa, como:

¡Tan ardua era la empresa

De fundar el imperio de romanos!

(Eneida, I, 37).

Y Cicerón: Antes quiso el virtuoso joven aventurar su vida que su honestidad. (Pro Milone, número 9).

Otra manera hay de sentencias, que los modernos llaman noema o concepto; nombre que dieron a lo que no se dice, sino que se concibe. Así aquel dicho contra uno que, rescatado por su hermana del ejercicio de los gladiadores por varias veces, habiéndole ésta cortado un dedo mientras dormía, pedía él en juicio que le diesen la pena del Talión: Merecías tener la mano entera; donde se deja entender, para seguir tu ejercicio.

A otra llaman cláusula, que por otro nombre podemos llamar conclusión, y es a veces necesaria: Por tanto, antes de reprender alguna culpa de Ligario, debéis confesar vuestro delito. (Pro Ligario, número 2). Pero ahora quieren que toda cláusula que cierra la oración hiera el oído, y tienen por afrenta, y aun por delito, respirar en algún lugar de -65- modo que no merezcan la aclamación. De aquí nace aquel modo de decir cortado, y todo cuajado de sentencillas que no vienen al caso. Nunca pueden ser tantas las buenas sentencias como es necesario que sean muchas las cláusulas.

La repetición de una palabra constituye a veces la sentencia. Séneca, en la carta que escribió Nerón al Senado dando cuenta de haber muerto a su madre, queriendo probar que su vida había corrido peligro: Ni me persuado, ni me doy el parabién de estar fuera de riesgo. Es más viva la sentencia cuando encierra algunas cosas opuestas. Sé de quién he de huir, pero no sé a quién he de seguir. (Cicerón, Epist. ad Attic., libro VIII, 7).

Los más gustan de invenciones muy estudiadas, las que al principio lisonjean al oído como agudezas, pero, examinadas, causan risa; como aquella de uno que fingen en las escuelas que se ahorcó porque padeció naufragio y primero tuvo mala cosecha en sus campos: Está en el aire, como que ni la tierra le quiere, ni el mar. Semejante es ésta a aquella otra que se dijo de un hijo, a quien su padre le dio veneno porque le despedazaba sus miembros: Quien tal come, tal beba. Y aquella otra contra un lujurioso, que se dice haber fingido la resolución de morir de hambre: Arma el lazo, porque razón tienes de estar enojado con tu cuello. Toma veneno, porque a un lujurioso le está bien acabar bebiendo. Sería nunca acabar el referir el abuso que se ha hecho de las sentencias. Vamos a lo que importa.

II. De las dos opiniones que hay en esta parte (queriendo unos hablar sólo por sentencias y otros desechándolas del todo) no admito ninguna.

Si son muchas se embarazan unas a otras, no menos que las plantas y árboles tan espesos que, por falta de terreno, no pueden crecer lo que debían. Ni en la pintura resaltarían las figuras, si los contornos y sombras no las separasen unas de otras. Por eso los pintores, que juntan -66- diversas cosas en un lienzo, las separan con sus distancias para que las sombras no confundan los objetos.

Asimismo, cuando son muchas, dejan desunida la oración; porque como cada sentencia hace sentido perfecto, comienza después otro de nuevo. De aquí nace que estando sin trabazón, y componiéndose no de miembros, sino de retazos, pierde la estructura natural; porque semejantes partes desunidas no pueden formar cuerpo.

Además de que este modo de decir, aunque claro, es como manchas de que está salpicado el discurso. Y así como le dan cierta gracia a la toga de un senador aquellos nudos de púrpura entretejidos en ella, así no caerían bien si fuesen muchos. Por donde, aunque parezca que resplandecen y resaltan estas sentencias, con todo podemos compararlas, no a la llama, sino a las chispas, que relucen entre el humo y no se echan de ver si toda la oración brilla con ellas, como vemos que se ocultan las estrellas con la

presencia del sol. Cuando el discurso se remonta por medio de estos pequeños y repetidos esfuerzos, resulta una desigualdad semejante a los lugares quebrados y fragosos, y así ni bien merece la oración la admiración de elevada ni la alabanza de sencillez y llaneza.

Sucede también que el que sólo habla por sentencias ha de decir muchas insulsas, frías e inútiles; porque siendo muy frecuentes, no puede haber elección. Así vemos que se pone en lugar de sentencia la división y el argumento que termina la cláusula: verbigracia: Mataste a tu mujer, siendo adúltero; aun cuando la hubieras repudiado, era delito insufrible. Es división. ¿Quieres saber que hay también veneno de amor? Tendría vida este hombre si no lo hubiera bebido. Aquí hay argumento. Otros hay que aunque no usan de muchas sentencias, todo lo dicen en tono de sentencia.

Otros, por el extremo contrario, huyen de este gustoso adorno del lenguaje, desechando todo lo que no es hablar -67- con llaneza y sin esfuerzo y, temiendo el caer, no se levantan de la tierra. ¿Qué se puede reprender en las sentencias si son buenas? ¿No aprovechan a la causa? ¿No mueven al juez? ¿No recomiendan a la persona que habla?

Pero hay cierta especie de sentencias que los antiguos no usaron. ¿Hasta qué antigüedad se extiende esto? Porque si entiende la más remota, hay muchas en Demóstenes que ninguno hasta él usó. ¿Y cómo podemos aprobar el estilo de Cicerón, si fuera el mismo que el de Catón y de los Gracos? Pero antes de éstos se hablaba un lenguaje más llano.

Yo tengo a las sentencias por los ojos de la elocuencia; pero no quisiera que todo fuera ojos en el cuerpo, para que los demás miembros hagan también su papel. En caso de seguir extremos, más quisiera la aspereza antigua de sentencias que esta nueva licencia ya introducida por algunos novadores. Pero entre los extremos hay un medio, así como hay cierto aseo en el porte y traje que ninguno podrá reprender, sino que lo tendrá por virtud. Lo primero de todo procuremos evitar lo vicioso, no sea que queriendo aventajar a los antiguos, sólo logremos el no imitarlos en lo bueno.

Ahora hablaré de los tropos, que, en opinión de los más celebrados autores, son los movimientos del ánimo. Los gramáticos tratan también de ellos; pero yo los he omitido para este lugar, porque me pareció que el ornato de la oración era el punto más esencial y que debía reservarse para la parte más importante.

-68-

## Capítulo VI. De los tropos

Hay dos especies de tropos.-I. Unos sirven para la significación: como metáfora, sinécdoque, metonimia, antonomasia, onomatopeya y catacresis.-II. Otros para adorno: como el epíteto, alegoría, enigma, ironía, perífrasis, hipérbaton e hipérbole.

Tropo es la mutación del significado de una palabra a otro, pero con gracia. Andan en disputa los gramáticos y los filósofos sobre sus géneros y especies, cuántos son y cuáles. Dejando aparte semejantes disputas, que de nada sirven para instruir al orador, sólo pondremos los necesarios y comúnmente recibidos, y decimos que algunos tropos se usan por razón de la significación y otros por adorno. Unos consisten en las palabras propias<sup>264</sup> y otros en las trasladadas, siendo diversa su forma, no sólo en las palabras, sino en el sentido y composición. Por donde me parece ir descaminados los que ponen la razón de tropo en el uso de una palabra por otra. No ignoro que aun en los tropos que se ponen por razón del significado hay también adorno, aunque no al revés, pues habrá algunos que sólo miren al adorno.

I. Comencemos, pues, por la metáfora, esto es, traslación, que entre todos es el más hermoso y frecuente. Es -69- tan natural, que lo usan hasta los ignorantes sin advertirlo, y tan gustoso, que da mayor luz a la oración ya por sí clara. La metáfora no será vulgar ni baja ni dura, si se usa con juicio. Contribuye a la afluencia, ya trocando el significado, ya tomando de otra cosa la significación de lo que no tiene término propio, y hace que no falten palabras para expresar cualquier cosa, que es la mayor dificultad.

Por la metáfora se traslada una voz de su significado propio a otro donde o falta el propio, o el trasladado tiene más fuerza. Esto lo hacemos, o porque la necesidad nos mueve a ello, o porque queremos significar más o con más decencia, como dije. Y cuando nada de esto tenga la traslación, será impropia. Los del campo dicen por necesidad yema en las vides, porque ¿de qué otra palabra habrían de usar? Dicen asimismo que los campos están sedientos; que las plantas están enfermas. Por necesidad decimos hombre duro y áspero; para expresar las cuales cosas no hallamos términos propios. Para mayor expresión decimos: encendido en ira; inflamado de la pasión, y deslizado en el error, porque con ningún término podríamos explicar la cosa con mayor viveza. Otras expresiones pertenecen al ornato, como: luz de la oración; claro linaje; tempestad del razonamiento; ríos de elocuencia. Así Cicerón llama a Clodio manantial de su gloria, y en otro lugar materia y sementera.

La metáfora es en un todo más breve que la semejanza, y se diferencia de ella en que aquélla se compara a la cosa que queremos expresar, ésta se dice por la misma cosa. Comparación es cuando digo que un hombre se portó en algún negocio como un león. Traslación cuando digo de un hombre que es un león.

Toda la fuerza de ésta parece ser principalmente de cuatro modos. Cuando en las cosas animadas se pone una por otra, como cuando se dice hablando de un cochero: -70-

Con gran fuerza el regente

Hizo al caballo dar ligera vuelta.

Y como Livio refiere que Catón solía ladrar a Escipión. (Libro XXXVII, número 54). Las cosas inanimadas se toman por otras del mismo género, como:

Suelta a la flota la rienda.

(Eneida, VI, verso 1).

O las cosas inanimadas por las animadas:

A impulso del acero, o por el hado,

Murió el valor de griegos.

O al contrario, como cuando Virgilio pone vertex por la cima de un peñasco o monte, como:

Sentado está en la cima de un peñasco<sup>265</sup>

Oyendo el pastor simple el gran ruido,

E ignora cuál la causa de esto sea.

(Eneida, II, verso 307)

Y de éstas resulta principalmente una extraña sublimidad que, tocando en atrevida, se remonta con peligro de la traslación cuando a las cosas que carecen de sentido damos una cierta acción y alma, cual es:

El Arajes undoso

No sufridor de puente.

(Eneida, VIII, verso 728)

Y aquélla de Cicerón: Porque ¿qué hacía ¡oh Tiberón! aquella tu desenvainada espada en el campo de Farsalia? ¿Al costado de quién se dirigía aquella punta? ¿Cuál era el objeto de tus armas? (Pro Ligario, número 9) Duplícase alguna vez esta belleza en Virgilio:

Y con veneno armar la aguda espada.

(Eneida, IX, 773)

Porque armar con veneno y armar la espada es traslación. Mas así como el moderado y oportuno uso de este tropo hace clara la oración, así el frecuente no sólo la obscurece, -71- sino que la hace enteramente fastidiosa, y continuado viene a dar en alegoría y enigmas. Hay también algunas traslaciones de cosas bajas, como aquello de que poco ha dije: Verruga de peñascos. (Orator, III, 153 y 164) Otras hay de cosas sucias. Porque si Cicerón dijo con propiedad sentina de la república, significando una gavilla de hombres corrompidos, no tengo yo por eso de aprobar también aquello de un orador antiguo: Cortaste de raíz las apostemas de la república. Y Cicerón demuestra muy bien que debe tenerse cuenta que la traslación no sea deforme, cual es llamar a Glaucia estiércol de la curia. Ni explique más de lo justo, ni menos, que es vicio más común; ni sea de cosa desemejante. Ejemplos de lo cual encontrará con demasiada frecuencia el que supiere que los tales son vicios. Pero aunque el excesivo número de las metáforas es también cosa viciosa, particularmente lo es cuando todas son de una misma especie. Hay también traslaciones duras, esto es, sacadas de una remota semejanza, como:

Las nieves de la cabeza.

(Horacio, libro IV, oda 13)

Y... Los invernizos Alpes

El gran Jove escupió con cana nieve.

(Horacio, libro II, sat. V, verso 4)

Pero es muy craso error pensar, como hacen algunos, que viene bien aun en la prosa aquello que les es permitido a los poetas, los cuales lo enderezan todo a recrear, y a muchísimas cosas se ven también precisados por la misma necesidad del metro. Mas yo no diría perorando, Pastor del pueblo a imitación de Homero. (Ilíada, II, 85, etc.) Ni que las aves nadan por el aire, ni que reman con las plumas, aunque Virgilio haya usado bellísimamente de esta expresión hablando de las abejas y de Dédalo. (Geórgicas, IV, verso 58, Eneida, libro VI, 19). Porque la metáfora, o debe llenar un hueco, o si ocupa el lugar de otra palabra debe expresar más que aquélla por la que se sustituye.

-72-

Lo cual diré casi con alguna más razón de la sinécdoque. Porque la traslación se inventó para mover las más veces los ánimos y caracterizar las cosas y ponerlas delante de los ojos. Ésta puede variar la oración de suerte que de una sola cosa entendamos muchas<sup>266</sup>; la parte por el todo, la especie por el género, los antecedentes por los consiguientes o al contrario; en todas las cuales cosas tienen más libertad los poetas que los oradores. Porque así como en la prosa no sonará mal decir la punta del acero por la espada, y el techo por la casa, así disonará el tomar la popa por la nave, y el abeto por las pequeñas tablas de escribir. Y además de esto, así como se tomará el acero por la espada, no así el cuadrúpedo por el caballo.

Más en la prosa se podrá usar sobre todo la libertad de poner un número por otro. Porque Livio dice así muchas veces: Venció el romano en la batalla cuando da a entender que han vencido los romanos. Y por el contrario Cicerón a Bruto: Al pueblo, dice, hemos engañado y hemos sido tenidos por oradores, hablando de sí tan solamente. El cual es un modo de hablar que no sólo adorna las expresiones de un discurso, sino que también tiene cabida en el estilo familiar.

No se diferencia mucho de este género la metonimia, que es poner un nombre por otro nombre. Cuya fuerza está en poner en lugar de aquello que se dice la causa por que se dice. Ésta da a entender las cosas inventadas por el inventor de ellas y las contenidas por los continentes, como:

A Ceres de las olas mareada

Sacan.

(Eneida, I, 181).

Y Horacio... En la tierra admitido

Neptuno las armadas

Del Aquilón defiende.

(Arte poética, 63).

Lo cual si se hace al revés resulta mayor dureza.

Mas va a decir mucho el saber en qué términos podrá -73- hacer uso del dicho tropo el orador. Pues así como vulgarmente hemos oído decir Vulcano por el fuego, y es elegante expresión: con dudoso Marte se peleó, así también vemos poner a Baco y Ceres por el vino y por el pan con más libertad de la que permite la seriedad del foro, a la manera que el uso admite el contenido por el continente, como ciudades de buenas costumbres, vaso apurado y siglo feliz. A lo contrario de esto rara vez se atrevería alguno a no ser en verso:

Ya el vecino Ucalegón se abrasa.

(Eneida, II, 311).

A no ser que tal vez se tome más bien la cosa poseída por el poseedor, como decir que es devorado el hombre cuyo patrimonio ha sido consumido.

Es frecuente también en los poetas y oradores el mostrar la causa por el efecto. Pues los poetas dicen:

La macilenta muerte

Con pies iguales huella

Las chozas de los pobres,

Y las torres soberbias

De los reyes.

(Horacio, libro I, oda 4).

Y... Las enfermedades amarillas,

Y la triste vejez allí habitan.

(Eneida, VI, 275).

Y un orador dirá: precipitada ira, alegre juventud, ocio pesado.

La antonomasia, que pone alguna cosa en lugar de un nombre propio, es de uno y otro modo muy frecuente en los poetas, ya por medio de un epíteto, porque quitado aquél a quien se junta vale tanto como el nombre, como Tidida por Diomedes hijo de Tideo, Pelida por Anquises hijo de Peleo, y ya por lo particular que hay en cada uno:

El rey del ser humano<sup>267</sup>,

Y de los dioses padre omnipotente.

(Eneida, I, 69).

-74-

Y por los hechos en que se señala la persona:

Que del lecho colgadas

Dejó aquel hombre impío<sup>268</sup>

(Eneida, IV, 495).

Aunque los oradores hacen rara vez uso de este tropo, sin embargo alguna vez le usan. Pues aunque no digan Tidida y Pelida, no dudarán poner el asolador de Cartago y de Numancia por Escipión, y el príncipe de la elocuencia romana por Cicerón. El mismo Tulio usó ciertamente de esta libertad: No en muchas cosas yerras, dijo aquel anciano maestro al hombre más valeroso, y si yerras puedo corregirte. Porque ninguno de los dos nombres propios está puesto y uno y otro se entienden<sup>269</sup>.

La onomatopeya, esto es, ficción de un nombre, tenida por los griegos por una de las mayores virtudes, apenas se nos permite a nosotros. Y hay muchísimos nombres inventados a este tenor por los primeros autores de nuestra lengua acomodando el sonido de ellos a la naturaleza de lo que pretendían expresar, pues las palabras mugido, silbido y murmullo, de su sonido tuvieron su principio. Después como si todas las cosas hubiesen ya llegado a su total perfección, nada nos atrevemos a inventar nosotros mismos, siendo así que muchas de las palabras que inventaron los antiguos van perdiendo su uso diariamente. Con dificultad nos permitimos las que llaman derivadas, las cuales tienen de cualquier modo su inflexión de las palabras puestas en uso, cuales son: proscripturit, sullaturit. Y la expresión postes laureados en lugar de coronados de laurel son de la misma invención.

Tanto más necesaria es la catacrexis, que con razón llamamos abuso, la cual a aquellas cosas que carecen de propio -75- nombre les acomoda el que se les acerca. De esta manera dice Virgilio:

Dando Palas industria a sus engaños,

Un caballo construyen.

(Eneida, II, 15).

Y entre los trágicos, et iam leo pariet, aunque la palabra leo significa el león padre. De éstas hay mil expresiones, y también puede llamarse vinagrera todo lo que tiene figura de vinagrera, y puede también darse el nombre de pixides o de boj a los pequeños vasos de cualquier materia que sean, y el de parricida al que quita la vida a su madre o a su hermano. Mas este tropo debe distinguirse de la traslación, porque cuando falta el nombre es catacrexis y cuando se pone otro nombre es traslación.

II. Los demás tropos no se usan ya para mayor expresión ni para dar más fuerza al discurso, sino tan solamente para adornarlo.

Porque de hecho le adorna el epíteto, que propiamente decimos que se pone por oposición y algunos le ponen por modo de acompañamiento. Los poetas usan de él con más frecuencia y libertad. Porque para ellos basta que convenga a la palabra a quien se junta, y así en ellos no es reprehensible el decir: Dientes blancos y húmedos vinos. Para un orador si el epíteto no produce algún efecto, se tiene por superfluo. Y entonces logra

efecto cuando sin aquello lo que se dice tiene menos alma, cuales son: ¡Oh maldad abominable! ¡Oh liviandad infame! Mas toda la oración queda adornada, sobre todo con las traslaciones, como cuando se dice: Desenfrenada codicia y locas fábricas. Suele también hacerse el epíteto de otros tropos que se le juntan como en Virgilio: La vergonzosa necesidad y la triste vejez. (Eneida, VI, 276. Geórgicas, III, 67).

Pero es tal la naturaleza de este adorno que, sin los adjetivos, la oración queda desnuda y como desaliñada. Sin embargo no ha de hervir en epítetos. Porque se hace dilatada -76- y embarazosa, de suerte que en las cuestiones parece semejante a un ejército que tiene tantos vivanderos como soldados, en el cual el número es duplicado, mas no son duplicadas las fuerzas. Aunque no sólo suele añadirse una palabra por epíteto, sino muchas en número, como cuando Virgilio dice:

Anquises valeroso, dignamente

De la alma Venus por marido amado,

De dioses tierno amor, del fuego ardiente

De Troya por dos veces ya escapado.

(Eneida, III, 473).

Pero aun ni en verso parecen bien dos epítetos unidos a una sola palabra.

Mas hay algunos a quienes absolutamente les parece que éste no es tropo, porque ninguna mutación admite. Porque si separares el nombre apelativo del propio, es necesario que por sí solo signifique y haga antonomasia. Pues si dices: aquel que destruyó a Numancia y a Cartago, es antonomasia; si añadieses Escipión, es aposición. Es, pues, inseparable.

La alegoría, que interpretamos inversión, muestra una cosa en las palabras y otra en el sentido, y también a veces lo contrario, como:

¡Oh nave! nuevas olas

Volverante a llevar arrebatada

A la alta mar. ¡Oh! mira lo que haces,

Al puerto con desnudo te retira

(Horacio, libro I, oda 14).

Y todo aquel lugar de Horacio en que toma la nave por la república, las tempestades de las olas por las guerras civiles, y el puerto por la paz y la concordia.

Úsase en la prosa frecuentemente de semejante alegoría, pero rara vez de modo que toda ella lo sea<sup>270</sup>, consta -77- ordinariamente de palabras claras. Total es semejante alegoría en Cicerón. Porque me maravillo y me quejo de que hombre alguno quiera en tanto grado echar a otro a fondo con las palabras que aun a la nave en que él mismo navega dé barreno. La alegoría mixta es muy frecuente (Cicerón, Pro Milone, número 5): A la verdad entendí siempre que tendría que correr Milón las otras borrascas y tormentas, por lo menos las que hay en el mar alborotado de las juntas. Si no hubiera añadido por lo menos las que hay en el mar alborotado de las juntas sería pura alegoría, mas aquí está mezclada. Por esta mezcla la belleza de este tropo resulta de las palabras trasladadas y la claridad de las propias.

Pero ningún modo de hablar hay que dé mayor belleza a la oración que aquél en que se halla mezclada la gracia de la semejanza, de la alegoría y de la traslación. ¿Qué estrecho de mar o qué Euripo juzgáis que tiene tantos movimientos, tan grandes y tan diversas agitaciones, alteraciones y tempestades como las revoluciones y tormentas que ocasiona la celebración de las juntas? Un solo día que pase de por medio o una noche que medie, no sólo lo revuelve todo muchas veces, sino que alguna vez un ligero rumor muda toda opinión. (Cicerón, Pro L. Mur., número 17).

Sobre todo debe también cuidarse de concluir con el mismo género de traslación con que se hubiere comenzado. Porque muchos después que tomaron el principio de una tempestad, concluyen con un incendio o una ruina; lo cual es una inconsecuencia de cosas la más fea.

Pero la alegoría sirve también frecuentísimamente para los pequeños ingenios y para el lenguaje cotidiano. Porque aquellas expresiones tan trilladas ya en la defensa de los pleitos: Venir a las manos, tirar a degüello y derramar sangre, son todas alegóricas, y sin embargo no ofenden. Pues la novedad y variación en el lenguaje son agradables, y causan más deleite si son impensadas. Y por lo tanto hemos pasado ya de raya en estas cosas, y aniquilado -78- la hermosura del lenguaje con una desmesurada afectación.

En los ejemplos<sup>271</sup> hay alegoría si no se ponen del modo susodicho. Pues así como se puede decir que Dionisio está en Corinto, expresión que todos los griegos usan, así también pueden decirse otras muchísimas cosas a este tenor.

La alegoría que es oscura se llama enigma; vicio (a mi modo de pensar, si es que es virtud el hablar con claridad) de que no obstante hacen uso los poetas:

Dime ahora, pues, en qué parte del suelo,

Y para mí serás el grande Apolo,

Apenas se descubre el claro cielo

El espacio tan sólo de tres codos.

(Virgilio, Églogas, III, 104).

Y alguna vez los oradores como Celio que llamó a Clitemnestra Cuadrantaria<sup>272</sup>.

Pero aquel tropo en que se muestran cosas contrarias es ironía: llámanla irrisión o mofa; la cual se conoce, o por el modo de decir, o por la persona, o por la naturaleza del asunto. Pues si alguna de estas cosas no se conforma con lo que suenan las palabras, claro está que se quiere decir cosa diversa de lo que se dice.

Mas cuando con muchas palabras se explica lo que puede -79- ciertamente decirse con menos o con una sola, se llama perífrasis; esto es, rodeo de palabras; el cual alguna vez se hace necesario cuando se reboza aquello que con su propio término sería una cosa vergonzosa, como cuando Salustio dice: A la necesidad corporal. A veces se dirige solamente al ornato, el cual es muy frecuente entre los poetas, como:

Era aquel tiempo en que al primer reposo

Se iban ya los mortales entregando;

Y el sueño, de los dioses don sabroso,

Sin sentirse, el sentido va privando.

(Eneida, II, 268).

Y no es raro entre los oradores, aunque siempre más moderado. Porque todo lo que con más brevedad puede darse a entender y se muestra con el adorno más difusamente, es perífrasis, a quien en latín se le ha dado el nombre circumlocutio, no acomodado en realidad para significar una virtud del lenguaje. Pero así como cuando se hace con gracia se llama perífrasis, así cuando da en vicioso se llama perisología, esto es, lenguaje superfluo. Porque de estorbo sirve todo lo que nada sirve.

Con razón contamos también entre las virtudes del lenguaje a la hipérbaton, esto es, el trastorno de las palabras; el cual frecuentemente requiere la naturaleza y hermosura de la composición. Porque muchísimas veces se hace la oración áspera y dura, lánguida y malsonante si las palabras se reducen a su riguroso orden y se juntan con las inmediatas según se presentan, aun cuando no se puedan unir. Débense, pues, dejar unas para otro lugar y anteponer otras; y como sucede en las fábricas de piedras toscas, cada una debe colocarse en el lugar en que mejor viene. Porque no somos nosotros capaces de recortarlas ni pulirlas de manera que puestas juntas tengan mejor unión entre sí mismas, sino que se ha de hacer uso de ellas tales cuales son, y se les ha de acomodar el puesto - 80- que más les cuadre. Y ninguna otra cosa puede hacer el lenguaje numeroso, sino la oportuna mutación del orden de las palabras.

Pero cuando esta mutación se hace de dos palabras, se llama anástrofe, esto es, cierta trasposición, cuales son vulgarmente mecum, secum; y entre los oradores e históricos, quibus de rebus. Mas cuando por hermosura se pone más separada una palabra, toma propiamente el nombre de hipérbaton, como cuando dice (Cicerón, Pro Cluentio, número 4): Animadverti iudices, omnem accusatoris orationem in duas divisam esse partes. Pues si hubiera dicho: in duas partes divisam esse, era según el orden natural, pero sería una cosa dura y sin gracia. También hacen los poetas división y trasposición de las palabras, como cuando Virgilio dice (Geórgicas, III, verso 385):

Hyperbores septem subiecta trioni.

lo que de ninguna suerte admitirá la prosa.

En el último lugar he colocado a la hipérbole, que es de un adorno más atrevido. Ésta es una ponderación que se aparta de la verdad. Su gracia consiste igualmente en aumentar o disminuir las cosas. Se hace de muchas maneras. Porque o decimos más de lo que ha sucedido, como: Vomitando llenó todo su seno y todo el tribunal de trozos de comida. (Cicerón, Filípicas, II, 63).

Y dos altos peñascos

A las estrellas altas amenazan.

(Eneida, I, 168).

O ponderamos las cosas por semejanza, como:

Sin duda creerías,

Que su nativo asiento habían dejado

Las ínsulas Cycladas,

Y andaban por el ancho mar nadando.

(Eneida, VIII, 691).

O por comparación, como:

Más veloz que las alas de los rayos.

(Eneida, V, 319).

-81-

O como con ciertas señales:

Volara por encima de las mieses,

Sin que doblara las aristas tiernas

Con su volante planta.

(Eneida, VII, 808).

O por traslación, como aquella misma palabra volara.

Algunas veces se hace mayor la hipérbole añadiéndole otra, como cuando Cicerón dice contra Marco Antonio: ¿Qué tan voraz Caribdis? ¿Caribdis digo? la que si existió fue un tan sólo animal. El Océano a fe mía apenas parece haber podido sorberse tan prontamente tantas cosas, tan separadas y puestas en tan distantes lugares.

Mas me parece haber hallado una exquisita figura de esta clase en el príncipe de los líricos, Píndaro, en el libro que intituló Himnos. Porque éste dice que el ímpetu de Hércules contra los Meropas, que se dice que habitaron en la isla de Coos, fue semejante, no al fuego ni a los vientos ni al mar, sino a un rayo: para que así como aquello era menos, esto igualase la cosa. Lo que habiendo imitado Cicerón compuso aquello contra Verres: Por largo espacio estaba en la Sicilia, no aquel Dionisio ni Falaris (porque en otro tiempo hubo en aquella isla muchos y crueles tiranos), sino un raro monstruo de aquella antigua fiereza que se cuenta haber habido en los mismos lugares. Pues no creo que Caribdis o Escila fueron tan perjudiciales a las naves como éste lo fue en el mismo estrecho.

Y no son menos los modos de disminuir.

Apenas en los huesos se mantienen.

(Églogas, II, 102).

Y lo que Cicerón escribe en un pequeño libro jocoso.

Fundum Varre vocat, quem possim mittere funda:

Ni tamen exciderit, qua cava funda patet.

Pero en esto también debe observarse una cierta medida. Porque aunque toda hipérbole es decir más de lo que -82- se cree, sin embargo no debe ser desmesurada; pues por ninguna otra vía se incurre más en la cacocelía o afectación. Vergüenza causa hacer relación de los muchísimos vicios que de aquí han tenido su principio, con especialidad no teniendo nada de desconocidos ni ocultos. Baste advertir que la hipérbole falta a la verdad, mas no de tal manera que pretenda engañar con la mentira. Por lo que debe considerarse más hasta qué punto conviene ponderar lo que no se nos cree. Esta ponderación llega muchísimas veces hasta mover la risa; la que si excita, toma el nombre de urbanidad, pero si no de tontería.

Está también en uso esta figura aun entre el vulgo y entre los ignorantes y gente campesina, sin duda porque todos desean naturalmente aumentar o disminuir las cosas y ninguno se contenta con la verdad. Pero se disimula, porque no afirmamos. Entonces es la hipérbole virtud del lenguaje cuando aquella misma cosa de la que se ha de hablar ha traspasado la medida natural. Permítese, pues, el decir más, porque no es posible el decir cuanto ello es, y tiene más gracia la expresión dando a entender más que quedándose corta. Pero basta de esta figura, porque ya tratamos más copiosamente este mismo lugar en aquel libro en que expusimos las causas de la corrupción de la elocuencia.

Libro noveno

Capítulo I. De las figuras

I. En qué se diferencian las figuras de los tropos.-II. Qué cosa sea figura.-Las figuras son o de sentencias, o de palabras.-III. Las figuras de sentencias sirven no sólo para probar, sino también para mover los afectos.

I. Habiéndose tratado en el libro anterior acerca de los tropos, síguese el lugar que pertenece a las figuras, que en griego se llaman schemata; materia que por su misma naturaleza tiene conexión con la antecedente. Porque muchos han creído que éstas eran tropos; pues o ya tomasen éstos el nombre de que en cierto modo tienen su forma, o de que mudan la oración, de donde también se llaman movimientos: será necesario confesar que lo uno y lo otro de ellos se verifica también en las figuras. El uso es también el mismo. Pues añaden fuerza a las cosas y les dan gracia. Y no falta quien da a los tropos el nombre de figura. Por lo que es más necesario señalar la diferencia que hay entre estas dos cosas. Es, pues, el tropo un modo de hablar trasladado de la natural y primera significación a otra para el adorno de la oración, o, como los más de los -84- gramáticos lo definen, es una dicción trasladada de aquel lugar en que es propia a aquél en que no es propia. La figura, como por el mismo nombre se ve, es una manera de hablar apartada del modo común y más obvio. Por lo que en los tropos se ponen unas palabras por otras. Mas nada de esto acaece en las figuras. Pues la figura puede formarse en las palabras propias y por su orden colocadas.

II. Mas es grande la diferencia de opiniones que hay entre los autores sobre la fuerza de su nombre y cuántos son sus géneros y especies. Por lo que en primer lugar ha de considerarse qué es lo que debemos entender por figura, pues de dos modos se explica: por el primero entendemos cualquier forma del concepto, como sucede en los cuerpos, los cuales, cualquiera que sea su composición, tienen seguramente alguna figura. El segundo, que propiamente se llama esquema, quiere decir una mutación razonable en el sentido o en las palabras del modo vulgar y sencillo, como: nosotros nos sentamos, nos recostamos, miramos. Y así cuando alguno viene a concluir continuamente o con demasiada frecuencia en unos mismos casos, tiempos o números o pies, solemos darle por regla que deben variarse las figuras para evitar esta uniformidad. En lo cual nos explicamos de esta manera, como si todo modo de hablar fuese figurado. Y a más de esto, por la misma figura decimos en latín cursitare que lectitare; esto es, que de una misma manera se conjugan. Por lo que, según aquel primero y común modo de entender, ninguna cosa hay que no sea figurada.

Pero si se ha de dar el nombre de figura a una cierta forma exterior, o, por decirlo así, a una aptitud de la oración, será preciso entender en este lugar por esquema o figura aquello que en verso o prosa se aparta del modo sencillo y obvio de decir. Y de esta suerte se verificará que hay un modo de decir que carece de figuras, el cual vicio no es de los menores, y otro figurado. Dese, pues, -85- por cosa sentada que figura no es otra cosa que un nuevo modo de decir con algún artificio.

En dos partes se dividen las figuras, a saber: en figuras de sentencias y de palabras. Por lo que así como es necesario que toda oración se componga de concepto y de palabras, así también las figuras.

III. Mas como en lo natural es antes el concebir en el entendimiento las cosas que el producirlas, así debe tratarse antes de las figuras, que pertenecen al entendimiento; cuya utilidad, ciertamente grande y varia, no hay oración alguna trabajada en que con la mayor claridad no se descubra. Porque, aunque parece que la figura con que se dice cada cosa nada importa para probar, hace no obstante creíbles las cosas que decimos y se introduce poco a poco en los ánimos de los jueces por donde no se advierte. Pues así como en el ejercicio de las armas es fácil cosa ver no sólo las asestaduras del contrario y las estocadas rectas y que no llevan malicia, sino también el evitarlas y repelerlas, pero

las que se dan por la espalda, y que son ocultas, son más dificultosas de observar, y la habilidad está en hacer creer que acometemos por un lado, cuando asestamos por otro, así también la oración que carece de este artificio pelea con gravedad, peso y ardor; mas cuando disimula y varía de intentos, se le permite acometer por los lados y por la espalda, evitar el golpe de las armas del contrario, y en cierto modo engañarle con la falsa asestadura. A más de esto, ninguna otra cosa hay más acomodada para mover los afectos<sup>273</sup>. Pues si la frente, los ojos y las manos contribuyen no poco al movimiento de los ánimos, ¿cuánto más contribuirá a que consigamos lo que pretendemos el adornado semblante -86- de la misma oración? Sirve, no obstante, muchísimo para la recomendación, ya haciendo amables las costumbres del orador, ya para ganar favor a la causa, ya para disminuir el fastidio con la variedad y ya para indicar algunas cosas con más dignidad o con más seguridad.

-87-

## Capítulo II. De las figuras de sentencias

I. Qué figuras sirven para probar. Interrogación. Prolepsis. Duda. Comunicación. Suspensión. Concesión.-II. Qué figuras hay acomodadas para excitar los afectos. La exclamación. Licencia. Prosopopeya. Apóstrofe. Hipotiposis. Ironía. Aposiopesis. Etopeya. Disimulo del artificio. Énfasis.-III. Explica qué cosa sea esquema (de donde las controversias se llaman figuradas), la cual se usa por tres razones. 1.<sup>a</sup> Cuando es arriesgado el decir abiertamente lo que queremos. 2.<sup>a</sup> Cuando no conviene. 3.<sup>a</sup> Por solo adorno.

I. Comencemos por aquellas figuras con las cuales la prueba se hace más fuerte y convincente; cosa sencilla es el preguntar de esta manera:

Pero decidme, en fin, por vuestra vida,

¿Quién sois? ¿a qué venís? ¿de qué regiones

Salisteis?

(Eneida, I, 373).

Mas hay figura siempre, y cuando la pregunta no se hace precisamente por averiguar, sino para dar más fuerza a lo que se dice. Porque ¿qué hacía ¡oh Tuberón! aquella tu espada desenvainada en el campo de Farsalia? (Pro Ligario, número 9). Y ¿Hasta

cuándo has de abusar ¡oh Catilina! de nuestro sufrimiento? Y ¿no ves que tus designios están ya a todos patentes? Y finalmente todo este lugar. (Catilinarias, I, número 1). Porque ¿cuánto más fuego tienen estas preguntas que si se dijese: Ya hace tiempo que abusas de nuestra paciencia, y están patentes tus intentos? Preguntamos también -88- por otros motivos, como por aborrecimiento, al modo que Medea en Séneca:

¿A qué tierras me mandas me encamine?

(verso 453).

O por compasión, como Sinón en Virgilio:

¿Qué tierra, ¡ay triste! habrá que ya me pueda

En su seno admitir? ¿Qué mares pueden

Servirme de refugio?

(Eneida, II, 69).

Esta figura admite mucha variedad, porque sirve para la indignación:

¿Y no habrá quien de Juno

La deidad reverencie?

(Eneida, I, 52).

Y para la admiración:

¡Oh hambre del dinero,

Sacrílega y maldita,

A los mortales pechos

¿A qué males no incitas?

A veces sirve para mandar de un modo más imperioso:

¿No haré que al punto se armen escuadrones?

¿No vendrá en pos de mí todo mi pueblo?

Alguna figura hay también en la respuesta, cuando al que pregunta una cosa se le responde a otra, porque hace más al caso: unas veces para agravar el delito, como preguntado el testigo si el reo le había dado de palos, respondió: y estando inocente. Otras veces para evitarlo, lo cual es muy frecuente. Pregunto si has quitado la vida a un

hombre, y se responde: a un ladrón. Si te has apoderado de la heredad, responde: de la mía.

Mas no es desagradable la alternativa de preguntarse y responderse uno a sí mismo, como cuando dice Cicerón en defensa de Ligario: Mas ¿en presencia de quién digo yo esto? Ciertamente ante aquél que sabiendo esto me restituyó no obstante a la república antes de verme. De otra suerte está -89- dispuesta la interrogación en la oración de Cicerón en defensa de Celio: Dirá alguno: ¿Ésta, pues, es la enseñanza que das? ¿De esta manera enseñas tú a los jóvenes? y todo este lugar. Después dice: Yo, ¡oh jueces! si alguno ha habido de esta fortaleza de ánimo, de esta natural disposición para la virtud y para la moderación, etc. Cosa distinta de ésta es cuando, después de haber preguntado, inmediatamente se responde sin esperar respuesta del otro: ¿Te faltaba casa? Pero la tenías. ¿Te sobraba el dinero? Pero estabas necesitado. La cual figura llaman algunos sujeción.

Pero en las causas sirve de mucho la ocupación, que llaman prolepsis, cuando nos adelantamos a hacer la objeción que podían hacernos. Esta figura cae bien en las otras partes de la oración, y en particular en el exordio.

La duda da a la oración alguna probabilidad cuando fingimos que no sabemos por dónde comenzar, ni por dónde acabar, ni qué cosa diremos o callaremos; de lo que hay ejemplos a millares, pero entre tanto basta uno solo: A la verdad, por lo que a mí toca, no sé adónde volverme. ¿Diré que no fue una infamia de un tribunal sobornado, etc. (Cicerón, Pro Cluentio, número 4).

De la cual figura no dista mucho la que llaman comunicación, cuando consultamos a los contrarios mismos, como cuando Domicio Afro dice en defensa de Cloantila: Pero ella, temerosa, ignora qué es lo que se le permite a una mujer soltera y qué a una mujer casada; tal vez la casualidad hizo que os encontraseis con esta infeliz mujer en aquella soledad. Tú, hermano, y vosotros, amigos de su padre, ¿qué consejo es el que le dais? O cuando en cierto modo deliberamos con los jueces, lo que sucede muy a menudo, como: ¿Qué aconsejáis? Y a vosotros pregunto: ¿Qué convino hacer por último? Como cuando dice Catón: Decidme, ¿si vosotros os hubieseis hallado en aquel lugar, qué otra cosa hubierais hecho? Y en otra parte: Hacedos cuenta que se trata un asunto común y que vosotros sois los principales que lo manejaís.

-90-

Pero cuando usamos de la comunicación, añadimos al fin alguna vez alguna cosa no esperada, lo cual por sí es figura, como cuando Cicerón dice contra Verres: ¿Qué más? ¿Qué juicio es el que hacéis? ¿Pensáis acaso que fue algún hurto o algún robo? (Verrinas, VII, número 10). Después, habiendo tenido por largo rato suspensos los ánimos de los jueces, añadió a lo último lo que era mucho peor. A esto lo llama Celso sustentación. Y es de dos maneras; porque, por el contrario, sucede frecuentemente que después que hemos hecho concebir esperanza de cosas muy graves, descendemos a una cosa leve o que de ningún modo agrava el delito. Pero, por cuanto no tan solamente suelen hacerse por comunicación, otros le dieron el nombre de paradojos, esto es, admirable o impensada.

Casi del mismo principio dimana la figura que llaman concesión que la comunicación, cuando dejamos a la consideración de los jueces algunas cosas, y otras alguna vez también a los contrarios.

II. Mas las figuras, que son acomodadas para aumentar los afectos, se componen principalmente de la ficción. Porque fingimos que nos enojamos, que nos alegramos, que tememos, que nos admiramos, que sentimos, que nos indignamos, que deseamos y otras cosas semejantes a éstas. De aquí tienen su principio aquellas expresiones: Ya he quedado libre de cuidado: He vuelto en mí. (Cicerón, Pro Milone, número 47). Y bien

va; y estas: ¿qué locura es ésta? (Pro Mur., 14). Y ¡oh tiempos! ¡oh costumbres! (Catilinas, I, 2). Y, ¡Desdichado de mí! pues consumidas las lágrimas, persevera el dolor, no obstante, clavado en el corazón. (Filípicas, II, 64). Lo que algunos llaman exclamación, y la ponen entre las figuras de la oración. Siempre que estas expresiones son verdaderas, no son figuradas en el sentido de que ahora hablamos; pero siendo fingidas y compuestas con arte, deben, sin duda alguna, ser tenidas por figuras.

Lo mismo debe decirse de la oración libre que Cornificio -91- llama licencia y los griegos parresía. Porque ¿qué cosa menos figurada que la verdadera libertad? Pero bajo esta apariencia se oculta frecuentemente la adulación. Pues cuando Cicerón dice en defensa de Ligario: Comenzada la guerra ¡oh César! y aun hecha ya en gran parte, sin que ninguna fuerza me obligase, me fui por mi parecer y voluntad a aquel partido que había tomado las armas contra ti, no sólo mira al provecho de Ligario, sino que no puede alabar más la clemencia del vencedor. Pero en aquel concepto: Mas ¿qué otra cosa pretendimos ¡oh Tiberón! sino el poder nosotros lo que éste puede? pone admirablemente en buen estado la causa de uno y otro partido; y con esto se gana el favor del César, cuya causa había estado de mala calidad.

Aún son más atrevidas, y como dice Cicerón, de más alma las ficciones de las personas, que se llaman prosopopeyas. Porque no sólo varían la oración primorosamente, sino que también la avivan. Con éstas sacamos a plaza los pensamientos aun de los contrarios, como conversando entre sí; lo cual, no obstante, no se hace tan increíble, si fingimos que han hablado, lo que no es una cosa absurda el que les haya pasado por la imaginación. E introducimos nuestras pláticas con otros y las de otros entre sí con verosimilitud; y persuadiendo, reprendiendo, dando quejas, alabando y compadeciéndonos, proponemos como conviene las personas. Y aun se permite en esta especie de figura introducir los dioses y dar vida a los muertos. Las ciudades y los pueblos se introducen también hablando.

Pero en aquellas cosas que la naturaleza no permite, se hace más suave la figura de esta manera: Puesto que si mi patria, a quien amo yo más que a mi propia vida; si toda la Italia, y si toda la república se explicasen conmigo en estos términos: Marco Tulio, ¿qué es lo que haces? (Cicerón, Catilinas, I, número 18). Más atrevido es aquel otro modo: La cual trata contigo de esta suerte; y sin hablarte nada, en cierto modo te dice: Ninguna maldad se ha hecho ya hace algunos años de -92- que no hayas sido tú el autor. También es buena ficción la que hacemos representándonos delante de los ojos las imágenes de algunas cosas o personas, o cuando nos admiramos de que no les suceda lo mismo a los contrarios o a los jueces como: Me parece a mí. Y ¿No te parece a ti? Pero estas ficciones deben ser sostenidas con una grandeza de elocuencia. Porque las cosas falsas e increíbles por naturaleza, es preciso que, o muevan más porque exceden lo que es verdad, o que se tengan por fingidas porque no son verdaderas.

Mas muchas veces fingimos también las figuras de las cosas que no la tienen, como Virgilio la de la fama (Eneida, IV, 474); como Pródico la del deleite y la virtud (según cuenta Jenofonte<sup>274</sup>); y como la de la muerte y la vida, las que introduce Ennio en una sátira altercando.

Cuando el razonamiento deja de dirigirse al juez, lo cual se llama apóstrofe, causa también una moción extraña; ya cuando sorprendemos a los contrarios, como: Porque ¿qué hacía, ¡oh Tiberón! aquella tu espada en el campo de Farsalia? O nos movemos a hacer alguna invocación, como: Ya, pues, a vosotros, collados y bosques de Alba, a vosotros, digo, imploro, etc. (Cicerón, Pro Milone, número 35). O cuando nos valemos de ella para hacer odioso a alguno, como: ¡Oh leyes Porcias y leyes de Sempronio!

Pero aquello de poner una cosa, como dice Cicerón, delante de los ojos, se suele hacer cuando se cuenta un suceso, no sencillamente, sino que se demuestra cómo sucedió, y

no todo, sino por partes; lo cual comprendimos en el libro anterior en la evidencia, cuyo nombre dio Celso también a esta figura. Otros la llaman hipotiposis, esto es, una pintura de las cosas hecha con expresiones tan vivas, -93- que más parece que se percibe con los ojos que con los oídos, como cuando dice contra Verres: Él mismo ya inflamado con su delito y furor viene a la plaza: llamas despedían sus ojos, y por todo su rostro despedía centellas su crueldad. Y no sólo nos figuramos lo que ya ha sucedido o actualmente está sucediendo, sino lo que ha de suceder o debía de haber ya sucedido. Cicerón trata este punto primorosamente en defensa de Milón, diciendo lo que hubiera hecho Clodio si hubiese logrado él ser pretor.

Algunos he encontrado que dan a la ironía el nombre de disimulo, el cual como no explica al parecer toda la fuerza de esta figura, nos contentaremos con el nombre griego, del mismo modo que lo hacemos con la misma figura. La ironía, pues, como figura, no se diferencia mucho por su mismo género de la ironía considerada como tropo, porque tanto en la una como en la otra se ha de entender lo contrario de lo que suenan las palabras; mas el que reflexione con más prudencia las especies, fácilmente comprenderá que son diversas.

Lo primero, porque el tropo es más claro; y aunque una cosa suenan las palabras y otro es el sentido de ellas, sin embargo, no finge otra cosa. Porque casi todas las circunstancias que lo rodean son sencillas y sin figura, como aquello que dice Cicerón contra Catilina: Por el cual desechado, te fuiste a vivir a casa de tu compañero Marco Marcelo, hombre muy de bien. Por último, en dos palabras consiste la ironía; así que el tropo es también más breve. Mas en la figura sucede que la ficción es de la intención, y tiene más de aparente que de clara o manifiesta; de manera que en el tropo las palabras son diversas unas de otras; pero en la figura es diverso el sentido de lo que las palabras suenan, como en las burlas, y a veces no sólo toda la confirmación o prueba de un asunto, sino también toda la vida de un hombre parece ser una continuada ironía, cual es la vida de Sócrates. Pues por eso se le dio el nombre -94- de Eirón; esto es, el que se hace el ignorante y que se admira de otros, como si fuesen hombres sabios; de manera que así como una metáfora continuada constituye la alegoría, así aquel tejido de tropos forma esta figura.

Ironía es cuando aparentamos mandar o permitir una cosa que en realidad no mandamos ni permitimos, como cuando Virgilio dice:

Ve, ve a tu Italia y reino deseado,

Hazte a la vela.

(Eneida, IV, 381).

Y cuando concedemos a los contrarios aquellas cosas que no queremos parezca que ellos tienen. Esto se hace con más fuerza cuando nosotros las tenemos y el contrario no las tiene:

Y tú, Drances, me arguyes de cobarde,

Pues que tales montones de troyanos

Ha degollado tu valiente diestra.

(Eneida, I, 383).

Lo cual vale lo mismo cuando en cierto modo confesamos, o una falta que nosotros no hemos cometido, o la que al mismo tiempo recae sobre los contrarios:

¿Consejo di al adúltero troyano,

Cuando metió en Esparta armada mano?

Y no sólo en las personas, sino también en las cosas, se usa esta manera de decir lo contrario de lo que uno quiere que se entienda: como todo el exordio de la oración en defensa de Ligario, y aquellas ponderaciones: A fe mía ¡Oh buen Dios!

Por cierto ese trabajo

Tienen ahora los dioses de llamarte.

(Eneida, IV, 359).

La aposiopesis, que el mismo Cicerón llama reticencia, muestra por sí misma los afectos, y aun el de la ira como:

Yo os juro... Mas las olas encrespadas

Importa sosegar

(Eneida, I, 139).

-95-

Ya el de solicitud o de cualquier suerte de escrúpulo. ¿Por ventura se hubiera él atrevido a hacer mención de esta ley, de la que Clodio se gloría haber sido el autor en vida de Milón por no decir en su consulado? Porque de todos nosotros... no me atrevo a decirlo todo. A cuyo tenor es lo que se contiene en el exordio de Demóstenes en favor de Ctesifonte.

La imitación de las costumbres de otros, que se llama ethopeya, o como otros más bien quieren mimesis, puede contarse entre los afectos menos vehementes. Porque ella sirve por lo común para burlas; pero se comete no solamente en los hechos, sino también en las palabras. Por lo que mira a los hechos, se acerca a la hipotiposis. Por lo que hace a las palabras, tenemos este ejemplo en Terencio:

Mas adonde tú ibas yo ignoraba:

Llevado se han de aquí la hija pequeña,

La madre la sacó en vez de la suya;

Por su hermana es tenida, y yo deseo

De donde está sacarla,

Y poder a los suyos entregarla.

(Eunuch., acto I, escena II, verso 74).

Son también cosas gustosas y que contribuyen muchísimo a la alabanza, no sólo por la variedad, sino también por su naturaleza misma, aquéllas que, mostrando un cierto lenguaje sencillo y no estudiado, nos hacen menos sospechosos al juez. De aquí tiene su principio un como arrepentimiento de lo que uno ha dicho, como cuando Cicerón dice en defensa de Celio: ¿Mas para qué he introducido yo una tan respetable persona? Y aquellas expresiones de que usamos vulgarmente, como: Caí sin advertirlo. O cuando fingimos que preguntamos lo que hemos de decir, como: ¿Qué resta? Y pues ¿qué he omitido? Y cuando en el mismo lugar dice Cicerón contra Verres: También aún me resta un solo delito semejante. Y uno después de otro me va ocurriendo.

-96-

De donde también resultan hermosas transiciones, no porque la misma transición sea figura, como Cicerón después de haber contado el ejemplo de Pisón, que había mandado a un platero le hiciese una sortija en su tribunal, refrescando en cierto modo con esto la memoria, añadió: Este anillo de Pisón me ha servido ahora de aviso, porque todo se me había pasado. ¿A cuántos hombres honrados os parece que ése ha quitado los anillos de oro de los dedos? Y cuando como que ignoramos algunas cosas: ¿Pero quién, quién decías era el autor de aquello? Dices bien, pues Policlete decían que era. Lo cual ciertamente no sólo sirve para este fin. Pues mientras a algunos les parece que hacemos una cosa, hacemos otra: así como Cicerón en este lugar echando en cara a Verres la gran codicia que tenía por las estatuas y pinturas, logra el que no le tengan a él por implicado en lo mismo. Y Demóstenes jurando por los que habían sido muertos en Maratón y en Salamina, pretende disminuir el odio que habían concebido contra él por el daño recibido junto a Queronea.

También se cuenta entre las figuras la énfasis, cuando de algún dicho se saca alguna cosa oculta, como en Virgilio:

Pues qué, ¿no pude yo pasar mi vida

Sin culpa a matrimonio no obligada

Cual fiera, que a ninguna ley rendida

Anda de selva en selva?

(Eneida, IV, 550).

Porque aunque se queja Dido del matrimonio, sin embargo su pasión viene a declarar que el vivir fuera de matrimonio<sup>275</sup> es más propio de fieras que de hombres. Otra especie de énfasis se encuentra en Ovidio cuando Mirra declara a su ama de leche el amor de su padre de esta manera:

-97-

¡Oh feliz madre, dijo,

Por tal marido!

(Metamorfosis, X, 422).

III. Semejante, o tal vez la misma es aquella figura de la que al presente hacemos muchísimo uso<sup>276</sup>. Pues ya es preciso venir a tratar de aquella especie de énfasis que es muy frecuente, y que creo se desea muchísimo, en la cual por una cierta sospecha queremos que se entienda lo que decimos, no lo contrario, como en la ironía, sino otra cosa oculta y que el oyente ha de adivinar en cierto modo; lo que los nuestros ya casi solamente llaman figura, de donde toman su nombre las controversias figuradas. Úsase de tres maneras. La primera, cuando hay poca seguridad en decir las cosas a las claras. La segunda, cuando no conviene. Y la tercera, que algunas veces se usa por hermosura, deleita por su misma novedad y variedad más que cuando la relación o narración se hace sencillamente.

4.º El primer modo de usar esta figura es frecuente en las escuelas. En las causas verdaderas que se tratan en el foro jamás ha estado sujeto el orador a esta precisión de

callar algunas cosas; pero se encuentra algunas veces otro embarazo semejante y que es mucho más dificultoso para la defensa de algún pleito cuando se hallan de por medio personas poderosas sin cuya reprehensión no se puede defender. Y por lo tanto debe esto hacerse con más tiento y circunspección; porque la ofensa, de cualquier manera que se haga, siempre es ofensa. Y la figura descubierta o manifiesta pierde el mismo constitutivo de figura<sup>277</sup>. Y por esta razón algunos no admiten esta doctrina; ya se entienda -98- o ya no se entienda la figura. Pero se puede en esto guardar un medio. Sobre todo se debe cuidar de que las figuras no sean manifiestas. Y no lo serán si se compusieren de palabras dudosas y que hagan un sentido en cierto modo ambiguo, como son las que se dicen de la nuera sospechosa. Me he casado con la que agradó a mi padre. Las mismas cosas han de mover al juez a que adivine lo que le queremos dar a entender, y para que sólo esto quede hemos de desechar todo lo demás; para lo que son también muy del caso los afectos, el modo de decir interrumpido con el silencio y con las detenciones. Porque de esta suerte sucederá que el juez se echará a adivinar aquel no sé qué que él mismo tal vez no creería si lo oyese, y lo creerá porque piensa que él es quien lo ha acertado.

Pero aun cuando estas figuras sean muy buenas no deben ser frecuentes. Porque las figuras si se usan muy a menudo se manifiestan por su misma multitud, y además de no desagradar menos, tienen menos autoridad. Y no parece pudor sino desconfianza el no echar una cosa en cara claramente. En suma, de esta suerte con especialidad cree el juez a las figuras si hace juicio de que nosotros lo decimos sin querer. A la verdad alguna vez vine a dar con tales personas y también con un asunto tal (lo que más rara vez sucede) que no se podía desempeñar sino por este medio. Defendía yo a una reo que se decía había contrahecho el testamento de su marido, y añadían que los herederos la habían entregado una escritura al espirar su marido por la que le cedían los bienes del difunto, y era verdad. Pues como no pudiese por las leyes ser nombrada la mujer por heredera, hicieron esto, a fin de que le tocasen o viniesen a ella los bienes por medio de este tácito fideicomiso. Y esto era ciertamente fácil de entender si yo lo dijese claramente, pero en este caso perecía la herencia. Así que tuve que disponerlo de manera que los jueces entendiesen aquello como hecho, y los delatores no pudiesen -99- conocer cómo lo había dicho, y se verificaron ambas cosas. Lo cual no hubiera yo insertado aquí por no ser notado de jactancia, a no haber querido hacer ver que estas figuras tienen también lugar en el foro.

Con las figuras deben rebozarse algunas cosas que no se pueden probar. Porque alguna vez sucede que está clavada esta oculta saeta, y por lo mismo que no se manifiesta, no se puede sacar. Pero si se dice lo mismo claramente, se defienden, y es necesario probarlo.

2.º Mas cuando nos impide el respeto de la persona (que es el segundo género que hemos establecido), debemos hablar con tanta más cautela, cuanto es mayor la fuerza con que a los buenos les estorba la vergüenza que el temor. Y en este caso creará el juez que ocultamos lo que sabemos, y reprimimos las palabras que en fuerza de la verdad se nos escapan. ¿Pues con cuánto menos odio mirarán esta desvergüenza en hablar mal aquellos mismos contra quienes peroramos, o los jueces o los que se hallan presentes si llegan a creer que nosotros lo repugnamos? ¿O de qué sirve el modo con que se ha de hablar cuando el asunto y la intención del que habla se comprenden?

Semejantes son a éstas las figuras celebradas entre los griegos, por medio de las cuales dan a entender con más suavidad las cosas desagradables. Así que es opinión que Temístocles aconsejó a los Atenienses que dejasen en poder de los dioses la ciudad<sup>278</sup>, porque era cosa dura decir que la desamparasen. Y el que quería se emplease el oro de las estatuas de la victoria en beneficio de la guerra, evitó la aspereza de la expresión con

decir que era necesario aprovecharse de las victorias. Semejante es a la alegoría todo aquello que suena en las palabras una cosa y queremos que se entienda otra distinta.  
-100-

También está en disputa de qué manera es necesario responder contra las figuras. Algunos han sido de opinión de que se deben siempre descifrar por la parte contraria, a la manera que se abre una llaga para descubrir los males ocultos. Y esto debe en verdad hacerse con la mayor frecuencia, porque de otra suerte no se pueden deshacer las objeciones, con especialidad cuando la cuestión se funda en aquello a lo que las figuras se dirigen. Mas cuando solamente son injurias, el no hacer caso algunas veces es prueba de conciencia buena. Y también cuando las figuras fueren tan frecuentes que no se puedan ocultar, debe pedirse si se tiene confianza que los contrarios objeten claramente lo que quisieron dar a entender con aquel modo de decir figurado, o a lo menos no pretendan que los jueces no solamente entiendan, sino que también den crédito a lo que ellos mismos no se atreven a decir.

3.º El tercer género es en el que sólo se pretende dar más gracia al discurso. Y por lo tanto juzga Cicerón que no mira al punto cardinal de la controversia. Tal es aquella expresión que él mismo usa contra Clodio: Con cuyos arbitrios éste que tenía conocimiento de todos los sacrificios, creía poder por sí aplacar a los dioses fácilmente<sup>279</sup>. Pro domo sua. Género de decir es de muchísimo menos consideración, sin embargo de que se halla en Cicerón contra Clodio: Con especialidad a la que todos tuvieron más bien por amiga de todos que por enemiga de alguno. (Pro Caelio, 32).

-101-

### Capítulo III. De las figuras de palabras

I.- Dos especies de estas figuras, una gramatical. Alabanza de semejantes figuras. Se alegan algunos ejemplos.-II. Otra retórica, la cual se hace: 1.º, por aumento, duplicación, anáfora, epístrofe, simplece, repetición, la cual es de muchas maneras. Epanalepsis, epánodos, poliptoton, anadiplosis, sinonimia, expolición, polisíndeton y gradación; 2.º, por disminución, sinécdoque o elipsis, asíndeton, sinezeugmenon o adyunción; 3.º, o por semejanza, paranomasia, antanaclasis. O por igualdad, párison, omoyoteuton, omoyóptoton, isócolón. O por los contrarios, antíteton.-III. ¿De qué manera se ha de usar de las figuras?

I. Las figuras de palabras no sólo son siempre varias, sino que se van mudando de cualquier manera que el uso prevalece. Y así si hacemos un cotejo del antiguo lenguaje con el nuestro, casi todo lo que hablamos es ya figura, como decir: huic rei invidere, no como todos los antiguos y principalmente Cicerón, hanc rem; e incumbere illi, no in illum; y plenum vino, no vini; y decimos ya huic, no hunc adulari, y otras mil cosas. Y ojalá que otros peores modos de hablar no prevaleciesen. Pero las figuras de palabra son de dos especies: a la una llaman modo de hablar, y la otra es muy acomodada para la colocación. Aunque una y otra convienen a la oración, puede no obstante la primera llamarse gramatical, y la otra retórica.

La primera resulta de las especies mismas de donde tienen los vicios del lenguaje su principio. Porque toda figura sería vicio si fuese casual y no buscada con estudio. -102- Pero por lo común se defiende por la autoridad, antigüedad, costumbre y muchas veces también por cierta razón; y por tanto, apartándose del modo de hablar sencillo y claro, es virtud si contiene alguna cosa probable que seguir. No obstante, en sola una cosa es útil sobre todo, y es que disminuye el fastidio que causa el modo de hablar diario y que se forma siempre de un mismo modo, y nos aparta del estilo vulgar de hablar. La cual si

alguno usare con moderación y cuando el caso lo pida, será más gustosa la oración por estar como aderezada con cierta salsa; mas el que usare de ella con demasiada afectación, perderá aquella misma gracia de variedad. Sin embargo de que hay algunas figuras recibidas que casi ya este mismo nombre han perdido, las cuales, aunque fueren más frecuentes, ofenderán menos los oídos acostumbrados ya a ellas. Pues las escogidas y las que están fuera del vulgar estilo y por lo tanto son más excelentes, así como por su novedad excitan la atención, así fastidian con el mucho número, y ellas mismas muestran que no le han ocurrido de pronto al que está hablando, sino que por todos lados han sido buscadas, sacadas y recogidas de todos los escondrijos.

Así que las figuras se forman en los nombres por lo respectivo al género, porque Virgilio dice: *oculis capti talpæ*. (Geórgicas, I, verso 183). y *timidi damae*. (Églogas, VIII, verso 28). Pero es la razón por que uno y otro sexo se dan a entender con el uno de los dos. Porque cosa cierta es que tan masculinos son talpa y dama como femeninos. Y en los verbos, como *fabricatus est gladium*, e *inimicus punitus est*. Lo cual es menos de admirar, porque es de la naturaleza de los verbos expresar muchas veces de un modo que denota pasión lo que nosotros hacemos, como *arbitror*, *suspicio*; y por el contrario, de un modo que da a entender acción lo que nosotros padecemos, como *vapulo*; y por lo tanto es frecuente la variedad y los más se explican de uno y otro modo: *Luxuriatur*, *luxuriat*: *fluctuatur*, *fluctuat*: *assentior*, *assentio*: *revertor*, *revertor*. Hay también figura en el número, o cuando un plural se pone después de un singular, como: *Gladio pugnacissima gens Romani*. Porque una nación se compone de muchos; o al contrario, como:

Quoi non risere parentes<sup>280</sup>

Nec deus hunc mensa, dea nec dignata cubili est.

(Églogas, IV, verso 62).

Porque entre aquellos que no le halagaron, no admitió el dios a éste a su mesa ni la diosa a su lecho. Y por mutación de partes, como Persio en la sátira 10, del libro I.

Y este

Nuestro vivir triste veía.

usando del infinitivo en lugar del nombre, porque quiere que por nuestro vivir se entienda nuestra vida. Usamos también del verbo en lugar del participio, como:

Magnum dat ferre talentum.

(Eneida, V, 248).

En lugar de ferendum. Y del participio en lugar del verbo, como volo datum.

Estas figuras y las que les son semejantes, que se cometieren por mutación, aumento, disminución y orden, no sólo llaman la atención del que oye, sino que después que está movido por alguna notable figura, no le permiten que se entibie y tienen una cierta gracia por aquella semejanza que tienen con el vicio del lenguaje, a la manera que en las viandas algunas veces el agrio suele ser gustoso. Lo -104- que se verificará si no fueren de un número excesivo ni de una misma especie o juntas o frecuentes, porque así como no causan fastidio cuando se ponen con variedad, así tampoco lo causan cuando son raras las que se ponen.

II. Aquel género de figuras es más nervioso que no consiste precisamente en el modo de hablar, sino que da no sólo gracia, sino también fuerza a los conceptos.

1.º De los cuales sea el primero el que se hace por adición. Hay muchos géneros; porque las palabras se duplican, o para amplificar, como: Quité, quité la vida, no a Espurio Melio (Pro Milone, número 72); porque lo uno indica el hecho y lo otro lo afirma, o para compadecerse, como:

¡Ah Coridón, Coridón!

(Églogas, I, 69).

Esta misma figura se convierte alguna vez en ironía para disminuir. Tal es la repetición de semejante duplicación después de alguna interjección, pero aun algo más vehemente:

Los bienes ¡ay de mí! (porque apuradas las lágrimas, está el dolor, sin embargo, atravesado en el corazón), los bienes, vuelvo a decir, de Gneo Pompeyo sujetos a la voz cruelísima de un pregonero. (Filípicas, II, número 64). Vives, y vives no para deponer, sino para confirmar tu atrevimiento. (Catilnarias, I, número 1).

Y muchas comienzan con vehemencia e instancia por unas mismas palabras<sup>281</sup>: ¿Ningún cuidado te ha dado ni la tropa que está de guardia por la noche en el monte Palatino, ni las centinelas de la ciudad, ni el temor del pueblo, ni el concurso de todos los hombres de bien, ni este lugar, el más fuerte, en donde se tienen las juntas del Senado, ni la vista y semblantes de los presentes? (Catilnarias, I, número 1).

Y acaban con las mismas<sup>282</sup>. ¿Quién los pidió? Apio. ¿Quién los publicó? Apio. (Pro Milone, 59). Aunque este ejemplo pertenece -105- también a otra figura, cuyos principios y fines son entre sí los mismos: ¿Quién? y ¿Quién? Apio y Apio<sup>283</sup>. Cual es lo que Cicerón dice en el libro IV de su Retórica, número 20: ¿Quiénes son los que frecuentemente quebrantaron la alianza? Los cartagineses. ¿Quiénes son los que en la Italia hicieron una cruel guerra? Los cartagineses. ¿Quiénes son los que han desfigurado la Italia? Los cartagineses. ¿Quiénes son los que piden se les perdone? Los cartagineses.

También en las contrapuestas o comparativas suele corresponder una mutua repetición de las primeras palabras<sup>284</sup>: Tú velas por la noche, para dar la respuesta a los que te consultan; él, para llegar a tiempo con el ejército adonde intenta. A ti te pone en movimiento el canto de los gallos; a él el sonido de las trompetas. Tú entablas un pleito; él pone en orden de batalla el escuadrón. Tú cuidas de que los que van a consultarte no sean engañados; él de que las ciudades ni el campamento sean tomados. (Pro Mur., 22). Pero no se contentó el orador con esta gracia, sino que mudó al contrario la misma figura, diciendo: Él sabe y entiende cómo se han de rechazar las tropas enemigas; tú cómo se han de evitar las aguas que caen del cielo. Él se halla ejercitado en defender los términos; tú en gobernarlos.

Las palabras que ocupan el medio pueden corresponder también, o a las primeras, como:

Te nemus Angitiæ; vitrea te Fucinus unda, etc.

(Eneida, VII, verso 759).

O a las últimas, como: Esta nave cargada del saqueo de Sicilia, siendo también ella misma parte del pillaje, etc. (Verrinas, VII, 43). Y ninguno ha dudado que lo mismo puede hacerse repitiendo por una y otra parte las palabras del medio.

Corresponden también las últimas a las primeras, como: -106- Muchos y graves tormentos se han inventado para los padres, y para los parientes muchos. (Verrinas, XVII, 118<sup>285</sup>).

También es especie de repetición aquella que repite lo que una vez ha propuesto, y lo divide, verbigracia:

Llevé a Pelias y a Ifito a mi lado:

De los cuales, Ifito

Estaba ya pesado por los años;

Pelias entumecido

Por la herida fatal del duro Ulises.

(Eneida, II, verso 435).

A la epanodos, así llamada en griego, dan los latinos el nombre de regressio<sup>286</sup>. En ella se toman unas mismas palabras no solamente en un mismo sentido, sino también en el contrario, verbigracia: La dignidad de los caudillos era casi igual: no era tal vez igual la de aquellos que los seguían. (Cicerón, Pro Ligario, número 49).

A veces se varía esta repetición por casos y por géneros<sup>287</sup>; verbigracia: Magnus est labor dicendi, magna res est! Pater hic tuus? patrem hunc appellas? patris tu hujus filius es? De este modo se hace por casos la figura que llaman poliptoton.

La última palabra de la sentencia que antecede y la primera de la que sigue son frecuentemente una misma<sup>288</sup>: De la cual figura usan los poetas con más frecuencia: verbigracia:

-107-

Haréis vosotras, musas,

Los versos más magníficos a Galo;

A Galo, cuyo amor tanto en mí crece,

por horas, etc.

(Églogas, X, verso 72).

Pero no pocas veces la usan los oradores; verbigracia: Éste no obstante vive. ¿Vive digo? Antes bien vino al Senado. (Cicerón, Catilnarias, I, 2).

Júntanse también palabras que significan una misma cosa<sup>289</sup>; verbigracia: Lo cual siendo así, prosigue ¡oh Catilina! lo comenzado: sal alguna vez de la ciudad. Abiertas tienes las puertas; marcha. (Catilnarias, I, 10). Y contra el mismo en otra parte: Marchó, salió, se abrió paso, se escapó. (Catilnarias, II, número 1).

Y no sólo se amontonan las palabras, sino también los conceptos, que vienen a ser unos mismos<sup>290</sup>; verbigracia: La ofuscación del entendimiento y ciertas tinieblas originadas de los delitos, y las encendidas hachas de las furias le han excitado a éste. (Cicerón, Pro Milone). También se juntan las que significan unas mismas cosas y diversas; verbigracia: Pregunto a mis enemigos si se ha hecho pesquisa de esto; si se ha averiguado, descubierto, quitado, destruido, aniquilado por mí. (Catilnarias, II).

Este ejemplo forma también otra figura<sup>291</sup>, la cual, por carecer de conjunciones, se llama disolución, y es muy del caso cuando hacemos mayor instancia, pues se inculcan las cosas de una en una y se hacen como muchas. Y, por lo tanto, hacemos uso de esta figura no sólo en cada una de las palabras, sino también en las sentencias, como Cicerón dice contra la junta de Metelo: Mandé llamar, asegurar y presentar al Senado a los que eran acusados; en el -108- Senado se hallan presentados. Y todo este lugar. Contraria a ésta es la figura que abunda en conjunciones<sup>292</sup>. Aquella otra se llama asíndeton, ésta polisíndeton.

Consigo el africano pastor lleva

Su casa, y su hogar, también sus armas,

Y perros de Laconia, y la cretense

Aljaba, etc.

(Geórgicas, III, verso 344).

Una y otra de estas dos figuras vienen a ser un amontonamiento de palabras. El principio es uno solo, porque da más fuerza y eficacia a lo que decimos, y hace que lleve consigo una cierta vehemencia, como de afecto, que con frecuencia se excita vivamente.

La gradación, que se llama climax, tiene más claro y afectado el artificio y, por lo tanto, debe ser más rara. Y esta misma es también de las de adición, porque repite lo que se lleva dicho y, antes de pasar a otra cosa, se detiene en las primeras. Sáquese el ejemplo de ella del muy conocido griego<sup>293</sup>: Y no sólo no he dicho esto, pero ni aun lo he escrito; y no sólo no lo he escrito, pero ni aun he desempeñado la comisión de mi embajada; y no sólo no la he desempeñado, pero ni aun he persuadido a los tebanos. Hay, sin embargo, ejemplos latinos eruditos: *Africano virtutem industria, virtus gloriam, gloria æmulos comparavit.* (Retórica, 4).

2.º Mas las figuras que se hacen por disminución tienen principalísimamente su origen de la brevedad y novedad; de las cuales una es la sinécdoque<sup>294</sup>, cuando alguna palabra que se ha quitado se entiende bien por las demás, como cuando dice Celio contra Antonio: *Stupere -109- gaudio græcus*, porque al mismo tiempo se entiende *cœpit*.

Otra figura hay por disminución<sup>295</sup>, de la que poco ha se ha hecho mención, a la que se le quitan las conjunciones.

La tercera se llama sinezeugmenón, esto es, adyunción, en la cual hacen relación a solo un verbo muchos conceptos, cada uno de los cuales, si se pusiese solo, echaría menos el verbo. Esto sucede, o poniéndolo delante de manera que a él se refiera lo demás, como: *Venció la liviandad a la vergüenza, la osadía al temor, la sinrazón a la razón.* (Pro Cluentio, número 15). O sacándolo por ilación, de manera que se comprendan en él muchos conceptos, como: *Neque enim is es, Catilina, ut te aut pudor unquam a turpitudine, aut metus a periculo, aut ratio a furore revocaverit.* (Catilina, I, número 22). Puede también el verbo ocupar el lugar medio de manera que se refiera a las primeras palabras y a las siguientes.

3.º El tercer género es de aquellas figuras que, o por alguna semejanza de las palabras, o por tenerlas iguales o contrarias, se llevan tras sí la atención y mueven los ánimos. Tal es la que llaman paronomasia, que en latín se dice *agnominatio*<sup>296</sup>.

Semejante a ésta es la antanaclasis, que es la contraria significación de una misma palabra. Quejándose Proculeyo de un hijo suyo, que le deseaba la muerte, y el hijo se -110- excusase, diciendo que no la deseaba: *Antes bien te suplico, respondió, que la deseases*<sup>297</sup>. Cosa semejante a ésta se entiende, no del mismo, sino de diverso sentido, si dices que es digno del suplicio aquél a quien tú creíste digno de suplicio. De otra manera también unas palabras mismas se ponen o en diferente significación, o con la sola imitación de hacerlas largas o breves, lo cual, aun en las chanzas, es una cosa fría, y me maravillo a la verdad de que se ponga esto entre los preceptos; y así yo pongo ejemplos de ello más bien para evitarlo que para que se imite. *Amari iucundum est, si curetur nequid insit amari. Avium dulcedo ad avium ducit.*

Más elegante es lo que se pone para distinguir la propiedad de una cosa, como: *Hanc reipublicæ pestem paulisper reprimi, non in perpetuum comprimi posse.* (Catilinas, I, 30). Y las que por las proposiciones pasan a significar lo contrario, como: *Non emissus ex urbe, sed immissus in urbem esse videatur.* (Catilinas, I, 27). Mejor es, y de más fuerza para la oración, aquello que no sólo hace gustosa la figura, sino que también da más alma al sentido, como: *Emit morte immortalitatem.* Con la muerte compró la inmortalidad. Aquella otra expresión: *Non Pisonum, sed pistorum, y ex oratore orator,* son menos considerables; pero la más ruin de todas es ésta: *Ne patris conscripti videantur circumscripti. Raro evenit, sed vehementer venit.* Así sucede que algún concepto vehemente y agudo recibe alguna hermosura, que no disuena, si se funda en una palabra distinta. ¿Y por qué me ha de impedir a mí el pudor usar de un ejemplo de dentro de casa? Mi padre, contra aquel que había dicho *se immoriturum legationi,* que había de morir en la embajada, o concluirla bien, y después de gastados pocos días había vuelto sin haber hecho cosa alguna, dijo: *Non exigo uti immoriaris -111- legatione; immorare.* No te pido que mueras en la embajada, sino que te detengas. Pues el sentido mismo tiene fuerza, y en expresiones que tanto distan entre sí, hacen en298 gustosa consonancia una voz, con especialidad si no es traída con violencia, sino que en cierto modo se ofrece naturalmente, haciendo uso de lo uno como de cosa propia y tomando lo otro del contrario.

Gran cuidado tuvieron los antiguos en ganarse el aplauso en el decir, por la igualdad de las palabras y por la contrariedad de ellas. Gorgias fue en esto desmesurado, e Isócrates afluyente en la primera edad. Tuvo también en esto sus delicias Marco Tulio; pero no sólo moderó este gusto, nada ingrato (si no fuere con exceso redundante), sino que al asunto, que por otra parte era de poca consideración, le dio gravedad con el peso de las sentencias. Porque una afectación que por su naturaleza es fría y vana, si viene a parar en conceptos de agudeza, parece natural, no sobrepuesta.

Casi de cuatro maneras son las palabras iguales unas a otras. La primera es cuando se busca una palabra semejante a otra o no muy desemejante, como:

*Puppisque tuæ, pubesque tuorum.*

(Eneida, I, 403).

Y Cicerón, en defensa de Cluencio (número 4): De esta manera en esta infeliz fama, como en alguna perniciosísima llama. Y en otra parte: *Non enim tam laudanda spes, quam res est.* O cuando hay igualdad por la consonancia de las últimas sílabas, como: *Non verbis, sed armis.* Y siempre que esto ocurre en conceptos agudos causa hermosura, como: *Quantum possis, in eo semper experire ut prosis.* Esto es lo que los griegos llaman *parison*, como los más han creído.

La segunda, llamada *omoyoteuton*<sup>299</sup>, consiste en que rematando de un mismo modo una cláusula, colocadas las -112- palabras de un mismo sonido en la última parte, haga semejante el remate de dos o más sentencias, *verbigracia: Non modo ad salutem*

eius extinguendam, sed etiam gloriam per tales viros infringendam. (Cicerón, Pro Milone, 5).

La tercera es la que termina en unos mismos casos, y se llama omoyóptoton<sup>300</sup>, como se halla en Afro: *Amisso nuper infelicis auæ, si non præsidio inter pericula; tamen solatio vitæ inter adversa.* Aquéllas parecen las mejores en las que los remates de las sentencias corresponden a los principios, como en este ejemplo: *præsidio, solatio.*

Han de constar también de miembros iguales, que es el cuarto modo, el cual se llama isocolon, verbigracia: *Si quantum in agro, locisque desertis audacia potest, tantum in foro atque iudiciis impudentia valeret:* ésta es isocolon, y contiene también la omoyóptoton: *non minus nunc in causa cederet Aulus Cœcina Sexti Ebutii impudentia, quam tum in vi hacienda cessit audaciæ* (Cicerón, Pro Coecin., I.), isocolon, omoyóptoton y omoyoteleuton. Júntanse también a estas figuras aquella otra cuya gracia he dicho que consiste en repetir unos mismos nombres en casos diferentes: *Non minus cederet, quam cessit*<sup>301</sup>.

La contraposición llamada antíteton se hace de varias maneras. Porque se hace cuando de una en una las palabras se oponen unas a otras, como: *Venció a la honestidad la liviandad, al temor el atrevimiento, y a la razón la locura.* (Cicerón, Pro Cluentio, número 15). Y ya cuando de dos en dos se oponen a otras dos, como: *No es propio de nuestro ingenio; propio es de vuestra protección.* (Pro Cluentio, 5)., y cuando las sentencias se oponen a las sentencias, como: *Domine en las juntas, esté humillado en los tribunales. Aborrece el pueblo romano el privado lujo, y hace aprecio de la pública magnificencia* -113- (Pro Murena, 6). También se hace tomando aquella figura por la que se repiten los conjugados y se llama antimetábole, como: *No vivo para comer, sino que como para vivir; y la que en Cicerón está mudada de tal suerte que teniendo mutación de caso remata aun de un mismo modo: Vt in iudiciis, et sine invidia culpa plectatur, et sine culpa invidia ponatur.* Lo cual termina con el mismo tiempo del verbo, como cuando Cicerón dice de Sexto Roscio: *Etenim cum artifex eiusmodi sit, ut solus dignus videatur esse, qui scenam introeat; tum vir eiusmodi est, ut solus videatur dignus, qui eo non accedat.*

III. Acerca de las figuras añadiré en breves palabras que, así como puestas a su debido tiempo adornan la oración, así también son la cosa más inútil si se usan sin moderación. Algunos hay que no haciendo caso alguno del peso de las cosas y de la fuerza de las sentencias, se persuaden de que son muy consumados oradores con sólo corromper de esta manera aun las vanas expresiones, y por lo tanto no dejan de juntarlas; y es una cosa tan ridícula hacer uso de las tales expresiones que carecen de concepto, como buscar vestido y ademán en lo que no tiene cuerpo.

Pero ni aun las figuras que dicen bien en la oración se han de usar con demasiada frecuencia. Porque el mudar de semblante y volver los ojos, vale mucho en la acción; pero si alguno no cesase de poner el semblante de una manera extravagante y mover continuamente los ojos y la frente se le reirían. Y así la oración ha de tener un como semblante derecho<sup>302</sup>, el cual así como no debe dar en -114- estupidez por falta de acción y movimiento, así también se ha de contener con más frecuencia en aquel aspecto que le dio naturaleza.

Mas sobre todo se debe tener presente para perorar qué es lo que requiere el lugar, el tiempo y la persona. Porque la mayor parte de estas figuras sirven para deleitar. Mas cuando hay que pelear con las armas de la atrocidad, del odio y de la compasión, ¿quién sufrirá a uno que se irrita, que llora y que suplica con contraposiciones y con palabras que terminan de una misma manera y son en todo semejantes? ¿Y más cuando en estos casos el cuidado de las palabras desacredita a los afectos, y siempre que se ostenta el artificio se juzga que se falta a la verdad?

#### Capítulo IV. De la composición

I. Por qué escribe acerca de la composición después de Tulio. Refuta la opinión de los que están empeñados en que la oración desaliñada es más natural y varonil. Sirve la composición para la delectación y para la moción de los afectos. También tuvieron cuenta con ella los antiguos.-II. De dos maneras es la oración, la una atada y la otra suelta. En la composición se atiende al orden, juntura o conexión y número.-III. Del orden en cada una de las palabras y contextura de ellas.-IV. De la unión. Ésta se halla en los incisos, miembros y períodos. Primeramente de la unión en las palabras, y después de los incisos y algunas cosas acerca de los miembros.-V. Del número oratorio. 1.º En qué se diferencia del poético. División de éste. 2.º Se hace elección de palabras para la composición. Razón de los pies más dificultosa en la prosa que en el verso. 3.º El oratorio resalta en el fin y en el principio: también sirve en el medio. 4.º No haya verso alguno en la prosa. 5.º De los pies y de su estructura. 6.º De qué manera se ha de procurar que la composición sea numerosa. 7.º De qué especie de composición, y en qué lugar se ha de usar; y en este mismo lugar trata de los incisos, miembros y períodos.

I. A la verdad no me atrevería a escribir acerca de la composición después de Marco Tulio (quien no sé si trabajó más parte alguna de esta materia), a no haberse atrevido los hombres de su mismo tiempo a reprenderle aun por escrito este modo de colocar las palabras<sup>303</sup>, y a no -116- haber dejado escrito muchas cosas pertenecientes a esto mismo. Y así en lo más me conformaré con Cicerón, y me detendré menos en aquellas cosas en que no hay que dudar: en algunas quizá me apartaré algún tanto. Porque aun cuando mostrare el juicio que yo hago, dejaré no obstante libre a los lectores el suyo.

Y no ignoro que hay algunos que excluyen todo el cuidado de la composición, y están muy empeñados en defender que aquel lenguaje áspero y que carece de estudio tiene unas veces más de natural y otras también más de varonil. Los cuales si no llaman natural sino a aquello que tuvo su primer principio de la naturaleza, y cual era antes de llegar a su perfección, toda esta arte de perorar se destruiría. Porque ni los primeros hombres hablaron según esta regla y cuidado, ni supieron conciliarse la atención con los exordios, ni enseñar con la narración, ni probar con las razones, ni mover con los afectos. Pues de todas estas cosas carecieron, no de sola la composición; de todo lo cual si es cierto que ninguna cosa les era permitido mejorar, tampoco les fue cosa precisa trocar las chozas por las casas, o las zamarras por los vestidos, o los montes y selvas por las ciudades. ¿Qué arte, pues, lo fue ya desde su principio? ¿Qué cosa no adquiere perfección con el ejercicio? ¿Por qué razón amugronamos las vides? ¿Por qué las cavamos? ¿Y por qué escardamos las tierras? Pues la tierra todo lo cría. ¿No amansamos los animales? Pues ellos nacen indómitos. Digamos, pues, que aquello es sobre todo más natural que la naturaleza permite que se haga con la mayor perfección.

¿Mas de qué modo puede la composición tener más fuerza que teniendo unión y buena colocación? Pues si los -117- cortos pies, como los sotadeos, galiambos<sup>304</sup>, y algunos otros que con casi igual libertad se oponen a la majestad de la oración quitan la fuerza a las cosas; ¿no debe esto atribuirse a vicio de la composición? Por lo demás, cuanto más impetuosa es la corriente de los ríos por una madre inclinada, y que ninguna detención ofrece que la de las aguas que se quebrantan y van como violentas por entre los peñascos que les impiden su corriente, tanto mejor es la oración que tiene unión y que circula con todas sus fuerzas que la que es escabrosa e interrumpida. ¿Por qué razón, pues, se ha de juzgar que con la hermosura se le quita el nervio a la oración,

siendo así que ninguna cosa hay que sin el arte tenga alma, y que del arte es siempre inseparable compañera la hermosura? ¿Pues por ventura no vemos ir primorosísimamente dirigida la lanza que despidió con toda arte? ¿Y cómo cuanto más acierto tiene la mano de los que tiran las saetas con el arco, tanto más agraciado es el hábito que adquieren? Pues en el ejercicio de las armas y en toda lucha, ¿qué golpes son los que evita o da con el debido acierto aquél que en los movimientos no observa regla alguna y ni una cierta medida de los pies? Por lo que la composición en las sentencias hace, según mi juicio, lo que la correa en la lanza y el nervio en el arco, que se disparan con mayor vehemencia.

Así es que todo hombre por muy erudito que sea, está persuadido de que ella sirve muchísimo, no sólo para deleitar, sino también para mover los ánimos. Lo primero, porque ninguna cosa puede llegar al corazón cuando inmediatamente ofende al oído, que es como la primera entrada; -118- y lo segundo, porque naturalmente somos inclinados a la música. Porque de otra manera no sucedería que las voces de los instrumentos músicos, aun sin hablar palabra, excitasen no obstante en quien los oye ya unos ya otros movimientos. En los sagrados fuegos no de una misma manera se ponen en movimiento y se serenán los ánimos, y diferentes tonos usan cuando han de tocar a la arma que cuando han de suplicar teniendo doblada la rodilla, y no es el mismo el toque de las trompetas cuando marcha el ejército a batalla que cuando tocan a la retirada. Fue costumbre de los pitagóricos excitar sus ánimos al son de la lira después de haber despertado, a fin de estar más animosos para trabajar; y para conciliar el sueño solían del mismo modo serenar antes las potencias al son de la misma lira para poner en tono los alborotados pensamientos del alma.

Pues si la música y los compases de ella tienen una cierta oculta fuerza por la composición, la que la oración tiene es vehementísima; y cuanto va a decir el expresar un mismo pensamiento con estas o aquellas palabras, otro tanto hace al caso con qué composición se han de unir unas palabras mismas en el discurso del período, o con cuáles se ha de concluir. Porque sola esta virtud hace recomendables a algunas palabras que encierran pocos conceptos, y son de una mediana elocución. Por último, cada uno desuna y trastorne lo que a su parecer está dicho con nervio, dulzura y elegancia; y verá cómo le falta toda la energía, suavidad y hermosura. Cicerón desune algunos períodos en su Orador: *Nam neque me divitiæ movent, quibus omnes Africanos, et Lælios multi venalitii, mercatoresque superarunt. Múdense algún tanto de manera que diga: multi superaverunt mercatores venalitii*; y después los períodos siguientes, los cuales si de aquella manera se trastornaren, será lo mismo que arrojar dardos quebrados o puestos al través. Corrige el mismo lo que juzga que -119- compuso Graco con más dureza. A él le está bien esto: nosotros contentémonos con ordenar las palabras más desunidas que se nos ofrecieren. Porque ¿a qué fin se han de buscar ejemplos de lo que cada uno puede experimentar por sí mismo? Sólo tengo por suficiente el notar que cuanto más hermosas sean las expresiones que se trastornaren, ya por su concepto y ya por la elocución, será la oración tanto más deforme. Porque por la misma claridad de las palabras se conoce el descuido de la colocación.

Por lo que así como confieso que los oradores han rayado hasta lo sumo en el modo de componer, así también soy de dictamen que los antiguos tuvieron también cuenta con la composición, en cuanto a lo que hasta entonces habían adelantado. Así que Cicerón, aunque autor grave, no me persuadirá que Lisias, Herodoto y Tucídides se cuidaron poco de ella. Quizá no seguirían el mismo estilo que Demóstenes o Platón, sin embargo de que aun estos mismos fueron entre sí desemejantes.

Pues no era regular el corromper aquel estilo sutil y extraño que usa Lisias con otro género de decir más numeroso, porque hubiera perdido la singular gracia que en él se

advierde de un estilo sencillo y nada afectado, y al mismo tiempo se hubiera hecho inverosímil. Porque él escribía para otros; no era él mismo el que lo hablaba, de manera que por acomodarse a las personas parecía en sus discursos desaliñado y descompuesto, que es lo mismo en que consiste la composición.

Pero a la historia, que debe contar los hechos con ligereza y prontitud, le hubieran sido menos convenientes las cláusulas detenidas y la debida respiración en las acciones y el modo de comenzar y concluir las sentencias. En los razonamientos encontrarás también algunas que rematan de un mismo modo y otras al contrario; mas en Herodoto verás cómo todas no sólo corren con suavidad, sino que el mismo dialecto causa tal placer, que parece abraza -120- en sí también los tonos de la música. Pero acerca de los estilos trataremos poco después. Ahora diremos lo que deben aprender primero los que quieran componer bien.

II. Ante todo, pues, la oración es de dos maneras; una trabada y unida, y la otra libre como la que se usa en los razonamientos y en las cartas, a excepción de las que tratan de alguna materia que es sobre su esfera como de la filosofía, de la república y cosas semejantes. Y no digo esto porque aquel lenguaje suelto no conste también de algunos y tal vez más dificultosos pies; porque en el lenguaje común ni en una carta no se admite esta concurrencia de vocales ni la falta de número<sup>305</sup>, sino porque no tiene fluidez ni conexión, ni deducen unas palabras de otras, de manera que en él más bien debe decirse que el enlace es menos ajustado, que el que carece de él enteramente. En los asuntos de menos consideración no dice mal también alguna vez aquella misma sencillez que consta no de ésta sino de otra armonía y la disimula contentándose con sólo dar más fuerza a la oración ocultamente.

Mas aquella otra oración continuada y conexas se compone de tres partes: de incisos, que los griegos llaman comas, de miembros o colones y período, que es lo mismo que círculo, rodeo o continuación o conclusión. Y en toda composición deben necesariamente concurrir estas tres cualidades: orden, unión y armonía.

III. Sea, pues, lo primero acerca del orden. Éste consiste en tener cuenta con cada una de por sí de las palabras y con la contextura de ellas. Cada una de por sí consideradas son lo que ya dijimos que los griegos llaman asíndeton -121- o sin unión ni conjunciones. En ésta se debe cuidar que la oración no disminuya el concepto, ni a una expresión de mucha alma se sustituya otra de menos energía, como decir ladrón en vez de sacrílego, o desvergonzado por ladrón. Porque deben aumentarse y elevarse los conceptos como lo que bellísimamente dice Cicerón (Filípicas, número 63): Tú con esas fauces, con esos lomos y con esa firmeza de todo el cuerpo propia de un gladiador. Porque después de una grande se sigue otra mayor. Pero si hubiera comenzado por todo el cuerpo, no era bien descender a los costados y a las fauces. Hay también otro orden natural, que consiste en poner antes los varones que las hembras, el día que la noche, el Oriente que el Occidente: mejor que al revés. Algunas palabras hay que mudado el orden se hacen superfluas, como cuando se dice: hermanos mellizos; pues si se pone antes la palabra mellizos, ya no es necesario el añadir hermanos. Escrupulosa y excesiva fue la observación de algunos de que los nombres estuviesen delante de los verbos, los verbos asimismo delante de los adverbios, los sustantivos delante de los adjetivos y pronombres; pues frecuentemente se ponen también al contrario, no sin hermosura. También es demasiada superstición dar la primacía de orden a las cosas según el tiempo de cada una de ellas, no porque frecuentemente no sea esto lo mejor, sino porque a veces son de más consideración las cosas que han sucedido antes, y por lo tanto se deben contar después de las de menos importancia.

Cosa bellísima es cerrar el sentido de la oración con el verbo si lo permite la composición, porque en los verbos está la fuerza del razonamiento. Pero si esto disuena

al oído, esta razón debe ceder a la armonía, como muy frecuentemente sucede entre los más consumados oradores griegos y latinos. Porque sin duda todo verbo que no cierra bien el período es hipérbaton. Esto mismo está admitido entre los tropos o figuras que sirven para dar firmeza -122- a la oración. Pues los verbos no se conforman con la medida de los pies, y por lo tanto se mudan de un lugar a otro para juntarlos en donde vienen mejor: como en una fábrica de piedras toscas, aun su misma desigualdad hace que unas piedras se adapten a otras y queden acomodadas. Sin embargo, aquel razonamiento es el más bien acabado en que concurren el buen orden, competente unión, y además de estas virtudes una oportuna armonía en el remate de los períodos.

Pero hay algunas digresiones que son demasiado largas; como en los anteriores libros hemos dicho, y a veces son por su composición defectuosas, las cuales se dirigen solamente a resaltar y manifestarse más en la oración, como son aquéllas de Mecenas: Con el sol y con la aurora muchísimas cosas toman el color rojo. Durante los sacrificios movió el agua los fresnos. Ni aun yo solo entre los más infelices vería mis exequias. Esto último entre todo lo dicho es el mayor despropósito, porque en un asunto triste es inútil la composición.

Muchas veces se encierra algún concepto grave en una palabra que, si se oculta en medio de la oración, suele pasarse sin advertirlo y confundirse con las demás que acompañan; mas colocada en la cláusula se le señala al que está oyendo y se le queda impresa, cual es aquella expresión de Cicerón: *Ut tibi necesse esset in conspectu populi Romani vomere postridie*. Múdense esto último y tendrá menos alma. Pues de todo el hilo de la oración está aquí como la mayor agudeza en añadir a la necesidad de vomitar, que por sí es una cosa fea y que ya nada deja que esperar, esta otra deformidad de que no podría detener la comida al día siguiente.

Esto me parece que se debía decir como en compendio acerca del orden, el cual si es defectuoso, aun cuando la oración tenga unión y competente cadencia, con razón no obstante se dirá que carece de composición.

-123-

IV. Síguese la unión; ésta se halla en las palabras, incisos, miembros y períodos. En todas estas cosas hay virtudes y vicios. Y para seguir el orden ocupan el primer lugar aquellas palabras que aun a los ignorantes les parecen dignas de reprensión; tales son aquellas que juntas dos entre sí de la última sílaba de la palabra que precede y de la primera de la que sigue, forman algún nombre que tiene fealdad<sup>306</sup>. Después se sigue el concurso de las vocales, el cual, cuando se verifica, es preciso abrir frecuentemente la boca para la pronunciación de ellas, y la oración se hace pesada y dificultosa. Muy mal sonido harán las palabras largas en que se juntan entre sí unas mismas letras. También será notable la abertura de boca para la pronunciación de aquellas que se pronuncian con todo el hueco y extensión de la boca. La E es una letra más llena, la I de menos sonido, y por lo tanto en las palabras causa el vicio de mayor obscuridad. Menos errará el que colocare las breves después de las largas, y aun el que anteponga una breve a una larga. El tropiezo de dos breves es muy pequeño, y cuando se juntan unas después de otras, serán más ásperas según se pronunciaren con semejante o con distinta abertura de boca.

Sin embargo, no se ha de temer esto como si fuera un gran delito, y no sé cuál es peor en esto, si el total descuido o el demasiado cuidado. Porque el temor es preciso que impida la vehemencia de decir y que retraiga de lo mejor. Por lo que así como es efecto de negligencia este concurso de vocales, así también lo es de apocamiento el temer en todas las cosas. Y con razón gradúan todos por demasiado solícitos en esta parte a los imitadores de Isócrates, y con especialidad a los de Teopompo. Pero Demóstenes y Cicerón se portaron con moderación en esta parte. La concurrencia pues de las vocales,

que se llama sinalefa, -124- hace también la oración más suave que si todas las palabras concluyesen con su terminación, y alguna vez parecen bien las palabras para cuya pronunciación es necesaria la abertura de la boca, y dan alguna grandeza a la oración, como: *Pulchra oratione acta omnino iactare*. Además de esto las sílabas de su naturaleza largas, y por decirlo así más crasas, gastan también algún medio tiempo entre las vocales como si se hiciese una parada. Sobre lo cual usaré principalmente de las palabras de Cicerón: Tiene, dice, aquélla como boqueada y concurso de vocales una cierta pesadez que indica descuido no desagradable de un hombre que se afana más por lo principal del asunto que por las palabras. (Cicerón, *Orator*, 77).

Pero también las consonantes, y con especialidad aquellas que son más ásperas cuando se juntan en las palabras, hacen mala consonancia, y las que terminan en *s* teniendo cerca la *x* cuyo sonido es más triste si se tropiezan dos a un tiempo, como *ars studiorum*. Que fue el motivo que tuvo Servio para quitar la letra *s* siempre que estaba al fin de la dicción y se había de encontrar con otra consonante. Lo que reprende L. Afranio y lo defiende Mesala. Pues creen que Lucilio no usa de la misma final cuando dice: *Serenu' fuit, et dignu' loco*. Antes bien Cicerón en su *Orador* dice que muchos de los antiguos hablaron de este modo. De aquí tuvo su principio el decir *belligerare po' meridiem*, y aquella expresión de Catón el Censor *die' hanc*, suavizando igualmente la *m* con la *e*. Lo que los ignorantes suelen mudar cuando lo encuentran en los libros antiguos, y queriendo reprender la ignorancia de los copiantes, hacen patente la suya. Y aquella misma letra siempre que está en el fin de la dicción y de tal manera tropieza en la vocal de la palabra que se sigue que pueda confundirse, aunque se escribe, es poco lo que se expresa, como: *Multum ille. Quantum erat*. De suerte que casi da el sonido de alguna nueva letra. Porque no se quita, sino que se -125- oculta, y tan solamente sirve como de alguna señal entre las dos vocales para que ellas mismas no se junten.

También se debe cuidar de que las últimas sílabas de la palabra que antecede no sean las mismas que las primeras de la siguiente, para que ninguno se maraville de que esto se ponga entre los preceptos, sepa que a Cicerón se le escapó esta expresión en las cartas: *Res mihi invasce visce sunt, Brute*. Y en verso: *Oh fortunatam natam me consule Romam!*

Las dicciones de una sola sílaba, si son muchas, harán muy mala unión; porque es preciso que la composición cortada en muchas cláusulas parezca que va a saltos. Y por la misma razón debe evitarse la concurrencia de palabras y nombres cortos, y al contrario también de las largas, porque causan una cierta pesadez en la pronunciación.

Iguales defectos son si se juntan muchas palabras que terminan en unos mismos casos, o muchos verbos en unos mismos tiempos, o nombres que tienen una misma declinación. Ni es bien que después de un verbo se sigan otros verbos, o unos nombres después de otros y cosas semejantes, porque aun las mismas virtudes del lenguaje se hacen fastidiosas, sin el auxilio de la hermosura que les da la variedad.

La unión de miembros o incisos no se ha de observar del mismo modo que la de las palabras, sin embargo de que en éstas se juntan también los extremos con los principios. Pero es muy del caso en la composición saber qué palabras se han de anteponer a otras. Pues el decir: Vomitando pedazos de comida que apestabán a vino, se llenó todo el seno y todo el tribunal (*Filípicas*, II, 63).<sup>307</sup>, y, por el contrario (pues -126- usaré frecuentemente de unos mismos ejemplos, aun de cosas diversas, para que se hagan más familiares): Las peñas y soledades corresponden a la voz, las bestias fieras muchas veces se amansan y se paran con el canto: este modo de hablar sería más elevado si se invirtiese; porque, aunque es más conmoverse las peñas que las bestias, tiene, no obstante, su hermosura esta composición.

V. Pero pasemos a tratar de la armonía. Toda composición, medida y unión de voces se compone de números (por números quiero que se entienda el ritmo) o de metro; esto es, de con cierta medida.

1.º Aunque el ritmo y el metro se componen de pies, sin embargo, no es poco en lo que se diferencian; porque los ritmos, esto es, los números, constan de espacios de tiempo, y los metros también de orden; y, por lo tanto, lo uno parece de cantidad, lo otro de calidad. El ritmo es igual, como el dáctilo, porque tiene una sílaba igual a dos breves. La misma fuerza tienen otros pies, pero a sólo él se da este nombre. Y aun los muchachos saben que para la pronunciación de la sílaba larga se requieren dos tiempos, y para la de la breve sólo uno. O es séxuplo<sup>308</sup>, como el peón, cuya fuerza consiste en una larga y tres breves, y el opuesto a él, que se compone de tres breves y una larga, o de cualquier otro modo, unidos tres tiempos a dos hacen un séxuplo. O doble, como el yambo, porque se compone de una breve y una larga, y el opuesto a él. Llámense métricos -127- estos pies; pero hay esta diferencia, que en el ritmo es cosa indiferente que el dáctilo tenga las primeras sílabas breves o las siguientes, porque sólo el tiempo se mide de manera que desde el principio hasta el fin conste de los mismos espacios; en el verso no se podrá poner un anapesto o un espondeo por un dáctilo, ni un peón comenzará y acabará del mismo modo por breves. Y no sólo no admite un pie por otro el orden de los metros, sino que ni aun un dáctilo por un espondeo, o al revés. Y así si mezclas de otro modo los cinco dáctilos continuos o seguidos que están en aquel verso 1.º del libro 10 de la Eneida:

Panditur interea domus omnipotentis Olympi,

destruirás el verso.

2.º Mas la colocación debe juntar las palabras que ya ha aprobado, elegido y como señalado para sí; pues aun las ásperas, unidas entre sí, son mejores que las que nada significan. Sin embargo, vengo bien en que se elijan algunas, con tal que sea de aquellas que tienen igual significación y fuerza; puédense añadir, como no sean superfluas, y quitar si no son necesarias, y, aun por razón de las figuras, mudar los casos y los números, cuya variedad usada frecuentemente por razón de la composición suele ser gustosa, aun cuando carezca de armonía. También cuando la razón pide una cosa y otra la costumbre, úsese en la composición cualquiera de las dos cosas que se quisiere: Vitavisse o vitasse, deprehendere o deprendere. Tampoco negaré la concurrencia de las sílabas, y todo lo que no perjudicare a las sentencias o a la elocuencia. Mas en esto, lo que principalmente es necesario es el saber qué palabra es la que cuadra mejor en cada lugar. Y aquél compondrá mejor que hiciere esto únicamente por razón de la composición.

El orden de los pies es mucho más dificultoso en la prosa que en el verso. Lo primero, porque el verso se contiene -128- en pocas palabras; mas la prosa tiene muchas veces más largos rodeos; lo segundo, porque el verso es siempre semejante a sí y sigue de un mismo modo; mas la composición prosaica, si no es varia, no sólo ofende con la uniformidad, sino que se tiene por afectada.

3.º Todo el cuerpo de la composición (y para decirlo así), toda su contextura está también llena de números. Porque no podemos hablar sino por sílabas breves y largas, de las que se componen los pies. Sin embargo, en las cláusulas es en donde con especialidad se echa menos, si es que falta, y si no es donde más se descubre. Lo primero, porque todo sentido tiene su término y obtiene su natural espacio, del cual se separa en el principio del que sigue; lo segundo, porque los oídos, escuchando una voz continuada, y llevados como del torrente de las palabras que se van sucediendo unas a otras, juzgan mejor cuando aquel ímpetu ha parado y les ha dado lugar de discernir. No sea, pues, una cosa dura ni precipitada aquélla con que los ánimos en cierto modo respiran y se recobran. Esta cadencia es el asiento de la oración; esto es lo que el oyente espera, y por esto es por lo que se dan las aclamaciones.

En los principios de los períodos se requiere igual cuidado que en las cláusulas, porque en ellos está con atención el que está oyendo, y es más fácil observar las cantidades en el principio de los períodos, porque no dependen de los precedentes, ni tienen conexión con ellos, sino que toman un principio nuevo; mas la cláusula, aunque esté compuesta y sea numerosa, perderá toda su gracia, si llegamos a ella con alguna precipitación. Porque siendo grave, según parece, la composición de esta expresión de Demóstenes: *Proton men o andres athenaioi tois theois eucomai pasi, cai pasais*; y aquella otra, que sólo Bruto, que yo sepa, es quien la desapruueba, siendo del agrado de los demás; *Can mepo balle mede toxoue*: no falta quien reprende a Cicerón en estas dos expresiones: *Familiaris cœperat esse -129- balneatori*: y *non minus dura archipirata*. Porque *balneatori* y *archipirata* es un remate semejante a *pasi, cai pasais*, y a *mede toxoue*; mas en los períodos de Demóstenes las primeras palabras que preceden a la cláusula son más majestuosas, más ordenadas y sonoras que las de Tulio. Concluye éste estos períodos con dicciones de cinco sílabas cada una, lo cual, aun en los versos, es una cosa muy lánguida; y no sólo cuando se juntan de cinco en cinco las sílabas, como en éste de Horacio (*Sátiras, I, verso 100*): *Fortissima Tyndaridarum*, sino también cuando se juntan de cuatro en cuatro, cuando el verso concluye con estas palabras: *Apennino, armamentis y Oriona*. Por lo que esto debe también evitarse, para no usar al fin de palabras de muchas sílabas<sup>309</sup>.

En las palabras que se ponen en medio de la cláusula no es necesario cuidar que tengan entre sí unión, sino que no sean pesadas ni largas, y con la unión de muchas breves no se pronuncien como a saltos y causen un sonido casi como el de las sonajas de los muchachos, lo que en esta parte es uno de los vicios más grandes. Porque así como los principios y las cláusulas son de muchísima consideración siempre que el sentido empieza o acaba, así también en los medios se hacen algunos esfuerzos, que ligeramente hacen su pausa, como el pie de los que corren, aunque no se detiene, imprime su huella. Así que no sólo es conveniente que los miembros y los incisos estén bien trabajados, sino que aquel espacio que hay entre ellos, aunque sea continuado y no deje lugar a pausa, debe tener un cierto orden, a causa de las pausas imperceptibles que sirven como de grados para la pronunciación. Porque ¿quién dudará que es de solo un sentido y de una sola -130- respiración esta expresión de Cicerón (*Pro Cluentio*): *He advertido ¡oh jueces! que todo el discurso del acusador está dividido en dos partes? Y, sin embargo, las dos primeras palabras, las tres inmediatas, las otras dos que siguen y las tres últimas tienen sus ciertos números que detienen el aliento*. Considerando esto al modo con que los rígidos observadores del ritmo pesan estas menudencias, según que las sílabas son graves o agudas, largas o breves, lentas o veloces, la composición que de la unión de ellas resulta será, o rigurosa o licenciosa, perfectamente regular y periódica, o sin conexión alguna.

Algunas cláusulas hay también defectuosas y que quedan como en el aire si así se dejan; pero suelen juntarse y sostenerse con las siguientes, y con esto la continuación corrige el vicio que estaba al fin. Esta cláusula: *Non vult populus Romanus obsoletis criminibus accusari Verrem* (Cicerón, *Verrinas*, VII, 116), es una cosa dura si así se deja; pero cuando se continúa con las palabras que se siguen, aunque de su naturaleza distintas, es a saber: *Nova postulat, inaudita desiderat*, sigue bien el hilo de la oración. Si se dice: *Vt adeas, tantum dabis*, cerrará mal la cláusula, porque la última parte es de un verso trímetro. Sigue diciendo: *Vt cibum, vestitumque intro ferre liceat, tantum*. Todavía está en el aire el sentido; pero se afirma y se sostiene en la última: *Recusabat nemo*.

4.º Muy grande fealdad es si toda la oración se comprende en un verso, como también es deformidad si fuere verso parte de ella; asimismo la parte posterior queda suspensa en la cláusula, o además la primera en la entrada de ella. Pues lo contrario parece bien muchas veces, porque hay ocasiones en que la primera parte de un verso cierra muy bien, con tal que sea de pocas sílabas, con especialidad del senario y octonario. Esta expresión: *In Africa fuisse*, es principio de un senario y cierra el primer período en defensa de Quinto Ligario. *Esse videatur*, que es muy -131- frecuente, es principio de un octonario. Las últimas palabras de los versos vienen bien en el principio de la oración: *Etsi vereor, iudices, y animadverti, iudices*. Pero los principios de los versos no vienen bien a los principios de ella. Tito Livio comienza con el principio de un hexámetro: *Facturusne operæ pretium sim*. Pues así lo escribió, y está mejor que de la manera que se corrige. Tampoco los remates de los versos vienen bien con los de la oración, como cuando Cicerón dice: *Quo me vertam nescio*, que es el remate de un trímetro. Peor es concluir con el de un hexámetro, como cuando dice Bruto en las cartas: *Neque enim illi malum habere tutores aut defensores, quamquam sciunt placuisse Catoni*.

5.º Pero por cuanto he dicho ya que la oración consta de pies, también es necesario insinuar acerca de ellos alguna cosa; cuyos nombres, puesto que se dice que son varios, es preciso fijar el nombre que se le ha de dar a cada uno. En esto seguiré a Cicerón; pues éste imitó a los autores más excelentes de los griegos, a excepción de que me parece que no pasa de pies de tres sílabas, sin embargo de que usa del peón y el docmio<sup>310</sup>, <sup>311</sup> de los cuales el primero se compone de cuatro sílabas y el segundo de cinco. Sin embargo, no disimula él mismo que algunos los tienen por números y no por pies, y con razón, porque todo pie que pasa de tres sílabas se compone de muchos pies. Pues luego, constando cuatro pies de dos sílabas cada uno y ocho de tres, llamaremos espondeo al que consta de dos largas; pirriquo o, como le llaman otros, periambo, al que consta de dos breves; yambo, al de una breve y una larga, y al opuesto a éste, que se compone de una larga y una breve, nosotros lo llamaremos coreo, así como otros -132- lo llaman troqueo. Mas de los que se componen de tres sílabas, el dáctilo consta de una larga y dos breves; y es constante que el anapesto le es igual en los tiempos, pero al revés. Una sílaba breve, puesta entre dos largas, forma un anfímacro; pero más frecuentemente se le da el nombre de crético. El anfíbraco se compone de una larga entre dos breves; y el baquío de una breve y dos largas: mas si consta de dos sílabas largas delante de una breve, resultará el palimbaquío, que es al contrario. El troqueo, que quieren que se llame tribaquío los que al coreo dan el nombre de troques se compone de tres sílabas breves; el moloso de tres largas.

Todos estos pies entran en la prosa. Pero según que cada uno de ellos es más lleno por sus tiempos y más pausado por las sílabas largas, hacen la oración mucho más grave: las breves la hacen ligera y acelerada. Lo uno y lo otro hace al caso en algunas ocasiones. Porque si cuando es necesaria la ligereza se usan sílabas largas, resulta una cosa pesada

y llena de flojedad, y si cuando se requiere pesadez se usan las breves, con razón será desaprobada por su precipitación y ligereza.

Mas en las letras y en las sílabas no se muda su naturaleza, pero importa saber cuál se junta mejor con otra. Así que las sílabas largas tienen, como ya he dicho, muchísima autoridad y gravedad, y las breves ligereza; las cuales si se mezclan con algunas largas corren, mas si se juntan con otras breves parece que van saltando.

Y no sólo importa saber qué pie es el que cierra la cláusula, sino también cuál antecede, y hacia atrás no se han de repetir más que tres, y esto si es que no tuvieren más que dos sílabas (aunque no se ha de tener en esto la escrupulosa observación de los poetas), ni menos de dos, porque de otra suerte será pie y no número. Puede, no obstante, ponerse un solo dicoreo, si uno solo es el que consta de dos coreos; y asimismo un peón, que consta de un coreo -133- y de un pirriquo, el que se cree que es acomodado para los principios, o al contrario, el que se compone de tres breves y una larga, y que es el que asignan para la cláusula; de los cuales dos únicamente hablan los escritores de esta arte, dando el nombre de peón a todos los demás, de cualesquiera cantidades que sean, que pertenezcan a la oración. El pie docmio, que se compone de un baquio y de un yambo o de un yambo y un crético, es en las cláusulas grave y majestuoso.

El espondeo, del que usó muchísimo Demóstenes, es también siempre pesado de su naturaleza: si le precediere un crético, dirá muy bien; como en esta expresión: De quo ego nihil dicam nisi depellendi criminis causa. (Tullius, Pro Cael., número 31). Que viene a ser lo que dije arriba, que importa mucho saber si en sola una palabra se comprenden dos pies, o si uno y otro están libres. Porque así sale la expresión fuerte diciendo Criminis causa: floja si se dice archipiratæ; y más lánguida si precede un tribraquio, como facilitates, temeritates. Porque en la misma división de las palabras hay un cierto tiempo oculto, como en el espondeo que está en medio de un pentámetro; el cual, si no se compone del fin de una palabra y del principio de otra, no hace verso.

El dicoreo cerrará la cláusula si se le junta el mismo pie, lo que con muchísima frecuencia usaron los asiáticos. De lo cual Cicerón pone este ejemplo: Patris dictum sapiens, temeritas filii comprobavit. (De Oratore, número 211). El coreo debe tener delante de sí un pirriquo, como: Omnes prope cives virtute, gloria, dignitate superabat. (Cicerón, De Oratore, número 214).

También la cerrará el dáctilo, si la observación de la última no lo hace crético, como: Muliercula nixus in littore. Delante del dicho dáctilo vendrán bien un crético y un yambo, pero mal el espondeo, y peor un coreo. Cierra asimismo la cláusula el anfíbraco, como: Quintum Ligarium -134- in Africa fuisse (Pro Ligario, número 1)., a no ser que le queramos dar más bien el nombre de baquio.

El crético es el mejor para los principios, verbigracia: Quod precatus a diis immortalibus sum. (Por Murena, número 1)., y para las cláusulas, como: In conspectu populi romani vomere postridie. (Filípicas, II, número 65). Se ve claramente qué bien dicen delante de él, o un anapesto, o aquel que parece más acomodado para el remate, que es el peón. Pero el mismo se sigue después de él, como: Servare quamplurimos. (Cicerón, Pro Ligario, número 38).

Cuando yo he puesto los pies que anteceden no he establecido una ley de modo que no puedan ser otros, sino que solamente he mostrado lo que comúnmente suele suceder, lo cual al presente parece lo mejor. Y a la verdad vienen muy bien dos anapestos juntos, cual es el fin de un pentámetro o el ritmo<sup>312</sup>, que de él trajo su nombre, como: Nam ubi libido dominatur, innocentie leve præsidium est. Pues la sinalefa hace que las últimas

sílabas tengan el sonido de una sola. Mejor estará teniendo delante un espondeo o un baquío, como si mudares las mismas palabras *Leve innocentioe praesidium est*.

6.º Mas no tratamos aquí todo este punto con el fin de que el orador, que debe ser corriente y fluido en hablar, se envejezca en la medida de los pies y pesando las sílabas; porque esto no sólo es propio de un hombre miserable en la elocuencia, sino también de quien se ocupa en las mayores bajezas; y que el que se afanare en el cuidado de estas cosas, estará siempre distante de las que son más excelentes; puesto caso que abandonando el peso de las cosas y despreciando su hermosura, se ocupará, como dice Lucilio, en acomodar piedrecillas o azulejos, y los juntará entre -135- sí de modo que hagan juego y formen figura. ¿Por ventura el hacerlo así no resfría el ardor y detendrá la rapidez de la oración? A la manera que el cochero cuando enseña a los caballos a correr hace menor su carrera, y cuando arregla sus pasos a compás no puede caminar con tanta ligereza: como si los números no se hubiesen aprendido de la misma composición. Así como ninguno pondrá duda en que la poesía, que al principio era una cosa grosera, se fue formando de la medida del oído y de la observación de iguales cantidades, y después se inventaron en ella los pies. Así que el mucho ejercicio de escribir nos adiestra de tal manera en esto, que aun de repente podamos componer algunas cosas semejantes.

Pero no tanto se debe atender a los pies como al conjunto de ellos; así como los que componen un verso atienden precisamente a su total cadencia, no a las cinco o seis partes de que el verso se compone. Porque hubo versos antes que se observase que lo eran. Y a este propósito dice Ennio:

En versos se explicaban los poetas,

Que en otro tiempo Faunos y adivinos

Cantaban ignorantes de las reglas<sup>313</sup>.

Pues el mismo lugar que en el poema tiene la versificación, tiene la composición en la prosa<sup>314</sup>. Los oídos son los mejores jueces de ella, los cuales advierten las expresiones -136- llenas, echan menos las que no lo son, les ofenden las ásperas, las suaves les agradan, les hacen impresión las vehementes, aprueban las que son ciertas, advierten las defectuosas, y miran con fastidio las redundantes y superfluas. Y por lo tanto los sabios entienden el modo de componer, mas los ignorantes sólo perciben el gusto que de él resulta.

Mas algunas cosas hay que no pueden enseñarse por determinada regla, verbigracia: Si el caso con que comienza el período tiene alguna aspereza se ha de mudar; pero ¿puede darse regla del caso adonde y de donde hemos de pasar? Las figuras variadas muchas veces sirven de mucho a la composición aunque sea mala. ¿Cuáles son estas

figuras? No sólo las de palabras, sino también las de sentencias. Pues qué, ¿hay alguna regla acerca de esto? Es preciso aprovecharse de ella en ocasiones, y según las circunstancias que concurran se ha de deliberar. Y a la verdad las mismas cantidades que en esta parte son de la mayor consideración, ¿qué otros jueces pueden tener como no sea el oído? ¿Por qué unas expresiones con menos palabras han de ser bastante o demasiado llenas, y otras con más, breves y cortas? ¿Por qué causa en los períodos, aun cuando ya ha concluido el sentido, sin embargo, todavía parece que queda algún vacío? No ignoráis ¡oh jueces! que ésta ha sido en estos días la conversación del vulgo y la opinión del pueblo romano. (Cicerón, Verrinas, III, 1). ¿Por qué en esta oración usa más bien de la palabra *hosce* que de *hos*, no habiendo aspereza en decir de aquella manera? Tal vez no daré la razón y echaré de ver que está mejor. ¿Por qué no había de haber sido suficiente con que hubiera dicho Cicerón sólo *sermonem vulgi fuisse*, permitiéndolo la composición? Ignoro la causa, pero así como lo oigo, conoce el alma que esta expresión no es llena sin esta duplicación. Débense, pues, juzgar por el sentido. Y si pudieras tal vez discernir cuál es lo majestuoso, y cuál -137- lo agradable; lo harás mejor si te gobiernas más bien por la naturaleza que por el arte, y en la misma naturaleza hallarás arte.

7.º Lo que es absolutamente propio del orador, es el saber en qué ocasión ha de hacer uso de cada uno de los géneros de composición. Esta observación es de dos maneras: la una que se refiere a los pies, y la otra a los períodos que se componen de los pies. Y de éstos trataremos primero. Dijimos, pues, que hay incisos, miembros y períodos.

El inciso<sup>315</sup>, según mi dictamen, será cuando el sentido -138- cierra sin llenar el número: los más lo tienen por parte del miembro. Tal, pues, es el que usa Cicerón (Orator, 223). ¿Te faltaba casa? Pero la tenías. ¿Te sobraba el dinero? Pero estabas necesitado. También se hacen los incisos de cada una de las palabras, como: Dijimos, queremos poner testigos. La palabra *dijimos* es inciso.

El miembro es un concepto acabado con orden de palabras, pero separado de todo el cuerpo del período, y que por sí ninguna fuerza tiene. Porque este miembro, Oh callidos homines! es perfecto; pero separado de los demás, no tiene fuerza; como las manos, pies y cabeza, separados del cuerpo. Lo mismo debe decirse de este otro miembro: Oh rem excogitatum! Oh ingenia metuenda! ¿Cuándo, pues, comienza a formar un cuerpo? Cuando llega el último remate, a saber: Quem, queso, nostrum fefellit, id vos ita esse facturos? el que Cicerón juzga ser muy breve. Y así los incisos y los miembros casi siempre van interpolados y les falta el remate.

Muchísimos son los nombres que Cicerón da al período, tales son el de rodeo, círculo, comprensión, continuación y circunscripción. Dos son los géneros de períodos: uno sencillo, cuando un solo concepto se explica con un largo rodeo de palabras; y el otro que consta de miembros e incisos, y tiene muchos conceptos. Presentes estaban el carcelero y el verdugo del pretor (Verrinas, 117), y lo demás que sigue. Todo período tiene por lo menos dos miembros. La mitad del período parece que tiene cuatro; pero admite más frecuentemente. La medida que para esto usa Cicerón -139- es, o la de cuatro versos senarios, o concluir con la medida del mismo aliento. Lo que se debe observar es que deje perfecto el sentido; que sea claro de manera que se pueda entender, y nada desproporcionado para que se pueda conservar en la memoria. El miembro que es más largo de lo justo es pesado, y siendo más corto de lo regular no es majestuoso.

Siempre y cuando que fuere necesario perorar con vehemencia, con instancia y fortaleza, hablaremos por miembros separados y cortados. Pues esto vale muchísimo en la oración; y de tal manera se debe acomodar la composición a los asuntos, que en los ásperos se usen también necesariamente miembros ásperos, y que el oyente se horrorice igualmente que el que está hablando. En las narraciones usaremos también por lo

regular de la división de miembros; y si usamos de períodos, les daremos mayores intervalos, o, para decirlo así, nudos más largos; exceptuando aquellas narraciones que se hacen no tanto para enseñar cuanto para el adorno, como en la oración de Cicerón contra Verres, el rapto de Proserpina. Porque en estas narraciones conviene que el contexto de la oración sea suave y fluido.

El período es acomodado para los exordios de los asuntos de importancia, cuando la materia requiere que se muestre solicitud o hacer algún elogio de una persona o mover a compasión. Asimismo en los lugares oratorios y en toda amplificación, pero se requiere que sea cortado en las reprensiones y numeroso en las alabanzas. En los epílogos viene mucho mejor, mas en toda la oración se debe usar para que sea más numeroso el estilo de la composición, cuando el juez no sólo está hecho cargo del asunto, sino que también está prendado de la oración y se rinde al orador y se deja llevar del deleite que le causa.

Para la historia no tanto se requiere una composición numerosa como un cierto rodeo y textura de la oración. -140- Porque todos sus miembros tienen conexión a causa de ser seguida y fluida, como los hombres que aseguran el paso teniéndose agarradas las manos mutuamente, los cuales contienen y son contenidos a un mismo tiempo. Todo género demostrativo tiene los períodos más extensos y más libres; el judicial y forense, así como es vario por su materia, así también lo es por la misma colocación de las palabras.

En cuyo lugar debo tratar de la segunda parte de las dos de que poco ha hice mención. Porque ¿quién duda que hay expresiones que requieren suavidad, otras viveza, otras sublimidad, otras vehemencia y fuego y otras gravedad? ¿Y que para las graves, sublimes y adornadas son más del caso las sílabas largas? De manera que las suaves requieren un más largo espacio para su pronunciación, las sublimes y adornadas piden también la claridad de voces más bien que sus contrarias. Mejor acomodaría yo los pies más breves a los argumentos, divisiones y chanzas y todo lo que se asemeja más al estilo familiar.

Así que compondremos el exordio con variedad y según la naturaleza del asunto lo pidiere. Porque el ánimo de un juez se prepara con variedad; unas veces queremos que tengan compasión de nosotros, otras queremos ser modestos, otras fuertes, otras graves, otras suaves; unas veces queremos mover y otras exhortar a la diligencia y cuidado. Estas cosas, al paso que son diversas por su naturaleza, requieren asimismo también una distinta manera de componer. ¿Usó acaso Cicerón de unos mismos períodos en el exordio que compuso en defensa de Milón que el que dijo en favor de Cluencio y de Ligario?

En la narración son necesarios unos pies más lentos y por decirlo así más modestos, y con especialidad que estén mezclados de nombres. Porque así como muchas veces los versos la hacen más cortada, así también otras la hacen más subida; pero ella siempre se dirige a enseñar y a -141- imprimir las cosas en los ánimos, lo cual no es obra que se hace con apresuración. Toda la narración debe constar a mi parecer de miembros largos y períodos cortos.

Las razones fuertes y vehementes se expresan también en pies acomodados a su naturaleza, pero no como las que se componen de troqueos, los cuales son más breves, pero carecen de energía. Pero aun cuando estén mezcladas de breves y de largas, sin embargo no han de ser más las sílabas largas que las breves. Aquellas expresiones sublimes que se componen de palabras magníficas y claras, requieren también la grandeza del dáctilo y del peón, y aunque éstos por la mayor parte se componen de sílabas breves, sin embargo son bastante llenos por sus cantidades. Por el contrario las ásperas se avivan más con los yambos, no sólo porque se componen de dos sílabas y por lo tanto tienen, digamos así, más frecuente pulsación o movimiento, lo cual se opone a

la suavidad, sino también porque en todas sus partes se levantan, y pasando de las breves a las largas reciben aumento. Y por lo tanto son mejores los yambos que los coreos, los cuales constan de sílabas que pasan de largas o breves. Las cosas humildes, cuales son las que se usan en los epílogos, requieren sílabas largas y menos sonantes.

Finalmente, para acabar de una vez, la composición ha de ser por lo común del mismo modo que la pronunciación. ¿Acaso no manifestamos regularmente sumisión en los exordios, a no ser que sea preciso poner en movimiento al juez sobre el delito que se agrava o llenarle de indignación? En la narración ¿no usamos de palabras llenas y expresivas? En las razones ¿no tenemos viveza y somos prontos aun en el mismo movimiento de los afectos, así como en los lugares y descripciones numerosos y afluentes y de ordinario en los epílogos humildes y sumisos?

También tiene sus ciertos tiempos el movimiento del -142- cuerpo<sup>316</sup>, y la música usa de compases no menos para el baile que para el canto. Pues qué, ¿la voz en la pronunciación no se acomoda a la naturaleza de las mismas cosas de que hablamos? ¿Cuánto menos de maravillar es esto en los pies de que se compone la oración, debiendo manifestar las sublimes majestad, las suaves lentitud, las vehementes rapidez y fluidez las delicadas? Y así, cuando es necesario, aparentamos también hinchazón, como la que se contiene con especialidad en los espondeos y yambos:

Hyperoargus scepra mihi liquit

Pelops...<sup>317</sup>.

Las expresiones ásperas y que sirven para injuriar reciben nueva fuerza aun en el verso con los yambos:

Quis hoc potest videre? Quis potest pati,

Nisi impudicus, et vorax, et aleo?

(Catulo, 29).

Y hablando generalmente, en caso necesario, menos malo es que la composición sea dura y áspera que afeminada y sin nervio, como se ve en la de muchos, y cada día la hacemos más numerosa, dándole una uniforme cadencia como en el baile que se hace al compás de los instrumentos. Y ninguna composición habrá tan buena que deba ser siempre uniforme y constar siempre de unos mismos pies. Porque es una especie de versificación el observar en todos los discursos una misma regla, y esto causa tedio y fastidio, no sólo por la manifiesta afectación (cuya sospecha debe evitarse en extremo), sino también por la uniformidad. Y cuanto la composición tiene más dulzura dura menos; y el que se halla muy ocupado en el -143- cuidado de ella, tanto más crédito pierde y no hace impresión alguna ni causa conmoción, y el juez no puede darle crédito o compadecerse o enojarse por su medio, cuando piensa que está tan desocupado que se emplea en atender a los números. Y por esta razón algunos principios<sup>318</sup> deben de intento proponerse con sencillez, y el mayor esmero consiste en que no parezca que se han trabajado con estudio.

Pero en la composición no hemos de usar más largas transposiciones de palabras que lo que sea necesario, para que lo que hiciéremos para agradar con ella no parezca que es estudiado con este fin<sup>319</sup>. Y ciertamente ninguna palabra omitiremos que sea acomodada y del caso para la suavidad. Porque ninguna habrá tan dificultosa que no se pueda cómodamente insertar en la composición; pero en evitar tales palabras no buscamos la hermosura, sino la facilidad de la composición. Sin embargo, no me maravillo de que los latinos se dedicasen más a la composición que los atenienses, aunque tienen en las palabras menos variedad y gracia. Y no diré yo que fue falta en Cicerón el haberse algún tanto en esta parte separado de Demóstenes. Mas el último libro explicará cuál sea la diferencia de nuestra lengua y de la griega.

La composición (pues me doy prisa a concluir el libro, que ya pasa del límite que me había propuesto) debe ser hermosa, gustosa y varia. Las partes de que se compone -144- son orden, unión y armonía. Debe tenerse cuenta con lo que se añade, quita y trastorna. Su uso ha de ser según la naturaleza de las cosas de que hablamos. Grande debe ser el cuidado que en la composición se ha de tener; pero de tal manera que sea mayor el que se ponga en los conceptos y en acomodar las expresiones. El disimulo de este cuidado ha de ser particular, para que los números o pies que forman los períodos parezcan como nacidos, y no que han sido traídos y arrastrados violentamente.

## Libro décimo

### Capítulo I. De la afluencia de palabras

I. La facilidad de decir se adquiere leyendo, escribiendo y perorando. (A la lección se reduce el oír e imitar, al escribir el corregir y el meditar). El orador debe abastecerse de conceptos y de palabras. Ahora no se trata de la abundancia de los conceptos.-II. El acopio de palabras se debe hacer con juicio. Adquiérese oyendo y leyendo. Utilidades que de lo uno y de lo otro resultan. Que se deben leer los mejores libros y con método. Que aun en los mejores no es todo digno de alabanza.-III. ¿Cuánto y en qué términos hacen al caso al orador los poetas, los historiadores y los filósofos?-IV. Trátanse algunas cosas sobre la lección de los autores antiguos y modernos. De la variedad de opiniones acerca de esto.-V. Señala a cada uno de los más sobresalientes de los escritores griegos por sus virtudes. Primero a los poetas, los heroicos, elegíacos, yámbicos, líricos, trágicos y cómicos; en segundo lugar a los historiadores; en tercero a los oradores, y en cuarto a los filósofos.-VI. En los escritores latinos sigue el mismo orden.

I. Pero estos preceptos de la elocución, al paso que es necesario entenderlos bien, no son suficientes para formar un verdadero orador a no juntarse a ellos una cierta facilidad invariable que los griegos llaman exis, hábito o facilidad; -146- de la que no ignoro se disputan sobre si se adquiere mejor escribiendo o leyendo o perorando. Lo que deberíamos examinar con más cuidado si pudiéramos detenernos en sola una de cualquiera de estas cosas. Pero de tal manera están unidas y trabadas todas entre sí que, si alguna de ellas faltare, es inútil el trabajo acerca de las demás. Pues la elocuencia nunca hubiera sido sólida y nerviosa, si no hubiera cobrado fuerzas con el mucho ejercicio de escribir, y este trabajo sin el ejemplar de la lección, como que no tiene quién lo dirija, se hace inútil. Por otra parte, aquel que supiere de qué modo se ha de decir cada cosa si no tuviere dispuesta y como a la mano la elocuencia para todos cuantos lances ocurrieren, será como el que descansa sobre tesoros, pero para él están cerrados.

Mas al paso que cada cosa de por sí es necesaria, no por eso se ha de considerar inmediatamente como la más esencial para formar un orador. Porque en la realidad, consistiendo el oficio de éste en hablar elegantemente, la elocución es lo primero de todo, y que de aquí tuvo su principio esta facultad es cosa clara; después se le siguió inmediatamente la imitación, y últimamente también la diligencia o cuidado en el escribir. Pero como no se puede llegar a lo sumo sino por los principios, así en el discurso de la obra comienza a ser de menos consideración lo que es primero.

Pero no tratamos en este lugar de qué manera ha de formarse un orador (pues esto lo hemos explicado ya, o bastante, o a lo menos según hemos podido), sino que así como a un atleta, que ya lo ha aprendido todo perfectamente de su maestro, se le instruye sin duda alguna en qué género de ejercicios se ha de preparar para las peleas, así también al orador que ya supiere discurrir y disponer las cosas y hubiere entendido también el modo de escoger y colocar las palabras, le instruimos de qué manera podrá mejor y con mayor facilidad poner en ejecución -147- lo que ha aprendido. Ninguna duda, pues, hay en que debe proveerse de cierto caudal, del cual pueda echar mano siempre y cuando que lo hubiere menester. Este caudal se compone de la afluencia de conceptos y de palabras.

II. Pero los conceptos son propios de cada asunto, o comunes a pocos; de las palabras se ha de hacer acopio para todos; las cuales si de una en una hubiesen de acomodarse a cada uno de los conceptos, menor cuidado pedirían, porque todas ocurrirían inmediatamente con las mismas cosas. Pero siendo unas, o más propias o de más adorno, o más enérgicas, o de mejor sonido que otras, deben tenerse todas, no sólo conocidas, sino también a la mano y, para decirlo así, a la vista, para que cuando se presentaren al pensamiento del que dice, sea fácil la elección de la mejor de ellas.

A la verdad no ignoro que algunos han solido aprender una colección de vocablos, de una misma significación, para que con más facilidad les ocurriese uno de muchos; y cuando se habían aprovechado de alguno, si dentro de un breve rato les faltaba segunda vez la expresión, usaban otra con la que se entendiese lo mismo para evitar la repetición. Lo cual no sólo es una cosa pueril y un infeliz trabajo, sino también de poca utilidad, porque el que esto hace junta un montón de expresiones, del cual tomará sin discreción cualquiera que más pronto le ocurriere.

Mas nosotros, que atendemos a la energía de perorar y no a la verbosidad, propia de charlatanes, debemos hacer acopio de ellas con juicio. Esto lo conseguiremos leyendo y oyendo lo más selecto. Porque con este cuidado no sólo aprenderemos los nombres mismos de las cosas, sino para qué lugar es más acomodado cada uno. Pues casi todas las palabras, a excepción de algunas que son poco honestas, tienen lugar en la oración, y los escritores de los yambos y de la antigua comedia, aun en aquellas expresiones -148-

desvergonzadas, son alabados muchas veces; pero a nosotros entre tanto nos basta el preservar de ella nuestra obra. Todas las palabras (a excepción de las que he dicho) vienen muy bien en algunos lugares. Porque a veces es necesario usar de las humildes y vulgares; y las que en materia más culta parecen bajezas, cuando el caso lo pide se usan con propiedad.

Aunque sepamos todas estas palabras y tengamos noticia no sólo de su significación, sino también de sus diversas formas y medidas, de sus declinaciones y conjugaciones, no podemos entender sino leyendo y oyendo mucho de qué modo vienen bien en cualquier parte que se coloquen, porque aprendemos primero toda la lengua por los oídos. Por cuya razón los niños criados de orden de los reyes<sup>320</sup> en un desierto por amas mudas, aunque dicen que pronunciaron algunas palabras, sin embargo carecieron del ejercicio de la lengua.

Mas hay algunas cosas de tal naturaleza que pueden declararse con diversos términos, de manera que ninguna diferencia tienen en la significación de la que podamos mejor aprovecharnos; tales son *ensis* y *gladius*. Otras hay que, aunque sean nombres propios de algunas cosas, no obstante por traslación se refieren a un mismo sentido, como *ferrum* y *mucro*. Pues por abuso o catacresis llamamos sicarios a todos los que han hecho una muerte con cualquier género de arma. Otras las explicamos con muchísima claridad por un rodeo de palabras, cual es: *Et pressi copia lactis* (Églogas, III, verso 82), queriendo decir: abundancia de queso. Muchas variamos sólo por adorno, como: *Scio, non ignoro, non me fugit, non me præterit*. Lo sé, no ignoro, no se me oculta, no se me pasa, ¿quién lo ignora? Ninguno -149- pone duda en ello. Pero también puede tomarse una expresión de las que se le acercan en la significación. Pues estas expresiones entiendo, conozco y veo, muchas veces tienen una significación equivalente a la de sé. Cuya abundancia y riquezas nos proporcionará la lección de tal manera que podamos aprovecharnos de ellas, no sólo cuando ocurrieren, sino también cuando nos sea necesario. Porque no siempre significan una misma cosa entre sí estas palabras; y así como hablando del entendimiento, según que es una potencia del alma, no estará bien dicho *veo*, así también es buena expresión entiendo hablando de la vista material de los ojos. Y así como la palabra *puñal* no da a entender *espada*, así tampoco la palabra *espada* da a entender *puñal*.

Pero al paso que la afluencia de palabras se adquiere de esta manera, no precisamente por las palabras se ha de leer u oír. Porque los ejemplos de todo lo que enseñamos son tanto más poderosos, aun en las ciencias que se enseñan, cuando el que aprende ha llegado ya al estado de poderlos entender sin quien se los demuestre y continuar ya por sus propias fuerzas; porque lo que el maestro enseña por preceptos, el orador lo demuestra.

Mas unas cosas hay que perciben más los que leen y otras los que oyen. El que dice, mueve con el aliento mismo, y pone fuego, no con la imagen y contorno de las cosas, sino con las cosas mismas. Porque todas las cosas tienen su vida y movimiento, y oímos con favor y cuidado aquellas cosas nuevas como recién nacidas. Y no sólo nos mueve la mala situación de la causa, sino también la de los mismos que peroran. Además de esto, la voz y acción primorosa y acomodada, según cada lugar lo pidiere, y el modo de pronunciar de mayor energía y, para decirlo de una vez, todas las prendas enseñan igualmente.

En la lección es más acertado el juicio; porque, cuando oímos, cada uno juzga de lo que oye según qué le mueve -150- o la inclinación hacia el que habla, o los clamorosos aplausos de los demás oyentes. Porque nos avergonzamos de ser de contrario sentir que otros, y por una como oculta vergüenza estamos inhibidos de dar más crédito a nosotros mismos, siendo así que a veces no sólo agradan a muchos las cosas defectuosas, sino

que algunos alaban aun aquello que les desagrada, sólo porque se lo han pagado<sup>321</sup>. Pero al contrario sucede también, que de una cosa muy bien dicha no forman los oyentes buen concepto, sino malo. La lección es libre y no pasa con el ímpetu de la acción, sino que muchas veces se puede repetir, o ya se dude, o ya se quiera imprimir profundamente en la memoria. Volvamos, pues, a leer lo mismo que hubiéremos leído; y así como tragamos la comida después de haberla mascado, y casi liquidado, para que con mayor facilidad sea digerida, así también la lección se ha de pasar a la memoria e imitación, no en toda su crudeza, sino después de haberla ablandado y como masticado con mucha repetición.

Por largo tiempo no se ha de leer sino un libro, siendo excelente, y que de ninguna suerte induzca a error a quien se entrega a su elección; pero esto ha de ser con cuidado, y casi con la solicitud que se pone para escribir, y no sólo se han de inquirir en él todas las cosas por partes, sino que leído el libro enteramente se ha de volver a leer de nuevo, y con especialidad aquella oración cuyos primores se ocultan también frecuentemente de propósito. Porque el orador hace la cama muchas veces, disimula y arma algunas celadas, y dice en la primera parte de la oración lo que tal vez le ha de hacer mucho al caso en la última. Y así es que dichas en su lugar algunas cosas, no nos parecen tan bien, porque ignoramos todavía la razón por que -151- se han dicho, y así debe repetirse la lección de ellas, después de habernos hecho ya cargo de todo.

También es cosa muy útil el tener conocimiento de aquellos asuntos de que tratan las oraciones que leyéremos, y siempre que ocurriere leer la defensa que por una y otra parte se hubiere hecho, como la de Demóstenes y Esquines, y las que son opuestas entre sí, como las de Servio Sulpicio y de Mesala, de los cuales el uno peroró a favor de Aufidias y el otro en contra de él, y la de Polión y Casio, siendo el reo Aspernates, y otras muchísimas. Y también algunas de ellas, si pareciesen desemejantes, serán también del caso para hacerse cargo de la controversia de los pleitos, como las de Tuberón contra Ligario y de Hortensio en favor de Verres, que son contra las oraciones de Cicerón.

Además de esto, será útil el saber qué motivo hubo para escribir dichas oraciones. Pues Calidio peroró a favor de la causa de Cicerón, y Bruto escribió una oración en defensa de Milón, sólo por ejercitarse, aunque Cornelio Celso juzga falsamente que él fue el que le defendió. Y Polión y Mesala defendieron a los mismos. Y cuando yo era muchacho andaban en manos de todos las insignes oraciones de Domicio Afro, Crispo Pasieno y Décimo Lelio en defensa de Voluseno Catulo.

Ni debe inmediatamente persuadirse el que lee que todo cuanto han dicho los grandes autores es una cosa excelente. Pues también ellos tienen sus yerros, y se echan con la carga, y se dejan arrastrar de aquello de que más gusta su inclinación, y no siempre están templados, sino que a veces les falta el aliento; y así es que a Cicerón le parece que Demóstenes se duerme algunas veces, y lo mismo cree Horacio acerca de Homero. Porque aunque estos autores son muy consumados, pero son hombres; y a aquéllos que tienen por una ley inviolable de la elocuencia todo lo que en ellos han hallado, les sucede que imitan lo peor (porque -152- esto es más fácil), y les parece que son fieles imitadores con adquirir la mayor parte de los defectos de los escritores grandes.

Sin embargo, acerca de tan grandes sujetos se debe juzgar con modestia y circunspección, para no condenar lo que no entendemos, como a la mayor parte sucede. Y en caso de dar en uno de los dos extremos, más vale que a los lectores les agrade todo lo que estos autores contienen, que el que muchas de sus cosas les desagraden.

III. Teofrasto dice que al orador le es muy del caso la lección de los poetas, y muchos siguen su dictamen y no sin razón. Porque en éstos se aprende viveza en los pensamientos, sublimidad en las palabras, un total movimiento en los afectos y el

decoro de las personas, y los ingenios en cierto modo adelgazados, con especialidad con el ejercicio forense cotidiano, se reforman hasta adquirir su perfección por el atractivo que encuentran en cosas semejantes. Y por esta razón, Cicerón juzga que debemos detenernos en esta lección.

Debemos, sin embargo, tener presente que no en todas las cosas debe imitar el orador a los poetas, ni en la libertad de las expresiones, ni en la licencia de las figuras, y que todo aquel género de estudios de que se hace acopio para la ostentación, fuera de que tiene por objeto único el recrear, y para esto finge no solamente cosas falsas, sino también algunas increíbles, tiene también algún apoyo que lo sostiene; que obligados a cierto determinado número de pies, no siempre pueden hablar con propiedad, sino que, apartándose del camino recto, se ven en la precisión de acudir a algunos rodeos de palabras, y no solamente quedan obligados a mudar ciertas palabras, sino a aumentarlas, corregirlas, colocarlas de otro modo y dividir las; pero nosotros sólo tenemos que estar armados en el campo de batalla, decidir en los asuntos más graves y esforzarnos a conseguir la victoria.

-153-

Ni se ha de dejar que se amohezcan las armas con el poco uso, sino que reluzcan de manera que su mismo brillo cause espanto, como el que tiene una espada, que a un mismo tiempo hace impresión en la vista y en el ánimo; no como el resplandor del oro y de la plata, sin defensa y más bien peligroso a quien lo tiene.

La historia puede también dar alguna substancia a la oración con su jugo suave y gustoso. Pero de tal manera se ha de leer ésta, que no se nos olvide que las más de sus virtudes las debe evitar un orador. Porque se acerca mucho a los poetas, y es en cierta manera verso suelto; y se escribe para referir sucesos, no para dar pruebas de ellos, y que es una obra que se compone no para lo actual de lo sucedido y para la pelea que se propone como una cosa presente, sino para la memoria de la posteridad y para la fama del ingenio. Y por esta causa hace que sea menos fastidiosa la narración con las expresiones sueltas y figuras extrañas.

Y así, como dejó dicho<sup>322</sup>, ni hemos de imitar aquella brevedad de Salustio, que es la cosa más bien acabada para los oídos desocupados y eruditos en presencia de un juez distraído en varios pensamientos y las más veces falto de erudición, ni aquella fluencia como de leche que en el estilo de Livio se observa instruirá bastante a aquél que no busca la hermosura de la narración, sino la verdad de ella. A esto se junta que Marco Tulio es de opinión que ni aun el Tucídides o el Jenofonte son útiles al orador, sin embargo de que conceptúa que el uno toca al arma y que por boca del otro hablaron las Musas.

Podemos, sin embargo, usar alguna vez en las digresiones del adorno de la historia con tal de que en aquellas cosas sobre que fuere la controversia tengamos presente que no tenemos músculos de atletas, sino brazos de soldados<sup>323</sup>, -154- y que aquel vestido de colores diferentes de que dicen usaba Demetrio Falereo no viene bien para el ejercicio forense.

Otra utilidad se saca también de las historias, y es de las mayores, pero no pertenece al presente lugar: la cual proviene de la noticia de los sucesos y ejemplos en los cuales con especialidad debe hallarse instruido el orador para no mendigar todas las autoridades del litigante, sino tomar cuidadosamente las más de ellas de la antigüedad, después de tenerlas bien sabidas; éstas son tanto más poderosas, cuanto ellas solas carecen de sospecha de odio y pasión.

Pero es culpa de los oradores el que tengamos que acudir muchas veces a la lección de los filósofos, a causa de habérseles aquéllos cedido en la parte más excelente de su obra. Porque es muchísimo lo que tratan y disputan con agudeza acerca de lo justo, honesto,

útil y lo contrario de esto, y de las cosas divinas; y aun los socráticos preparan muy bellamente al que ha de ser orador con disputas y preguntas. Pero aun en estas cosas se debe tener también tal discreción, que aun cuando nos ejercitemos en unos mismos asuntos, tengamos entendido que no es una misma la naturaleza de los pleitos que la de las disputas, la del foro, la del auditorio, y la de los preceptos que la de la práctica.

IV. Siendo tan grande la utilidad que a mi juicio resulta de la lección, creo que los más pretenderán que diga también en esta obra qué autores se han de leer, y qué particular virtud tiene cada uno de ellos. Mas el dar una noticia exacta de cada uno de ellos sería una obra interminable. Porque gastando Cicerón tantos millares de versos - 155- en su Bruto para sólo hacer mención de los romanos oradores, y esto sin haber dicho cosa alguna de ninguno de sus contemporáneos con quienes él vivía, a excepción de César y Marcelo, ¿cuándo tendría fin este catálogo, si yo quisiese hacer mención de todos ellos, y de los que después se les siguieron, y de todos los filósofos y poetas griegos? Téngase, pues, por la cosa más segura aquella muy sucinta expresión que trae Livio en la carta que escribió a su hijo, que los autores que se deben leer son Demóstenes y Cicerón; y después de éstos si se hubiere de leer a otros, sea según que cada uno de ellos se pareciere más a Demóstenes y a Cicerón.

Pero tampoco debo yo ocultar cuál sea en esto mi modo de juzgar. Porque estoy en el entender de que pocos, o por mejor decir apenas uno, puede encontrarse de aquéllos que se acomodaron a la antigüedad que no haya de acarrear algún provecho a los que se dedican a la defensa de los pleitos; siendo así que Cicerón confiesa que le sirvieron muchísimo aquellos antiquísimos autores, en verdad ingeniosos, aunque faltos de artificio. Y no es muy diferente mi modo de pensar acerca de nosotros. Porque ¿quién sino muy pocos podrán hallarse tan faltos de juicio que ni aun con la más pequeña confianza de algún seguro partido hayan esperado la memoria de la posteridad? De los cuales si alguno hay, al primer folio descubrirá inmediatamente la hilaza, y antes que de él tengamos alguna prueba cierta, nos obligará a que le dejemos con grande pérdida de tiempo. Mas no todo aquello que pertenece a alguna ciencia es acomodado también para formar el lenguaje de que tratamos.

Mas antes de hablar separadamente de cada uno de los autores, es necesario decir algunas cosas en general acerca de la variedad de opiniones que hay acerca de ellos. Pues algunos piensan que sólo deben leerse los antiguos, y les parece que en ningún otro es natural la elocuencia -156- y energía o nervio propio de los hombres. A otros los deleita esta moderna lozanía y amenidad del lenguaje y toda composición que sirve para el recreo de la ignorante multitud. Algunos hay también que desean imitar el buen estilo. Otros finalmente tienen por un estilo puro y verdaderamente ático aquél que se compone de expresiones concisas, sin concepto y que casi no se diferencian del estilo familiar. Algunos se prendan de la grandeza del ingenio que va acompañada de claridad y de viveza y que está llena de espíritu. Muchos hay que son amantes del estilo suave, adornado y compuesto. De la cual diferencia discurriré con más cuidado cuando trate acerca del estilo.

V. Entre tanto tocaré sumariamente qué fruto pueden sacar y de qué lección los que pretendan proceder con seguridad en la facultad de la elocuencia. Porque es mi intención hacer un extracto de algunos pocos autores que son los más sobresalientes. Y a los estudiosos les será fácil discernir cuáles son los más semejantes a éstos para que ninguno se queje tal vez de que no se ha hecho mención de aquéllos que eran más de su gusto. Porque confieso que se deben leer algunos más de los que yo señalaré. Pero al presente continuaré con la manera de lección que con especialidad conviene a los que intentan ser oradores.

1.º Pues así como Arato cree que por Júpiter debe comenzarse la astrología, así me parece que nosotros debemos comenzar según buen orden por Homero. Porque éste (así como él mismo dice que la abundancia de aguas de las fuentes y ríos tiene el principio de su corriente del Océano) sirvió de ejemplo y de modelo a todas las partes de que se compone la elocuencia. Ninguno ha excedido a éste, ni en la sublimidad tratando de cosas grandes, ni en la propiedad hablando de cosas pequeñas. Él mismo, alegre y conciso, gustoso y grave, y prodigioso no menos por su afluencia que por su concisión, es el más eminente, -157- no sólo en la excelencia propia de un poeta, sino también en la de un orador.

Porque pasando en silencio las alabanzas que él hace, sus exhortaciones y modos de consolar, ¿no desenreda por ventura todas las marañas de los pleitos y estratagemas, ya sea en el libro nono en que se contiene la embajada enviada a Aquiles, o ya en el primero en el que se hace mención de la desavenencia entre los capitanes, o en las sentencias que en el segundo libro se contienen? Por lo que pertenece a los afectos, ya sosegados, ya violentos, ninguno habrá tan ignorante que no confiese que este autor los tuvo en su mano.

Pues por lo que hace a esto, ¿por ventura no guardó, o por mejor decir, no estableció la ley de los exordios en los muy pocos versos que puso en el principio de uno y otro de sus poemas? Porque se hace benévolo al oyente con la invocación de las diosas que creían presidir a los poetas; se le hace atento proponiendo la grandeza de las cosas, y dócil haciéndole entender ligeramente el todo del asunto. ¿Mas quién puede hacer una narración que tenga más brevedad que la del que da noticia de la muerte de Patroclo? ¿Quién puede contar un hecho con más viva expresión que el que cuenta la batalla de los curetes y etolos? Además de esto, las semejanzas, las amplificaciones, los ejemplos, las digresiones, los pelos y señales de las cosas y las razones para probar y refutar son en tanto número, que aun aquéllos que han escrito acerca de las artes toman de este poeta muchísimas de las razones que proponen. Y por lo que hace a epílogo, ¿cuál podrá jamás igualarse con aquellas plegarias que Príamo hace a Aquiles?

¿Qué más? En las expresiones, en los conceptos, en las figuras y en la disposición de toda la obra, ¿no supera la humana capacidad? De tal manera que puede llamarse un hombre grande el que, no digo imite sus primores, porque -158- esto es imposible, sino el que los comprenda. Así que éste se los dejó sin duda a todos muy atrás en todo género de elocuencia, pero con especialidad a los heroicos, porque en una materia semejante es ciertamente más clara la comparación.

Rara vez es elevado Hesíodo, y gran parte de su obra se emplea en nombres propios; sin embargo, tiene sentencias provechosas acerca de los preceptos, suavidad de palabras y de composición no desagradable, y se le da la preferencia en aquel estilo mediano.

Por el contrario, en Antímaco es digna de alabanza la energía y gravedad y el modo de hablar nada vulgar. Pero aunque los gramáticos convienen en darle casi el segundo lugar, carece enteramente de afectos y de dulzura, disposición y artificio, de tal suerte que se descubre claramente cuán distinta cosa es ser semejante de tener el lugar segundo.

Paniasis tiene mucho de ambos poetas, según la opinión común, pero en la elocución no llega a las virtudes del uno ni del otro; pero que, sin embargo, excede al uno en la materia y al otro en el orden de la disposición.

Apolonio<sup>324</sup> no entra en la lista que ponen los gramáticos, porque Aristarco y Aristófanes, jueces de los poetas, a ninguno contaron de los de su tiempo; sin embargo, dio a luz una obra nada despreciable por la igualdad constante que observa en el estilo mediano.

La obra de Arato carece de moción, como que en ella ninguna variedad se encuentra, ningún afecto, ninguna persona, ni discurso en boca de alguno; pero a esta obra le basta el haberse parecido a la de aquél a quien creyó haberse igualado.

-159-

Teócrito es admirable en su línea, pero aquella musa rústica y pastoril teme comparecer, no sólo en el foro, sino aun en la misma ciudad<sup>325</sup>.

Por todas partes me parece que oigo decir a los que hacen un catálogo de poetas: pues qué, ¿los Pisandros no escribieron bien las hazañas de Hércules? Y a Nicandro, ¿imitaron inútilmente Macro y Virgilio? ¿Y qué omitiremos a Euforión, a quien si no hubiera leído a Virgilio jamás hubiera hecho mención en las Bucólicas de los versos compuestos por la Sibila cumea? ¿Y por ventura Horacio pone en vano a Tirteo después de Homero?

Y a la verdad ninguno hay tan ajeno del conocimiento de estos poetas que no pueda seguramente trasladar en sus libros un índice tomado de la Biblioteca. Sé, pues, muy bien a los que paso en silencio y ciertamente no los condeno, y más habiendo dicho que de todos ellos se saca alguna utilidad; mas ya volveremos a tratar de ellos después que hayamos recobrado y restablecido las fuerzas. Que viene a ser lo mismo que muchas veces practicamos en las comidas opíparas, que después que estamos hartos de los más exquisitos manjares, sin embargo el variar nos es gustoso, aunque sea la comida más grosera.

Entonces nos quedará lugar para haber a las manos la elegía de la que es tenido por el príncipe Calímaco. Filetas ha ocupado el segundo lugar, según confiesan muchísimos. Pero mientras pretendemos conseguir aquella constante facilidad, como ya he dicho debemos ejercitarnos en los mejores autores, y la razón se ha de asegurar y formar el estilo más con la continua lección de uno solo que con la de muchos.

Y así de los tres autores yámbicos admitidos por juicio de Aristarco, sólo Arquíloco hará al caso para adquirir -160- la facilidad. Porque es muy grande la energía de la elocución de este, y sus conceptos no sólo son valientes, agudos y penetrantes, sino que tienen muchísima vehemencia y nervio, en tanto grado que a alguno les parece que el ser inferior a cualquiera es defecto de la materia de que trata, no de su ingenio.

Mas Píndaro es con mucha razón el príncipe de los nuevos poetas líricos por la magnificencia de su espíritu, por sus conceptos, figuras, felicísima afluencia de pensamientos y de palabras y como cierto río de elocuencia, por lo que con razón cree Horacio que ninguno es capaz de imitarle.

De cuán grande ingenio sea Estesícoro, muéstranlo sus obras, ya sea cuando celebra las muy grandes guerras y muy esclarecidos capitanes, o ya cuando con el verso lírico interrumpe la gravedad del poema épico. Porque tanto en la acción como en el lenguaje da a las personas el decoro que les es debido, y si hubiera guardado moderación parece que hubiera sido el primer imitador de Homero, pero es redundante y tiene muchas superfluidades, lo cual al paso que es reprehensible es vicio de la afluencia.

A Alceo en la primera parte de su obra con razón se le ofrece el plectro de oro porque reprende a los tiranos; también contribuye mucho a la reforma de las costumbres, y en la elocución es breve, magnífico, exacto y muy semejante a Homero, pero desciende a tratar de entretenimientos inútiles y amores, y sin embargo es más acomodado para asuntos grandes.

Simónides tiene el estilo tenue, y por otra parte puede ser recomendable por la propiedad de su lenguaje y cierta dulzura; sin embargo, es tan particular su gracia para mover a compasión, que algunos en esta parte le anteponen a todos los autores que tratan de la misma materia.

La antigua comedia no solamente es casi la única que conserva aquella sencilla gracia del estilo ático, sino también -161- de la libertad en la más grande afluencia de palabras, y aunque es particular en reprender los vicios, tiene no obstante muchísimo nervio en las demás partes. Porque es magnífica y elegante y hermosa, y no sé si alguna otra después de Homero (a quien como a un Aquiles es justo siempre exceptuar) es más semejante a los oradores o más acomodada para formarlos. Muchos son los escritores de ella, pero los principales son Aristófanes, Éupolis y Cratino.

El primero que dio a luz tragedias fue Esquilo, poeta sublime, grave, y muchas veces magnífico por extremo, pero por la mayor parte grosero y desaliñado; por cuya razón los atenienses permitieron a los poetas posteriores presentar las fábulas de este corregidas a censura, y de este modo lograron muchos el laurel.

Pero mucho más ilustre hicieron esta materia Sófocles y Eurípides, de los cuales cuál sea el mejor poeta está en duda entre muchísimos, siendo así que su estilo es diferente. Y a la verdad yo dejo esto indeciso, puesto que nada importa a la presente materia. Lo que es preciso que confiesen todos es que Eurípides es mucho más del caso para los que se preparan a la defensa de los pleitos. Porque éste no sólo se acerca más en su lenguaje al estilo oratorio (lo cual reprenden aquéllos a quienes la gravedad y estilo propio de la tragedia de Sófocles parecen más sublimes), sino que está lleno de sentencias, y en lo que los sabios enseñaron es casi igual a ellos, y en el decir y responder es digno de compararse con cualquiera de los que fueron eminentes en la elocuencia del foro. En los afectos no sólo es maravilloso, sino que también es muy particular en aquéllos en que entra la compasión.

Menandro admiró y siguió en extremo a éste, como él mismo asegura, aunque en materia diferente; el cual sólo, en mi juicio, leído con cuidado, es suficiente para imitar todo cuanto en estos preceptos proponemos; tan al vivo copió toda la imagen de la vida, tan grande es su afluencia -162- en la invención y su facilidad en la elocución, y en tanto grado se acomoda a todas las cosas, personas y afectos. Y alguna inteligencia tuvieron los que juzgaron que Menandro fue el autor de las oraciones que andan publicadas en nombre de Carisio. Pero a mí me parece que este orador se hace mucho más recomendable en su obra, exceptuando aquellos malos conceptos que se contienen en las que él intituló epitrepontas, epicleros y lochos, o las reflexiones contenidas en la psofoda y nomotetes e hipobolimeo, las cuales no están en todas sus partes perfectas y acabadas<sup>326</sup>.

Sin embargo, me parece que éste aprovechará más que otros cómicos a los declamadores, porque éstos según la naturaleza de las controversias tienen la precisión de revestirse de muchas personas, de padres, de hijos, de maridos, de soldados, de rústicos, de ricos, de pobres, de enojados, de suplicantes, de apacibles y de un natural áspero. En todo lo cual este poeta observa admirablemente el decoro, y verdaderamente hizo menos famosos a todos los autores de la misma materia, y con cierto resplandor de su claridad los obscureció.

No obstante, los otros cómicos, si se leen sin notar escrupulosamente sus defectos, tienen algunas cosas que se pueden extractar, y con especialidad Filemón, el cual así como por el mal modo de juzgar que se tenía en su tiempo muchas veces fue antepuesto a Menandro, así por el común consentimiento de todos mereció ser reputado por el segundo después de él.

2.º Muchos escribieron de historia bellamente, pero ninguno duda que a dos principalmente se les debe dar la preferencia sobre todos, cuya gracia, aunque por diferente estilo, mereció casi igual alabanza. Éstos son Tucídides -163- y Herodoto, de los cuales el uno es lacónico y breve y siempre consiguiente, y el otro suave, claro y afluyente; aquél mejor para la moción de afectos, éste para la calma de ellos; aquél para

los razonamientos, éste para las conversaciones; aquél por la energía y éste por el deleite.

Teopompo, que es el que se sigue después de éstos, así como en la historia es inferior a los sobredichos, así parece que tiene más semejanza de orador, como quien lo había sido por mucho tiempo antes de dedicarse a esta materia. Filisto, que también es acreedor a que después de los tres buenos autores se le prefiera a los demás, imita a Tucídides, y al paso que es mucho menos enérgico es algún tanto más claro.

Éforo, según el parecer de Isócrates, carece de viveza. El ingenio de Clitarco es alabado, pero tiene fama de faltar a la verdad. Largo espacio de tiempo después nació Timágenes, el cual es digno de alabanza aunque no sea más que porque volvió a su ser con nueva alabanza la industria de escribir historias, que había ya cesado. El no haber colocado entre éstos a Jenofonte no ha sido falta de memoria, sino porque debe ser contado entre los filósofos.

3.º Síguese una grande multitud de oradores, pues llegó a haber a un mismo tiempo diez en Atenas, de los cuales Demóstenes fue sin duda el príncipe y el que dio la ley para perorar; tan grande es su energía, todo cuanto dice tiene tanta conexión y como si estuviera con ciertos nervios asegurado tiene tanta firmeza, tan precisas son todas sus palabras y tal su modo de decir, que hallarás que ni le falta ni le sobra cosa alguna. Esquines es más lleno y más afluente, y cuanto menos conciso es parece más elevado, pero tiene más carne que nervios. Hipérides es con especialidad dulce y agudo, pero más acomodado, por no decir más útil, para las causas triviales.

Lisias, más antiguo que éstos, es sutil y elegante, y si a un orador le basta el enseñar, no encontrarás cosa más -164- perfecta. Porque ninguna cosa tiene inútil ni sobrepuesta, y sin embargo, es más parecido a una pura fuente que a un caudaloso río. Isócrates en diferente modo de decir es adornado y tiene aliño, y es más acomodado para el lucimiento y pompa que para la contienda, e imitó todas las gracias del decir, y con razón, porque él se había ensayado para los auditorios, no para los tribunales; en la invención tiene facilidad, ama lo honesto, y en la composición es tan esmerado que se tacha su solicitud.

Mas no estoy en el entender de que estos autores tienen tan solamente las virtudes de que yo he hecho mención, sino que son las principales que ellos tienen, ni creo que los demás fueron menores. Antes bien, confieso que aquel Demetrio Falereo (sin embargo de que dicen fue la causa de la decadencia de la elocuencia) tuvo mucho ingenio y facundia, y que es digno de memoria, aunque no sea más que porque es casi de los últimos de Atenas que puede ser llamado orador, a quien Cicerón prefiere a todos en el estilo mediano.

4.º ¿Quién pondrá duda en que de los filósofos de quienes Marco Tulio confiesa haber aprendido muchísima elocuencia Platón es el principal, ya por la agudeza en el discurrir y ya por una cierta homérica y divina facilidad que tiene en el decir? Porque se eleva mucho sobre el estilo prosaico que los griegos llaman pedestre, de manera que no tanto me parece que es movido del impulso de un humano ingenio como de un oráculo de Delfos.

¿Mas qué diré de aquella dulzura de Jenofonte, ajena de afectación y a la que ninguna imitación puede llegar, de tal manera que las mismas gracias parece que hablaron por su boca? El mismo testimonio de la antigua comedia que se alega acerca de Pericles, puede apropiarse justísimamente a éste; a saber: que en sus labios moraba alguna diosa para persuadir.

¿Qué diré de la elegancia de los demás filósofos socráticos? -165- ¿Qué de Aristóteles, de quien no sé si fue más esclarecido por la ciencia de las cosas, o por la multitud de sus escritos, o por la suavidad de su elocuencia, o por la agudeza de su

invención, o variedad de sus obras? Y Teofrasto tiene un tan divino primor en su lenguaje, que por él dicen que adquirió el nombre que tuvo<sup>327</sup>.

Los antiguos filósofos estoicos se dedicaron menos a la elocuencia; pero no sólo dieron consejos para seguir el bien, sino que contribuyeron mucho a ello juntando y demostrando los preceptos que habían dado; más agudos en los pensamientos que magníficos en las expresiones, de lo que ciertamente no hicieron gala.

VI. También en los autores romanos hemos de seguir el mismo orden.

1.º Y así como en los griegos comenzamos por Homero, así para comenzar por los latinos nos servirá de un felicísimo principio Virgilio, el más inmediato a él sin duda alguna entre todos los poetas griegos y nuestros de su clase. Y aun diré aquellas mismas palabras que siendo joven aprendí de Domicio Afro, el cual preguntándole yo quién creía él que se acercaba más a Homero, me respondió: Después de Homero, Virgilio es el segundo y se acerca más al primero que al tercero. Y a la verdad, aun cuando le hagamos inferior a aquel ingenio celestial e inmortal, tiene no obstante más cuidado y exactitud por lo mismo que tuvo más que trabajar; pues cuanto nos exceden los que son más eminentes que nosotros, tal vez lo recompensamos haciéndonos iguales a ellos.

Lejos de éste seguirán todos los demás. Porque Macro y Lucrecio se deben leer, pero no para tomar de ellos el lenguaje, esto es, el cuerpo de la elocuencia; cada cual es -166- elegante en la materia que trata, pero el uno es humilde y el otro dificultoso. Atacino Varrón<sup>328</sup>, intérprete de la obra de otro, no es despreciable en aquella obra que le hizo famoso, pero es poco el caudal de elocuencia que tiene para adquirir en su lectura más facilidad en el decir. A Ennio le debemos venerar como a los bosques consagrados por la antigüedad, en los cuales los elevados y antiguos robles no tanto sirven de hermosura cuanto infunden respeto a la religión.

Otros hay más propios y más del caso para este lenguaje de que tratamos. Ovidio guarda poca gravedad aun en los asuntos heroicos y es demasiado pagado de su ingenio; sin embargo, es en algunas partes digno de alabanza. Mas Cornelio Severo, aunque es mejor versificador que poeta, si no obstante hubiera escrito, como queda dicho, toda la guerra de Sicilia al tenor del primer libro, se apropiaría justamente el lugar segundo. Pero una muerte temprana no le permitió llegar a hacerse consumado; sin embargo, las obras que escribió siendo aún jovencito muestran su muy grande talento, y con especialidad el admirable deseo que aun en aquella edad tenía del buen estilo.

Mucho hemos perdido poco ha en Valerio Flaco. Vehemente y poético fue el ingenio de Saleyo Baso, pero le faltó la madurez propia de la senectud. Rabirio y Pedón deben también leerse si hay lugar. Lucano es fogoso y de viveza, y muy claro en sus pensamientos, y para decir lo que siento, más bien debe contarse entre los oradores que entre los poetas.

Hemos nombrado a éstos solamente porque a Germánico Augusto<sup>329</sup> le apartó de la profesión de estos estudios el -167- cuidado del gobierno, y no se contentaron los dioses con que fuese el más grande de todos los poetas. Sin embargo, ¿qué cosa más sublime, más docta, y finalmente más excelente en todas sus partes que las obras que este mismo había siendo joven comenzado cuando le hicieron general? Porque ¿quién cantaría mejor las guerras que el que las desempeñó? ¿A quién oirían con más gusto las diosas que presiden a las ciencias? ¿A quién descubriría más bien sus ardidés la familiar deidad de Minerva? Diranlo esto con más extensión los siglos venideros. Porque al presente esta alabanza se obscurece con el resplandor de las demás virtudes. Pero no llores a mal ¡oh César! que cuando estoy recorriendo el sagrado alcázar de las ciencias no pase en silencio esto que confirmo con aquel verso de Virgilio en la Égloga VIII, verso 13:

Permite que la hiedra

Con laureles mezclada vencedores,

Trepe en torno tus sienes.

En la elegía nos las apostamos aun con los griegos, en la que Tíbulo me parece un autor muy terso y elegante. Algunos hay que gustan más de Propertio. Ovidio es más lascivo que los dos, así como Galo es más duro.

La sátira es toda nuestra, en la cual el primero que consiguió insigne alabanza fue Lucilio, el que tiene todavía algunos tan apasionados que no dudan en darle preferencia, no sólo a los escritores de la misma materia, sino también a todos los poetas. Mas yo, cuanto me aparto de su modo de pensar, tanto me aparto del de Horacio, que es de opinión que Lucilio tiene un estilo turbio y que hay en él algunas cosas que se pueden quitar. Porque tiene una admirable -168- erudición y libertad, y de aquí es que tiene acrimonia y bastante chiste.

Mucho más terso y puro es Horacio, y es singular en reprender las costumbres de los hombres. Persio mereció mucha y verdadera gloria aunque con un solo libro. Son aun el día de hoy esclarecidos los que en adelante se nombrarán.

Otra especie de poesía hay también anterior a la sátira, la que compuso Terencio Varrón, el más erudito de todos los romanos, que no sólo se reduce a la variedad de versos. Escribió éste muchísimos libros llenos de doctrina como muy instruido en la lengua latina en toda la antigüedad, letras griegas y en las nuestras; sin embargo, tiene más de ciencia que de elocuencia.

El yambo no es a la verdad celebrado de los romanos como una obra propia suya, algunos lo usan interpolado, su acrimonia se ve en Catulo, Bibáculo y Horacio, sin embargo de que éste mezcla los versos epodos<sup>330</sup>.

Pero de todos los líricos casi sólo el mismo Horacio es digno de ser leído, pues algunas veces se remonta, y no sólo está lleno de dulzura, belleza y variedad de figuras, sino de expresiones valientes dichas con la mayor felicidad. Si al dicho poeta quieres juntar algún otro, sea éste Cesio Baso, a quien conocí poco ha; pero los ingenios de los que actualmente viven le llevan mucha ventaja.

Acio y Pacuvio son escritores muy ilustres de la tragedia por la gravedad de sus sentencias, peso de palabras y autoridad de las personas. Pero falta en sus obras el primor y delicadeza que debían tener, no tanto por culpa suya, cuanto del tiempo en que vivieron. Sin embargo, a -169- Acio le hacen más nervioso, y a los que se precian de entendidos les parece que Pacuvio tiene más fondo. El Tiestes, de Vario, puede ya compararse con cualquier obra de los griegos. La Medea, de Ovidio, me parece que es una evidente prueba de cuán excelente pudo ser aquel poeta, si hubiera querido más bien moderar su genio que dejarse llevar de él. De los que yo he leído es el principal

Pomponio Segundo, a quien los antiguos tenían por poco diestro en la tragedia, sin embargo de que confesaban que era sobresaliente en la erudición y en la belleza de su estilo.

En la comedia somos muy defectuosos aunque diga Varrón, siguiendo el parecer de Elio Estilón, que si las Musas quisiesen hablar en latín, hubieran hablado por boca de Plauto; por más que los antiguos ensalcen con alabanzas a Cecilio, y se atribuyan a Escipión el Africano los escritos de Terencio, sin embargo de que en su clase son los más elegantes y todavía tendrían más belleza si se hubiera contentado con usar sólo de los trímetros. Apenas alcanzamos una ligera sombra de la comedia griega, de manera que estoy en el entender que el lenguaje romano no admite aquella hermosura concedida a solos los atenienses, siendo así que los griegos en ninguna otra lengua la consiguieron. Afranio es excelente en las comedias togadas<sup>331</sup>, y ojalá no hubiera contaminado sus argumentos con amores manifestando en esto sus costumbres.

2.º Mas no ceden en la historia los latinos a los griegos, ni tengo reparo en contraponer a Salustio al Tucídides, y no lleve a mal Herodoto que le iguale Tito Livio, el cual no sólo en la narración tiene una extraña suavidad y pureza acompañada de muy grande claridad, sino que en las arengas es más elocuente de lo que se puede decir, así -170- que todo lo trata en un estilo acomodado a la materia y a las personas; pero por lo que toca a los efectos, con especialidad aquéllos que requieren más dulzura, para decirlo en una palabra, ninguno de los historiadores les ha dado más realce. Y por lo tanto consiguió aquella inmortal viveza de Salustio con diferentes virtudes. Y me parece a mí que dijo bien Servilio Noniano, que más tienen de iguales que de semejantes; este mismo es tenido entre nosotros por hombre de grande ingenio y lleno de sentencias, pero menos conciso de lo que pide la autoridad de la historia, la que poco tiempo antes desempeñó perfectamente Baso Aufidio en los libros que escribió de la guerra de Alemania, y en todos ellos es digno de alabanza por su estilo, pero en algunos no empleó toda la fuerza de su talento.

Resta aún uno que es el decoro y gloria de nuestra edad, sujeto digno de la memoria de los siglos, de quien en otra ocasión se hará mención; ahora ya se entiende quién es<sup>332</sup>. Tiene apasionados, más no imitadores, de manera que le hizo perjuicio la libertad que se tomó, aunque quitó mucho de lo que había trabajado. Pero aun en lo que ha quedado de sus obras se echa de ver un espíritu bastante levantado, y unos conceptos que tienen mucho de atrevimiento. Otros escritores buenos hay, pero nosotros tocamos ligeramente los principales de ellos, no revolvemos las bibliotecas.

3.º Viniendo a los oradores latinos, pueden igualarse en la elocuencia con los griegos. Y yo no tengo dificultad en contraponer con toda seguridad a Cicerón a cualquiera de ellos. Y no se me oculta cuántos adversarios me concilio, especialmente no siendo mi intento compararle al presente -171- con Demóstenes, ni viniendo al caso tampoco, y más cuando yo soy de opinión que Demóstenes es el primero que debe ser leído, o por mejor decir, aprendido de memoria.

En la mayor parte de sus virtudes creo yo que son parecidos, como también en la idea, en el orden, en el modo de dividir, de preparar y proponer las razones, y finalmente en todo lo que pertenece a la invención. En la elocución se diferencian algún tanto; aquél es más conciso, éste más afluyente; aquél concluye más reducido, éste disputa con más amplitud; aquél siempre con agudeza, éste frecuentemente además de la agudeza tiene peso en sus palabras; a aquél nada se le puede quitar, a éste nada añadir; aquél es más artificioso, éste más natural.

En los chistes y en mover la compasión (que son los dos más principales afectos) les sacamos ventaja. Y quizá esto nace de que quitó los epílogos la costumbre de Atenas<sup>333</sup>. Pero el diferente genio del latín no nos concedió a nosotros aquello que los

atenienses miran con admiración. Mas en las cartas, aunque de uno y de otro se conservan, no tenemos disputa.

Pero nos es preciso ceder en que aquél fue primero y en gran parte hizo a Cicerón tan grande como es. Pues yo creo que Marco Tulio, habiéndose enteramente dedicado a la imitación de los griegos, imitó la energía de Demóstenes, la afluencia de Platón y la dulzura de Isócrates. Y no sólo consiguió con este estudio lo mejor que halló en cada cual de ellos, sino que con felicísima abundancia sacó de ellos muchísimas, o, por mejor decir, todas las virtudes de su ingenio inmortal. Porque no se entretiene en recoger las aguas lluvias (como dice Píndaro), sino que mana como de una fuente viva, criado por cierto don de -172- la Providencia, para que en él experimentase la elocuencia hasta adonde podía llegar.

Porque ¿quién hay que pueda enseñar con más diligencia ni mover con más eficacia? ¿Quién tuvo jamás tanta dulzura? De manera que parece que le conceden voluntariamente aquello mismo que saca por fuerza, y cuando con la fuerza de su elocuencia lleva inclinado a su dictamen al juez, no tanto parece que es por él arrebatado como que voluntariamente le sigue. Además de esto, en todo lo que dice infunde tanta autoridad que da vergüenza apartarse de su opinión, y no tanto hace creer que ejerce el oficio de abogado como el de testigo o juez. También a veces le ocurren naturalmente y sin trabajo todas estas cosas, cada una de las cuales apenas podría discurrir alguno sin grandísimo cuidado; y aquél su modo de decir, que es la cosa más agradable al oído, muestra no obstante la más dichosa facilidad.

Por lo que con razón dijeron los hombres de su tiempo que reinaba en los tribunales, y en la posteridad ha conseguido que el nombre de Cicerón no se tenga por nombre de un hombre, sino de la elocuencia. En éste, pues, tengamos puesta la mira; a éste nos propongamos por dechado. Aquél entienda haber hecho progresos a quien Cicerón agrade sobre todos.

Mucha invención y sumo esmero tiene Asinio Polión, en tanto grado que a algunos les parece ya excesivo; tiene también bastante idea y espíritu; pero dista tanto de la belleza y dulzura de Cicerón, que puede parecer de un siglo antes.

Pero Mesala es elegante y puro, y en su estilo manifiesta en cierto modo nobleza, pero tiene poco nervio.

Gayo César, si tan solamente se hubiera ocupado en el ejercicio del foro, a ninguno otro de los nuestros se le podría poner en competencia con Cicerón. Tan grande es su energía, tal su agudeza y su viveza tal, que se descubre -173- que él escribió con el mismo espíritu con que peleaba. Adorna también todos sus escritos con una extraña elegancia de estilo, de la que fue verdaderamente cuidadoso.

Mucho ingenio tuvo Celio, y con especialidad en reprender usó de mucha cortesanía, y fue un sujeto digno de haber tenido más sana intención y más dilatada vida.

A algunos he hallado que daban la preferencia a Calvo sobre todos; otros, por el contrario, he encontrado que creían que por el demasiado rigor que usaba contra sí había perdido el verdadero vigor. Pero su estilo es grave y autorizado, puro, y muchas veces también vehemente. Imitó a los atenienses, y la muerte arrebatada le hizo injuria, si es que algo más tenía que añadir a sus escritos, no para quitar nada de ellos.

Servio Sulpicio mereció con razón ilustre fama por tres oraciones. Casio Severo ofrecerá muchas cosas dignas de imitarse, si se lee con discreción; el cual, si a las demás virtudes hubiera añadido el fuego y gravedad de la oración, debería ser colocado entre los primeros. Porque tiene muchísimo ingenio, extraña acrimonia, urbanidad y muy grande energía; pero consultó más su gusto que la razón; además de esto, así como sus gracias son amargas, así también su amargura viene frecuentemente a ser una cosa ridícula.

Hay también otros muchos autores elocuentes, que sería cosa larga contar. De los que yo he visto, Domicio Afro y Julio Africano son los más excelentes. Aquél por el artificio de sus palabras y por todo su estilo debe tener la preferencia, y sin reparo se le puede colocar en el número de los antiguos; éste tiene más viveza, pero pasa de raya en el cuidado de las palabras, y en la composición alguna vez es harto dilatado y de poca moderación en las traslaciones.

Había poco ha bellos ingenios; pues Trácalo fue por la mayor parte sublime y bastante claro, y de quien se podía -174- creer que aspiraba a lo mejor, pero peroró siendo ya de muchos años. Porque lo bien entonado de su voz, cual no he oído en ninguno, su pronunciación y buen talento podían servir aun para los teatros; finalmente, todo lo que toca al exterior lo tuvo de sobra. Vibio Crispo es adornado y gustoso, y como nacido para recrear, pero mejor para las causas particulares que para las públicas.

Si hubiera sido más larga la vida de Julio Segundo, hubiera seguramente logrado una muy esclarecida fama de orador. Porque hubiera añadido, como añadía a sus demás virtudes, lo que se podía desear; esto es, que hubiera sido mucho más vehemente, y muchas veces, no poniendo tanto esmero en la elocución, se hubiera cuidado de las cosas; pero sin embargo de haberle interrumpido la muerte su trabajo, se ha hecho un grande lugar. Tal es su facundia, tan grande su gracia en explicar lo que quiere; tan castizo, suave y hermoso es su estilo; tanta la propiedad de las palabras aun tropológicas, y tanta la significación aun de las expresiones atrevidas.

Los que después de nosotros escribieren acerca de los oradores, tendrán a la verdad grande materia para alabar a los que ahora florecen. Porque en el día hay muy grandes ingenios que hacen ilustre el foro, porque los abogados consumados se estimulan con los antiguos y los imitan, y sigue la industria de los jóvenes que aspiran a lo más excelente.

4.º Restan ahora los que escribieron de filosofía, en cuya materia hubo muy pocos elocuentes en Roma. De éstos fue uno el mismo Marco Tulio, el cual, no sólo en todas sus obras, pero aun en esta materia, imitó a Platón. Bruto, excelente en esta materia y más aventajado que en sus oraciones, desempeñó lo grave de los asuntos, y se conoce que sentía aquello mismo que dijo. Mucho escribió también Cornelio Celso, siguiendo a los escépticos con adorno y elegancia. Planco, entre los filósofos estoicos, es útil para -175- el conocimiento de las cosas. Entre los epicúreos, Cacio es autor a la verdad de poca consideración, pero no desagradable.

A Séneca, hombre versado en todo género de elocuencia, he dejado de intento para lo último por la falsa opinión que se ha extendido de mí, creyéndose que yo le condeno y aun que le tengo aborrecimiento. Lo cual me está sucediendo justamente en una ocasión en que me esfuerzo en restituir a su antigua severidad el estilo corrompido y estragado con toda suerte de vicios. Además de que casi sólo éste ha andado siempre en las manos de los jóvenes, y no era ciertamente mi intención quitársele, sino que no podía sufrir que le diesen la preferencia a otros mejores a quienes él no había cesado de desacreditar<sup>334</sup>, porque, conociendo la diferencia de su estilo, desconfiaba de poder dar gusto a quienes ellos agradaban. Amábanlo, pues, más de lo que le imitaban, y tanto se apartaban de él cuanto él se había alejado de los antiguos. Porque de otra suerte deberían desear hacerse iguales, o a lo menos acercarse a aquel varón. Pero agradaba solamente por los vicios, y cada uno se dedicaba a imitar los que podía. Y después, jactándose de decir como Séneca, le infamaban.

Por otra parte, sus virtudes fueron muchas y grandes; su ingenio claro y magnífico; su estudio muchísimo, y grande el conocimiento que tuvo de todas las cosas, en que, sin embargo, fue engañado alguna vez por algunos a quienes él encargaba averiguasen algunas cosas. Trató también casi toda la materia de estudios, pues andan en manos de

todos sus oraciones, sus poemas, sus cartas y sus diálogos. En la filosofía es poco exacto, pero reprende excelentemente los vicios.

Tiene muchas y excelentes sentencias, y muchas cosas -176- que se deben leer para el arreglo de las costumbres; pero en la elocución por la mayor parte es defectuoso, y su estilo es tanto más perjudicial, cuanto abunda de vicios halagüeños. Porque se desearía que él hubiera escrito por su ingenio, pero por el juicio de otro. Pues si hubiera despreciado algunas cosas, si se hubiera contentado con menos, si no se hubiera pagado tanto de sus obras y si no hubiera disminuido el peso de las cosas con conceptillos, hubiera merecido más bien la aprobación universal de los eruditos que el amor de los muchachos.

Pero con este conocimiento pueden también ya dedicarse a su lectura los que ya tienen seguridad y suficiente firmeza en el estilo grave, aunque no sea más que porque puede servir para ejercicio del discurso por una parte y por otra. Porque muchas cosas se hallan en él dignas de alabanza, como he dicho, y muchas también dignas de admiración, con tal de que se tenga cuidado en la elección, lo que ojalá él hubiera hecho. Pues aquel natural, que llevó a debido efecto todo lo que quiso, merecía que su voluntad se hubiera inclinado a mejores cosas.

-177-

## Capítulo II. De la imitación

I. Que la imitación es útil y necesaria. Que ninguno se debe contentar con lo que han inventado otros, sino que cada uno debe inventar alguna cosa. Que no sólo se debe uno esforzar en igualarse con los autores que imita, sino también en excederlos.-II. Que debemos poner cuidado en los autores que imitamos y en lo que de ellos nos proponemos imitar. Cada uno en la imitación consulte sus fuerzas.-III. Que se debe guardar el decoro de la materia y cuidar de no dedicarse únicamente a un solo estilo o a un autor sólo.-IV. La imitación no ha de reducirse precisamente a las palabras, sino mucho más a las ideas.

I. De todos estos y de los demás autores dignos de leerse, no sólo se ha de tomar la afluencia de las palabras, la variedad de las figuras y el modo de componer, sino que el entendimiento ha de esforzarse a la imitación de todas las virtudes. Porque ninguno puede dudar de que gran parte del arte se contiene en la imitación. Pues así como lo primero fue inventar, y esto es lo principal, así también es cosa útil imitar lo que se ha bien inventado. Y es tal la condición de toda la vida, que deseamos hacer nosotros mismos aquello que nos parece bien en otros. De aquí es que los niños imitan la forma de las letras para aprender a escribir; los músicos la voz de sus maestros; los pintores las pinturas de los antiguos, y los labradores no pierden de vista la imitación del cultivo de los campos que ha aprobado la experiencia. Vemos, finalmente, que los principios de cualquier ciencia se van formando según aquel objeto que se han propuesto. Y a la verdad, por precisión hemos -178- de ser o semejantes o desemejantes de los buenos. Rara vez hace la naturaleza a uno semejante a otro, al paso que la imitación lo hace con frecuencia.

Pero por lo mismo que el conocimiento de las cosas por imitación nos es más fácil a nosotros que a los que tuvieron modelos que imitar, es perjudicial si no se hace con cautela y discreción. Ante todo, pues, la imitación por sí sola no es suficiente, porque es propio de ingenio lerdo contentarse con lo que han inventado otros. Porque ¿qué hubiera de haber sucedido en aquellos tiempos en que no hubo a quién imitar, si los hombres ninguna otra cosa hubieran pensado hacer o discurrir, sino lo que tenían ya

sabido? A la verdad, ninguna cosa hubieran inventado. Pues, ¿por qué razón no hemos de poder nosotros inventar lícitamente cosa que antes no se haya usado? Si aquellos hombres ignorantes no tuvieron más guía para inventar tantas cosas que la razón natural, ¿no nos hemos de mover nosotros a discurrir, cuando sabemos con certeza que los que discurrieron inventaron? Y siendo así que ellos que de ninguna cosa tuvieron maestro alguno dejaron muchísimos escritos a la posteridad, ¿no nos servirán de algún provecho a nosotros todas aquellas cosas para inventar otras? ¿Y ninguna cosa tendremos que no sea por beneficio ajeno, semejantes a algunos pintores que ponen todo su estudio únicamente en aprender a copiar pinturas con medidas y con líneas?

Cosa es también vergonzosa contentarse con igualar a lo que se imita. Porque de lo contrario, ¿qué había de suceder si ninguno hubiera hecho más que aquél a quien imitaba? Entre los poetas nada más habría que Livio Andrónico, y entre las historias no tendríamos más que los anales de los pontífices; todavía navegaríamos en pequeñas barcas; no habría más pintura que la que formasen los contornos de la sombra de los cuerpos puestos al sol. Y si todo lo miramos con reflexión, ninguna facultad está en el -179- día como cuando se inventó ni como estuvo en sus principios; a no ser que con especialidad condenemos tal vez a estos nuestros tiempos como participantes de esta infelicidad por cuanto ahora últimamente ninguna cosa se aumenta. Porque ninguna cosa hay que tome aumento con sola la imitación. Conque si no se nos permite añadir alguna cosa a los primeros, ¿cómo podemos esperar que haya orador alguno perfecto, y más cuando en los más grandes que hemos conocido ninguno se ha encontrado todavía en el que no se eche menos alguna cosa o tenga que corregir?

Mas aun aquéllos que no aspiran a la suma perfección en la oratoria, deben más bien esforzarse a exceder a otros que a imitarlos. Porque quien hace por ponerse delante de otro, tal vez aunque no le pase, se quedará igual con él. Pero ninguno puede igualar a aquél en cuyas huellas cree que debe ir poniendo los pies; porque preciso es que siempre vaya detrás el que sigue a otro.

A esto se junta el que las más veces es más fácil hacer más que lo mismo. Porque la semejanza tiene tan grande dificultad que ni la naturaleza misma ha podido en esta parte hacer que aun las cosas que más viva semejanza tienen entre sí no se distinguan con alguna diferencia.

Además de que todo aquello que se parece a otra cosa es necesario que sea inferior a aquello a que se parece, como la sombra respecto del cuerpo, el retrato respecto de su original, y el ademán de los comediantes respecto de los afectos verdaderos. Lo cual sucede también en las oraciones. Porque las que nos proponemos imitar tienen su propio ser y verdadera energía; por el contrario, toda imitación es sobrepuesta y se acomoda al intento de otro. De lo que resulta que las declamaciones tienen menos energía y vigor que las oraciones; porque en éstas la materia es verdadera, y en aquéllas es fingida.

Júntase a esto que las prendas más grandes que tiene -180- un orador, cuales son el ingenio, la invención, la energía, la facilidad y todo lo que no enseña el arte, no se pueden imitar. Y de aquí es que los más, cuando han tomado algunas palabras de las oraciones o algunos determinados pies de composición, ya les parece que imitan primorosamente lo que han tomado; siendo así que las palabras pierden su uso y prevalecen en algunos tiempos como que la regla más fija que ellas tienen es la costumbre, y en sí consideradas ni son buenas ni son malas (no siendo más que sonidos naturales), sino según la oportunidad y propiedad o impropiedad con que se combinan, y como la composición sea acomodada a los asuntos, es muy agradable por la misma variedad.

II. Por tanto en esta parte de estudios debe examinarse todo con el mayor cuidado. En primer lugar, a quiénes hemos de imitar; porque hay muchísimos que han deseado

imitar lo más feo y abominable. En segundo lugar debemos examinar qué intentamos imitar en aquellos autores que nos propusimos. Pues aun en los grandes autores ocurren algunas cosas defectuosas y que los doctos entre sí mismos se reprenden mutuamente; y ojalá que a los que imitan lo bueno les condujese la imitación a lo mejor, como a los que imitan lo malo conduce a lo peor.

Mas aquéllos a lo menos que han tenido bastante discreción para evitar los defectos, no se han de contentar con copiar la imagen de la virtud, y por decirlo así, sola la corteza, o por mejor decir aquellas figuras de Epicuro que dice que salen de la superficie de los cuerpos. Esto acontece a aquéllos que sin conocer a fondo la verdadera belleza se proponen por modelo una oración, por decirlo así, a la primera ojeada; y cuando les ha salido con suma felicidad la imitación no se diferencian mucho en las expresiones y armonía, pero no consiguen la energía del decir ni de la invención, sino que las más veces caen en peores defectos e incurren en los vicios que más semejanza -181- tienen con las virtudes, y en lugar de ser sublimes se hacen hinchados; en vez de ser concisos no tienen substancia; en vez de ser esforzados se hacen temerarios; de alegres, faltos de vigor; de numerosos, malsonantes, y de sencillos, descuidados.

Y de aquí proviene que los que desgraciada y desordenadamente han imitado cualquiera de aquellos fríos y vanos discursos, se tienen por iguales a los antiguos; los cuales, careciendo del ornato y de las sentencias, pretenden igualarse con los áticos; siendo oscuros por razón de sus cortadas cláusulas, piensan que dejan atrás a Salustio y a Tucídides; los de estilo seco y descuidado pretenden competir con Polión; los superfluos y desmayados, si alguna cosa dicen alguna vez que tenga algún más largo rodeo, juran que Cicerón no hubiera hablado de otra manera. Algunos he conocido que creían haber imitado lindamente aquel divino estilo de decir que este varón tenía con sólo haber puesto en la cláusula esse videatur. Así que lo primero es que cada uno entienda lo que va a imitar, y que sepa por qué razón es bueno.

Después de esto, para tomar esta carga consulte con sus fuerzas. Porque algunas cosas hay inimitables, para las que, o no es suficiente la debilidad de la naturaleza, o la diversidad del genio las repugna. El que tuviere ingenio débil no apetezca solamente lo fuerte y escabroso; y el que tal vez lo tenga fuerte, pero fogoso, deseando ser sutil, no sólo perderá el vigor, sino que no conseguirá la elegancia que apetece. Porque ninguna cosa hay más fuera de propósito que cuando lo suave se hace con aspereza.

Mas yo hice ver al maestro de quien di la idea en el segundo libro, que no debía enseñar sólo aquello a que viese que cada cual de los discípulos se sentía naturalmente dispuesto. Porque él debe fomentar lo bueno que en cada uno de ellos encontrare, y en cuanto fuere posible añadirles lo que les falta, y corregir y mudar algunas cosas; -182- porque él es el que rige y forma los ingenios de los otros; y es cosa dificultosa formar su natural. Y aun cuando el tal maestro desee que sus discípulos tengan todas las buenas prendas con la mayor perfección, sin embargo no empleará su trabajo en aquél en quien viere que la naturaleza le sirve de impedimento.

III. También debemos evitar el proponernos por objeto de nuestra imitación a los poetas e historiadores en la oración, o a los oradores y declamadores en una obra de historia o poesía (en lo que la mayor parte yerra). Cada cual tiene su ley y su hermosura. Ni la comedia se eleva usando de los coturnos, ni por el contrario, la tragedia usa del zueco. Tiene, no obstante, la elocuencia alguna cosa común a todos géneros: imite, pues, lo que es común.

Los que se han dedicado solamente a un solo estilo tienen también este defecto, que si les ha petado la aspereza de alguno, no se desnudan de ella aun en un género de causas suave y que pide serenidad; si la debilidad y desnudez en las causas que piden aspereza y gravedad no corresponden al peso de las cosas; siendo así que las causas no sólo son

por su naturaleza diversas entre sí mismas, sino que en cada una de ellas lo son también las partes; y unas cosas se deben decir con suavidad, otras con aspereza, unas con viveza, otras con lentitud, unas para enseñar y otras para mover; de todo lo cual es distinto y diverso el orden que las cosas tienen entre sí.

Y así yo no aconsejaría a ninguno que de tal manera se entregase a la imitación de uno solo que en todas las cosas le siguiese. Demóstenes, el más perfecto de todos los griegos, es no obstante más excelente en algún lugar que en otro; tiene muchísimas cosas que imitar; pero ni aun aquél que más se debe imitar ha de ser sólo el imitado. Mas alguno dirá: pues qué, ¿no basta decirlo todo como lo dijo Marco Tulio? Para mí ciertamente bastaría, si pudiera conseguirlo enteramente. ¿Pero qué daño haría imitar en -183- algunos lugares la energía de César, la aspereza de Celio, la exactitud de Polión y la discreción de Calvo? Porque prescindiendo de que es propio de un hombre prudente convertir, si puede, en propia substancia lo mejor que se encuentra en cada uno; teniendo en medio de tan grande dificultad puesta la mira en una sola cosa, apenas se consigue alguna parte de ella. Por lo que siéndole casi negado al hombre el imitar enteramente el autor que se ha escogido, pongamos delante de nuestros ojos lo bueno que hay en muchos para que lo uno haga unión con lo otro, y lo acomodemos adonde cada cosa convenga.

IV. La imitación (y esto mismo lo repetiré muchas veces) no se haga tan solamente en las palabras. En donde se debe poner todo el cuidado es en reflexionar cuán bien guardaron aquellos hombres el decoro en las cosas y personas, cuál fue su idea, cuál la disposición y en cuánto grado se dirigen todas las cosas a triunfar de los ánimos, aun aquéllas que parece que se ponen para deleitar, qué hacen en el exordio, cuál es el orden que observan en la narración y de cuán varias maneras la hacen, en qué consiste la fuerza de probar y de refutar, a cuánto se extiende la ciencia de mover los afectos de todas especies y cómo sacaban utilidad de la misma alabanza popular, la cual es muy honrosa cuando naturalmente nos sigue, no cuando es buscada de propósito. Si todo esto previéremos, será verdadera nuestra imitación.

Mas el que a todo esto añadiere sus propias prendas, de manera que supla lo que faltare y corte lo que hubiere superfluo, este tal, que es el que buscamos, será perfecto orador, a quien en la presente ocasión más bien que nunca le convenía llegar a su última perfección, habiendo de sobra tantos más modelos de bien hablar que los que tuvieron los que aun el día de hoy son consumados. Y será también alabanza suya el que se diga que excedieron a sus antecesores y enseñaron a la posteridad.

-184-

### Capítulo III. Del modo de escribir

I. Cuán grande sea la utilidad de escribir.-II. Qué se debe escribir con el mayor cuidado: este cuidado es necesario a los principios.-III. Reprende la pesadez odiosa de algunos en escribir. Alega ejemplo. Para la prontitud en el escribir hará al caso el tener bien meditada la materia. Reprende el desidioso descuido de otros.-IV. Condena la costumbre de dictar. Que un sitio retirado es acomodado para escribir, mas no los bosques y las selvas.-V. En qué términos es útil la vela de por la noche.-VI. Si conviene escribir en tablillas enceradas o en vitela y de qué modo.

Éstos son los medios que exteriormente se ponen para alcanzar la elocuencia; mas en aquellas cosas que hemos de adquirir nosotros mismos, trae también grandísima utilidad la pluma, al paso que es una cosa que de suyo cuesta trabajo. Y con razón la llama Marco Tulio causa y maestra excelentísima de decir. El cual parecer, atribuyéndolo a

Lucio Craso en las disertaciones que compuso acerca del orador, juntó su dictamen con la autoridad de aquél.

Es necesario, pues, escribir con el mayor cuidado y lo más que se pueda. Porque así como la tierra cuanto más profundamente es cavada se hace más fecunda para producir y hacer crecer las semillas, así también el aprovechamiento que resulta de un estudio profundo produce más abundantes frutos en las letras y los conserva con mayor felicidad. Pues a la verdad, sin este conocimiento de que se requiere haber trabajado mucho en escribir, aquella misma facilidad de hablar de repente sólo producirá una - 185- vana locuacidad y palabras como nacidas en los labios. En el escribir se contienen como las raíces y fundamentos de la elocuencia; allí están escondidas las riquezas como en cierto erario más sagrado, para sacarlas de allí también en las urgencias repentinas, cuando la necesidad lo pide. Ante todo cobremos fuerzas que puedan sostener el trabajo de los debates y que con el ejercicio no se aniquilen. Porque la naturaleza ninguna cosa grande quiso que llegase a perfección en poco tiempo, y a cualquier obra que hubiese de contener en sí muy grande hermosura le puso delante dificultad; y aun en el nacer puso también esta ley, que los más grandes animales estuviesen por más tiempo en las entrañas de sus madres.

II. Pero siendo de dos maneras la cuestión, a saber: de qué manera se ha de escribir y qué es lo que más conviene que se escriba, comenzaré desde aquí a seguir el orden. Sea en primer lugar lo que se escribe una cosa hecha con esmero, aunque se tarde; busquemos lo más excelente, y no nos enamoremos inmediatamente de lo que se nos pone por delante; debe haber discreción en el inventar, y disposición en lo que se ha elegido como bueno. Debe hacerse elección de cosas y de palabras, y es necesario examinar el peso de cada una.

Sígase después el modo de colocarlas, y ejercítense de todos modos los números 335, y cada palabra no ha de ocupar su lugar según fuere ocurriendo. Y para que esto lo ejecutemos con más exactitud, se ha de repetir frecuentemente lo que se acaba de escribir. Porque prescindiendo de que de esta suerte se une mejor lo que se sigue con lo que antecede, aquel calor de la imaginación, que con la detención del escribir se ha resfriado, cobra de nuevo fuerzas -186- y, como cuando se toma carrera para saltar, adquiere aliento; lo que vemos en las apuestas que se hacen para saltar, que para hacerlo con más esfuerzo, toman más larga la carrera, para llegar con ella a aquel término sobre que es la contienda, y así como encogemos los brazos para tirar y para arrojar los dardos estiramos hacia atrás las cuerdas.

Sin embargo, algunas veces se deben desplegar las velas cuando el viento sopla, con tal que esta prosperidad no nos engañe. Porque todas nuestras cosas cuando están en sus principios son agradables, pues de lo contrario no se escribirían. Pero volvamos a meditar y examinar lo escrito, y segunda vez reconozcamos esta sospechosa facilidad. Así sabemos que escribió Salustio, y en verdad que se descubre bien el trabajo aun por la misma obra; y Varo refiere que Virgilio componía muy pocos versos en un día.

Distinto es el constitutivo del orador, y así encargo en los principios esta detención y solicitud. Porque lo primero que se debe entablar y procurar conseguir es el escribir con la mayor perfección. El ejercicio dará facilidad. Poco a poco irán ocurriendo las cosas; corresponderán las expresiones; seguirá la composición, y todas las cosas, finalmente, como en una familia bien gobernada, estarán en su ejercicio. En esto está todo: escribiendo con precipitación, no se consigue escribir bien; mas escribiendo bien, se logra hacerlo pronto.

Pero cuando sucediere el tener nosotros aquella inoportuna facilidad, entonces es cuando más que nunca nos hemos de resistir a ella y reflexionar sobre lo que debemos hacer, conteniéndola no de otra suerte que el cochero detiene con el freno a los caballos

feroces, lo cual tan lejos está de que nos cause detención que antes bien nos infundirá nuevos alientos.

III. Y no soy de parecer que deben obligarse de nuevo a la dura pena de escrupulizar en todo lo que ya han adquirido -187- alguna firmeza en escribir. Porque ¿cómo podrá dar el debido cumplimiento a las obligaciones civiles el que se eternice en cada una de las partes de las defensas de los pleitos? Algunos hay que con nada se contentan; todo lo quieren mudar y decirlo todo de distinta manera de lo que les ocurre; otros hay desconfiados, y que de su talento ningún provecho han sacado, los cuales tienen por exactitud hacerse más dificultoso el escribir. Y no es fácil decir cuáles son los que mayor yerro cometen, si aquéllos que viven muy pagados de sus obras, o los que todo lo que escriben les disgusta. Porque frecuentemente sucede, aun a los jóvenes de talento, que se consumen trabajando, y vienen a dar en el extremo de no decir palabra por el demasiado deseo que tienen de decir con perfección.

Sobre lo cual me acuerdo que me contó Julio Segundo, aquel contemporáneo mío y a quien como amigo amaba, como es notorio, hombre de extraña elocuencia, lo que en cierta ocasión le decía un tío suyo. Éste fue Julio Floro, príncipe de la elocuencia de las Galias (porque últimamente allí la ejercitó), por otra parte elocuente entre algunos y digno de aquella parentela. Habiendo, pues, éste visto por casualidad triste a Julio Segundo, cuando aún andaba a la escuela, le preguntó cuál era la causa de mostrar tanta tristeza en su semblante, y el joven le declaró que hacía ya tres días que discurriendo sobre el asunto propuesto para escribir, no le ocurría el exordio; de lo que no sólo se originaba por entonces su sentimiento, sino la causa de su desesperación para lo sucesivo. Entonces Floro, riéndose, le dijo: Pues qué, ¿pretendes tú hablar mejor de lo que te es posible? Así es que debemos procurar hablar lo mejor que podamos, pero debemos hablar según nuestra posibilidad. Porque para el aprovechamiento se requiere la aplicación, mas no la indignación.

Mas no sólo el ejercicio, el que sin duda alguna sirve mucho, sino también el método contribuirá también a que -188- podamos escribir mucho y con prontitud; esto es, que en lugar de tener levantada la cabeza mirando al techo y agitando con murmullo la imaginación, esperando lo que nos ha de ocurrir, reflexionaremos qué es lo que pide el asunto, qué conviene a la persona, cuál es la ocasión y cuál el ánimo del juez, poniéndonos a escribir de un modo racional. De esta manera la naturaleza misma hará que nos ocurran los principios y lo que se ha de seguir. Porque la mayor parte de las cosas tienen su limitación, y si no cerramos los ojos se nos vienen a la vista, y de aquí es que los ignorantes y la gente del campo no discurre mucho tiempo por dónde ha de empezar; por cuya razón es cosa más vergonzosa el que la instrucción sea causa de mayor dificultad. Así que no tengamos siempre por lo mejor lo que está oculto; de otra suerte, enmudezcamos si nada hemos de decir sino lo que no alcanzamos.

Diferente de éste es el vicio de aquéllos que al principio quieren correr por el asunto con una pluma muy ligera, y escriben de repente siguiendo el ímpetu de su imaginación acalorada (a esto lo llaman selva); después vuelven de nuevo a ello y corrigen los yerros que se les habían escapado; las palabras y los números quedan corregidos, pero en las cosas, inconsideradamente amontonadas, queda la misma falta de peso que había antes. Será, pues, lo mejor poner cuidado desde luego y dirigir desde el principio la obra, de tal suerte que sólo sea preciso perfeccionarla, no fabricarla de nuevo. No obstante, alguna vez seguiremos el ímpetu de los afectos, en los que sirve más el acaloramiento que el cuidado.

IV. Por lo mismo que reprendo este descuido de los que escriben, se descubre bastantemente cuál es mi parecer acerca de los que tienen sus delicias en dictar. Porque cuando escribimos nosotros, aunque sea de prisa, nos da tiempo la mano, que nunca es

tan veloz como la imaginación; mas aquél a quien dictamos da prisa, y algunas veces - 189- nos causa vergüenza el dudar, el pararnos o mudar alguna cosa, como temiendo al testigo de nuestra insuficiencia. De lo que resulta que salen algunas cosas, no solamente sin pulir e imprevistas, sino también impropias, cuando tan solamente reina el deseo de ir uniendo palabras a palabras, que ni las alcanza el cuidado de los que escriben ni el ímpetu de los que dictan. Mas aquel mismo que escribe, si por ser más pesado en escribir o más torpe en el leer, sirviere muchas veces como de estorbo, se corta el hilo, y toda la idea que se había concebido a veces se desvanece por la detención y enfado.

Además de esto, aquellas cosas que son consiguientes al claro movimiento del ánimo y que por sí mismas lo ponen en cierto modo en agitación, y de las que es efecto propio el mover frecuentemente la mano, torcer el rostro, volverse, ya de un lado, ya de otro, y a veces reprender a voces, y lo que Persio nota cuando da a entender un modo de hablar sin peso, diciendo: Ni da golpe en el bufete, ni se saborea, mordiéndose las uñas (Sátiras, I, verso 105), son también cosas ridículas, a no ser que estemos solos.

Finalmente, para decir de una vez la razón más poderosa, ninguno pondrá duda en que a los que escriben les es sumamente necesario un sitio retirado y libre de testigos, y el más profundo silencio, todo lo cual se destruye con el dictado.

Sin embargo de esto, no se les ha de dar inmediatamente oídos a los que creen que para esto no hay cosa más acomodada que los desiertos y las selvas, a causa de que aquel despejo de cielo y amenidad de lugares ensanchan el ánimo y hacen más feliz el espíritu. Pues este retiro más me parece a mí que es estímulo para la diversión que para los estudios. Puesto que aquello mismo que deleita es preciso que distraiga de trabajar con intensión en la obra que uno se ha propuesto. Porque hablando de buena fe, el ánimo no puede a un mismo tiempo atender a muchas cosas, y a -190- cualquier cosa a que atendiere deja de contemplar lo que se había propuesto. Por cuya razón la amenidad de las selvas, las corrientes de los ríos, el suave viento que sopla entre las ramas de los árboles, el canto de las aves y la misma libertad que la vista tiene para explayarse con anchura se llevan más la atención, en tanto grado que esta diversión más me parece a mí que distrae que recoge la imaginación. Mejor lo entendía esto Demóstenes, el cual se retiraba a un sitio desde donde ni podía oírse ruido alguno, ni verse cosa ninguna, para que la vista no pusiese al alma en la precisión de pensar en otra cosa.

V. Y por lo tanto los que trabajan por la noche han de estar como encubiertos con el silencio de ella, encerrados en una habitación y con una sola luz. Pero como sea verdad que en todo género de estudios, y con especialidad en éste, es necesaria la salud robusta, como también la frugalidad, que es la que más contribuye a ella, tanto más se necesita cuando gastamos en el más molesto trabajo el tiempo que la naturaleza misma nos ha concedido para el descanso y sustento. En el cual trabajo no ha de emplearse más tiempo que el que sobrare del sueño, sin que le falte nada. Porque el mismo cansancio sirve también de estorbo al cuidado de escribir, y si hay lugar por el día, es tiempo harto suficiente, y la necesidad es la que obliga a los que trabajan por la noche. Sin embargo, la vela de por la noche es un género de secreto el más apreciable, siempre que nos pongamos a ella estando robustos y descansados.

Pero al paso que el silencio, el retiro y el ánimo por todas partes desembarazado son cosas sumamente apetecibles, no pueden siempre verificarse, y por lo tanto si ocurriere algún ruido, no por eso se han de abandonar inmediatamente los libros, ni nos hemos de lamentar de la pérdida del día, sino que se ha de resistir a lo que nos incomoda y acostubrarnos a que el recogimiento de -191- nuestra imaginación supere todo lo que estorbe, y si con toda el alma se fijare la atención en aquello mismo que se trabaja, ninguna de las cosas que se presentan a la vista y llegan al oído llegará al alma. Pues si una ocurrencia casual tiene virtud muchas veces para hacer que no veamos a los que se

encuentran con nosotros y que perdamos el camino, ¿no lograremos esto mismo si queremos?

No debemos fomentar las causas de la desidia. Porque si llegáremos a persuadirnos de que no se ha de estudiar sin estar bien descansados, alegres y desembarazados de todos los demás cuidados, nunca nos faltará motivo para excusarnos. Por cuya razón entre la gente, en el viaje, en los convites y aun en la junta se ha de hacer la imaginación su retiro. Porque de lo contrario, ¿qué sucederá cuando tengamos que hablar de repente con un discurso seguido en medio del foro, rodeados de tantos tribunales, disputas y de gritos que ofrece la casualidad, si no podemos acordarnos sino en la soledad de lo que escribimos? Por lo cual aquel mismo Demóstenes, tan amante del retiro, se acostumbraba a no turbarse con el bullicio del auditorio meditando en una playa, en donde las olas se estrellan con el más grande ruido.

VI. Tampoco debe olvidarse lo que es menos (sin embargo de que en los estudios ninguna cosa hay de poca consideración), a saber: que es muy bueno escribir en tablas enceradas, en las cuales se puede muy fácilmente borrar lo que se escribe, a no ser que tal vez la debilidad de la vista haga necesario el uso de las vitelas, las cuales al paso que ayudan a la vista detienen la mano y contienen el ímpetu de la imaginación con el continuo llevar y traer las plumas para mojarlas.

Mas en cualquiera de los dos modos de escribir se deben dejar huecos en lo que se escribe, en los cuales se pueda libremente escribir cuando se hubiere de añadir -192- alguna cosa. Porque a veces el no haber espacio en la escritura para corregir infunde pereza, o lo que estaba escrito se confunde con lo que nuevamente se interpone.

Ni me parece bien que las tablas en que se escribe sean desproporcionadamente anchas, porque tengo la experiencia de un joven a la verdad aplicado, que tenía unos razonamientos interminables, a causa de que se gobernaba para ellos por el número de renglones que en su tabla le cabían; el cual defecto, que no se le había podido corregir con la frecuente reprehensión, se le quitó mudando de cartapacio.

Debe también tener el cartapacio una margen en donde se anote lo que suele ocurrir fuera de orden a los que escriben; esto es, de cosas pertenecientes a lugares distintos de los que a la sazón se tienen entre manos. Porque alguna vez ocurren de improviso muy excelentes pensamientos, los que ni conviene insertar en lo que se está escribiendo ni es seguro el dejarlos para otra ocasión, porque a veces se olvidan y a veces distraen de inventar otras cosas a los que sólo cuidan de conservarlos en la memoria. Y por lo tanto de ninguna otra manera se conservan mejor que teniéndolos como en depósito apuntados.

-193-

#### Capítulo IV. De la corrección

Síguese la corrección, parte de las más útiles de los estudios. Por lo que con razón se cree que no menos hace la pluma cuando borra que cuando escribe. Es propio de este ejercicio el añadir, quitar y mudar. Pero más fácil y sencilla cosa es el juzgar cuándo se ha de añadir o quitar; mas el haber de bajar lo hinchado, realzar lo bajo, reducir a menos lo superfluo, poner en orden lo que está desordenado, hacer que tenga unión lo que no la tiene y contener el excesivo adorno de la oración, esto es duplicado trabajo. Porque no sólo hay que reprobear lo que había parecido bien, sino que se hace preciso volver a discurrir lo que se había olvidado. Y no hay duda que el mejor modo de corregir es dejar por algún tiempo lo que se ha escrito, para volver después a tomarlo como una cosa nueva y de otro, a fin de que nuestros escritos, como recientes frutos, no nos lisonjeen.

Pero no puede esto verificarse siempre con especialidad en un orador, que necesita muchas veces escribir para lo que ocurre de presente; además de que la corrección tiene su término. Porque hay algunos que vuelven a corregir todo lo que ya habían escrito, como si estuviera lleno de defectos y como si nada de lo que se escribió la primera vez pudiese estar bueno, tienen por mejor cualquier otra, y esto mismo hacen todas las veces que vuelven a tomar el libro en las manos, a la manera de los médicos, que cortan aun lo que está sano. De lo que viene a suceder que con esta exactitud quedan sus escritos como llenos -194- de cicatrices, sin alma y en peor estado. Alguna vez, pues, ha de haber alguna cosa que nos agrade, o que a lo menos nos satisfaga, de manera que la lima sirva para pulir la obra, no para destrozarla.

También debe haber medida del tiempo. Porque lo que sabemos de Cina, que tardó nueve años en escribir la Esmirna, y lo que de Isócrates se dice, que apenas acabó un panegírico en diez años, nada tiene que ver con el orador, cuyo auxilio de nada servirá si fuere tan tardío.

-195-

Capítulo V. Qué cosas principalmente se han de escribir

I. Al principio hará al caso traducir del griego al latín. Traducir también del latín. Refuta la opinión de Cicerón. También conviene hacer variaciones de muchos modos en nuestra lengua.-II. Cualquier asunto, por sencillo que sea, es excelente para adquirir la elocuencia. Propositiones. Confirmación y refutación de opiniones. Lugares comunes. Declamaciones. Historias. Diálogos. Versos. Que los jóvenes no se detengan mucho tiempo en las declamaciones. Que los pleitos que hubieren oído defender o algunos otros los traten en pro y en contra.

Resta ahora el que digamos qué cosas con especialidad se han de escribir. Es un trabajo superfluo el explicar qué materias se han de escribir y qué cosas se han de tratar las primeras, cuáles las segundas y cuáles después; porque esto ya queda explicado en el primer libro, en que propusimos el método de estudios de los niños, y en el segundo en que ya dimos el de los más adelantados. Pero de lo que ahora se trata, que es de donde especialísima resulta la afluencia y facilidad, es el traducir del griego al latín, lo que nuestros antiguos oradores tenían por lo mejor. Lucio Craso en aquellos libros de Cicerón acerca del orador, dice que lo hizo esto con frecuencia. Esto mismo se recomienda allí en boca del mismo Cicerón con la mayor frecuencia. Además de esto dio a luz, trasladados del griego al latín por este estilo, los libros de Platón y de Jenofonte. Esto fue del agrado de Mesala, y escribió a este tenor muchas oraciones; en tanto grado que -196- competía en la sutileza tan difícil a los romanos con aquella célebre oración de Hipérides en favor de Friné.

Y es clara la razón de la utilidad que resulta de este ejercicio. Porque los autores griegos tienen materias abundantes, añadieron mucho artificio a la elocuencia, y los que los traducen tienen la proporción de usar las expresiones más excelentes; pues de todas las nuestras hacemos uso y tenemos una cierta precisión de discurrir muchas y varias figuras, con las que principalmente se adorna la oración; por cuanto por lo común son diferentes los modos de hablar de los griegos de los de los romanos.

Pero aun la variación de los autores latinos también contribuirá mucho. Y por lo que respecta al desenlace de los versos, creo que ninguno pondrá duda; único ejercicio de que se dice que usó Sulpicio. Pues el entusiasmo de los poetas ayuda para elevar el estilo; sus expresiones, que son más atrevidas por la libertad poética, no impiden al orador valerse de sus pensamientos, aunque con otros términos<sup>336</sup>. Mas también se les

puede añadir a las sentencias la energía oratoria y suplir lo que les falta y reducir a menos lo que tiene más extensión. Y no ha de reducirse la interpretación a una mera paráfrasis, sino que ha de ser ejercicio e imitación sobre unos mismos pensamientos.

Y por esta razón soy de distinta opinión que aquéllos que prohíben traducir las oraciones latinas, porque siendo ya excelentes, cualquier cosa que de otro modo dijéremos es necesario que sea una cosa peor. Porque ni siempre se ha de desconfiar del poder inventar alguna cosa -197- mejor que lo que otros han dicho, ni la naturaleza hizo tan estéril y pobre la elocuencia que no se pueda hablar bien de un asunto sino de un solo modo. A no ser que digamos que el ademán de los comediantes puede hacer muchas variaciones acerca de unas mismas voces, y que es menor la virtud de la oratoria, de suerte que tratada la cosa de una manera ya no hay más que decir sobre la misma materia.

Pero supongamos que no discurrimos ni mejor ni tan bien; con todo eso podemos ir a los alcances. Pues qué, ¿nosotros mismos no hablamos dos y más veces de un mismo asunto y alguna vez sentencias seguidas? A no decir que con nosotros mismos podemos competir y no podemos hacerlo con otros. Porque si de una sola manera se habla bien, podremos imaginar que los antiguos no han cerrado el camino para la elocuencia. Mas son innumerables las maneras de hablar bien y muchísimos los caminos que a ello conducen. La brevedad tiene su cierta gracia y también la afluencia de palabras; una es la que se encuentra en las palabras trasladadas y otra es la que se encuentra en las propias. A una cosa hace recomendable el modo de hablar recto<sup>337</sup> y a otra la figura por variación de casos. Finalmente, la misma dificultad es muy útil para el ejercicio.

Además de esto, de esta suerte ¿no se entienden mejor los más grandes autores? Porque no pasamos de largo por lo escrito leyéndolo sin cuidado, sino que miramos por todos lados cada una de las cosas y por necesidad las penetramos, y conocemos cuán grande recomendación tienen por lo mismo que no podemos imitarlas.

También será del caso que no sólo traduzcamos los escritos -198- ajenos, sino que también variemos de muchos modos los de nuestra lengua, para tomar de intento algunas sentencias y manejarlas con el mayor adorno, a la manera que en una misma cera se suelen formar diversas figuras.

II. Mas estoy en el entender de que de cualquier materia por muy sencilla que sea se adquiere muchísima facilidad. Pues con facilidad se ocultará la falta de vigor entre aquella grande variedad de personas, causas, lugares, tiempos, dichos y hechos, ofreciéndose por todos lados tantas cosas de las cuales se puede tomar alguna. Y es prueba de habilidad amplificar lo que por naturaleza es reducido, dar aumento a lo que de suyo es pequeño, hacer que tengan variedad las cosas que se parecen, hacer gustosas las cosas claras y hablar bien y mucho de lo poco.

Para esto serán muy del caso las cuestiones infinitas que ya hemos dicho que se llaman theses, en las que Cicerón, siendo ya el principal en la república, solía ejercitarse. También los lugares oratorios comunes, los que también sabemos que escribieron los oradores. Pues el que con abundancia de palabras manejare solamente éstos que en derecho se dirigen al asunto y que por ningún rodeo se apartan de él, tendrá seguramente más afluencia en aquéllos que admiten más digresiones, y tendrá disposición para manejar todos los asuntos. Porque todos ellos se componen de cuestiones generales. Porque, ¿qué diferencia hay en que se ponga en disputa si Milón quitó justamente la vida a Clodio, o si conviene quitar la vida a un salteador o a un ciudadano perjudicial a la república, aun cuando no ponga asechanzas? ¿Si Catón obró bien en dar a Hortensio su mujer Marcia? ¿o si tal cosa es propia de un hombre de bien? Acerca de las personas se juzga, pero de las cosas se disputa.

Mas las declamaciones, cuales son las que se dicen en las escuelas de retórica, si son conformes a la verdad y semejantes a las oraciones son utilísimas, no solamente en -199- las que se ejercita a un mismo tiempo la invención y la disposición mientras se está aprendiendo, sino aun cuando ya es el orador consumado y famoso en el foro. Porque se fomenta y se pone más lozana la elocuencia con éste como sustento más gustoso; y fatigada con la aspereza continua de las disputas, toma nuevo aliento.

Por donde la amenidad de la historia se ha de considerar también alguna vez como del caso para ejercitar el estilo, como también el explayarse con la libertad de los diálogos. Y no se opone a esto tampoco el ejercitarse por diversión en componer algún verso, así como los atletas, omitiendo por algún tiempo el abstenerse de ciertos manjares y dejando el ejercicio de la lucha, se recobran con el descanso y haciendo uso de manjares más gustosos. Y me parece a mí que Cicerón se hizo tan ilustre en la elocuencia porque hizo también estas interrupciones de estudios. Porque si no salimos de la materia de pleitos, preciso es que el lucimiento venga a menos, se endurezca la articulación y la agudeza misma del ingenio venga a embotarse con la cotidiana disputa.

Pero al paso que este como cebo de decir sirve para reparar y recobrar a los que se ejercitan y en cierto modo militan en los debates del foro, los jóvenes no deben detenerse demasiado en la falsa pintura de las cosas y en las vanas ideas, de manera que después que de ellas se separen sea dificultoso acostumarlos a que sin temor miren los peligros verdaderos que los deslumbran, como la vista del sol después de aquella obscuridad en que se hubieren casi envejecido. Lo que se cuenta que le sucedió también a Porcio Ladrón, que fue el primer profesor más afamado, que teniendo muy grande opinión en las escuelas y habiendo de defender un pleito al descubierto, pidió con mucha instancia que trasladasen los asientos al foro<sup>338</sup>; -200- tan nuevo fue para él aquel cielo, que toda su elocuencia parecía reducirse a las paredes de una sala.

Por lo cual, el joven que con cuidado hubiere ya aprendido de sus maestros el modo de discurrir y hablar (lo cual no es un trabajo infinito si lo saben enseñar) y hubiere adquirido también un moderado ejercicio, elíjase algún orador, que es lo que se estilaba entre los antiguos, sígale e imítele, asista a las defensas de los pleitos que pudiere y no pierda jamás de vista el ejercicio a que se le destina; componga además de esto él mismo por escrito o aquellas mismas materias que oyere defender, o trate también otras en pro y en contra con tal que sean verdaderas, y ejercítese en lances sucedidos, como vemos que lo hacen los gladiadores. Mejor es esto que escribir contra lo que escribieron los antiguos oradores, como hizo Sestio contra la defensa que Cicerón hizo a favor del mismo, no pudiendo informarse suficientemente de la otra parte por sola la defensa.

De esta manera se habilitará más pronto el joven a quien el maestro hubiere precisado a acercarse lo más que hubiere sido posible a la verdad y a explayarse por todas las materias, de las cuales ahora eligen lo más fácil y favorable. Opónese a esto lo que en el segundo libro dejé sentado, que es la numerosa multitud de discípulos y la costumbre de declamar en determinados días por clases, y algún tanto también la preocupación de los padres que se cuidan más de contar las declamaciones que de ver su mérito. Pero como ya he dicho, me parece, en el primer libro, el buen maestro no se cargue de mayor número de discípulos que el que pudiere sobrellevar, y corte la demasiada -201- charlatanería, de manera que solamente se digan aquellas cosas que están en controversia, y no todas las cosas que hay en la naturaleza, como algunos quieren; por otra parte o les dará más tiempo para prevenirse o permitirá que se dividan las materias. Porque de más provecho servirá una sola que se haya trabajado con cuidado hasta concluirla, que muchas que se hubieren comenzado y tocado por encima. Por lo cual sucede que ni cada cosa se pone en su lugar ni guardan su ley aquellas cosas que son las

primeras amontonando los jóvenes florecillas de todas partes en lo que van a decir; de lo que resulta que temiendo perder lo que se sigue confunden lo primero.

-202-

#### Capítulo VI. De la meditación

Muy grande unión tiene con la escritura la meditación, la cual no sólo recibe de ella fuerza, sino que guarda un cierto medio entre el trabajo de escribir y perorar de improviso y no sé si de uso muy frecuente. Porque ni en todas partes ni siempre podemos escribir, mas para meditar hay muchísimo tiempo y muchísimos lugares. La meditación en muy pocas horas abraza aun los asuntos de grande consideración. Ella, siempre que el sueño se interrumpe, se sirve de las tinieblas mismas de la noche. Ella encuentra algún lugar desocupado aun en medio de las ocupaciones diarias y nunca se halla ociosa. Y no sólo dispone ella dentro de sí misma el orden de las cosas (lo cual sólo bastaba), sino que une tan bien las palabras, y de tal suerte combina toda la oración, que no le falta más que el escribirla. Porque las más veces se queda más fielmente impreso en la memoria lo que se amplifica sin ninguna seguridad para escribir.

Pero no se puede llegar ni de repente ni de pronto a conseguir esta firmeza para meditar. Porque ante todo se ha de formar con el mucho ejercicio de escribir una idea que no se nos olvide aun cuando estemos meditando; en segundo lugar nos hemos de ir poco a poco habituando a comprender primero pocas cosas de las que podamos dar fielmente razón, y después se han de ir aumentando con tal tiento que no se advierta el trabajo de aumentarse la carga reteniéndolas en la memoria con el mucho uso y ejercicio, en el cual consiste por la mayor parte la memoria, y así debo yo dejar algunas cosas para cuando trate de ella. Sin embargo, llega a tanto este ejercicio que aquél -203- que nada puede conseguir por el ingenio, con el auxilio sólo de este constante estudio llega a conseguir que fielmente le ocurran perorando todas aquellas cosas que hubiere discurrido, escrito y aprendido, y así cuenta Cicerón que Metrodoro Escepsio y Erifilo Rodio de los griegos, y Hortensio de los nuestros, repitieron a la letra perorando lo que habían reeditado.

Pero si mientras se está diciendo ocurriere de repente algún concepto que pueda servir de lustre a la oración, no nos hemos de atener supersticiosamente a lo pensado, porque no es una cosa de tanta estimación que no se pueda dar lugar a lo que ocurra; siendo así que aun en los escritos muchas veces se insertan cosas que han ocurrido de repente. Y así de tal manera se ha de disponer toda esta especie de ejercicio que fácilmente podamos dejarlo y volver a él. Porque así como lo primero es llevar de casa materia dispuesta y determinada para hablar, así también es la mayor necesidad no hacer aprecio de los conceptos que ofrece la casualidad. Por cuya razón la meditación ha de estar dispuesta a que lo que nos ocurra de repente no quede frustrado, antes bien pueda servirnos de algún auxilio.

Mas con la firmeza de la memoria lograremos el que con seguridad nos vayan ocurriendo las cosas que hemos aprendido, y evitar el que nos estorben premeditar, al tiempo que con cuidado estamos recapacitando y suspensos con la esperanza única de acordarnos. Porque a no ser así, sería menos malo el exponerse temerariamente a lo que de repente ocurriese que ir atentos a una imaginación que fácilmente se distrae del asunto. Porque el volver atrás es más peligroso; pues por buscar la idea que se nos fue perdemos el hilo de lo que vamos diciendo, y nos acordamos de las cosas más bien por la memoria que por la materia de ellas. Y en caso de buscar lo mejor, más cosas nos suministra la materia que la memoria.

## Capítulo VII. De la facilidad de decir de repente

I.- Cuán útil sea y cuán necesaria.-II. De qué manera se adquiere.-III. De qué manera se conserva.

I. La facilidad de perorar de repente es uno de los más grandes frutos de los estudios y como un cierto premio grandísimo de un dilatado trabajo; la cual facilidad quien no la consiguere, puede, a mi parecer, hacer renuncia de los cargos civiles y emplear en otras ocupaciones la facilidad sola de escribir, porque no le está bien a un hombre acreditado dar palabra de socorrer al público y faltar después a ella en los peligros evidentes, como mostrar el puerto adonde la nave no puede arribar sin ser llevada con suaves vientos. Puesto que ocurren infinitas ocasiones repentinas en que urge hablar de repente, o en presencia de los magistrados, o en las juntas de los tribunales que se tienen antes del día señalado, de los cuales lances si alguno le ocurriere, no digo a cualquiera de los ciudadanos inocentes, sino a alguno de nuestros amigos o parientes, ¿se estaría sin hablar palabra? Y a los que le suplicasen que en el instante mismo los defendiese, porque si no los socorría iban a perecer, ¿les pediría que le diesen tiempo, lugar retirado y silencioso, mientras dispusiese lo que había de decir se le quedase en la memoria y pusiese en tono su voz y aliento? ¿Pues qué razón hay para sufrir que un orador no esté dispuesto para estos lances?

¿Pues qué sucederá si fuere necesario responder a la parte contraria? Porque muchas veces nos engañamos en -205- lo que juzgamos y escribimos, y de repente el asunto muda de aspecto. Y así como el piloto tiene que alterar el rumbo que seguía por evitar los golpes de las tempestades, así también el que defiende los pleitos ha de alterar el orden según la variedad de ellos. Porque ¿de qué sirve el estilo, la lección continua y la carrera dilatada de estudios si persevera la misma dificultad que a los principios? A la verdad, quien siempre encuentra la misma dificultad debe confesar que para él todo el tiempo que ha pasado fue perdido. Y todo esto que yo digo no es con el fin de que el orador estime más hablar de repente, sino que cuando ocurra esté en disposición para ello.

II. Esto lo conseguiremos principalmente de esta manera. Lo primero sépase el modo de decir. Porque la carrera no puede llegar al término sin saber primero adónde se ha de dirigir y por dónde. Y no basta saber cuáles son las partes de las causas judiciales, o disponer con arreglo el orden de las cuestiones (sin embargo de que éstas son cosas principales), sino cuál ha de ser lo primero en cualquier parte, cuál lo segundo y cuál lo tercero; las cuales cosas tienen entre sí tanta conexión que no se pueden mudar o entrecortar sin que resulte confusión. Y cualquiera que aprendiere el camino por donde se ha de introducir en el asunto, ante todo se ha de gobernar por la serie de las cosas como por guía; por lo que, aun los que tienen un mediano ejercicio, guardan con la mayor facilidad este tenor en las narraciones. Después conocerán qué es lo que se requiere en cada lugar; no mirarán alrededor, ni se turbarán con otros pensamientos que por otra parte les ocurran, ni confundirán la oración con diversas ideas como saltando de una parte a otra y sin pararse en cosa alguna. Finalmente tendrán su medida y término, el cual no puede haber sino por la división. Después que se haya desempeñado en el modo posible todo lo que se haya propuesto, se conocerá que se ha llegado ya al fin.

Esto es por lo que toca al modo de adquirir la facilidad; por lo que pertenece al estudio es necesario hacer acopio del mejor lenguaje, como ya queda ordenado, y que se forme la oración con un exacto y puro estilo, de tal suerte que aun lo que de repente decimos

se parezca a lo que tenemos escrito, y si mucho tuviéremos escrito digamos aún mucho más. Porque la costumbre y el ejercicio son las principales causas de la facilidad; la cual si por algún tanto se interrumpiere, no sólo se hace pesada aquella viveza, sino que queda entorpecida y helada.

Porque aunque se necesita una cierta natural ligereza del ánimo para poder ir preparando lo que después se sigue al tiempo que decimos lo que tenemos ya presente, y para que cuando hablemos esté ya nuestra imaginación provista del concepto ya formado que ha de seguirse siempre a lo que acabamos de decir; con todo eso, o la naturaleza o la razón con dificultad podrán dividir el ánimo a tanta variedad de oficios de manera que pueda él solo atender a un mismo tiempo a la invención, a la disposición, elocución, orden de palabras y de las cosas, a lo que está diciendo y a lo que va a decir y lo que después deberá tener presente, junto con observar el tono de la voz, pronunciación y el ademán. Porque es preciso que la imaginación pase muy adelante y que lleve delante de sí las cosas, y que cuanto espacio se gasta en el decir otro tanto se tome de lo que inmediatamente ocurre; de manera que hasta llegar al fin el mismo paso ha de llevar la imaginación que la voz para que no salgan los miembros cortos y concisos, haciendo interrupción y parada a cada paso como los que sollozan.

Hay cierto hábito que no se aprende con reglas, que los griegos llaman irracional, por el que la mano corre escribiendo y los ojos miran a un mismo tiempo en la lección todos los renglones y sus vueltas y espacios, y antes de decir lo que está antes ven lo que sigue. De éste provienen -207- aquellas maravillas que se ven en las escenas de los titiriteros y embaucadores, de manera que parece que voluntariamente se les vienen a la mano las cosas que han arrojado y que van por donde ellos les mandan.

Pero este hábito será de algún provecho si precediere el arte de que hemos hablado, de manera que aquello que considerado en sí carece de razón se funde en ella. Porque en mi juicio sólo aquél dice que habla con disposición, ornato y afluencia. Pero ninguna maravilla me causará jamás el contexto de un discurso repentino y casual, cuando veo que aun a las mujercillas cuando riñen les ocurre qué decir con afluencia de palabras; lo cual si fue un efecto del acaloramiento y del espíritu (puesto que frecuentemente sucede el que el cuidado no puede acompañar a un acontecimiento repentino) los oradores antiguos decían, como refiere Cicerón, que alguna deidad les asistía cuando sucedía esto.

Pero la razón es manifiesta. Porque los afectos bien concebidos y las ideas recientes de las cosas requieren decirse de repente, y alguna vez se resfrían por la tardanza de la pluma, y diferidas no vuelven a ocurrir. Mas cuando se junta aquel infeliz juguete de palabras y se detiene a cada paso el curso de ellas, no puede continuar el hilo de la oración, y por muy bien que salga la elección de cada una de las palabras no es continua, sino compuesta. Por esta razón es necesario elegir aquellas imágenes de las cosas de que he hablado, y las que hemos dicho que se llaman fantasías, y se deben tener a la vista todas las cosas de que habiéremos de hablar, personas, cuestiones, esperanzas y temores, revistiéndonos de todos los afectos. Porque el corazón y la fuerza de la imaginación son los que hacen elocuentes. Y de aquí es que aun a los ignorantes no les falta qué decir como ellos se hallen agitados de alguna pasión. También se ha de poner la mira, no en una cosa sola, sino en muchas a un mismo tiempo seguidas, -208- como cuando miramos alguna calle derecha miramos a un mismo tiempo todas las cosas que hay en ella y alrededor de ella, y vemos no sólo lo último sino todo lo que hay hasta lo último.

El honor sirve también de estímulo para decir, como también la alabanza que se espera por lo que se va a decir; y puede parecer cosa maravillosa que siendo uno de los requisitos para escribir el retiro y el no tener testigos de vista, en el razonamiento que se

hace de repente nos pone más en movimiento el auditorio más numeroso, como el soldado cuando hacen la señal de acometerse los dos ejércitos. Porque la misma necesidad de tener que hablar hace discurrir y afinar lo que dice al entendimiento más parado, y el deseo de dar gusto al auditorio infunde nuevos alientos. En tanto grado se atiende en todas las cosas al premio, que aun la elocuencia, sin embargo de tener en sí sumo deleite, con todo eso se deja llevar del fruto presente de alabanza y opinión.

Mas no fíe alguno tanto de su talento que conciba esperanzas de que aun siendo principiante le pueda inmediatamente suceder esto, sino que, según los preceptos que sobre la meditación dimos, así también de pequeños principios iremos poco a poco dirigiendo la facilidad de hablar de repente hasta llevarla a su perfección, la cual no puede conseguirse ni poseerse sino por el ejercicio; pero debe aspirar a que lo de pensado no sea mejor, sino más seguro que lo de repente; siendo así que muchos han conseguido esta facilidad, no sólo en prosa, sino también en verso, como Antípatro Sidonio y Licinio Arquias. Porque debemos dar crédito a Cicerón, no porque en nuestros tiempos no hayan hecho también y hagan algunos esto; lo cual, no obstante, no lo tengo por tan laudable como por útil ejemplo para exhortar a esta esperanza a los que se están ensayando en el foro, por ser cosa ésta que ni sirve de provecho ni es necesaria.

-209-

Y no quisiera yo que se tuviese nunca tanta confianza en esta facilidad que a lo menos no nos tomásemos algún tiempo, el cual casi jamás faltará para considerar con atención aquello de que vamos a decir; el cual tiempo se da siempre en la audiencia y en los tribunales. Porque ninguno hay que defienda un pleito sin estar en él bien impuesto. La perversa ambición arrastra a algunos declamadores a no detenerse en empezar a perorar apenas se les hace presente el estado de la causa; y lo que es mayor puerilidad y cosa de teatro, piden una palabra para comenzar. Pero la elocuencia se burla por el contrario de los que en tanto grado la afrentan, y los que quieren parecer eruditos a los ignorantes aparecen ignorantes a los eruditos.

No obstante, si ocurre algún lance en que haya que hablar de repente, será necesario entonces un ingenio más vivo, y toda la fuerza de él debe ponerse en las cosas, y por entonces aflojar en el esmero las palabras, si es que no se pudiese conseguir lo uno y lo otro. El pronunciar despacio da también lugar y tiempo, e igualmente la oración suspensa y como dudosa, con tal que parezca que delibera, no que titubea. Con este tiento caminaremos mientras salimos del puerto, por si el viento nos levantara cuando todavía no tengamos dispuestas las jarcias; después iremos poco a poco preparando las velas y disponiendo los cables, y desearemos que sople viento en popa. Mejor es esto que entregarse a un torrente vano de palabras, como quien se entrega a las tempestades para ser llevado adonde ellas quieran.

III. Mas esta facilidad no requiere menos estudio para conservarse que para adquirirse. Porque el arte, una vez entendido, no viene a menos; el ejercicio de escribir, si se interrumpe algún tanto, pierde muchísimo de su prontitud; el que en esto se tenga facilidad y desembarazo depende únicamente del ejercicio. El mejor ejercicio consiste - 210- en que diariamente hablemos en presencia de muchos, con especialidad a aquéllos cuyo juicio y concepto nos ponen en cuidado, porque sucede rara vez el que alguno se recele bastante de sí mismo; y aun cuando estemos sin oyentes, mejor es que nos ejercitemos en decir que no decir absolutamente nada.

Otro ejercicio hay de meditar y repasar todas las materias en silencio con tal de que diga uno en cierto modo dentro de sí mismo, el cual en todo lugar y tiempo se puede facilitar cuando no hacemos otra cosa, y en parte es más útil que éste de que poco ha hemos hablado. Porque se dispone más pronto que aquél en que tememos interrumpir el hilo de la oración. Es verdad que aquel primero contribuye más con la firmeza de la voz,

expedición de la lengua y movimiento del cuerpo, el cual, como ya he dicho, excita al orador; y con el frecuente movimiento de la mano y golpe del pie le anima, como dicen que los leones lo hacen con la cola.

Mas en todo tiempo y lugar es necesaria la aplicación. Porque casi ningún día hay tan ocupado en que en algún momento de tiempo no se pueda ganar alguna cosa, como Cicerón cuenta que hacía Bruto, o en el ejercicio de escribir, o en el de leer, o en el de decir; siendo cierto que Gayo Carbón solía también ejercitarse en el decir aun en su tienda de campaña. Y no debe pasarse en silencio lo que al mismo Cicerón parece bien; y es que ninguna conversación de las que tengamos sea ociosa, y que todo lo que hablemos y en cualquier parte que hablemos sea a proporción perfecto.

Nunca se ha de escribir más que cuando tuviéremos que decir mucho de repente. Porque de esta manera se conservará el peso, y aquella ligereza de las palabras adquirirá mayor gravedad; no de otra suerte que los labradores podan las raíces más someras de la vid, que la harían perseverar en la superficie de la tierra, para que las -211- más profundas internándose más en la tierra arraiguen con más firmeza. Y no sé si después de haber hecho uno y otro con cuidado y tesón, se ayudarán mutuamente ambas cosas para decir con más esmero escribiendo y escribir más fácilmente perorando. Así que es necesario escribir siempre que hubiere proporción para ello; cuando no, es preciso meditar; y los que ni para lo uno ni para lo otro tuvieren arbitrio, deben poner todo su esfuerzo en que ni parezca que ejerciendo el oficio de oradores quedan sorprendidos ni que el litigante queda desamparado.

Los que tienen que tratar de muchas cosas suelen por lo común apuntar lo más necesario, y aun también los principios; y meditando lo demás que llevan de casa, les ocurre después todo de repente. Lo que claramente se ve que hizo Cicerón por sus mismos comentarios<sup>339</sup>. Pero también se hace mención de los de otros, y tal vez se encontraron según que cada uno los había compuesto disponiéndose para decir y después se pusieron en orden de libros como los de las causas que defendió Servio Sulpicio, de quien se conservan tres oraciones. Mas estos comentarios de que voy hablando están con tanto esmero trabajados, que me parece que los compuso él mismo para memoria de la posteridad. Porque Tirón, liberto de Cicerón, los redujo después de haberlos acomodado al presente tiempo, los que yo excuso, no porque no sean de mi aprobación, sino para que causen más grande maravilla.

En esta clase admito gustosamente aquellas breves apuntaciones y pequeños cuadernos que se puedan tener en la mano y que fácilmente los podamos algunas veces mirar. No me parece bien lo que ordena Lenas en orden a reducir a compendio o libro de memorias o capítulos lo -212- que escribiéremos. Porque esta misma confianza no solamente causa negligencia en el decir, sino que también perjudica y afea la oración. Y yo soy de opinión que ni aun siquiera se ha de escribir lo que hubiéremos de decorar. Porque aun en este caso sucede también que aquello que hemos trabajado nos llama la atención y no nos permite hacer uso de lo que de presente nos ocurre. De esta manera el ánimo, dudoso entre lo uno y lo otro, se acalora, y más cuando ha olvidado lo que se había escrito y no discurre cosas nuevas. Pero en el libro inmediato se ha destinado lugar para tratar de la memoria, y no debe añadirse en esta parte porque tenemos que tratar primero de otras cosas.

## Libro undécimo

### Capítulo I. Del modo de decir como conviene

I. Cuán necesario sea decir como conviene.-II. Qué se debe reflexionar atentamente, qué cosa sea la que nos proponemos para decir. Qué cosa es la que sobre todo conviene.

En este lugar trata también de Sócrates. El decoro pende de las circunstancias.-III. Debe evitarse toda jactancia, con especialidad la de la elocuencia. Es vindicado Cicerón de los que en esta parte le culpan. Puede permitirse alguna confianza en la elocuencia. Debe evitarse la arrogancia con que el orador asegura el juicio que ha formado de la causa. Asimismo la acción descarada, alborotada e iracunda. Mucho más la adulación, la chocarrería y la desvergüenza. -IV. Se debe tener presente: 1.º Quién es el que dice. Por qué un estilo conviene a unos y otro a otros. 2.º A favor de quién. 3.º En presencia de quién. 4.º En qué tiempo y lugar. 5.º En qué género de causa. Los asuntos que pertenecen al género demostrativo admiten más adorno. En algunas causas de ningún modo se debe tolerar el adorno y elegancia. 6.º Con especialidad se debe considerar contra quiénes decimos. De qué modo conviene decir contra los padres, parientes y otras personas semejantes. De qué modo hemos de tratar a los que tememos ofender.-V. De qué manera se ha de alabar la persona del que es enemigo o poco honrado, o de qué suerte se ha de alabar algún hecho suyo. Cómo se ha de tratar la persona del juez.

I. Adquirida ya facilidad de escribir, de meditar y de perorar también de repente cuando el caso lo pidiera como -214- se contiene en el antecedente libro, síguese el cuidado de decir de un modo conveniente, la cual muestra Cicerón que es la cuarta virtud de la elocución y la que en mi juicio es la más necesaria de todas. Porque siendo el ornato de la oración vario y de muchas maneras, y conviniendo uno a unos y otro a otros, si no fuere acomodado a las cosas y personas, no solamente no le dará lustre, sino que la trastornará y convertirá la fuerza de las cosas al sentido contrario. Porque ¿de qué sirve que haya palabras significativas, elegantes y trabajadas con figuras y según una buena armonía si ninguna conexión tienen con aquellas cosas a que queremos inclinar y persuadir al juez? ¿Si usamos de estilo sublime en los asuntos de poca consideración y del humilde y limitado en los de grande, del alegre en los tristes, del suave en los atroces, del arrogante en los humildes, del sumiso en los que piden viveza y del severo y violento en los alegres? No de otra suerte que parecerían mal los hombres con los collares y perlas y vestido talar, que son los atavíos de las mujeres, y el traje triunfal, que es la cosa más majestuosa que hay, le estaría mal a las mujeres.

Este lugar lo compendia brevemente Cicerón en el libro tercero Del Orador; y sin embargo, no puede parecer que omitió cosa alguna diciendo: que un mismo género de oración no es conveniente a toda causa ni a cualquier auditorio, ni a cualquier persona ni tiempo. Y en el intitulado Orador, casi con las mismas palabras viene a decir lo mismo. Pero allí Lucio Craso, como que habla con los más consumados oradores y hombres los más eruditos, se contenta con apuntar en cierto modo esto como entre gente inteligente. Y en este lugar, hablando Cicerón a Bruto, afirma que tiene noticia de ello, y que por lo tanto lo dice más brevemente aunque es un lugar dilatado y que los filósofos lo tratan con mayor extensión. Nosotros que profesamos la enseñanza, no sólo enseñamos esto a los que ya lo saben, -215- sino también a los que lo aprenden, y por esta razón se debe disimular que nos alarguemos algo más.

II. Por lo cual, ante todo debemos saber: qué cosa es la que conviene para ganar la voluntad del juez, para informarle y para moverle; y qué es lo que pretendemos en cada parte de la oración. Y así no usaremos palabras anticuadas o trasladadas, o nuevas en los exordios, narraciones y confirmaciones, ni períodos seguidos con elegancia y conexión cuando se hubiere de dividir el asunto y distribuir en sus partes, ni usaremos en los epílogos de un género de estilo humilde y familiar y que en su composición no tenga unión alguna, ni enjugaremos con las chanzas las lágrimas cuando fuere necesaria la compasión. Porque todo el adorno no tanto depende de su misma naturaleza como de la del asunto a que se aplica, ni hace más al caso lo que se dice que el lugar en que se dice.

Mas todo este decir de un modo conveniente no sólo consiste en el género de la elocución, sino que también tiene parte con la invención. Pues si aun las palabras tienen tanta fuerza, ¿cuánto mayor la tendrán las mismas cosas? Acerca de las cuales qué se debía observar, lo dejamos ya escrito en sus respectivos lugares.

Lo que se debe enseñar con más cuidado es: que aquel últimamente es el que dice de un modo conveniente que no solamente ha llegado a penetrar qué cosa sea útil, sino también qué cosa sea conveniente. Y no ignoro que estas dos cosas van ordinariamente juntas. Porque lo que es conveniente es casi provechoso, y con ninguna otra cosa suelen conciliarse más los ánimos de los jueces que con ésta, o volverse contrarios a nosotros si la omitimos. Sin embargo, alguna vez son diferentes estas dos cosas. Y cuando se opusieren entre sí, lo conveniente prevalecerá a la misma utilidad.

Porque ¿quién ignora que ninguna otra cosa le había de haber servido más a Sócrates para ser absoluto que haber -216- usado del género de defensa que se estila en los tribunales, el haberse conciliado los ánimos de los jueces con una oración humilde, justificarse cuidadosamente del delito que le imputaban? Pero esto de ninguna manera le estaba bien, y por lo tanto se defendió como quien regulaba su castigo con los más grandes honores<sup>340</sup>. Porque este hombre sapientísimo quiso más aventurar el corto tiempo que le quedaba de vida que el que ya había pasado; y puesto que era poco conocido de las gentes de su tiempo, se reservó para el concepto de la posteridad, habiendo conseguido la duración de todos los siglos con pequeño detrimento de su última vejez. Y así aunque Lisias, que era reputado entonces por el más sobresaliente en el decir, le había llevado la defensa por escrito, no quiso hacer uso de ella teniéndola por buena pero poco conveniente a su persona. De sólo lo cual se ve claro que el orador debe atender, no al fin de persuadir, sino de decir bien, y más cuando a veces hay que persuadir lo que no sienta bien. No fue esto útil para lograr el perdón; pero (lo que es más) lo fue para aquel hombre.

Y nosotros, atendiendo más bien a la común costumbre de hablar que a la misma regla de la verdad, usamos esta división separando lo que es útil de lo que es conveniente. A no ser que tal vez parezca que inútilmente miró por sí aquel Escipión Africano que quiso más salir de su patria que altercar con el más ínfimo tribuno de la plebe para defender su inocencia, o Publio Rutilio ignoraba lo que convenía más a su persona, ya cuando usó aquel género de defensa casi socrático o cuando llamándole Publio Sila - 217- quiso más perseverar en el destierro. Mas éstos tuvieron por despreciables aquellas cosas pequeñas que el corazón más abatido tiene por útiles si se cotejan con la virtud, y por esto son celebradas con perpetua admiración. Y no hemos de ser nosotros de tan bajos pensamientos que tengamos por inútiles las cosas que alabamos. Pero esta diferencia, sea la que fuere, sucede muy rara vez. Por lo demás, casi una misma cosa, como he dicho, será útil y conveniente en todo género de causas.

Mas hay algunas cosas que a todos, en todo tiempo y lugar, les está bien persuadirlas, y el decirlas y hacerlas con honor, y que, por el contrario, a ninguno le está bien el decirlas jamás en lugar alguno de un modo indecoroso. Pero las cosas menores, y que se componen de las medianas, son las más veces de tal naturaleza que a unos se les deben conceder y a otros negar, y, según las circunstancias de la persona, tiempo, lugar o causa, deben parecer dignas más o menos de defensa o reprensión. Y cuando hablemos de las cosas de otros o de las nuestras se debe dividir el orden de ellas, cuando sepamos que las más de ellas no vienen bien en un lugar ni en otro.

III. Toda jactancia de sí mismo es muy reprehensible, pero con especialidad la de elocuencia en un orador; pues no sólo causa fastidio a los oyentes, sino también indignación las más de las veces. Porque nuestra alma tiene un no sé qué de grandeza y orgullo que no sufre que otro se le haga superior. Y de aquí es que damos con gusto la

mano a los abatidos y que se nos humillan, porque nos parece que lo hacemos como constituidos en grado superior, y siempre que cesa la emulación se sigue la compasión. Mas el que excesivamente se engríe parece que oprime y desprecia a los demás, y que no tanto se hace mayor a sí mismo como inferiores a los demás. De aquí nace que los inferiores tienen envidia, porque éste es el vicio de aquéllos que ni quieren ceder ventaja ni pueden competir, y los que los exceden -218- se ríen de ellos, y los buenos los desaprueban. Pero las más veces se conoce la errada opinión que tienen de sí los orgullosos, y en éstos es suficiente también el propio conocimiento de la verdad.

En esta parte es bastantemente reprendido Cicerón, sin embargo de que si se ha de decir la verdad, en las oraciones se jactó más de sus hazañas que de su elocuencia. Y comúnmente hablando no le faltó tampoco alguna razón para hacerlo. Porque o defendía a aquéllos de cuyo auxilio se había valido para destruir la conjuración, o respondía a la envidia, a la que no pudo contrarrestar, padeciendo el destierro en pena de haber defendido a la patria; de manera que el frecuente recuerdo de lo que había hecho en su consulado, puede hacer creer que no tanto lo hizo por vanagloria como por defenderse. Puesto que concediendo a los abogados de la parte contraria una elocuencia afluentísima, jamás se la apropio a sí mismo desmesuradamente perorando. Porque éstas son sus palabras: Si algún ingenio tengo yo ¡oh jueces! el que conozco cuán corto sea. (Pro Arquia, número 1). Y en otra parte: Porque cuanto menor es mi capacidad, he procurado suplir lo que me faltaba con el estudio. (Pro Quintio 341, IV). Además de esto, hablando contra Quinto Cecilio sobre el acusador que se debía señalar contra Verres, sin embargo de que también iba a decir mucho en cuál de los dos sería para este oficio más idóneo, con todo eso más bien le quitó la facultad de decir que apropiársela a sí, y añadió que él no la había conseguido, sino que había puesto todos los medios para poderla conseguir. Alguna vez dice la verdad acerca de su elocuencia en las cartas, hablando familiarmente entre sus amigos, y alguna vez en los diálogos, pero en persona de otro.

Y sin embargo, no sé si es más tolerable el gloriarse claramente, aunque no sea más que por la misma sencillez de este defecto, que aquella otra perversa jactancia de llamarse pobre estando lleno de riquezas, desconocido siendo -219- noble, de poco poder siendo poderoso, e ignorante y que casi no sabe hablar siendo elocuente. También es un modo de gloriarse ambiciosísimo el burlarse de los demás. Sean, pues, otros los que nos alaben. Pues a nosotros mismos nos conviene, como Demóstenes dice, aun el avergonzarnos cuando otros nos alaban.

Y no es esto decir que no hable alguna vez el orador de sus hazañas, como lo hace el mismo Demóstenes en defensa de Ctesifonte, lo que, sin embargo, enmendó de tal manera que hizo ver la precisión que tuvo de hacer esto, y recargó toda la envidia contra el que le había obligado a ello. Y Marco Tulio Cicerón habla muchas veces de la conjuración de Catilina, pero unas veces lo atribuye al poder del Senado y otras a la Providencia de los dioses inmortales. Contra sus enemigos y calumniadores es por lo común cuando más se defiende. Porque le era preciso defenderse de lo que le echaban en cara. ¡Ojalá que se hubiera ido a la mano en los versos 342, que no han dejado de murmurar los malignos:

Las armas a la toga parias rindan

Y el laurel ceda siempre a la elocuencia.

Y... Feliz Roma, que a ser afortunada

Comenzaste, al tener yo el Consulado!

Y aquel Júpiter, que le llama al consejo de los dioses, y Minerva, que le enseñó todas las artes. En las cuales cosas se había él tomado esta licencia, siguiendo algunos ejemplos de los griegos.

Pero al paso que es indecorosa la jactancia de la elocuencia, se debe conceder alguna vez la confianza en ella.

-220-

Porque ¿quién reprenderá esto? ¿Qué he de pensar? Por ventura, qué, ¿me hallo despreciado? Mas no veo ni en mi vida, ni en mi aceptación, ni en mis hazañas, ni en esta mi medianía de talento cosa alguna que pueda despreciar Antonio. Y poco después dice más claramente: ¿Acaso quiso competir conmigo en el decir? Mas en esto a la verdad me hace un beneficio. Porque ¿qué cosa más llena, ni qué asunto más copioso que el hablar yo a mi favor y contra Antonio?

También incurren en arrogancia aquellos que proponen no defender la causa de otra suerte que según el juicio que han formado de ella. Porque los jueces oyen con repugnancia el que presume de sus prendas. Y no puede sucederle a un orador entre los de la parte contraria que le digan lo que a Pitágoras decían sus discípulos: Él mismo lo dijo. Pero esto es más o menos reprehensible, según las personas que dicen. Porque se hace la defensa aun con la edad, dignidad, autoridad; las cuales, sin embargo, apenas concurrirán en tanto grado en alguno, que no sea necesario templar lo que se afirma con alguna moderación, como también todas aquellas cosas en que el abogado sacare la prueba de sí mismo. Lo cual hubiera sido prueba de mayor orgullo si Cicerón hubiera negado que era delito el ser hijo de un caballero romano, por ser él quien le defendía; mas él aun esto lo hizo favorable, juntando con los jueces su dignidad: Mas alegar los acusadores por delito el ser hijo de un caballero romano, ni está bien siendo los jueces estos, ni haciendo yo la defensa. (Pro Cælio, número 4).

Una defensa hecha con descaro, alborotando y mostrando ira, es por todas sus circunstancias indecorosa; y a proporción que cada uno tiene más edad, dignidad y ejercicio, es más digno de reprehensión por esta falta. Verás a algunos quimeristas, que ni se contienen por el respeto de los jueces, ni atienden a la costumbre ni a la moderación en la defensa de las causas; las cuales en la misma disposición de su ánimo muestran claramente que, tanto en el encargarse -221- de los pleitos, como en la defensa de ellos, lo mismo se les da quedar bien que quedar mal. Porque por lo común la oración

manifiesta las costumbres y descubre los secretos del corazón. Y no sin causa los griegos dejaron escrito que cada uno perora también según la vida que tiene.

Más despreciables vicios son todavía la vil adulación, la afectada charlatanería, la abominable desvergüenza en las cosas y palabras poco modestas y decentes, y la autoridad despreciada en todo negocio, los cuales se hallan las más veces en aquéllos que quieren ser o demasiado lisonjeros o ridículos.

IV. Aun el mismo género de elocuencia a unos les conviene de una manera y a otros de otra.

1.º Porque a los ancianos no les está tan bien un estilo redundante, engreído, atrevido y de mucho adorno, como un estilo conciso, suave, limado y como el que quiere dar a entender Cicerón cuando dice que su oración había comenzado ya a encanecer, así como en la edad madura no dicen bien los vestidos adornados con la grana y la púrpura. En los jóvenes se permite más afluencia de palabras, y aun expresiones casi arriesgadas. Pero en estos mismos un modo de decir seco, afinado y conciso se hace por lo común odioso por la misma afectación de seriedad, puesto que en los jóvenes se tiene por intempestiva la autoridad de las costumbres propias de un anciano.

A los hombres de guerra les convienen expresiones más sencillas. A los que de intento hacen alarde de filósofos (como les sucede a algunos), les sirven de poca belleza los más de los adornos de la oración, y con especialidad los que tienen su principio de los afectos, que ellos llaman vicios. También es ajena de tal asunto la composición numerosa y las expresiones más exquisitas. Porque no sólo no son del caso aquellas expresiones más alegres, cuales son las que dice Cicerón: Los peñascos y las soledades corresponden a la voz; pero ni aun aquellas otras, aunque llenas de -222- vigor, a saber: A vosotros, oh collados y montes albanos, a vosotros, vuelvo a decir, os imploro y os pongo por testigos, y a vosotros, oh altares destruidos de los albanos, compañeros y contemporáneos de los sacrificios del pueblo romano, no dicen bien con aquella barba y gravedad de un filósofo.

Pero un ciudadano de edad perfecta y verdaderamente sabio, que se haya dedicado no a las vanas disputas sino al gobierno de la república (del que se han apartado muchísimo los que se dan el nombre de filósofos), usará con gusto todo aquello que contribuye a conseguir lo que se ha propuesto en la oración, habiéndose primero propuesto en su interior persuadir lo que sea honesto.

Algunas cosas hay que les están bien a los príncipes, que a otros no se les pueden permitir. En algo se distingue también del de los demás el lenguaje de los emperadores y de los que salen en triunfo; así Pompeyo era muy elocuente cuando contaba sus hazañas, y Catón, que se quitó la vida en la guerra civil, fue un senador elocuente.

Una misma expresión es muchas veces en uno libre, en otro furiosa y en otro soberbia. Las expresiones contra Agamenón en boca de Tersites son ridículas; puestas en boca de Diomedes, o de cualquier otro igual a él, parecerán las más valientes. Te tendré yo a ti por cónsul, dice Lucio Craso a Filipo, no teniéndome tú a mí por senador. (Orator, III, 4). Expresión es ésta de una muy decente libertad, pero que no se le sufriría a cualquiera que la dijese. Alguno de los poetas<sup>343</sup> dice que no se cuidaba -223- mucho de si el César era hombre negro o blanco; esto dicho de esta manera es una locura. Supongamos, por el contrario, que el mismo César lo dijese del poeta, y sería una expresión de arrogancia. Mayor es el cuidado que se observa en las personas entre los cómicos y trágicos. Porque usan de muchas y diversas.

El mismo orden guardaban los que escribían las oraciones a otros que el que guardan los que ahora dicen sus declamaciones. Porque no siempre peroramos como abogados, sino que las más veces hablamos como litigantes. Pero aun en aquellas causas en que como abogados defendemos, se ha de observar con cuidado la misma distinción. Porque

hacemos uso de la ficción de las personas y hablamos como por boca ajena, y hemos de acomodar sus costumbres propias a aquéllos cuya voz llevamos. Porque de distinta manera es remedado Publio Clodio, Apio el Ciego, el padre de la comedia de Cecilio y el de la de Terencio. ¿Qué cosa más áspera que aquella expresión del lictor de Verres? Si has de entrar, has de dar tanto. (Verrinas, VII, 117). ¿Qué expresión más valiente que la de aquel que mientras le castigaban con azotes no se le oía más voz que ésta: ciudadano romano soy? (Pro Milone, 93). ¿Qué expresiones aquéllas de la peroración tan dignas de un varón como Milón, que tantas veces había sosegado a un ciudadano sedicioso en beneficio de la república, y que con su valor había vencido las asechanzas? Últimamente no sólo hay en las prosopopeyas otras tantas diferencias cuantas son las que hay en las causas, sino que son muchas más, porque en estas remedamos los afectos de los muchachos, de las mujeres, de los pueblos, y aun de las cosas mudas, a todas las cuales se les debe su decoro.

2.º Lo mismo debe observarse en aquellas causas cuya defensa manejaremos. Porque acaece muchas veces que de distinta manera tenemos que perorar en defensa de uno según fuere honrado o deshonorado, aborrecido o bien -224- querido; añadiéndose a esto también la diferencia de los asuntos y de la vida pasada. Mas en un orador son muy agradables prendas la afabilidad, llaneza, moderación y cariño. Y aun aquellas otras diferentes de estas, cuales son aborrecer a los malos, conmovirse con la común suerte y castigar los delitos e injurias, y todas las cualidades decorosas, como ya dije al principio, le convienen a un hombre de bien.

3.º Y no sólo importa tener presente quién es el que perora y en defensa de quién, sino también en presencia de quién se habla. Porque el estado y poderío hacen distinción de jueces, y no se observa un mismo lenguaje en presencia de un príncipe que de un magistrado, de un senador, de un mero particular o de un noble; ni se usa de un mismo tono en las públicas juntas que en las disputas de los testigos. Porque así como al que está perorando por un reo le está bien la solicitud y el cuidado y todas las trazas que en cierto modo discurre para dar más realce a la oración, así también en los asuntos y causas de poca consideración, de nada servirán los mismos arbitrios, y con razón sería burlado el que sentándose para hablar de un asunto de poquísima consideración en presencia del juez, usase de aquella ingenua expresión de que usó Cicerón, diciendo: que no sólo se hallaba interiormente conmovido, sino que de pies a cabeza temblaba. (Verrinas, I, 42).

Mas ¿quién no sabe que un modo de decir pide la gravedad de un senador y otro la gente plebeya? Y más cuando aun a juicio de cada uno no está bien una misma cosa en presencia de la gente de gravedad y de la menos circunspección; ni viene bien lo mismo para con un erudito que para con un militar y para un hombre del campo, y alguna vez es necesario bajar el estilo y reducirlo a menos número de palabras, para que el juez no deje de entender y penetrar lo que se dice.

4.º El tiempo y el lugar requieren también su propia -225- observación. Porque el tiempo unas veces es alegre, otras triste; unas veces libre y de mucha ocupación. Así que a todas estas circunstancias debe acomodarse el orador. Y también importa muchísimo atender a si se habla en lugar público o privado, concurrido o solitario, en una ciudad extraña o en su patria, y finalmente, si en campaña o en la audiencia, y cada cosa requiere su estilo y su modo particular de hablar, y más cuando en los demás actos de la vida no viene bien hacer una misma cosa en la plaza que en la curia, en el campo marcio que en el teatro o en casa, y se tiene por una cosa fea el hacer en otra parte que en donde se tiene por costumbre muchas que por ser naturales no son reprobables y que por tanto son a veces necesarias.

5.º Ya hemos dicho cuánto más elegancia y adorno permiten las materias pertenecientes al género demostrativo, como que se ordenan a deleitar a los oyentes, que las que pertenecen al género deliberativo y judicial, y consisten en defender y en disputar.

Todavía se debe añadir que de la condición de las causas resalta también el que no sean tan del caso algunas de las virtudes de la oración que de su naturaleza son excelentes. Pues ¿por ventura sufrirá alguno a un reo que estuviese sentenciado a muerte, y particularmente si hablase él mismo en defensa suya a la presencia del vencedor y del príncipe, usar en su discurso de frecuentes traslaciones, de palabras nuevas y deducidas de la antigüedad, con un adorno enteramente ajeno del estilo común, en períodos seguidos y con los más amenos lugares y sentencias? Todas estas cosas ¿no desvanecerían aquel congojoso cuidado tan necesario al que se hallaba en peligro de implorar la misericordia a favor de un inocente? ¿Podrá alguno compadecerse de la desgracia de aquél a quien llegare a ver en un peligro lleno de orgullo y de jactancia, haciendo un ambicioso comercio de la elocuencia? No -226- por cierto; antes bien, le causará indignación el ver a un reo que anda a caza de expresiones, ansioso de fama de ingenio y que sólo piensa en parecer elocuente. Lo que me parece que comprendió admirablemente Marco Celio en la defensa de la causa en que fue reo de haber hecho violencia: para que a ninguno de vosotros y de todos los que asisten a la defensa de esta causa les parezca que la intención o el semblante les ha causado más molestia, o alguna expresión ha sido más desmesurada, o por último, el ademán (lo que es demasía) ha mostrado más jactancia, etc.

Hay algunas defensas que consisten en dar satisfacción, suplicar y confesar: por ventura ¿se ha de llorar con sencillas? Las epifonemas o entimemas, ¿podrán servir para suplicar? O todo lo que se añadiere a los meros afectos, ¿no disminuirá todas sus fuerzas y hará menor la compasión con la seguridad? Y además de esto, ¿si un padre tuviese que hablar acerca de la muerte de un hijo suyo, o de alguna injuria que le fuese más sensible que la muerte, procuraría dar a la narración del suceso aquella gracia que resulta del lenguaje puro y adornado, o se contentaría solamente con exponer sucinta y claramente la serie del suceso? ¿O dividirá las razones en diferentes partes y procurará parecer agraciado en las proposiciones y particiones? Y saliéndose de la común costumbre que hay en esta clase, ¿hablará sin alma y espíritu? ¿Adónde se le iría entre tanto aquel sentimiento? ¿En dónde se le detendrían las lágrimas? ¿Quién tendría por natural en público una tan segura observación de los preceptos? ¿Por ventura no debía observarse en él un continuo gemido desde la primera palabra hasta la última, y un semblante asimismo cubierto de tristeza, si quisiese comunicar su dolor aun a aquéllos que le oyesen? El cual, si en alguna parte aflojase, no lo volvería a excitar en el ánimo de los jueces.

Lo cual con especialidad deben observar los que se -227- ejercitan en decir declamaciones (pues no me pesa el dar una mirada también a esta mi obra y cuidado de los jóvenes, que una vez he tomado a mi cargo) cuánto son más los afectos que se imitan en la escuela, de los que nos revestimos no como abogados sino como si los padeciésemos. También suele imitarse este género de pleitos, en que algunos piden al Senado la sentencia de muerte, o por alguna grande infelicidad o también por arrepentimiento; en los cuales, no sólo está mal aquel modo de decir que parece cantado, el cual vicio ha cundido mucho, o el decir con demasiado descaro; pero ni aun alegar razones sino mezclando afectos, y esto de tal manera que sobresalgan más en la misma prueba; pues aquél que mientras perora puede interrumpir el sentimiento, da muestras de poderlo dejar enteramente.

6.º Pero no sé si la observancia de este decoro de que hablamos debe examinarse más principalmente acerca de aquéllos contra quienes peroramos. Porque no hay duda alguna de que en todas las acusaciones lo primero que se debe procurar es que no parezca que acusamos sólo por antojo. Y por esta razón no es poco lo que me desagrada aquella expresión de Casio Severo: ¡Oh buenos dioses, con vida estoy, y para que me sea la vida más gustosa, veo a Asprenates en calidad de reo. Porque puede parecer que él pidió contra él, no por una causa justa y necesaria, sino por un cierto deseo vehemente de acusar. Además de esto, que es común, algunas causas hay que requieren una particular moderación. Por cuyo motivo el que pretendiere la administración de los bienes de su padre, láméntese de su falta de salud, y un padre que está resuelto a acumular a su hijo los más graves delitos haga ver que se halla en la miserabilísima precisión de hacerlo así, y esto lo ha de hacer no sólo en pocas palabras, sino en toda la acción, para hacer ver que no sólo lo dice con la boca sino también con toda el alma. Y el tutor no se ha de enojar -228- jamás con el pupilo que le pone demanda en tanto grado que dé a entender que ni aun señales de amor ni una cierta venerable memoria de su padre le ha quedado.

Una sola cosa parece se debe añadir en este lugar, y es a la verdad de dificultad suma, y es la causa por qué no parecen mal en los que están hablando ciertas cosas que por su naturaleza tienen poca belleza, y que no hubiéramos querido más decir las si cualquiera de ella hubiera estado en nuestra mano. ¿Qué cosa puede haber de peor aspecto u oyen los hombres con más aversión que cuando un hijo o los hijos en calidad de abogados tienen que perorar contra su madre? Pues sin embargo, alguna vez no se puede pasar por otro término, como sucedió en la causa de Cluencio Hábito; pero no siempre por aquel medio que Cicerón usó contra Sasia, no porque no lo hiciese él del mejor modo, sino porque es muy del caso considerar en qué y de qué manera se le perjudica. Así es que ella debió ser fuertemente rechazada, por procurar abiertamente la muerte de su hijo. Sin embargo, Cicerón observó divinamente dos solas cosas que había que vencer. La primera fue el no olvidarse del respeto que se les debe a los padres, y la segunda, que tomando de más arriba las causas hiciese ver con el mayor cuidado en cuánto grado era no sólo conveniente sino necesario hacer lo que él iba a decir contra su madre. Y esto fue lo primero que expuso, sin embargo de que nada tenía que ver con el estado de la cuestión. En tanto grado creyó que en una causa dificultosa y perpleja a ninguna otra cosa debía atender primero que a lo que era conveniente. Y así hizo odioso el nombre de madre, no al hijo, sino a la misma contra quien se hablaba.

Puede también una madre hablar alguna vez contra su hijo en materia de menos consideración o menos perjudicial; entonces será conveniente usar de un estilo más suave y más sumiso; pues dando satisfacción, o haremos menor -229- el odio que nos tienen, o lo volveremos al contrario, y si se hiciere público que el hijo está penetrado de un grave sentimiento, se creerá que está inocente y a poca costa se hará digno de compasión. También conviene echar la culpa a otros, para que se crea que se ha movido por engaño de algunos, y hemos de asegurar que nosotros lo hemos de llevar todo con resignación, que ninguna cosa hemos de decir con aspereza, para que, aun dado caso que no podamos menos de desmandarnos en las palabras, parezca que no queremos. Además de esto, si alguna objeción hubiere que hacer, es obligación del abogado el que se crea que hace esto contra la voluntad del hijo, sólo por hacer su oficio. De este modo podrán uno y otro ser alabados. Lo que he dicho de la madre debe entenderse también del padre. Pues no ignoro que ha habido pleito entre padres e hijos después de haber salido de la patria potestad.

En otros parentescos se ha de procurar también el que se piense que nosotros hemos perorado contra nuestra voluntad por necesidad y con moderación, y más o menos

según el respeto que a cada persona se le debe. Lo mismo ha de observarse en favor de los libertos contra sus patronos. Y para decir muchas cosas de una vez, jamás será conveniente perorar contra semejantes personas de una manera tal que nosotros llevaríamos muy a mal el que unos hombres de la misma condición usasen contra nosotros.

También se observa alguna vez con los que se hallan constituidos en alguna dignidad el darles razón de nuestra libertad en el hablar para que ninguno nos tenga por desvergonzados en ofender a tales personas o por ambiciosos. Y así Cicerón, aunque tenía que hablar cosas de la mayor gravedad contra Cota, y no podía de otra suerte defenderse el pleito de Publio Opio, sin embargo excusó la precisión en que su oficio le ponía por medio de un -230- largo preámbulo. Conviene también alguna vez perdonar y remediar a los inferiores, y con especialidad a los jovencitos. Cicerón en la defensa que hace de Celio contra Atratino usa de esta moderación de tal manera que no parece que le reprende como enemigo, sino que le aconseja casi como padre. Porque siendo joven y noble y movido de justa queja había ido a hacer la acusación.

Pero en aquellas causas en que debemos dar pruebas de nuestra moderación al juez, o también a los circunstantes, es menor el trabajo; en donde hay más dificultad es cuando tememos ofender a aquellos mismos contra quienes peroramos. Dos personas le sirvieron de estorbo a un mismo tiempo a Cicerón cuando peroraba en defensa de Murena, es a saber: la de Marco Catón y Servio Sulpicio. Mas sin embargo, ¿con qué gracia le negó a Sulpicio la ciencia de pretender el consulado, después de haberle concedido todas las virtudes? Porque ¿qué otra cosa habría en que este hombre noble y el más sobresaliente jurista se diese por más vencido? ¡Mas de qué manera dio cuenta de su defensa, diciendo que él sólo había favorecido a la pretensión de Sulpicio contra el honor de Murena, y que no estaba obligado a hacer lo mismo favoreciendo a la acusación que se hacía contra su vida! ¿Y en qué suaves términos trató a Catón, cuyo natural, que él había admirado sobremanera, quería hacer creer que se había vuelto más áspero en algunas cosas, no por vicio de él mismo, sino por el de la secta de los estoicos, de suerte que creerías que no era alteración forense la que entre ellos había ocurrido, sino una amigable disputa?

Éste es seguramente el método, y el más acertado género de preceptos que este varón observa, que es concederle a uno todas las demás virtudes, cuando quiere reprenderle de algún vicio sin malquistarse con él; decir que en esto sólo es menos diestro que en lo demás; añadiendo, si posible fuere, cuál es la causa de ser así, o insinuar que -231- es algo más adherido a su dictamen, o crédulo, o que se dejó llevar del enojo, o que le incitaron otros. Éste es el universal remedio que hay en tales casos, el que en toda la defensa se descubra igualmente que honramos y amamos a las personas; además de esto, hemos de tener nosotros un justo motivo para perorar de esta manera, y esto no sólo lo hemos de hacer con moderación, sino por precisión.

V. Cosa diferente de ésta, pero más fácil, es cuando tenemos que alabar algunos hechos de hombres que, o son por otra parte reprobables, o nos son odiosos a nosotros. Porque conviene alabar, en cualquier persona que sea, lo que es digno de alabanza. Cicerón peroró a favor de Gavinio y de Publio Vatino, que antes habían sido sus mayores enemigos y contra quienes había escrito también sus oraciones. Pero se hace justa la causa confesando que no andaba solícito por la fama del ingenio, sino por la verdad. Algo más de dificultad le costó el medio de que tuvo que usar en la causa de Cluencio, viéndose precisado a llamar delincuente a Escamandro, siendo así que le había defendido su pleito. Pero lo hizo elegantísimamente, excusando no sólo las súplicas de aquéllos que le habían acusado, sino también su mocedad; expuesto por otra

parte a quitarle más autoridad, si confesase, especialmente en una causa sospechosa, que él temerariamente tomaba a su cargo la defensa de los reos culpados.

Mas cuando hubiéremos tomado a nuestro cargo la defensa de una causa en la presencia de un juez que es contrario a ella por cualquier interés suyo o de otro, al paso que es dificultoso el medio que se ha de discurrir para persuadirle, es facilísimo el que hay para perorar. Porque aparentaremos no tener el menor temor, no tanto por la seguridad que tenemos en nuestra causa, como por la que tenemos en su justicia. Se le procurará poner muy hueco con la alabanza, haciéndole presente que tanto más esclarecida -232- será su rectitud e integridad en pronunciar la sentencia, cuanto menos atendiere a su agravio o a su propia utilidad.

De esta suerte también se alegrará la razón, o de alguna necesidad, si esto ha lugar en la causa, o de error, o de sospecha en presencia de aquellos jueces de quienes los reos hubieren apelado en caso de que fueren remitidos a los mismos. Y lo más seguro es la confesión del arrepentimiento y la satisfacción de la culpa; y por todos los medios se le ha de inclinar al juez a avergonzarse de la ira.

Sucede también alguna vez el que un mismo juez vuelve a tener otra vez conocimiento del pleito que ya ha sentenciado: en este caso es una cosa muy regular hacerle presente que nosotros no habíamos de haber disputado en presencia de otro juez acerca de la sentencia que él había dado; porque no era justo que otro juez corrigiese el defecto de la sentencia dada: en lo demás se procederá según lo permita la causa, diciendo, o que se ignoraban algunas particularidades, o que faltaron testigos, o que los abogados (y esto se ha de decir con muchísimo tiento y cuando no haya otra cosa que decir) no han cumplido con su obligación.

Puede acontecer que tengamos que reprender en otras cosas que nosotros mismos hubiéremos hecho, a la manera que Tuberón echa en cara a Ligario haber estado en África. Yo a la verdad no hallo medio para que se pueda hacer esto de un modo competente, a no ser que se encuentre alguna circunstancia que concurra como de la persona, edad, tiempo, causa, lugar e intención. Tuberón dice que desde joven estuvo al lado de su padre, que el Senado le envió, no a la guerra, sino a hacer con él el acopio de trigo; que apenas tuvo proporción se separó del partido; que Ligario no sólo perseveró, y no a favor de Pompeyo, entre quien y el César había competencia acerca de la dignidad, queriendo el uno y otro conservar en salvo la república, -233- sino que estuvo a favor de Juba y de los africanos que eran los más grandes enemigos que el pueblo romano tenía. Pero es muy fácil reprender la culpa ajena cuando se confiesa la propia. Mas esto es ya propio de un juez, no de un abogado. Y si ninguna excusa ocurre, sólo el arrepentimiento puede dar un buen aspecto a la causa. Porque el mismo que se ha movido a aborrecer aquello mismo en que había errado puede parecer que se ha enmendado bastante.

También he hecho ya presente, hablando de las chanzas, cuán fea cosa es burlarse de alguno por la falta de fortuna, y que tampoco se debe insultar a toda una clase de personas, a toda una nación y pueblo. Pero a veces la buena fe de la defensa obliga a decir algunas cosas del común de los hombres, como de los libertinos, o de los soldados, o de los asentistas, o de otros semejantes, en todo lo cual es universal remedio el hacer ver que no trata uno con gusto aquellas cosas que ofenden; ni dar contra todas las cosas, sino contra aquello que pretendemos vencer, y reprendiendo unas cosas recompensarlo con la alabanza de otras.

Si dijeres que los soldados son codiciosos, dirás que no es maravilla que se imaginen que se les deben mayores premios por los peligros a que se exponen de perder la vida; si dices son insolentes, añadirás que esto consiste en que se han acostumbrado más a las

guerras que a la paz. Si hay que disminuir la autoridad del testimonio de los libertinos, se resarcirá esto con la alabanza de la industria por la cual salieron de esclavitud.

Por lo que pertenece a las naciones extranjeras, Cicerón habla con variedad. Habiendo de quitar el crédito a los testigos griegos<sup>344</sup>, les concede la instrucción y las ciencias, y confiesa ser apasionado de aquella nación. Desprecia a -234- los sardos; persigue a los piamonteses como a enemigos<sup>345</sup>; de las cuales cosas, cuando se decían, ninguna se tuvo por fuera del caso o ajena del intento.

Cuando el asunto es odioso se suele disminuir el odio usando de moderación en las palabras, como si del que es de recia condición se dice que es demasiado severo; del que no observa justicia, que es fácil en dejarse persuadir; del pertinaz, que es sobremanera constante en su dictamen, y si por la mayor parte se procura convencer en cierto modo con la razón a aquellos mismos contra quienes se habla, exponiendo con la mayor suavidad sus defectos.

Sobre todo la demasía es una cosa muy fea, y por tanto aun aquello que por la naturaleza del asunto es bastante del caso, pierde la gracia si de algún modo no se modera. Cuya observación más puede hacerse por cierto discernimiento que enseñarse por reglas cuánto será suficiente decir y cuánto admiten los oídos. Ésta es una cosa que no se mide a palmos; porque así como sucede en los manjares, unas cosas llenan más que otras.

También me parece que se debe añadir brevemente que de ordinario la elocuencia tiene muy diversas perfecciones, que no solamente tienen sus apasionados, sino que ellos mismos las alaban muchas veces. Pues Cicerón escribe en una parte<sup>346</sup>; que lo mejor es aquello que cuando se cree poderlo conseguir fácilmente por medio de la imitación, no se puede. Y en otra parte: que no pretendió él por este medio el decir de una manera que cualquiera confiase poder hacer otro tanto, sino de tal suerte que ninguno le pudiese imitar. Lo cual puede parecer contradicción. Pero uno y otro está dicho con verdad, y es justamente celebrado. Porque se funda la diferencia en la materia de que se trata y el -235- modo de tratarla; porque aquella sencillez y como descuido en el decir, que carece de afectación, es muy propia de las causas de poca consideración; a las de más entidad conviene mejor aquel modo de decir maravilloso. En uno y otro es excelente Cicerón: los ignorantes creen poder imitar lo primero; los que lo entienden ni uno ni otro pueden imitar.

-236-

## Capítulo II. De la memoria

I. Depende de la naturaleza y del arte. Cuánta sea su utilidad y su virtud.-II. Simónides fue el primer autor del arte de la memoria.-III. Cuál es su orden y método. Fabio no le aprueba.-IV. Da preceptos más sencillos. Aprender por partes poniendo algunas señales. Aprender por lo mismo que se ha escrito. Ejercitar la memoria aprendiendo o en silencio u oyendo a otros leer.-V. La división y la composición ayudan especialmente a la memoria. La mejor regla que hay para la memoria es el ejercicio de ella. En los más no es fiel la memoria de lo que se acaba de aprender. Si conviene aprender a la letra. De cuánto sirve la memoria.

I. Algunos son de opinión que la memoria es don de la naturaleza, y sin duda tiene muchísima parte en ella; pero se aumenta con el ejercicio como todas las demás cosas, y todo el trabajo de que ya hemos hablado es inútil si las demás prendas no subsisten en virtud de ésta que es como el alma de ellas. Porque toda la ciencia tiene su fundamento en la memoria, y en vano nos enseñarían si se nos olvidase todo lo que oímos, y esta

misma potencia nos pone delante cierta como provisión de ejemplos, leyes, respuestas, dichos y hazañas de las que debe estar bien provisto y tener siempre a la mano un orador. Y no sin razón se llama ésta el tesoro de la elocuencia.

Pero los que tienen mucho que perorar, no solamente conviene que tengan una firme retentiva, sino que sean prontos en aprender, y no sólo volver a aprender leyendo lo que se ha escrito, sino seguir también en lo que se ha meditado el hilo de las cosas y orden de las palabras, y -237- acordarse de lo que por la parte contraria se hubiere dicho y refutarlo, no con el mismo orden con que se dijo, sino acomodándolo en los lugares oportunos. ¿Qué más? El perorar de repente me parece a mí que no depende de otra potencia del alma sino de ésta; porque mientras decimos unas cosas, es necesario tener presentes las que vamos a decir, y así buscando siempre el pensamiento de más lejos lo que está más adelante deposita en cierto modo en la memoria todo lo que entre tanto discurre, lo cual ella entrega a la elocución, recibéndolo, por decirlo así, de mano en mano de la invención.

Mas no creo que debo detenerme en declarar en esta parte cuál es la causa de la memoria, sin embargo de que los más son de opinión que en nuestra alma se imprimen ciertas señales a la manera que en la cera se conservan los sellos de los anillos. Ni seré tan crédulo que me persuada que la memoria se hace más tarda o más firme como por hábito.

Por lo que pertenece al alma, es más digna de admiración su naturaleza y que de repente se nos ofrezcan y vuelvan a ocurrir las ideas antiguas después de haber pasado un dilatado espacio de tiempo, y esto no sólo cuando las procuramos hacer a la memoria, sino también a veces de suyo, y no sólo estando despiertos, sino aun más veces cuando estamos dormidos, y aun aquellos animales que vemos que carecen de entendimiento tienen su reminiscencia y conocen, y aun cuando hagan un largo viaje se vuelven a su mansión acostumbrada. ¿Qué más? ¿no es una cosa que causa admiración esta variedad de olvidársele a uno lo que hace poco que pasó y tener muy impresas en la memoria las cosas antiguas? ¿olvidarnos de lo que pasó el día de ayer y tener muy en la memoria lo que hicimos cuando niños? ¿Y qué diremos de que algunas cosas se nos ocultan cuando las queremos hacer a la memoria y las mismas nos ocurren después por un acaso, y no -238- permanece siempre la memoria, sino que alguna vez vuelve?

Sin embargo, ninguna noticia se tendría de la grandeza de su virtud y excelencia, si no la hubiera descubierto la elocuencia, a quien ella sirve de lumbrera. Porque no sólo pone delante el orden de las cosas, sino también el de las palabras, y no son pocas en número las que va enlazando, sino que dura casi infinitamente, y en las defensas muy largas falta primero la paciencia para oír que la seguridad de la memoria.

Lo cual es prueba de que hay alguna arte y que la naturaleza se sirve de la razón, siendo así que nosotros mismos instruidos podemos hacer aquello que sin instrucción y ejercicio no podemos. Sin embargo de que hallo en Platón que el uso de las letras sirve de impedimento a la memoria porque dejamos de conservar en cierto modo en ella aquello que ponemos por escrito, y por esta misma seguridad nos olvidamos de ello. Y no hay duda de que en esta parte sirve muchísimo la meditación, y tener, por decirlo así, los ojos del alma fijos en la contemplación de aquellas cosas que contempla. De donde sucede que conserva en el mismo pensamiento aquellas cosas que por muchos días escribimos para aprenderlas.

II. Dicen que el primer autor de la memoria fue Simónides, de quien vulgarmente se cuenta que habiendo escrito por el pactado precio a uno de los luchadores que había logrado la corona una canción como las que solían componer a los vencedores, no le quisieron dar parte del dinero porque haciendo una digresión como las que frecuentísimamente suelen hacer los poetas, se había pasado a las alabanzas de Cástor y

Pólux, por cuya razón le mandaban que pidiese la otra parte del dinero a aquellos cuyos hechos había celebrado, y se lo pagaron, según se refiere, porque teniendo un grande convite en celebridad de la misma victoria y habiendo sido convidado a él Simónides - 239- le llamaron afuera, dándole noticia de que dos jóvenes que iban a caballo deseaban en gran manera hablarle, salió afuera y no los encontró, pero el suceso hizo ver que le fueron agradecidos, pues apenas salió del umbral de la puerta se hundió toda aquella pieza de comer sobre los convidados, y de tal manera los aplanó, que buscando sus parientes los cuerpos de los muertos para darles sepultura, no sólo no pudieron por alguna señal conocer sus caras, pero ni aun los miembros. Entonces cuentan que Simónides, teniendo presente el orden con que cada uno se había puesto a la mesa entregó los cadáveres a los suyos.

Mas es grande la diferencia de opiniones que hay entre los autores sobre si esta canción se escribió a Glaucón Caristio, o a Leocrates, o a Agatarco, o a Escopas, y si la casa del convite estuvo en Farsalo, como parece dio a entender el mismo Simónides en cierto lugar y lo dejaron escrito Apolodoro, Eratóstenes, Euforión y Euripilo de Larisa, o en Cranón, como dice Apolas Calímaco, a quien siguió Cicerón extendiendo más esta voz. Se sabe de cierto que Escopas, noble de Tesalia, pereció en aquel convite; se añade que un hijo de su hermana; hay opinión de que la mayor parte eran descendientes de aquel Escopas que hubo mayor en edad. Aunque a mí me parece fabuloso todo lo que se cuenta de Cástor y Pólux, y absolutamente ninguna mención hace el mismo poeta en parte alguna de este suceso, que seguramente no callaría redundando en tanta gloria suya.

III. Por este suceso de Simónides parece se ha venido en conocimiento de que la memoria se sirve mucho de los senos que tiene señalados en el alma, y esto puede creerlo cada uno por lo que en sí experimenta. Porque cuando volvemos a algunos lugares después de algún tiempo, no solamente los reconocemos, sino que también nos acordamos de lo que en ellos hicimos, se nos representan las -240- personas y aun alguna vez nos vuelven a la memoria los ocultos pensamientos. Así que el arte ha tenido su principio de la experiencia, como la mayor parte de las cosas.

Para aprender de memoria algunos buscan lugares muy espaciosos, adornados de mucha variedad y tal vez una casa grande y dividida en muchas habitaciones retiradas. Se imprime cuidadosamente en el alma todo cuanto hay en ella digno de notarse para que el pensamiento pueda sin detención ni tardanza recorrer todas sus partes. Y ésta es la dificultad primera, que la memoria no se quede parada en el encuentro de las ideas. Porque más que firme debe ser la memoria que ayuda a otra memoria.

Además de esto distinguen con alguna señal lo que han escrito o lo que meditan para que les excite la memoria, lo cual puede ser o del total de la cosa, como de la navegación, de la milicia, o de alguna palabra<sup>347</sup>. Pues aun aquellos que son flacos de memoria se acuerdan con sólo apuntarles una palabra. Sea por ejemplo la señal de la navegación una áncora, de la milicia alguna de las armas.

Y así todo esto lo ordenan de este modo: el primer pensamiento o pasaje del discurso le destinan en cierto modo a la entrada de la casa, el segundo al portal de ella, después dan vuelta a los patios, y no sólo ponen señales a todos los aposentos por su orden o salas llenas de sillas, sino también a los estrados y cosas semejantes.

Hecho esto, cuando se ha de refrescar la memoria comienzan a recorrer desde el principio todos estos lugares y se toman cuenta de lo que a cada uno fiaron y con la idea de ellos se excitan la memoria, para que por muchas que sean las cosas de que es preciso acordarse vayan encadenándose de una en una, a fin de que los que juntan -241- las que se siguen con las primeras no se equivoquen con sólo el trabajo de aprenderlas.

Esto que he dicho de una casa puede hacerse también en las obras públicas, en un viaje largo, como en la circunferencia de las ciudades y en las pinturas. También puede uno fingirse estas ideas.

Es necesario, pues, echar mano de lugares que o se fingen o se toman de pinturas o de simulacros, los cuales también se han de fingir. Imágenes conocidas son aquellas con las cuales venimos en conocimiento de las cosas que vamos a aprender, como cuando dice Cicerón: Valgámonos de los lugares como de tablas enceradas y de las imágenes como de letras. (De oratore, II, número 354). También será muy del caso añadir a la letra aquello otro: Debe hacerse uso de muchos lugares ilustres, fáciles, de cortos intervalos, de imágenes que sean activas y de viveza, distinguidas, que puedan ocurrir pronto y herir el alma. (De oratore, II, número 358). Por lo que me maravillo más cómo Metrodoro inventó trescientos y sesenta lugares en los doce signos por donde pasa el sol. Vanidad fue por cierto y jactancia hacer alarde de su memoria, que tenía más de artificiosa que de natural.

Yo a la verdad no niego que esto sirve para algunas cosas como si se ha de dar cuenta de muchos nombres que se han oído por su orden. Porque conservan las ideas de aquellas cosas por los lugares en que las aprendieron: la mesa, para decirlo así, en la portada; el almohadón de estrado en el atrio y así las demás cosas, y después volviendo a recorrerlas las hallan en donde las dejaron. Y de este arbitrio tal vez se valieron aquéllos<sup>348</sup> que después de -242- concluida una almoneda dieron exacta cuenta de todo lo que habían vendido a cada uno, sirviendo de testimonio las escrituras de los banqueros. Lo cual dicen que hizo Hortensio<sup>349</sup>.

De menos servirá esto mismo para aprender lo que se contiene en una oración o discurso seguido<sup>350</sup>. Porque los conceptos no tienen la misma imagen que las cosas, debiéndose fingir algunas de ellas, sin embargo de que unas y otras excitan la memoria. Pero ¿cómo se comprenderá por este mismo medio el contexto de las palabras de algún razonamiento que se ha tenido? Dejo aparte que algunas cosas con ninguna figura se pueden significar, como son ciertas junturas del discurso. Porque a la verdad propongámonos determinadas figuras de todas las cosas como hacen los que escriben por signos, y determinemos lugares infinitos por los cuales se expliquen todas las palabras que se contienen en los cinco libros de la segunda defensa contra Verres, de manera que nos acordemos aun de todo aquello que en cada uno de los lugares hubiéremos -243- en cierto modo depositado, ¿por ventura no es preciso que se corte el hilo de las cosas que dice con el doble cuidado de la memoria? Porque, ¿de qué manera podrán ir ocurriendo estas cosas con unión si para cada una de las palabras es necesario atender a cada una de las figuras? Por cuya razón Carnéades y Escepsio Metrodoro (de quien poco ha he hablado) y de quienes Cicerón dice que usaron este ejercicio, allá se las hayan con su modo de pensar; nosotros procuremos dar reglas más sencillas.

IV. Si se ofreciere haber de aprender de memoria una oración larga, será útil aprenderla por partes, porque se fatiga la memoria con la mucha carga, y estas partes no han de ser extremadamente cortas. Porque de otra manera serán excesivamente muchas y la dividirán y separarán. Y ciertamente yo no establezco otra regla que seguir los puntos en que se divide el discurso, a no ser que sean tan largos que sea preciso dividirlos. Se deben señalar ciertos términos para que la frecuente meditación haga seguido el contexto de las palabras, que es el más dificultoso, y después el orden repetido junte las mismas partes.

No deja de ser del caso poner algunas señales, para que más fácilmente se queden en la memoria las cosas, cuyo recuerdo refresque y en cierto modo excite la memoria. Porque casi ninguno hay tan infeliz que ignore la señal que en cada lugar ha dejado, y si

fuere tardo en aprender aun de esta manera, use también aun del mismo arbitrio para que las señales mismas le exciten la memoria.

De aquí es que no es cosa inútil de aquella arte poner algunos signos para hacer a la memoria aquellos pensamientos que se han olvidado, como el signo de áncora (como arriba añadí) si se hubiese de hablar de la nave, o el de la lanza si de la guerra. Porque los signos sirven de mucho, y de una memoria se sigue otra, así como el ponerse uno un anillo o atársele nos hace recordar del motivo por que hemos hecho aquello.

-244-

Todavía sirven para afirmar más la memoria aquellas cosas que por una cosa semejante la hacen recordar de aquello que se necesita tener presente, como sucede en los nombres, que si tal vez es necesario tener en la memoria el de Fabio, recurramos a aquel Fabio el Detenido, que no se puede olvidar, o algún amigo que tenga el mismo nombre. Lo cual es más fácil en los Apros, en los Ursos y Nasones o Crispo, teniendo en la memoria de donde tienen su etimología estos nombres para que se queden más impresos en la memoria<sup>351</sup>. También el origen de los derivados es alguna vez causa de que se conserven más los nombres en la memoria, como en Cicerón, Verres y Aurelio, si es preciso introducirlos<sup>352</sup>.

A todos aprovechará mucho aprender de memoria por lo mismo que se ha escrito. Porque el que dice asemejándose a uno que va leyendo, sigue a la memoria por ciertas huellas y en cierto modo va viendo con los ojos del alma, no solamente las páginas, sino casi los mismos renglones. Además de esto, si hubiere en lo escrito algún borrón, alguna dicción o mutación de alguna cosa, son ciertas señales que reflexionándolas no podemos errar.

Hay un método que al paso que no es desemejante a aquél de que primeramente hemos tratado<sup>353</sup>, es más fácil y de más fundamento (si es que la experiencia me ha enseñado alguna cosa), que se reduce a aprender en -245- voz baja. Pues lo que en otro tiempo era lo mejor, ahora también lo es si otros pensamientos no ocuparan a cada paso el alma que se halla en cierto modo ociosa, por los cuales es necesario llamar su atención con la voz, para que la memoria tenga a un mismo tiempo dos estímulos, el de la lengua y el del oído. Pero esta voz ha de ser moderada y más propiamente murmullo. Mas el que aprende leyéndole otro se detiene en parte, porque es más perspicaz el sentido de la vista que el del oído; en parte puede servirle de mucho, porque después de haber oído una o dos veces, puede inmediatamente hacer la prueba de su memoria y competir con el que lee. Porque una de las cosas que debemos procurar además de lo dicho, es el hacer después experiencia de nosotros mismos; porque en la lección seguida, igualmente pasa lo que más impreso se queda que lo que menos. En la experiencia que se hace de si se acuerda uno o no, no solamente se pone más atención, sino que no se pasa instante alguno de tiempo inútilmente, en cuya ocasión suelen también refrescarse las ideas que sabemos, de tal manera se vuelven a aprender solas las que se olvidaron que con la frecuente repetición quedan más firmes, sin embargo de que por la misma razón de que se olvidaron suelen quedarse luego más impresas. Es cosa sabida que para aprender y escribir contribuye muchísimo una robusta salud, buena digestión de la comida y un ánimo libre de pensamientos que distraigan.

V. Pero a excepción del ejercicio, que es lo mejor de todo, casi sola la división y la composición contribuyen mucho para aprender lo que hemos escrito y retener en la memoria lo que pensamos.

Porque el que hiciere una buena división, nunca podrá errar en el orden de las cosas. Pues no sólo en ordenar las cuestiones sino que también en el ejercicio de ellas es una cosa que no se puede errar, si con un buen orden decimos -246- primera, segunda, tercera, etc., y si tienen entre sí unión todas las cosas de manera que ninguna cosa pueda

añadirse o quitarse sin que claramente se conozca. Escévola en el juego de las damas, habiendo él primero movido la pieza y perdido el juego, recorriendo en la memoria todo el orden con que había jugado mientras iba a la aldea, acordándose de la jugada que había errado, volvió a aquél con quien había jugado y declaró que así había sucedido. Si tanto puede un orden alternativo, ¿servirá menos el orden de la oración y más cuando depende de nuestro arbitrio?

Las cosas que están bien ordenadas servirán también de guía a la memoria con su orden. Porque así como aprendemos con más facilidad los versos que la prosa, así también aprendemos mejor la prosa que tiene unión que la que no la tiene. De este modo sucede que se dicen de memoria aun aquellas cosas que por el pronto parecía que no tenían unión repitiéndolas palabra por palabra. Lo cual podía hacer aun mi mediana memoria si alguna vez me precisaba a repetir parte de una declamación la concurrencia de algunos sujetos que se merecían este obsequio. Y en esta parte no ha lugar la mentira, por cuanto se hallan vivos aún los que asistieran.

Mas si alguno pretende que yo le dé la única y la más principal regla que hay para aprender de memoria, sepa que ésta es el ejercicio y el trabajo; aprender mucho de memoria, meditar mucho, y si todos los días se puede hacer esto, es el medio más poderoso. Ninguna cosa hay que en tanto grado se aumente con el cuidado y se disminuya con el descuido. Por cuya razón los muchachos, como lo tengo ya ordenado, aprendan inmediatamente de memoria las más cosas que les sean posibles, y cualquier edad que se dedicare a aumentar la memoria con el estudio, procure desde el principio quitarse aquel hastío que causa el revolver muchas veces lo que se ha escrito y -247- leído y aquel volver en cierto modo a masticar lo mismo que se ha comido.

Lo cual puede hacerse más llevadero si comenzáremos primero a aprender pocas cosas y las que no nos den fastidio, además de esto añadir todos los días un solo verso, cuya añadidura no se deje conocer por el aumento del trabajo, y que en suma vaya llegando hasta lo sumo; primero lo de los poetas, después lo de los oradores y últimamente lo que sea menos numeroso y tenga menos semejanza con el lenguaje común, cuales son los discursos de los jurisconsultos. Porque las cosas que sirven para el ejercicio deben ser más dificultosas, para que aquello mismo en que se tiene el ejercicio sea más fácil, a la manera que los atletas acostumbran sus manos al peso del plomo, siendo así que en la lucha tienen que hacer uso de ellas teniéndolas desocupadas y vacías.

Tampoco omitiré que por la experiencia de cada día se sabe que los ingenios que son algo tardos no tienen muy firme la memoria en lo que poco antes han aprendido. Cosa es que causa admiración al decirlo, y no ocurre de pronto la razón de la gran firmeza que causa en la memoria una noche que pase de por medio; y es que, o cesa aquel trabajo cuya fatiga misma servía de impedimento a la memoria, o llega a sazón y se digiere, o el recuerdo es la parte más firme de ella, puesto que al día siguiente se dicen en seguida aquellas cosas de que inmediatamente no se podía dar razón, y aquel mismo tiempo que suele ser la causa de que una cosa se olvide afirma la memoria. Sucede también que la memoria que es muy veloz para aprender, casi inmediatamente se desvanece, y como si nada debiese conservar para lo sucesivo, después de haber desempeñado la obligación que de presente tenía, se va como despedida. No es maravilla que se queden más impresas en el alma aquellas cosas que tardaron más tiempo en imprimirse.

-248-

De esta diversidad de ingenios ha nacido la duda de si los que se preparan para perorar han de aprender a la letra o si sólo se han de contentar con aprender la fuerza del sentido

y orden de las cosas; acerca de lo cual no puede decirse con seguridad generalmente hablando.

Porque si la memoria coadyuva y el tiempo lo permite, sería bueno no dejarse ni una sílaba; porque de otra manera el escribir será una cosa superflua. Y esto es lo que con especialidad debemos procurar desde niños, y la memoria se debe habituar con el ejercicio a esta costumbre para que no aprendamos a condescender con nosotros mismos. Y por esta razón es una cosa reprehensible el tener apuntadores o mirar al papel, porque esto da libertad para tener en esta parte descuido, y ninguno se persuade que no sabe bien de memoria una cosa cuando no teme que se le olvide. De aquí proviene el interrumpir el ímpetu de la acción y un modo de decir repugnante y áspero y un tono de voz semejante al de uno que aprende; perdiendo toda la gracia de lo escrito, aun cuando sea bueno, sólo porque se da a entender que se lleva escrito. Mas la memoria hace adquirir también la fama de ingenio pronto, de manera que parece que aquellas cosas que decimos no las hemos llevado de nuestras casas, sino que nos han ocurrido allí de pronto, lo cual contribuye muchísimo al buen concepto del orador y estado de la misma causa. Porque el juez admira más y teme menos lo que juzga que no se ha premeditado contra él. Y así lo que sobre todo se ha de procurar tener presente en las defensas, es el decir como cosa no estudiada aun aquello que hemos ordenado con esmero, y que parezca alguna vez que como meditando y dudando andamos haciendo a la memoria lo que llevamos discurrido. Así que a ninguno se le oculta cuál es lo mejor.

Pero si la memoria fuere naturalmente poco firme o no sufragare el tiempo, será también una cosa inútil atarse a -249- todas las palabras, puesto que el olvido de sola una de ellas cualquiera que sea, será causa o de andar titubeando vergonzosamente o también de no poder hablar más palabra. Y es mucho más seguro dejarse uno a sí mismo libertad en las palabras después de haber aprendido bien las mismas cosas. Pues cada uno se olvida, mal de su grado, de aquella palabra que había elegido y con dificultad sustituye otra mientras discurre aquella que había escrito. Pero ni aun esto sirve de remedio a una memoria débil, sino en aquéllos que han adquirido alguna facilidad en decir de repente. Y si alguno careciere de lo uno y de lo otro, a éste le aconsejaré que se deje enteramente del trabajo de las defensas judiciales, y si tiene alguna literatura se dedique más bien a escribir. Pero serán muy raros a quienes suceda esta infelicidad.

Mas de cuánto sirva la memoria con la naturaleza y el estudio es buen testigo Temístocles, el cual se sabe que en el espacio de un solo año habló perfectamente la lengua pérsica; o Mitrídates, de quien se cuenta que aprendió veintidós lenguas cuantas eran las naciones sujetas a su dominio; o aquel rico Cresos<sup>354</sup> que siendo gobernador de la Asia, de tal manera aprendió los cinco diferentes dialectos de la lengua griega, que en cualquiera de ellos en que le pedían justicia se la hacía, respondiéndoles en el lenguaje mismo; o Ciro, de quien se cree que sabía de memoria los nombres de todos sus soldados. Mas de Teodectes se dice que repetía inmediatamente de memoria los versos que una vez oía por muchos que fuesen. También decían que aun ahora había quienes hiciesen otro tanto, pero nunca me ha sucedido presenciar yo por mí mismo un lance de estos; sin embargo, se debe dar algún crédito, aunque no sea más de porque el que lo creyere tenga algunas esperanzas de conseguir en algún tiempo igual memoria.

-250-

### Capítulo III. De la pronunciación

I. Cuánta sea la fuerza de la pronunciación. Necesita los auxilios de la naturaleza y del cuidado. Se divide en voz y ademán.-II. En la voz se atiende a la naturaleza y al uso.

Cuánto debe cuidar el orador de la voz. Cuál es el mejor modo de ejercitar la voz.-III. La voz debe ser como la oración. 1.º Bien entonada. 2.º Clara. 3.º Expedita, y en este lugar trata de muchos defectos de la pronunciación, entre los cuales pone la monotonía y el canto. 4.º Acomodada a aquellos asuntos de que se trata.-IV. Del ademán. Cuánta es la fuerza de éste. De cada una de las partes del cuerpo que pertenecen a la pronunciación. Del traje y vestido del orador.-V. La pronunciación debe acomodarse, tanto en el ademán como en la voz, a los asuntos y a las personas. Y así se deben tener presentes cuatro cosas. 1.º El género de causa. 2.º Las partes de la oración. Y en este lugar enseña qué debe tener presente el orador al levantarse antes de decir. Qué en el exordio. Qué en la narración. Qué en la confirmación. Qué en el epílogo. 3.º Las sentencias. 4.º Y las palabras mismas.-VI. En el perorar a unos les está bien una cosa y a otros otra. El modo que todos deben observar.

I. La mayor parte de los autores llama a la pronunciación acción. Pero parece que el primer nombre le toma de la voz y el segundo del ademán<sup>355</sup>. Porque Cicerón llama en una parte a la acción como razonamiento, y en otras la llama una cierta elocuencia del cuerpo. Él mismo la divide en dos partes<sup>356</sup>, en voz y movimiento, que son las -251- mismas de la pronunciación. Por lo cual se pueden llamar indiferentemente de una manera o de otra.

Mas la pronunciación tiene en los oradores una admirable fuerza y poder. Porque no es de tanta importancia aquello que compusimos allá a solas, como el modo con que ha de producirse; pues cada uno se mueve según lo que oye. Por lo que la prueba que acaba de proponer el orador no es tan firme que no pierda sus fuerzas si no le da vigor el que la dice. Preciso es que todos los afectos se entibien si no se procuran acalorar con la voz, con el semblante y con el ademán de casi todo el cuerpo. Pues aun después de haber hecho todo esto, no será poca nuestra dicha si el juez llegare a concebir todo aquel nuestro fuego; conque ¿cuánto menos le moveremos no poniendo de nuestra parte medio alguno, y no cuidándonos de ello, y si el mismo juez se resfría con nuestra negligencia?

Aun los representantes nos pueden servir de ejemplo en esta parte; los cuales dan tanta gracia a los mejores poetas, que aquellas mismas expresiones oídas de su boca nos agradan infinitamente más que cuando las leemos, y concilian la atención aun a la gente más despreciable; de manera que obras que jamás tienen lugar en las bibliotecas lo tienen frecuentemente en los teatros. Pues si en unas cosas que sabemos son fingidas y que tanto duran cuanto suenan tiene tan gran poder la pronunciación que excita la ira, saca lágrimas y pone en cuidado, ¿cuánto mayor poder es preciso que tenga en aquellas cosas que tenemos por verdaderas?

A la verdad, no tengo reparo en afirmar que un discurso aun mediano, pero recomendable por toda la fuerza de la acción, hará más impresión que otro muy excelente que careciere de ella. Por cuya razón preguntado Demóstenes qué cosa era la más principal en toda la oratoria, dio la preferencia a la pronunciación, y a la misma dio el segundo y tercer lugar hasta que dejaron de preguntarle; de -252- manera que se puede creer que tuvo a la pronunciación, no por la cosa más principal de la elocuencia, sino por la única, y por lo tanto, él mismo hizo tanto estudio en imitar la pronunciación de Andrónico el farsante, que admirándose de su oración los de Rodas parece que con razón les dijo Esquines: ¿Pues qué hubiera sucedido si le hubierais oído a él mismo? Y Marco Cicerón es de opinión que la acción es la que prepondera en el decir. Con ésta dice él que Gneo Léntulo se hizo más famoso que con la elocuencia. Que Gayo Graco movió las lágrimas de todo el pueblo romano con llorar la muerte de su hermano; que Antonio y Craso pudieron mucho por la acción, y muchísimo más Hortensio, de lo cual tenemos la prueba de que sus escritos no corresponden a su fama; pues por mucho

tiempo fue tenido por príncipe de los oradores, y alguna vez por émulo de Cicerón; y últimamente, mientras vivió, por el único después de él, para que se vea claramente que cuando él decía causaba cierto deleite que no encontramos en sus escritos cuando los leemos. Y verdaderamente, teniendo las palabras mucha fuerza por sí mismas y añadiendo la voz el alma que se les debe a las cosas, y teniendo también su cierto lenguaje el ademán y el movimiento, es preciso que concurriendo todas estas cosas, resulte sin duda alguna cosa perfecta.

No faltan, sin embargo, algunos que tienen por más expresiva y la más propia de los hombres aquella acción grosera, y cual es la que produce el ímpetu del ánimo de cada uno; pero casi ningún otro es de este parecer, sino aquéllos que suelen desaprobado como afectación el esmero, el arte y la hermosura en el decir, y todo lo que se adquiere con el estudio, o los que se precian de imitar la antigüedad con lo grosero de sus expresiones, y aun con el sonido mismo de ellas, como dice Cicerón que lo hizo Cota. Pero allá se las avengan con su modo de pensar los que se imaginan que a los hombres les basta nacer -253- oradores para serlo, y no lleven a mal el trabajo de los que estamos en la creencia de que ninguna cosa puede llegar a su perfección sino cuando la naturaleza tiene el auxilio del arte.

En lo que convengo sin resistencia, es en que la parte principal es la naturaleza. Porque no hay duda en que no podrá hablar bien en público aquél que no pudiere conservar en la memoria lo que ha escrito, o no tuviere facilidad y expedición para decir de repente lo que ocurriere, o el que tuviere en la pronunciación defectos incorregibles que se lo impidan. También puede ser tanta la deformidad del cuerpo, que con ningún arbitrio se pueda corregir. Pero ni aun la voz, como no sea liberal, no puede hacer la acción excelente. Porque siendo buena y robusta podemos hacer de ella el uso que queramos; siendo mala o débil, no sólo sirve de estorbo para muchas cosas, como para levantarla y hacer exclamaciones, sino que obliga a algunas cosas, como son a hablar sumisamente, a mudar de tono y dar aliento a las fauces roncadas y al pulmón fatigado con el desentonado canto. Mas nosotros hablamos ahora de aquél a quien no en vano se dan estos preceptos<sup>357</sup>.

Mas dividiéndose toda la acción, como ya he dicho, en dos partes, que son la voz y el ademán, de las cuales la una hace impresión en los ojos y la otra en los oídos, por cuyos sentidos penetra todo afecto hasta el alma, lo primero es tratar de la voz, a quien también se acomoda el ademán.

II. En ésta lo primero que hay que observar es qué tal es, y lo segundo de qué manera se ha de usar de ella.

La naturaleza de la voz se considera por su cantidad y -254- por su cualidad. La cantidad es más sencilla. Porque se reduce a ser grande o pequeña; pero entre estos extremos hay especies de voces medias; y de la más baja a la más alta, y al revés, hay muchos grados. La cualidad es más varia. Porque hay voz clara y obscura, llena y tenue, suave y áspera, sostenida y derramada, dura y flexible, sonora y confusa. También el aliento es más grande o más pequeño. Y no es necesario a nuestro intento averiguar las causas de cada una de estas cosas, o si la diferencia de ellas consiste en aquellas partes en que el aire se recibe, o en aquéllas por donde como por un órgano pasa, o si en la propia naturaleza, o según es su movimiento, si ayuda más la robustez del pulmón o la del pecho, o si también la de la cabeza. Porque todas estas circunstancias se requieren; así como no basta la dulzura de las fauces, sino también la estructura de las narices, por donde sale el resto de la voz. Sin embargo, el tono debe ser dulce, no malsonante.

Muchas son las maneras que hay de manejar la voz. Porque además de aquella diferencia que se divide en tres especies, aguda, grave y bemolada, unas veces es preciso usar de puntos agudos, otras de graves, unas de altos y otras de bajos, y otras

también de compases más pesados y otras de más ligeros; pero aun en estos mismos hay muchos intermedios; y así como los rostros, sin embargo de que se componen de poquísimas partes, se diferencian unos de otros infinitamente, así también la voz, aunque contiene pocas especies que se pueden nombrar, es en cada una distinta, y esta distinción no se percibe menos con el oído que aquélla de las caras con los ojos.

Mas las buenas cualidades de la voz, así como las de todas las cosas, se aumentan con el cuidado y se disminuyen con el descuido. Pero no les está bien a los oradores el poner en la voz el mismo esmero que los maestros de música; sin embargo, hay muchas cosas en que unos y otros -255- convienen, como la robustez del cuerpo, para que nuestra voz no se adelgace como la de los capones, mujeres y enfermos, para lo cual sirve de mucho el paseo, el uso del baño, la continencia y la fácil digestión de la comida; esto es, la frugalidad. Además de esto, que las fauces se conserven en todo su vigor; esto es, en suavidad y buena disposición, por cuyo defecto se quebranta, obscurece, exaspera y casca la voz. Porque así como las flautas, después de recibido el mismo aire, dan distinto sonido las que tienen tapados los agujeros de las que los tienen abiertos y las que no están bastante limpias distinto de las que están rotas, así también las fauces hinchadas oprimen la voz, las gruesas la obscurecen, las descarnadas la exasperan y las desiguales son semejantes a los órganos que tienen rotas las flautas.

También se divide el aliento cuando se pone de por medio alguna cosa, como por entre las piedrecillas las pequeñas venas de agua, cuya corriente, aunque después de haber pasado por ellas se vuelve a unir algún tanto, sin embargo deja algún hueco después del tropiezo que había encontrado. La demasiada humedad de fauces, así como también sirve de impedimento para la voz, así también la falta de ella la disminuye. Porque se cansa el cuerpo, no sólo por el pronto, sino también para lo sucesivo.

Pero al paso que a los músicos y oradores les es igualmente necesario el ejercicio, con el cual todas las cosas se conservan en su vigor, sus ocupaciones no son de una misma especie. Porque ni se le puede señalar determinado tiempo para explayarse a un hombre ocupado en tantos negocios civiles, ni preparar la voz desde los puntos más bajos a los más altos, ni siempre se puede apartar de la disputa teniendo muchas veces que hablar en los tribunales. Ni aun en las comidas puede observarse una misma regla y hora. Y no tanto se necesita una voz suave y delicada, como fuerte y duradera, siendo así que todos aquellos -256- suavizan aun los más altos tonos con el canto, y nosotros tenemos que decir las más de las cosas con aspereza y apresuración, velar por la noche y tragar el tufo del velón, y perseverar con la ropa llena de sudor. Por lo cual, no hagamos delicada nuestra voz con el demasiado regalo, ni la habituemos a una costumbre tal que no sea duradera; antes bien, ejercitémosla según sea necesario, sin permitir que pierda su vigor por el poco uso, sino antes bien se afirme con el ejercicio, con el que se vencen todas las dificultades.

Lo mejor será aprender aquello en que uno ha de ejercitarse (porque al que dice de repente le sirve de impedimento el cuidado de la voz para el efecto que se concibe de las mismas cosas), y se han de aprender cosas muy diversas y para las cuales se requiera un tono de voz alto, de disputa o familiar, y con inflexiones, para que a un mismo tiempo nos ensayemos para todo. Esto es lo que se requiere; porque de otra manera, una voz delicada y de mucho esmero rehusaría un trabajo a que no se hubiese acostumbrado, así como los cuerpos de los atletas hechos a la palestra y a untarse con aceite, aunque en sus luchas sean fuertes y robustos, si se les manda hacer un viaje como los soldados, llevar las armas y estar toda la noche de centinela, se desanimarán y echarán menos a los que los untaban y el sudar desnudos. Mas ¿quién sufrirá que en esta obra se den preceptos para evitar los calores del sol y los aires y también las nieblas y la sequedad? De este modo, si se hubiere de perorar al sol<sup>358</sup> o en un día de viento, de humedad o de calor,

dejaríamos la defensa de nuestros clientes. Por lo demás, soy de parecer que ninguno que esté en su juicio hablará en público estando con -257- alguna indigestión, o bien comido, o bebido, o a poco de haber vomitado, que son las cosas que, según el consejo de algunos, se deben evitar.

La regla que todos dan, y no sin fundamento, es cuidar mucho de la voz, sobre todo en aquel tiempo en que se pasa de la niñez a la juventud, porque naturalmente encuentra impedimento, no por el calor, según mi juicio, como algunos han pensado (porque éste es mayor en otras edades), sino más bien por la humedad; porque ésta es la que domina en aquella edad. Y así las narices y el pecho se ensanchan, y todos los miembros brotan en cierto modo, tienen más ternura y están más expuestos a alteración.

Pero volviendo a mi propósito, la clase de ejercicio que me parece mejor para la voz ya hecha y firme, es aquella que tiene más semejanza con nuestra profesión, que es el decir diariamente como cuando hablamos en el foro. Porque de esta manera no solamente se afirman la voz y el pulmón, sino que también se forma el ademán y el movimiento del cuerpo conveniente y acomodado a la oración.

III. La pronunciación debe tener las mismas cualidades que se requieren para la oración. Porque así como ésta debe ser perfecta, clara, elegante y conveniente, del mismo modo aquélla también.

1.º Será correcta, esto es, no será defectuosa, si la lengua fuere suelta, expedita, suave y agraciada; esto es, si no tuviere un sonido grosero o de alguna manera extraño. Porque no sin razón se dice: bárbaro o griego; pues distinguimos a los hombres por el eco de la voz, como los metales por el sonido. De esta manera se verificará lo que Ennio aprueba, cuando dice que Cetego tuvo una pronunciación muy melosa, y no sucederá lo que Cicerón reprende en aquéllos que dice que no declaman, sino que ladran. Porque hay muchos defectos, de los cuales ya hablé cuando -258- en una parte del libro primero di las reglas de la pronunciación para los niños, juzgando más conveniente hacer mención de ella en una edad en que se pueden corregir.

Y así la voz ante todo ha de ser sana, por decirlo así; esto es, no ha de tener imperfección alguna de aquéllas de que poco ha he hablado; en segundo lugar, no ha de ser sorda, bronca, atroz, dura, áspera, hueca, muy gruesa o delgada, débil, ingrata, tenue, delicada y afeminada, ni la respiración ha de ser corta o poco durable, ni dificultosa para alentar.

2.º Será clara la pronunciación, lo primero si se articulen bien todas las palabras, de las cuales parte suelen tragarse algunos y otros parte de ellas no las pronuncian, y los más no pronuncian las últimas sílabas, por cuidar del sonido de las primeras. Mas al paso que es necesaria la clara articulación de las palabras, así también es una cosa molesta y odiosa el ir deletreando, y como contando todas las letras. Pues las vocales frecuentísimamente tienen elisión, y algunas consonantes, siguiéndoseles una vocal, pierden su sonido. De lo uno y de lo otro hemos puesto ejemplo: *Multum ille, et terris*. También se evita la concurrencia de consonantes difíciles de pronunciar, como *pellexit* y *collegit* y las que en otro lugar quedan ya dichas. Y por tanto, es alabada en Catulo la dulzura de la pronunciación de las palabras.

Lo segundo es que se distingan bien todas las partes de la oración; esto es, que el que dice comience y remate en donde conviene. También se debe saber en qué parte se ha de sostener y como suspender el sentido de la oración<sup>359</sup> y en qué parte se ha de rematar. Por ejemplo, en -259- estos versos de Virgilio: *Arma, virumque cano Troiæ, qui primus ab oris Italiam fato profugus, Lavinaque venit litora*<sup>360</sup>, etcétera, hay suspensión en *arma*, porque la palabra *virum* pertenece a las que se siguen; de manera que el sentido es: *virum Troiæ, qui primus ab oris*. Y en éstas hay otra suspensión; porque aunque una cosa es de dónde vino y otra adónde fue, sin embargo, no se debe

hacer mayor pausa, porque lo uno y lo otro se expresa con el mismo verbo venit. En tercer lugar se hace en la palabra Italian, porque la oración interpuesta fato profugus hace dividir la oración seguida que resultaba de decir inmediatamente Lavinaque venit; y por la misma razón hay cuarta suspensión en fato profugus, y después en Lavinaque venit littora, en donde ya se hará pausa, porque desde allí comienza otro sentido. Pero aun en las mismas pausas unas veces se ha de gastar más corto espacio de tiempo y otras más largo. Porque hay mucha diferencia entre concluir la oración o el sentido. Y así después de aquella suspensión que se hace en la palabra littora, se sigue inmediatamente con el principio de otro aliento. Y cuando se llegare a atque altoe mœnia Romœ, se bajará la voz y se hará pausa, y se comenzará de nuevo lo que se sigue.

Alguna vez hay algunas pausas sin respirar en los períodos, como en aquél: Mas en una junta del pueblo romano, manejando un negocio público, el coronel de la caballería, etcétera, en que son muchos los miembros. Porque los pensamientos son distintos unos de otros; y como el rodeo periódico es uno sólo, debe ser ligera la detención que se hace en estas pausas, y no se ha de cortar el hilo de la oración. Y, por el contrario, a veces es necesario tomar aliento sin que se conozca que se hace pausa, en cuyo caso se ha de tomar como a hurtadillas; porque si se toma sin destreza causará no menos obscuridad que la defectuosa división. Mas la gracia de saber hacer las divisiones se tendrá tal vez por cosa de poca consideración, siendo así que -260- sin ella ninguna otra puede haber para decir en público.

3.º Es adornada la pronunciación cuando la acompaña una voz expedita, llena, suave, flexible, sana, dulce, durable, clara, limpia, penetrante y que dura en los oídos. Porque hay una especie de voz acomodada al oído, no por su corpulencia, sino por su propiedad, y que para esto se deja manejar como se quiere, y contiene en sí todos los tonos y voces que se pueden desear, y está templada (como dicen) como un órgano completo; el que tuviere firmeza en el pulmón, un aliento durable y de aguante, no se rendirá al trabajo fácilmente. En los discursos no conviene un tono de voz muy grave como en la música, ni muy agudo. Porque el uno, muy obscuro y demasiado lleno, ninguna impresión puede hacer en los ánimos, y el otro, delicado y de una claridad excesiva, no sólo es fuera de lo natural, sino que ni puede recibir las diferentes inflexiones de la voz en la pronunciación, ni sostener por mucho rato el mismo tono de voz. Porque la voz, así como las cuerdas de un instrumento, cuanto más floja, tanto más grave es y más llena, y cuanto más fuerte, tanto es más delgada y aguda. De aquí es que la grave o baja no tiene fuerza, y la muy alta está muy expuesta a quebrarse. Así es que es necesario usar de tonos medios; y éstos se han de levantar cuando es preciso dar todo el lleno a la voz, o se han de moderar cuando hay que bajarla.

Lo primero que se debe tener presente para la buena pronunciación es la igualdad en el tono de la voz; que la oración no vaya dando saltos con pausas y tonos desiguales, confundiendo las sílabas largas con las breves, los tonos graves con los agudos y los altos con los bajos, y cuidando de que la oración no claudique por la desigualdad de todas estas cosas, como tampoco por la de los pies. Lo segundo es la variedad, en la cual consiste el todo de la pronunciación. Y ninguno piense que la igualdad y la variedad se oponen entre sí; siendo contrario el vicio de la -261- desigualdad a aquella virtud, y a ésta el que los griegos llaman monœdeis, que es como una sola vista.

Mas el arte de variar no sólo da gracia y llama la atención, sino que también da aliento al que está diciendo con la misma mudanza de trabajo, así como el estar de pie, andar, sentarse y echarse tiene sus alternativas, y no podemos aguantar por mucho tiempo una misma postura. Pero lo más esencial de todo (aunque esto lo trataremos poco después)

es que la voz debe conformarse en todo con las cosas que decimos y con la disposición de los ánimos para no apartarse un punto del objeto de la oración.

Así que debemos evitar lo que los griegos llaman monotonía, que es un solo tono y sonido de la voz, no sólo para no decirlo todo a gritos, lo cual es una locura, o como en una conversación, lo cual carece de afecto, o en un bajo murmullo, con el cual se debilita también toda la viveza de la pronunciación, sino para que en unas mismas partes y en unos mismos afectos haya algunas inflexiones de voz no tan grandes, según que o la dignidad de las palabras, o la naturaleza de los conceptos, o el remate o principio de los períodos, o el pasar de una cosa a otra lo pidieren, así como los pintores, después que han hecho uso de cada uno de los colores, dan más realce a unas partes de la pintura que a otras, porque de otra manera no hubieran distinguido los miembros con líneas.

Propongámonos, pues, aquel exordio de Cicerón en la muy excelente oración que dijo en defensa de Milón, ¿por ventura casi en cada una de las divisiones del período no es preciso mudar el tono, dándole en cierto modo diverso semblante? Aunque me recelo ¡oh jueces! no sea una cosa vergonzosa el temer uno que empieza a perorar saliendo a la defensa de un hombre el más esforzado. Aunque está contraído a todo el intento y es modesto, porque es exordio, y exordio de uno que empieza a hablar sobresaltado, sin embargo, preciso es que tuviese algo más de lleno y de impulso -262- la voz mientras decía de un hombre el más esforzado, que cuando dijo Aunque me recelo y sea una cosa vergonzosa y temer. Ya el segundo aliento es preciso que se aumente, y esto por un natural impulso, cuanto es menos el temor con que decimos lo que se sigue, y cuanto más se muestra la grandeza de corazón de Milón: y de ningún modo convenga, siendo mayor la perturbación que el mismo Tito Anio experimenta por el bien de la república que por el suyo. Lo que después se sigue es como una reprensión de sí mismo: que yo no traiga igual grandeza de ánimo a la defensa de su causa; después de esto, hace más impresión aquello otro que dice: Sin embargo, esta nueva forma de un nuevo juicio causa terror a la vista. Mas aquellas otras expresiones: los cuales, en cualesquiera causas que les han ocurrido, han echado menos la antigua costumbre del foro y la antigua práctica de los tribunales, las dice a boca llena. Pues lo que sigue es también seguido y difuso: Porque vuestra audiencia no se halla rodeada de tan numeroso concurso de gentes como solía. Lo cual he notado, para que se vea que no sólo en los miembros del período, sino también en los incisos, hay alguna variedad en la pronunciación, sin la cual ninguna cosa hay mayor ni menor.

Mas no se ha de esforzar la voz más de lo que se puede. Porque muchas veces, sofocada y despedida con mayor esfuerzo, es más oscura, y a veces, violentada, viene a dar en aquel tono que los griegos llaman closmos o canto de gallina, tomado el nombre del canto de los pollos pequeños. Ni se han de confundir las cosas que decimos por la demasiada precipitación en el decir, con la cual no solamente se pierde la división y el sentido, sino que también alguna vez no se pronuncian del todo algunas palabras. A la demasiada velocidad en el decir se opone el vicio de la demasiada pesadez; porque no sólo descubre la dificultad que tenemos en el discurrir, sino que la misma flojedad con que se dice entibia los ánimos, y es causa de que -263- en el tiempo señalado corra el agua inútilmente<sup>361</sup>, lo cual no deja de ser de alguna consecuencia.

La pronunciación debe ser expedita, no precipitada; moderada, no lenta. Tampoco se ha de alentar frecuentemente, para que no se corte el sentido de la oración, ni se ha de aguantar el aliento hasta que falte. Porque el eco que produce aquel aliento que se acaba es una cosa disonante, y la respiración es muy semejante entonces al sonido que forma el aire comprimido largo rato debajo del agua, y cuando vuelve a tomar aliento se tarda más, y es ya cuando no viene al caso, como cosa que se hace, no cuando queremos, sino

cuando no podemos más. Por cuya razón los que tienen que decir un período más dilatado, deben tomar aliento para él; pero de tal manera que esto se haga por un instante, sin ruido y de una manera que absolutamente no se conozca, y en las restantes partes se podrá muy bien volver a tomar en las transiciones.

Mas se debe ejercitar el aliento de manera que dure lo más que sea posible, para lograr lo cual Demóstenes recitaba sin alentar los más versos que podía subiendo cuevas. Este mismo solía perorar en su casa revolviendo piedrecillas con la lengua para pronunciar las palabras con más expedición.

A veces una respiración dilatada y llena es bastante clara, pero no es seguida, y por consiguiente es trémula, como aquellos cuerpos que al parecer están sanos y no se pueden tener por la debilidad de sus nervios, que los griegos llaman brancon. Hay algunos que no tanto respiran como sorben el aire por los claros de los dientes, haciendo un ruido desagradable. Otros hay que con el frecuente aliento, y que aun por la parte interior hace un -264- ruido que claramente se percibe, imitan a las caballerías cuando se cansan del trabajo y de llevar el yugo. El cual cansancio aparentan tan bien como si la multitud de pensamientos no les dejase respirar y fuese mayor el golpe de elocuencia que les ocurriese que lo que podían pronunciar.

Otros hay que se tropiezan en la pronunciación y sus palabras se rozan unas con otras. Así que el toser, el escupir frecuentemente, el gargajear con mucho trabajo y manchar a los que están inmediatos con la saliva, y respirar la mayor parte por las narices mientras se está hablando, aunque en rigor no son vicios de la voz, mas, sin embargo, porque por ella provienen, se deben poner principalmente en este lugar.

Pero cualquier vicio de éstos es más tolerable que el abuso que más reina al presente en todas las causas y escuelas de decir de una manera que parece que se canta, lo cual no sé si tiene más de inutilidad que de fealdad. Porque ¿qué cosa hay que le convenga menos a un orador que la inflexión de voz que usan los comediantes cuando cantan en el teatro, y que se asemeja a la libertad de los que están privados con el vino y a la alegría de los convites? ¿Y qué cosa hay que más se oponga a la moción de los afectos que cuando fuere necesario mover a dolor, a ira, indignación y compasión, no solamente apartarse de estos afectos con que se le debería mover al juez, sino profanar la respetable gravedad del foro con la libertad de los de Licia y Caria?362 Pues Cicerón dijo que los oradores -265- de estas provincias casi cantaban en los epílogos.

Nosotros también hemos pasado a un modo de cantar algo más serio. ¿Y quién será el que se ponga a cantar en la defensa de un pleito, no digo acerca de un homicidio, de un sacrilegio o de un parricidio, pero ni aun sobre cualquier cálculo o cuenta, para decirlo de una vez? Y si esto es lo que absolutamente se debe adoptar, ningún motivo hay para no acompañar aquella modulación de voz con instrumentos de cuerda y aire, o por mejor decir con campanillas, que es lo que más semejanza tiene con esta deformidad. Aun esto lo hacemos con gusto, porque a ninguno le desagrada lo que él mismo canta, y en esto hay menos trabajo que en la buena pronunciación. También hay algunos que además de los otros vicios de que adolecen se dejan también llevar en todo del deleite de oír lo que halaga los oídos. Pues qué (dirán los tales), ¿Cicerón no dice que hay en el decir un cierto canto obscuro? Sin duda, y esto proviene de un vicio natural. Yo haré ver no mucho después en qué parte de la oración y en qué términos se ha de hacer esta inflexión y canto, pero obscuro, que es lo que los más no quieren entender.

4.º Porque ya es tiempo de decir cuál es la pronunciación conveniente. La cual sin duda es aquella que tiene proporción con aquellas cosas de que hablamos, a la cual contribuyen ciertamente en muy gran parte los mismos movimientos de los ánimos; porque tal es la voz cual el afecto que la causa. Pero siendo unos afectos verdaderos y otros fingidos e imitados, los verdaderos se manifiestan naturalmente, como los de los

que están con alguna pena, ira e indignación; pero no dependen del arte, y así no se han de enseñar por reglas. Por el contrario, aquéllos que con la imitación se remedan, están sujetos a las reglas; -266- pero éstos no son naturales, y por tanto en ellos lo principal es impresionarse bien y concebir las ideas de las cosas, y moverse con ellas como si fueran verdaderas; de esta manera la voz, intérprete de nuestros pensamientos, imprimirá en los ánimos de los jueces el mismo afecto que recibiere de nosotros. Porque ella es imagen y como copia de nuestra alma y recibe las mismas impresiones que ella.

Y así en las cosas alegres es llena, sencilla y ella misma en cierto modo sale alegre; mas en la contienda se levanta con todas sus fuerzas, y por decirlo así, se esfuerza con todos sus nervios. Es atroz en la ira, áspera, impetuosa y de precipitada respiración, porque no puede ser muy lenta cuando desmesuradamente se respira. Para mover a la envidia es algún tanto más lenta, porque casi sólo los inferiores se dejan llevar de ella; mas para halagar, confesar, satisfacer y rogar debe ser suave y sumisa. Para aconsejar, avisar, prometer y consolar debe ser grave; en el temor y en la vergüenza, encogida; en las exhortaciones, vehemente; en las disputas, llena; en la compasión, quebrada y lastimosa y de intento como oscura; mas en las digresiones debe ser inteligible y de segura claridad; en las narraciones y discursos, familiar y que guarde un medio entre el tono agudo y el grave. Mas se levanta en los grandes afectos; y en los que sólo sirven para dar gusto, se baja más o menos a proporción del afecto que se pretende mover.

IV. Mas diferiré algún tanto el decir qué es lo que en cada lugar se requiere para perorar, a fin de hablar primero del ademán, el cual se conforma con la voz y con ella obedece juntamente al alma.

Cuán importante sea éste al orador, se ve bien claramente en que él explica la mayor parte de las cosas aun más que las palabras; porque no solamente las manos, sino también los movimientos de cabeza declaran nuestra voluntad, y a los mudos les sirve de lengua; el saludarse se -267- entiende y hace impresión aun sin hablar palabra, y por el semblante y modo de andar se conoce la disposición de los ánimos; y aun en los animales, que no pueden hablar, se conoce la ira, la alegría y el amor no solamente en los ojos, sino también en otras señales que se advierten en sus cuerpos. Y no es de maravillar que las cosas animadas, que al cabo tienen por sí algún movimiento, hagan tanta impresión en los ánimos, cuando la pintura, que es una obra muda y que siempre está en una misma disposición, de tal manera se insinúa en los más íntimos afectos del alma, que algunas veces parece que supera en su energía a la de la elocuencia.

Por el contrario, si la acción y el semblante no se conforman con las palabras, si decimos con alegría las cosas tristes y si afirmamos algunas cosas con ademán de negarlas, no solamente perderán su autoridad las palabras, sino que se harán increíbles.

Además de esto, la gracia del orador proviene del ademán y movimiento. Y por esta razón, Demóstenes solía corregir su acción, mirándose en un espejo de cuerpo entero. En tanto grado se persuadió que debía fiar a sus mismos ojos lo que hacía, sin embargo de que la claridad del espejo representa los objetos a zurdas.

La cabeza es uno de los miembros principales en la acción, así como lo es en el cuerpo, no sólo por la gracia o hermosura de que ya he hablado, sino también para la significación de ella. Lo que se requiere, pues, en primer lugar, es que la cabeza esté siempre derecha y en una postura natural. Porque baja denota humildad, demasiado levantada arrogancia, inclinada hacia un lado desfallecimiento y el tenerla muy tiesa y firme es señal de una cierta barbarie.

En segundo lugar debe tener unos movimientos proporcionados a la misma acción, de tal manera que se conforme con el ademán y acompañe a las manos y a los lados. -268- Porque la vista siempre se dirige al mismo objeto que el ademán, menos cuando

desaprobamos, negamos o mostramos aversión a alguna cosa, de manera que parece que con el semblante detestamos y con la mano deseamos aquello mismo.

¡Oh dioses! apartad tamaña peste.

(Eneida, III, 620).

Y en otra parte:

A la verdad, de obsequio semejante

No me tengo por digno.

(Eneida, I, 339).

Mas son muchísimos los modos con que la cabeza explica los sentimientos del corazón. Porque además de los movimientos que tiene para afirmar, negar y asegurar, los tiene también para mostrar vergüenza, duda, admiración e indignación, conocidos y sabidos de todos.

Pero hacer uso del movimiento solo de la cabeza para el ademán, aun los mismos maestros del arte cómico lo reputan por una cosa defectuosa. Aun el moverla frecuentemente no deja de ser una cosa viciosa, moverla con demasiado ímpetu y sacudir los cabellos moviéndola alrededor es propio de un hombre que está furioso.

El semblante es el que más dominio tiene en esta parte. Con él nos mostramos suplicantes, con él amenazamos, con él somos benignos, tristes, alegres, soberbios y humildes; de él están como pendientes los hombres, a él es a quien miran, a éste dirigen la vista aun antes de empezar a hablar; con él mostramos a algunos nuestro amor, por él entendemos muchísimas cosas y éste sirve muchas veces por todas las palabras. Y así en las comedias que se representan en el teatro, los representantes se revisten también de los afectos de aquellas personas cuyos papeles representan; de manera que Níobe se representa triste en la tragedia, Medea atroz, Áyax atónito y Hércules fiero. Mas en las comedias, prescindiendo de que cada persona se distingue -269- de la otra, como los

esclavos, rufianes, truhanes, labradores, soldados, viejecillas, las mujercillas de mala vida, las criadas, los viejos de mal genio y los de bueno, los jóvenes de juicio y los descabezados, las matronas y las niñas; también se distingue aquel padre<sup>363</sup>, cuyo principal papel consiste en mostrarse a veces enojado y a veces de suave condición, unas veces de semblante enfadado y otras apacible. Y los actores, con especialidad los latinos, acostumbran representar de una manera que hacen con toda propiedad el papel que desempeñan.

Mas en el mismo semblante sirven de muchísimo los ojos, por los cuales más que por ninguna otra cosa se muestra el alma de manera que aun sin moverse, no sólo se revisten de claridad con la alegría, sino que con la tristeza se cubren como de una nube. Además de esto, la naturaleza les dio las lágrimas por intérpretes del alma, las cuales o nacen de sentimiento o provienen de alegría. Con el movimiento muestran conato en una cosa o indiferencia, soberbia, fiereza, dulzura o aspereza, de todas las cuales formas se revestirá el orador según el lance lo pidiere. Alguna vez deberá fijarse la vista en algún objeto, ofenderse o manifestar debilidad y pesadez, o asombro o extremada alegría y viveza, o estar bañada del más grande deleite, o ponerla atravesada y, para decirlo así, amorosa y en ademán de hacer alguna súplica. Porque ¿quién sino un hombre enteramente rudo e ignorante tendrá los ojos cerrados o fijos siempre en un objeto mientras habla? Los párpados también y las mejillas contribuyen algún tanto a la explicación de todas estas cosas.

Mucho hacen también las cejas, pues de alguna manera ponen en otra disposición los ojos y son las que gobiernan la frente; con ellas se arruga, se levanta o se baja, y -270- como si la Naturaleza hubiese querido que una misma cosa sirviese para muchos efectos, aquella sangre que sigue los movimientos del alma, cuando encuentra el cutis blando por la vergüenza, hace cubrir el rostro de color encendido, y cuando se retira por el medio, queda todo el hombre como exangüe, frío y pálido; mas templada produce un buen medio de serenidad. Es cosa viciosa tener inmóviles las cejas o moverlas demasiado, o si se ponen desiguales (como poco ha dije acerca de la representación cómica), o si con su ademán se oponen a lo que decimos. Porque teniéndolas encogidas se muestra tristeza, extendidas alegría y flojas vergüenza. También se bajan o se levantan para afirmar o negar.

Apenas hay ademán decente que se exprese con las narices y labios, sin embargo de que con ellos se suele significar burla, desprecio y fastidio. Así que es una cosa fea arrugar (como dice Horacio)<sup>364</sup> las narices, llenarlas de aire, moverlas y hurgarlas con el dedo, y estornudar y sonarse a cada paso y con la palma de la mano levantárselas hacia arriba, siendo así que aun el limpiarse con frecuencia las narices se tiene justamente por una cosa reprehensible.

Tampoco parecen<sup>365</sup> bien los labios alargados hacia fuera demasiado abiertos o cerrados, o separados hacia una parte y descubriendo los dientes, extendidos por un lado casi hasta la oreja o como desdeñosamente puestos el uno sobre el otro y como si estuviesen pendientes y despidiendo la voz por una sola parte. Cosa igualmente fea es lamérselos y mordérselos, puesto que en la pronunciación de las palabras debe ser moderado su movimiento. Porque se ha de hablar más con la boca que con los labios.

Conviene tener recta la cerviz, no arrugada o levantada hacia arriba. En alargar o encoger el cuello hay por -271- diferente modo igual deformidad; pero en tenerlo estirado no sólo hay trabajo, sino que se debilita la voz y se fatiga. Teniendo la barba pegada al pecho sale la voz menos clara y como más gruesa por estar oprimida la garganta.

Rara vez parece bien el levantar los hombros y encogerlos. Porque se hace más corta la cerviz y hace una figura en cierto modo humilde y propia de esclavos, y como para engañar cuando se les da cierto aire de adulación, de admiración y de miedo.

En los períodos que deben decirse de seguida y con velocidad, tiene mucha gracia un moderado movimiento del brazo, teniendo quietos los hombros y tendiendo los dedos cuando se saca la mano. Mas cuando ocurre alguna cosa brillante y que pida extensión, como aquello de Cicerón: Las peñas y las soledades corresponden con el eco a la voz, se extiende a un lado, pues la misma oración se explaya en cierto modo con el ademán.

Mas las manos, sin las cuales la acción sería defectuosa y débil, apenas puede decirse cuántos movimientos tienen, pues casi exceden al número de las palabras. Porque las demás partes del cuerpo acompañan al que hablan; pero éstas, casi estoy por decir que hablan por sí mismas. Porque ¿por ventura no pedimos con ellas? ¿no prometemos? ¿llamamos, perdonamos, amenazamos, suplicamos, detestamos, tememos, preguntamos, negamos y mostramos gozo, tristeza, duda, confesión, arrepentimiento, moderación, abundancia, número y tiempo? Ellas mismas ¿no incitan? ¿no suplican? ¿no aprueban? ¿no se admiran? ¿no se avergüenzan? Para mostrar los lugares y las personas, ¿no hacen las veces de adverbios y pronombres? En tanto grado es esto, que siendo tan grande la variedad de lenguas que hay entre todas las gentes y naciones, me parece que éste es un lenguaje común a todos los hombres.

Y estos ademanes de que he hablado acompañan naturalmente a las mismas voces. Otros hay que dan a entender -272- las cosas por imitación, como significar un enfermo imitando al médico en ademán de tomar el pulso, o un citarista poniendo las manos a la manera del que hiere las cuerdas, lo cual debe evitarse todo lo más que se pueda en la acción. Porque un orador debe diferenciarse muchísimo de un bailarín, de manera que su ademán sea más acomodado al sentido que a las palabras, lo cual acostumbran hacer aun los comerciantes de alguna gravedad. Y así al paso que vengo bien en que el orador se lleve la mano hacia sí cuando hable de sí mismo y que la extienda hacia aquél a quien señala y algunas cosas a este tenor, así no me parece bien el que se imiten ciertas posturas y expresen las manos todo lo que se dice.

Y esto se ha de observar, no sólo en las manos, sino también en todo ademán y voz. Porque en aquel período: Presentose con chapines el pretor del pueblo romano, apoyado en una mujercilla, no se ha de imitar la inclinación de Verres sobre ella; o en aquel otro: Era azotado en la plaza de Mesina, no se ha de expresar el movimiento de los lados que suele causar el golpe de los azotes o se ha de sacar una voz como la que se expresa con el dolor, pues me parece a mí que faltan mucho aun aquellos comediantes que aun cuando representen el papel de un joven, sin embargo, si en la narración ocurre tener que hablar un viejo, como en el prólogo de la Hidria, o una mujer, como en el Georgo, representan con una voz temblona y afeminada. En tanto grado es viciosa la imitación aun en aquellas cosas en que depende de ella todo el arte.

El movimiento de la mano comienza muy bien desde el lado izquierdo y remata en el derecho, pero de tal manera que parezca que para, no que hiere, sin embargo de que al fin a veces cae para volver con ligereza y alguna vez se mueve con ligereza de una parte a otra, cuando negamos o nos admiramos.

En este lugar añaden justamente los maestros del arte -273- que la mano comience y acabe su movimiento acompañando a lo que se dice, porque de otra suerte o la acción será antes que la voz o después de ella, lo cual uno y otro es deformidad. En lo que fueron muy nimios fue en poner que el espacio que había de durar la acción fuese el mismo que se gasta en pronunciar tres palabras, lo que ni se observa, ni se puede observar; pero ellos querían que hubiese alguna como medida de la tardanza y de la

ligereza, y no fuera de razón, para que ni la mano estuviese por mucho rato sin movimiento, ni truncasen la acción con el continuo movimiento, como hacen muchos.

Los mismos maestros del arte prohíben levantar las manos sobre los ojos o ponerlas más abajo del pecho, por cuya razón se tiene por cosa defectuosa bajar la mano desde la cabeza o llevarla a lo más bajo del vientre.

La mano izquierda por sí sola jamás hace buen ademán; comúnmente acompaña a la mano derecha, ya cuando decimos las razones por el orden de los dedos, ya cuando detestamos alguna cosa con las palmas de la mano retiradas hacia la izquierda, ya cuando echamos algo en cara o hacemos alguna objeción teniéndolas de frente, o cuando por uno y otro lado las extendemos, ya cuando respondemos o suplicamos, etc.

Se debe también cuidar de que el pecho y el vientre no salgan mucho hacia afuera, porque la espalda se inclina, y todo lo que es estar boca arriba es una cosa superflua. Los lados deben corresponder también al ademán, porque el movimiento de todo el cuerpo contribuye también a él en tanto grado que Cicerón es de opinión que se hace más con él que con las mismas manos. Pues en el Orador se explica en estos términos: Ninguna gracia tiene el movimiento de los dedos ni los artejos que se mueven al compás, gobernándose el mismo ademán más bien por el movimiento de todo el cuerpo y por la inclinación varonil de los costados (número 59).

-274-

El dar con la mano en el muslo, lo que se cree que hizo antes que ninguno Cleón en la ciudad de Atenas, no sólo es una cosa puesta en uso, sino que es muy propia de los que están poseídos de la ira, y pone en movimiento a los oyentes. Y esto es lo que Cicerón echa menos en Calidio, diciendo: No se hirió la frente, ni el muslo (y ni aun lo que es menos que todo) ningún golpe dio con el pie. (Bruto, 278); aunque si se me permite el decirlo, en lo que pertenece a herirse la frente, no me acomodo a su dictamen. Porque el dar palmadas y herir el pecho es cosa propia de comediantes.

El dar con el pie en tierra, así como en ocasiones es una cosa oportuna, como dice Cicerón, en el principio o en el fin de las disputas, así el hacerlo a cada paso es señal de necesidad y desvanece la atención del juez. También es cosa fea el andarse moviendo a la derecha y a la izquierda, sosteniéndose ya en un pie y ya en el otro.

También es cosa defectuosa mover mucho los hombros, del cual vicio se dice que Demóstenes se corrigió de tal manera que perorando de pie en un púlpito estrecho, tenía una lanza colgada encima del hombro para que cuando acalorado en el decir incurriese en este defecto, la lanza le avisase tropezándole.

No tiene el orador traje alguno propio, pero en él se echa de ver más que en ninguna otra persona. Por lo que debe ser decente y propio de un hombre de forma, cual es el que debe llevar toda la gente honrada. Pues el demasiado esmero en la toga, calzado y cabello es tan digno de reprensión como el no cuidarse nada de dichas cosas.

V. Esto es todo lo que ocurre que decir, ya por lo que respecta a los preceptos de la pronunciación, y ya por lo que pertenece a los defectos de ella; propuestos los cuales debe el orador reflexionar muchas cosas. La primera, cuál es el asunto de que va a tratar, en presencia de quiénes -275- habla y a quiénes dirige su discurso. Pues así como en lo que decimos se atiende a lo que conviene al auditorio, así también en el ademán. Y es cosa impropia usar igualmente de un mismo tono de voz, de un mismo ademán y de un mismo movimiento de cuerpo delante de un príncipe o del Senado, que delante del pueblo; delante de un magistrado, que de un particular; en una junta pública, que en una pretensión o en la defensa de algún reo. La cual diferencia puede hacer cada uno que pare en estas circunstancias la consideración. Además de lo dicho debe reflexionar el asunto de que ha de hablar y cuál es el fin que quiere lograr.

De cuatro maneras puede considerarse el asunto. La primera considerando el total de él en común. Porque unos hay que son por naturaleza funestos y otros alegres; unos que ponen cuidado, otros que ninguno dan; unos de grande consideración, otros de poca; pero las partes de cada uno de ellos no nos deben llevar en tanto grado la atención que nos olvidemos enteramente de lo principal de ellos. La segunda consiste en la diferencia de las partes, como en el exordio, narración, confirmación y epílogo. La tercera en los conceptos mismos, en los cuales, según las circunstancias y los afectos, se varían todas las cosas. La cuarta en las palabras, cuya imitación, así como es viciosa si queremos imitar con la acción todo lo que decimos, así también en otras si no se expresan al vivo pierden toda su fuerza.

1.º Así que en las alabanzas (a no ser que fueren fúnebres), en las acciones de gracias, exhortaciones y asuntos semejantes, la acción debe ser alegre, majestuosa y magnífica. En las oraciones fúnebres que sirven para consolar, y en la mayor parte de las causas criminales, la acción es triste y modesta. En el Senado se debe conservar la autoridad; delante del pueblo, decoro, y delante de los particulares, moderación.

-276-

2.º Por lo que pertenece a las partes de que consta un discurso, y de qué palabras y conceptos se compone, que son de muchas maneras, es necesaria más amplia explicación. Mas para que la pronunciación sea buena debe tener tres circunstancias: que se concilie la atención, que persuada y que mueva, a las cuales se junta también otra por naturaleza, que es el deleitar. El conciliarse la atención resulta casi, o de la recomendación de las costumbres, las cuales no sé de qué manera se descubren también por la voz y por la acción, o de la suavidad de la oración. La fuerza del persuadir proviene del tono afirmativo de la voz, el cual a veces hace más que las mismas razones. ¿Por ventura, dice Cicerón a Calidio, dirías tú eso de esta manera, si fuera verdad? Y después: Tan lejos estuvo de acalorar nuestros ánimos, que apenas podíamos espantar el sueño en este lugar. (Bruto, 278). Debe, pues, descubrirse en el orador confianza y firmeza en lo que dice, mayormente si tiene alguna autoridad. Más el modo de mover consiste en revestirse de los afectos y representarlos al vivo.

Cuando un juez, pues, en las causas particulares, o el pregonero en las públicas, diere orden al orador para empezar a perorar se ha de levantar con mucho sosiego; después se ha de detener algún espacio en componerse la toga, o (si fuere necesario) en ponérsela bien del todo, y esto tan solamente en las juntas (porque en presencia de un príncipe, de un magistrado, o de los tribunales no le será permitido) para tener la ropa decentemente puesta, y lugar para discurrir por el pronto. Y aun cuando nos hubiéremos vuelto hacia el juez para pedirle la venia, y éste hubiere hecho señal para empezar, no se ha de romper a hablar inmediatamente, sino que se ha de dar algún lugar, aunque corto, al pensamiento. Porque el esmero del que va a decir deleita sobremanera al que va a oír, y aun el mismo juez se prepara para ello. Esta regla da Homero -277- con el ejemplo de Ulises 366, de quien dice que estuvo con los ojos clavados en tierra, y teniendo el cetro inmóvil antes de derramar aquella grande avenida de elocuencia. En esta detención hay algunos preludios de expectativa, como llaman los cómicos, cuales son pasarse la mano por la cara, mirarse a las manos, hacer crujir los nudillos de los dedos, aparentar empeño en lo que se va a hacer, mostrar el gran cuidado con sollozos, o lo que a cada uno le está mejor; y esto se ha de hacer más despacio cuando el juez no ha comenzado a atender.

La postura del cuerpo ha de ser recta; los pies han de estar iguales y algún tanto separados, o el izquierdo muy poco trecho delante del otro; las rodillas derechas, pero no de tal manera que parezca que se tienen estiradas. Los hombros se han de estar quietos, el rostro serio, no triste, ni espantado, ni desfallecido; los brazos moderadamente separados de los lados; la mano izquierda en la disposición que hice ver

arriba; la derecha, cuando se hubiere ya de comenzar, algo abierta fuera del seno, con un semblante el más modesto, o en ademán de esperar el punto de comenzar el discurso.

Porque es cosa defectuosa ponerse a mirar el techo, frotarse la cara y quitarse en cierto modo la vergüenza, volver de una parte a otra la cara con satisfacción propia, o encoger las cejas para aparentar más terror; echarse atrás el cabello desde la frente, contra lo que es natural, para que el horror que causan sea terrible; y aquel otro vicio harto común y frecuente en los griegos, que con el movimiento de los dedos y labios parece que van pensando lo que van a decir; gargajear con ímpetu, sacar un pie delante del otro, tener parte de la toga con la izquierda, estar esparrancado o tieso, con la cabeza levantada, o jorobado, -278- o con los hombros encogidos como los que van a luchar.

En el exordio conviene casi siempre una pronunciación suave. Porque ninguna cosa hay más adaptada para llamar la atención que la modestia. Pero esto no se ha de hacer una ley inviolable; porque, como ya tengo explicado, no todos los exordios se dicen de una misma manera. Por lo común, no obstante, será conveniente usar de un tono de voz moderado, usar de un ademán modesto, tener la toga puesta en el hombro y moverse poco a poco de un lado a otro, dirigiendo la vista del mismo modo.

Para la narración se requiere muy de ordinario tener la mano más extendida, la capa como cayéndose, el ademán diferente, la voz correspondiente a lo que se dice y un tono sencillo, a lo menos en estas expresiones: Quinto Ligario, pues, no habiendo todavía sospecha alguna de guerra, y en estas otras: Aulo Cluencio Hábito, padre de éste. Los afectos requieren otras circunstancias en la misma narración, ya sean movidos de algún sentimiento, como: Cásase una suegra con su yerno. Ya sean de compasión, como: Pónese en la plaza de Laodicea un espectáculo atroz y calamitoso para toda la provincia de la Asia. (Verrinas, III, número 76).

La acción que se debe usar en las pruebas es varia y de muchas maneras. Porque el proponer, dividir y preguntar es cosa que se acerca al modo de hablar que usamos comúnmente; y lo mismo se ha de decir del reunir lo que el contrario dice, porque esto también es en su manera una proposición, aunque por distinto término. Pero sin embargo, alguna vez lo decimos esto en tono de burla, y otras veces en el mismo tono de los contrarios. La argumentación que por la mayor parte es más viva, más vehemente y eficaz, requiere también un ademán proporcionado a las palabras, esto es, vehemencia y vivacidad. En algunas partes es necesario instar e inculcar una misma cosa.

-279-

En las digresiones se debe usar de una pronunciación suave; y ellas deben asimismo ser agradables y apacibles como el rapto de Proserpina, la descripción de Sicilia, y la alabanza de Gneo Pompeyo. Y no es cosa extraña que se diga con menor acaloramiento aquello que está fuera de la cuestión.

La descripción de las costumbres de otros cuando va acompañada de reprensión, debe ser más suave, como: Me parecía ver a unos que entraban, otros que salían, y algunos que daban traspieses por lo que habían bebido. En cuyo caso se permite un ademán que no discrepe de la expresión, de lo que resulta un ligero movimiento, pero que no pasa de una y otra mano sin movimiento alguno de los lados.

Muchos son los tonos para acalorar al juez. El mayor de todos, y del que no puede ya pasar el orador, es aquél que usa Cicerón en la oración que dijo en defensa de Ligario (número 7): Emprendida la guerra, ¡oh César! y hecha ya en gran parte, etc. Porque dijo de antemano: Esforzaré la voz todo cuanto pueda para que el pueblo romano oiga esto que digo. Algo menor y que tiene también alguna suavidad es lo que sigue: Porque ¿qué objeto es el que tenía, ¡oh Tuberón! aquella tu espada en el campo de Farsalia? Aun es más lleno, más pausado y de más dulzura lo que dice en la Filípica, II, número 63: Pero manejando un público negocio, en una junta del pueblo romano. Se deben pronunciar

distintamente todas las palabras, y se han de ir deletreando las vocales, abriendo bien las fauces. Todavía se requiere una pronunciación más llena para decir esto: Vosotros, collados y bosques albanos (Cicerón, Pro Milone, 85). Mas en esta otra expresión: Las peñas y soledades corresponden con el eco, parece que hay algo de tonillo, y que se pronuncia con la cabeza levantada.

A este tenor son aquellas inflexiones de voz que mutuamente se reprenden Demóstenes y Esquines, y que no -280- por eso se deben desaprobare; porque echándose en cara esto el uno al otro, es prueba de que el uno y el otro lo hacían. Pues ni el uno usó de un tono ordinario de voz cuando juró por los que habían muerto en la defensa de Maratón, Platea y Salamina, ni el otro lloró la ruina de Tebas con expresiones sencillas.

En estos lances se requiere un tono de voz diverso y casi desentonado, a quien los griegos dieron el nombre de desapacible por ser extremadamente desagradable y casi fuera de lo natural de la voz del hombre, como cuando Cicerón dice (Pro Rabirio, 18): ¿Por qué no moderáis esa voz que publica vuestra ignorancia y confirma los pocos que sois? Mas lo que dije que debe salir de tono es lo que se contiene en aquella primera parte: Por qué no moderáis, etc.

El epílogo, si contiene alguna recapitulación de cosas, requiere una cierta continuación de miembros cortados; si se dirige a mover a los jueces se tendrá presente alguna de las cosas que arriba dije acerca del tono de la voz, si a aplacarlos convendrá usar de una cierta suavidad de voz sumisa, si hay que moverlos a la misericordia será del caso usar de una inflexión de voz y suavidad lamentable, que principalmente es con la que se quebrantan los corazones y es la más natural. Pues aun a los huérfanos y a las viudas vemos en los mismos funerales que se lamentan de una cierta manera que tiene su tonillo. En estas ocasiones hace también muy al caso aquella voz confusa, cual dice Cicerón que tenía Antonio. (Bruto, 141). Porque tiene en sí algo que imitar.

De dos maneras es la compasión: la una va acompañada de odio, cual es la que poco ha se dijo de la condenación de Filodamo; y la otra de súplica y es de tono más bajo. Por lo que aunque hay también un tonillo más confuso en aquellas palabras: Mas en la junta del pueblo romano, porque no las dijo como quien reñía, ni en aquellas otras: Vosotros, albanos sepulcros, porque no habló como por exclamación -281- o por invocación; con todo eso tienen infinitamente más inflexión y rodeo aquellas otras: ¡Desdichado de mí! ¡Infeliz de mí! ¿Qué responderé a mis hijos? Tú pudiste, ¡oh Milón! volverme a llamar a la patria por medio de éstos, ¿y no podré yo conservarte en la misma patria por medio de los mismos? (Pro Milone, 101). Y cuando regula en un sestercio<sup>367</sup> los bienes de Gayo Rabirio: ¡Oh infeliz y desgraciada comisión de vender sus bienes! (Pro Rabirio, 46).

También dice grandemente en la peroración el confesar sinceramente como que se desfallece de sentimiento y de fatiga, como cuando en defensa del mismo Milón dice Cicerón (número 105): Pero concluyamos, porque por las lágrimas ya no puedo hablar palabra. Cuyo tono de voz debe ser también en la pronunciación semejante a lo que significan las palabras.

Otras cosas hay también que pueden parecer pertenecientes al ademán, cuales son llamar a los agresores, levantar en alto los niños para mover a compasión, sacar a plaza a los parientes y rasgar los vestidos; pero de estas cosas se ha hablado ya en su lugar.

3.º Y como algunas partes del discurso tienen también su variedad, se descubre con bastante claridad que la pronunciación debe conformarse con los mismos pensamientos, como hemos mostrado.

4.º Viniendo a lo último, cada palabra pide su tono, aunque no siempre, sino alguna vez. Por ventura estas palabras infelicillo, pobrecillo, ¿no requieren una voz sumisa y cortada? Y estas otras: esforzado, vehemente y ladrón, ¿no deben decirse con una voz

entonada y viva? Porque es tal la fuerza y propiedad que se les da a las cosas con semejante conformidad de la pronunciación, que sin ella una cosa da a entender la voz y otra entiende el alma. ¿Y qué más se ha de decir que el que unas mismas palabras pronunciadas de distinto modo significan, afirman, reprenden, niegan, muestran admiración, indignación, preguntan, -282- burlan y elevan? Porque de distinta manera se dice:

Todo cuanto este reino en sí contiene

De tu mano a mí viene.

(Eneida, I, 82).

Y... ¿Tú pudiste en cantar llevar ventaja?

(Églogas, III, 25).

Y... ¿Eres tú aquel Eneas?

(Eneida, I, 621).

Argúyeme de tímido tú, ¡oh Dranco!

(Eneida, II, 383).

Y para no ser más largo, cada uno recapacite esto o cualquier otra cosa que gustare, dentro de sí mismo, acomodándolo a todos los afectos, y verá cómo es verdad lo que decimos.

VI. Una tan sola cosa debe añadirse a lo dicho, y es: que atendándose en la acción principalmente al decoro, muchas veces sucede el que a unos les está bien una cosa y a otros otra. Porque en esto media una cierta razón oculta y que no se puede explicar, y al paso que con verdad se ha dicho que lo principal del arte está en que lo que se hace se haga con decoro, así tampoco esto puede verificarse sin el arte, ni con el arte se puede todo enseñar. Pues hay algunos en los cuales aun las buenas prendas no tienen gracia, y otros en quienes los mismos defectos agradan.

Hemos visto que Demetrio y Estratocles, muy célebres comediantes, daban gusto por prendas enteramente distintas. Pero lo menos extraño es que el uno remedaba perfectísimamente a los dioses, a los jóvenes, a los buenos padres y a los esclavos, a las matronas, y a las viejas circunspectas, y el otro hacía mucho mejor el papel de los viejos de mala condición, el de los criados astutos, el de los truhanes, fulleros y todo lo que pedía más vivacidad. Porque cada uno tenía carácter distinto. Porque la voz de Demetrio era también mas dulce, y la de Estratocles más áspera. Eran más dignas de notarse en Demetrio algunas propiedades que no se podían imitar, cuales eran ciertos movimientos de las manos a un lado y a otro, hacer -283- tiernas exclamaciones para dar gusto a los concurrentes, hacer pomposo el vestido al tiempo de entrar, y alguna vez hacer ademanes con el lado derecho, lo cual en ninguno otro hubiera caído bien sino en Demetrio (porque para todo esto le ayudaba su estatura y bella presencia), mas en aquel otro estaba bien el andar de una parte a otra, el ser ligero y aun aquella risa poco conveniente a su persona que con todo conocimiento causaba al pueblo encogiendo también su corto cuello. Cualquiera de estas cosas que hubiera hecho otro, hubiera parecido la más grande fealdad.

Por cuya razón cada cual conózcase a sí mismo y disponga formar la acción, no sólo por los preceptos generales, sino también acomodándose a su natural carácter. Sin embargo de que tampoco es una cosa imposible el que a alguno le estén bien o todas las cosas o muchas de ellas.

El remate de este capítulo es necesariamente el mismo que el de los demás, a saber, es: que la moderación es la que sobre todo debe llevarse la atención primera. Porque no es mi objeto formar un comediante, sino un orador. Por lo cual omitiremos en el además todas las delicadezas, y estando perorando no usaremos importunamente de pausas, tiempos y demostraciones de afectos, como si se hubiera de decir en la escena:

¿Qué haré, pues? ¿No acudiré

Ni aun en la ocasión presente,

Cuando voluntariamente

Me llaman? ¿O me armaré

Más bien de aquesta manera

Para no sufrir baldones

De las públicas ramerás?

(Terencio en el Eunuco. Acto I, escena I).

Porque en este lance tendrá el cómico que hacer pausas para mostrar su duda, inflexiones de voz, diferentes movimientos de las manos y de la cabeza.

-284-

Un discurso oratorio tiene gusto diferente y no quiere tanta expresión en el ademán, puesto que consta de acción y no de imitación. Por lo que con razón se reprende la pronunciación demasíadamente afectada, molesta por los continuos ademanes y llena de altos y bajos por las mudanzas de la voz. Y no fuera del caso los autores antiguos tomaron de los griegos lo que Lena Popilio dijo de esta acción por haberlo tomado de ellos, llamándola inquieta o desasosegada. Muy bien dice lo mismo Cicerón, el cual dio todos los preceptos que arriba puse tomados del Orador. Semejantes a los cuales son los que dice en el diálogo que intitula Bruto, acerca de Marco Antonio. Pero ya está admitida una acción algo más viva, y no sólo se requiere, sino que en algunas partes es conveniente; pero de tal manera se ha de moderar, que no perdamos la autoridad de hombres de bien y de gravedad por imitar el excesivo esmero de un comediante.

Libro duodécimo

## Proemio

Que esta última parte de la obra es la más difícil de todas, en la cual se propone tratar no solamente del modo de decir, sino también de las costumbres del orador.

Hemos llegado a la más importante parte de la obra que me había propuesto. Cuya dificultad si yo hubiera conocido al principio como la conozco ahora por la experiencia, hubiera consultado antes mis fuerzas. Pero al principio me detuvo la vergüenza de faltar a mi palabra, y después, aunque casi en cada una de las partes se iba aumentando el trabajo, me fui alentando a mí mismo en todas las dificultades por no malograr el trabajo que ya tenía hecho. Por cuya razón aun al presente, aunque experimento mayor dificultad que nunca, sin embargo, estando ya al concluir, estoy resuelto a trabajar hasta que más no pueda, primero que perder las esperanzas.

Pero me engañó el haber dado principio por las cosas pequeñas; después, conducido como por un viento favorable, dando tan solamente aquellas reglas ya sabidas y de que tratan la mayor parte de los retóricos, me parecía no estar aún muy distante de la playa y veía cerca de mí a muchos que en cierto modo se atrevían a entregarse a los mismos vientos<sup>368</sup>. Mas luego que comencé a tratar de un -286- género de elocuencia de que hasta ahora últimamente no se ha tenido noticia y que muy pocos habían tratado, apenas se encontraba uno que se hubiese apartado lejos del puerto. Mas después que aquel orador que iba formando salió de entre los maestros de la elocuencia, o se deja llevar de su natural inclinación o procura adquirir mayores auxilios de lo más recóndito de la sabiduría, comencé a conocer a cuán grande altura había llegado, y ahora puedo decir con verdad:

Sólo por todas partes aire y agua

Se descubre.

(Eneida, V, verso 9).

En tan inmenso mar sólo me parece que veo a Marco Tulio, el que, sin embargo de haber entrado en él con segura y diestra nave, recoge velas, deja los remos y se contenta al cabo con enseñar qué género de decir ha de usar el ya perfecto orador. Pero mi temeridad se esforzará a tratar también de las costumbres que debe tener y determinar cuáles son sus propias obligaciones. De esta manera, no pudiendo yo igualarme con el que antes que yo ha tratado la materia, me veo, sin embargo, en la precisión de pasar mucho más adelante, como el objeto que me he propuesto lo requiere. Pero con todo eso, es digno de alabanza el deseo de hacer cosas buenas, y de todo lo que osadamente se emprende, aquello es lo más seguro que asegura más fácilmente el perdón.

## Capítulo I. Que ninguno puede ser orador sin ser hombre de bien

I. Prueba con muchas razones que ninguno puede ser orador sin ser hombre de bien.-  
II. Responde a los ejemplos que contra esto se proponen de Demóstenes y Cicerón.-III. Continúa probando que un orador no puede ser perfectamente elocuente sin virtud. Exhorta a los jóvenes a la elocuencia.-IV. Responde a los que le reprenden de que enseña los preceptos de la elocuencia contra la verdad. 1.º Muestra por qué ha dado estos preceptos. 2.º Y prueba entre tanto que un hombre de bien puede defender una falsedad y un mal pleito.

I. El orador, pues, para cuya instrucción escribo, debe ser como el que Catón define: Un hombre de bien instruido en la elocuencia. Pero la primera circunstancia que él puso, aun de su misma naturaleza, es la mejor y la mayor; esto es, el ser un hombre de bien; no tan solamente porque si el arte de decir llega a instruir la malicia, ninguna cosa hay más perjudicial que la elocuencia, ya en los negocios públicos y ya en los particulares, sino porque yo mismo, que en cuanto está de mi parte me he esforzado a contribuir en alguna cosa a la elocuencia, haría también el más grave perjuicio a la humanidad disponiendo estas armas, no para un soldado, sino para algún ladrón. ¿Pero qué digo de mí mismo? La misma naturaleza, principalmente en aquello que parece concedió al hombre y con lo que nos distinguió de los demás animales, no hubiera sido madre, sino madrastra, si nos hubiera proporcionado la elocuencia para que fuese compañera de los delitos, contraria a la -288- inocencia y enemiga de la verdad. Porque mejor hubiera sido nacer mudos y carecer de toda razón que emplear en nuestra propia ruina los dones de la Providencia.

Más adelante pasa mi modo de pensar. Porque no solamente digo que el que ha de ser orador es necesario que sea hombre de bien, sino que no lo puede ser sino el que lo sea. Porque en la realidad no se les ha de tener por hombres de razón a aquéllos que habiéndose propuesto el camino de la virtud y el de la maldad, quieren más bien seguir el peor; ni por prudentes a aquéllos que no previendo el éxito de las cosas, se exponen ellos mismos a las muy terribles penas que llevan consigo las leyes y que son inseparables de la mala conciencia. Y si no solamente dicen los sabios, sino que también la gente vulgar ha creído siempre que ningún hombre malo hay que al mismo tiempo no sea necio, cosa clara es que ningún necio podrá jamás llegar a ser orador.

Júntese a esto que un alma que no esté libre de todos los vicios no puede dedicarse al estudio de una facultad la más excelente. Lo primero, porque las cosas buenas y las malas no pueden hallarse juntas en un mismo corazón, y no es menos imposible a un alma sola pensar a un mismo tiempo lo mejor y lo peor, que a un mismo hombre el ser a un mismo tiempo bueno y malo. Lo segundo también, porque es preciso que el alma que está ocupada en cosa de tanta consideración, esté desocupada de todos los cuidados, aun de los indiferentes. Porque al cabo, de esta manera, no teniendo motivo para distraerse ni inclinarse a otra cosa, libre y desembarazada, atenderá solamente a aquello a que se dedica. Y si el regalo demasiado de los cuerpos, si el muy solícito cuidado de la hacienda, la diversión de la caza y los días que se gastan en los espectáculos quitan mucho tiempo a los estudios (porque en esto se pierde todo el tiempo que en otra cosa se emplea), ¿qué pensamos que harán la codicia, la avaricia y la envidia, -289- cuyos desenfadados pensamientos, tanto en el mismo sueño como en vigilia, nos perturban? Porque ninguna cosa hay más agitada, ni de más multitud de ideas, ni más dividida y trastornada con la multitud y la variedad de los afectos que un alma enviciada. Pues cuando se dispone a armar una celada, la ponen en consternación la esperanza, los

cuidados y el trabajo, y cuando ya ha logrado la maldad que deseaba cometer, la atormentan el temor, el arrepentimiento y la consideración de todas las penas que merece. Pues entre estas zozobras, ¿qué lugar pueden tener las letras o alguna buena facultad? No otro ciertamente que tienen las mieses en una tierra llena toda de abrojos y de zarzas.

Y a la verdad, ¿no ha de ser necesaria la templanza para poder llevar los trabajos de los estudios? ¿Pues qué se puede esperar de la liviandad y de la lujuria? El amor de la alabanza aviva con especialidad el deseo de dedicarse a las ciencias. ¿Y nos parece acaso que los malos se cuidan de la alabanza? Además de esto, ¿quién no ve que la mayor parte de los discursos se fundan en la alabanza de lo bueno y de lo justo? ¿Y podrá un hombre perverso e inicuo hablar de todas estas cosas con el decoro que ellas se merecen?

Finalmente, por abreviar la mayor parte de la cuestión, supongamos un mismo grado de ingenio, de estudio y de erudición en un hombre muy malo y en otro muy bueno (lo cual es imposible), ¿cuál de los dos se dirá que es mejor orador? No hay dada alguna en que el que es mejor. Pues luego jamás pudo verificarse que un mismo hombre, siendo malo, sea perfecto orador. Porque no es perfecta una cosa cuando hay otra mejor que ella.

Mas para que no parezca que yo mismo me he forjado la respuesta, como los filósofos socráticos, supongamos que haya alguno tan obstinado contra la verdad que tenga atrevimiento para decir que suponiendo un mismo ingenio, estudio -290- y erudición, no puede ser peor orador un hombre malo que un bueno. Manifestemos el necio fundamento de esta razón. Ninguno ciertamente dudará que todo orador pretende hacer creer al juez que tiene razón y que es cosa justa lo que le propone. ¿Cuál, pues, de los dos le persuadirá mejor esto, el hombre de bien o el malo? Claro está que el bueno; y dirá más veces la verdad y lo justo. Pero aun cuando en alguna ocasión, movido de algún respeto, se empeñare en probar una falsedad (lo cual, como después demostraremos, puede suceder), por precisión le han de dar más crédito a lo que dijere. Pero los hombres malos algunas veces no pueden disimular lo que son, por el desprecio que hacen de ser tenidos por buenos y por la ignorancia del bien. De aquí proviene que sin modestia proponen las cosas y sin vergüenza las afirman. De donde resulta en ellos una extraordinaria pertinacia y un trabajo inútil en aquellas cosas que no pueden probar. Porque así como tienen pocas esperanzas de mudar de vida, así también desconfían en las causas que toman por su cuenta. Y sucede frecuentemente que aunque los tales digan la verdad, no tienen quien les dé crédito, y un abogado de éstos sólo sirve para hacer sospechar que es malo el pleito o injusto.

II. Ahora voy a satisfacer a aquellas objeciones que, como en una especie de conspiración del vulgo, se hacen; tales son: Pues qué, ¿Demóstenes no fue orador? Pues sabemos que fue malo. ¿No fue también Cicerón grande orador? Pues también muchos reprendieron sus costumbres.

¿Y qué haré yo en este caso? Muy odiosa me temo que se ha de hacer mi respuesta, y así es preciso halagar primero los oídos. Porque no me parece que Demóstenes fue tan reprehensible por sus costumbres que yo dé crédito a todo el colmo de cosas que contra él han dicho sus enemigos, cuando leo en su historia sus muy bellos dictámenes acerca de la república y el fin esclarecido de su vida, -291- ni veo que en cosa alguna le faltase a Marco Tulio una voluntad muy propia del más excelente ciudadano. Prueba de esto es el consulado, que él desempeñó con la mayor integridad, la suma rectitud con que obtuvo el gobierno de una provincia, el haber renunciado ser del número de los veinte que componían el Gobierno<sup>369</sup>, y que en las guerras civiles que en su tiempo ocurrieron, y las más considerables, ni la esperanza ni el temor pudieron mover su corazón a separarle

del mejor partido, esto es, del de la república. Algunos le tenían por un hombre de poco corazón, a los cuales responde él bellísimamente que no era tímido en exponerse a los peligros, sino en preverlos; lo cual él confirmó con su misma muerte, la que recibió con la más grande constancia.

Y si estos varones carecieron de una bondad perfecta de vida, responderé a los que preguntan si fueron oradores lo mismo que respondieron los estoicos cuando les preguntaban si eran sabios Zenón, Cleantes y Crisipo: que fueron hombres grandes y dignos de respeto, pero que no llegaron a conseguir aquello que la naturaleza del hombre tiene por lo más excelente. Pues Pitágoras no quiso que le diesen el nombre de sabio, como los que le habían precedido, sino el de amante de la sabiduría.

Sin embargo, acomodándome al modo común de hablar, he dicho muchas veces, y lo volveré a decir, que Cicerón es un orador perfecto, así como vulgarmente llamamos buenos y muy prudentes a nuestros amigos, sin embargo de que estas cualidades a ninguno cuadran sino a un hombre perfectamente sabio.

-292-

Pero hablando con toda propiedad, y según la ley misma de la verdad, yo buscaré aquel orador que el mismo Cicerón buscaba. Porque aunque confieso que él llegó a lo sumo de la elocuencia y apenas hallo cosa que se le haya podido añadir, antes tal vez encontraría en él algo que cercenar (porque casi la mayor parte de los sabios fueron de opinión que las más de las virtudes que suponían en él tenían algo de viciosas, y aun él mismo asegura que se corrigió mucho de aquella su afluencia juvenil); con todo eso, puesto que no se apropió el nombre de sabio, teniendo tanto amor propio y habiendo seguramente podido ser más excelente orador si hubiera vivido más y si hubiera logrado un tiempo más tranquilo para componer, estoy persuadido, sin hacerle agravio, de que le faltó aquel complemento que debe tener un perfecto orador, al cual, no obstante, se acerca más que ninguno. Y si otra cosa sintiera yo, podía muy bien defenderla con más fortaleza y libertad. Pues ¿por ventura no aseguró Marco Antonio que no había conocido ningún hombre elocuente, lo que es tanto menos? Aun el mismo Marco Tulio busca un orador semejante y no le encuentra sino en su imaginación e idea; ¿y no me atreveré yo a decir que en los siglos venideros se puede encontrar alguna cosa más perfecta que la que ha habido? Paso en silencio a aquéllos que ni a Demóstenes ni a Cicerón los tienen por perfectos en la elocuencia, sin embargo de que ni aun al mismo Cicerón le parece bastante perfecto Demóstenes, de quien dice que a veces tiene algunos descuidos; el mismo juicio forman de Cicerón Bruto y Calvo, los cuales no tuvieron reparo de corregirle su composición aun en su misma presencia, y Asinio piensa lo mismo de los dos, porque en muchos lugares declaman fuertemente contra los defectos de su estilo.

III. Pero supongamos (lo que en lo natural no puede verificarse) que haya habido algún hombre malo consumado en la elocuencia; con todo eso, yo no diré que éste -293- fue orador. Ni daré el nombre de esforzados a todos los valientes, porque sin la virtud no se puede verificar la fortaleza. ¿Pues, por ventura, el abogado que se toma para la defensa de los pleitos, no necesita tener una fidelidad que ni la codicia sea capaz de sobornarla, ni el favor torcerla, ni el temor disminuirla? ¿Daremos el respetable nombre de orador a un hombre traidor, a un desertor o a un prevaricador?

Y si conviene que aun los medianos abogados tengan esta prenda que comúnmente se llama bondad, ¿por qué razón no ha de ser tan perfecto en las costumbres como en la ciencia de perorar aquel que todavía no es orador, pero lo puede ser? Porque no pretendo yo instruir al orador meramente en lo que pertenece al foro, ni a uno que tome esta arte por oficio, o de quien se pueda solamente decir (hablando en términos más suaves) que no es desgraciado abogado de pleitos, o a alguno, en fin, de los que

vulgarmente llaman abogados de guardilla, sino a un sujeto de ingenio sobresaliente, cuyo entendimiento esté completamente adornado de las muy bellas artes, destinado de tal modo para la defensa de los hombres, que en ningún tiempo haya habido otro semejante, de un mérito singular, perfecto por todos lados, que tenga los mejores pensamientos y un modo de decir el más excelente.

¿Y hará poco en defender a los inocentes, en contener los delitos de los malos o en favorecer el partido de la verdad contra la calumnia en una causa pecuniaria? Consumado orador será este tal, sin duda alguna, aun en estas ocupaciones; pero aún tendrá más grade lucimiento en otras de más grande consideración, cuando tuviere que gobernar los pareceres del Senado o corregir los desórdenes del pueblo. Y ¿por ventura Virgilio no parece que se figuró un sujeto de estas prendas en aquél que puso por pacificador en el alboroto del pueblo que estaba ya arrojando fuego y piedras, diciendo:

En tal consternación, si por fortuna

Un sujeto a su vista se presenta

Por su piedad y méritos insigne,

Todos al punto al verle el labio sellan,

Y a todo cuanto dice, muy atentos

Prestan oído

(Eneida, I, 155).

Tenemos, pues, ante todo, que Virgilio puso por primera circunstancia el ser hombre de bien, pues la segunda que añadió fue que fuese diestro en el arte de decir.

Él inclina a do quiere con palabras

La voluntad de todos y serena

Los alterados pechos.

Y qué, ¿este mismo orador cuyas instrucciones escribo, si tiene la precisión de exhortar a los soldados a dar una batalla, no formará un discurso sacado del fondo de los preceptos de la sabiduría? Porque ¿de qué manera desecharán los que emprenden una batalla tantos temores como a un mismo tiempo les acometen del trabajo, de la pena y por último el de la misma muerte, si en lugar de estas zozobras no se les inspira el amor a la patria, la fortaleza y la idea de la gloria que en tal caso se pueden adquirir? Lo cual seguramente persuadirá mejor a otros el que primero estuviere bien impresionado de todo ello. Porque por más que se disimule, al cabo se descubre el fingimiento y nunca ha sido tan grande la fuerza de la elocuencia, que no titubee y vacile siempre que las palabras desmienten al corazón. Un hombre malo, por precisión tiene que decir lo contrario de lo que siente; pero a los hombres de bien jamás les faltará que hablar de las cosas buenas, ni dejarán de inventar siempre lo mejor (porque ellos mismos serán también prudentes), cuya invención, aunque carezca de los primores<sup>370</sup> del arte, tiene bastante hermosura con su natural adorno, y todo aquello que se dice conformándose con la virtud, no puede menos de ser de su naturaleza persuasivo.

-295-

Por cuya razón los jóvenes, o por mejor decir, los de todas las edades (pues para el que tiene buenos deseos siempre es tiempo) aspiremos con todo empeño a llegar a este grado de perfección, y a esto nos esforcemos, pues tal vez nos cabrá en suerte el conseguirla. Pues si la naturaleza no impide el ser uno hombre de bien y al mismo tiempo buen orador, ¿por qué razón no ha de poder alguno, cualquiera que sea, conseguir lo uno y lo otro? Y ¿por qué cada cual no podrá tener esperanzas de ser en adelante este alguno? Para cuyo logro si las fuerzas del ingenio no fueren suficientes, sin embargo, a proporción de los progresos que en lo uno y en lo otro hubiéremos hecho, seremos más consumados. Pero desterremos enteramente de nuestro corazón esta máxima de que la elocuencia, que es la cosa más preciosa que hay en la naturaleza, puede mezclarse con los errores del entendimiento. Así que, si esta facultad se encuentra en los hombres malos, la misma facultad debe igualmente reputarse por vicio, porque ella hace peores a aquéllos en quienes se halla.

IV. Mas ya me parece que estoy oyendo a algunos (porque nunca faltará quien quiera ser más bien elocuente que hombre de bien) que me dicen: Pues ¿para qué es tan grande el artificio que tiene la elocuencia? ¿A qué fin habéis hablado de los adornos de la retórica, de la defensa de las causas enmarañadas y también nos habéis dicho alguna cosa del reo cuando está confeso, si la fuerza y energía de la elocuencia no triunfan de la

misma verdad? Porque un hombre de bien no defiende sino los pleitos justos, y éstos bastante defensa tienen en la misma verdad, aun cuando les falte la instrucción en los preceptos.

1.º A los cuales después de haberles respondido por lo perteneciente a esta mi obra, yo los satisfaré por lo que respecta a la obligación de ser el orador hombre de bien, si alguna razón le moviere a la defensa de los culpados. -296- Porque no es cosa fuera de propósito el tratar de qué manera se ha de hacer la defensa alguna vez o de las cosas falsas o injustas, aunque no sea más que para comprenderlas y refutarlas con mayor facilidad, a la manera que aplicará mejor las medicinas el que tuviere conocidas las que dañan. Porque ni aun los filósofos académicos que de todo disputan en pro y en contra, no siguen cualquier tenor de vida. Y aquel Carnéades, de quien se dice que en Roma declamó en presencia de Catón el Censor contra la justicia, con no menor energía de la que el día antes había usado perorando a favor de ella, no por eso fue el hombre injusto. Antes bien, la maldad contrapuesta a la virtud descubre todo lo que ella es, y la justicia se hace más manifiesta con la consideración de un hombre injusto, y muchísimas cosas hay que se prueban por sus contrarios. El orador, pues, debe tener conocidos los pensamientos de los contrarios, como un general de ejército los de sus enemigos.

2.º Pero la razón puede moverle a un hombre de bien a querer apartar alguna vez al juez de lo justo en la defensa de una causa, la cual a primera vista parece cosa dura. Y si alguno se maravillare de que yo lo proponga (sin embargo de que no es éste propiamente mi modo de pensar, sino de aquéllos a quienes la antigüedad tuvo por los más graves maestros de la sabiduría), reflexione que la mayor parte de las cosas son o buenas o malas, no tanto por sus efectos, como por sus causas. Porque si muchas veces es una cosa buena el quitar la vida a un hombre y alguna vez es cosa muy honrosa matar los hijos, y si la común utilidad lo pide, se permiten hacer cosas todavía más atroces y horribles de contarse, no hemos de atender aquí solamente cómo defiende una causa justa un hombre de bien, sino que también se ha de mirar por qué causa y con qué objeto la defiende.

Y en primer lugar es preciso que todos me concedan -297- lo que aun los más rigurosos de los estoicos confiesan que alguna vez podrá suceder: que un hombre de bien falte a la verdad y tal vez con muy leves fundamentos<sup>371</sup>, a la manera que a los niños cuando están enfermos les decimos muchas cosas que no hay, para contentarlos, y les prometemos otras muchas que no hemos de cumplir; pues ¿con cuánta más razón cuando sea necesario disuadir a un malhechor de cometer un homicidio o engañar al enemigo por la defensa de la patria? De manera que aquello que en los esclavos es digno de reprehensión, es a veces loable en un hombre sabio. Lo cual si se verificare, veo que pueden ocurrir muchas razones por las cuales un orador puede legítimamente tomar a su cargo la defensa de una causa semejante, lo cual no podría hacer faltando algún motivo honesto.

Y no digo yo esto porque me agrade seguir las leyes más severas en la defensa de un padre, de un hermano o de un amigo que se halla en peligro, sin embargo de que no hay poco motivo para dudar, propuesta por una parte la imagen de la justicia y por la otra el amor natural que el hombre tiene a los suyos. Mas no dejemos lugar alguno de dudar. Supongamos que alguno ha puesto asechanzas a un tirano y que se le hace reo de esto: ¿por ventura dejará desear que salga libre el orador que definimos? Y si tomare a su cargo su defensa, ¿no le defenderá con tan aparentes pruebas como el que defiende un pleito injusto delante de los jueces?

¿Y qué sucederá si el juez está resuelto a condenar algunos -298- hechos buenos, si no le convenciéremos de que no han sucedido? ¿no sacará libre el orador de esta manera, no sólo al inocente, sino que hará que le tengan por excelente ciudadano? Y si

supiéremos que algunas cosas hay de su naturaleza justas, pero que por la circunstancia de los tiempos son perjudiciales a la ciudad, ¿no usaremos de un modo de decir, bueno en sí considerado, pero el más parecido a las malas mañas de que usan los malos oradores?

Además de esto, ninguno pondrá duda en que si los culpados pueden de alguna manera enmendar su vida, como a veces se concede que lo pueden hacer, será más importante a la república el que ellos queden libres que el que sean castigados. Luego si se le convenciere al juez de que ha de ser hombre de bien aquél a quien acusaren de delitos verdaderos, ¿no procurará sacarle libre?

Supóngase ahora que es acusado de un delito manifiesto un buen general de ejército, sin cuya conducta no puede la ciudad conseguir una honrosa victoria; ¿por ventura la común utilidad no le proporcionará un abogado que le defienda? Fabricio, ciertamente, sin embargo de ser Cornelio Rufino por otra parte un mal ciudadano y enemigo suyo, le dio su voto para el consulado en la guerra que amenazaba, porque sabía que era un buen capitán, y admirándose algunos de esto, les respondió: Que quería más que le despojase un ciudadano que el que le pusiese en venta un enemigo. De esta manera, si éste hubiera sido orador, ¿no hubiera defendido al mismo Rufino, aun cuando fuese reo de haber públicamente usurpado las rentas públicas?

Muchas cosas a este tenor se pueden alegar, pero cualquiera de éstas basta por sí sola. Porque no tratamos de tal manera este punto que el orador que vamos formando no pueda salirse de esto, sino para que, si semejantes razones le han hecho fuerza, tenga siempre por verdadera la definición que el orador es un hombre de bien, instruido en la elocuencia.

-299-

Pero también es necesario dar reglas, y enseñar de qué manera han de tratarse las cosas que son dificultosas de probar. Porque muchas veces aun las mejores causas se parecen a las malas, y el reo que está inocente es acusado de muchas cosas que tienen apariencia de verdad; de donde resulta que debe ser defendido, observando en su defensa el mismo orden que si estuviera culpado. Además de esto, hay innumerables cosas que son comunes a las causas buenas y a las malas, como son los testigos, las escrituras, las sospechas y las opiniones. Y los hechos verosímiles se prueban y se refutan del mismo modo que los verdaderos. Por cuya razón se dirigirá el discurso, según el asunto lo requiera, conservando siempre una recta intención.

-300-

Capítulo II. Que debe el orador tener conocimiento de la filosofía

I. Que debe el orador saber con qué medios se arreglan las costumbres, no sólo para ser él mismo hombre de bien, sino también para perfeccionarse en la elocuencia.-II. Que cada una de las partes de la filosofía le son necesarias al orador. La lógica, la ética y la física: esto se prueba con ejemplos.-III. Que se ha de aprender la filosofía, no de algún autor sólo, sino de los mejores. También se ha de tener noticia de los ejemplos de dichos y hechos ilustres, de los que está llena la historia romana.

I. Supuesto que orador es lo mismo que hombre de bien y que en éste no se puede prescindir de la virtud, ésta, sin embargo de que recibe algunos impulsos de la naturaleza, debe con todo eso recibir su perfección de la enseñanza, y lo primero que deberá hacer el orador es arreglar sus costumbres con los estudios y ejercitarse en aprender la ciencia de la bondad y de la justicia, sin la cual ninguno puede ser ni hombre de bien ni elocuente. A no ser que tal vez convengamos con aquéllos que son de opinión

que las costumbres no tienen más fundamento que el de la naturaleza y que ninguna perfección reciben del arte, en tanto grado que confiesan que las obras de manos y aun las que son más despreciables necesitan de maestro; pero que la virtud, que es la única que se le ha concedido al hombre para hacerle más semejante a Dios inmortal, ella misma se nos viene, y la tenemos sin que nos cueste trabajo, tan solamente con haber nacido. ¿Pero -301- será templado el que no tuviere idea de lo que es templanza? ¿Será fuerte el que de ningún modo hubiere sufrido los temores del dolor, de la muerte y de la superstición? ¿Y será justo el que no hubiere tratado en algún discurso erudito la materia de la justicia y de la bondad, la de las leyes que a todos nos tiene impuestas la naturaleza, y las propias que se han establecido para los pueblos y para las naciones? ¡Oh, qué poco reflexionan esto aquéllos a quienes esto les parece tan fácil!

Pero paso en silencio esto acerca de lo cual ninguno juzgo que tendrá la menor duda, con tal que tenga, como dicen, alguna tintura en las letras; volveré a continuar aquello otro, es a saber: que ni aun tendrá la suficiente perfección en la elocuencia aquél que no hubiere enteramente penetrado toda la fuerza de la naturaleza y hubiere arreglado sus costumbres con los preceptos y con la razón. Porque no en vano afirma Lucio Craso en el tercer libro del Orador, que todas aquellas cosas que se dicen acerca de la equidad, justicia, verdad, bondad y de sus contrarios, son cosas propias de un orador; y que cuando los filósofos las defienden con las fuerzas de la elocuencia, se valen de las armas de la retórica, no de las suyas. Sin embargo, confiesa él mismo que éstas se han de tomar de la filosofía, porque le parece que ella está más en posesión de aquellas cosas. De aquí proviene también que Cicerón afirma en muchos libros y cartas que la facultad oratoria tiene su principio de las más profundas fuentes de la sabiduría, y por tanto los mismos maestros de ella fueron por algún tiempo maestros de las costumbres y del arte de decir.

Por lo cual esta mi exhortación no se dirige a probar que el orador debe ser filósofo, siendo así que ningún otro tenor de vida ha sido más ajeno de los cargos civiles y de todo el oficio de un orador. Porque ¿cuál de los filósofos asistió puntualmente a los tribunales o se hizo célebre -302- en las juntas del pueblo? ¿Cuál de ellos, finalmente, se empleó en el gobierno de la república, cosa que la mayor parte de ellos encarga que se evite? Mas yo pretendo formar en el orador que instruyo un sabio romano que, no en las privadas disputas, sino con la experiencia de las cosas y con sus acciones, se porte como un hombre verdaderamente civilizado. Pero por cuanto abandonados los estudios de la sabiduría por aquéllos que se dedicaron a la elocuencia, no perseveran ya en su ser ni en el esplendor del foro, sino que pasaron primeramente a los pórticos<sup>372</sup> y academias y después a las escuelas públicas, y los maestros de la elocuencia no enseñan lo que se requiere para formar un orador, es necesario verdaderamente aprenderlo de aquéllos entre quienes quedó.

Es necesario entender a fondo los autores que dan reglas acerca de la virtud, para que la vida del orador se conforme con la ciencia de las cosas divinas y humanas. Las cuales ¿cuánto más importantes y hermosas parecerían si las enseñasen también aquéllos que son los más excelentes en la elocuencia? ¡Y ojalá que alguna vez llegue el tiempo en que algún perfecto orador (cual deseamos) tome por su cuenta el tratar esta materia, que se ha hecho odiosa por el soberbio nombre que le han dado y por los vicios de algunos que corrompen los bienes que en ella se encierran, y renovándola en cierta manera la reúna a la elocuencia para que con ella forme un solo cuerpo!

II. Dividiéndose, pues, la filosofía en tres partes, que son la física, la ética y la lógica, ¿cuál de ellas no tiene conexión con el oficio del orador?

Porque invirtiendo el orden y hablando de la última, que consiste toda ella en las palabras, ninguno dudará de que es propia del orador, ya sea por lo respectivo a conocer las propiedades de cada término, declarar las cosas obscuras y discernir las dudosas, y ya por lo que hace a juzgar de las falsas y sacar la conclusión y consecuencia de lo que quiera, sin embargo de que no ha de hacer uso de ella en las defensas de una causa tan por menor y tan concisamente como en las disputas, porque el orador no sólo está obligado a instruir a sus oyentes, sino también a moverlos y darles gusto, para lo cual se necesita de vehemencia, energía y gracia en el decir, así como es mayor la fuerza de los ríos profundos y caudalosos que la de un pequeño arroyo que corre entre piedrecillas.

Y así como los maestros de los gladiadores enseñan a sus discípulos todas las suertes de movimientos y posturas de cuerpo, que ellos llaman números, no para que los que los han aprendido hagan uso de todos ellos en el mismo ejercicio de la lucha (porque más se hace con el peso del cuerpo, firmeza y valor), sino para que entre tanta abundancia echen mano de cualquiera de ellos de que puedan valerse cuando la ocasión lo pida, no de otro modo esta parte que llaman dialéctica, o bien queramos más llamarla arte de disputar, así como es muchas veces útil por sus definiciones, conclusiones, distinciones, soluciones de las dudas y para notar las diferencias de las cosas, dividir las, suavizar las y juntar las, así también si ella llega a dominar en los discursos del foro, servirá de impedimento a las mejores cualidades, y con su misma sutileza consumirá las fuerzas del orador por acomodarlas a su preciosa concisión. Y así es que se encuentran algunos extrañamente fervorosos en la disputa, mas sacándolos de aquella cavilación del argumento para alguna cosa seria, les sucede lo que a algunos animalillos que en los lugares estrechos se escapan y se dejan después coger en campo abierto.

-304-

También toda aquella parte de la moral que se llama ética es, sin duda alguna, acomodada al orador. Porque en tan grande variedad de causas (como hemos dicho en los libros anteriores), pues las unas se fundan en la conjetura y otras sobre las definiciones, decidiéndose unas por falta de formalidad debida, otras por apelación y otras por ilación, ya convengan ellas mismas entre sí, ya sean enteramente distintas por la ambigüedad de sus palabras, casi ninguna puede encontrarse que no tenga de algún modo conexión con la materia de la justicia y de la bondad. ¿Y quién ignora que hay muchas que todas ellas consisten en sola la cualidad? Mas por lo que pertenece a las deliberaciones, ¿qué modo hay de persuadir que no tenga que ver con el tratado de lo honesto? ¿Y qué se dirá también de aquel tercer género que tiene por oficio el alabar y vituperar? Ciertamente éste tiene por objeto lo bueno y lo malo.

Y acerca de la justicia, fortaleza, templanza y piedad, ¿no tendrá muchísimo que decir el orador? Pues aquel hombre de bien que tenga conocimiento de estas virtudes y no tan solamente de sus nombres y significados, y que hable de ellas no sólo de oídas, sino como quien las tiene impresas en su alma, tendrá un modo de pensar conforme a ellas, y de esta suerte no tendrá que fatigarse en discurrir acerca de ellas, sino que realmente hablará conforme a lo que conoce.

Mas siendo toda cuestión universal de más fuerza que la particular, porque las partes se contienen en el todo y de ninguna manera el todo en una parte, ninguno ciertamente dudará que las cuestiones generales se fundan en los preceptos de la filosofía. Pero ciñéndose muchas de ellas a casos y circunstancias particulares, de donde el estado de las causas se llama también definitivo, ¿por ventura no será necesario instruirse también para esto aprendiéndolo de los que más se han dedicado a esta materia? -305- Además de esto, toda cuestión del derecho ¿no se funda o en la propiedad de las palabras, o en la competencia de la justicia, o en la conjetura de la voluntad? Parte de lo cual tiene relación con la lógica y parte con la filosofía moral. Así que ningún discurso oratorio

hay verdaderamente tal que no esté naturalmente mezclado de todas estas partes de la filosofía. Porque una locuacidad destituida del conocimiento de esta ciencia, preciso es que vaya errada como quien carece de quien la dirija o se gobierna por cosas falsas.

Pero la física no solamente ofrece más campo que las demás para el ejercicio de perorar, cuanto es necesario hablar con más espíritu de las cosas divinas que de las humanas, sino que también comprende toda la filosofía moral, sin la que, como queda explicado, no puede formarse discurso alguno. Pues si el mundo se gobierna por la Providencia, deben los hombres buenos tener el gobierno de la república. Si nuestra alma tiene de Dios su origen, es necesario aspirar a la virtud y no hacerse esclavos de los deleites de nuestro cuerpo terreno. Y un orador ¿no tendrá que tratar frecuentemente de esto? Además de esto, ¿no tendrá que formar sus discursos acerca de las respuestas de los agoreros y de toda la religión, acerca de las cuales cosas son muchas veces sumamente importantes las deliberaciones que se dan en el Senado, puesto que (en mi juicio) debe ser también el orador un hombre político? Por último, ¿qué elocuencia puede tener un hombre que ignora lo que de suyo es lo más apreciable?

Si esto no fuera de suyo tan manifiesto, sin embargo deberíamos dar crédito a los ejemplos. Puesto que se tiene por cosa cierta que Pericles, de cuya elocuencia, sin embargo de que ningunos vestigios han llegado a nuestros tiempos, con todo eso confiesan haber sido de una fuerza increíble, no sólo los historiadores, sino también los antiguos cómicos, gente la más libertina, fue discípulo del físico -306- Anaxágoras, y que Demóstenes, príncipe de todos los oradores de la Grecia, tuvo a Platón por maestro. Y el mismo Marco Tulio aseguró frecuentemente que no debía tanto a las escuelas de retórica como a lo espacioso de la academia. Y jamás hubiera llegado a tomar tanto ensanche su elocuencia si hubiera reducido su ingenio a las paredes del foro y no a los términos que tiene la misma naturaleza.

III. Pero de esto nace otra cuestión, y es: qué secta de filósofos puede contribuir más a la elocuencia, sin embargo de que esta disputa a pocas sectas se puede reducir. Porque Epicuro por sí mismo nos aparta de su filosofía, pues dice que se huya de toda ciencia con el mayor conato que se pueda. Y Aristipo, poniendo el sumo bien en el deleite del cuerpo, está muy lejos de exhortarnos a trabajar en este estudio. ¿Y qué papel puede hacer en esta obra Pirrón, no constándole de que hay jueces en cuya presencia se habla, y reo en defensa de quien se perora, y Senado en el en que es preciso decir su parecer? Algunos tienen por una cosa muy útil la secta académica, porque la costumbre de disputar en pro y en contra tiene mucha conexión con el ejercicio de las causas forenses. Añaden, para prueba de esto, que de ella han salido sujetos muy sobresalientes en la elocuencia. Los peripatéticos hacen también alarde de cierto estudio de la oratoria. Y en efecto, ellos casi fueron los primeros que establecieron las cuestiones problemáticas por vía de ejercicio. Los estoicos, al paso que se ven precisados a confesar que sus maestros carecieron de la riqueza y lustre de la elocuencia, se empeñan en persuadir que ninguno prueba con más fuertes razones ni concluye con más grande sutileza.

Pero dejemos esto para que lo disputen entre sí mismos aquéllos que, como sacramentados u obligados estrechamente por religión, tienen por delito el apartarse un punto de la opinión que una vez han abrazado. Mas el orador -307- no tiene que estar sujeto en cosa alguna a las leyes de estos filósofos. Porque el fin a que él aspira, y de lo que hace profesión, es de más importancia y excelencia; puesto que se promete ser consumado, no sólo por lo recomendable de su vida, sino también de su elocuencia. Por lo que se propondrá por modelo de bien hablar al más elocuente de todos, y para el arreglo de sus costumbres elegirá los más sanos preceptos y el más recto camino para la virtud. Se ejercitará en tratar de todas las materias, pero sobre todo en las de más importancia y que por su naturaleza son las más nobles. Porque ¿qué materia puede

hallarse más copiosa para hablar con gravedad y con afluencia que la de la virtud, de la república, de la Providencia, del origen de nuestras almas y de la amistad? Estas materias dan no menos elevación al alma que al discurso, y son los verdaderos bienes que moderan los temores, refrenan las pasiones, nos libran de las opiniones del vulgo y transforman nuestro corazón y lo hacen celestial.

Y no sólo será del caso tener noticia y hacer continuamente a la memoria las materias que en tales ciencias se contienen, sino también aún más los dichos y hechos memorables que se refieren de la antigüedad. Los que en ninguna parte seguramente se encontrarán ni más en número ni mayores que en las memorias de nuestra ciudad. Y si no, ¿podrán otros servir mejor de ejemplo de fortaleza, de fidelidad, de justicia, de continencia, de frugalidad, del desprecio de los tormentos y de la muerte que los Fabricios, Curios, Régulos, Decios, Mucios y otros innumerables? Porque cuanta es la abundancia que los griegos tienen de preceptos, tanta es la que los romanos tienen de ejemplos; lo que es de más importancia. Y aquel orador que no se contente con sólo tener presentes los sucesos modernos y la historia de su tiempo, sino que mire toda la memoria de la posteridad como la justa medida de la vida honesta y el camino de la alabanza, sabrá que esto se aprende solamente en los sucesos de más antigüedad. De aquí es de donde ha de beber los raudales de la justicia, y de aquí ha de mostrar haber tomado la libertad en las causas y en sus dictámenes. Y no será orador perfecto sino el que supiere y tuviere valor para hablar con la virtud que corresponde.

-309-

Capítulo III. Que es necesaria al orador la ciencia del derecho civil

También necesita el orador tener conocimiento del derecho civil, como también de las costumbres y de la religión de aquella república cuyo gobierno tomare a su cargo. Porque ¿de qué manera podrá persuadir en las deliberaciones públicas y particulares, si no tiene noticia de tantas cosas en que principalmente se funda una ciudad? ¿Y de qué manera podrá decir con verdad que es abogado de las causas aquél que tenga que mendigar de otro lo que tiene mayor fuerza en ellas, no muy desemejante a aquéllos que recitan las composiciones de los poetas? Porque en cierta manera vendrá a hacer lo que le manden, y dirá como en nombre de otro lo que él debe pedir, que el juez le crea a él, y debiendo ser patrono de los litigantes necesitará él de que le patrocinen. Lo cual, aunque se pueda practicar alguna vez con menos incomodidad, llevando a la presencia del juez bien estudiados y sabidos por orden los puntos de una causa, como todas las demás cosas que en ella se contienen, ¿qué sucederá en aquellas cuestiones que de repente suelen suscitarse durante la defensa de las mismas causas? ¿No tendrá que volver muchas veces alrededor de sí la vista vergonzosamente para preguntar a los abogados inferiores que están allí sentados? ¿Podrá entonces entender bien lo que allí oyere, teniéndolo que decir inmediatamente? ¿O asegurarlo con fortaleza, o perorar con libertad a favor de la parte que defiende? Y supongamos que lo pueda hacer en los discursos de las causas; -310- pero qué sucederá en las disputas, en donde a cada paso es necesario rebatir las razones del contrario, y no se da lugar para aprender lo que se ha de responder? ¿Y qué hará si por desgracia no asistiere el hábil abogado que solía sugerirle razones? ¿Y qué si alguno que no estuviere suficientemente instruido en aquella materia le insinuare alguna cosa falsa? Porque la mayor miseria de la ignorancia consiste en creer que aquél que aconseja lo sabe todo.

Y no ignoro lo que entre nosotros se acostumbra, ni estoy olvidado de aquéllos que imitan a los que están sentados sobre las arquillas y suministran armas a los que están peleando<sup>373</sup>; ni se me oculta que los griegos suelen también hacer lo mismo, de donde

se les puso el nombre de agentes de negocios. Pero hablo de un orador que no sólo contribuya con la voz, sino con todas aquellas cosas que pueden contribuir a la defensa de la causa. Y así no quiero que esté desapercibido, si tal vez se ofreciere algún lance de perorar de repente; y que no titubee en las contestaciones de los testigos. Porque ¿quién mejor que él ordenará las cosas que quisiere comprender en la causa cuando la defendiere? A no ser que alguno tenga por buen general a aquel que en las batallas es denodado y valiente, y sabe disponer bien todo lo que la pelea requiere; pero que ningún conocimiento tiene para las levas de las tropas, ni formarlas en batalla ni en columna, ni para las provisiones de ejército y de guerra, ni tomar un puesto ventajoso para poner su campamento. Porque no hay duda en que primero es hacer los preparativos para la guerra que entrar en batalla. Así que será muy semejante a este -311- general que hemos dicho aquel abogado que dejare a otros muchas cosas que sirven para triunfar en la causa, con especialidad no siendo esto, que es lo más necesario, tan dificultoso como tal vez les parece a los que lo miran desde lejos.

Porque cualquier punto del derecho consta por escritura o por costumbres. Lo que es dudoso se debe examinar según la regla de la justicia. Lo que consta por escrito o tiene su fundamento en las costumbres de la ciudad, no tiene dificultad alguna, por ser cosa que sólo requiere conocimiento, no invención. Mas aquellas cosas que dependen de la exposición de los juriconsultos, o consisten en la tergiversación de las palabras, o en la diferencia que hay entre lo bueno y lo malo. El conocer la fuerza de cualquier expresión, o es común a los hombres prudentes, o propio del orador. Por lo que pertenece a la justicia, cualquier hombre de bien la conoce.

Y yo tengo a un orador no sólo por hombre de bien, sino que sobre todo tenga prudencia; el cual cuando defendiere lo que por naturaleza es más acertado, no se admirará de que algún juriconsulto se aparte de su dictamen, teniendo ellos mismos facultad para defender opiniones opuestas entre sí. Pero aun cuando quisiere saber las diferentes opiniones que hay, es necesaria la lección, que es el menor trabajo que hay en los estudios. Y si la mayor parte, desconfiando de lograr la perfección en la oratoria, se han dedicado al estudio del derecho, ¿qué fácil le será a un orador aprender lo que aprenden los que por sí mismos confiesan que no pueden ser oradores?

Pero Marco Catón, no sólo fue muy excelente orador, sino también muy grande juriconsulto; y Escévola y Servio Sulpicio tuvieron también la prenda de elocuentes; y Marco Tulio mientras estaba dedicado al ejercicio de perorar, no solamente no abandonó la ciencia del derecho, sino que también había comenzado a componer algunas -312- cosas acerca de él, para que se vea que un orador puede dedicarse al derecho, no sólo para aprenderlo, sino también para enseñarlo.

Mas para que ninguno crea que son dignos de reprehensión los preceptos que yo pongo acerca del arreglo de las costumbres y estudio del derecho, porque a muchos hemos conocido que, fastidiados del trabajo que necesariamente han de experimentar los que aspiran a la elocuencia, han recurrido a estos pequeños entretenimientos de la desidia, de los cuales unos se dedicaron a leer los registros o catálogos del foro, y los títulos de los capítulos del derecho y las fórmulas, o como dice Cicerón, quisieron más ser letrados, haciendo elección como de cosas más útiles de aquéllas que sólo buscaban por su facilidad; otros hubo más orgullosos y menos inclinados al trabajo del estudio, los cuales con un exterior modesto, y dejándose crecer la barba como si despreciasen los preceptos de la oratoria, se detuvieron algún tiempo en las escuelas de los filósofos, a fin de ganarse después la autoridad con el desprecio de los demás, siendo en público tristes y en su casa disolutos; porque la filosofía puede contrahacerse, mas no la elocuencia.

-313-

#### Capítulo IV. Que necesita el orador tener conocimiento de las historias

Debe sobre todo el orador tener un grande acopio de ejemplos, ya antiguos y ya modernos; de manera que no solamente está obligado a tener noticia de lo que recientemente se ha escrito en las historias, o se conserva por tradición como de unos a otros y de lo que diariamente sucede, pero ni tampoco ha de mirar con indiferencia las ficciones de los más célebres poetas. Porque aquello primero tiene la misma fuerza que tienen los testimonios y aun también los decretos, y esto segundo, o tiene su apoyo en el crédito de la antigüedad, o se cree que los hombres grandes lo fingieron para dar reglas en orden a la instrucción. El orador, pues, debe saber muchísimos ejemplos, de donde proviene que los ancianos tienen también mayor autoridad porque saben y han visto más cosas, lo que frecuentemente afirma Homero. Pero no se ha de aguardar a la última edad para aprender la historia, teniendo estos estudios la propiedad de hacer que parezca, por las cosas que sabemos, que hemos vivido aun en los pasados siglos.

-314-

#### Capítulo V. Cuáles han de ser las prendas de un orador

Que al orador le es necesaria la grandeza de corazón y la confianza. De las prendas naturales del orador.

Esto es lo que yo había prometido tratar acerca de los auxilios no del arte, como algunos han pensado, sino del mismo orador. Éstas son las armas que debe tener a mano; con la ciencia de estas cosas debe estar apercebido, teniendo al mismo tiempo un grande acopio de palabras y figuras, orden en la invención, facilidad en la disposición, firmeza en la memoria y gracia en la pronunciación y ademán.

Pero de todas estas prendas la más excelente es una grandeza de corazón, a la que ni el temor abata, ni el ruido de las voces amilane, ni la autoridad de los oyentes detenga más de lo que requiere el respeto que se merecen. Pues al paso que son abominables los vicios que se oponen a estas prendas, cuales son la demasiada satisfacción, temeridad, malignidad y arrogancia, así también si falta la constancia, confianza y fortaleza, de nada servirá el arte, el estudio y la misma ciencia; como si se diesen armas a los cobardes y de poco corazón para pelear. Aunque mal de mi grado (por cuanto puede siniestramente interpretarse), me veo precisado a decir que la misma vergüenza, defecto verdaderamente digno de aprecio y raíz fecunda de las virtudes, es muchas veces opuesta a las buenas prendas de un orador, y ha sido causa de que muchos, ocultando las grandezas de su ingenio y estudio, pereciesen en el retiro del silencio.

-315-

Mas si alguno leyere esto, tal vez sin saber bien todavía distinguir la fuerza de cada una de las palabras, sepa que no reprendo yo la hombría de bien, sino la vergüenza, que es un cierto temor que retrae el alma de aquellas cosas que se deben practicar, del cual resulta la confusión, el arrepentimiento de lo que se ha comenzado y un repentino silencio. ¿Y quién dudará en poner entre los defectos de un orador un afecto por el cual tiene empacho de hacer una cosa buena? Ni tampoco pretendo yo además de esto persuadir que el que está ya a punto de perorar, no se levante con alguna alteración ni mude de color o dé a entender el peligro a que se expone, lo cual si no sucediera, se debería sin embargo aparentar, sino que este conocimiento sea efecto de la obra, no del temor; que experimente alguna conmoción, no que desmaye. Y el mejor remedio para la

vergüenza es la confianza; pues el rostro más vergonzoso tiene un grande apoyo en la buena conciencia.

Hay también prendas naturales, las que sin embargo se mejoran con el cuidado; tales son la voz, el buen pulmón y la gracia en el decir, las cuales son de tanta estimación que frecuentemente le ganan al orador fama de ingenio. En nuestro tiempo hubo oradores bastante afluentes, pero cuando peroraba Trácalo parecía que excedía a todos sus iguales; tal era lo airoso de su cuerpo, tal la viveza de sus ojos, la majestad de su rostro, la finura de su ademán; y la voz, no como Cicerón quiere que sea, casi como la de los que representan una tragedia, sino superior a la de todos los trágicos que yo he oído hasta ahora. A la verdad, me acuerdo que perorando éste en la primera sala del foro de Julio, y estando todo lleno de alboroto a causa de las muchas voces que se oían por juntarse allí cuatro tribunales como se tiene de costumbre, no solamente le oyeron y entendieron, sino que mereció también el aplauso de los cuatro tribunales, lo cual fue gran bochorno para los demás -316- que estaban al mismo tiempo perorando. Pero esto por milagro se logra y es una rara felicidad, la cual, si faltare, conténtese a lo menos el que dice con ser oído de sus oyentes. Tal como hemos dicho debe ser el orador y saber esto.

-317-

Capítulo VI. Cuál sea el tiempo de comenzar a defender pleitos

Ninguna duda hay en que debe darse principio a perorar según las facultades de cada uno, ni yo determinaré los años que para esto se requieren, siendo cosa bien sabida que Demóstenes hizo su defensa contra sus tutores siendo todavía muy niño; Calvo, César y Polión tomaron a su cargo todos tres la defensa de unas causas de la mayor importancia mucho antes de tener la edad competente para ser cuestores<sup>374</sup>; también se cuenta que algunos peroraron teniendo todavía la toga pretexta<sup>375</sup>, y César Augusto, siendo de edad de doce años, dijo en la plaza rostrata la oración fúnebre en alabanza de su abuela.

Yo soy de parecer que se debe observar en esto una cierta moderación, de manera que no salga arrebatadamente al público el joven de pocos años, ni exponga a vista de todos su talento cuando todavía no ha llegado a su debida perfección. Porque de aquí resulta el menosprecio de este ejercicio, se va arraigando el descaro y (lo que es por todos lados más perjudicial) la propia satisfacción se adelanta a las fuerzas. Pero tampoco se ha de dilatar este ejercicio hasta la vejez, porque el temor se va aumentando cada día, y cada vez nos parece más dificultoso aquello que dilatamos emprender, y mientras deliberamos cuándo hemos de empezar, suele ya hacerse tarde.

-318-

Por cuya razón es conveniente sacar el fruto de los estudios cuando está todavía en su verdor y conserva todavía su dulzura, cuando se disimula fácilmente cualquier defecto hay esperanza de perfeccionarse, todos están dispuestos a hacer favor y está bien el atreverse; y si alguna cosa se echa menos en este ejercicio, suple la edad, y si algunas cosas se dicen con la viveza propia de la edad se atribuyen al carácter juvenil, como todo aquel lugar de Cicerón en defensa de Sexto Roscio: Porque ¿qué cosa más común que el aliento a los que están con vida, que la tierra a los difuntos, que el mar a los que naufragan y que la playa a los que el mar arrojó a ella? Lo que habiendo dicho con los mayores aplausos siendo de edad de veintiséis años, él mismo, siendo ya de edad avanzada, confiesa que perdió aquella fogosidad aniquilada con los años.

Y a la verdad, cualquiera que sea la ventaja de los estudios particulares, es sin embargo particular el adelantamiento que se logra con el ejercicio del foro; es otra la luz, otro el aspecto de los peligros verdaderos; y la experiencia, en caso de estar

separada de la ciencia, sirve más sin ella que la ciencia sin la experiencia. Y por esto algunos que se han envejecido en las escuelas se pasman con la novedad cuando entran en los tribunales y quieren que todo se conforme con los ejercicios que ellos han tenido. Pero allí el juez se está callado, el contrario todo lo alborota, y ninguna cosa dicha fuera de propósito cae en saco roto; si se suelta alguna proposición, es necesario probarla; la defensa de una causa trabajada y discurrida con el estudio de muchos días y noches, no dura allí más tiempo que el que tarda en pasar el agua<sup>376</sup>; y dejada toda hinchazón de estilo retumbante, se debe hablar en algunas -319- causas en un estilo familiar y sencillo, lo que aquellos elocuentes no saben. Y así se encuentran algunos que están en el entender de que son más elocuentes de lo que para defender las cosas se requiere.

Pero yo soy de opinión que el joven, al que siendo todavía de pocas fuerzas hemos conducido al foro, comience por una causa la más fácil y favorable, a la manera que los cachorrillos de las fieras se ceban en la presa que es más tierna; mas que no continúe después del mismo modo que al principio, ni haga callo, por decirlo así, su ingenio cuando se está formando todavía, sino que sabiendo ya en qué consiste la pelea del foro y en qué cosa ha de poner su atención y su conato, tome aliento y nuevas fuerzas. De esta manera pasará sin temor su primera carrera, en que es más fácil atreverse, y esta facilidad en atreverse no pasará a desprecio de la dificultad y ejercicio de perorar.

Este método observó Marco Tulio, y después de haberse adquirido un glorioso nombre entre los oradores de su tiempo, pasó a la Asia y se dedicó de nuevo en Rodas a estudiar con otros maestros de retórica y filosofía, pero especialmente con Apolonio Milón, de quien había sido también discípulo en Roma, a fin de perfeccionarse y rehacerse en la elocuencia. Cuando convienen entre sí la retórica y la práctica, puede esperarse el fruto de una obra perfecta.

-320-

Capítulo VII. De lo que debe observar el orador en las causas que toma por su cuenta

I. Es cosa más honrosa defender que acusar. Sin embargo, no siempre es reprehensible la acusación. Qué causas son las que el orador debe más bien tomar a su cargo. Que no se ha de admitir la causa que conociéremos que es injusta.-II. Si se han de defender los pleitos sin interés.

I. Luego que el orador hubiere cobrado fuerzas en todo género de disputas, será su primer cuidado el emprender la defensa de las causas, en las cuales deberá seguramente, como hombre de bien, querer más hacer de abogado que de fiscal de los reos; mas no abominará de tal manera del nombre de fiscal, que ni en público ni en particular pueda reducirse a citar a alguno a que dé cuenta de su tenor de vida. Porque las leyes mismas no tienen vigor alguno, sino en cuanto tienen su apoyo en la viva voz de un fiscal; y si se tiene por delito el desear que se castiguen las maldades, muy cerca están de permitirse las maldades mismas; y el permitirse que vivan impunemente los malos, es sin duda alguna perjudicial a los buenos. Así que el orador no permitirá que queden sin vengar las quejas de los aliados, ni la muerte del amigo o del pariente, ni las conspiraciones tramadas contra la república; y esto no por el deseo del castigo de los culpados, sí con el fin único de desterrar los vicios y corregir las costumbres. Porque aquéllos a quienes no se les puede reformar por la razón, sólo con el temor se contienen. Por lo cual, así como está muy cerca de ser un latrocinio pasar toda la vida fiscalizando -321- los hechos de los demás y moverse únicamente por el interés a acusar a los reos, así también el tomar con todo empeño el remedio de los males intestinos de la república es una acción la más digna de los defensores de la patria.

Y por esta razón, los príncipes, que tienen el gobierno de la república, no han mirado como reprobable el ejercicio de este empleo, y aun los jóvenes distinguidos han dado a entender que miran como un obsequio hecho a la república el acusar a los malos ciudadanos, porque sólo parecía que aborrecían a los hombres de mala vida y que se hacían sus enemigos en cuanto confiaban con su buena intención el reformarlos. Y esto fue lo que hicieron Hortensio, los Lúculos, Sulpicio, Cicerón, César y otros muchísimos, como también los dos Catones, de los cuales el uno mereció el nombre de sabio, y el otro, si no lo fue también, no sé yo a quién dejó lugar para merecer este nombre. Mas no ha de defender el orador indistintamente a todos; y al paso que debe tener abierto a todos los infelices el puerto de su defensa, lo cerrará a los piratas<sup>377</sup>, y sólo debe moverle a la defensa de una causa la bondad de ella.

Por cuanto un solo abogado no puede defender a todos los que litigaren con justicia, que ciertamente son muchos; podrá también dar alguna preferencia a sus recomendados, como también a las de los mismos jueces, con tal de que sea siempre su voluntad favorecer al que tenga más justicia; porque a éstos es a quienes un buen abogado debe preferir siempre en su estimación. Pero dos especies de ambición debe evitar, o la de favorecer por el interés a los poderosos contra los desvalidos, o la de ensalzar a los inferiores contra los constituidos en dignidad; lo cual es -322- todavía efecto de mayor orgullo. Porque la fortuna no es la que hace las causas justas o injustas.

Ni debe la vergüenza servirle de impedimento a un abogado para desechar un pleito que tomó a su cargo cuando le parecía cosa justa, y después, discurriendo sobre él con reflexión, descubre su injusticia y desengaña de antemano al litigante. Porque si los jueces son los que deben ser, ningún mayor beneficio pueden hacer a un litigante que el no estarle engañando con una vana esperanza. Y no es digno de ser defendido aquél que no hace aprecio de su consejo; ni tampoco le está bien al orador que pretendemos instruir ser patrono de lo que sabe ser una injusticia. Y si defendiere alguna cosa falsa por los motivos que hemos alegado arriba, no por eso será una cosa indecorosa lo que de este modo hiciere.

II. Puede disputarse sobre si debe siempre el orador defender un pleito gratuitamente. La cual cuestión sería una imprudencia decidir inmediatamente y sin examinarla muy despacio. Porque ¿quién ignora que es la cosa más honrosa, y la más propia de las artes liberales y de la grandeza de corazón que en el orador se requiere, no hacer venal su trabajo ni abatir la autoridad de un tan grande beneficio? y más cuando la mayor parte de las cosas en tanto pueden parecer despreciables en cuanto tienen precio. Aun los más ciegos, como se suele decir, ven esto claramente; y ninguno que tenga lo que ha menester (y no es menester mucho) hará el oficio de abogado por interés sin incurrir en el abominable delito de la avaricia.

Pero si sus bienes no fueren suficientes para su manutención y decencia, podrá tomar alguna retribución, según todas las leyes de los sabios; puesto que a Sócrates le dieron para mantenerse, y Zenón, Cleantes y Crisipo aceptaron las expresiones que les hacían sus discípulos. Porque yo no veo un arbitrio más justo para adquirir que el que se tiene con este decorosísimo trabajo, y más siendo lo que -323- se adquiere de aquéllos a quienes les han hecho un tan grande beneficio, al que si con nada correspondiesen se harían indignos de la defensa. Y esta correspondencia es no solamente justa, sino también necesaria, porque el mismo trabajo, y todo el tiempo que se gasta en los negocios ajenos, quita el arbitrio de adquirir por otro lado.

Pero aun en esto se ha de guardar moderación, e importa muchísimo el mirar de quién se recibe, cuánto y por cuánto tiempo. Aquella costumbre propia de piratas de hacer el ajuste de los pleitos, y de valuar su precio a proporción de los peligros que en ellos se encuentran, debe mirarse como el tráfico más abominable, y debe estar muy lejos aun de

los que no son enteramente desalmados, con especialidad no teniendo por qué temer al hombre ingrato el que defiende a hombres de bien y las causas justas, y si la ingratitud ha de estar de parte del litigante, menos malo es que en él se halle esta falta que el que el abogado peque de codicioso. Así que el orador nada pretenderá adquirir más de lo justo, y aunque sea pobre no lo recibirá como en recompensa, sino que permitirá que sus clientes le manifiesten con algunas expresiones su mutuo agradecimiento, cuando conozca que él ha hecho tanto más por favorecerlos; porque ni conviene hacer venal este beneficio, ni que quede absolutamente sin recompensa. Por último, el agradecimiento pertenece más bien al que está obligado al beneficio.

-324-

Capítulo VIII. De lo que debe observar el orador en el estudio de las causas

I. Hágase cargo el orador con cuidado de la causa acerca de la cual va a perorar, y esto no por medio de otro ni por memoriales, sino por sí mismo.-II. Oiga con paciencia y no una sola vez al litigante, y hágale muchas preguntas.-III. Vea despacio y registre todos los documentos del pleito. Por último, revístase del carácter de juez.

I. Síguese tratar del método que se ha de observar en el estudio del pleito, en lo que consiste el fundamento de un orador. Porque ninguno hay de tan corto talento que, hecho diligentemente cargo de todas las particularidades que en el pleito se contienen, no sea capaz de dar al juez el competente informe. Pero de esto se cuidan poquísimos. Porque pasando en silencio a los que de suyo son dejados, y que ninguna pena se toman en averiguar en qué consiste el punto principal de los pleitos, con tal de lograr ocasión de hablar acerca de los lugares comunes que están fueran de la causa y de las personas, hay algunos a quienes pervierte la ambición, de los cuales unos aparentando estar muy ocupados, y que tienen siempre entre manos otro negocio que les es preciso despachar primero, mandan ir a su casa al litigante el día antes de la vista del pleito, o en la misma mañana, y alguna vez se glorían también de haber estudiado la causa en los asientos mismos de la audiencia; otros, haciendo alarde de su ingenio para aparentar que se han hecho cargo inmediatamente de las cosas fingiendo que las entienden casi antes de oírlas, después -325- que han hablado mucho con una aparente elocuencia y muy grandes voces y de cosas que nada tienen que ver con el juez ni con el litigante, se vuelven por el foro bien sudados y con mucho acompañamiento.

Tampoco apruebo a los que huyendo del trabajo, en lugar de enterarse del pleito, mandan se les informe a sus amigos; aunque menos malo es esto, si por lo menos ellos se imponen bien y dan como corresponde el informe. Pero ¿quién se informará mejor que el mismo abogado? ¿Y de qué manera empleará con gusto su trabajo en la defensa ajena aquel procurador, siendo sólo un tercero y como intérprete, y que no tiene que hacer la defensa por sí mismo?

Mas es una perversa costumbre el contentarse con los informes que da, o el litigante que acude al abogado por no tener él suficiencia para la defensa del pleito, o alguno de los de aquella especie de abogados que confiesan su insuficiencia para la defensa de las causas, y hacen después lo más dificultoso que hay en la defensa de ella. Porque el que puede discurrir lo que conviene exponer, lo que se debe callar, tergiversar, mudar y aun fingir, ¿por qué no ha de poder ser orador, puesto que hace lo que tiene mayor dificultad? Mas éstos no serían tan perjudiciales si pusiesen el informe según la verdad del hecho. Pero añaden a la verdad pruebas y razones y algunas otras cosas que la desfiguran más, en las que imbuidos los más de ellos tienen por un delito el mudarlas, y las defienden como las cuestiones que se ventilan en la escuela. Después se ven cogidos,

y les hacen ver los contrarios la causa, cuyo informe no quisieron ellos tomar de sus litigantes.

II. Concedamos, pues, ante todo a los litigantes todo el tiempo y lugar que quieran, y exhortémoslos buenamente a que expongan todo cuanto tengan que exponer con toda la extensión que quieran y adonde les parezca, tomándose tiempo para ello. Porque no es tan perjudicial -326- el oír cosas superfluas como ignorar las necesarias. Y muchas veces encontrará el orador la llaga y el remedio en las mismas cosas que al litigante le parecían que para ninguna de las partes eran de consideración. Y el que ha de defender no debe tener tanta confianza en su memoria que se avergüence de escribir lo que ha oído.

Y no se ha de contentar con oír sola una vez, ha de obligar al litigante a decir segunda y tercera vez lo mismo, no sólo porque en el primer informe se le pudieron olvidar algunas cosas, con especialidad siendo hombre sin letras (como muchas veces sucede), sino también para saber si se mantiene en lo mismo. Porque hay muchísimos que faltan a la verdad, y como si no diesen el informe de la causa sino que la defendiesen, hablan no como con un abogado, sino como con un juez. Por cuya razón jamás se le ha de dar al litigante entero crédito, sino que por todas vías se le ha de estrechar y poner en consternación, y a fuerza de preguntas se le ha de sacar la verdad. Porque así como los médicos no sólo están obligados a curar las enfermedades que se manifiestan, sino que también deben averiguar las ocultas y que los enfermos mismos encubren, así también un abogado debe indagar más de lo que el litigante le descubre.

Mas luego que hubiere estado escuchando a su cliente con la paciencia que se requiere, debe pasar a hacer otro papel y representar la parte contraria, proponiendo todo lo que absolutamente se puede discurrir en contrario y cuanto naturalmente puede tener lugar en semejante competencia. Se le ha de preguntar al cliente con la mayor escrupulosidad y se le ha de poner en el mayor apuro. Pues mientras se hace averiguación de todo, se llega alguna vez a descubrir la verdad en donde menos se esperaba. En una palabra, el mejor abogado es aquél que es incrédulo en el informe que toma. Porque no hay promesa que no haga un litigante; pone por testigo al pueblo, y asegura -327- que todos están muy prontos a firmar lo mismo que él asegura, y últimamente, que aun la parte contraria no podrá negar algunas cosas.

III. Y por lo tanto, es necesario mirar con reflexión todos los instrumentos del pleito, y volver a leer con mucha más atención lo que no baste el verlo una vez sola. Porque muy frecuentemente sucede que o no son los instrumentos absolutamente como se prometían, o es menos lo que contienen, o se hallan complicados con alguna otra circunstancia que puede perjudicar, o dicen más de lo que debían decir, y se harán menos creíbles por exceder los términos ordinarios. Últimamente se suele encontrar frecuentemente el hilo roto<sup>378</sup>, la cera desfigurada y los sellos de manera que no hay quién los conozca; todo lo cual, si en casa no se hubiere mirado bien, dará muy grande chasco en el foro, y mucho más perjuicio causará el tener que omitir estos documentos que el que causaría el no ofrecerlos.

También descubrirá el abogado otras muchas razones que el litigante creería que nada tenían que ver con la defensa de su pleito, si recorre por todos los lugares de las pruebas que dejamos explicados; los cuales, así como no es preciso tenerlos todos como delante de la vista al tiempo de perorar, ni irlos tocando de uno en uno, por las razones que quedan alegadas, así es necesario, cuando se aprende la causa, registrar las circunstancias de las personas, tiempos, lugares, fundamentos, instrumentos y todas las demás cosas de las cuales se puedan sacar en limpio no solamente las pruebas que se llaman artificiales, sino también qué testigos son los que se han de temer y de qué modo se les ha de refutar. Porque hace mucho al caso el observar si el reo ha sido perseguido

de la envidia, o del -328- odio, o del desprecio; de los cuales vicios el primero mira a los que son superiores, el segundo a los iguales y el tercero a los inferiores.

Después de haber mirado de esta suerte bien a fondo la causa, y teniendo como delante de los ojos todo aquello que le puede favorecer o ser perjudicial, revístase luego de la persona de juez, y hágase cuenta de que se defiende en su presencia aquel pleito; y esté en el entender de que aquello mismo que a él le haría más impresión, si tuviera que sentenciar la misma causa, será lo que mayor impresión haga a cualquier a que la haya de sentenciar, y de esta manera rara vez se llevará chasco, o si se lo llevare será por culpa del juez.

-329-

Capítulo IX. De lo que debe observar el orador en la defensa de los pleitos

I. Que el deseo de la presente alabanza no debe retraer al orador de la defensa de una causa. Que no deseche con desprecio las causas de menor consideración.-II. Que se abstenga de hablar mal y desvergonzadamente.-III. Que ponga todo el mayor esmero que pueda en el decir.

I. Casi en toda la obra hemos tratado acerca de lo que se debe observar para perorar, y sin embargo tocaremos aquí algunas cosas propias de este lugar, que no tanto pertenecen al arte de decir, como a las obligaciones de orador. Ante todo debe cuidar de que el deseo de la presente alabanza no le retraiga de atender a la utilidad de la causa, como a los más les sucede. Porque así como los generales de un ejército que se halla en actual guerra no siempre le conducen por lo llano y ameno de los campos, sino que las más veces es preciso subir por ásperos collados, y tomar ciudades, aunque estén situadas sobre montes escarpados o sean dificultosas de tomar por la grandeza de sus obras, así también el orador se alegrará de que se le presente ocasión de explayarse más, y entrando en oración, en el combate, para decirlo así, en campo raso, echará todo el resto de sus fuerzas de un modo agradable a los oyentes. Mas si se viere precisado a entrar por los rodeos ásperos del derecho, o como por escondrijos, para sacar la verdad, no descubrirá su intento, ni hará uso de pensamientos ingeniosos y brillantes, como de armas arrojadas, sino que manejará el asunto con artificios, por debajo -330- de cuerda, a la disimulada y con ocultos ardides<sup>379</sup>. Todo lo cual no merece la alabanza mientras se está practicando, sino después que ya se ha hecho; de donde les resulta también mayor provecho a los que tienen menos deseos de ganar opinión. Porque luego que cesó en los oídos de los apasionados el ruido de aquella viciosa y vana pompa de elocuencia, la reputación de la virtud verdadera, como más sólida, triunfa de ella, y los jueces no pueden disimular quién les ha hecho más impresión; se da crédito a los doctos, y se ve que sola es verdadera la alabanza que se da a un discurso después que se ha concluido.

Aun los antiguos acostumbraron también disimular la elocuencia; y este precepto impone Marco Antonio, para que se les dé más crédito a los que hablan en público y sean menos sospechosas las celadas de los abogados. Mas aquella elocuencia que entonces había podido muy bien disimularse, porque no se había hecho todavía tan brillante que despidiese sus resplandores aun por entre los obstáculos que se quisiesen poner por ocultar sus luces. Por lo que al presente se debe ocultar el artificio y el intento y todo aquello que descubierto se pierde. En esta parte, la elocuencia requiere el no darse a conocer. La elección de las palabras, la gravedad de los conceptos y la elegancia de las figuras, o no las ha de haber, o se han de descubrir precisamente. Mas no porque se descubran se ha de hacer ostentación de ellas. Y si precisamente se ha de escoger -

331- una de dos cosas, o la alabanza de la causa o la del abogado, no ha de atender a su gloria con detrimento de aquélla. Sin embargo, el orador se ha de proponer por objeto el hacer ver que él ha defendido perfectísimamente una causa la más justa, y ha de tener por cosa cierta que ninguno perora peor que aquél que agrada cuando su misma causa desagrada; porque aquello con que causa placer, precisamente ha de ser cosa ajena de la causa.

Tampoco mirará con hastío el orador la defensa de las causas de menos consideración, como si fuesen inferiores a él, o como si un asunto de menos importancia disminuyese su reputación. Pues la razón que hay para tomarlas, que es la de la obligación, es sumamente justa, y aun se debe desear que los pleitos que tengan nuestros amigos sean los de menor consecuencia; y sobre todo, aquél habla perfectamente bien que desempeña cual conviene la causa de que se encargó.

II. Mas algunos hay también que si por acaso se han encargado de negocios de menos importancia para perorar, los componen con adornos tomados de otras materias distintas de la causa; y cuando no tienen otras cosas con que adornarlos, llenan los huecos con invectivas verdaderas, si da la casualidad de que tengan en qué fundarse, y si no fingidas, contentándose únicamente con tener motivo para lucir el talento y merecer los aplausos mientras están perorando. Lo cual tengo yo por una cosa tan ajena de un perfecto orador, que estoy en la persuasión de que no debe éste echar en cara ni aun aquello que es verdad, a no ser que la causa lo pida esto de suyo. Porque incurrir en la nota de hombre mordaz, es tener una elocuencia enteramente perruna, como dice Apio<sup>380</sup>; pues los que no tienen -332- reparo en hablar mal es de creer que tengan disposición para oír todo lo malo que les digan. Porque muchas veces pegan contra los mismos que han hecho la defensa, y por lo menos el litigante es el que paga la insolencia del abogado. Pero estos defectos no son de tanta gravedad como aquel otro del alma, por el cual el que habla mal sólo se diferencia del malhechor en la ocasión. Deleite abominable y cruel que a ningún hombre de bien que lo oiga puede causar complacencia, y que frecuentemente pretenden aquellos litigantes que más quieren vengarse que defenderse. Mas no solamente esto, pero ni aun otras muchas cosas se han de hacer al antojo de ellos. Porque ¿qué hombre que tenga sangre en el ojo podrá sufrir el ser desvergonzado a arbitrio de otro?

Algunos hay también que tienen gusto en estrellarse con los abogados de la parte contraria; lo cual, si tal vez no les han dado motivo para ello, no sólo es una inhumanidad, atendidas las obligaciones de una y otra parte, e inútil a aquel mismo que habla (porque el mismo derecho se concede a los que han de responder), sino que también es perjudicial a la causa misma, por cuanto se hacen contrarios y enemigos declarados, y por muy pequeñas que sean sus fuerzas para hacer mal, se les aumentan con la afrenta. Y sobre todo se pierde la modestia, que es la que da al orador la mayor autoridad y crédito, cuando de un hombre de bien se transforma en un abogado vocinglero y gritador, acomodado, no al ánimo del juez, sino al paladar del litigante.

Esta especie de libertad suele también ocasionar una temeridad, que es peligrosa, no solamente a las mismas causas, sino también a aquéllos que las defienden. Y por esto con razón solía desear Pericles que no le ocurriese expresión alguna con que el pueblo se ofendiese. Y lo mismo que él sentía acerca del pueblo, digo yo de todas las expresiones que igualmente pueden servir para hacer -333- daño. Pues las que mientras se decían parecían valientes, después que han ofendido a alguno se llaman necedades.

III. Mas por cuanto los objetos de los oradores han tenido casi siempre tanta variedad, y el esmero de los unos ha dado en lentitud y la facilidad de los otros en temeridad, no me parece fuera de propósito enseñar cuál es el medio que creo que en esta parte debe guardar el orador.

Pondrá siempre en perorar todo el mayor esmero que le sea posible. Porque el defender una causa con menor cuidado del que se puede, no solamente es propio de un hombre descuidado, sino de un hombre indigno y que en la causa que ha tomado a su cargo es un traidor y fementido. Y por esta razón no han de admitirse más causas que las que el orador sepa que puede desempeñar.

No dirá cosa que no haya escrito, en cuanto la materia lo permitiere, y que, como dice Demóstenes, no esté perfectamente acabada, si se le ofreciere la ocasión para ello. Pero esto solamente puede hacerse en las primeras audiencias, o en las que en las causas públicas se conceden, dejando de por medio algunos días; mas cuando inmediatamente es necesario responder, no pueden prevenirse todas las cosas en tanto grado que aun a los que son algo menos prontos en discurrir les sirve de perjuicio haber escrito, si tropiezan después en cosas diferentes de las que ellos se habían imaginado. Porque tienen mucha repugnancia en apartarse de lo que de prevención habían discurrido, y en toda la defensa sólo miran y ponen su atención en ver si pueden extractar algunas cosas de aquéllas que tenían ya pensadas, y acomodarlas a las que tienen que decir de repente. Lo que si se verifica, carece enteramente de unión su discurso, y se descubre esta falta, no sólo por el poco enlace de sus partes, como se ve en una obra que se compone de diferentes piezas sin unión, sino también por la misma desigualdad del estilo. De aquí resulta que ni los primeros movimientos tienen libertad en -334- lo que se dice de repente, ni el cuidado que se había puesto en el contexto de la oración dice bien con el resto del discurso, y lo uno sirve de estorbo a lo otro. Porque aquello que se ha escrito sirve para detener el alma, no para suministrarle especies para que siga. Y así en estas defensas de las causas es preciso asegurarse bien en los dos pies, como dice la gente del campo<sup>381</sup>. Porque teniendo todo su fundamento una causa en la proposición y refutación, lo que pertenece a nuestra parte puede haberse escrito; y con igual cuidado se tiene refutado aquello que se sabe de cierto que ha de responder el contrario, porque alguna vez es cosa ya sabida.

Por lo que hace a otras cosas, podemos llevar una prevención ya hecha, que es tener un perfecto conocimiento de la causa; y la otra hacerla allí, oyendo con cuidado todo lo que dice el contrario. También se pueden premeditar muchas cosas y preparar el ánimo para todo lo que ocurriere; y en esto hay más seguridad que en el escribir, porque con más facilidad se omite lo que se había meditado, pasando la consideración a otra cosa.

Mas ya sea que la necesidad de responder inmediatamente o cualquier otra razón le obligaren a hablar sin disponerse para ello, jamás se dé por sobrecogido y sorprendido el orador, el cual por medio de la instrucción, estudio y ejercicio hubiere adquirido ya facilidad; y quien está siempre sobre las armas y como dispuesto a pelear, tendrá tan buena disposición para hablar en público en defensa de las causas como en las cosas diarias y domésticas, y no por esto huirá jamás la carga como tenga tiempo para estudiar la causa, pues lo demás ya lo tendrá sabido.

-335-

## Capítulo X. Del estilo

I. Que son varios los estilos, y que unos gustan de uno, y otros de otro. Que lo mismo sucede en las pinturas y estatuas; de las que hace mención de diferentes artífices primorosos cada cual en su estilo. Hace enumeración de los autores latinos que más se diferencian entre sí. Da a Cicerón la preferencia sobre todos, y le defiende contra sus calumniadores.-II. Que son tres los estilos: ático, asiático y rodio. Que el ático es el mejor. Qué cosa es hablar en estilo ático. Que la elocuencia latina es inferior a la ática por la pobreza de la lengua. Que esto se ha de recompensar con sentencias y figuras.-III.

Reprende a aquéllos que teniendo un estilo demasiado seco desechan todo adorno. Que es necesario acomodarse a las circunstancias y a los oyentes. Que es necesario observar el mismo método para escribir que para perorar.-IV. Toca demás de lo dicho tres estilos: sutil, magnífico y mediano o florido. Que hay también otros estilos medios entre los tres sobredichos. Que cada uno de éstos se debe acomodar, no sólo a las causas, sino a las partes de ellas. Que algunos observan ahora el estilo florido, pero no saben hacer de él un buen uso. Que todo esto lo ha de hacer el orador, no sólo perfectísimamente, sino también con la mayor facilidad.

I. Resta hablar acerca del estilo de la oración. Esto era lo que en tercer lugar me había yo propuesto en la primera división; pues así había prometido tratar acerca del arte, del artífice y de la obra. Siendo, pues, la oración obra de la retórica y del orador, y muchas las maneras de componerla, como después mostraré, en todas ellas se emplea el arte y el artífice, pero es muy grande la diferencia que -336- tienen entre sí; y no solamente en la especie, como una estatua de otra estatua, una pintura de otra pintura y una acción de otra acción, sino también en el mismo género, como las estatuas griegas se diferencian de las toscanas, y como la elocuencia ática se diferencia de la asiática. Pues estos diferentes géneros de obras de que yo hablo, así como tienen sus autores, así tienen también sus apasionados; y por esta razón no hay todavía un orador perfecto, y no sé si hay arte alguna tal, no solamente porque una cosa sobresale más en una facultad que en otra, sino porque no agrada a todos un mismo estilo, parte por la condición de los tiempos o lugares y parte por la idea y gusto de cada uno.

Los primeros, cuyas obras son dignas de verse, no sólo por su antigüedad, son Polignoto y Aglaofón, de quienes se dice que fueron célebres pintores, cuyo sencillo color en la pintura tiene aún tantos apasionados que aun a aquellos bosquejos y como elementos de lo que después había de ser arte les dan la preferencia sobre los más diestros pinceles que después de ellos ha habido, sin más razón, a mi modo de pensar, que por hacer alarde de que ellos solos lo entienden. Después de éstos dieron muy gran perfección a esta arte Zeuxis y Parrasio, que vivieron en tiempo de las guerras del Peloponeso; puesto que en Jenofonte se encuentra un diálogo entre Sócrates y Parrasio. Del primero de los dos pintores se dice que inventó el uso de los claros y oscuros, y del segundo que perfiló con más delicadeza las líneas. Zeuxis hizo los miembros de los cuerpos mayores que los naturales, persuadido a que esto era una cosa más grande y majestuosa; en lo que, a juicio de algunos, imitó a Homero, a quien agrada una forma corpulenta aun en las mujeres. Mas Parrasio, de tal manera se ajustó a la naturaleza en todas sus pinturas, que le llaman el legislador; porque los demás pintores imitan las imágenes de los dioses y de los héroes por el mismo estilo que él enseñó, como si fuese indispensable hacerlo así.

-337-

Floreció principalmente la pintura cerca del reinado de Filipo y hasta los sucesores de Alejandro, pero con talentos o habilidad enteramente distinta. Porque Protógenes fue admirable en el esmero de acabar las pinturas; Pánfilo y Melancio en la belleza de la idea y buena disposición; Antífilo en la ligereza de su pincel; Teon de Samo en la viveza y fuego de su imaginación, que es lo que llaman fantasía, y Apeles de los más sobresalientes por su ingenio y gracia de que él mismo se jacta. A Eufranor le hace ser digno de admiración el que siendo muy excelente entre los principales en las demás facultades, fue al mismo tiempo un prodigioso pintor y estatuario.

La misma diferencia se encuentra en la escultura. Pues Calón y Egesias trabajaron con más dureza y más al gusto toscano; Calamis ya con menos, y Mirón con más blandura aún que los sobredichos. El esmero y hermosura de Policeto es sobre los demás; y sin

embargo de que los más le dan la primacía, con todo eso para quitarle alguna parte de su habilidad se figuran que le falta la expresión. Pues así como añadió más hermosura a las figuras humanas que las que ellas tienen en sí, así también parece que no expresó completamente la autoridad de los dioses. Además de esto, se dice de él también que huyó de pintar rostros de ancianos, no atreviéndose a pintar más que caras de jovencitos.

Mas a Fidias y Alcámenes se concede lo que faltó a Policeto. Sin embargo, se dice de Fidias que tuvo más habilidad para hacer las estatuas de los dioses que las de los hombres; y en las estatuas de marfil no tuvo competidor, aun cuando no hubiera hecho otra cosa que la estatua de Minerva que hizo en Atenas, y la de Júpiter Olímpico que hizo en Élide, cuya hermosura parece que aumentó algún tanto la devoción que ya tenían; en tanto grado igualaba la majestad de la obra a la de aquel Dios.

Aseguran que Lisipo y Praxíteles son los que copiaron -338- más al vivo la naturaleza. Demetrio es reprendido de extremado en el estudio de ella, y de que fue más amante de la semejanza que de la hermosura.

Mas por lo respectivo a la elocuencia, si se quiere poner la consideración en sus especies, se encontrarán casi otras tantas diferencias de ingenios como de rostros. Pero hubo algunos géneros de estilo broncos por la desgracia de los tiempos; pero que por otra parte no dejaban de mostrar la fuerza del ingenio. A esta clase corresponden los Lelios, los Escipiones Africanos, los Catones y los Gracos, los que se pueden llamar los Polignotos o Calones. Entre éstos y los que siguen se pueden colocar Lucio Craso y Quinto Hortensio. Véase cómo floreció después un grande número de oradores casi de un mismo tiempo. De aquí hallamos haber tenido su principio la energía de César, la natural belleza de Celio, la sutileza de Calidio, la majestad de Bruto, la agudeza de Sulpicio, la acrimonia de Casio, el esmero de Polión, la dignidad de Mesala, y lo respetable de Calvo. Y aun de los que nosotros mismos hemos conocido podemos añadir también la afluencia de Séneca, la energía del Africano, la solidez de Afro, la dulzura de Crispo, lo sonoro de Trácalo y la elegancia de Segundo.

Mas en Marco Tulio tenemos no sólo un Eufanor excelente en muchos géneros de ciencias, sino un hombre eminentísimo en todas las que en cada uno se alaban. Al que, sin embargo, los de su tiempo se atrevían a insultar, graduando su estilo de hinchado, asiático, redundante, de nimio en las repeticiones y frío alguna vez en los chistes; que su composición carece de unión, y que muestra mucho orgullo y es casi afeminada; lo cual está muy lejos de ser verdad. Mas después que él perdió todo su valimiento con la confiscación de los triunviros, se volvieron contra él a cada paso los que le aborrecían, le envidiaban, eran sus émulos y los aduladores del presente gobierno, como que sabían que no los había de responder.

-339-

Sin embargo, aquél a quien algunos tenían por árido y sin substancia no pudo ser notado por sus mismos enemigos de otro defecto que de demasiado florido y de un ingenio afluente en sus escritos. Lo uno y lo otro se aparta de la verdad, sin embargo de que parece que hubo algo más de fundamento para suponer lo segundo. Pero los que le persiguieron más fueron aquéllos que deseaban parecer imitadores del estilo ático. Esta secta, como iniciada en ciertos misterios, le perseguía como a un extranjero o como a un hombre supersticioso e imbuido en aquellas leyes. De donde aún ahora estos oradores áridos, sin substancia y sin nervio (pues tales son los que dan el nombre de robustez a su debilidad, siendo tan sumamente opuesta a ella) se ocultan en la sombra de su grande nombre, porque no pueden tolerar el grande golpe de luz de su elocuencia, que es como el resplandor del sol. A los cuales, por cuanto el mismo Cicerón responde largamente y en muchos lugares, me será más seguro contentarme con lo que hasta aquí he tratado acerca de esto.

II. De mucho tiempo atrás se ha hecho distinción entre el estilo asiático y el ático, siendo éste tenido por puro y sano, y aquél por hinchado y sin substancia; reputado éste de no contener cosa superflua, y aquél de no guardar moderación ni medianía. Lo cual algunos creen, y uno de ellos es Santra, que esto tuvo su principio de que introduciéndose poco a poco la lengua griega en las ciudades vecinas a la Asia, aspiraron con ansia a la elocuencia, cuando todavía no poseían bien la lengua, y por esta razón comenzaron a decir por rodeos lo que no podían explicar con sus propios términos, y después continuaron con este modo de hablar. Mas yo soy de parecer que el carácter de los oradores y el de oyentes fueron la verdadera causa de la diferencia de los estilos; porque los atenienses, aunque limados, pero de pocas palabras, no podían sufrir cosa alguna superflua o redundante; y los asiáticos, gente por -340- otra parte de más orgullo y jactancia, se dejaron llevar de la vanagloria de un estilo más hinchado.

Después de esto, los que comprendían los diferentes estilos bajo una misma división añadieron un tercer estilo, que es el rodio, el cual quieren que sea como medio entre los otros dos y compuesto de uno y otro. Porque ni son tan concisos como los áticos, ni tan redundantes como los asiáticos, para mostrar que conservan alguna cosa de su nación y algo de su autor. Porque Esquines, que había escogido a Rodas para lugar de su destierro, introdujo en ella los estudios de Atenas, y como sea verdad que los estudios de las artes degeneran del mismo modo que las plantas cuando mudan de clima y de terreno, mezclaron el buen gusto ático con aquel otro extraño del país. Por lo que vinieron a formar un estilo sin viveza y falto de vigor, aunque no destituido enteramente de nervio, y ni bien lo comparan con lo cristalino de las fuentes, ni bien con lo turbio de un precipitado arroyo, sino que le tienen por semejante al agua mansa de los estanques.

Ninguno, pues, dudará que es mucho mejor el estilo ático, en el cual, así como se encuentra alguna cosa que es común a todos los que lo usan, cual es un modo de pensar fino y terso, así también son muchas las especies de ingenios. Razón por que me parece que están muy engañados los que piensan que el estilo ático se reduce únicamente a ser un modo de hablar cortado, claro y expresivo; pero que observa siempre una cierta moderación en la elocuencia sin alterar jamás la tranquilidad del orador. ¿A quién, pues, se le podrá poner por ejemplo de este estilo? Sea Lisias, puesto que al estilo de éste se inclinan los apasionados del estilo ático. Pues ¿por qué no nos propondrán ya por ejemplos de este estilo a todos los que ha habido hasta Coco y Andócides?382

-341-

Quisiera sin embargo preguntar si Isócrates usó el estilo ático, porque ningún estilo hay que se diferencie más del de Lisias que el suyo. ¿Dirán que no? Pues de su escuela salieron los príncipes de los oradores. Hagamos otra pregunta de cosa más semejante. ¿Hipérides usó el estilo ático? Sin duda alguna. Pero éste se dejó llevar del gusto y dulzura del estilo. Paso en silencio muchísimos, como son: Licurgo, Aristogitón e Iseo y Antifonte anteriores a ellos, de los cuales se puede decir que así como fueron semejantes en el género, fueron diferentes en la especie.

¿Y qué diremos de aquel Esquines de quien poco ha hicimos mención? ¿No es acaso más lleno, de más espíritu y más elevado que éstos que he nombrado? ¿Y qué diremos, por último, de Demóstenes? ¿No excedió a todos aquellos delicados y circunspectos oradores en sublimidad, nervio, vehemencia, adorno y elegancia? ¿No está lleno su estilo de figuras? ¿No luce con las traslaciones? ¿No parece que hace hablar aun a las cosas inanimadas? ¿No muestra con bastante claridad que su maestro fue Platón aquel juramento que hizo por las almas de los defensores valerosos de la patria que habían muerto en Maratón y en Salamina? ¿Y daremos el nombre de asiático al mismo Platón, cuando en la mayor parte de sus escritos es digno de compararse con los poetas llenos del espíritu divino? Mas ¿qué juicio se ha de hacer de Pericles? ¿Podemos persuadirnos

de que éste tuvo una sutileza semejante a la de Lisias, siendo así que los cómicos, para injuriarle, comparan su elocuencia a los rayos y al ruido de los truenos?

¿Por qué, pues, han de juzgar que tienen el gusto ático aquellos cuyo estilo no tiene fluidez y es como una pequeña vena de agua que corre por entre las piedrecillas? ¿Sólo -342- en éstos dirán que puede percibirse el olor del tomillo? De los cuales yo creo que si encontrasen en estos confines algún terreno más pingüe o campo más fértil, dirían que no era de Atenas, porque daba más semilla de la que había recibido, porque Menandro dice por burla que éste es el producto de aquella tierra. Y así, si alguno añadiese ahora a las excelentes prendas que aquel consumado orador Demóstenes tuvo, aun aquéllas que parece que le faltaron o por naturaleza, o por las leyes civiles, a fin de que moviese los afectos con mayor viveza, ¿habría quien dijese que Demóstenes no peroró de esta manera? Y si se trabajare alguna oración más armoniosa (lo que tal vez no será posible), y sin embargo, si saliere alguna tal, ¿se dirá que no es del gusto ático? Téngase mejor concepto de este nombre, y créase que hablar en estilo ático es hablar de la manera más excelente.

Y sin embargo, se les puede sufrir mejor a los griegos que todavía perseveran en este modo de pensar. La elocuencia latina, así como me parece semejante a la griega en la invención, disposición, idea y otras cualidades a este tenor y es en todo su discípula, así también por lo respectivo al estilo apenas le ha quedado lugar para imitarla.

Porque para ellos es un sonido áspero en el supuesto de que no tenemos nosotros la muy grande dulzura que tienen los griegos en la pronunciación de las dos letras y y z, la una vocal y la otra consonante, que cabalmente son las que más dulce y agradable hacen su pronunciación y las que nosotros solemos usar siempre que nos valemos de sus nombres. Lo cual cuando sucede resulta, no sé de qué manera, inmediatamente una como mayor dulzura en la oración, como se echa de ver en las palabras zephyrus y zopyrus, las cuales, si se escribiesen con nuestras letras, harían un sonido sordo y áspero, y en lugar de aquéllas se sustituirán las de un sonido desagradable y bronco, de que carecen las griegas.

-343-

También la letra f, que es la letra sexta de nuestro alfabeto, produce un sonido que casi no parece propio de voz humana, o por mejor decir, absolutamente nada de ello tiene, habiéndose de formar del aire que pasa por entre las divisiones de los dientes, la cual letra asimismo cuando tropieza con la vocal siguiente pierde en cierto modo su fuerza, y cuando se encuentra con alguna de las consonantes produce un sonido mucho más desagradable<sup>383</sup>.

Y sin embargo de que no hemos admitido el carácter de la letra eólica<sup>384</sup> con la que decimos servum y cervum, conservamos su misma fuerza todavía.

Hace dura la pronunciación de las sílabas la q, la cual sirve para unir las vocales que se le juntan, como cuando escribimos equos y equum, y para las demás vocales es inútil, formando dos de ellas un sonido cual jamás se ha oído entre los griegos, y por la misma razón no se puede escribir con letras griegas.

Júntase a esto que nosotros terminamos la mayor parte de nuestras palabras con la m, en cuya pronunciación se advierte una especie de mugido, y ninguna palabra de los griegos remata en dicha letra, sino que en lugar de ella usan la n, que es una letra agradable y que en el fin especialmente hace una especie de retintín, y entre nosotros rarísima vez se usa en las cláusulas.

-344-

¿Y qué diré cuando nuestras sílabas tienen su apoyo en la b o en la d con tal aspereza que la mayor parte, no digo de los más antiguos autores, pero de los de alguna

antigüedad, han intentado suavizarlas, no solamente diciendo avera por abversa, sino también añadiendo una s a la preposición ab, sin embargo de ser la s muy distinta a la b?

Nuestros acentos tienen también menos suavidad, no sólo por una cierta dureza que se advierte en ellos, sino también por su misma semejanza, porque la última sílaba ni se levanta jamás por el acento agudo, ni se baja por el circunflejo, sino que siempre termina en uno o en dos graves. Y así la lengua griega es en tanto grado más dulce que la latina, que siempre que nuestros poetas han querido que sus versos tuviesen dulzura los adornaron con palabras griegas.

Además de que la lengua griega tiene más voces que la nuestra, en que muchísimas cosas carecen de su propio término, de modo que para explicarlas es necesario usar de traslación o decir las por un rodeo, y aun en aquéllas que tienen su propio nombre hay una tan grande escasez de expresiones que muchísimas veces se viene a dar en las mismas palabras; pero los griegos no solamente tienen un grande acopio de palabras, sino también de dialectos diferentes los unos de los otros.

Por lo que quien pretendiere de nosotros los latinos aquella dulzura propia del estilo ático, es necesario que nos conceda en el hablar la misma suavidad y abundancia de expresiones de los griegos. Lo cual, si nos es negado, adaptaremos los conceptos a las expresiones que tenemos, y no mezclaremos la demasiada delicadeza de las cosas con expresiones muy fuertes por no decir demasiadamente crasas, para que una y otra cualidad no se destruyan mutuamente con la misma confusión. Porque cuanto menos ayuda el lenguaje, tanto mayor esfuerzo ha de ponerse en la invención. Es necesario producir pensamientos -345- sublimes y que tengan variedad. Convendrá excitar todo género de afectos e ilustrar la oración con el adorno de las traslaciones.

¿No podemos tener la delicadeza de los griegos? Pues procuremos tener más nervio en la expresión. ¿Nos exceden en la sutileza? Pues demos nosotros mayor peso a nuestras palabras. ¿Tienen ellos más abundancia y propiedad en sus expresiones? Pues excedámoslos en el ingenio<sup>385</sup>. ¿Tienen sus puertos entre los griegos aun los mejores ingenios? Naveguemos, pues, nosotros de ordinario con más extendidas velas, y dejemos que viento más fuerte desenvuelva sus senos. Pero no nos dejaremos engolfar siempre en mar alta, porque a veces conviene costear por las orillas. Ellos tienen la facilidad de atravesar por cualesquiera bajíos, yo no me apartaré mucho de la costa y hallaré medio para que mi navicilla no se vaya a pique.

Porque aunque los griegos tratan mejor que nosotros las cosas más delicadas y pequeñas, y sólo en esto nos llevan la ventaja, siendo ésta la razón por que no les disputamos la primacía en las comedias, no por eso debemos abandonar este género de estilo, sino ejercitarnos en él lo mejor que podamos, y podemos igualarnos con ellos en la moderación y discernimiento de las cosas, y por lo respectivo a la gracia de las expresiones que no tenemos en nuestra lengua, es necesario suplirla con otros adornos exteriores. ¿No tiene por ventura Marco Tulio esta finura de estilo, esta dulzura, claridad y sublimidad admirable en los asuntos particulares? ¿No es señalada esta virtud en Marco Calidio? Escipión, Lelio y Catón, ¿no fueron mirados -346- por lo que hace a la elocución como los áticos de los romanos? ¿Quién, pues, no se contentará con aquello que es lo mejor que puede haber?

III. Además de esto, hay algunos que están en el entender de que no hay elocuencia alguna natural, sino la que se asemeja más al lenguaje ordinario que usamos con los amigos, mujeres, hijos y criados, contentándonos con explicar nuestro pensamiento y voluntad sin discurrir cosa alguna que tenga algún arte ni estudio, y que todo lo que se añade a esto es una afectación y una ambiciosa jactancia en el hablar, distante de la verdad e inventado para la gracia del mismo lenguaje, cuyo único y natural oficio es explicar los pensamientos, así como los cuerpos de los atletas aun cuando se hagan muy

robustos con el ejercicio y con el uso de determinadas comidas, no dejan por eso de ser naturales ni tienen una especie diferente de la que se ha concedido a los demás hombres. Porque ¿a qué viene, dicen, dar a entender las cosas por medio de un rodeo y por las traslaciones; esto es, usar de más expresiones que las que son necesarias o de palabras impropias cuando cada cosa tiene su nombre propio acomodado? Finalmente, éstos pretenden persuadir que los más antiguos hablaron el más puro lenguaje de la naturaleza, y que después siguieron los más semejantes en el estilo a los poetas contando entre las virtudes, aunque con más moderación, pero por semejante manera, las cosas falsas e impropias.

Esta disputa no deja de tener algún fundamento de verdad, y por lo tanto no conviene apartarse tanto como se apartan algunos de los términos propios y comunes. Pero si alguno (como ya he dicho en el capítulo de la composición) añadiere a lo preciso, y que es lo menos que se puede poner, alguna cosa mejor, no deberá por eso ser reprendido de calumniador. Porque a mí me parece que es distinto el carácter del estilo vulgar del de un discurso de -347- un hombre que sea elocuente, al cual, si le bastase el dar a entender sencillamente las cosas, no se molestaría en otra cosa que en buscar la propiedad de las palabras; pero siendo propia obligación suya el deleitar y mover y causar diferentes impresiones en los ánimos de los oyentes, podrá también valerse de aquellos auxilios que la naturaleza misma nos tiene concedidos. Porque el endurecerse los brazos mediante el ejercicio y el aumentarse las fuerzas y tomar un color de sanidad es cosa natural. Y ésta es la razón por la que en todas las naciones unos son tenidos por más elocuentes que otros y por más dulces en su expresión. Lo cual, si no sucediera así, serían todos iguales y a todos convendría una misma cosa. Sin embargo, hablan con diferencia y observan el carácter distinto de las personas; de donde resulta que cuanto más uno consigue por medio de sus palabras, tanto más se conforma su lenguaje con la elocuencia natural.

Por lo cual no soy de muy distinto modo de pensar de aquéllos que juzgan deberse condescender en algún modo con los tiempos y oyentes que requieren mayor elegancia y estudio en el decir. Y así soy de parecer que no sólo no debe ligarse el orador a la imitación de los primeros oradores Catón y los Gracos, pero ni aun a la de éstos de hoy día. Y de esta manera veo que se gobernó Marco Tulio, que no sólo lo dirigía todo a la utilidad de la causa, sino que también concedía algo al placer de los oyentes, y decía que en esto mismo atendía (y muchísimo) al interés del litigante. Porque con aquello con que causaba placer lograba la utilidad. A cuya dulzura de estilo yo no encuentro ciertamente cosa alguna que se pueda añadir, sino el que nosotros introduzcamos en nuestros discursos mayor número de bellos pensamientos<sup>386</sup>. Porque cuando el -348- orador no puede introducirlos sin que la causa padezca y sin perder la autoridad en el decir, no es posible que estas luces tan frecuentes y continuas no se impidan las unas a las otras.

Pero usando yo hasta este punto de condescendencia, no pretenda ninguno pasar más adelante; vengo bien en que en el tiempo en que nos hallamos la toga del orador no sea de una tela muy ordinaria, pero tampoco ha de ser de seda<sup>387</sup>; que no tenga desgreñado su cabello, pero que tampoco lo lleve todo rizado y lleno de bucles, siendo así que en aquél que no mira al lujo y liviandad parecen más bellas aquellas cosas que son de suyo más honestas. Por lo que respecta a las que nosotros llamamos comúnmente sentencias (encuentro en Cicerón que no estuvieron en uso entre los antiguos, y con especialidad entre los griegos), si contienen en sí alguna substancia, y no siendo en número excesivo y dirigiéndose a triunfar de los ánimos de los oyentes, ¿quién negará su utilidad? Ellas hieren el alma, y con un solo golpe la ponen muchas veces en movimiento, y por su

misma brevedad se quedan más impresas y nos persuaden por el mismo modo con que se dicen.

Y hay algunos que sin embargo de que permiten estas expresiones más vivas en la boca de un orador, son con todo eso de parecer que no deben usarse en lo que escribimos. Por lo cual no debo yo pasar esta opinión sin examinarla, porque muchos hombres doctos han creído que uno es el modo de hablar y otro el modo de escribir, y que por esto algunos que eran muy excelentes en la defensa de las causas que hacían en el foro, ninguna cosa -349- dejaron escrita que pudiese pasar a la posteridad, como Pericles y Demades, y que otros, por el contrario, que en la composición eran los más sobresalientes, no tuvieron gracia alguna para las defensas, como Isócrates; y que además de esto, en la acción tiene más fuerza por lo común el ímpetu natural y la gracia en el decir, aun cuando tenga algo más de libertad, porque es preciso conmover e instruir los ánimos de las gentes ignorantes. Mas lo que se escribe en los libros y se da a luz para que sirva de modelo debe ser terso y limado, y debe estar compuesto según las reglas y leyes del arte, porque viene a parar en manos de los doctos y ha de tener por jueces del arte a los autores mismos de él.

Yo soy de parecer que el hablar bien y escribir bien es todo una misma cosa, y que una oración escrita no es más que una memoria de una oración recitada. Y así, a lo que yo pienso, ninguna buena cualidad hay que no deban tener la una y la otra; más no digo que no puedan tener también sus defectos. Porque no ignoro que alguna vez agradan a los necios cosas que tienen imperfecciones.

¿Cuál será, pues, la diferencia entre lo que se dice y lo escrito? Respondo a esto que si se me concediese un congreso de jueces sabios, quitaría una infinita multitud de cosas, no sólo de las oraciones de Cicerón, sino también de las de Demóstenes, que es mucho más recortado que él. Porque ni siempre será necesario mover todos los afectos ni lisonjear el oído con la dulzura de las expresiones, porque en sentir de Aristóteles aun los exordios son inútiles para con los tales. Porque los sabios no se dejarán llevar de atractivos semejantes; y así, basta exponer el hecho con expresiones propias y claras y demostrarlo con una buena prueba.

Pero siendo a veces juez o el pueblo o alguna persona del pueblo, y siendo aquéllos que han de dar la sentencia las más veces unos ignorantes y tal vez gentes del campo, -350- es necesario usar de todos aquellos arbitrios que creyéremos oportunos para lograr lo que pretendemos, y esto tanto cuando habláremos en público como cuando escribimos, para enseñar de qué manera debe hablarse. Por ventura ¿estimaría yo más que Demóstenes y Cicerón hubiesen hablado del mismo modo que escribieron? ¿O que aquellos más excelentes oradores hubiesen perorado de un modo diferente del que en sus escritos advertimos? ¿Hablaron, pues, mejor o peor? Si peor, debieron más bien hablar como escribieron, y si mejor, debieron escribir como hablaron.

Pues qué, ¿siempre ha de hablar el orador del mismo modo que escribe? Si pudiese, siempre; y si el tiempo que el juez hubiere señalado fuere tan corto que no le permita hacerlo así, se quitará mucho de aquello que se pudo decir; pero escribiendo la oración para darla al público, podrá poner en ella lo que quiera. Mas aquello que se hubiere dicho por conformarse con el carácter de los jueces<sup>388</sup>, no se dejará del mismo modo a la posteridad, por temor de que en ella se crea como dicho según el gusto nuestro y no según la circunstancia del tiempo. Porque importa mucho el saber también de qué manera gusta el juez que se le digan las cosas; y por eso, el que dice tiene por lo regular la cara vuelta hacia él, como encarga Cicerón. Y por lo tanto es necesario insistir en aquello que se ha conocido que le agrada y omitir lo que no hubiere tenido aceptación. Y se ha de buscar el mismo modo de hablar que más fácilmente sirva para la instrucción del juez.

Y esto no debe causar maravilla, puesto que aun en las -351- personas de los testigos se mudan algunas cosas. Así que obró prudentemente aquél que habiendo preguntado a un rústico, que servía de testigo, si conocía a Anfión, y respondiendo él que no, quitó la aspiración y pronunció breve la sílaba segunda del tal nombre, y de esta manera vino muy bien en conocimiento del sujeto por quien le habían preguntado. Semejantes casos hacen que alguna vez se hable de diferente modo que se escribe, cuando no se puede hablar como se debe escribir.

IV. Otra división hay, la cual se subdivide también en tres especies, por la cual parece que se pueden distinguir bien entre sí los estilos. Porque el primero es el estilo sutil, que llaman ischnón<sup>389</sup>. El segundo es grande y vehemente, llamado hadrón. Otros han añadido el tercero, que es como medio entre los dos, y según otros es el estilo florido, por lo cual le dan el nombre de anterón; los cuales, sin embargo, son de tal naturaleza, que el primero sirve para instruir, el segundo para mover, el tercero (cualquier nombre que se le dé) para deleitar o para ganar los ánimos, si se le quiere dar más bien este destino. Mas para enseñar se necesita de agudeza; para ganar los ánimos dulzura, y para moverlos gravedad.

Y así para la narración y confirmación se deberá echar mano especialmente de aquel estilo sutil, pero de tal manera que, aun careciendo de las demás cualidades, sea en su línea completo. El estilo mediano podrá constar de más frecuentes traslaciones, y será más agradable por las figuras, ameno por las digresiones, elegante por la composición, dulce por los conceptos y tan suave como un cristalino río a quien por una y otra parte hacen sombra las verdes arboledas. Mas el estilo vehemente se llevará tras sí, y obligará a ir adonde quiera al juez, por más resistencia -352- que haga, a la manera de un caudaloso y precipitado río que revuelve en su corriente los peñascos, no consiente puente alguno y no reconoce otras riberas que las que él mismo se va haciendo.

Con este estilo podrá el orador sacar a plaza los muertos, como Cicerón a Apio Ciego<sup>390</sup>; con éste la patria misma levantará en alto la voz y dirigirá hacia alguno su discurso, como vemos en una de las oraciones que Cicerón dijo en el Senado contra Catilina. Con este estilo elevará el discurso por medio de las amplificaciones, y le dará mayor realce con la fuerza de las exageraciones: Qué Caribdis tan voraz; y El Océano mismo, a fe guía, etc. (Filípicas, II, 67). Porque los estudiosos tienen ya noticia de estos bellos pasajes. Por medio de este estilo hará descender a los dioses como a su presencia y los introducirá en su discurso: Vosotros, albanos túmulos y sagrados bosques; vosotros, vuelvo a decir, altares de los albanos cubiertos, compañeros y consortes de la religión del pueblo romano, etc. (Pro Milone, número 85). Con este estilo inspirará la ira; con éste la misericordia; con éste dirá: Te vio y lloró, e imploró tu protección. En suma, con este estilo recorre todos los afectos. Y así del uno pasará al otro, y el oyente no dejará de ser instruido por el orador.

Por lo que si de estos tres estilos necesariamente se hubiere de escoger uno solo, ¿quién pondrá duda en anteponer éste a todos, como que por otra parte es el que tiene mayor fuerza y es el más acomodado para las causas de mayor importancia? Pues, en efecto, Homero concedió a Menelao una elocuencia cuyo carácter es una agradable brevedad, exenta de toda superfluidad y adornada con la propiedad de la expresión, que consiste en no poner unas palabras por otras, que son las virtudes del primer estilo. Y de la boca de Néstor dijo que salía -353- un lenguaje más dulce que la miel, que sin duda es la mayor dulzura que se puede imaginar. Pero queriendo expresar, como lo hizo en la persona de Ulises, lo sumo de la elocuencia, le añadió la grandeza, dándole una manera de hablar semejante a los torrentes de la nieve que se derrite en el invierno, tanto por la afluencia de sus palabras, como por la vehemencia de sus expresiones. Con éste, pues, ninguno de los hombres osará entrar en competencia; todos le mirarán a éste como a un

dios. Esta misma vehemencia y rapidez admira Éupolis en Pericles; ésta la compara Aristófanes a los rayos, y en ésta consiste la verdadera ciencia de perorar.

Mas no se halla reducida la elocuencia precisamente a estos tres géneros de estilos. Porque así como entre el sutil y el vehemente se ha puesto otro tercero, así éstos tienen sus grados diferentes. Y aun entre estos mismos hay alguno que, siendo como medio entre dos, participa de la naturaleza de ambos. Porque el estilo sutil no consiste en tal precisión que no pueda darse más o menos sutileza; en el vehemente cabe más y menos, así como el templado o se remonta sobre la misma vehemencia o se hace inferior a la sutileza, y así se encuentran casi innumerables especies que tienen entre sí alguna diferencia; así como generalmente sabemos que son cuatro los vientos que soplan de otros tantos puntos cardinales del mundo, sin embargo de que se conocen otros muchísimos, según la variedad de las regiones y ríos, los cuales son propiamente medios entre ellos<sup>391</sup>. Lo mismo sucede en la música; porque habiéndose establecido cinco tonos en la cítara, la han llenado después de trastes con muchísima variedad, y a los ya -354- añadidos juntan otros; de manera que el corto espacio que hay entre unos y otros tiene muchas diferencias de tonos.

Así, pues, la elocuencia tiene muchas especies; pero sería una muy grande necesidad preguntar a cuál de ellas se debe dirigir el orador; siendo así que ninguna de ellas hay que siendo buena no tenga uso, y que todo aquello que comúnmente se llama género de decir es propio de un orador. Porque él hará uso de todo, según lo pidiere el caso; y esto no sólo en beneficio de la causa, sino también por los que tienen todo su interés en ella.

Pues así como no hablará del mismo modo en defensa de un reo que tenga delito de muerte, o en un pleito sobre una herencia, secuestro, fianza o empréstito, y sabrá hacer distinción en el modo de exponer en el Senado los pareceres, ya de las juntas del pueblo y ya de las deliberaciones de los particulares, y mudará de carácter según la diferencia de las personas, tiempos y lugares, así también en una misma oración se conciliará los ánimos unas veces de una manera y otras de otra, y de distintos principios se valdrá para mover la ira que la misericordia, y de unos medios usará para instruir y de otros para mover.

No se debe observar un mismo estilo en el exordio, narración, confirmación, digresión y peroración. Hablará un mismo orador con gravedad, severidad, acrimonia, vehemencia, viveza, afluencia, aspereza, urbanidad, moderación, sutileza, blandura, suavidad, dulzura, brevedad y cortesanía, no de todas estas maneras y en todas ocasiones, sino cuando viniere al caso. De esta manera logrará no sólo hablar útil y eficazmente para obtener lo que pretende, que es el fin por el cual principalmente se ha inventado el uso de la elocuencia, sino que también conseguirá el aplauso, no sólo de los doctos sino también del vulgo.

Porque están muy engañados los que piensen que es más agradable al pueblo y más acomodado para ganar aplauso el estilo vicioso y corrompido, que o resalta por lo -355- licencioso de las expresiones, o está todo salpicado de conceptillos pueriles, o por su demasiada hinchazón es muy pomposo, o que desenfrenadamente corre por los lugares oratorios que no vienen al caso, o se compone de florecillas que a poco que se tocan se deshojan, o tiene por sublimidad los precipicios, o que con el pretexto de libertad da en locura.

Lo cual yo ciertamente no niego que agrada a muchos; ni tampoco me causa maravilla. Porque cualquiera que habla en público se hace escuchar por un natural placer, y cualquiera que sea su elocuencia no deja de tener apasionados y grande aceptación, y de ningún otro principio proviene el verse por las plazas y esquinas tantos corros de gentes; por lo que es menos de maravillar que el vulgo esté dispuesto a juntarse de montón para oír cualquier arenga. Mas cuando los ignorantes oyen decir

alguna cosa más exquisita, sea la que fuere, de manera que desconfíen poder hacer otro tanto, se quedan admirados, y con razón, porque aun aquello tiene también su dificultad.

Pero se desvanecen y desaparecen del todo estas cosas cuando se comparan con otras mejores que ellas; así como la lana teñida de color encarnado agrada cuando no tiene a su lado la púrpura, pero si se comparare solamente con un vestido de grana, perderá toda su belleza a la vista de lo mejor, como Ovidio dice. Mas si se examinare esta elocuencia corrompida con un juicio más severo, como si se juntase un color de púrpura verdadero con otro falso, ya todo aquello que había engañado perdería su mentido color y parecería descolorido y sobremanera feo. Dejemos, pues, brillar esta elocuencia separada de los resplandores del sol, así como algunos pequeños animales parecen en las tinieblas lucecitas. Finalmente, son muchos los que aprueban lo malo, mas ninguno desaprueba lo que es bueno.

Mas todas estas cosas de que hemos hablado deberá el -356- orador hacerlas, no sólo con la mayor perfección, sino también con la mayor facilidad. Porque la mayor destreza en el bien hablar no es digna de admiración si cuesta hasta conseguirse una gran pena, si el orador tiene que atormentarse y afligirse en tornear las palabras y consumirse en pesarlas y juntarlas entre sí. El orador elegante, sublime y rico de pensamientos posee todo el tesoro de la elocuencia y usa de él como le parece. Porque aquél que ha llegado ya a lo sumo deja de hacer esfuerzos para subir. La dificultad es para el que va subiendo y se halla todavía abajo; mas a proporción de lo que fuere subiendo se le hará más suave el suelo, más fértil y más ameno. Y si también llegare con constante empeño hasta lo sumo por este camino menos escabroso, verá que allí los frutos se le ofrecen por sí mismos, sin que le cuesten fatiga, y que espontáneamente se le ofrecen todas las cosas; pero si no se cogen todos los días, se secan.

Pero aun la abundancia tiene su medida, sin la cual ninguna cosa hay digna de alabanza ni que sirva de provecho; para la elegancia de la oración se requiere un adorno varonil, y para la invención un buen discernimiento. De esta suerte serán las cosas grandes, no desmesuradas; sublimes, sin exponerse a un precipicio; fuertes, sin temeridad; severas, sin rigor; graves, sin pesadez; alegres, sin demasía; agradables, sin disolución, y llenas, sin hinchazón. El mismo sistema debe observarse en lo demás. El más seguro camino por lo común es el que va por el medio, porque los extremos son viciosos.

-357-

Capítulo XI. Cuáles deben ser las ocupaciones del orador después de haber cesado de tratar causas. Exhortación a la elocuencia

I. Que debe el orador dejar de tratar causas antes de llegar a perder enteramente su vigor. Entonces debe dedicarse a la instrucción de la juventud.-II. Se excusa Fabio de haber puesto por requisito del orador la virtud y ciencia de muchísimas artes. Que la virtud se funda especialmente en la voluntad. Que hay tiempo de sobra para aprender las artes. Alega ejemplos de muchos que las aprendieron todas.-III. Exhortación a la elocuencia.

I. El orador que ha hecho ya uso de estas perfecciones de la elocuencia en los tribunales, en los consejos, en las juntas del pueblo, en el Senado y finalmente en el desempeño de todas las obligaciones de un buen ciudadano, pensará en poner también un término a su carrera, propio de un hombre de bien y de lo respetable de su ministerio, no porque en aprovechar a otros haya exceso y porque al que tiene una tal disposición y talento no le convenga servir una que otra vez a los demás, ejercitando todo el tiempo

que pueda tan decoroso empleo, sino porque le conviene también poner la mira en no hacer cosa alguna menos bien de lo que la hubiere hecho. Porque no sólo contribuye a formar el orador la ciencia que se aumenta con los años, sino también la voz, el pulmón y la robustez; las cuales cosas cuando llegan a padecer quiebra y debilitarse con la edad o falta de salud, es de temer no se eche menos alguna cosa en el consumado orador; que en -358- el decir no haga paradas por la fatiga que le causa; que no advierta que lo que dice se oye poco, y que no venga a conocer que es muy diferente del que era al principio.

Yo he visto a Domicio Afro, que era sin competencia el orador más consumado de cuantos he conocido, de edad harto avanzada, perder de día en día alguna parte de aquel crédito que se había adquirido justamente; porque mientras él peroraba (pues no había duda de que en algún tiempo había sido el principal del foro), los unos se reían, lo cual parecía una cosa indigna, y los otros se avergonzaban, lo cual les dio motivo para decir que él quería más rendirse que dejar de perorar. Sin embargo, no se le podía decir que peroraba mal, sino solamente que lo hacía menos bien. Por lo que el orador antes de dar en estas celadas de la edad, tocará a la retirada, y entrará en el puerto con su nave sin haber padecido descalabro.

Mas ni aun después de haber practicado esto serán menos considerables los frutos de sus estudios. Porque o se pondrá a escribir la historia de su tiempo para dejarla a la memoria de la posteridad, o, como Craso en los libros de Cicerón se proponía hacer, explicará las cuestiones acerca de las leyes a los que pretendan saberlas, o compondrá algún tratado de elocuencia, o empleará su voz dignamente en enseñar los más bellos preceptos de la moral. Frecuentarán su casa los más excelentes jóvenes, según el uso de los antiguos, y le consultarán como a un oráculo sobre el verdadero modo de bien hablar. Él los instruirá como si fuese el padre de la elocuencia, y como un antiguo piloto les informará de las playas y puertos y de las señales que hay para prever las tempestades y de lo que se requiere para dirigir bien una nave, ya cuando el viento sopla favorable, ya cuando viene contrario; y esto lo hará movido no solamente de aquel sentimiento de humanidad que es común a todo hombre, sino por un cierto amor a su misma profesión. Porque ninguno habrá -359- que quiera venga a menos una facultad en que hubiere sido muy sobresaliente. ¿Qué cosa hay, pues, más decorosa que enseñar uno aquella facultad que sabe excelentemente?

De este manera asegura Cicerón que el padre de Celio le encomendó su enseñanza<sup>392</sup>. De esta suerte a manera de maestro ejerció a Pansa, Hircio y Dolabela, declamando delante de ellos todos los días y oyéndolos declamar. Y casi estoy por decir que un orador deberá sin duda alguna ser tenido por el hombre más feliz cuando apartado ya del foro y consagrado al retiro, libre de la envidia y lejos de las contiendas, hubiere puesto en seguro su reputación; y aun en vida experimentará aquella veneración que se suele tributar más de ordinario después de la muerte, y verá qué opinión se tendrá de él en la posteridad, yo estoy asegurado por el testimonio de mi conciencia que cuanto he podido con mis medianas fuerzas, cuantos conocimientos yo tenía de antemano y todos los que he podido adquirir para desempeñar esta profesión, todo lo he publicado ingenua y sencillamente para instrucción de aquéllos que tal vez desearan tener noticia de tales cosas. Y a un hombre de honor le basta haber enseñado aquello que sabía.

II. Mas me temo no sea que yo haya pedido al orador o cosas demasiado grandes queriendo que a un mismo tiempo sea hombre de bien y diestro en el decir, o muchas en número, por cuanto a más de muchas artes que se deben aprender en la niñez, he añadido también el estudio de la filosofía moral y la ciencia del derecho civil, sin contar con los preceptos que llevo dados acerca de la elocuencia y que aquéllos que han creído

ser necesarias estas materias -360- para nuestra obra, se espantarán como de una cosa gravosa y desconfiarán de llegar a conseguirlas antes de experimentarlas.

Pero reflexionen primeramente estos tales dentro de sí mismos cuánta sea la fuerza del ingenio de los hombres y cuánto influjo tiene para conseguir todo lo que quiera, porque las artes menos importantes, pero más dificultosas, han podido atravesar los mares, saber el curso y número de los astros y casi medir todo el universo. Recapaciten después la grandeza del objeto a que aspiran, y cómo proponiéndonos tan grande premio no se ha de perdonar fatiga alguna por conseguirlo. De lo cual, cuando se hubieren persuadido, se moverán fácilmente a creer que el camino que conduce a la elocuencia no es intransitable, o por lo menos tan áspero como se lo figuran.

Porque por lo que pertenece a ser hombre de bien, que es la primera y la más importante circunstancia, esto depende especialmente de la voluntad, la cual el que tuviere de veras aprenderá fácilmente aquellas ciencias que enseña la virtud. Porque ni son tan intrincadas ni son tantas en número estas ciencias que causen tanta pena que con la aplicación de muy pocos años no se puedan aprender. Porque nuestra repugnancia es la que hace que el trabajo parezca dilatado. En poco tiempo se aprenden los preceptos de la vida honesta y feliz si se desean aprender<sup>393</sup>. Porque la naturaleza nos ha producido para querer lo mejor, y a los que quieren aprender lo mejor les es tan fácil, que el que con atención lo reflexiona se admira -361- de que los hombres malos sean tantos. Porque así como el agua es natural a los peces, la tierra a los animales que en ella se crían y el aire que nos rodea a las aves, así verdaderamente debería ser más fácil vivir según la naturaleza que contra lo natural.

Mas por lo que respeta a lo demás, aun cuando reduzcamos todo el número de nuestros años a sola la juventud sin hacer cuenta con el tiempo de la vejez, todavía nos quedan hartos años para aprender. Porque el orden, el método y la razón proporcionarán que todo se haga en menos tiempo. Pero la falta está primeramente en los maestros que voluntariamente detienen al niño, parte por la codicia de cobrar por más tiempo su corto salario, parte por ambición para mostrar que es muy dificultoso aquello que prometen, y parte también porque no saben la manera de enseñar o no se cuidan de enseñar como corresponde.

La segunda culpa la tenemos nosotros mismos<sup>394</sup>, que tenemos por mejor el detenernos en lo que sabemos que aprender lo que todavía ignoramos. Porque hablando con especialidad acerca de nuestros estudios, ¿a qué viene el detenerse tantos años como acostumbran muchísimos (por no hacer mención de aquéllos que en esto gastan una gran parte de la vida) ejercitándose en declamar en la escuela y empleando tan gran trabajo en cosas falsas e imaginarias, cuando era suficiente haber aprendido en poco tiempo las reglas de la elocuencia y una idea del ejercicio verdadero del foro? Con lo cual no pretendo yo decir que deba alguna vez omitirse el ejercicio de perorar, sino que no nos hemos de envejecer en esta sola especie de ejercicio. Porque pudimos adquirir muchos conocimientos y aprender perfectamente los preceptos del vivir y ejercitarnos en el foro mientras estábamos todavía en la escuela.

-362-

La facultad oratoria es de tal naturaleza, que no se requieren muchos años para aprenderla. Porque cualquiera de las artes de que antes he hecho mención suele reducirse a pocos libros; tan cierto es, que para aprenderlas no se necesita largo tiempo ni dilatados preceptos. Sólo resta el ejercicio, que es el que en poco tiempo infunde aliento El conocimiento de las cosas se aumenta cada día, y sin embargo es necesario leer muchos libros, de donde se sacan ejemplos semejantes en los historiadores o la manera con que se valen de ellos los oradores. También es necesario que nos

dediquemos a leer las opiniones de los filósofos y de los jurisconsultos, como otras muchas cosas.

Todo lo cual lo podemos ciertamente hacer, pero nosotros mismos nos hemos acortado el tiempo. Porque ¡cuán poco es el que empleamos en los estudios! Unas horas nos quita la inútil ocupación de las visitas, otras el ocio con que estamos oyendo novelas, otras los espectáculos y otras los convites; añade a esto tantas especies de juegos y el loco cuidado que se tiene de los cuerpos. A más de esto, quita también el tiempo el viajar a países extranjeros, las casas de campo, la sed insaciable de adquirir, ocupada continuamente en hacer cálculos, las muchas causas de disolución, el vino y el ánimo enteramente perdido y entregado a todas las suertes de placeres. Y ni aun aquellas horas que quedan después de estos pasatiempos pueden ser acomodadas para el estudio. Todas las cuales si se empleasen en los estudios, veríamos que es larga vida, y nos parecería muy sobrado el tiempo para aprender; y esto sin hacer más cuenta que con el tiempo que hay de día, pues las noches, que son por la mayor parte más que suficientes para dormir, podrían también suministrarnos tiempo. Ahora contamos los años que hemos vivido, no los que hemos empleado en estudiar. Y si los geómetras, los gramáticos y los profesores de todas las demás artes emplearon toda su vida, por larga que fuese, en aprender una sola -363- ciencia, no se infiere de ahí que nos sean necesarias muchas vidas para aprender muchas ciencias. Porque aquéllos no aprendieron aquellas artes hasta la vejez, pero se contentaron con sólo haberlas aprendido, y gastaron tantos años, no en aprenderlas, sino en sólo ejercitarlas.

Pero pasando en silencio a Homero, en quien se encuentran señales ciertas o a lo menos no dudosas de haber sido perfecto en todas las artes; no haciendo mención de Hipias el de Élida, el cual se preció no solamente de saber todas las bellas artes, sino de hacerse por su mano el vestido, anillo y chinelas que usaba, y de este modo se puso en estado de no necesitar de persona ni de cosa alguna; Gorgias, sin embargo de su extremada vejez, daba libertad a sus discípulos para que le preguntasen acerca de todo aquello que cada uno quisiese<sup>395</sup>. ¿Y qué ciencia de las liberales le faltó a Platón? ¿Cuánto tiempo empleó Aristóteles en el estudio para tener perfecto conocimiento no solamente de la filosofía y oratoria, sino también para averiguar la naturaleza y todas las propiedades de los animales y de las plantas? Porque ellos tuvieron la precisión de inventar estas cosas, y nosotros sólo tenemos que aprenderlas. La antigüedad nos ha provisto de tanto número de maestros y de tantos ejemplos, que parece tal vez que ningún tiempo hay más feliz para nacer que el nuestro, en cuya instrucción se han empleado todas las fatigas de los siglos anteriores.

El censor Marco Catón, que a un mismo tiempo fue orador, historiador, jurista y de los más prácticos que ha habido en la agricultura, sin embargo de tantas expediciones militares como le ocupaban en tiempo de guerra y tantas disensiones como tenía que sufrir en tiempo de paz, a pesar de la rudeza de su siglo aprendió la lengua griega siendo de edad ya avanzada, para servir de ejemplo a los -364- hombres que aunque sean viejos pueden aprender también aquello que gusten. ¿De cuántas materias, o por mejor decir, de qué materias no escribió Varrón? ¿Qué prenda necesaria para bien hablar le faltó a Marco Tulio? ¿Pero a qué fin más ejemplos, cuando Cornelio Celso, hombre de mediano ingenio, escribió también no sólo de todas estas artes, sino que todavía nos dejó más preceptos acerca de la milicia, agricultura y también de medicina? Digno, por el mérito mismo de la empresa, de que le demos la gloria de no haber ignorado ninguna de aquellas cosas.

III. Pero dirán que es cosa dificultosa el llegar a ser uno perfecto en la elocuencia y que ninguno ha llegado a este punto todavía. A lo que respondo que ante todo basta para estimularse al estudio el saber que no hay repugnancia en que podamos hacer lo que

hasta ahora no se ha hecho; siendo así que todas las cosas grandes y admirables que en el día hay, hubo algún tiempo en que fue la vez primera que se hicieron. Porque cuanta es la perfección que recibió la poesía de Homero y de Virgilio, tanta es la que la elocuencia recibió de Demóstenes y Cicerón. Últimamente, todo lo que es ahora lo mejor, anteriormente aún no lo había sido.

Pero aun en la suposición de que alguno desconfíe de poder llegar a lo sumo (de lo cual, ¿por qué causa ha de desconfiar si no le falta el ingenio, robustez, talento y maestro?), sin embargo, como dice Cicerón en el capítulo 1.º Del Orador, es cosa honrosa ser de los segundos y terceros. Porque si uno no puede conseguir en las expediciones militares la gloria de un Aquiles, no despreciará por eso la alabanza de un Áyax o de un Diomedes; y el que no pudiere igualarse con Homero, no por eso dejará de aspirar a la gloria de Tirteo. Antes bien, si los hombres hubiesen pensado de tal modo que ninguno se hubiera imaginado que podría ser más sobresaliente que el mejor, los mismos que en el día son los mejores no lo hubieran sido, -365- ni Virgilio hubiera sido el más excelente después de Lucrecio y Macro, ni Cicerón después de Craso y Hortensio, y ni aun otros después de ellos hubieran podido aventajarlos. Pero aun cuando no se conciba una esperanza grande de excederlos, es sin embargo cosa honrosa el irlos a los alcances. Por ventura Mesala y Polión, que comenzaron a perorar en tiempo en que Cicerón estaba en posesión de la primacía en la elocuencia, ¿no tuvieron una grande estima durante su vida, o fueron poco celebrados en la posteridad? Porque de otra suerte, poco servicio se les hubiera hecho a los hombres con haber reducido a su perfección las artes si aquello que había más perfecto hubiera desaparecido.

Júntase a esto el que una mediana elocuencia produce también grandes frutos, y si se juzga de estos estudios por sola la utilidad, casi le falta poco para igualarse con la elocuencia perfecta. Y no sería dificultoso hacer ver con ejemplos antiguos o modernos que con ninguna otra profesión han conseguido los hombres más grandes honores, riquezas, amistades y reputación para lo presente y para lo por venir, si con todo eso no desdijese del honor de las letras el pretender esta menor recompensa de la cosa más preciosa de este mundo, cuyo estudio y posesión corresponden abundantísimamente a las fatigas, según la costumbre de aquéllos que dicen que no buscan las virtudes sino aquel placer que de las virtudes resulta.

Aspiremos, pues, con todo empeño a la majestad misma de la elocuencia, que es la cosa mejor que los dioses inmortales han concedido a los hombres y sin la cual todas las cosas serían mudas, estarían sepultadas al presente en las tinieblas y de ninguna se tendría noticia en la posteridad, y pongamos continuamente todo nuestro esfuerzo por perfeccionarnos enteramente en ella, y haciéndolo así, o llegaremos al más elevado grado de perfección o a lo menos veremos muchos inferiores a nosotros.

-366-

He aquí, Marcelo Victorio, lo que yo he creído poder contribuir por mi parte al adelantamiento en los preceptos de la oratoria, cuyos conocimientos podrán servir a los estudiosos jóvenes, si no de grande utilidad, por lo menos para hacerlos tener una buena voluntad, que es lo que mayormente deseamos.

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

